



Víctor

del **Árbol** **Por encima**  
**de la lluvia**



se

Lectulandia

Miguel y Helena se conocen en una residencia de ancianos en Tarifa, a una edad en la que creen haberlo vivido todo ya. A Miguel le asusta volar. A Helena le da pánico el mar. Los dos tienen hijos adultos y sienten que les han relegado a un plano casi ornamental. El dramático suicidio de un compañero de la residencia les abre los ojos. No quieren pasar sus últimos días recordando y añorando tiempos supuestamente mejores. Y juntos decidirán emprender el viaje de sus vidas, en el que descubrirán que nada es definitivo mientras queden ilusiones que perseguir.

Mientras tanto, en la lejana ciudad sueca de Malmö, la joven Yasmina, hija de inmigrantes marroquíes y que sueña con ser cantante, vive atrapada entre el cuidado de su autoritario abuelo Abdul y el desprecio de su madre, para quien Yasmina es una vergüenza porque trabaja para un sueco de pasado turbio. Y vive un romance secreto con el subcomisario de la Policía sueca, un hombre mayor e importante.

Estos tres personajes dibujan una historia sobre el sentido del amor y sobre lo extraordinarias que pueden llegar a ser las personas comunes.

Pasado, presente y futuro se entremezclan en este viaje desde Tánger en 1955 hasta Malmö en 2014, metáfora de un viaje mucho más importante: el de vivir siempre intensamente.

**Lectulandia**

Víctor del Árbol

# **Por encima de la lluvia**

ePub r1.0

NoTanMalo 16.10.17

Título original: *Por encima de la lluvia*

Víctor del Árbol, 2017

Diseño de cubierta: Radovan Škohel

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para los que aman la vida por encima de derrotas.  
Y entre todos ellos, a Eva.

He descubierto que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación.

*Pensamientos*, fragmento 139,  
Blaise Pascal.

¿Cómo puedo soportar esta angustia que anida en mi vientre, este temor a la muerte que me empuja sin cesar? Si al menos pudiera hallar al único hombre al que los dioses hicieron inmortal, le preguntaría cómo vencer a la muerte.

*Poema de Gilgamesh*, Libro IX,  
Anónimo (en versión de Stephen Mitchell).

*Tánger, julio de 1955*

La presencia de las cosas de Enrique hablaba de su ausencia: las bolsas apiladas al fondo con la ropa que no se había llevado consigo, el cenicero con colillas de cigarrillos americanos que Thelma se negaba a vaciar, el anaquel de madera combado bajo el peso de libros viejos, los archivadores con carpetas llenas de papeles con su letra y con su firma, una caja de zapatos sin zapatos y el disco preferido de Enrique, *Angel Eyes*, de Matt Dennis, que ella escuchaba una y otra vez como una enfermedad que la contaminaba y que se agravaba día tras día. La enfermedad incurable del recuerdo.

Thelma debería haber arrojado todas aquellas cosas a una pira y contemplar cómo ardían, cambiar el color de las paredes, abrir al menos la ventana de la habitación para que el aire se renovara. Pero hacerlo habría significado aceptar que la ausencia de Enrique era definitiva, no esa manera de irse para volver de las otras veces. Y ella no estaba preparada. Todavía necesitaba llorarlo, maldecirlo, odiarlo y perdonarlo.

Cada noche se quedaba despierta hasta la madrugada y, como un mono que repite, sin comprender sus reglas, un juego que le han enseñado, sus pies la arrastraban hasta el baño para acariciarse las mejillas con la brocha de afeitar de Enrique o ponerse su albornoz, peinarse con su peine, lavarse los dientes con su cepillo y buscar en el transistor la emisora que él escuchaba mientras se vestía por las mañanas. Algunas veces, Thelma se quedaba sentada en el váter con la mirada fija en una loseta blanca, hasta que las piernas se le entumecían y le dolían los ojos de no parpadear, y se adueñaba entonces de ella la sensación de que todo era irreal y lejano. Al volver en sí y comprender que él ya no regresaría, necesitaba gritar y romper cosas y arañarse la cara para que el dolor adquiriera densidad de piel debajo de las uñas y escozor en la carne, porque solo así conseguía escapar de su muerte en vida.

Nada alteraba aquella rutina de abandono. Esa noche se sentó al filo de la cama y se sirvió un generoso trago de London 40. Estaba borracha del modo habitual, como una enferma acostumbrada a su enfermedad. Aunque el alcohol ya no la ayudaba a olvidar, conseguía al menos amortiguar el dolor, y sus pensamientos caían como piedras hasta el fondo arenoso de la mente y ahí se quedaban, muy quietos, mecidos en la nada. Acarició las sábanas sucias, que se negaba a cambiar, y revivió la imagen de Enrique apoyado en la almohada con un cigarrillo en la mano derecha y el vaso de ginebra en la izquierda haciendo sonar suavemente los cubitos de hielo. Aquel gesto advertía de su impaciencia cuando Thelma no resultaba convincente simulando que alcanzaba el orgasmo masturbándose para él.

—Maldito cabrón —murmuró, ladeando la cabeza, avergonzada al recordar lo



odioso que era sentirse subyugada de ese modo. Y sin embargo añoraba aquella mirada verde sin matices, los ojos implacables de Enrique, que la juzgaban con irritante condescendencia, igual que los dioses juzgan a sus criaturas. Cuando él fruncía el ceño con gesto mustio y sus ojos se apartaban de ella, era como si Thelma dejara de estar allí. Como si la expulsara de sus pensamientos. Y eso era peor que cualquier otra cosa.

Con la ginebra en la mano, Thelma se acercó a la ventana. Todavía no había amanecido y el calor era ya sofocante.

Tánger seguía allí. Inmutable como en las pinturas de Delacroix que su padre coleccionaba en su casa de Londres y que la hicieron amar esta tierra cuando ni siquiera era capaz de imaginarla. *Wa fika baraka Allah*, cantaba el aire... Aquellas fueron las primeras palabras que ella aprendió en árabe: Alá nos trajo esta bendición. El ramadán tocaba a su fin y llegaba hasta ella el aroma de la *harira*, la sopa típica que rompía el ayuno, y del dulce de pan y dátiles que la acompañaba. En unas horas volverían el ajetreo en los puestos del mercado, los olores de cordero, las especias y los cafés del zoco viejo; los hoteles y las tiendecitas volverían a llenarse con el hormigueo de chilabas coloridas y babuchas mezclándose sin fricción aparente con los trajes europeos y los zapatos de cuero.

Tal vez, lo que más echaba de menos eran los paseos de los domingos por la medina cogida del brazo de Enrique, tan guapo y tan gallardo con su uniforme del Tabor de Regulares y el *tarbush* rojo en la cabeza. Las mujeres se volvían por la calle al ver pasar a aquel guapo capitán español de ojos verdes y cabello oscuro, pero ella no sentía celos. Al contrario, estaba feliz y orgullosa.

Cuando en 1944 llegaron a la ciudad, recién casados, Tánger no tenía prejuicios, y podían visitar a sus amigos marroquíes, que vivían en unas casas con los techos tan bajos que era necesario inclinarse para pasar de una estancia a otra. Hicieron pronto otras amistades famosas e importantes: los potentados del bulevar Pasteur, con sus negocios algo turbios; los extravagantes pintores y escritores yanquis; los aventureros canadienses, australianos, franceses, ingleses y holandeses que buscaban un nuevo principio en una tierra que no hacía preguntas. Todo era perfecto, y nada hacía presagiar que dejaría de serlo. Vivían con la certeza de que la felicidad era frágil, pero se resistían a aceptar su naturaleza efímera tomándola con ambas manos. Thelma tenía veinticinco años y Europa estaba en guerra. Apenas puso un pie en Tánger tuvo la sensación de desembarcar en un mundo turbador y peligroso, pero de una vitalidad y una fuerza increíbles. Era lo que una inglesa de buena familia recién casada y embarazada de seis meses como ella necesitaba para despertar a la vida. La sedujeron de inmediato los *riads* de la Petite Place, los numerosos cafés y los jardines de la Mendubia, donde pasaba tardes enteras esbozando en su cuaderno de dibujo rostros que le resultaban exóticos; se enamoró de cuanto veía, tocaba o probaba, rendidos los sentidos a lo inesperado en la playa de Malabata en noches que se prolongaban hasta el amanecer, junto a las ascuas de las fogatas que subían hacia un cielo negro,



absorbente y maravilloso, comiendo el tajín de pescado y escuchando la música *jajouka*.

Once años después, ¿dónde se había ido ese mundo? Se habían esfumado los sonidos, los sabores y olores, y aquellas calles que años atrás la habían embrujado ahora eran el pellejo seco de una serpiente; algo que fue pero que ya no era. La religión, el nacionalismo, la política y el desprecio mutuo saqueaban el alma de aquel lugar que una vez fue de todos y de nadie. Las fachadas amanecían pintarrajeadas con lemas a favor de Mohamed y de la anexión a un reino alauita independiente y con frases cargadas de odio contra los colonizadores. Semana tras semana el ambiente se hacía más irrespirable para los europeos. Todos sus amigos se estaban marchando, incluso los que habían resistido hasta el final. Y ella también tendría que marcharse, todo el mundo se lo aconsejaba. Tánger ya no era lugar seguro para una mujer sola con una hija de once años.

Aquella misma mañana, Thelma había recibido la visita del secretario consular británico, un tipo de la vieja escuela diplomática, amigo de su padre, cuidadoso con las palabras pero inequívoco con sus significados. Le traía un mensaje de su padre, el honorable Patrick Whitman:

—En Londres sigue teniendo una familia dispuesta a acogerla, una casa, una renta y amistades que han sobrevivido a la lejanía y que se ocuparán de devolverla al mundo al que usted y su hija pertenecen.

Thelma había escuchado la oferta de su padre en boca del viejo diplomático con una cortesía distante. Él no podía comprender que, a sus treinta y cinco años, Thelma ya no era la jovencita que salió huyendo del entorno asfixiante de la vieja casona familiar de Lacock. Su respuesta fue lacónica y definitiva.

—El mundo al que mi hija y yo pertenecemos ya no existe. No hay lugar al que regresar.

Sabía lo que tenía que hacer, y solo lo había estado aplazando por una razón. Aquella noche cogió la botella de London y el vaso y subió a la buhardilla que antes utilizaba como taller para pintar. En un rincón estaba el caballete cubierto con una sábana. Thelma tiró de ella delicadamente y descubrió el cuadro. Dio un lento rodeo alrededor del caballete, retrocedió un paso para tomar perspectiva y lo observó de reojo, como si temiera estropearlo si lo miraba directamente.

Era su obra maestra. Thelma se dijo que incluso Enrique, que le había prohibido vehementemente pintar aquel retrato, tendría que reconocer cierto talento y el esfuerzo que ella había invertido en integrar armoniosamente las luces del paisaje y las sombras de aquel rostro joven y moruno. La belleza del modelo era incuestionablemente masculina, agreste y al mismo tiempo desdeñosa; Thelma había elegido situar la escena en la playa, y había vestido al joven con una gandora blanca. El efecto de movimiento estaba logrado: el viento sobre los pliegues de la ropa, las olas deshaciéndose en un espumarajo revuelto, las ramas del algarrobo que aparecía en una esquina lejana. Lo único que no se movía era la expresión feroz del modelo: la

quietud de los labios llenos de cosas a punto de ser dichas y aquella sonrisa que no era una invitación a la alegría sino una advertencia de algo mal cicatrizado... Parecía estar vivo.

—Toda la culpa es tuya —interpeló al retrato, y se llevó a los labios el vaso de ginebra.

Debería destruirlo, ahora que por fin lo había terminado. ¿No era así como funcionaban los exorcismos? Sacar algo de dentro, hacerlo real y desprenderse de ello. Pero cada vez que lo intentaba, se detenía, como si una mano de hierro le sujetara la muñeca.

—¡Maldito seas! —gritó sacudiendo la mano con violencia. El vaso de ginebra se resbaló entre los dedos y cayó al suelo haciéndose añicos. Con una mueca incongruente, Thelma observó sus pies descalzos; una esquirla le había herido el empeine derecho y la sangre se deslizaba entre los dedos como un gusano que conoce a dónde va. Una oleada de llanto la sacudió, doblándola por la mitad. Se dejó caer en el suelo y se hizo un ovillo apretando las rodillas contra el pecho.

Ya no quedaba más por hacer. Solo sucumbir a la desesperación gigantesca, donde los minutos tenían una densidad aceitosa, o ponerle fin al dolor. No existían tonalidades en la oscuridad ni nada a lo que aferrarse, ninguna mentira posible. Solo la muerte como un débil alivio, pero también como un grito de súplica y, en última instancia, como una forma de venganza. La muerte a solo unos centímetros por debajo de la vida, a un solo gesto de distancia que aquella noche había decidido llevar a cabo.

Pero no podía hacerlo sola. No podía dejarle a Enrique la última victoria.

Bajó la escalera dejando tras de sí un rastro de gotas de sangre que la alfombra esponjaba. Abrió la puerta del dormitorio de su hija con cuidado y se acercó a ella. La niña dormía con el cuerpo vuelto hacia la pared, con una mano desmayada sobre la cadera y la otra bajo la almohada. Todavía parecía estar a salvo de las garras del desengaño y la traición. No había roturas en su pequeño cuerpo; su alma y su corazón permanecían a salvo en un mundo imaginario de juegos callejeros, de travesuras infantiles y sueños sin límite. Todo en ella hablaba de inocencia: los pequeños lunares en la espalda, de hombros huesudos y vértebras evidentes, su ropa interior de colores y formas ingenuas, su pelvis conservaba la curva perfecta de lo no profanado, y sus pechos incipientes no inspiraban sino ternura... Era tan perfecta que daba miedo pensar en los horrores venideros. Un día no muy lejano alguien la miraría con deseo, los juegos infantiles desaparecerían, aprendería a desear a su vez y los sueños tendrían otra dimensión, y aquellos ojos suyos ahora cerrados plácidamente verían el mundo de otra manera, sin inocencia. Encontraría el amor y se sentiría dichosa y desgraciada, sería arrastrada por la corriente de los sentimientos y se ahogaría en ellos. Y nadie podría protegerla contra ese dolor que rompe el corazón y lo hace

añicos.

Thelma no podía permitirlo.

—¿Estás despierta? —preguntó sentándose en la cama y acariciándole el hombro desnudo.

Helena oyó la voz trabada de su madre, pero no quiso abrir los ojos. Olfateó el aire. Apestaba a ginebra y sabía lo que eso significaba. Estaba a punto de empezar la ceremonia de los lamentos, los monólogos, los sollozos, las risas histéricas. Su madre no cejaría en el empeño de despertarla, y entonces hablaría y hablaría hasta que amaneciera. Siempre lo hacía en inglés, que era el idioma en el que ambas se comunicaban. Normalmente, su madre, tras aquellas sesiones, dormía hasta el mediodía. Luego aparecía en la cocina sin decir nada, con ojos de muerta. Se sentaba a la mesa con el cabello alborotado, medio desnuda, alzaba la vista, encendía un pitillo y observaba entre volutas de humo a Helena. A veces sonreía con tristeza, la cogía de la mano sin fuerza, la atraía hacia su regazo y le preguntaba si la quería. Helena rehuía aquel contacto y asentía en silencio, sin atreverse a mirarla. Solo cuando su madre la obligaba a alzar la barbilla y a mirarla a los ojos la mentira era insostenible: «Tú también me odias, ¿verdad? Todos me odiáis».

—Sabes que te quiero, ¿verdad, cariño? ¿Lo sabes?

Sentada junto a ella, su madre le acariciaba el cabello. Helena escondió el rostro bajo los puños bien apretados para proteger las mejillas de besos o caricias. Pero su madre no estaba dispuesta a dejarla en paz.

—Sé que estás despierta. No quiero más fingimientos. Vamos, abre los ojos.

Con un quejido, Helena se incorporó en la cama. Vio la cara desencajada de su madre. También la sangre en el pie.

—Eso es, pequeña... ¿Sabes qué? —dijo su madre con un brillo enfervorecido en las pupilas—, vayamos a la playa. Podemos bañarnos juntas y ver salir el sol.

—Yo no sé nadar, ya lo sabes.

Thelma saltó de la cama con un espasmo nervioso y se puso a buscar la ropa de Helena.

—Oh, no digas tonterías. Nadas perfectamente. Además, iremos juntas. ¿No quieres que hagamos algo juntas?

—Prefiero quedarme en la cama.

Su madre tiró de la sábana al tiempo que le echaba encima la ropa de vestir.

—¿No podrías obedecer por una vez sin protestar? —Helena era tan parecida a Enrique que la enfurecía. Cada gesto, el modo de coger un tenedor, de patear una piedra o de dejarse caer en el sofá enfurruñada al volver del colegio, recordaba a su padre. Era impredecible como él, y altanera, con su modo de fruncir las cejas cuando algo la importunaba. A veces Thelma la odiaba por lo que representaba; y, aunque intentaba luchar contra ese sentimiento, no lograba vencerlo. Los rasgos duros de Helena le conferían una beldad extraña, una promesa que se iba esculpiendo despacio, la promesa de un gran cambio que se avecinaba. Quizá la vida no le

deparara a su hija el papel de chivo expiatorio; tal vez sería como Enrique, una destructora de vidas y de ilusiones, un ser perverso capaz de traicionar la lealtad y el amor que otros le entregarían incondicionalmente.

Helena se negaba a moverse. Thelma la miró fijamente.

—¡No seas niña! ¿Acaso no ves que te necesito? ¿No puedes comportarte por una vez como una mujer?

Helena sintió una congoja culpable en el pecho. No era una mujer. Tenía once años, y por mucha urgencia que tuviera en hacerse mayor no podía saltarse los años que le quedaban hasta ser considerada digna de que alguien le contase la verdadera razón por la que su mundo había desaparecido de repente.

—¿Dónde está papá?

«¿Dónde está mi vida de antes?», decían esos ojos tan verdes como los de Enrique y esa boca fruncida tan definitiva como la suya. Helena echaba de menos que su padre la reprendiera por el desorden, que entrara cada mañana en el cuarto para supervisar si había hecho la cama del modo cuartelero prescrito, con el dobladillo de la sábana simétrico y sin una sola arruga. Quería volver a protestar por los tirones de cepillo de su madre, revolverse protestona cuando ella le buscaba liendres en las raíces del cuero cabelludo, llorar cuando le frotaba detrás de las orejas hasta dejarlas calientes como bollos. Añoraba las discusiones de la cena, cuando se negaba a probar las coles de Bruselas y su padre la aleccionaba acerca de los niños que pasaban hambre a solo dos calles de casa. Ahora se sentía perdida. Si lo deseaba, podía asaltar la alacena de la cocina y empacharse con dulces, y apenas recibiría una mirada indiferente de su madre. Cada noche se acostaba en la cama sin hacer y nadie la reprendía por el revoltijo de ropas tiradas en el suelo. Iba al colegio sin que nadie se ocupase de desenredarle los nudos del cabello, algunas mañanas desayunaba y otras no y a nadie le importaba. Incluso había desaparecido el enojoso trámite del baño diario.

Thelma se quedó muy quieta, mirando hacia la puerta abierta. Se agachó a recoger la sábana y la acarició como si fuera el sudario de un fantasma.

—Nunca volverá.

—¿Por qué? —preguntó Helena.

Thelma dejó la sábana y se incorporó temblando. Su voz era gélida.

—Porque aquellos a los que amamos nos traicionan, nos causan dolor. Nos lo quitan todo y se marchan a buscar en otra parte lo que creen que nosotros no podemos ofrecerles.

Helena negó tozudamente.

—Mi padre me quiere mucho. Sé que volverá a buscarme.

Thelma se volvió hacia ella con la mirada de una estatua.

—La verdad es que a tu padre solo le importa él mismo. Estamos solas, tú y yo. Ahora, obedece. Vístete y ven conmigo.

Pocas mujeres podían conducir un Renault como el que conducía su madre. Helena se hinchaba como un pavo real cuando iba a buscarla al colegio inglés en aquel coche de llantas grandes y plancha negra y hacía sonar el claxon para que todas sus amigas se volvieran con ojos de envidia. Thelma se ofrecía a llevarlas a tomar un helado o a dar un paseo por la zona portuaria y, sentadas en el asiento trasero, las amigas de Helena se quedaban boquiabiertas viendo fumar a su madre y se tapaban la boca entre risitas cuando la oían lanzar improperios por la ventanilla a los otros conductores. Todas pensaban que Helena tenía la mejor madre del mundo. Durante un tiempo, ella también lo creyó. Eran tiempos felices.

Pero aquella noche Helena no se divertía. Su madre conducía a una velocidad excesiva, que hacía chirriar peligrosamente los neumáticos en cada curva.

—¿A dónde vamos? —preguntó, asustada.

Thelma fumaba con una mano y con la otra apenas permitía que el volante se deslizara entre sus dedos. Miraba hacia la carretera pero daba la impresión de no verla.

—A Merkala.

La playa, rodeada de montes, quedaba hacia el oeste, cerca de Merchán, un barrio litoral todavía desierto a aquellas horas. Cerca desembocaba un pequeño río y había un aparcamiento de grava. Thelma detuvo el coche pero tardó un rato en soltar el volante. Encendió un nuevo pitillo y lanzó una bocanada espesa y lenta. Helena apenas alcanzaba a verle la cara, que se iluminaba y se oscurecía con cada calada. Más allá del coche estaba el mar y al otro lado, muy lejos, el perfil difuso y oscuro de España. Algunas barcas se mecían en el agua, y los guijarros de la playa, mojados por la pleamar que se había retirado hacía poco, tenían un tono cenizo.

—Salgamos —dijo, de repente, Thelma, abriendo la portezuela del coche. Soplaban el viento y el vestido de color blanco se pegaba a su cuerpo como una gasa que resaltaba toda su geografía. El pelo revuelto le cubría el rostro. Avanzó unos metros. Se acarició los brazos y miró a Helena, que se había quedado en el coche. En su mirada solo había vacío.

—Ven, anda. Vamos.

Helena se encogió en el asiento. Algo no iba bien. Su madre estaba más rara de lo normal. Quizá solo estuviera enfadada y la estaba poniendo a prueba. Otras veces la había castigado por contestar mal o por mostrarse demasiado rebelde. ¿Tal vez estuviera enojada porque se había mostrado arisca en el dormitorio? Entonces, todo era remediable. Estaba dispuesta a ceder al cerco protector de su abrazo y a dejarse besar.

—Volvamos a casa, mamá. Ordenaré la habitación y me portaré bien, lo prometo.

Thelma alzó la mirada hacia el cielo. Las estrellas iban desapareciendo, y en alguna parte se intuía la llegada de una luminosidad distante.

—Ven —repitió, mecánicamente.

Helena gimió.

—No quiero.

Thelma desanduvo la distancia hasta el coche y abrió la puerta de Helena.

—He dicho que salgas.

Helena negó con la cabeza. Sin mediar palabra, Thelma la abofeteó con violencia. El golpe sacudió la cabeza de la niña, que se cubrió la mejilla con los ojos abiertos de espanto. Era la primera vez que su madre le ponía la mano encima. Empezó a llorar en silencio. Thelma ni siquiera parpadeó, la aferró con fuerza por la muñeca y la sacó del coche arrastrándola hasta la orilla.

El agua jugaba a acercarse y alejarse. Thelma se mojó los pies. De repente se sentía bien. La brisa emitía una sensualidad rápida e impaciente. Era como si el aire, más que animarla, la apremiase a adentrarse en el mar. Había pasado meses luchando contra el dolor que la asfixiaba y ahora comprendía que no quería forcejear más.

Helena se revolvió con fuerza al sentir el agua cerca de las rodillas.

—Por favor, mamá. Tengo miedo.

Thelma inspiró con fuerza. En sus ojos apareció un destello contemplativo.

—No tienes que tener miedo. Lo haremos juntas, ¿ves? —Thelma se adentró en aquel mar helado sin soltar a Helena.

El fondo era pedregoso primero; de arena mullida después. Poco a poco, el agua empezó a cubrirlas. Cuando le llegaba por la cintura, la niña se detuvo, negándose a ir más lejos. Empezó a llorar y a forcejear con fuerza para librarse de la mano de su madre.

—¡Mamá, por favor, para!

Thelma no la escuchaba. De repente, Helena sintió que bajo sus pies ya no había más que agua. Con el brazo que le quedaba libre empezó a palmoear, aterrada. En vez de ayudarla a mantenerse a flote, su madre la agarró por los hombros y empujó hacia abajo para sumergirla. Helena empezó a gritar. Su cabeza se hundió y comenzó a tragar agua, agarró las muñecas de su madre y trató de zafarse, pero ella no la soltaba. Se revolvió con toda la furia de que era capaz, pero el peso del cuerpo de una mujer adulta era demasiado pesado.

Ya casi no podía sacar la cabeza para coger una bocanada de aire. Los pulmones iban a explotarle y todo era turbio y confuso. Le dolían los oídos y sentía los filamentos del cabello en la nariz, en la boca, en los ojos... En un último intento desesperado de liberarse, logró darse la vuelta y lanzó con fuerza la rodilla contra el vientre de su madre. Sintió que la presión sobre sus hombros se aflojaba un segundo y aprovechó para escabullirse. Notó los dedos de su madre tratando de atraparla por el tobillo, pero logró alejarse. Tardó lo que le pareció una eternidad en volver a tocar suelo, y gateando, sin prestar atención al daño que se hacía con las piedras, salió a la orilla tosiendo y escupiendo mocos y agua salada.

Se revolvió como un animal herido y miró hacia el mar. Thelma no se había movido, la miraba de un modo ajeno, enloquecido. Como si no entendiera lo que acababa de pasar. Se volvió hacia el mar abierto y, con brazadas suaves, se fue

alejando de la orilla.

—¡Mamá! —gritó Helena.

Thelma oyó el grito de su hija por encima del rumor de las olas pero no se volvió. Cerró los ojos y siguió nadando.

Durante minutos, Helena la vio alejarse. La llamó, le gritó que volviera, y luego la vio desaparecer bajo el agua.

Cuando el sol ya era una esfera brillante, Helena seguía allí. Su mente le decía que su madre volvería. Que su padre también. Que todo sería como antes, que recorrerían juntos los puestos de dulces y de frutos secos del mercado, que en invierno irían de visita a Londres a ver a los abuelos y ella montaría a caballo, y que luego regresarían a casa y Thelma pintaría sus cuadros y su padre escucharía en el tocadiscos a Matt Dennis mientras esperaban que ella se hiciera mayor.



Primera parte

---

*Febrero de 2014*

# 1

## Sevilla

Miguel no podía sospechar que en aquel frío día de febrero acababa de empezar su última vida. La definitiva. Él era un hombre lógico, y la lógica dictaba que aquel sería un día idéntico a los anteriores, el mismo pasar de las horas desde la muerte de Águeda.

La radio se encendió automáticamente a las seis de la mañana, como si todavía hubiera una razón para madrugar. Durante los últimos cincuenta años, Miguel había despertado a la misma hora y con la misma melodía: la *Sonata L 33* de Domenico Scarlatti. Le gustaba Scarlatti porque sus composiciones giraban con una pulcritud demoledora, las notas se distribuían previsiblemente: se elevaban, caían y volvían a elevarse de modo uniforme. A diferencia de su hija Natalia, Miguel no encontraba nada estético en el desorden.

Con la sonata de fondo fue hasta el baño y comprobó cuidadosamente que los utensilios de higiene personal estaban alineados sobre la repisa de mármol. Se dio una ducha corta con agua templada y jabón neutro, se secó metódicamente y olfateó la toalla para asegurarse de que no necesitaba echarla todavía a la cesta de la ropa sucia. Con la tijera y un pequeño peine metálico, dedicó los quince minutos siguientes a repasar su impresionante mostacho de aspecto prusiano. La maña consistía en el método, empezar a medir la punta de los pelos con el peine desde la derecha e ir recortando hacia la izquierda y desde abajo hacia arriba. Nunca había alterado ese modo de hacer desde que empezó a cultivar aquel mostacho a los dieciséis años, como una declaración de intenciones: estaba dispuesto a ocupar el lugar que le correspondía en el mundo de los adultos, y a hacerlo con una actitud decidida.

A los setenta y cinco años, aquella curva espesa y blanca sobre el labio superior seguía siendo su mejor carta de presentación, lo que él deseaba transmitir de sí mismo a los demás: orden, seriedad, armonía. A ojos extraños, su actitud podía resultar algo cómica, pero nunca le habían preocupado demasiado las opiniones de los demás, y mucho menos los juicios de valor que pudieran hacerse acerca de su persona; el veredicto secreto de Miguel sobre sus congéneres era inapelable: consideraba que la mayor parte de la especie humana era irremediablemente estúpida. No tenía datos científicos que avalaran semejante afirmación, pero se basaba en su experiencia como empleado de banca durante toda una vida: con honrosas excepciones, las personas que había conocido eran soñadoras irredentas que no solo se habían dejado engañar, sino que exigían ser engañadas; gente que detestaba oír la verdad cuando esta contradecía sus aspiraciones ilusorias. Personas sin una mínima capacidad para el

análisis realista de sus opciones en la vida que reclamaban imperativamente privilegios que no les correspondían, sin entender que lo que ellos consideraban injusto —que unos poseyeran más que otros— era la única forma posible de orden natural.

Cuando terminó con el mostacho, recortó algunos pelos que se salían de la línea espesa de las cejas, repasó las orejas y la nariz y se miró satisfecho en el espejo. Las rutinas restauraban la sensación de control y autonomía, y vestirse formaba igualmente parte de una ceremonia marcada por un estricto protocolo. Elegir camisa, pantalón, corbata y chaqueta a juego, lustrar los zapatos, las medias de hilo escocés, los gemelos, la aguja y el reloj. Una vez seleccionado, lo colocaba todo sobre la cama e imaginaba el efecto del conjunto antes de vestirse. Uno debía mostrarse ante los demás acorde a su propia identidad, y la ropa adecuada confería seguridad en uno mismo.

En la casa no había mucho que hacer más allá de alisar alguna arruga de la colcha, colocar las conservas con la etiqueta hacia delante, ajustar los pliegues de las toallas en el perchero y pasar el plumero sobre los viejos libros de Águeda que no había tenido corazón para regalar tras su muerte. Natalia le había prometido venir un día a hojear en la biblioteca para elegir algunos tomos, pero, como casi todo lo que prometía su hija, tampoco esta vez había cumplido su palabra. Comió solo en la mesa de la cocina con el noticiario en la televisión de fondo mientras leía un periódico atrasado, recogió la mesa, fregó los platos —se negaba a utilizar el lavavajillas que Natalia le había comprado— y los secó minuciosamente.

Cuando consideró que todo estaba en orden pudo entregarse a la tarea que más tiempo le ocupaba.

Abrió la puerta de la única estancia del apartamento que siempre cerraba con llave, y la habitación lo recibió con el familiar aroma de la ausencia. Un arcón de madera junto a la ventana con la persiana echada y una mesa con una silla eran el único mobiliario. Las paredes estaban desnudas. La luz del exterior penetraba a través de los resquicios de la persiana trazando delgadas líneas sobre una porción del suelo de terrazo blanco. Aquel debería haber sido el cuarto del segundo hijo que él y Águeda nunca tuvieron. Siempre quisieron tener un hijo varón. Cuando se casaron, en 1967, decidieron que su vida iría por los derroteros adecuados: tendrían dos hijos, un chico y una chica, pasarían todos los veranos en Tarifa, pagarían a plazos el flamante Datsun y, con las bonificaciones que cobrase Miguel, adelantarían parte de la hipoteca que pedirían para comprar un piso con tres habitaciones, cocina, baño y salón en el barrio de San Bartolomé; Águeda dejaría el trabajo de aprendiz en la peluquería de Triana y Miguel se ocuparía de mantener a la familia, así su esposa podría dedicarse a los chicos y a su verdadera pasión, la lectura. Del plan previsto solo se había cumplido la mitad y aquella habitación nunca llegó a tener una verdadera utilidad hasta la muerte de Águeda. Después del entierro, Miguel decidió que aquel sería su lugar de silencio.

Sobre la mesa había un marco de plata con una antigua fotografía de Águeda y de Natalia, hecha en la playa de Bolonia en Tarifa durante unas vacaciones de fecha inconcreta. Natalia, recién salida del agua, aparecía con la piel bronceada y un bañador de rayas; tenía doce años, el cabello muy rubio alborotado sobre la cara pecosa, los ojos achinados por el empuje del sol y una sonrisa de dientes grandes. Águeda también sonreía, aunque de un modo más contenido, como forzada. Seguramente tenía una de sus crisis de migraña, y apretaba con la mano derecha el crucifijo de oro encomendándose a su Jesús para que la aliviase de aquellas punzadas que la paralizaban. Cada noche, Águeda rezaba con Natalia en la cama: «Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón», y le mostraba el crucifijo a la niña para que lo besara. Miguel solía burlarse de tanta beatería y decía que no era bueno calentar la cabeza de una niña con aquellas supercherías, pero Águeda no tenía sentido del humor para las cosas religiosas. En realidad, no tenía sentido del humor para nada. Se notaba en su expresión severa: los labios finos y prietos, los ojos de mirada intimidatoria, los pómulos altos y el mentón afilado, sin adornos ni en el cuello ni en las orejas, el pelo muy corto. En la fotografía, Águeda apenas tenía cuarenta años pero parecía mucho más vieja.

Junto al marco había un grueso manual de papiroflexia con la tapa dura y varios papeles arrugados. Miguel había descubierto por casualidad el manual entre los libros de Águeda. Le había resultado interesante y se había aficionado, aunque todavía no dominaba la técnica. Estaba intentando hacer una figura, un pájaro, por ahora con resultados mediocres.

Observó con fastidio sus escasos progresos y se concentró en el arcón. No recordaba cuántos años llevaba con él aquel viejo mueble. Aparecía en todos sus recuerdos de la niñez y era lo único que Miguel conservaba de una vida que parecía no haber existido. Sacó una bolsa con cera y pulimento, un pincel y trapos de algodón y se empleó con atención en hidratar las vetas de la madera de eucalipto, que había sido teñida docenas de veces hasta adquirir aquel tono oscuro que le daba una falsa prestancia noble. La tapa tenía un cierre dorado de latón bordeado con cabezas romas de clavos.

Cuidar aquel arcón lo tranquilizaba; sobre todo últimamente, porque se sentía muy extraño. A veces tenía la sensación de perder la conciencia: estaba sentado y, de repente, se sobresaltaba, como si hubiera tenido un sueño instantáneo con los ojos abiertos y no recordara nada de esos segundos vacíos y perdidos en alguna parte. Recientemente se había descubierto recorriendo las estancias de la casa como un sonámbulo, con la impresión de que su casa solo era el espacio de un destierro: no reconocía los muebles macizos, la cama con dosel ni el crucifijo de la pared que no se había atrevido a descolgar por respeto a Águeda y también por una vaga superstición.

La soledad no era buena compañera. Eso le decía su hija cada vez que iba a visitarlo: deberías tener una mascota, papá. Un gato, por ejemplo. Son tan independientes y ariscos como tú. Seguro que os entenderíais bien. Menuda idiotez,

murmuró Miguel, mientras aplicaba pulimento a uno de los cierres con un paño y con la punta de la lengua atrapada entre los dientes, un gesto característico suyo cuando estaba concentrado en una tarea. ¿Acaso no sabía Natalia que los gatos le daban alergia? Y además, ¿quién decía que él fuera arisco? Cierto era que siempre había tenido mal genio y poca paciencia pero nunca le hizo ninguna jugarreta a sus subordinados, y si fue tan exigente con ellos fue solo porque también lo era consigo mismo: puntualidad, pulcritud, orden, pragmatismo y profesionalidad. ¿Qué tenía de malo eso?

Ya era media tarde. Tenía que ponerse en marcha, dejar de matar las horas haciendo figuritas de papel y abillantando un arcón sin valor alguno. Tomar decisiones, eso era lo que más añoraba: hacer que las cosas importaran.

Salió de la habitación y cerró con llave; pasó revista a la nevera y anotó mentalmente que necesitaba comprar leche y limones. Se puso el abrigo y se examinó en el espejo del recibidor acariciándose el mostacho. Si hubiese llevado en la mano derecha el maletín con cierre de hebilla, la imagen no habría sido distinta a la de un día cualquiera de trabajo: Águeda habría acudido desde el fondo del salón a darle el visto bueno, le habría sacudido una pelusa de la hombrera y le habría enderezado el nudo de la corbata. «Tienes las gafas sucias, como siempre», habría dicho, y se las hubiera quitado para limpiarle las lentes. Luego le habría regalado un beso escueto en los labios acariciándole la mejilla y dejándole en la piel el aroma de la crema de manos que ella utilizaba y que le recordaría a Miguel su presencia durante el resto del día.

Miguel volvió la cabeza esperando verla aparecer con sus pasos decididos, frotándose las manos con un paño de cocina y un mechón rebelde en la frente. Solo apareció la ausencia. Era el peaje que se pagaba por vivir más que los demás.

Dos tardes por semana, Miguel se reunía con los antiguos compañeros del banco en el bar del Centro Ecuestre. Solían compartir un jerez y hablar de las cosas del banco como si ellos todavía tuvieran algo que decir. La bolsa, la crisis bancaria, los tipos de interés, los despidos y las jubilaciones anticipadas. Más o menos, todos mentían al recordar que en sus tiempos las cosas eran de otra manera; mejores, naturalmente. Pero la verdad era que el mundo cambiaba muy deprisa y ninguno de ellos podía seguir su ritmo trepidante. En secreto, se sentían desconcertados, inseguros y excluidos. Pronto dejaban de fingir que seguían entendiendo las reglas del juego y pasaban a lo de siempre: los hijos demasiado ocupados, los nietos malcriados, los amigos o conocidos que iban muriendo, los disgustos reales o inventados, los achaques de la vejez... En general, Miguel se aburría en aquellas reuniones, pero se las apañaba para disimular y, de vez en cuando, hacer algún comentario pertinente, como si realmente le interesara lo que se trataba.

Aquella tarde, sin embargo, Miguel se sentía especialmente disperso. Primero

perdió varias manos al dominó por despistes infantiles y después estuvo haciendo crucigramas, pero no logró concentrarse. En la conversación también se mostró ausente. No se sentía bien, tenía la desagradable impresión de que la ropa le molestaba, de que la piel estaba hipersensible y de que las cosas pasaban por encima de él: las voces, los rostros de los conocidos, el propio espacio del Ecuestre.

—Tengo que marcharme —dijo, de repente, antes de lo habitual, sin más explicaciones. Salió del Ecuestre casi sin despedirse, ante la mirada perpleja de sus colegas. Miguel sabía que ahora sería el objeto de sus chismorreos y críticas. Dirían que estaba viejo, que ya no era ni la sombra de lo que fue, y que la muerte de su esposa le había afectado demasiado. No le importaba. Sus antiguos compañeros solo eran viejos ociosos que disponían de demasiado tiempo para despellejar a cualquiera en cuanto se daba la vuelta.

De regreso a casa, pasó por la frutería en la que solía comprar. No le gustaba la fruta envasada de los supermercados. Prefería elegirla pieza a pieza, palparla y olerla antes de decidirse. El tendero le preguntó con familiaridad cómo iba todo y Miguel no logró acordarse del nombre de aquel hombre al que conocía desde hacía años.

—Bien, gracias —dijo, casi con vergüenza. Pagó deprisa y olvidó recoger el cambio. El tendero tuvo que salir a la calle para dárselo.

—Un día de estos va a perder la cabeza, don Miguel.

Algo azorado, Miguel asintió. Últimamente no dormía bien, se disculpó, con la mente en otra parte.

Decidió dar un paseo antes de regresar a casa. El aire frío le sentaría bien, lo ayudaría a sacudirse aquella desagradable sensación de aturdimiento. Había comprado naranjas; pensaba exprimirlas y hacer un buen zumo, o tal vez cortarlas en rodajas y regarlas con un licor dulce...

De pronto se sintió desorientado. Tenía la impresión de haber caminado demasiado. Su casa no podía estar tan lejos. Se detuvo en medio de un paso de peatones mirando a derecha e izquierda. No reconocía las casas, ni la calle. No sabía dónde estaba, ni cómo había llegado allí.

—¿Pero qué narices me pasa hoy?

Empezaba a sentirse realmente asustado. Dejó las bolsas en el suelo. Tenía que llamar a Natalia. En el bolsillo de la chaqueta llevaba el teléfono que su hija le había regalado para su cumpleaños: «Así estaremos conectados, papá». Pero lo cierto era que cada vez que Miguel intentaba localizarla, su hija no contestaba. Y además, Miguel no entendía todas esas aplicaciones modernas de los teléfonos de ahora. Y ¿para qué demonios quería él una cámara de fotos incorporada de no sabía cuántos píxeles? Era un trasto inútil que solo servía para dispararse en el bolsillo y hacerle unas maravillosas instantáneas del forro interior. Natalia le había enseñado a desbloquear el teléfono, pero ahora no atinaba a dar con la contraseña. ¿Era el año de nacimiento de su hija? Algo fácil de recordar: 1-9-7-2.

Le temblaban los dedos sobre las teclas. No, ese no. Quiso probar con la fecha de

su boda, y entonces se asustó de verdad. No se acordaba. No lograba recordar la fecha exacta en la que se casó.

Una naranja rodó desde la bolsa hasta el hocico de un perro que la husmeó. Miguel fue a recoger la naranja pero una mano se le adelantó.

—Los perros no saben pelar naranjas —dijo el dueño de la mano, devolviéndosela. Era joven, muy alto y corpulento, apenas tenía treinta años y el cabello muy negro y algo alborotado. Tenía las cejas anchas y los ojos castaños y profundos. La camisa abierta hasta el tercer botón mostraba un pecho poderoso. Parecía uno de esos jornaleros acostumbrados a trabajar duro en el campo. A Miguel le resultó vagamente familiar.

—¿Nos conocemos?

El joven sonrió con una boca ancha y una dentadura sana. Los pliegues de los párpados se le abrieron en un ramillete de arrugas.

—Claro que nos conocemos, Miguel. Desde siempre.

Miguel parpadeó, confuso.

—¿De veras? No logro acordarme... Yo... No logro...

De repente se dio cuenta de que las palabras se negaban a salir. Estaban claras en su mente, dispuestas en orden de salida, pero revoloteaban en su boca como un pájaro que se destroza las alas contra las paredes de una cueva sin encontrar la salida.

—¿Qué me pasa?

—Nada. No te asustes.

Empezó a sentir un extraño hormigueo en la cara que se extendió rápidamente hacia los brazos y las manos. Miró aterrado al joven, que seguía sonriendo, pero ahora sin alegría. Una sonrisa de ánimo troceada por la tristeza.

—Tranquilo. Estoy aquí.

Todo se volvió borroso, Miguel sintió que la cabeza le daba vueltas y más vueltas. Y entonces cayó de bruces contra el suelo, golpeándose brutalmente la frente.

Solo había sido una bajada de azúcar. Es lo que había dicho el médico en un primer momento. Ahí debería haber acabado todo: un simple susto, un hematoma en la frente y una aparatosa rozadura en el pómulo. Tomarle la tensión y mandarlo a casa. Pero el golpe en la cabeza había aconsejado hacer un TAC y la prueba había revelado la presencia en el cerebro de Miguel de placas seniles y ovillos neurofibrilares. Palabras que asustaban con solo ser pronunciadas.

—¿Qué significa?

—Hemos detectado que sufre usted un principio de demencia senil.

Demencia senil.

Aquellas dos palabras cayeron sobre Miguel como un doble mazazo. Al escucharlas, sintió una profunda náusea que disimuló ante su hija desviando la mirada hacia los tristes bodegones que colgaban en la pared de la consulta del hospital.



—Entiendo —musitó al tiempo que abría la boca para coger aire.

—¿Está seguro de entenderlo?

En realidad, entendía perfectamente lo que eso significaba. Solo necesitaba volver a los ocho años, sentado en un rincón, mientras su madre deambulaba medio desnuda por la casa escribiendo en las paredes con sus propios excrementos; durante años, Miguel había espantado aquel fantasma convencido de que las probabilidades jugaban a su favor: con un demente por familia era suficiente. Pero ahora acababa de descubrir que la locura no era algo que le ocurría solo a los demás.

Natalia tragó saliva. Le temblaban las pupilas con una rabia que no sabía contra quién verter.

—¿Cómo es posible? Mi padre no ha fumado ni ha bebido en la vida, no ha cometido excesos; ni siquiera es tan viejo... ¡Si solo tiene setenta y cinco años!

El doctor apretó las mandíbulas como un boxeador experimentado en encajar ganchos.

—Los síntomas de este tipo de enfermedades suelen aparecer a partir de los sesenta años. De no ser por este accidente ni siquiera lo hubiéramos descubierto hasta que el deterioro fuera mucho más evidente. Su padre padece una de las formas más comunes: alzhéimer.

Natalia apretó la mano de su padre como si tuviera miedo de caerse al vacío. Negaba obsesivamente.

—Eso es imposible. Él es un hombre lúcido... Esas pruebas están mal.

El doctor esperó a que Natalia se calmara. Su voz tenía un efecto sedante, como si hubiese aprendido a modularla para causar una perdurable impresión de seguridad: a falta de confirmar el diagnóstico con algunas pruebas más, la conclusión era que las estructuras proteínicas del cerebro de Miguel eran anormales. Era una forma enrevesada de decir que su mente se iba apagando. Lo haría poco a poco y la cuestión era saber en qué momento el apagón sería definitivo.

—Todavía está en un estadio embrionario.

—¿Cuánto?

—Cada persona es diferente. Tal vez en un año, dos a lo sumo.

Miguel cerró los ojos. No se le había ocurrido que su muerte sería tan larga. Siempre creyó que llegaría por accidente, que se toparía con ella de sopetón. Nada de prolongar la agonía, nada de gritos y lamentos, de suciedad, de dependencia, de babas y mal olor. Nada de joderle la vida a los demás durante décadas, como hizo su madre. Ella se pasó la vida muriéndose, primero por dentro y después por fuera, incluso tuvo tiempo de sobra para ser consciente de su declive y, al final, cuando más falta le hacía la locura, recobró la lucidez para saber que se iba.

Ahora le tocaba a él.

El doctor se apiadó de su desconcierto.

—El deterioro neuronal es irreversible, pero existen tratamientos paliativos. Controlaremos el sodio, el calcio y el azúcar, le administraremos vitamina B12 y

memantina e inhibidores. Durante un tiempo al menos podrá hacer vida casi normal.

A continuación, les dio una larga lista de consejos y de prohibiciones alimenticias, y añadió las direcciones de algunos centros especializados de carácter privado donde podrían enseñar a Miguel a adaptarse a su nueva situación. Después, el doctor se puso en pie. Era su manera de decir que el tiempo que les dedicaba se había terminado. Asomó en su rostro una solemnidad ensayada:

—Procure no agobiarse.

Miguel frunció el ceño. Le pareció un comentario estúpido.

Era casi de madrugada cuando llegaron a casa. Natalia insistió en quedarse a dormir, pero Miguel logró convencerla para que lo dejase solo. Necesitaba pensar. Tras mucho discutir, Natalia dio su brazo a torcer. Sabía cómo era su padre y lo tozudo que podía mostrarse cuando se sentía débil. No quería que ella lo viese flaquear.

—Como quieras, pero te llamaré a primera hora. ¿Tienes la batería del móvil cargada? —Miguel le mostró con aire cansino el teléfono, y tuvo que prometer que dormiría con el aparato en la mesita de noche. Su hija le lanzó una última mirada al borde del llanto, y él tuvo que armarse de aplomo; incluso se permitió sonreír.

—No es tan grave, Natalia. Además, el médico ha dicho que faltan pruebas para confirmar el diagnóstico. Seguro que se equivoca.

Ni él mismo creía en esas palabras. Pero era necesario decirlo para que su hija se marchase y lo dejara un rato en paz. Necesitaba desmoronarse, sumergirse en el desconcierto y entregarse al miedo que le recorría el cuerpo. Y necesitaba hacerlo a su manera. Sin ceder a la tentación del caos, los llantos, las quejas y las protestas.

Fue a la habitación cerrada con llave. Encendió el interruptor, y la bombilla sin tulipa que colgaba en el techo dibujó un círculo de luz pálida. Miguel vio su sombra en la pared. Tenía la sensación de que pertenecía a otra persona, con los hombros caídos y los brazos inertes pegados al cuerpo. Tendió la mano y tocó aquella oscuridad proyectada sobre el blanco de la pared. Era él, lo quisiera o no. Y pronto o tarde todo él sería una sombra. Arrastró la silla hasta el arcón y acarició la tapa. La madera era lisa, todavía estaba humedecida con la cera que le había dado por la mañana. Olía bien, a limpieza y certezas. Descorrió los cerrojos con suavidad y tiró hacia arriba. Ni un solo chirrido al abrirse. Nadie dice que los recuerdos tengan que sonar a óxido.

Miró el interior sin emoción. No esperaba encontrar nada diferente a lo que sabía que vería. Las cosas que habían pertenecido a su madre no eran nada sin ella. Era como si aquel arcón fuera un sarcófago. Hojeó los recortes de periódico que su madre acumuló obsesivamente durante más de treinta años. Cualquier noticia que tuviera que ver con el Valle de los Caídos: el traslado de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera, la inauguración oficial, fotografías de las obras de construcción, entrevistas al escultor Ávalos, fichas viejas con cientos de nombres y fechas

mecanografiadas. Todo archivado con la desvariada exactitud de una mente perturbada y entregada a los detalles inútiles. Allí estaban las copias de las cartas que su madre había escrito durante años a ministros, bufetes de abogados, asociaciones de la Memoria... También estaban guardadas y ordenadas por fechas las denuncias presentadas por Miguel ante la policía cada vez que su madre se fugaba de casa, los posteriores partes de ingreso en las diferentes clínicas de salud mental, las altas temporales y las recaídas. Aquellos documentos eran la crónica de años de desvarío.

Debajo de todos esos recuerdos, envuelta en un paño, estaba la urna con las cenizas de su madre. Miguel la cogió y la estuvo mirando mucho tiempo, como si pudiera ver el interior y su contenido. La acercó a la nariz y la olió. No olía a nada ya.

Con la urna bajo el brazo volvió a su habitación, la dejó en la mesita y se tumbó en la cama. Miró al techo que cada vez le parecía más bajo y más pesado, como la pesada loseta de una tumba. Como si ya estuviera muerto. Tenía que hacer algo, se dijo. No podía quedarse ahí tumbado en compañía de su madre y del miedo. Rendirse no formaba parte de su carácter. Se incorporó y abrió el primer cajón de la cómoda, donde antes estaba la ropa interior de Águeda.

Ahí estaba el fajo de cartas atadas con una cinta marrón. Las cartas de Carmen. Había prometido destruirlas en el lecho de muerte de Águeda. Dos años después seguía sin cumplir su promesa. No había vuelto a tenerlas entre las manos desde que Águeda las descubrió y lo echó de casa. Deshizo el fajo, se ajustó las gafas, y arrastró la silla bajo la bombilla del techo. Necesitaba una voz amiga, un recuerdo grato:

Sitges, abril de 1980

Mi querido Miguel:

Apenas hace unas horas que te has marchado y yo me niego a dejarte escapar. Me abrazo a ti, a lo que queda de ti entre las sábanas, en la toalla que has dejado en la ducha con la humedad de tu cuerpo. Dos cabellos tuyos en la pica donde hace tan poco te peinabas, la pastilla de jabón con burbujas que contienen todavía un poco de tus manos. Has olvidado decirme que me querías al marcharte, no me importa (pero, entonces, ¿por qué te lo digo?). Encima de la mesita donde hemos comido siguen intactos los platos, tu servilleta de papel arrugada, la media cerveza que has dejado, esa forma escrupulosa de alinear los cubiertos a la derecha del plato. No quiero tocar nada para seguir viéndote de espaldas, frente a la ventana abierta desde donde se contempla el mar. Sé que es distinto a ese horizonte del que me has hablado, el que descubriste con tu esposa hace tanto

tiempo en Tarifa. Pero este es nuestro, tuyo y mío, y no necesitamos compartirlo con nadie. Todavía te escucho mientras hablas de tu pasado, interrumpiéndote para decirme que tú no fumas pero que no te importa que yo lo haga, que incluso te gusta el sabor de mis besos con ese picor rubio de la nicotina.

Ni siquiera habrás llegado todavía a Sevilla, a tu vida, tu familia, tu esposa, tu hija, de la que tanto me has hablado. Si lo pienso, hemos quemado lentamente las horas en la cama hablando de ellas. De las que te pertenecen y a las que perteneces. Poco, casi nada de nosotros, de ti y de mí. Y tampoco me importa. A nuestra edad, hay cosas que se asumen sin dramatismo. Pero quiero fantasear con la posibilidad de que mientras cruzas este cielo que ya oscurece, nervioso porque te dan pánico los aviones, distraes el miedo pensándome a través de la ventanilla, quizá oliéndote la ropa, las manos, para retener tú también algo mío. Algo nuestro de este fin de semana tan inesperado.

Yo también tendré que marcharme enseguida, volver a Barcelona. La rutina me espera para deshacer violentamente estos lazos de felicidad tan frágiles. Algún día, tal vez yo quiera hablarte de mis ataduras fuera de ti.

El servicio de habitaciones ha llamado ya dos veces, tienen que entrar a limpiar, llevarse los restos de este fin de semana y borrarlos: la colada, los ceniceros, las copas..., airear la habitación y que tu cuerpo y el mío se desvanezcan en el aire. Será como si nunca hubiese pasado. Por eso quiero quedarme un poco más aquí, en esta casa que ha sido nuestra unas horas, muy pocas, en este lugar desde el que veo la iglesia y el rincón de la calma, el temporal golpeando los salientes del paseo y ese manzano que deja caer las flores sobre la alberca. Hay algo en mí que me previene de que al cerrar esta puerta todo lo que nos hemos dicho, lo que hemos hecho, lo que hemos sentido, se perderá cuando lleguen otros amantes a esta cama, con las mismas prisas y ansias por devorarse que hemos tenido nosotros.

No me engaño, debo asumir esto sin más, digerirlo, olvidarlo y continuar como si nada; pero aquí estoy, escribiéndote desnuda en la cama con la voz de Sting en la radio, su voz que se mezcla con la tuya y con el sonido del

mar mientras me hablabas muy bajito de tu padre, al que casi no recuerdas, de esa tierra tuya de Extremadura, de tu madre cosiendo para otros, mientras yo te acariciaba el cabello revuelto y te escuchaba pero no te escuchaba. Nunca he visto llorar a un hombre como te he visto hacerlo a ti. Llorar por otros, querer darles de beber con tu tristeza.

¿Realmente podemos separarnos de lo que nos atrapa? Me siento celosa de una mujer que no conozco, imagino que soy yo quien te acompaña en ese verano a Tarifa, que me enseñas a nadar, que hacemos el amor mirando el Estrecho; quiero creer que un día me llevarás con ese coche tuyo que tanto cuidas a Casablanca, que comeremos cualquier cosa en cualquier parte, que bailaremos en lugares que ahora ni siquiera existen en nuestra imaginación, que compraremos esas sandalias hechas a mano, que la noche nos envolverá como en esas películas un tanto ñoñas que tanto te gustan. Sí, lo haremos, me digo. No, claro que no lo haremos, me repito.

Entre tanto, te escribo a las señas de tu oficina en el banco. Tenemos que ser prudentes, me has repetido. Solo espero y deseo que esa prudencia no sea la sombra del miedo. Miedo a ser felices.

Escríbeme pronto, ahora antes que mañana.

Carmen

*Tarifa, residencia Poniente*

Para Helena la noche era un tránsito inservible e inevitable. Había heredado de su madre el insomnio y también la facilidad para esconderse detrás de la ginebra. Todo lo demás era legado de su padre. Pero a ninguno de sus progenitores le debía su sentido del humor, cargado de una aspereza excesiva y cierta impertinencia. Eso lo había cultivado por su cuenta. Desde niña. La *pobre* Helena, la niña traumatizada, abandonada, creció creyendo ser la más desgraciada de todas las desgraciadas y, por ello, merecedora de toda clase de consuelos y caprichos. El mundo *se lo debía* a modo de compensación.

Pero el mundo no le debía nada.

Desde luego, el abuelo Whitman nunca toleró aquel victimismo ventajista ni se dejó extorsionar por los traumas de su nieta. Bastante tuvo con viajar personalmente hasta Tánger para hacerse cargo de ella y ocuparse del traslado a Londres tras la muerte de Thelma. En cambio, con la abuela Alice funcionaban mejor las tretas emocionales. Helena llegó a perfeccionar determinadas miradas de ausencia para obtener de ella lo que deseaba. La muerte de Thelma sumió a la anciana en un silencio menos tenebroso que el de su esposo; en ocasiones se rompía, y Helena la oía llorar en su dormitorio o la encontraba ordenando el armario de soltera de Thelma, donde seguían colgados sus vestidos de campo. La abuela Alice sentía por su nieta Helena un amor viciado por la tristeza y los remordimientos: «Fue culpa nuestra, no debimos permitir que se casara tan joven con ese español». Alice cargaba sobre los hombros de su nieta como si esperase que la niña pudiera ofrecerle una explicación de lo que le había sucedido realmente a su hija en África. Una explicación que ella fuera capaz de aceptar. A cambio, permitía a Helena bañarse en la piscina de los arriates por la noche, comer dulces y montar a *Isis*, la yegua sagrada del abuelo Whitman, cuando este no se encontraba en la finca. Siempre se mostraba solícita cuando se trataba de encubrir sus pequeñas fechorías y, si ya no era posible disimularlas, entonces se batía el cobre justificándola. Solo una vez se mostró inflexible; fue la mañana que Helena se puso a hablar en español y mencionó a su padre. La abuela Alice la miró gélidamente:

—No vuelvas a pronunciar ese nombre en esta casa. —Helena asintió, asustada ante la posibilidad de perder a su única y leal aliada en aquel caserón enorme.

A pesar del cariño de la abuela Alice, fue un alivio para Helena saber que iban a internarla en un colegio para señoritas de la alta sociedad a las afueras de Londres. La decisión la había tomado de modo unilateral el abuelo Whitman con la oposición de la abuela Alice, que argumentaba que la niña no estaba preparada. El abuelo fue

inflexible: había pasado casi un año desde que Thelma había muerto, la niña era demasiado montaraz y necesitaba una disciplina que, era evidente, Alice no estaba en disposición de imponer. Por su parte, la débil protesta de Helena, que en realidad deseaba salir de aquella vida silenciosa y cargada de sombras, acabó por hacer entender a la abuela que tal vez su nieta no solo estaba preparada, sino que necesitaba salir de la vieja mansión Whitman. Vivir lejos de aquellas habitaciones frías y de sus abuelos y regresar un par de veces al año por vacaciones no podía ser peor que permanecer allí y languidecer lentamente.

Tras los muros de aquel colegio de internas, la pequeña Helena conoció a Louise, su amiga inseparable; y, a raíz de ese encuentro, la infancia de Helena empezó a desvanecerse sin que nadie se percatase: cuando regresaba a la mansión de sus abuelos, mostraba la misma superficie reconocible, pero deseaba desde el primer momento volver a marcharse para ser la otra Helena, la que Louise le estaba enseñando a ser.

Aquella otra Helena construida a imagen y semejanza de Louise desaparecería con el paso del tiempo también, como irían desapareciendo las sucesivas, hasta llegar a este cascarón de nuez vacío y sarcástico en que se había convertido al cumplir los setenta años.

Sobre la mesa quedaba el rastro de bizcocho que los amigos de la residencia —así debía llamarlos aunque no lo fueran— habían encargado en una pastelería céntrica: bizcocho de limón con relleno de chocolate y unas virutas de azúcar. «Vicios y glotonerías de viejos», se dijo. Los restos esparcidos sobre la bandeja de papel con cenefa parecían haber sido roídos por ratones hambrientos. Helena apenas había probado unas migajas que, en realidad, se le habían desmenuzado entre los dedos. Por quedar bien: los verdaderos amigos habrían sabido que ella detestaba el dulce, especialmente el chocolate. Tampoco le había prestado demasiada atención a la ridícula postal de cumpleaños con una docena de dedicatorias ilegibles, una cosa infantil que a alguien le había resultado curiosa en el escaparate de una papelería: «Hoy es un día importante para decirte lo mucho que nos importas. Feliz cumpleaños». Un oso de peluche rodeado de estrellas doradas. Como si en vez de cumplir setenta años hubiese cumplido doce, quince, veinte años y todavía recibiera las postales de felicitación que su padre le enviaba cada año a la casa Whitman.

Aquellas postales, desparramadas ahora encima de la cama, habían ido con ella en cada una de sus vidas, guardadas en una caja de zapatos, como una promesa incumplida: «Hasta que nos volvamos a ver, pequeña mía». Su padre escribió la primera cuando Helena tenía once años, y siguió haciéndolo hasta que cumplió los treinta y cuatro. Postales compradas y escritas con prisa en cualquier estación de tren —Roma, Oporto, Burdeos, Nimes, Múnich, Dublín, Ámsterdam— y enviadas justo antes de partir a otra parte.

Helena recurría a ellas en busca de un consuelo inútil, las releía y acariciaba aquella letra que nunca perdió la pulcritud, ni siquiera para contar las cosas más



truculentas.

—¿Por qué pensar en esto ahora? —se preguntó en voz alta, mientras abría el cajón de la mesita y observaba como a una vieja enemiga la petaca dorada que escondía allí. Meneó la cabeza resignada y dio un largo trago—: Te has hecho vieja. Hay que joderse. Vieja de narices —dijo chasqueando la lengua.

Como si le sorprendiera ese descubrimiento, entornó los párpados dispuesta a disentir de esa imagen, cruce de la iluminación que llegaba de la farola del jardín tras la ventana y de las sombras de la habitación. Recorrió lentamente el lóbulo de la oreja, la mejilla derecha, los labios entreabiertos y agrietados, la barbilla altanera; deslizó los dedos por el cuello arrugado y se detuvo en el pico de la camisa. Desabrochó los botones y se examinó el pecho, lechoso como un fósforo salpicado de lunares y pecas; se acarició los senos pequeños, con la aureola agrietada y oscura. Hubo un tiempo en que sus dedos se deslizaban por la piel sin encontrar obstáculos, un tiempo en el que este cuerpo desataba miradas. Algunas certezas resultaban estremecedoras. ¿En eso consistía la vejez?, ¿en perder lo que se había sido? A mucha profundidad bajo la piel, el corazón de Helena gruñó con un quejido. Tal vez hacerse vieja era quedarse sin fuerza y que los demás confundieran esa rendición con sabiduría.

Se frotó la sien con la punta de los dedos. «Estoy bebiendo demasiado». Cojeando sin disimulo —como hacía cuando estaba sola—, abrió la ventana que daba al jardín y encendió un cigarrillo, procurando que el humo saliera fuera. Mentir, fingir felicidad y atiborrarse de dulce estaba permitido en aquel lugar que ahora era su hogar. Beber y fumar, no.

Se concentró en el vasto silencio que se cernía sobre la residencia. Era un silencio roto por continuas interferencias. A través de las paredes escuchaba la cisterna de un lavabo, toses y abrir y cerrar de puertas. Había otros como ella; insomnes que observaban el techo blanco de la habitación sin poder conciliar el sueño ni unos minutos. Era fácil reconocerlos por la mañana: los primeros en bajar a desayunar, bien peinados y aseados, como si llevaran mucho tiempo esperando que el mundo se pusiera en marcha.

Afinó el oído y sonrió. Reconocía los pasos que ahora se detenían ante su puerta. Puntuales. A continuación, oyó el golpeteo de los nudillos llamando ritualmente.

—Adelante, profesor —dijo Helena guardando la petaca en el bolsillo de la chaquetilla y apartándose de la ventana. La invitación era un mero formulismo. La puerta ya se había abierto, y una melena greñuda y pajiza asomó por la rendija.

—Buenas noches, *lady*. ¿Una noche difícil?

El rostro se deshacía entre la luz del pasillo y la oscuridad de la habitación. Helena encendió el flexo del escritorio.

—Sabes que detesto que me llames así, Marqués.

Los ojillos del profesor Marqués parpadearon repetidamente, como si fuese un ratón atrapado por un cepo de luz.

—¿Interrumpo una juerga de alcohol y cigarrillos? —preguntó con malicia olfateando el aire.

—Estaba pensando en mil maneras de suicidio para celebrar mi cumpleaños. ¿Alguna idea?

Marqués soltó una risotada. Era demasiado pequeño para parecer un hombre, pero su mirada era demasiado vieja para fingir que era un niño. Atrapado en una deformidad que podría haberlo convertido en un fenómeno de feria, se las había apañado bastante bien con sus piernas arqueadas, su cabeza granítica y su pequeña estatura durante casi ochenta años. Todo lo que incitaba a la burla en su fisonomía era compensado por la gravedad sin quiebra de una mirada de una humanidad inquietante. Uno debía pensarse mucho si era prudente reírse de alguien con semejantes ojos.

—Lo de cumplir años se ha convertido en toda una tragedia, ¿verdad?

—¿Qué quieres, Marqués?

—Poca cosa: compañía, complicidad, mi dosis habitual de amistad... ¿Me invitas a uno de esos cigarrillos que fumas a escondidas? —preguntó con el tono plañidero que utilizaba cuando iba a romper alguna regla, cosa que hacía a menudo.

Marqués, el profesor, como le gustaba que lo llamaran, era *l'enfant terrible* de la residencia, esa clase de paciente que temen médicos, enfermeras y auxiliares. El personal se las veía y se las deseaba para lidiar con su carácter colérico, por no hablar del resto de pacientes, que procuraban rehuirlo. En cambio, a Helena le divertía esa rebeldía continua que solía agotarse en luchas estériles.

—No sé lo que opinará la directora Roldán teniendo en cuenta tu estado de salud. —Marqués sufría un enfisema grave. Por eso, aún resultaba más angustiada la avaricia con la que abría la boca y las fosas nasales para llenarse los pulmones cuando fumaba.

—Dirá lo que dicen todos, lo único que saben decir cuando lidian con la vejez: «Marqués, métase usted en un armario lleno de bolas de alcanfor y procure no moverse. Así vivirá mil años». Y digo yo, ¿quién coño quiere vivir para siempre? Solo alguien que no tiene pajolera idea de lo que es la vida.

—¿Y qué es la vida? —preguntó Helena, por el puro placer de provocar a su amigo.

—¡Un sinvivir, coño! La vida solo sirve para morir.

Helena dejó escapar una risita. Cuando Marqués se enfurecía, las bolsitas que tenía bajo los ojos se volvían de color violeta.

—¿Vas a fumar sola o vas a invitar a este pobre desamparado para evitar que monte un escándalo?

Helena se encogió de hombros y le ofreció un pitillo. Aquella noche, Marqués llevaba puesto un pijama de color crudo que le ocultaba las manos. Continuamente tiraba de las mangas hacia atrás para liberar los dedos.

—¿Rematamos con un buche de London? ¿No era eso lo que bebía tu padre? Sé

que tienes escondida la petaca de tu amiga, la americana.

—Louise era de Bristol.

—No importa, seguro que me lo has contado muchas veces, pero uno de los privilegios de la vejez es que no debemos fingir que prestamos atención a los detalles que no nos importan.

—Oye, Marqués, ¿no te parece que abusar es arriesgarse a perder? Estás siendo bastante descortés.

Él la miró fijamente, sin atisbo de duda.

—Los pusilánimes suelen llamar descortesía a la sinceridad, y nunca me has parecido de esa clase. Por otra parte, si no arriesgase, tú y yo nunca habiéramos sido amigos. Te aburren los tibios tanto como a mí, reconócelo. —El rostro de Marqués se volvió turbador y hermoso al mismo tiempo.

Helena ladeó la cabeza con una sonrisa condescendiente. En la residencia corría el chisme de que Marqués fue en tiempos un gran compositor cuya carrera se malogró por culpa de una relación amorosa que acabó de manera trágica. A Helena todo aquello le sonaba demasiado romántico y trágico, pero había aceptado desde el principio y de buen grado las excentricidades de Marqués, porque siempre le gustaron los renglones que se salían de la línea. Solo él se atrevía a desafiar la autoridad de la directora Roldán paseándose desnudo por el jardín los días de visita en la residencia o era capaz de pasar horas frente al piano de la biblioteca mirando las teclas sin tocarlas ni permitir que nadie más lo hiciera.

—¿Y bien? ¿Vas a emborracharte sola el día de tu cumpleaños?

Resignada, Helena le ofreció la ginebra. Marqués bebió sin ansiedad, y examinó la petaca, que tenía una inscripción en la base.

—«*Life is what happens to you while you're busy making other plans*» —leyó en voz alta, con tono interrogativo—. Muy optimista, esta Louise.

Helena alargó la mano y le arrebató la petaca. Empezaba a arrepentirse de su generosidad.

—Tú no sabes nada de Louise.

Marqués se estiró teatralmente las solapas del pijama y se puso en pie. Sacó del bolsillo un folio cuidadosamente doblado y se lo mostró.

—Cierto. Bien pensado, tampoco sé mucho de ti. Pero eso no impide que te conozca, ¿verdad?... Feliz cumpleaños, Helena. Mi regalo.

Helena desdobló el folio y lo contempló. Era una composición con escalas y acordes.

—Está basada en Satie. Es un solo para piano, sin orquestrar. Fíjate —dijo Marqués apuntando con el dedo al papel, visiblemente excitado—: silencios y tonos bajos, para una entrada suave y reconfortante... y aquí cambia, un tono más alto y una dinámica más nerviosa... La he compuesto para ti. La he titulado *Helena y el mar*. Es un retrato tuyo.

—¿Un retrato?

Marqués afirmó entusiasmado: había escrito aquella composición como un retrato, robándole gestos cuando ella no se sentía observada.

—Ahí, entre las notas y las escalas, están las arrugas amenazando desprendimiento, las manos un poco crispadas sobre el regazo, el cabello cubriendo la mitad de la cara y realzando esa nariz tuya tan característica, con el puente un poco prominente. Pero también está cierta expresión de placidez inteligente que te asemeja a las vírgenes de Leonardo da Vinci. Con todo, lo mágico no está en tu rostro, sino en los ojos: esas pupilas verdes tuyas encharcadas de reminiscencias en las que revolotean imágenes y recuerdos que pretendes ocultar.

Helena lo escuchaba embelesada.

—¿Así es como soy?

—No sé cómo eres. Así es como yo te veo.

Algunos opinaban en la residencia que Marqués era un farsante, que jamás había compuesto nada, que su sabiduría no era más que el balbuceo de un chiquillo. Otros aseguraban con malicia saber de buena tinta que, en realidad, el supuesto profesor se había dedicado toda la vida a reparar coches y motocicletas en un taller mecánico propiedad de su padre en un pueblo de Soria, y que su mujer lo abandonó por un comercial de papelería llevándose con ella a los niños a un pueblo de la Costa Brava. Pero a Helena no le importaba lo que se decía. Le importaba lo que veía. Y aunque jamás hubiese escuchado hablar de logro alguno de Marqués, era testigo de aquella pasión, del deseo que lo dominaba y que lo sumía en un estado de trance.

—Un hombre es su pasión, amiga mía, la más íntima de ellas. Lo demás es pura carcasa.

—¿Tocarías para mí esta composición?

Marqués era un niño obligado a inventar refugios en los que esconderse de los demás. Eso había sido toda la vida. Y el deseo de ser amado, aceptado, reconocido, se condensó en su mirada implorante, única y verdadera durante unos breves segundos.

—Por supuesto. —Con lentitud ceremoniosa, se arremangó y se sentó detrás del escritorio, apartó los restos de pastel y colocó delante la partitura. Irguió la espalda y alzó el mentón, cerró los ojos... y entonces ocurrió algo milagroso: todo su cuerpo, contrahecho y pequeño, empezó a danzar al ritmo de sus manos, extendidas sobre un teclado imaginario, y pareció cobrar una dimensión de gigante, con el rostro transfigurado por la concentración y el éxtasis y los labios apretados formando una delgada línea que marcaba un horizonte solo visible para él. Aquel hombre sufría y gozaba con la música, con sus matices, bailaba con las notas, que sonaban con nitidez en su cabeza y caían en una cascada perfecta para componer algo realmente emocionante y auténtico.

Aquello duró varios minutos. Helena no podía apartar la mirada de los dedos de Marqués, que se movían con fluidez sobre la mesa, como si de verdad estuviera creando los sonidos; sus dedos eran como pequeños riachuelos que desembocaban en el mismo mar, cada uno con sus matices particulares, sus colores, sus voces. Era

maravilloso. Acongojada, se volvió hacia la ventana. A lo lejos, a una distancia que la noche convertía en infinita, estaba África; y alguna de aquellas luces que titilaban como luciérnagas era Tánger. Helena sintió pena. No por ella misma, sino por la niña que fue. La veía a través de la noche, al otro lado del Estrecho, clavada de hinojos en la arena gritando para que su madre volviera a por ella.

—Para, Marqués... Por favor...

Marqués dejó las manos quietas y abrió los ojos, visiblemente fatigado. Estaba sudando.

—¿No te gusta?

Helena volvió a su lado. Sus ojos verdes se habían cerrado.

—Es una obra magnífica. Un día, asombrarás al mundo.

Marqués se encogió característicamente.

—El asombro del mundo ya no me interesa, suponiendo que el mundo todavía tenga esa capacidad, cosa que dudo.

Helena protestó. La música era inmortal. Los números convertidos en sonidos y los sonidos en imágenes. Las imágenes en vida y emoción.

—Eres demasiado optimista, Helena. Ya no existe la inmortalidad. Todo dura un segundo; una exclamación y se pasa a otra cosa. Soy de otro tiempo, *lady*. Cuando los sueños se construían muy despacio y uno no se desesperaba al verlos caer. Simplemente recomponía los pedazos y volvía a empezar con una paciencia infinita. No los cambiaba por otros sin más.

—Te veo muy melancólico esta noche.

Marqués tuvo un violento acceso de tos que lo hizo enrojecer. Cuando pasó, se limpió la saliva con el dorso de la mano y miró a Helena con los ojos vidriosos.

—El mundo y yo viajamos en trenes distintos. Me aturde tanta rapidez. —La gruesa cabeza de Marqués negó lentamente, como si un forzado tratara de moverla de sitio—. Y ahora, me marchó. Gracias por ese buche de ginebra y por ayudarme a asfixiarme un poco más con el pitillo. Eso es amistad.

Se encaminó hacia la puerta, tan pequeño y deforme y, al mismo tiempo, tan por encima de las sombras de la habitación. En el último instante, se detuvo y le dedicó una bonita sonrisa a Helena.

—Procura airear bien la habitación. Si la directora Roldán huele a tabaco, te ganarás una buena bronca.

Helena puso los ojos en blanco.

—¿A esto hemos llegado? ¿A que nos vigilen como niños pequeños?

Marqués abrió las manos y dejó caer los brazos con un palmoteo.

—Ni más ni menos. Buenas noches.

El profesor había dejado la partitura sobre el escritorio. Helena acarició la superficie lisa del papel. Luego observó las postales de su padre esparcidas sobre la cama. Como Marqués, también ella era de otro tiempo, y ese tiempo no iba a volver.

A la mañana siguiente, el profesor de informática esperaba a Helena. Era un muchacho apuesto y jovial y la saludó con las galanterías habituales. Los dos rieron. Helena, con menos entusiasmo. Le gustaban los hombres galantes aunque ya no creyera en ellos, así que no pudo evitar cierta dosis de coquetería al atusarse el flequillo.

—Está usted perfecta.

—¿Perfecta como qué?

—Perfecta como las cosas que encuentran su sitio.

Ella torció la nariz, olfateando las palabras.

—¿En una residencia de ancianos?

Él meneó la cabeza con un brillo de estima sincera en la mirada.

—Más bien como quien llega a donde se propuso sin ser derrotada.

—Vaya, un poeta. —Helena palmeó la mano del muchacho. Era la mano joven y fuerte de alguien que no sabía de lo que hablaba—. Gracias, y ahora, ¿empezamos?

La biblioteca disponía de tres ordenadores con cámara web. Para usarlos era necesario hacer una reserva: los inquilinos de la residencia le habían cogido querencia al mundo virtual. Incluso habían dejado de lado los juegos de mesa para ser abducidos por las redes sociales, a las que se entregaban como neoconvertidos. Habían descubierto que podían alargar sus vidas, reinventarlas, con un simple clic de ratón, y nadie quería renunciar a hacerlo. Helena se las apañaba con la informática, aunque durante los cursillos solía estar en la inopia; la aburría todo concepto abstracto: el *hardware*, el *software*, la nube, el archivo, la interfaz... Lo que le interesaba era el aspecto práctico del asunto. Comunicarse con cualquier parte del mundo en cualquier momento. Algo maravilloso. Se puso los auriculares con micrófono y, siguiendo las indicaciones del joven profesor, marcó el icono del programa Skype e introdujo la contraseña que había memorizado: David1968, el nombre y el año de nacimiento de su hijo. La lucecita roja de la cámara web parpadeó con un guiño de bienvenida y se puso de color verde.

—Perfecto —aprobó el joven. Le dio una palmadita en el hombro y se alejó hacia otros ancianos que tenían la nariz pegada a sus ordenadores.

Al cabo de unos segundos, apareció en la pantalla una acogedora estancia. De las paredes, revestidas de madera oscura, colgaban decenas de cuadros, y había libros y fotos familiares en las baldas de las estanterías. En el extremo derecho del encuadre se veía el manillar de una bicicleta. También se oía ladrar a un perro grande. La luz era natural, venía de una ventana con abetos nevados de fondo. Al parecer, en Suecia no conocían otra cosa que la nieve. Un hombre de barba espesa y cabello muy oscuro la saludó tras un escritorio. Helena acarició a través de la pantalla ese rostro de dientes blancos y encías rosadas:

—Hola, David. Tienes muy buen aspecto.

Él le dio las gracias, se recostó en la silla y se acarició la barriga. Se quejó medio en broma de los kilos, que iban asentándose con los años. Helena le preguntó por los

niños, Neo y Hampus, dos mellizos de seis años pelirrojos, de ojos azules y espesas pestañas transparentes, tan suecos como su madre: parecían sacados de un anuncio de IKEA.

—Están bien. Te mandan recuerdos.

David mentía. Helena apenas había cruzado con los niños unas pocas palabras en inglés en ocasiones especiales, lo mismo que con Marta, la esposa de David. Helena sabía que no le caía bien, y en cierto modo agradecía no tener que fingir que se alegraba cuando, de vez en cuando, ella se asomaba a una esquina de la pantalla para preguntar qué tal iba todo. David y Marta habían decidido casarse el próximo año, y a Helena le dolía que él no hubiera mencionado la posibilidad de invitarla a la boda. Por supuesto, no tenía ninguna obligación de hacerlo, David le decía que eran una pareja moderna, y que habían decidido casarse solo por agilizar cuestiones de papeleo y para tener acceso a determinadas ayudas estatales: sería una ceremonia rápida y, desde luego, civil, sin más invitados que los testigos y los niños; un día laborable en las oficinas del ayuntamiento. Pero el anillo de compromiso que Marta le había mostrado en pantalla hacía unos días a Helena dejaba bien a las claras que una cosa era lo que él decía y otra lo que acabaría sucediendo.

Durante unos minutos siguieron charlando de cosas intrascendentes, intercalando frases en español y en inglés. De vez en cuando, David le enseñaba alguna palabra en sueco o el significado de una expresión, o le contaba un chiste de noruegos y daneses, y aunque normalmente aquellas conversaciones entretenían y divertían a Helena, aquella mañana su fina ironía no aparecía por ninguna parte. David se dio pronto cuenta.

—Pareces preocupada.

Helena se encogió de hombros.

—El levante sopla con fuerza estos días. Te vuelve la cabeza loca.

El joven asintió.

—Aquí también tenemos mal tiempo.

Helena forzó la sonrisa, pero no se necesitaba ser muy perspicaz para comprender que algo iba mal.

—¿Ocurre algo? —preguntó David.

Helena negó con la cabeza.

—Ayer cumplí setenta años.

—¡Oh, lo olvidé por completo!

—No te preocupes. Acumular años no es un mérito destacable. No debería haberlo mencionado, pero supongo que empiezo a sentir ciertas añoranzas. Ni siquiera conozco en persona a tus hijos.

—Algún día. Marta y yo estamos pensando en hacerte una visita con los chicos. Quizá el próximo verano.

Promesas que siempre se cancelaban en el último momento; navidades, veranos, cumpleaños que se sucedían con ese deseo incumplido. Casi con timidez, Helena

sugirió algo en lo que había estado pensando.

—Podría ir yo a visitaros.

David se mostró incrédulo.

—Venir a Malmö no es como ir desde Tarifa hasta Cádiz. Es un viaje largo. Además, los niños te agotarían.

Ella no quiso oír lo que entrañaban esas palabras.

—Claro, tienes razón. Es una tontería.

Durante los diez minutos siguientes, David miró un par de veces el reloj. Se oía de fondo a Marta y a los niños. El perro ladraba.

—Bueno, tengo que dejarte ya. Nos vamos unos días a Estocolmo y el tren sale en una hora. ¿Hablamos el jueves que viene a la misma hora?

Helena inspiró e irguió la espalda hasta pegarla al respaldo de la silla. Por debajo de la mesa, se frotaba la rodilla derecha. Los días que se ponía nerviosa o se disgustaba, parecía dolerle más de lo habitual. Se mordió un poco el labio inferior para evitar que temblara. Escogió su mejor sonrisa y se despidió.

—El jueves que viene, por supuesto. Disfrutad de la excursión.

Mucho rato después de que la conexión se hubiera acabado, Helena seguía frente a la pantalla del ordenador. No se movió hasta que el profesor de informática se acercó con el gesto preocupado.

—¿Malas noticias, Helena? Está un poco pálida.

Helena reaccionó con brío. Se puso en pie fingiendo disponer de una energía que no tenía. La cojera la estaba atormentando.

—Nada nuevo sobre el horizonte. Viejos y soledades.

El joven pareció desconcertado.

—¿Puedo ayudarla?

—Llama a tu madre por su cumpleaños. Es un consejo.

Helena salió de la biblioteca disimulando la cojera. A lo lejos vio a Marqués con un manojo de papeles bajo el brazo. Se apartó de su vista; no tenía ganas de cruzarse con nadie.

Se dirigió hacia el claustro, donde una fuente de piedra regalaba un débil chorro de agua que se vertía sobre piedras mohosas, y se sentó en uno de los bancos. Contemplando el agua se acordó del día en el que su hijo, camino del colegio, se detuvo en la esquina y se desembarazó de su mano y, mirándola seriamente, le dijo que no quería que lo acompañase más hasta la puerta del colegio porque tenía ya diez años y sus amigos se burlaban de él. Helena lo vio cruzar la calle con la mochila llena de libros al hombro, erguido como un hombrecito, y sintió el presagio de la soledad.



### 3

#### *Malmö*

El viento racheado azotaba el estrecho de Öresund. Desde el aparcamiento, las altas torres del puente, así como los faros de los coches y de los trenes que cruzaban desde Dinamarca a la provincia de Escania y viceversa, se intuían a través de la bruma. A lo lejos se oyó la sirena del transbordador de las cinco de la tarde que avisaba de su proximidad.

El subcomisario Gövan contemplaba el paisaje mientras acariciaba distraídamente la nuca de Yasmina. Todavía tenía la bragueta desabrochada.

—Es hermoso estar aquí, contigo —susurró, con la voz ronca. El aliento, cerca del tirante del sujetador de Yasmina, le olía a tabaco rubio y a esas salchichas suecas a las que Gövan era aficionado.

Yasmina observó el mismo paisaje, la cercanía del mar, los guijarros de grava gris de la playa, las gaviotas y la inmensa mole del puente, aunque sus ojos no veían lo mismo que Gövan. No lograba sustraerse a la incomodidad del asiento y del cambio de marchas clavado en la pierna. Como las otras veces, también ahora la prisa lo echaba todo a perder: la premura al quitarse la ropa, la alerta por si aparecía un paseante con su perro, las imprecaciones de Gövan porque nunca conseguía abrir el cierre del sujetador a la primera. Había momentos de lucidez en los que Yasmina podía elevarse sobre la imagen de sus cuerpos embarullados en el habitáculo incómodo del Sköda: las bragas colgándole en un tobillo, las pantorrillas blancuzcas de Gövan con la marca sonrosada del calcetín a la altura del gemelo y la correa del reloj suelta. En sus fantasías, Yasmina no había imaginado que las cosas serían así.

—Es tarde —dijo poniéndose la blusa—. ¿No te espera tu familia feliz en casa?

El subcomisario la miró con disgusto. Tenía las pestañas casi blancas, largas como un toldo que protegiera sus delicados ojos azules; incontables pecas que le tachonaban la frente; los pómulos marcados y la nariz corta y ancha como la de un curtido boxeador.

—Eso ha sido un golpe bajo, Yasmina. Tus sarcasmos son dañinos, ¿sabes?

Yasmina frunció los labios. Era un comentario cruel, cierto. Pero no había necesidad de fingir que eran otra cosa distinta a lo que eran.

—Lo dañino es la verdad, Gövan. Bueno, aquí estamos, ¿verdad? Te has corrido en mi boca y ahora te lavarás los dientes y volverás a tu casa, besarás a tu esposa y a tus hijos y fingirás que eres el padre y el esposo perfecto.

—Estoy enamorado de ti, Yasmina. Te lo he dicho muchas veces, pero mi situación es complicada.

«Situación complicada», uno de los muchos eufemismos que solía utilizar el

subcomisario.

—Significa que no sabes cómo tenerlo todo, ¿verdad?

No se trataba solo de la familia con la que Gövan acudía todos los domingos al oficio religioso en la catedral de San Pablo: una guapa y sofisticada esposa que trabajaba en la prestigiosa Malmö Konsthall y dos hijos, de ocho y nueve años, con los que iba todos los sábados al museo de ciencias naturales en el castillo de Malmöhus. Se trataba de algo más complicado. El suegro del subcomisario Gövan era uno de los mayores accionistas de los laboratorios Wallenberg, así que era capaz de aupar o de hundir la carrera de su yerno. Además, estaban el abono al hipódromo, el velero, las vacaciones en Barcelona, la cabaña de fin de semana en Upsala y las recepciones en casa del ministro del Interior... «Situación complicada» significaba que el subcomisario Gövan no estaba dispuesto a renunciar a su vida por una joven de veintitrés años, hija de inmigrantes marroquíes, que vivía en un mísero apartamento prefabricado de Rosengard con su abuelo, un fanático religioso, y con una madre que pasaba seis días de la semana como interna en casa de un matrimonio rico de las afueras.

—Lo digo en serio —insistió Gövan, acariciando la mejilla de Yasmina y atrayéndola hacia él—. Estoy enamorado de ti.

Yasmina procuraba mantener la equidad, saber a lo que estaban y no dejarse arrastrar por zalamerías hacia un terreno de improbabilidades y de decepciones futuras. Además estaba el Turco... Lo mismo que les había permitido acercarse, les impedía unirse, y las palabras de Gövan, dichas al calor de una corrida satisfactoria, no podían salvar la distancia que separaba sus mundos.

—Se te pasará en cuanto te baje la erección —dijo con una frialdad que solo le hacía daño a ella.

A Gövan le cambió la cara, como cambiaba el paisaje al subir la marea y disiparse la bruma para que todo se mostrase desagradable, un poco sórdido. Echó una ojeada rápida al teléfono móvil. Tenía varias llamadas perdidas.

—Deberíamos regresar ya. Tengo trabajo.

—¿El pakistaní que ha aparecido con el cuello rajado flotando en el puerto?

Gövan la miró con extrañeza.

—¿Cómo sabes eso?

Yasmina reaccionó con rapidez.

—He visto la noticia en televisión.

Gövan resopló malhumorado. Se suponía que el caso estaba bajo secreto de sumario, pero la prensa siempre se las apañaba para entrometerse. Aquel era su caso estrella, la oportunidad que lo lanzaría a la comisaría general de Estocolmo y después, tal vez, a cotas mayores; pero antes tenía que resolver la investigación con éxito. Todas las miradas estaban puestas en él y en el equipo que dirigía.

—Es un asunto complejo.

—¿Más complicado que el asunto que tenemos tú y yo?

—No tiene gracia.

Desde luego que no la tenía. Yasmina sabía que se adentraba en terreno resbaladizo, y aun así tentó su suerte.

—En las noticias han dicho que habéis encontrado un contenedor de carga con drogas cerca del cadáver. Mucha droga. ¿Ya tenéis un sospechoso?

Drogas, tráfico de personas y de armas, funcionarios corruptos, políticos implicados, con un entramado internacional y con la Interpol de por medio... Aquel podía ser el caso del siglo. O la tumba del subcomisario si no se andaba con cuidado.

—Son cosas del trabajo, prefiero no hablar de eso cuando estamos juntos. Es desagradable.

Yasmina supo que no debía insistir, al menos por ahora.

Terminaron de vestirse en medio de un silencio penoso y regresaron a la ciudad. Gövan conducía con aire de gravedad. En la radio hablaban de las próximas elecciones al Parlamento. Gövan subió el volumen. Yasmina hubiera preferido que la apagara o que pusiera música pero él no iba a hacerle caso. Se limitó a contemplar el paisaje a través de la ventanilla.

Llegaron a la parada de autobuses y Gövan le preguntó a Yasmina si estaba segura de no haber olvidado nada, un pendiente o una pulsera.

Yasmina asintió con tristeza. Lo que en realidad le preguntaba el subcomisario era si había dejado alguna huella que delatara su presencia. Sabía que Gövan llevaría el coche al tren de lavado, daría instrucciones muy precisas para que lavaran la tapicería a mano y dejaría una buena propina para que los empleados se esmerasen en borrar cualquier pelo oscuro y rizado, cualquier gota de efluvios sospechosos.

Como si comprendiera lo mezquino de su temor, el subcomisario trató de disculparse.

—¿Nos veremos la semana que viene? Podría buscar un sitio agradable para pasar una noche juntos. Una noche entera.

Yasmina buscó el pañuelo en el bolso y se cubrió la cabeza, se dio un rápido vistazo en el retrovisor interior y borró con el pulgar el rastro de carmín de los labios. La barba rasposa de Gövan le había dejado una marca de picaduras, como de pulgas, en el cuello.

—Claro, ya sabes cómo encontrarme.

Yasmina no se volvió cuando el viejo Sköda de Gövan dio media vuelta y se marchó calle abajo. Si alejas el futuro no te queda más remedio que ceñirte al presente. Caminó hacia la marquesina de la parada y esperó hasta que vio aparecer el autobús blanco y azul. Reconoció los rostros de siempre, el mismo chófer con gafas oscuras, los pasajeros habituales, los niños revoltosos, los ancianos callados, los hombres con el entrecejo fruncido, las mujeres que venían con las cestas de la compra o de hacer la limpieza en los barrios caros, todas ellas tan parecidas a su madre, Fátima. Igual que ella, también aquellas mujeres del autobús la observaban con desconfianza, como si fuese sospechosa de algo, a pesar del *niqab*, de no ir

maquillada y de haberse cerrado el último botón de la blusa para ocultar su generoso escote. Tener veintitrés años, vestir *jeans* y ser la protegida del Turco la arrojaba al infierno de las mujeres dudosas. Rosengard era un universo pequeño y concentrado en sí mismo que no tenía nada en común con el resto de Malmö y en el que todos se conocían. Trató de ignorar aquellas miradas acusatorias sentándose cerca de la ventanilla con los auriculares en los oídos para escuchar música en el teléfono móvil.

El autobús no tardó en alcanzar las estribaciones del barrio. Los bloques de cemento de Rosengard no eran la postal idílica que vendían los políticos locales, aunque las zonas ajardinadas estaban bien cuidadas y los niños correteaban por los parques protegidos del frío como si fueran astronautas. Para entender aquella realidad se necesitaba afilar la mirada: interpretar correctamente el significado de las tulipas de las farolas rotas, los jóvenes en los bancos de madera descoloridos, los coches sin matrícula y los carteles de los comercios en árabe, en armenio, en moldavo, escuchar atentamente la música que salía de las ventanas de los apartamentos, observar la ropa que colgaba en las ventanas y sumergirse en el olor de comidas especiadas que flotaba en el aire. No se oían ladridos de perros ni se veía gente en bicicleta, apenas había ancianos en la calle y en una tapia que daba a ninguna parte alguien había dibujado al héroe local, Zlatan Ibrahimovic', alzando las manos al cielo con la camiseta de la selección sueca de fútbol. Algo más allá, se podían leer en las fachadas unas pintadas de Demócratas de Suecia conminando a los habitantes de Rosengard a volver a sus «pocilgas de origen» y a devolver «Suecia a los suecos».

La lluvia había vuelto a caer con fuerza. Yasmina bajó del autobús y corrió bajo los balcones hasta el restaurante Vieja Suecia. El toldo chorreaba agua, se abombaba y amenazaba con desplomarse pero Sture, el propietario, nunca se preocupaba de recogerlo. Sture era de los pocos suecos que quedaban en el barrio. Nadie sabía exactamente su edad, pero Yasmina estaba casi segura de que pasaba de los sesenta. Cuando Yasmina entró en el restaurante, la recibió abriendo los brazos.

—La hija pródiga regresa al vertedero —saludó en voz alta.

—No hace falta que lo digas. Cada vez que llueve aquí apesta a mierda.

Sture se encogió de hombros.

—Los baños se atascan, las cañerías no funcionan. ¿Qué puedo hacer yo si la socialdemocracia nos tiene abandonados?

—Otro de tus discursos políticos no, por favor. Hoy estoy demasiado cansada.

Yasmina se volvió hacia la barra y correspondió con un saludo a la sonrisa tímida y anhelante del joven Erick, el hijastro de Sture, y fue a sentarse a la mesa de siempre, bajo el afiche de *Doctor Zhivago*, «la mejor película de todos los tiempos», en palabras de Sture. Hacía tantos años que el cartel estaba colgado en la pared que el rostro de Omar Sharif se había vuelto amarillento, como si hubiese enfermado de difteria.

—El plato del día es la *älggryta*, carne estofada de alce. Fuerte y vivificante. La ha preparado Raquel —anunció Sture.

Raquel era la hermosa y joven esposa portuguesa de Sture. Desde que ella llegó, diez años atrás, y empezó a ocuparse de la cocina, la Vieja Suecia había renacido. Su docena de mesas solía llenarse, sobre todo con el menú del mediodía que ella elaboraba. En la carta podían encontrarse arenques, pez ahumado o albóndigas. Nadie cocinaba mejor la carne de caza, ya fuera de alce o de reno, que Raquel.

En la Vieja Suecia también se podía encontrar otro tipo de plato, muy codiciado en el barrio: heroína de primera calidad. De esa especialidad de la casa se ocupaba Sture personalmente. De sus proveedores de Ankara le venía el sobrenombre del Turco. Nadie se atrevía a llamar así a la cara a Sture porque todos sabían en el barrio a quién votaba y, por si no lo sabían, detrás de la barra colgaba una gran fotografía de Jimmie Åkesson dedicada de su puño y letra a «un patriota». «Yo no soy racista — solía justificarse Sture—, pero me gusta que las cosas se mantengan en su orden, que se respete la sociedad en la que uno vive. Quien venga a trabajar, bienvenido. Quien no, a los leones». Sonaban cínicas esas palabras en boca de uno de los mayores traficantes de Malmö, y además casado con una portuguesa con un tono de piel parecido a la miel oscura, pero nadie las rebatía. Para un desconocido, Sture no dejaba de ser ese rostro anodino, amable y un poco ingenuo con el que te cruzas sin reparar en él, un votante de derechas que paga impuestos religiosamente, que se preocupa por la deriva de las cosas y por la educación de su hijastro adolescente; un honrado dueño de restaurante que guarda las sobras del día en un envase para que los indigentes del centro de acogida cenén como es debido. Pero aquellos que lo conocían mejor sabían quién se escondía detrás de los coches quemados en un descampado y quién ordenaba las palizas a ciertos recién llegados que no entendían las reglas del barrio. Sture había pasado largas temporadas en distintas cárceles, y de cada una de ellas traía una leyenda que ni afirmaba ni desmentía. Si le preguntaban, se limitaba a palmearse la pierna con una sonrisa, mostraba alguna cicatriz en el riñón, en el cuello, en el antebrazo, ponía los ojos en blanco e invitaba a una ronda de croquetas recién hechas por Raquel. «A veces las cosas solo son lo que uno quiere que sean —decía como un padre bondadoso—: buenos amigos, buena comida, buena música y unas croquetas deliciosas. Si cada luz proyecta su sombra, eso nadie necesita saberlo».

—¿Ya has comido algo decente hoy? —Sture fue a sentarse junto a Yasmina y atrajo una leve brisa cargada de fritura y sudor seco. Respiraba con la boca entreabierta, un pequeño orificio rosado de fondo oscuro en una inmensa cara de viñeta. Sus dedos, cortos y anchos, sujetaban el borde de la mesa como si temiera caerse y no poder levantarse. Yasmina negó con la cabeza. Era ridículo, pero quería a ese grandullón de mirada socarrona como a un padre. Querer de ese modo a Sture y esperar, a pesar de todo, sus mimos, resultaba tan absurdo como estar enamorada de Gövan, como vivir en ese barrio y soñar con tantos lugares lejanos a los que nunca iba a ir. Había días en los que Yasmina pensaba que toda su vida era un castillo en el aire y no se engañaba al respecto, pero las atenciones del Turco eran lo más parecido

que conocía al cariño.

—No tengo hambre, gracias.

Sture no se molestó en responder. Fue tras la barra, intercambió unas palabras con el desgarbado Erick y regresó con un plato de *älggryta*.

—Todavía está caliente.

La mirada de profundos ojos azules de Sture no daba alternativas. Yasmina cogió el tenedor, pinchó un pedazo de carne que se deshizo en filamentos. Estaba delicioso, como todo lo que tocaban las benditas manos de Raquel. Las tripas ronronearon como un gato. Follar con el estómago vacío la había dejado exhausta. Sture asintió satisfecho, y durante unos segundos la observó con deleite. Le gustaba ver comer a la gente.

—¿Algo nuevo en el horizonte?

Yasmina dejó el tenedor.

—Deberías tener cuidado. Gövan no es estúpido.

Sture encogió los labios como si quisiera silbar.

—Tu novio el subcomisario, claro.

—No es mi novio. Solo follamos de vez en cuando. ¿No es eso lo que me pediste que hiciera?

Sture simuló desconcierto.

—¿En serio te pedí eso? Creía que las buenas chicas musulmanas y medio suecas no hacíais ese tipo de cosas.

A Yasmina le costaba saber cuánto de realidad y cuánto de fingimiento había en la actitud bufonesca de Sture. No se tomaba aparentemente nunca nada en serio. Preguntaba como si se tratase de un simple chismorreo que no le incumbía.

—¿Medio sueca? Mi pasaporte y mi certificado de nacimiento dicen que soy sueca entera.

—Me refería al color de tus ojos. ¿Cómo se llama eso?

—Heterocromía.

—Palabreja extraña. El caso es que tu ojo izquierdo es más azul que los lagos de Laponia, pero tu ojo derecho es marrón como esa tierra de la que viene tu abuelo. Es como si no hubieras decidido lo que eres.

—No lo elegí yo. Soy culpable de debilitar la raza, lo siento.

—Vamos, pequeña, no te enfades conmigo. Sabes que a todo el mundo le encanta esa particularidad tuya. Es como si te mirasen dos mujeres al mismo tiempo, a cuál más bella.

Yasmina se rio. Tenía una risa bonita, aunque la mostraba poco.

—Deberías reír más, Yasmina. Tu risa ilumina este lugar. Y deberías salir algún día con Erick. Ese muchacho está enamorado de ti, ya lo sabes. Pero es demasiado pusilánime para dar el primer paso.

Yasmina lanzó una mirada fugaz hacia la barra. Erick la observaba. Cuando se percató de que ella se había dado cuenta, el muchacho se sonrojó y se dio media

vuelta.

—Un buen partido —bromeó—, pero tiene catorce años; y, además, creo que su madre no lo aprobaría. Raquel no me soporta y lo sabes.

Sture soltó una risotada. Todo era broma y todo era en serio.

—Raquel es una mujer extraordinaria, pero siente celos de cualquiera que se me acerque. No me extraña, siendo yo el hombre guapo e inteligente que soy... Y ahora, volvamos a ese asuntillo del puerto y el traficante pakistaní. ¿Qué dice nuestro amigo, el subcomisario infiel?

—No quiero ir a visitarte a la cárcel, Sture. Deberías tener cuidado.

Sture chasqueó los labios.

—Eso no pasará. Eres tú la que debería preocuparse. Al subcomisario no le gustará saber a qué te dedicas. —Sture adoptó un tono realmente preocupado, como si él no tuviese nada que ver.

—No pienso volver con él —afirmó Yasmina. Lo había dicho otras veces, pero, por alguna razón, esta vez Sture la creyó. Se puso serio, no de un modo amenazante, sino más bien como un cura confesor que se pregunta por la naturaleza del pecado.

—Solo necesito de ti un poco más, niña. Lo prometo... De modo que nuestro subcomisario modélico no te ha mencionado lo del puerto.

—No habla conmigo de su trabajo, ya lo sabes.

Sture puso cara de fingida frustración.

—Sería el primer tipo que conozco que no fanfarronea de sus logros ante una chica guapa. ¿Y de qué habláis entre polvo y polvo? Simple curiosidad...

Promesas incumplidas, paraísos que están ahí y al momento se desvanecen. Amor, mentira.

—No hablamos mucho.

Sture cabeceó.

—Eso también me cuesta creerlo... De todas maneras, podrías tratar de averiguar cómo anda nuestro subcomisario de pistas.

—Si le pregunto de manera más directa de lo que lo he hecho hoy, sospechará.

Sture se rascó la cabeza con una mirada divertida.

—Hay maneras de obtener respuestas sin hacer preguntas, ¿verdad?

Yasmina había apurado el plato. Miró la hora en el reloj de la pared.

—Dile a Raquel que es una bendición de Dios, el estofado está buenísimo. Tengo que irme, mi madre libra hoy.

Sture entrecerró los ojos. Cada vez que aparecía el nombre de Fátima se producía un pequeño cambio en él.

—¿Cómo está?

—No la veo mucho.

—¿Sigue quitándole mierda a los ricos? No debería hacerlo, tu madre merece mucho más.

Yasmina se molestó.

—¿Por qué te sigues preocupando por ella? No quiere saber nada de ti, te odia. Y me odia a mí.

Sture recuperó el tono ligero.

—No podemos cambiar lo que los demás piensen de nosotros, ¿verdad? Hubo un tiempo en que Fátima y yo fuimos muy buenos amigos. Y a veces las grandes amistades acaban en grandes enemistades.

—Nunca me has contado por qué os peleasteis.

Sture sonrió.

—Es cierto, nunca te lo he contado. —Sin decir nada más, fue hasta la barra y regresó con el cuaderno que le era tan familiar a Yasmina. Anotó bajo un largo listado la cifra de diez mil coronas.

—¿Lo ves? Ya casi estamos en paz.

Ella se encogió de hombros.

—Hace años que dices lo mismo.

Sture dobló el cuaderno y se colocó el lápiz en la oreja como un comerciante honrado y dicharachero.

—La deuda que se atrasa viene con intereses, niña. No es culpa tuya, pero así son los negocios.

—Una deuda que contrajo mi abuelo... ¿Qué favor es tan importante como para seguir estando en deuda contigo cuarenta años después?

Sture miró fijamente a Yasmina. Muy de vez en cuando, sentía la sacudida de la añoranza.

—Eso es algo que deberías preguntarle a él.

—Mi abuelo se pasa el día rezando y mi madre no le dirige la palabra a las putas. Y para ella, soy la reina de las putas.

Sture tensó las mandíbulas.

—No eres ninguna puta. Pagas una deuda que no contrajiste. Tu familia debería estarte agradecida.

—Pues si tanto te importa, conmútala.

Sture puso cara trágica.

—El orden de las cosas, Yasmina. Eso es lo importante. No se pueden alterar las reglas, o el juego dejaría de tener sentido. La compasión podría ser confundida con debilidad, ¿entiendes? Y en mi mundo, los débiles mueren.

Yasmina encontró a su abuelo frente a la ventana del salón sentado en el sillón de mimbre con cojines coloridos, que ya tenían la forma de su cuerpo menudo. Contemplaba con los ojos enturbiados la porción de cielo gris que se colaba entre los bloques de hormigón.

—Han pasado tres —dijo sin inmutarse al notar la presencia de su nieta. La voz, profunda y seca, la saliva en la comisura de los labios agrietados. Yasmina siguió la



dirección de las palabras y vio aquellas estelas vaporosas en el aire, que se iban deshaciendo lentamente. Aviones. Su abuelo se dedicaba a contar los aviones que cruzaban su mirada. Olía mal. Yasmina lo notó cuando se movió incómodo. Se había cagado encima.

—Hay que cambiarte y asearte, abuelo.

Lo levantó tomándolo por los brazos, blandos y muy blancos. Las carnes secas y el pellejo duro como la mojama le colgaban de unos huesos quebradizos. A pasitos lentos, muy cortos, recorrieron juntos la inmensidad de los cincuenta metros cuadrados del apartamento hasta el baño.

—Voy a sentarte en la ducha, abuelo. Tienes que ayudarme.

—¿Dónde está Fátima? —preguntó de repente el abuelo, revolviéndose contra la mano de su nieta con una pose de niño pequeño enfadado con lo que lo rodeaba—. ¿Dónde está mi hija?

—Debe de estar de camino. Hoy preparará ella la cena y te acostará en tu cama. Podréis hablar hasta que amanezca, como a ti te gusta. Pero si no estás limpio se enfadará. Ya sabes lo escrupulosa que es.

La amenaza tuvo un efecto disuasorio. El anciano se resignó y hundió la barbilla en el pecho dejándose hacer.

«Un día me marcharé», repitió para sí Yasmina con las manos llenas de pompas de jabón y la camisa arremangada hasta los codos. Ese día, aún de fecha imprecisa y sin destino cierto, era un horizonte al que aferrarse mientras hacía correr el agua tibia sobre el cuerpo tembloroso de su abuelo.

—Mientras ese día llega, espero... —tarareó en voz muy baja.

—¿Qué murmuras? No está bien murmurar. Es pecado.

—No murmuro, abuelo. Es una canción romántica de Sofia Marikh que habla de sueños y amores en París.

Como un gato alerta, el abuelo levantó las orejas y la miró con recelo.

—Cantar es pecado. No debes cantar. Fátima debería casarte con un buen hombre —censuró.

Yasmina le acarició la cara mojada. Las gotas resbalaban por la piel agrietada y formaban pequeños charcos en las cavidades de las mejillas y el pecho. La vida era pecado, toda ella, para aquel hombre que ya era un despojo.

—Sí, un buen hombre, temeroso de Dios —insistió el abuelo.

—Como tú digas, abuelo.

Abdul notó cierto tono de burla. Había aprendido a tragarse la vergüenza, pero por dentro el orgullo quemaba y le pudría las entrañas. Permitía que su nieta lo peinara frente al espejo, que le pusiera la camisa limpia y unas gotas de colonia detrás de las orejas a pesar de que odiaba estar en sus manos. Yasmina encarnaba todo lo que él más despreciaba. La culpa, la deshonra, la vergüenza.

—¡Déjame! —dijo apartando la cabeza con una sacudida y levantándose.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó Yasmina, desconcertada, todavía con el peine

en la mano.

Abdul le dedicó una mirada cargada de repugnancia.

—Esperaré a mi hija en mi cuarto. Ayúdame.

A solas en su habitación, Abdul tuvo ganas de llorar, lágrimas de rabia y de autocompasión. ¿Qué pensaría de él su padre, Rachid *el Español*, si pudiera verlo convertido en este viejo miserable? ¿Qué pensarían sus paisanos? ¿Cómo se burlarían de él en la aldea! Las mujeres le escupirían a los pies y los hombres le golpearían la cabeza. Él, el arrogante Abdul, convertido en semejante despojo. Así habían acabado todos sus afanes de grandeza.

Su padre tuvo todas las glorias al alcance de la mano, fue un guerrero al servicio de España que participó en la recuperación del monte Arruit meses después de la derrota española de Annual, y ayudó a enterrar los cientos de cadáveres que todavía se pudrían en el campo de batalla. Fue premiado por ello con una medalla de latón y una paga, además de una finca en su propia aldea. Toda su infancia Abdul sintió sobre las espaldas el peso de aquella condecoración, el odio y el rencor de sus vecinos, el miedo y la envidia que suscitaba su padre. El hijo del traidor, lo llamaban. Pero a su padre nadie se atrevía a llamarlo traidor a la cara; por el contrario, aquellos que lo despreciaban en secreto no dudaban en pedirle favores cuando los necesitaban, y su padre los concedía, como una especie de reyezuelo magnánimo.

Cuando estalló la guerra en España su padre se alistó en las tropas de Franco, y fue de los primeros en cruzar el Estrecho con los sublevados. Pero su presencia siguió en la aldea, todos sabían que volvería más fuerte, con nuevas medallas y mejores prebendas. Durante los tres años siguientes, Abdul se dedicó a crecer y hacerse hombre esperando su regreso. Se convirtió en un joven ambicioso y guapo, consciente de su cuerpo y de lo que despertaba en los demás. Deseo. El deseo de hombres y mujeres a los que sabía utilizar para conseguir cuanto se propusiera. Pronto se dio cuenta de que la aldea se le quedaba pequeña, que sus sueños eran demasiado grandes para aquel lugar. Sin embargo, aún habría de esperar. La guerra terminó, pero su padre tardaría otros cinco años en volver a la aldea. Cuando por fin lo hizo, aquel día de 1944, subido en un coche militar y acompañado de un joven oficial del Tabor, todo el mundo se fijó en la manga derecha sin brazo cosida a su uniforme y en el parche que le tapaba el ojo derecho, pero nadie se atrevió a pensar que estaba acabado. Viejo, agotado, con un ojo menos y manco, su padre jamás toleró la condescendencia.

Llamaron a la puerta, y los recuerdos de Abdul se escaparon.

—¿Qué quieres?

La voz de Fátima sonó detrás de la puerta. Familiar, cálida. Acogedora. Abdul sonrió. Su hija era lo mejor que había hecho en la vida, su milagro, la señal que Dios le envió a tiempo para darle una nueva oportunidad. Abrió la puerta y la contempló con ternura. Fátima le cogió las manos y se las besó. Toda religión prescribe que los hijos deben amar a los padres sin cuestionar el merecimiento de dicho amor.

—Hola, padre. ¿Cómo se encuentra hoy?

Quieta en medio del pasillo, Yasmina espiaba a su madre y a su abuelo. En la escena faltaba su padre. Aunque en realidad, él nunca estuvo en el conjunto, como si jamás hubiera formado parte de aquella familia. Yasmina lo recordaba agotado y con los pies hinchados después de recorrer toda la ciudad en busca de trabajo, soportando cabizbajo los insultos del abuelo y los desprecios de su madre. A veces lo echaba de menos. Regresó a su cuarto y se tumbó en la cama. Le pareció dolorosamente ajena la mirada de Sofia Marikh en el afiche de la pared; observó las muñecas de trapo en el sillón, las fotografías de la niñez en marcos baratos; el cuarto de una cría que había crecido posponiendo el cumplimiento de sus sueños. Fuera Rosengard se sumía en las sombras. Y no dejaba de llover.

Su castillo en el aire parecía más frágil que nunca.

*Sevilla*

La lámina de un arlequín en la pared era testigo mudo del espectáculo que Natalia ofrecía de rodillas con la cabeza metida en la taza del inodoro. Ya no le quedaba nada sólido en el estómago, pero las arcadas continuaban, y a cada contracción del abdomen le seguía un hilillo de saliva y jugos gástricos. Cuando cesó el último espasmo se levantó con dificultad y se miró en el espejo. Tenía la cara congestionada y los ojos se le iban a salir de las órbitas. Aquel vómito no era como los provocados por las borracheras de juventud, cuando llegó a desarrollar la técnica del vómito silencioso para no despertar a sus padres, que dormían al otro lado del pasillo; pero incluso entonces era inevitable que algunas veces su padre la oyera y acudiera a sostenerle la cabeza y a retirarle el cabello de la frente mientras ella echaba la última papilla.

Todavía con el rostro contraído y aferrada a la pica con ambas manos para no marearse, observó la lámina del arlequín. Lo había dibujado a los doce años con lápices de colores y, aunque no era ninguna maravilla, era sin duda su mejor obra. Después de aquel logro —el tercer puesto en el concurso de dibujo de su clase—, supo que jamás tendría el talento necesario para ser artista. Quizá lo había conservado tantos años para tener presente el límite de sus fantasías; los días que se sentía frustrada por la monotonía de su trabajo se obligaba a mirar aquella lámina para recordar cuál era su lugar en el mundo: tenía cierta habilidad técnica pero carecía de ingenio, era eficaz pero no brillante, era tenaz pero carecía de genialidad. A fin de cuentas, era hija de su padre.

Limpió con papel higiénico las salpicaduras de vómito en la loza, se enjuagó la boca y se lavó la cara. Se puso unas gotas de colonia en el cuello y se aseguró de que no se había ensuciado la camiseta del pijama antes de volver al dormitorio.

Gustavo estaba tumbado en la cama con las sábanas enredadas entre las piernas. Se había puesto el calzoncillo, pero aún era notoria su erección. Fumaba con el cigarrillo peligrosamente cerca de la almohada.

—¿Estás bien? Parecía que te estuvieran practicando un exorcismo ahí dentro.

Natalia pensó en la mano protectora de su padre sujetándole la frente a los dieciséis años. Él nunca la hubiera dejado pasar por aquello sola.

—El doctor dice que es normal.

En alguna parte había dejado las gafas y el manuscrito que estaba corrigiendo minutos antes. Los encontró bajo un montón de ropa tirada en el suelo. «Algunas cosas no cambian nunca», pensó Natalia mientras volvía a la cama. Tenía que acabar las correcciones o terminarían despidiéndola. Se le estaban acabando las excusas para

justificar tantos retrasos.

Gustavo le acarició el hombro. Media hora antes aquel gesto había encendido el deseo de Natalia, pero ahora le desagradaba. Procuró moverse un poco sin que él se molestase.

—¿Es interesante? —preguntó Gustavo, fingiendo no haberse percatado de su movimiento de fuga.

—Es una mierda pretenciosa, pero me da de comer.

Gustavo se reclinó apoyándose en el codo derecho. Todavía se conservaba bien y le gustaba buscar la postura adecuada para mostrar los serratos y el bíceps duro. Lo de dejar caer la melena gris despreocupadamente sobre el pecho también era un viejo truco. Natalia conocía bien sus trampas, y a pesar de ello no podía evitar caer una y otra vez en ellas.

—Deberías escribir tus propias historias y no corregir las cagadas de otros.

El tono condescendiente de Gustavo, el disimulado reproche y aquella mirada de fingida seguridad, todo en él era reconocible. «Mírame a mí —parecía decir—, yo soy un artista de verdad que compone sus propias canciones y que incluso ha sido telonero de Tracy Chapman». Gustavo estaba convencido de merecer mucho más y de que el hecho de no haberlo obtenido le daba derecho a despreciar a quienes no sabían valorar su talento. El resentimiento le sentaba bien; no lo convertía en un fracasado, sino en un maldito. Llevaba años interpretando ese papel.

Natalia no estaba dispuesta a que se fastidiase lo que quedaba de noche, de modo que procuró sonreír.

—Puede que algún día me decida a escribir algo.

Él se dejó caer teatralmente en la cama.

—Siempre aplazando lo posible, ¿verdad? Si no te arriesgas, no pierdes. ¿No es esa la filosofía de tu padre? Que nada se mueva, que todo siga igual.

Natalia dejó caer las gafas sobre un subjuntivo mal empleado que había tachado en rojo. Conocía la manera que Gustavo tenía de acercarse a las cosas. Era un merodeador, necesitaba una larga ceremonia de aproximación para atacar, pero solo cuando estaba seguro de que el esfuerzo merecía la pena. Durante toda la noche, Natalia había estado evitando el tema de su padre. Pero estaba ahí, como algo que no podía aplazarse por más tiempo.

—No tiene nada que ver con mi padre.

Gustavo puso los ojos en blanco y se rascó con el pulgar la barba de pocos días con algunas hebras canosas.

—Claro que se trata de tu padre. Todo lo que nos ha pasado tiene que ver con él. Siempre está entre nosotros. —Se irguió sobre el almohadón y la miró fijamente—. No le has dicho nada, ¿verdad?

—Todavía se está recuperando. No quiero preocuparlo.

—¿Y qué piensas hacer con él? No puedes seguir yendo a su casa todos los días. Hace un rato me has dicho que en el trabajo ya te han dado un aviso por los retrasos.

Apenas duermes, no logras concentrarte. Podrías contratar una enfermera, alguien que se ocupe de él las veinticuatro horas.

Natalia negó con la cabeza. Aquella conversación era maliciosa, estaba dirigida hacia el punto al que él quería llegar. Y ella se resistía.

—Eso no es posible. Mi padre no permitiría que un extraño tocara sus cosas ni entrara en su casa.

Gustavo palmeó sobre las sábanas con un desdén impaciente.

—Y ¿cuál es la solución entonces? Porque tarde o temprano tendrás que decirle lo que pasa.

—Podría venir a vivir aquí, conmigo.

Ya estaba hecho, ya lo había dicho. Ahora vendría la tormenta y tenía que mantenerse firme. Necesitaba demostrarle a Gustavo que al menos algunas cosas sí habían cambiado. Ya no era la jovencita manipulable que se casó a los veintidós años.

Sin embargo, la reacción de Gustavo fue extrañamente tranquila.

—No puedes hablar en serio.

Natalia volvió a ponerse las gafas. Todavía le quedaba mucho trabajo antes de poder dormir. Y no quería mirarlo a los ojos. Todavía no se sentía tan fuerte.

—Claro que hablo en serio —respondió enojada porque en realidad él tenía razón; no estaba nada segura de que aquella fuera en absoluto una buena idea.

La cosa no parecía ser tan grave: desechar la sal, el café, la lactosa, el gluten, caminar cada día veinte minutos, tratar de cenar ligero y dormir lo suficiente, tomarse la presión, estar atento al horario de medicación que Natalia colgó en la cocina, pasar los chequeos preceptivos cada semana. Día y noche, Miguel se escuchaba y se observaba, manteniéndose al acecho ante cualquier indicio delator. Nada, lo peor parecía haber pasado. Llegó incluso a encontrar algo lúdico en esa necesidad continua de atención, una forma de ocupar el tiempo, que desde la muerte de Águeda se había convertido en un espacio por el que simplemente transitaba.

Natalia acudía a verlo cada día, cargada de comida cocinada que metía en el congelador, limpiaba el apartamento, hacía la cama y la colada y se esforzaba en darle conversación. Miguel trataba de corresponder a las atenciones de su hija pero nunca había sido muy expresivo ni muy dado a las muestras de cariño; él venía de una época en la que los gestos se economizaban: pocos besos, pocos abrazos. Y pocas palabras. Se azoraba cuando Natalia se sentaba a su lado y sin venir a cuento le pasaba el brazo por los hombros y le besaba la coronilla, o cuando se agachaba para anudarle el cordón de un zapato o alisarle el bajo del pantalón. Miguel se comportaba con una torpeza que Natalia confundía con aspereza.

—No soy un parálítico, Natalia. Puedo valerme solo.

Ella encajaba con una media sonrisa aquellos desplantes, visiblemente incómoda. Tenía cuarenta y dos años y su padre seguía hablándole como si fuese capaz todavía

de manipularla. Del mismo modo que había hecho siempre con su madre.

—Claro que puedes, papá. Pero un poco de ayuda no le viene mal a nadie, ni siquiera a ti.

Una mañana, Miguel se encerró en el baño. Necesitaba su intimidad y su tiempo. Se bajó los pantalones y se sentó en el váter. Contempló la grieta que zigzagueaba en el techo del baño y esperó. Pasaron los minutos pero nada, ni una gota. No había modo de combatir el estreñimiento. Era la maldita medicación. A veces sentía las tripas cargadas de piedras y otras veces, en cambio, el cuerpo se le descomponía en el momento más inoportuno. Tenía que concentrarse. Las nalgas se le tensaron. Miguel soltó un resoplido de dolor. Por fin un pequeño alivio; poca cosa, apenas unas bolitas de cabra.

«Qué tristeza la vejez», pensó, mientras se limpiaba sin atreverse a examinar las heces como le había recomendado el médico. Se sentía traicionado por su cuerpo, sometido a pequeñas humillaciones como meter la mano en los excrementos para enviar las muestras a la clínica en una probeta, pasar cinco minutos cada mañana tratando de averiguar el presagio que escondía la caca mientras observaba el color, la textura, el olor.

Cuando salió del baño encontró a Natalia junto a la ventana tendiendo una sábana. Su hija se volvió hacia él con una pinza en la boca, la dejó en el alféizar y se recogió el pelo tras la oreja.

—Acaba de llegar eso —dijo señalando una carta certificada de la DGT sobre la mesa—. ¿Es la renovación del permiso de conducir?

Miguel no contestó. Abrió el sobre disimulando la ansiedad y leyó deprisa. Luego dobló la carta y la devolvió al sobre.

—¿Todo bien?

Miguel se quedó pensativo.

—Te he hecho un regalo —dijo para cambiar de tema.

—¿Un regalo?

Miguel abrió un cajón y le entregó a su hija un ramo de claveles hecho con cuatro capas de papel cebolla con su tallo y sus hojas. Había tardado varias horas en hacerlo e incluso había pintado los ribetes y espolvoreado los pétalos con colorete para darle mayor realismo. Natalia apenas sonrió, y dejó los claveles de papel sobre la mesa. Miguel sabía que de allí irían a la basura en pocos días.

—¿Ocurre algo? Ya sé que no soy un talento.

Ella negó de modo convincente.

—No es eso, son preciosas.

—Entonces ¿qué sucede?

Natalia apartó la mirada. Negó con la cabeza como si debatiera algo consigo misma.

—Hay algo de lo que quiero hablarte, algo importante.

—Adelante, suéltalo.

—Prefiero que vayamos a alguna parte. Podríamos ir a comer a aquel restaurante que tanto le gustaba a mamá en la carretera de Badajoz. Siempre te quejas de que ya casi no sacas del garaje el Datsun y hace un buen día para dar un paseo en coche.

—¿Ahora? —preguntó Miguel con extrañeza.

—¿Por qué no? —insistió Natalia con un entusiasmo demasiado excesivo.

Miguel no pensaba decirle a su hija que le acababan de retirar el permiso de conducir porque no había superado las pruebas de capacitación.

—De acuerdo.

En el aparcamiento dormía el viejo Datsun 280Z con la tapicería de piel que Miguel compró con su primera gran bonificación en el banco. Siempre había tratado aquel coche con un mimo que pocas veces había dedicado a las personas: conservaba los tapacubos originales, la capota sin una sola humedad y la plancha blanca impecable. Hubo un tiempo en el que soñó con cruzar el país al volante de aquel coche. Pero nunca fue más allá de Tarifa.

Salieron de la ciudad y tomaron la vía de circunvalación hacia la carretera de Badajoz como habían hecho tantos fines de semana cuando Natalia era pequeña y Águeda iba en el asiento del copiloto diciéndole a Miguel que vigilara las distancias, que no corriera tanto, que pusiera el intermitente. Ahora Miguel conducía en silencio concentrado en la carretera y sin superar el límite de velocidad. Su hija también estaba callada pero su silencio era ruidoso, Miguel casi podía oírla masticando palabras, que no acababan de salir de su boca. Intuyó que algo iba mal.

—¿Qué es eso de lo que no querías hablarme en casa?

Un chispazo de dolor imprimió en los ojos de Natalia un brillo terriblemente hermoso.

—Vivo a más de cincuenta kilómetros de ti y no puedo seguir faltando al trabajo. Me han dado un aviso muy serio; si vuelvo a llegar tarde me despedirán.

—Yo no te pido que lo hagas. Ya te he dicho que sé apañármelas solo; lo hago desde que murió tu madre —respondió a la defensiva Miguel.

Natalia miró a su padre con ansiedad.

—Por favor, papá. Se acabó el hombre invencible. Y sabes que iré a peor.

Miguel guardó silencio. Había leído lo suficiente sobre el mal que se avecinaba como para imaginar lo que ocurriría dentro de un año, tal vez dos: un declive progresivo que se iría acelerando a medida que se acercase el final; su hija tenía razón, y era inútil negarlo. Dentro de unos meses llegarían los balbuceos y la mirada perdida, y acabaría vegetando en un sillón frente a la ventana con la imposibilidad de comer solo, de limpiarse. Pero se negaba a aceptarlo.

—Nunca he sido una carga para nadie y no voy a serlo ahora.

Natalia agachó la mirada. Se sentía triste y avergonzada.

—No pienso abandonarte, papá, si eso es lo que te preocupa. Lo que te estoy pidiendo es que te vengas a vivir conmigo. En casa, todo será más sencillo.

—¿Vivir contigo? Ya probamos eso cuando tu madre me echó de casa antes de



morirse. Por si no te acuerdas, fue un auténtico desastre. No funcionó entonces y dudo que funcionase ahora.

Apenas habían aguantado cuatro semanas juntos cuando Águeda se empeñó en echarlo de casa. Miguel recordaba aquella discusión con su esposa. Se habían citado para tomar chocolate con churros. Águeda, sentada al borde de la silla y mirando de continuo a la calle, llevaba puesto un chaquetón grueso que no quiso quitarse en ningún momento. El chocolate estaba frío, como la mirada de Águeda cuando se puso a revolver con nerviosismo en el bolso hasta dar con lo que buscaba y lanzó sobre la mesa la decena de cartas de Carmen a modo de prueba irrefutable. Miguel nunca supo cómo las había encontrado. Trató de explicarse pero ella no se lo permitió: «Tu hija y yo nunca te hemos importado una mierda. Eres un hijo de puta arrogante y egoísta, y lo serás hasta el día que te mueras. Quiero que te marches de casa, no te aguanto ni un minuto más». Aquella mañana Miguel entendió asombrado lo mucho que su esposa lo odiaba tras casi cincuenta años de matrimonio. Águeda nunca se recuperó de aquel doloroso descubrimiento. Nadie sospechaba en ese momento, ni siquiera ella misma, que ya estaba muriéndose. La enfermedad no asomó hasta que su victoria fue segura. En aquellos días de rencores acumulados, Natalia fue la única en ponerse del lado de Miguel y trabajó duro para que su madre recapacitara. Luego llegó el primer ingreso de Águeda, y el cáncer hizo de pegamento de nuevo entre ellos y Miguel volvió a casa.

—Ahora las circunstancias son diferentes, papá.

Miguel movió enérgicamente la cabeza.

—Las circunstancias, tal vez. Pero tú y yo somos los mismos, y ambos sabemos cómo acabó la vez anterior. Enfadados.

—¿No podrías pensarlo al menos?

Miguel fue a replicar que no había nada que pensar. Pero de repente se contorsionó y soltó el volante en un gesto instintivo, llevándose las manos al vientre. Natalia reaccionó con rapidez tomando el volante y girando cuando el Datsun iba a invadir el carril contrario.

—Papá, ¿qué ocurre?

Miguel inspiró. Estaba pálido. Recuperó el control del volante y detuvo el coche en el arcén. Se secó el labio con el dorso de la mano y carraspeó.

—Estoy bien, es la maldita medicación. Me está descomponiendo el vientre. Necesito ir al baño.

Natalia barrió el paisaje con la mirada.

—Estamos llegando al restaurante. ¿Puedes aguantar?

Miguel asintió con debilidad.

Pero para cuando llegaron al restaurante, era demasiado tarde.

A pasos lentos, y tratando de mantenerse erguido, cruzó el salón, que tenía pocas mesas ocupadas, y logró encerrarse en un váter tan minúsculo que las rodillas tocaban la puerta pintarrajeada con frases y dibujos soeces. Se desabrochó el cinturón y se

bajó los pantalones como si se desprendiera de una venda pegada a la herida. La mierda ya le había manchado los calzoncillos y corría líquida pierna abajo. Le entraron ganas de llorar. «Maldita sea». Penosamente, se descalzó, se quitó los pantalones y la muda interior, se limpió a conciencia con papel, lavó la mancha del pantalón y buscó un secador que no encontró para disimular la humedad. El calzoncillo estaba pringado; lo envolvió en papel, buscó una papelería que tampoco existía, de modo que lo escondió tras la cisterna. El cuartucho apestaba a enfermedad.

Veinte minutos después, había logrado disimular el hedor de las manos con litros de jabón. Notaba los testículos flácidos y sueltos bajo el pantalón. Se alisó el pelo y respiró frente a un espejo lleno de gotas de agua seca. Cuando salió del baño, evitó la mirada extrañada de un cliente que esperaba turno desde hacía rato.

—Ya era hora, abuelo. Estaba a punto de llamar a la guardia civil.

Miguel no contestó. Natalia había ocupado una mesa cerca de las ventanas. También había pedido por los dos: ensalada para compartir, rape a la plancha con limón, cerveza para ella, agua mineral para él y pan.

—¿Te parece bien?

Miguel asintió sin prestar atención. Se sentó y su vista cayó en las mesas al aire libre de la terraza.

—Me acuerdo de cuando veníamos aquí con mamá. Le encantaban los chipirones —dijo Natalia fingiendo que no se había fijado en el surco húmedo en la trastienda del pantalón de su padre.

Miguel gruñó malhumorado.

—Los chipirones te gustaban sobre todo a ti.

Volvió la cara y su mirada se topó con la del tipo que acababa de salir del baño, que le lanzó una ojeada repulsiva. Miguel sintió el destello de la vergüenza. Cogió el pan de un canasto de mimbre y bebió agua. El rape estaba frío, el tenedor no estaba limpio, el vaso era pequeño... El mundo conspiraba en su contra.

Natalia le tocó la mano por encima de la mesa y él la apartó. Los ojos de su hija se quedaron mirando dolorosamente el hueco de su mano.

—¿Pensarás al menos en mi propuesta?

Miguel se estrujó la sien. Le dolía la cabeza.

—Lo pensaré.

Por el momento, eso bastó. Comieron con cierta tranquilidad y, hacia los postres, Natalia había recuperado algo de ánimo. Suficiente para relatar anécdotas de la infancia y ponerse melancólica. A mitad de un recuerdo, se interrumpió y miró a su padre con ternura.

—¿Puedo preguntarte algo, papá?

Miguel conocía a su hija y sabía que ella preguntaría dijera él lo que dijera.

—¿Seguías amando a mamá cuando murió?

Miguel no esperaba que la conversación tomase aquella deriva.

—Claro que la quería.

—No es eso lo que te he preguntado. Te pregunto si la amabas.

Miguel movió la cabeza. La vida lamina los sentimientos, los reconstruye de modo distinto. ¿Qué narices era el amor? Esa bagatela que hace infelices a los que desean más de lo que tienen.

—Quería a tu madre, la quise hasta el último día. Eso es lo que importa.

Natalia buscó en el bolso la cajetilla de cigarrillos.

—Aquí no se puede fumar —le advirtió Miguel.

Natalia encendió un pitillo con brío.

—Me importa una mierda. —Le temblaba la mano—. Y esa mujer de las malditas cartas, Carmen, ¿la amabas?

Miguel se ruborizó.

—Eso pasó hace mucho tiempo.

Natalia no aflojó el bocado.

—El tiempo no es una excusa. Dime la verdad.

Miguel pensó que su hija se equivocaba. El tiempo es una coartada sin fisuras. Y en cuanto a la verdad, pertenece únicamente a sus protagonistas.

—Nunca estuvo en mi cabeza abandonaros a tu madre y a ti.

—Pero eso no responde a mi pregunta.

—La vida de la gente está llena de cosas que podrían haber sido y no fueron, Natalia. Elegí y nunca me arrepentí de mi elección. Pensar en otra cosa no tiene sentido. Nunca fui desleal con tu madre.

—Hay muchas maneras de deslealtad. ¿Por qué no te has deshecho de esas cartas? Le prometiste a mamá que lo harías y han pasado dos años.

Miguel crispó la boca.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Me has estado espiando?

—No; te he estado observando. Contesta a la pregunta. ¿Por qué las conservas?

¿Por qué las conservaba? Por un lejano sentimiento de añoranza, por miedo a cerrar del todo aquella puerta. Durante los años de matrimonio, hubo mañanas en las que lo embargaba una tristeza profunda e inexplicable. Miraba el desayuno, escuchaba a Águeda trasegar en la cocina, la televisión a media voz, y sentía que aquella calma era una traición. Entonces se encerraba en la habitación y releía las cartas de Carmen, recordaba cómo se conocieron, pensaba en su rostro y se sentía mejor. Leer las cartas era como consultar el mapa de una vida que nunca vivió, el relato de algo que podría haber pasado pero que no sucedió. Nada iba a añadir a su historia que tantísimos años después le hablase a su hija de las promesas que él y Carmen se hicieron entre las sábanas si ninguna de ellas llegó a cumplirse.

—No quiero seguir hablando contigo de esto, Natalia. Eres mi hija, pero eso no te da derecho a juzgarme. Jamás contesté una sola de las cartas de Carmen. Tomé mi decisión y fui consecuente hasta el final con ella. Eso es lo que debe importarte.

Tomaron el postre parapetados en un silencio amurallado. Al terminar, Natalia se levantó y se acercó a la barra para pagar. Miguel la siguió con la mirada. Vio que el

camarero le dirigía unas palabras; parecía enfadado y señalaba el baño. El cliente con el que se había topado Miguel asentía con una amplia gesticulación de las manos.

Natalia volvió la cara hacia la mesa. Miguel desvió la mirada avergonzado.

Al cabo de unos minutos, durante los que dio la impresión de disculparse profusamente, Natalia regresó, rodeó la mesa, tocó la cabeza de Miguel y, acercando los labios a su oído, le susurró muy bajito, como si fuese un niño pequeño y quebradizo:

—Está bien, papá, no tienes de qué preocuparte. Anda, vámonos.

Miguel asintió. Vencido.

Cuando llegaban al coche en el aparcamiento, Miguel se detuvo, mirando al suelo.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Natalia.

Miguel inspiró con fuerza.

—Me mudaré contigo.

Mudarse al apartamento de Natalia fue como ir a vivir a un país extranjero con algo de ropa, el viejo arcón y la urna con las cenizas de su madre a cuestas. El apartamento tenía algo de cripta, una oquedad más o menos profunda y subterránea que bien hubiera servido como sepulcro. La ventaja era que no había que subir escaleras, solo descender un par de peldaños y limitarse a ver desde un pequeño ventanal los zapatos de los transeúntes deambulando por la acera. Miguel lanzó una mirada desalentadora alrededor. Esta vez el apartamento parecía más pequeño, abigarrado y confuso. Resultaba evidente que Natalia se había esforzado ordenando los estantes, limpiando la alfombra y los muebles de la cocina. Todo olía a una mescolanza pastosa de detergente y ambientadores orientales con fondo de tabaco negro. Pero nada podía paliar la sensación de agobio.

—¿Para qué necesitas tantos libros? ¿No podrías regalarlos a una biblioteca después de leerlos? —Podría haber sugerido con la misma falta de entusiasmo que los tirase a un contenedor o que les pegase fuego.

Natalia le dirigió una sonrisa enigmática:

—¿Cuántos años hace que te jubilaste del banco? ¿Once? Y conservas todos los registros contables de tu etapa como director, ¿verdad? Recuerdo que mamá te decía cada día que te deshicieras de ellos y tú le decías que eso sería como deshacerte de una parte de tu vida.

Con el paso de los días, el desorden se reveló como el menor de los inconvenientes: Natalia se empeñaba en controlar la dieta de su padre y hacerle probar todo tipo de alimentos supuestamente biológicos y muy sanos pero que, en esencia, resultaban insípidos. Además, a Miguel le costaba acostumbrarse a dormir en el sofá cama que por las noches se abría en el salón, donde, a pesar de las cortinas, penetraba la luz intensa de una farola. Con todo, lo peor era la sensación de ser una

carga para su hija. Para sacudirse esa impresión, ordenaba papeles, cambiaba de sitio las figurillas o le ordenaba los armarios, cosa que molestaba sobremanera a Natalia. Era inevitable que chocaran, se estorbasen y, en cierto modo, invadieran espacios de una intimidad imposible. Cada vez que tenían un encontronazo, Natalia le quitaba importancia esforzándose en dibujar una sonrisa despreocupada mientras fingía concentrarse en algún texto a medio teclear en el ordenador. Todo iba bien.

—¿Por qué no dejas de preocuparte? Lo lograremos.

Pero Miguel no podía evitar la sensación de que su hija le ocultaba cierto malestar, dudas de las que no quería hablar.

Todo se precipitó del modo más insospechado. Una mañana, Miguel oyó la cerradura de la puerta y pensó que Natalia habría olvidado algo porque apenas hacía cinco minutos que se había despedido. Pero quien apareció con una sonrisa triunfal en la puerta no fue su hija.

Miguel sintió una profunda náusea al reconocer a su exyerno Gustavo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sin disimular su hostilidad. Odiaba a Gustavo con la misma intensidad con que había llegado a quererlo años atrás.

Gustavo sonrió con una cordialidad esforzada.

—Un abrazo estaría bien, Miguel. Ha pasado mucho tiempo.

A Miguel le costaba hablar, tenía que masticar las palabras y dejarlas salir como una papilla.

—Tú ya no formas parte de esta familia.

Gustavo se encogió de hombros. Era su gesto más característico. Más o menos, le daba igual todo lo que no tuviera que ver directamente con él.

—Creo que te equivocas. Natalia no te ha dicho nada, ¿verdad?

—¿Decirme?

—Tu hija y yo hemos decidido darnos una segunda oportunidad. Hemos vuelto a salir juntos.

Miguel tragó saliva.

—No es verdad. Ella no puede volver contigo.

Gustavo esgrimió el manajo de llaves con el que acababa de abrir la puerta.

—No es una decisión que te corresponda a ti, Miguel. Tu hija y yo nos seguimos queriendo.

—No sabes ni siquiera deletrear esa palabra. No eres más que un embustero.

—¿De verdad no podríamos olvidar el pasado?

—Es obvio que tú ya lo has hecho. Pero yo no puedo olvidarme de lo que le hiciste a mi hija.

Cuando Natalia trajo por primera vez a aquel joven apuesto y educado en su último curso de licenciatura, Miguel y Águeda respiraron aliviados. Natalia había sufrido pronto graves desamores y depresiones, era muy sensible al fracaso,

demasiado frágil para el mundo de las mentiras, y Gustavo les pareció buen chico: tenía las ideas claras y la mirada limpia. Ambos pensaron que haría feliz a su hija. Pero, mucho antes de lo que podía sospecharse, el cuento se convirtió en pesadilla. Recién casados, Natalia y Gustavo se trasladaron a Barcelona y cada vez iban menos a visitarlos a Sevilla. Al principio, parecía algo normal en unos recién casados; Águeda siempre los excusaba: necesitaban estar solos, vivir en su burbuja. Pero poco a poco las excusas se volvieron más inverosímiles y empezaron los extraños accidentes. Un día Natalia aparecía con un labio inflamado y decía que se había tropezado; semanas después, era un ojo amoratado y la culpa era de unos críos que le habían dado un balonazo; o los moratones en el brazo que disimulaba llevando camisa de manga larga en verano los justificaba con una hipersensibilidad cutánea. Empezaron a ser evidentes las malas contestaciones de Gustavo en las casi inexistentes reuniones familiares; ridiculizaba a Natalia en público, la trataba como si fuera estúpida, era condescendiente y ella se encogía asustadiza. Natalia dejó de trabajar, abandonó a los amigos de toda la vida y ya casi no respondía al teléfono. Hasta que llegó el ingreso en el hospital. Ella sostuvo que fue un accidente, que aquel coche se le echó encima. Pero los testigos denunciaron otra cosa: Natalia y su marido estaban discutiendo en la calle, él la zarandeó violentamente y llegó a agarrarla por los pelos. Ella trató de zafarse y él la empujó a la calzada. El coche la arrolló varios metros y le rompió el húmero y le causó politraumatismos. Podría haber muerto pero se negó a presentar cargos contra su marido. Tuvieron que pasar otros dos años para que por fin se librara de él. Pero no fue ella la que tomó la decisión. Fue su marido quien decidió abandonarla por otra víctima más joven. Desde entonces, Natalia no había vuelto a tener una pareja estable.

—Si en este mundo hubiera justicia, tú deberías estar en la cárcel.

Gustavo se rascó la barba. Tenía ese aire fingidamente descuidado que cultivan con mimo ciertos artistas. Pasaba de los cuarenta pero se empeñaba en aparentar menos de treinta con sus greñas, la ropa informal y una estúpida sonrisa que nunca se le caía de la boca.

—Deberíamos hacer borrón y cuenta nueva, Miguel. Los hijos lo cambian todo.

Miguel parpadeó como si le hubieran puesto delante de las pupilas un cuchillo al rojo vivo.

—¿Qué estupidez es esa?

Gustavo miró con sorna a su exsuegro. Chasqueó los labios y asintió.

—Supongo que Natalia tampoco te ha dicho que vas a ser abuelo. ¿Demasiadas buenas noticias de sopetón?

Miguel abrió la boca para coger una bocanada de aire. Tenía un yunque en el pecho. La cabeza iba a estallarle.

—Mientes.

—Pregúntale a ella. Tu hija está embarazada, y no del Espíritu Santo, créeme.

Como un toro al que acaban de golpear con un mazo en la frente, Miguel ladeó la

cabeza con la boca entreabierta y la mirada perdida. Gustavo aprovechó la ventaja para rematarlo. Siempre había odiado a aquel jodido viejo:

—Solo espero que no te atrevas a inmiscuirte en nuestra vida. Natalia me ha contado lo de tu enfermedad. Lo siento, de verdad, es una cabronada. Pero piensa en ella, Miguel. Tu hija va a ser madre y no necesita cargar contigo. Lo mejor sería que te largaras a una residencia. He oído que son como hoteles de cinco estrellas, y a ti no te falta la pasta.

Miguel dejó caer la cabeza pesadamente. Si le hubieran pinchado en ese momento no habría salido una gota de sangre de sus venas.

—Mientras yo esté vivo nunca estarás con mi hija.

Gustavo tensó la mandíbula. Le brillaban los ojos de desprecio; hubiera podido romper en dos a aquel viejo del mismo modo que se parte una pajita. Pero eso habría sido contraproducente para sus planes.

—Ya veremos, Miguel. Ya veremos.

Aquella noche, cuando Natalia entró en casa, Miguel la estaba esperando sentado en el sofá. Ella se dio cuenta enseguida de lo que había pasado. El olor de la colonia de Gustavo seguía flotando en el apartamento.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Natalia dejó el bolso y las llaves en la mesa.

—No lo sé. Esperaba el momento oportuno.

—¿El momento oportuno? ¿Pretendes hacerme creer que hay un momento oportuno para decirme que vas a volver con el hombre que casi te mata y que, además, estás embarazada de él?

—Es difícil de explicar.

Miguel explotó.

—¡¿Difícil de explicar?! ¿Acaso te has vuelto loca?

El rostro de Natalia se congestionó. Las palabras llevaban tiempo fermentando en su interior y cuando las dejó salir lo hicieron en tromba, con una mezcla de culpabilidad, justificación y rencor hacia su padre.

—No me trates como a una cría. No lo soy, por mucho que te empeñes. Nunca has querido a Gustavo, ni estás dispuesto a darle una segunda oportunidad. Eres demasiado severo juzgando a los demás, incapaz de aceptar los errores. Pero a la hora de juzgarte a ti mismo no utilizas el mismo rasero.

—¿Errores? Ese hombre te daba una paliza cada semana. Te mandó al hospital. Me pediste que fuera a buscarte a Barcelona y lo hice.

—Pero la gente cambia. Y yo lo quiero.

—No puedes querer al hombre que casi te destruye.

—Sí, lo quiero, y poco me importa lo que digas. Él me ha pedido perdón y hemos retomado las cosas hermosas que hicieron que nos enamoráramos la primera vez. Ha dejado las viejas amistades que lo arrastraban a tomar coca, porque la cocaína era la culpable de sus ataques violentos; está mejor, lleva meses acudiendo a un psiquiatra

especializado en el control de la ira... Y ahora estoy embarazada.

—¿Cómo has podido ser tan insensata?

Natalia miró a su padre enfurecida.

—Pienso cuidar de mi bebé y tener una buena vida y una buena familia. Es mi derecho, mi decisión y nadie va a impedirlo. Puedes aceptarlo o no, pero no te permito que decidas por mí lo que me conviene o no. —Hubiera seguido hablando pero un nudo de angustia le subió por la garganta y rompió a llorar.

Miguel escuchó aquellas andanadas y los llantos de su hija con un estupor impertérrito.

—Si ese hombre entra en tu vida, yo saldré de ella. Para siempre.

—No me amenes, papá. Ya no soy la niña que vivía pendiente de no decepcionarte.

—Tienes que elegir, aquí y ahora.

Natalia miró a su padre con estupor. Él le sostuvo la mirada, inflexible. Entonces ella asintió lentamente. Su voz se volvió gélida.

—Si no eres capaz de aceptar que yo viva mi vida... entonces...

—¿Entonces?

—Tendrás que marcharte, papá.

Miguel sintió que una mano le atravesaba la espalda y le arrancaba de cuajo la columna vertebral.

Miguel solo logró dormirse cuando el alba rayaba en la persiana. Fue un sueño espeso, intranquilo, cargado de imágenes extrañas. Soñó con el joven que se había encontrado en los minutos previos a su ataque. Estaba sentado bajo un manzano en flor. Alrededor todo estaba desierto y había un cielo negro con nubes que rozaban la copa del árbol. El joven estaba elegantemente vestido, y, a su lado, Miguel era un niño que estaba descalzo. El hombre lo tomaba de la mano y lo llevaba a una alberca. Al asomarse, Miguel podía ver su reflejo pero no el del hombre. Entonces, el agua empezó a enturbiarse, como si algo brotara del fondo, una mezcla sanguinolenta bajo la que emergió el rostro de una mujer, también joven, con los ojos cerrados y la boca cegada con ramas y barro. Miguel la reconoció. Era su madre. La llamó por su nombre y la mujer abrió los ojos y dijo algo que no logró entender.

Miguel despertó jadeando. Durante un largo minuto se quedó tumbado a oscuras mirando el techo. No podía quitarse de la cabeza la imagen de su madre, muerta y viva a la vez. Se levantó y fue hasta el estante en el que Natalia le había permitido colocar la urna con las cenizas. Desenroscó cuidadosamente la tapa. Ahí estaba su madre convertida en un montón de cenizas. Miguel acercó un dedo y escribió sobre ellas el mismo nombre que recordaba haber visto garabatear a su madre en las paredes de casa con sus excrementos: Amador. El nombre de su padre. El nombre del joven que creyó haber visto antes de desplomarse en plena calle, el mismo hombre



que le había cogido la mano en el sueño.

Cerró la tapa con las cenizas de su madre todavía en la punta del dedo. Miró hacia la derecha. Una sombra se movía en la penumbra. Era el joven del sueño, que le sonreía como la primera vez.

—Hola, hijo.

Miguel sacudió la cabeza. «Ya está aquí, la locura», se dijo. Después de todo, el bastardo de su exyerno tenía razón. ¿Qué pasaría a partir de ahora? ¿Cómo iba su hija a cuidar de él y de un bebé recién nacido al mismo tiempo?

No podía convertirse en una carga, y aunque ella nunca lo reconocería, Miguel estaba seguro de que se sentiría aliviada con su partida.

Era hora de marcharse. A partir de ahora, tendría que aprender a convivir con sus fantasmas.

**Segunda parte**

---

*Marzo de 2014*

*Tarifa*

La directora Roldán imaginaba que el bicho que habitaba en su cabeza era como un ratón nervioso e insaciable que le devastaba el cerebro. La migraña podía postrarla durante un día entero, y lo único que podía hacer para mantener el dolor dentro de lo asumible era encerrarse en el despacho y dejar la estancia en penumbra sin encender la luz y con las persianas bajadas, tomar una infusión de hierbas con riboflavina y, sobre todo, no ceder a la tentación de tumbarse en el sofá o no podría volver a levantarse. También era importante desechar los pensamientos complejos, aunque eso no resultaba sencillo. Ocuparse de la residencia acarreaba demasiadas preocupaciones; la necesitaban y no era de las que eludía su responsabilidad, no podía decepcionar a los accionistas, que habían confiado en ella cuando nadie más quiso darle la oportunidad de demostrar su valía como directora. Después de dos décadas ocupándose de todo, la residencia se había convertido en la obra de su vida.

Solo podía concederse algún respiro de vez en cuando, y lo lograba con una técnica de meditación que practicaba desde hacía mucho tiempo. Se limitaba a quedarse de pie frente a la marina enmarcada que había en la pared y la contemplaba sin esforzar la mirada ni empujar la mente. Poco a poco, el efecto de las olas estáticas la abrazaba y la acunaba dulcemente a la par que hipnotizaba al ratón. A diferencia del mar vivo que estaba detrás de las ventanas, el cuadro le ofrecía el refugio de lo silencioso y la recreación contenida. No había posibilidad de que una ráfaga de viento o la salpicadura espumosa de las olas la alterase. No se adivinaban las gaviotas, que le causaban pavor —un miedo incomprensible hacia cualquier tipo de ave que traía consigo desde la infancia—, ni existía el tacto molesto de la arena metiéndose entre los dedos de los pies.

Aquella mañana su malestar no era solo achacable al dolor de cabeza y ella lo sabía. Echó una ojeada al montón de papeles que se acumulaba en la mesa y se sintió descorazonada. Observó la grapadora, la calculadora, el bote con bolígrafos y clips metálicos, el teléfono con centralita y la pantalla plana del ordenador. Salvo aquella marina de factura sencilla, ni una planta, ni un adorno, ni una fotografía. Ningún detalle personal. Roldán tenía sesenta años y todo estaba allí: el vacío, el tiempo perdido, la ausencia de experiencias que mereciera la pena recordar. Ni un solo afecto. Por un momento, se imaginó fuera de aquel despacho, en una casa grande en el campo, siendo esposa, madre y abuela. El timbre del teléfono la sobresaltó y notó cómo el roedor correteaba asustado de un lado al otro de su cerebro. Apretó los párpados. «Calma, tranquilo», murmuró. Desechó esa imagen de felicidad por ridícula. No podía permitirse perder el tiempo con opciones imposibles. Se frotó las

manos como si sintiera frío, un frío que venía de dentro, y descolgó. Oyó la voz excitada del responsable del personal.

—Directora, tiene que venir a la capilla, enseguida. Tenemos un problema grave con Marqués.

El órgano tubular era uno de los mayores tesoros de la residencia. Aquella joya neumática del siglo XVIII era la única razón por la que el profesor Marqués había elegido retirarse allí y agotar los escasos ahorros que le quedaban. Necesitaba estar cerca de los tubos, cerciorarse de que los teclados y los pedales se utilizaban como era debido, pero aquella estúpida mujer a quien la directora Roldán había otorgado su cuidado y la instrumentación profanaba su naturaleza día tras día. Marqués no podía soportarlo más. La gota que había colmado el vaso de su paciencia había sido la ofensiva interpretación de la *Tocata y Fuga BWV 565* de Bach. Sin duda era difícil técnicamente, pero aquella bruja de manos torpes y pies más torpes aún se había dedicado a desafinar una y otra vez sin alcanzar en ningún momento los tonos más graves y despreciando miserablemente los agudos sin que nadie, durante la misa, se hubiera percatado. En realidad, esa actitud de indiferencia y desconocimiento de los feligreses era lo que más había enervado a Marqués. Nadie se daba cuenta de semejante aberración, e incluso había visto rostros arrobados y cabezadas de asentimiento. La estupidez y la negligencia unidas para mancillar aquella obra de arte. ¡Era demasiado!

En un arrebato de furia, como Jesús en el templo azotando a los mercaderes, Marqués había prorrumpido en gritos e insultos en mitad del oficio, se había quitado el cinturón de las trabillas del pantalón y había atacado a aquella desalmada. Cuando los demás trataron de contenerlo, fue peor. Marqués se revolvió enfurecido y repartió correazos a diestro y siniestro, provocando la estampida de los asistentes a la misa, incluido el sacerdote. Preso de la ira, se había atrincherado en la capilla y no había modo de hacerlo salir. Sentado en la banqueta del órgano, acariciaba el teclado como si se tratara de un animal malherido al que ofrecer consuelo. En la mano izquierda llevaba bien agarrado el cinturón para mantener a raya a los celadores que pretendían atraparlo cuando llegó la directora Roldán, que observó con mirada desolada las sillas volcadas, los libros de salmos en el suelo y el candelabro del altar caído. Aquello había ido demasiado lejos.

Durante veinte minutos, la directora trató de mediar para que Marqués depusiera su actitud, pero el profesor se mostraba inflexible. Estaba fuera de sí, balbuceaba que todo aquello era culpa de Roldán. Si ella le hubiera hecho caso y le hubiese dejado a él a cargo del órgano, nada de eso habría sucedido. ¿Acaso nadie, excepto él, alcanzaba a comprender el daño irreparable que aquel instrumento estaba sufriendo? ¿A nadie le importaba?

La directora Roldán empezaba a impacientarse de veras. Dos veces consultó la hora. Tenía que ir a recibir al nuevo paciente, que estaba a punto de llegar. No podía permitir que la primera impresión del recién llegado fuera aquella escena más propia

de un manicomio que de la apacible residencia que se suponía que dirigía. Finalmente, y apremiada por el tiempo, hizo de tripas corazón y dio la orden que sabía que terminaría con aquel ridículo espectáculo.

—Avisen a la señora Scott. Ella sabe manejar a Marqués.

La verja metálica se abrió en el momento que Frank Sinatra se entregaba en las últimas notas de *Can't We Be Friends*. Natalia dio la vuelta a la rotonda de gravilla y detuvo el coche junto a la escalinata de la entrada. Música y motor callaron casi al mismo tiempo, y lo único que quedó fue un largo suspiro de resignación en el asiento del copiloto. Natalia seguía enfadada. Miguel seguía enfadado. Apenas habían intercambiado unos pocos monosílabos durante el viaje desde Sevilla, y resultaba un alivio poner fin a aquella situación.

—Parece un lugar agradable —dijo Natalia sin demasiada convicción.

Miguel asintió mientras se quitaba el cinturón de seguridad y se ajustaba la americana de espiguilla. Durante años había veraneado en Tarifa con Águeda y nunca hasta ahora había prestado verdadera atención a aquel edificio de arquitectura neoclásica. Ni siquiera lanzó un vistazo a las grandes ánforas de barro que jalonaban la escalinata de mármol, repletas de flores. Su atención se centró en un grupo de ancianos que parloteaban alrededor de un velador de verano, junto a un pequeño lago artificial rodeado de bancos. «De modo que esto es lo que me espera», pensó.

Prefería despedirse allí mismo. A fin de cuentas, ya habían discutido todo lo que tenían que discutir y las posturas eran irreconciliables. Fue una despedida fría, como los labios de Natalia al posarse en la cara afilada de Miguel. Él nunca besaba, solo ofrecía la mejilla. Salió del coche y se dirigió hacia los escalones de la entrada sin volverse cuando su hija hizo sonar el claxon dos veces a modo de despedida. Solo apretó más fuerte el asa de la maleta.

Una mujer de apariencia monjil fue a su encuentro con una sonrisa cosida a la boca y se presentó como la directora Roldán.

—Aunque todos me llaman Mercedes. Bienvenido a nuestra casa, que a partir de ahora será la suya.

—Mis cosas las envié por mensajería...

—Ya está todo aquí: sus libros, su ropa y ese precioso arcón. No se preocupe. Verá que somos muy eficientes. —Tenía una voz desagradable, demasiado aguda, como la sirena de una ambulancia que hace aullar a los perros; además, hablaba demasiado. Miguel desconfiaba de la gente que derrochaba las palabras con tanta locuacidad inútil. Hubiera preferido que aquella mujer se limitara a mostrarle su habitación, pero la directora insistió en hacerle una visita turística por el edificio mientras cantaba las alabanzas de la residencia que dirigía. Sus palabras se confundían con el sonido de los tacones bajos y anchos al pisar las baldosas marmóreas de aquella larga galería que bordeaba un jardín interior con una fuente en

medio. Caminaba a pasos cortos porque la falda, que le quedaba por debajo de las rodillas, era demasiado estrecha y le impedía extender la zancada de manera natural. Se protegía el pecho opulento con los brazos cruzados sobre una rebeca azul. Miguel se fijó en la carrera de la media en la pantorrilla derecha. Le pareció un detalle desagradable, una de esas cosas que lo entristecían. Mientras avanzaban, Roldán le habló de quiénes eran los personajes ilustres cuyos retratos adornaban las paredes; en su mayor parte se trataba de monjas y curas de aspecto contrito, místicos y mártires de apariencia cerosa, bocas prestas al anatema, hábitos engolados y miradas sufrientes o juzgadoras. Las pinturas eran tétricas y los marcos barrocos creaban la sensación de un museo de arte religioso del siglo XVII.

—Hasta el siglo pasado el edificio fue un convento; y luego, una residencia de retiro para monjas. De ahí la arquitectura y el aspecto de cenobio. En los años ochenta se iniciaron las obras de reforma gracias a las generosas donaciones de cierta familia adinerada, gente religiosa que aportó los recursos para reconvertir el espacio preservando los elementos originales cuando fue posible y recuperando valiosas obras pictóricas que languidecían en los sótanos. Algunas de las que ve aquí expuestas tienen un valor realmente importante. ¿Le interesa el arte pictórico?

Miguel negó en silencio, pero Roldán no se desanimó.

—En cualquier caso, invitan a la calma y a la reflexión, ¿no le parece?

Más que calma, a Miguel, la supuesta invitación le sugería tristeza, frufnú de hábitos, murmullo en corrillo de rosario y toses tuberculosas. Lo religioso siempre le había inspirado más temor que confianza. Aun así, la directora Roldán insistía en las bondades arquitectónicas y ornamentales:

—La fuente es originaria del siglo XVI y hay una escultura de Cristo que se atribuye a Pedro de Noguera, el autor de la sillería de la catedral de Lima. ¿Le interesa la arquitectura?

Miguel volvió a decepcionar a la directora. Estaba demasiado cansado para fingir. Solo quería dejar la maleta y tumbarse en la cama. La directora Roldán se detuvo con aspecto de haber caído en la cuenta de un detalle importante.

—Si mira a la derecha verá la capilla. Alberga un órgano realejo del siglo XVIII. Desgraciadamente, ha surgido un imprevisto y no puedo enseñárselo ahora, pero seguro que podrá apreciarlo por la mañana. La capilla está abierta todos los días. ¿Le interesa la música religiosa?

Miguel se encogió de hombros. La directora Roldán lo miró de reojo.

—¿Acaso es condición para residir aquí que me interese algo en particular? En la página web no se menciona.

La directora Roldán se disculpó con profusión de aspavientos. Miguel negó con la cabeza.

—Me interesan los números, la lógica, la aritmética. Soy, o era, banquero. También valoro el silencio y la discreción.

—No pretendía molestarlo.

—Y no lo ha hecho. Estoy un poco cansado. ¿Podría enseñarme mi habitación, por favor?

Contrariada, la directora Roldán reemprendió su paso corto sin volver a abrir la boca, lo cual agradeció Miguel. Rodearon las zonas comunes sin detenerse y subieron a la segunda planta, donde la directora le entregó una llave a Miguel con aire de suficiencia.

—Verá que aquí conjugamos lo mejor de dos mundos: la tradición con todas las comodidades necesarias: calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, conexión wifi, televisión por cable... —No pudo evitar lanzarle a Miguel una mirada cargada de ironía—. También cuidamos de lo tangible, confío en que eso lo tranquilice.

—Me tranquiliza, desde luego.

Miguel abrió la puerta y calculó mentalmente el espacio disponible como haría un preso al llegar por primera vez a su celda: en la visita virtual que ofrecía la web daba la impresión de que las habitaciones eran más grandes y confortables. Había una única mesita de noche —el signo inequívoco de los que duermen solos—, una lámpara de flexo, tres o cuatro cajones en el escritorio, una televisión de dieciocho pulgadas y un armario de cuerpo doble. Todo muy espartano. Sin ningún detalle ocioso. «Al menos no hay cilicios ni aparatos de tortura inquisitoriales a la vista», se dijo. Le mejoró el ánimo ver el arcón.

Un celador llegó y le susurró desde la puerta algo a la directora Roldán. A pesar del cuidado que puso, Miguel logró oír lo que dijo: «Helena ha encerrado a la bestia». La directora Roldán cerró los ojos y asintió. Miguel no supo interpretar si la espiración que soltó la mujer era de alivio o de cansancio. La directora lanzó una mirada nerviosa a la habitación.

—Le dejo que se instale. Tengo un asunto del que debo ocuparme.

Miguel agradeció quedarse solo. Dedicó los primeros minutos a pasear por el nuevo espacio tratando de hacerse con él. Apartó la cortina de la ventana y comprobó que las vistas daban al mar, tal y como había pedido. Disponía de una pequeña terraza con una mesa de madera y dos sillas, y desde la balaustrada podía divisar los tejados del casco viejo, la torre del castillo con las banderas azotadas por el viento del levante y, más allá, la costa de África.

Dejó la bolsa de viaje y sacó la urna con las cenizas de su madre, buscando con la mirada el lugar idóneo para colocarla. Se decidió por el estante que había encima del televisor. Retrocedió y se sentó en la cama, que crujió con sonido de muelles, contemplando su nueva vida con una difusa sensación de derrota. Esto era mucho más frío y desolador de lo que había imaginado. Se preguntó cuánta gente habría dormido antes en aquel lecho extraño, cuántos habrían expirado con la visión que la ventana ofrecía. Ese pensamiento fue a sumarse a la pesadumbre que lo acompañaba desde la discusión con Natalia.

—No hay mucho lujo, ¿verdad? —Oyó a su espalda.

La esencia de la habitación cambió, se volvió más oscura, como si toda la luz se condensara en el punto del que partía aquella voz.

Miguel se dio la vuelta hacia ese punto. Ahí estaba el joven. Examinaba la habitación con aire circunspecto, abriendo cajones y puertas del armario, paseando un dedo sobre las baldas de color hueso colgadas en las paredes. Tan alto y fuerte, con aquel traje de elegancia modesta tan propia de los campesinos que conservan un mismo traje para las bodas y los entierros.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó a Miguel.

Miguel no tenía claro si los muertos eran fantasmas, espíritus, almas o penitentes. Por ahora, el joven no era capaz de aclarar los términos de su naturaleza.

—No sé si usted es real o solo la evidencia de que me estoy volviendo loco.

El joven buscó un pañuelo de algodón en el bolsillo, se lo llevó a la boca antes de toser con una tos de perro que desmentía su apariencia saludable y escupió un grumo de sangre oscura. Un hilillo le quedó colgando sobre el mentón, y lo limpió con un gesto resignado. Observado con atención, era poco más que un adolescente de mejillas brillantes y mirada vivaz. Miguel lo imaginó como alguien trivial que practicaba deporte en vetustos gimnasios, que salía con chicas y que era despreocupado; un joven coqueto y bien parecido que se miraba en los escaparates.

—Eres un hombre racional que no cree en nada que no pueda ser demostrado, así que necesitas una explicación lógica para mi presencia; y estoy seguro de que acabarás encontrándola. —El fantasma, o lo que en definitiva fuese, desvió la atención hacia el arcón, se acuclilló para examinar su contenido sin tocarlo y remontó la mirada hasta la estantería con la urna.

Miguel se quitó las gafas y se golpeó la patilla abierta contra la palma de la mano. Tal vez aquella visión entraba por una resquebrajadura de su cerebro y se aprovechaba de esas pequeñas manchas que causaban, según le habían explicado los neurólogos, su enfermedad: manchas que eran como espacios desiertos que se iban expandiendo por su masa gris. En los desiertos hay espejismos tan reales que pueden conducir a la locura a los guías más experimentados, los obligan a salirse de sus rutas, los adentran entre las dunas y se los tragan para siempre.

—Usted no está aquí. Mi mente empieza a traicionarme; eso es lo que ocurre.

El joven torció el gesto.

—Como quieras. No he venido aquí para discutir contigo mi naturaleza.

—Creí reconocerlo cuando apareció usted por primera vez, cuando sufrí el primer ataque. Pero no estuve seguro hasta que tuve ese sueño en casa de mi hija. —Miguel dirigió la atención a la urna—. Y entonces recordé el nombre que mi madre escribía en las paredes con sus heces: Amador.

Amador, si es que los fantasmas deben ser invocados por su nombre, se miró la punta de los zapatos. Le faltaban los cordones.

—¿Y eso a dónde nos lleva, Miguel?

—Si usted es Amador, eso significa que es mi padre, pero yo tengo setenta y



cinco años y usted todavía no ha cumplido los treinta.

—Los muertos se quedan en la edad en la que se los recuerda. Una extraña paradoja.

El joven se acercó a la ventana y contempló el paisaje. Miguel se situó a su derecha y miró también por la ventana. Casi podía percibir el sudor que desprendía la ropa de Amador y el olor a tabaco de picadura en sus dedos. Toda su razón se rebelaba contra aquel juego de espejos y, sin embargo, no lograba escapar de su atracción.

—Mi madre solía hablarme de usted. Decía que le gustaba que ella le cantase una canción de Raquel Meller.

Amador asintió con nostalgia.

—*La violetera*... Con ella bailamos la primera vez en una verbena. ¿Alguna vez la cantó para ti?

Miguel negó lentamente.

—Solo para otros hombres desconocidos que pasaban por su cama y se marchaban dejando tras de sí un reguero de bajezas y unas pocas monedas.

—Entiendo.

—No. Usted no puede entenderlo porque no estaba allí. Nos dejó solos. Ella me repetía que usted era un buen hombre, que hizo lo que hizo por nosotros, por mí. Pero yo nunca la creí.

Amador lo miró con atención. No sabía cómo hablarle a su hijo de un tiempo y de un hombre que no llegó realmente a conocer.

—Y ahora, Miguel, ¿qué piensas?

Durante toda su infancia, y hasta la muerte de su madre, Miguel había sentido celos de un fantasma. Se convirtió en el hombre de la casa, tuvo que aprender a serlo desde muy niño, pero siempre estaba presente la sombra de su padre zumbando como algo que no se iba ni llegaba. La presencia de una ausencia. ¿Cómo se podía competir con eso?

—Solo pienso que cerraré los ojos y usted no estará cuando vuelva a abrirlos.

—Así ha sido otras veces. Demasiadas. Como cuando eras niño y me llamabas. No podías verme pero yo estaba ahí. Contigo. No es mucho consuelo, lo sé. Pero es la verdad. Siempre estuve a tu lado.

Miguel contempló pensativo el anochecer, que aparecía ante él como una estratificación de diferentes oscuridades que impedía distinguir las luces lejanas.

—¿Duele? —preguntó.

Su padre lo miró de reojo.

—¿Si duele el qué?

—Estar muerto.

Amador se dejó llevar por la visión de un pesquero que cruzaba lentamente el Estrecho seguido por una bandada de gaviotas.

—Solo cuando pienso en los vivos.

## 6

### *Tarifa*

Mientras se dirigía al despacho de la directora Roldán, recorriendo el largo pasillo, Helena se acordó de algo que solía repetir Louise. «La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta». No era una frase muy original y puede que ni siquiera fuese cierta en todos los casos, pero en boca de Louise cualquier obviedad tenía tintes de misterio. Louise sabía cultivar esas zonas en penumbra de su personalidad. Helena todavía recordaba la impresión al conocerla, aquel primer día en el internado de Mayfield, en el invierno de 1956. Louise estaba tumbada en la cama en ropa interior —unas bragas de encaje que Helena envidió inmediatamente— y fumaba mientras leía *El corazón de las tinieblas*, de Conrad. Todas las edades son parecidas a sus iguales, pero Louise era distinta, quería serlo y se esforzaba en demostrarlo. Nadie fumaba a los quince años, y tampoco leía a Conrad, a Miller o a Céline, pero ella sí. Nadie miraba con tanta desvergüenza bajo aquella raya de maquillaje cobalto en los ojos ni desafiaba las normas y la disciplina con la soltura de Louise. Era solo tres años mayor que Helena, pero parecían separadas por tres lustros. Louise la aleccionó entonando con gravedad para reforzar el efecto de sus palabras: «Somos prisioneras, desengáñate. Estamos en una mazmorra, y *miss Clark* es la carcelera mayor, ya la conocerás. Nuestro trabajo aquí consiste en hacer nuestro encierro lo más placentero posible y en amargar a esa vieja, y yo sé cómo lograrlo. Tú solo observa». Louise siempre parecía a punto de desvelar algún secreto definitivo, como si hubiera descubierto algo antes que los demás. Comparada con ella, tan sofisticada, siempre con el comentario oportuno a punto y con la actitud desafiante y segura, Helena se sentía una pobre pacata, una fierecilla africana sin domesticar que no conocía nada de la vida. Ahora, tenía la sensación de haber salvado la distancia entre la niñez y la vejez sin haber caído en la cuenta de sus estaciones.

Helena intuía para qué la había citado la directora. Ambas mujeres se habían declarado antipatía mutua apenas conocerse; había algo en la directora que a Helena le hacía pensar en *miss Clark* en su papel de santa Teresa de Jesús, *muriendo porque no moría*, clavada de hinojos en el suelo con sus sueños místicos. ¡Pobre *miss Clark*!, cómo se burlaban ella y Louise de los anatemas que lanzaba contra los placeres íntimos recién descubiertos por ambas. Louise tenía una voluptuosidad feroz y un erotismo que sacaba de quicio a *miss Clark*, quien consideraba infame y pecaminoso todo lo que emanaba de ella, y Helena se preguntó si aquella anciana que odiaba toda frescura o espontaneidad no estaría emparentada de manera lejanísima con la directora Roldán. Eran casi como siamesas: la misma cara de pomelo demasiado maduro, el mismo aire lánguido de un ser en permanente hibernación.

Llamó a la puerta y oyó la voz chillona de la directora invitándola a pasar.

El despacho resultaba desangelado y húmedo. En ocasiones, evocaba el olor de la sentina de una galera, quizá a causa de aquella marina fea que colgaba en la pared. Roldán estaba atendiendo una llamada de teléfono. Sin dejar el auricular, le indicó a Helena una silla frente al escritorio, siguió hablando y se frotó la frente como si aquella llamada le estuviera provocando jaqueca. Cuando colgó, parecía agotada. Sus ojos volaron sobre el escritorio sin un objetivo concreto, pero inmediatamente recuperó su mirada de eficiencia administrativa.

—Le agradezco que haya venido, señora Scott. El tema que debemos tratar no es agradable.

Helena contrajo el labio inferior. Roldán se empeñaba en dirigirse a ella por su apellido de casada pese a saber que lo detestaba. Quizá lo hacía por eso mismo. «La pequeña zorra cree que así me hace daño».

—¿De qué se trata?

La directora sopesó las palabras, trazó bajo la barbilla un triángulo con las manos tratando de conectar los dedos y, por fin, dio con la fórmula adecuada:

—El numerito de su amigo Marqués en la capilla de días atrás ha ido demasiado lejos. Creo que sería justo reconocer que hemos tenido mucha paciencia con él. Yo confiaba en usted para tenerlo controlado porque es a la única que escucha; pero, evidentemente, todos hemos fracasado.

Helena procuró disimular la sonrisa al pensar en los gritos de las enfermeras, el sonrojo y la indignación del sacerdote y los pucheros histéricos de la organista. Definitivamente, el profesor había liado una buena.

—Marqués no escucha a nadie, y yo no soy su madre, soy su amiga. —El zumbido socarrón era evidente, tanto como el creciente malestar de la directora.

—¿Le divierte esto, señora Scott?

—Lo que me divierte es que siga empeñada en llamarme por el apellido de mi esposo. Soy viuda y mis apellidos de soltera son Pizarro Whitman. Helena Pizarro Whitman, no es tan difícil si lo piensa. Y ya que lo menciona, me hace también gracia que se empeñe en dirigir esta residencia como un internado de adolescentes. Somos viejos, tal vez; pero tenemos criterio y personalidad para manejar nuestras propias decisiones, ¿comprende? A esa aptitud se la llama mayoría de edad.

La directora Roldán fue a decir algo, pero lo pensó mejor y se levantó. Contempló la marina de la pared. El maldito ratón correteaba a sus anchas por su cabeza y le roía el nervio ocular. Este era su hogar, aquí era feliz y tenía cuanto necesitaba. No iba a permitir que nadie socavase su autoridad. Y mucho menos aquella mujer a la que detestaba, tan guapa, tan mundana, con una vida llena de viajes, gentes y experiencias. Le costaba reconocer que Helena la intimidaba y se revolvía contra ello.

—Entiendo que no le guste mi manera de hacer las cosas. Pero la convivencia se rige por las normas.

—¿Y las normas prohíben un poco de excentricidad? ¿Hay que negar cualquier

posibilidad de lo que fuimos al entrar en estos muros?

—Aquí hay sesenta y dos personas que pagan mucho dinero para disponer de comodidades y tranquilidad. No tienen por qué soportar las excentricidades de una persona inadaptada.

—Marqués es una buena persona; un poco excesivo, como todos los genios, pero inofensivo.

—¿Inofensivo? —La directora Roldán cogió un papel de la mesa y se lo mostró —. Este es el informe de atención médica de varias personas que sufrieron la agresión de su amigo. Un punto de sutura, moratones, golpes... por no hablar de la situación de pánico que creó, y que podría haber tenido consecuencias mucho peores.

Helena negó con la cabeza lentamente y levantó las palmas.

—Ya le he dicho que yo no soy la madre de Marqués. Hable usted con él, si lo prefiere.

—Lo he intentado, pero se niega a salir de su habitación.

Helena imaginó a su amigo encerrado, enfrascado en sus composiciones y haciendo filigranas con los dedos sobre un teclado imaginario.

—No veo qué puedo hacer yo.

—Debe entender el problema: regento una institución privada y debo rendir cuentas a una junta de accionistas. Usted sabe que la residencia tiene pocas plazas y que están muy solicitadas. Tenemos una larga lista de espera y no veo cómo puedo justificar que Marqués ocupe una de nuestras preciadas habitaciones sin corresponder con sus obligaciones contractuales. Sinceramente, creo que estaría mejor en otro tipo de institución.

Helena frunció el ceño. Detestaba los circunloquios.

—¿Otra institución?

En la comisura de los labios de Roldán se perfiló una conjetura.

—Creo que su amigo necesita una evaluación psiquiátrica. Puesto que carece de familia o de personas que puedan tomar la decisión, y en vista de que el propio Marqués no parece estar en uso de sus facultades, se ha recomendado su traslado al hospital de Málaga para que valoren su ingreso en un lugar más adecuado a sus necesidades. Esperaba que me ayudase a convencerlo.

Helena se recostó en la silla y levantó el mentón.

—¿Quiere que convenza a Marqués para que firme su ingreso voluntario en un centro psiquiátrico? ¿Eso es lo que me está pidiendo?

La directora rodeó la mesa pero no se sentó. Helena percibió algo difuso en su expresión. No sabía si Roldán estaba disfrutando o lo pasaba mal con todo aquello. Probablemente, la mujer envidiosa gozaba y la aspirante a santa se torturaba con la culpabilidad.

—Solo le transmito la decisión de la junta. Créame, yo no puedo hacer nada.

Helena se puso en pie lentamente. Por dentro temblaba pero no permitió que la directora percibiera su flaqueza.

—Pilatos dijo algo parecido.

—Oiga, señora Scott, créame; yo...

—¡Me llamo Helena, coño! —la cortó secamente—. Y, desde luego, no cuente conmigo. Si quiere ponerle la camisa de fuerza a Marqués, tendrá que entrar a ponérsela usted misma.

—No hace falta ponerse dramática.

Helena fulminó con la mirada a la directora.

—Entre lo dramático y lo patético hay una línea muy fina. Y creo que usted la cruzó hace tiempo.

Se dio la vuelta y tuvo mucho cuidado de no dar un portazo al salir del despacho.

El tiempo podía convertirse en un despilfarro de horas. Miguel empezó a comprenderlo a los pocos días de estar en la residencia. Para evitarlo, el secreto consistía en disimular el tedio aplicando una atención desmesurada a los pequeños gestos. Observaba a sus nuevos vecinos: algunos estaban enfrascados en sus partidas de ajedrez, en la lectura de un libro o en los paseos alrededor del jardín principal; otros charlaban en corrillos, se gastaban bromas, discutían las noticias que aparecían en televisión o languidecían sentados en un sofá frente a las buganvillas esperando la visita de familiares y disimulando la decepción cuando nadie llegaba.

Miguel era ahora uno de ellos, así que todos se esforzaban en darle conversación: le preguntaban cosas de su vida anterior, como si tácitamente se diera por sentado que al traspasar las puertas de la residencia el pasado era lo único que contaba. Los primeros días, las miradas se volvían hacia él al entrar en una sala y él sonreía con la expresión forzada, como un niño en su primer día de escuela. Todo el mundo se fijaba en cada gesto suyo. Era un elemento distorsionador, la comidilla del momento. Los recién llegados despertaban interés, alteraban las rutinas soporíferas, traían aire fresco, cosas diferentes que venían del mundo exterior, aunque, por lo general, ese interés decrecía muy rápido. A fin de cuentas, allí todos estaban por lo mismo: estaban solos, o como si lo estuvieran, y habían llegado cargados de recuerdos, dolencias y manías que terminaban pareciéndose demasiado unas a otras. Poco a poco se habían ido acostumbrando a su presencia y ya no le prestaban demasiada atención.

Ahora ya podía entrar en el comedor a la hora del desayuno sin sentirse taladrado por decenas de miradas. Aquella mañana, el olor de las tostadas y del café recién hecho flotaba por encima de las mesas con mantel bordado. Habían servido un bufete continental: tortillas, embutidos, fruta, yogures, zumos. A un lado estaba la bollería, reservada para los pocos privilegiados que obtenían el beneplácito del médico. En el hilo musical sonaba música clásica, que ayudaba a adormecer las conversaciones y las transformaba en murmullos. Podía decirse que se trataba de un ambiente agradable, atento a cualquier sonido extemporáneo, a una risotada fuera de tono, a un tenedor chocando con el plato o a un vaso cayendo al suelo enmoquetado.

Miguel tomó asiento en una mesa del rincón, dispuesto a parapetarse tras un libro de teoría económica que había encontrado en la biblioteca, cuando su mirada topó con la de Helena. Se saludaron con cordialidad. Miguel apenas la conocía, pero había oído cosas sobre ella y sobre su amigo Marqués, el extravagante profesor de música del que todo el mundo hablaba a causa del incidente en la capilla, ocurrido el día que Miguel llegó a la residencia. Por lo que a él respectaba, el tal Marqués era una especie de leyenda urbana que no se dejaba ver. En cuanto a Helena, le había llamado la atención desde el principio su aire enigmático, esa clase de presencia que se impone sin esfuerzo, con su porte altivo, aristocrático. Aunque tal vez estuviese tan ansiosa por conocer detalles sobre Miguel como los demás, no había intentado sonsacarlo del modo invasivo habitual —por puro gusto de alimentar cotilleos—, sino más bien con un punto de curiosidad excéntrica.

Aquella mañana, Helena vestía, como de costumbre, con clase, segura de sí misma y de su cuerpo.

—¿Te importa que te acompañe? —saludó ella, que en realidad ya estaba sentándose. Destilaba un ligero aroma a cigarrillos y a perfume, cuya mezcla era extrañamente agradable.

—Adelante, ponte cómoda —dijo Miguel con un tono irónico al que Helena, que se estaba sirviendo un café, no prestó atención.

—¿Qué tal tu nueva vida en el limbo? —preguntó ella distraídamente. Parecía tener la mente en muchos sitios a la vez y en ninguno concreto.

—¿Limbo?

Durante un par de segundos, Helena lo miró fijamente, hasta que una media sonrisa se abrió paso entre sus labios. Resultaba evidente que se divertía con el azoramiento de Miguel.

—Sí, limbo. El mundo entre los vivos y los muertos. Porque eso es exactamente este lugar, por si no te has dado cuenta, por mucho que se llame residencia Paraíso. Una estación de espera.

—Entiendo. Diría entonces que mi espera va bien, gracias.

—¿En serio? Sinceramente, con tu traje impecable, ese mostacho a lo Bismarck y tus gafas de pasta no parece que este sea tu sitio. Mi abuelo hubiese dicho que eres de esa clase de caballero que merece ver por última vez la isla de Wight rodeado de nietos rollizos. Y mi abuela hubiera estado de acuerdo.

—Lamento contrariar las expectativas de tus abuelos, pero jamás he estado en tal isla y no entiendo la imagen.

Helena se quitó una miga de pan de la comisura del labio con el índice y se la llevó a la boca.

—El limbo tiene sus ventajas, sería desconsiderado rechazarlas. Y no pareces una persona desconsiderada. ¿La directora Roldán no te ha vendido las bondades del lugar? Aquí te prometen la inmortalidad: baños de agua de mar, terapias milagrosas con piedras candentes, ejercicios en la piscina, cenas y veladas rejuvenecedoras...

Por supuesto, todo es mentira; pero nos gusta creer que viviremos mil años. ¿Tú crees que viviremos mil años, Miguel?

—Diría que las matemáticas y las probabilidades están en nuestra contra.

—Vaya, un hombre de ciencia. ¿Quién puede resistirse a ellos?

Miguel tuvo la impresión de estar siendo sometido a una especie de examen cuya finalidad evaluadora no acertaba a comprender.

—No me siento muy cómodo con el cinismo, sinceramente. Me desconciertas un poco, ¿sabes?

Helena parpadeó y apartó la mirada.

—Yo tendría cuidado de no confundir cinismo con ironía... Pero si te he incomodado, discúlpame. Últimamente no he tenido una buena racha.

—¿Tu amigo Marqués?

Helena asintió apenada.

—Marqués es inofensivo, un viejo al que la artrosis obliga a caminar con las piernas arqueadas y que sufre un avanzado estado de descomposición de los pulmones y del hígado. Es verdad que su padecimiento físico le ha agriado el carácter, pero no es una amenaza para nadie.

—No es lo que dicen por aquí.

—Solo intenta defenderse como sabe. Si hablaras con él, verías que ha desarrollado un delicioso humor, es afilado, sarcástico e inteligente, aunque, a veces, puede ser también excesivo y excéntrico. Pero eso es así porque Marqués no ve el mundo como nosotros: encuentra matices ocultos en todo lo que lo rodea, no se conforma con lo aparente y, a veces, la impaciencia lo vence. Entonces, necesita rebelarse y gritar a su manera. Sus actos desmedidos le hacen parecer peligroso, pero nadie quiere comprender que su verdadera tragedia es que él y la tristeza se enamoraron el uno de la otra en cuanto se conocieron.

Miguel se quitó las gafas y limpió la lente con la servilleta.

—Eso es muy poético. Pero he oído que agredió físicamente a los asistentes a una misa. No me parece de recibo que pague con otros su incompreensión del mundo.

Helena sacudió la cabeza con vehemencia.

—No lo entiendes. No es la incompreensión la que lo hace comportarse así. Es todo lo contrario, la comprensión absoluta: la fealdad, la hipocresía, el absurdo que lo rodea... y la soledad. Marqués tiene miedo, está muy enfermo y sabe que su tiempo se acaba. Quiere aprovechar cada segundo y siente que los demás le hurtan la belleza, la armonía. La directora Roldán dice que Marqués no se comporta de manera lógica, pero la lógica no funciona igual para todo el mundo. ¿No es cierto? Él solo siente interés por lo emocionante. ¿Qué hay de malo en eso?

Miguel se ajustó las gafas y se acarició el mostacho con la frente fruncida. Intentaba entender el razonamiento de Helena pero no encontraba argumentos.

—No me interesa lo emocionante. Lo mío son los números. Los números son la lógica de lo evidente. Los números son ecuánimes. El fruto de la evidencia. Muestran

los actos sin emoción. Y los actos dicen que tu amigo es un desequilibrado.

Helena negó con la cabeza y miró a Miguel como si mirase a un niño inexperto.

—¿Alguna vez has llorado de emoción resolviendo un balance fiscal?

Miguel reconoció que no. La última vez que recordaba haberse emocionado con su trabajo fue cuando descubrió que algunos directivos del banco estaban defraudando a la empresa. Pasó meses cotejando datos y buscando fallos en las cuentas hasta que descubrió la trampa. Nadie se lo agradeció. Despidieron a los ladrones y él consideró lógico continuar con su labor como si nada hubiera sucedido. Existen normas y a nadie hay que darle un premio por cumplirlas.

Helena se exasperó:

—Tienes corazón, ¿verdad? Pues tu corazón debería emocionarse, sorprenderse, dar brincos. Y eso ocurre cuando no sabes qué vendrá a continuación. ¿A ti no te asusta lo desconocido? No hay una regla para cada situación.

Miguel resaltó lo que a su juicio era una obviedad.

—¿Qué hay de malo en querer tenerlo todo controlado? Cifrarlo todo a la tiranía de los impulsos es de locos.

Helena parecía resignada a tirar la toalla.

—¿Siempre eres tan minucioso? ¿Nunca tomarías una decisión sin calcular los riesgos?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Para descubrir quién eres de verdad.

—Sé perfectamente quién soy, gracias.

—Claro, mientras controlas el juego. Pero ¿alguna vez te has atrevido a salirte del renglón? Es muy saludable, te lo aseguro, y ves cosas de ti mismo que no sospechabas.

Miguel solo había roto una vez su regla de no ceder a los impulsos. Fue en 1980, aquel fin de semana en el que conoció a Carmen. Y no estaba seguro de que aquella hubiera sido una buena decisión.

—Tal vez descubrir cosas insospechadas significa ver una parte de uno mismo que no te gusta y que debería quedarse enterrada para siempre.

—¿Y eso por qué? Negar lo que eres no hace que desaparezca.

Miguel apuró el café decidido a acabar con aquella conversación. Se puso en pie y se ajustó la americana.

—Porque sufres y haces sufrir a otros inútilmente. Y ahora te dejo, tengo cosas que hacer.

Helena abrió los ojos teatralmente. Los tenía realmente hermosos, grandes y llenos de inteligencia.

—Cosas que hacer... interesante. Un propósito con el que acompañar los días. Bueno, no queremos que esas cosas inaplazables se queden sin resolver, ¿verdad? Buenos días, míster ocupado.

Se miraron un instante, ella sentada con la taza entre los dedos y él de pie sin



saber qué hacer con las manos. Finalmente, Miguel se dirigió hacia la salida.

—Espera —le llamó Helena. Miguel se volvió. Ella le señalaba los pies. Miguel observó sus zapatos. Había olvidado atarse los cordones. Nunca había olvidado algo así. Se sintió desnudo y expuesto a la mirada crítica de todo el mundo. Pero nadie le prestaba atención.

Aquellas conversaciones se repitieron a lo largo de las semanas siguientes. Helena y Miguel eran esencialmente diferentes y, sin embargo, contra toda lógica, se sentían a gusto juntos y se buscaban el uno al otro. De manera natural, se fueron acercando como una imagen a su reflejo y descubrieron que encajaban extrañamente y se complementaban igual que la luz necesita del contraste oscuro para tener sentido. Poco a poco, y sin estridencias, se acostumbraron a la presencia mutua en los espacios comunes de la residencia. Pronto pasaron a compartir una especie de complicidad sin excesivas confidencias personales, basada en discusiones que casi siempre terminaban en puntos suspensivos. A Miguel le divertían la irreverencia de Helena, sus desplantes a la directora, su afilada lengua —siempre a punto para escandalizar—, y encontraba estimulante su inteligencia aguda. Cada vez que la tenía delante y la escuchaba hablar, trataba de averiguar cuánto había de verdad y cuánto de impostura en aquella actitud socarrona y deslenguada.

Por su parte, Helena suponía que Miguel era un tipo bastante aburrido pero que encerraba alguna suerte de misterio, una riqueza interior que su nuevo amigo se negaba a compartir y que ella se había empeñado en sacar a flote; los secretos le resultaban estimulantes desde niña y sospechaba que él estaba lleno de anhelos insatisfechos que nunca expresaba con franqueza. Continuamente le lanzaba el anzuelo, pero Miguel era escurridizo, apenas hablaba de sí mismo y, cuando lo hacía, era de un modo bastante críptico, lo que aumentaba la curiosidad de Helena. Detrás de la sonrisa con deje triste de Miguel y de sus ojos, que oscilaban tras sus gafas de pasta como si la mirada respirase silenciosamente muy adentro, ella encontraba un estímulo para seguir escarbando.

Una mañana, Helena le propuso dar un paseo por las ruinas de Baelo Claudia. Era tarde y el sol dibujaba sobre la costa un perímetro de arcilla rojiza. El movimiento de las olas, gruesas y heladas, hacía bullir la energía de la tierra. Apenas pisaron la playa, Miguel se puso en cuclillas, cogió un puñado de arena fina y lo dejó caer entre los dedos. El viento arrastró los granos. Por encima de sus cabezas, un pájaro se mecía entre las corrientes de aire. Miguel lo estudió atentamente. Ahora inclinaba un ala, ahora la otra. Parecía a punto de caer, pero de repente se elevó con brío y se alejó en un vuelo raso. Miguel lo siguió hasta que lo perdió de vista entre las olas.

—Siempre me ha asombrado que las cosas que pesan más que el aire puedan volar. La aerodinámica perfecta que hace posible lo imposible. Me dan miedo los aviones y la altura. Y, sin embargo, siempre he tenido esa curiosidad.

Helena siguió la dirección de la mirada de su amigo: «Por fin algo personal», se dijo.

—Nos atrae lo que nos asusta. El miedo es un reto.

Miguel parecía no escucharla. Se preguntó qué clase de pájaro sería ese que se alejaba y, sin darse cuenta, se encontró pensando en su hija, Natalia.

—Solía venir aquí con mi esposa y con mi hija todos los veranos. En alguna parte había un chiringuito regentado por un matrimonio vasco. Era una modesta construcción prefabricada con techo de latón y una tarima de madera, pero hacían un pescado frito buenísimo. Me acuerdo de que Natalia me hacía toda clase de preguntas. ¡Había tantas cosas que desconocía! Y le interesaba todo: los nombres por los que se conocen las cosas, los números, las letras... y todos los rincones remotos, todas las esquinas de la Tierra, los ríos, los montes, los pueblos con sus gentes, sus historias y sus saberes. Señalaba los pájaros y me preguntaba cómo se llamaban porque para ella todo lo que era posible nombrar debía tener un nombre personal, algo único; y, para que dejara de preguntarme, yo les ponía nombres estrambóticos: «Ese azul de pico largo se llama Conjuro azul, aquel blanco que se lanza en picado sobre las olas se llama Saeta de luz». —Se quedó callado. «En esto se convierten los recuerdos de un viejo: invenciones y ruinas», pensó—. No sé cuándo ella dejó de preguntarme y yo dejé de inventar nombres para ella.

Helena estaba junto a él pero miraba mucho más lejos. La distancia entre dos puntos.

—Yo también estuve aquí, una vez, en 1982. Con mi amiga Louise. Fue un viaje especial. No recuerdo ese chiringuito del que hablas, pero, al menos, las dunas y las ruinas romanas siguen existiendo. —Helena se acordó de Louise saltando entre las olas con el agua hasta las rodillas, arremangándose la falda por encima de las bragas. Y su risa. Resultaba increíble lo jóvenes que eran a pesar de no serlo y lo que esperaban de la felicidad cuando ya deberían haber aprendido a reconocer sus desengaños.

Se cogió del brazo de Miguel y le palmeó el hombro cariñosamente.

—Recordar no es malo. Significa que hemos vivido.

Se giraron hacia el jolgorio infantil que un grupo de jubilados estaba armando en la caseta de información del complejo. A Miguel le desagradó el estado de excitación de los ancianos con sus gorras de colores y las cámaras de fotos dispuestas. En cambio, a Helena la escena le provocó una sonrisa de ternura. La vejez siempre era deudora de la niñez.

Con una voz cansina, el guía que acompañaba al grupo repetía las mismas explicaciones que debía de haber dado mil veces mientras señalaba como una azafata de vuelo los emplazamientos de las antiguas edificaciones. No parecía importarle que a los ancianos les llamase más la atención el azul prometedor y cercano del mar y las dunas de arena fina. Inútilmente, trataba de explicar que un montón de piedras oscuras eran el rastro de una terma de hacía dos mil años, que aquella senda empedrada era el *decumanus*, y que allá arriba se erigía el templo de Minerva, el de Juno, el capitolio, la tribuna, la fuente y la basílica.

El grupo se alejó con su zumbido hacia el *cardus maximus*. Miguel y Helena caminaron en sentido opuesto hasta una piedra que una vez fue el pilar de una construcción sólida, tal vez una casa de pescadores o un almacén, un lugar donde hubo vida y actividad, olores y sonidos que el mar había arrastrado muy lejos.

—Antes no se cuidaban tanto las cosas —apuntó Miguel, todavía extraviado porque los recuerdos lo habían hecho volver a pensar en su enfado con Natalia y en una separación que parecía definitiva pero que él no deseaba en modo alguno.

—Rezongas como un viejo, supongo que te das cuenta.

—Lo digo en serio. Cincuenta años atrás, cuando estuve aquí con Águeda por primera vez, a nadie le interesaban las ruinas porque han estado aquí desde siempre. Los templos eran un amontonamiento de escombros cubiertos por la maleza, no existía el centro de información, ni los jardines de palmeras. Había barcasas en la playa... En cierto modo, todo era más cierto, menos reconstruido. Más hermoso.

—¿Y vosotros, tú y Águeda? ¿Cómo erais hace cincuenta años?

—Los mismos, pero más jóvenes.

Mentía. También ellos eran más genuinos, un joven matrimonio paseando de la mano entre las dunas. Enamorados, sin cicatrices todavía, dispuestos a todo. Creyendo que el otro era el centro de la felicidad propia. Y, sin embargo, el recuerdo de Águeda se iba difuminando. A Miguel le avergonzaba reconocer que, tras dos años de ausencia, apenas se acordaba de su voz o del color de sus ojos. Si se esforzaba, podía ver el conjunto; pero, si entraba en los detalles, se perdía. ¿Cómo tenía las manos? Frías, siempre frías, pero ¿eran grandes o pequeñas? Y ¿cuál era el dedo atrofiado por la artrosis, el meñique derecho o el izquierdo? Y tenía el puente del pie elevado y los dedos como apelonados unos encima de otros, pero ¿qué número calzaba?

Helena ladeó la cabeza. Estaba hermosa con el pelo recogido tras la nuca y el sol deslumbrando la mitad de su rostro pensativo.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Miguel—. ¿Qué queda de aquella Helena que estuvo aquí en 1982 con su amiga Louise?

Helena se recogió tras la oreja una hebra de cabello alborotada por el viento:

—No demasiado... En realidad, no acabo de entender esta necesidad de reinventar lo que ya no existe. —Y, como si quisiera reforzar ese planteamiento, abrió los brazos abarcando el complejo—. Fíjate en todo esto. ¿Quién dice que era exactamente como pretendemos al reconstruirlo?

—Lo dicen los historiadores, los arqueólogos...

—¿Y por qué esos ancianos están aquí? Quiero decir... ¿por qué nos gusta caminar sobre el pasado?

Miguel se encogió de hombros.

—Interés por la historia, por el pasado común. Nuestras raíces...

Helena negó con la cabeza.

—Respuestas de tu manual *Vida en orden*, Miguel. En lo primero que has pensado

al pisar la playa ha sido en tu hija cuando era niña... Yo creo que el pasado es un punto de fuga. Un lugar a donde escapar cuando no quieres estar aquí. Todo el mundo quiere estar en otra parte, ¿no te parece?

Miguel se sintió amilanado. Esa sensación de no saber qué decir o cómo comportarse la experimentaba de vez en cuando ante Helena y le hacía sentirse impotente, como cuando era incapaz de satisfacer la curiosidad voraz de Natalia.

—No todo el mundo necesita huir del presente.

Helena había encendido un cigarrillo. Lanzó una bocanada de humo que se disipó al instante. Desvió la mirada hacia la orilla. Tánger. Tan lejos. Tan cerca.

—Siempre estamos huyendo, desengáñate. La diferencia, lo que nos convierte en viejos, es que nosotros huimos hacia atrás y los jóvenes huyen hacia delante.

—¿Y tú de qué huyes?

—De la distancia.

—¿La distancia?

Helena levantó el mentón hacia el cielo.

—Louise decía que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Pero ¿y qué hay de la distancia que nos separa de nuestros sueños? Me refiero a los elementos fantásticos que alientan la vida, todas esas cosas que se nos han escapado por incompetencia o por cobardía.

—¿Elementos fantásticos? ¿Te parece poco fantástico estar aquí ahora?

—Me refiero a lo que no es evidente, a lo imposible. Lo mágico es un mecanismo oculto en todas las apariencias. Como tu miedo a volar y tu deseo de comprender la dinámica del vuelo. ¿Acaso tenemos que resignarnos a lo que somos sin más? ¿Renunciar a otros yos posibles?

Miguel entornó los ojos. Un ramillete de arrugas se derramó a un lado y otro de su mirada.

—No estoy seguro de entenderte.

Helena inspiró con fuerza y echó la cabeza hacia atrás. Sonrió y recuperó cierto aspecto de normalidad.

—Entonces supongo que yo no puedo explicártelo. Tienes una atrofia interior en la que no estoy segura de poder penetrar. Es como si te hablase en chino, ¿verdad?

Miguel tuvo la sensación de que Helena acababa de abofetearlo sin saber por qué.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—Nada. Nada en absoluto. Hay personas hechas de aire y otras de tierra. Eso es todo. Y supongo que no pueden entenderse.

Regresaron en el autobús de línea sin dirigirse la palabra. No había motivo para estar enfadados, no se habían reprochado nada, pero era evidente que, a pesar de sus esfuerzos y de su buena voluntad, se sentían como dos desconocidos que habían elegido hacerse compañía de un modo aleatorio y erróneo.

Miguel se sintió en la obligación de reparar una rotura que no sabía cómo se había producido. Sentía que Helena se le escapaba de las manos y, por alguna razón, no

quería que eso sucediera.

—Hace unos días me preguntaste si nunca me he salido del renglón.

—¿Y eso a qué viene ahora?

Miguel carraspeó. Jamás había hablado de ello con un extraño.

—Lo hice, una vez. Fue en 1980. Conocí a alguien, yo estaba casado y mi hija tenía ocho años. Nunca volví a ver a esa mujer, pero jamás la he olvidado.

Helena lo miró con curiosidad.

—¿Cómo era?

—Guapa, inteligente. Libre a su manera. Más libre y valiente que yo. Tenía un lunar en el labio. Un pequeño punto a medio camino entre la boca y la nariz donde se concentraba toda su belleza. Era imposible no fijarse en ese minúsculo signo admirativo.

Miguel sonrió con nostalgia. Atrapado en el lunar de Carmen era inevitable observar la forma sinuosa de su labio superior poco maquillado, sus dientes pequeños y muy juntos, las encías sonrosadas y la punta de su lengua, que aparecía cada vez que inspiraba una calada de su cigarrillo. No era habitual encontrar mujeres como ella en un mundo que estaba reservado a los hombres. Hablaba inglés perfectamente, y en su porte se notaban las experiencias vividas en Nueva York, en París y en Londres. Sus ojos, muy oscuros y con la mirada ligeramente estrábica, miraban sin imitar, sin aparentar esa rudeza o seguridad impostada tan propia de los otros miembros del consejo del banco. Los demás la respetaban, ella lo sabía, y lo hacía notar sin renunciar ni un segundo a ser quien era.

—¿Qué tenía de especial? —le preguntó con repentino interés Helena.

Miguel ladeó la cabeza.

—Que me eligió.

Por qué una mujer como Carmen se fijó en alguien como Miguel continuaba siendo un misterio no resuelto para él. Tal vez le inspiró algo de lástima la noche que se conocieron en el cóctel de bienvenida, tan perdido, tan incómodo entre jefes y tiburones. Quizá fueron sus gafas de pasta oscura, que le daban un aire de desvalimiento; o su traje, visiblemente anticuado; o su bigote prusiano. Miguel se limitaba a sonreír con expresión de circunstancias y a girar con los dedos la alianza de matrimonio, como si implorase la ayuda de su mujer ausente. Carmen se acercó a él. Y aquella noche, el mundo se desveló de un modo inesperado para Miguel.

Helena contempló la línea de costa que discurría a través de la ventanilla. Cerró los ojos un instante y, al abrirlos, sintió la proximidad del hombro de Miguel en el asiento contiguo. Un calor acogedor.

—Gracias por contarme algo que de verdad tiene que ver contigo.

Miguel asintió un poco avergonzado. Pasaron algunos minutos de un silencio que ya no era tan sólido, sino que goteaba y se deshacía. Helena seguía mirando por la ventanilla del autobús con la mirada concentrada en el crepúsculo, pero su mano derecha buscó el antebrazo de Miguel. A lo lejos se veía la costa de África.

—Mi madre murió cuando yo era pequeña. Se suicidó, pero antes intentó llevarme con ella. Quiso ahogarme. Desde entonces le tengo pánico al mar.

Miguel la miró con los ojos muy abiertos.

—Lo siento. Debió ser algo terrible para ti.

Helena negó con la cabeza.

—Ya no hay nada que sentir. Pasó hace mucho.

Hubo otro silencio. Miguel sintió que debía decir algo, ofrecer un consuelo *a posteriori* que, bien pensado, resultaba incongruente. Lo único que se le ocurrió fue estrechar la mano de Helena.

—¿Qué pasó con tu padre?

—Nos abandonó. Yo tenía once años. Era un militar franquista destinado en Tánger... ¿Por qué pones esa cara?

Miguel pensó en Amador, escondido en algún rincón de su mente. Esperando para volver a aparecer.

—Mi padre luchó en el bando republicano. Murió preso en las obras del Valle de los Caídos. Mi madre guardaba recortes de periódico, cualquier cosa que pudiera darle noticias tuyas, pero apenas me acuerdo de él...

Medio en broma, medio en serio, Helena le preguntó si eso sería un obstáculo para ser amigos. Miguel negó con la cabeza. La guerra y sus bandos no significaban nada para él.

—Debió de ser difícil quedarte sola a los once años.

—Mis abuelos maternos me reclamaron en Inglaterra. Pasé la adolescencia en un internado para señoritas de buena clase y lo único que me permitió soportar aquellos años tediosos de reglas y rutinas fue la existencia de mi amiga Louise. Nos pasábamos el tiempo inventando motivos para que nos expulsara *miss* Clark, pero no lo logramos. Al acabar los estudios, Louise se marchó a California a cumplir su sueño de ser actriz. Y yo conocí a Walter.

—Tu esposo.

—Mi esposo. No era el mirlo soñado, ni siquiera era alguien que pudiera cumplir las expectativas de aquella jovencita que yo era; esperaba del amor todo: la pasión, el deseo, la aventura, la erupción de un volcán cuya lava jamás se solidificase. Y Walter era lo opuesto a eso: calmado, distante, concienzudo... un profesor de Derecho de Cambridge que llevaba toda la vida haciendo exactamente las mismas cosas día tras día, y para quien la felicidad se parecía demasiado a la confortabilidad. ¿Te suena? —añadió Helena con malicia. Miguel no supo qué responder y su amiga le acarició el brazo—. Pero era un hombre bueno, de mirada dulce y hermosas manos, me quería a su manera y prometió aprender a quererme como yo necesitaba. Así que, pese a que era quince años mayor que yo, acepté casarme con él. Yo acababa de cumplir veinte años y ya echaba el telón de mi vida.

—No pareces la clase de mujer que se conforma con menos de lo que quiere.

Helena miró a Miguel con extrañeza.

—¿Y qué te hace pensar que me conformé? Tuve exactamente lo que quería.

Helena buscó en su cartera de mano una fotografía.

—... Tuve a mi hijo, David.

Miguel examinó la fotografía de un adolescente londinense típico de los años ochenta. Cabello alborotado y muy rubio, labios carnosos, un tanto pálido y mirada de ensayada dureza a juego con su trenca militar y con las botas de caña alta bajo el dobladillo de un tejano oscuro.

—Se parece a ti.

—En realidad se parecía más a mi madre, y no solo físicamente. Ya desde niño le entusiasmaba el arte, como si existiera un gen que se transmitiera y David lo hubiese heredado. Tenía talento para la pintura como mi madre, aunque ella prefería el clasicismo de Delacroix, y David se dejaba seducir por Hopper y por Bacon. También heredó de mi madre la sensibilidad extrema y esa mirada trágica.

Miguel le devolvió la fotografía y Helena la contempló con una sonrisa cargada de melancolía antes de guardarla.

—Te casaste con un buen hombre, tuviste un hijo con talento... —dijo Miguel—. Una vida que cualquiera calificaría de completa.

Helena entornó los párpados.

—Podríamos decir que yo lo tenía todo. Era esposa y madre, tenía un buen trabajo, una buena casa... Pero algunas personas nunca lo tienen todo realmente, como mi amigo Marqués. Mi padre era así también, un insatisfecho crónico. Y yo soy como él. Siempre quise más, exigí y esperé más. Igual que él, o que Marqués, yo creía merecer lo que nadie más puede alcanzar. Pero un día, de repente, todo se acaba. Tu vida se queda parada en medio de una expectativa inconclusa. Y ya no se mueve más, ni avanza ni retrocede. Y aquí estoy, confiándome a un casi desconocido que carece de imaginación.

Miguel apretó la mandíbula.

—Siento ser tu premio de consolación.

Helena protestó con un gesto de impaciencia.

—No seas infantil. Digo que hace más de treinta años mi vida se detuvo y que desde entonces ha sido un encierro voluntario conviviendo con un hombre enfermo al que ya no amaba, refugiada en los álbumes de fotografías de mi hijo, escuchando los discos viejos que le gustaban a Louise, releyendo las postales que mi padre me enviaba desde cualquier parte del mundo el día de mi cumpleaños. Cuando Walter murió hace cuatro años, decidí volver a Tarifa porque aquí es donde empecé a perderlo todo. Creía que encontraría respuestas, esa línea recta de la que hablaba Louise que lo une todo, pero aquí estoy, contándote estas cosas solo porque estamos aquí resignados a que esta sea nuestra última parada... Míranos, Miguel, ¿somos el resultado de un fracaso?

Miguel se negó en redondo a admitir semejante posibilidad.

—Hemos vivido nuestras vidas como mejor hemos sabido, y, además, tenemos a

nuestros hijos.

Helena tardó en contestar. Miguel pudo intuir en la entretela de su expresión fogonazos del pasado: una madre joven buscando la complicidad de un adolescente complejo, tratando de mantener el difícil equilibrio entre lo que se sabe de la existencia y lo que se debe permitir que descubran los hijos por sí mismos.

—¿Qué te pasó hace treinta años, Helena? ¿Qué sucedió para que tu vida se parase en seco?

—Ya basta de confidencias por hoy —dijo ella, a desgana.

El autobús estaba estacionando frente a la verja de la residencia.

Apenas entraron en el vestíbulo, Helena se dio cuenta de que algo había sucedido. El ligero bienestar que la charla con Miguel le había proporcionado se esfumó en cuanto vio a la directora Roldán hablando con dos enfermeros que no eran de la residencia.

—¿Ocurre algo? —preguntó Helena con un tono de voz que denotaba alerta.

La directora acabó de firmar unos papeles y los devolvió a los enfermeros.

—Nada que no tuviera que ocurrir. Acabamos de trasladar a Marqués al hospital de Málaga, tal y como le dije. El juez ha autorizado el traslado forzoso.



*Malmö*

Raquel había pasado buena parte de la mañana encerrada en la cocina de la Vieja Suecia guisando para agasajar al recién llegado tal y como Sture le había pedido. Se había esmerado con el menú: sopa de trigo, patatas con habas y mazorcas, bife de atún *a madeirense*, *espetada em pau de Louro*... todos platos típicos de su tierra; pero, uno tras otro, regresaban a la cocina prácticamente intactos. Sture y su siniestro acompañante se limitaban a beber, a picar algo y a fumar. Llevaban horas sentados a la mesa y Raquel hubiera querido saber de qué hablaban. Se reían como viejos camaradas aunque no se conocieran, y al minuto siguiente se quedaban callados mirándose fijamente con una intensidad que cortaba el aire.

Raquel no necesitaba demasiado para intuir a qué se debía la visita de aquel desconocido. Bastaba con echarle una ojeada a su aspecto para extraer conclusiones. El traje con la chaqueta arrugada —que era caro pero vulgar—, la corbata floja, la camisa mal aprisionada bajo el cinturón y el peso en los bolsillos del pantalón; el pelo oscuro con exceso de gomina peinado hacia atrás dejando a la vista una frente brillante y una cara aceitosa con la boca caballuna enmarcada en una perilla bien recortada y la mirada de luces apagadas que hacía imposible descifrar sus intenciones; el nomeolvides de plata en la muñeca, el reloj de cadena dorada, el sello en el dedo índice; las manos vellosas y los dedos anchos, como la espalda; el modo de sentarse con las piernas abiertas y de tocarse de vez en cuando los atributos, la media sonrisa torcida. Y, por supuesto, aquella piel tostada y aquel horrendo inglés con acento árabe. Era uno de esos matones a los que Sture llamaba eufemísticamente *hombres de negocios*. Nunca lo había visto por el restaurante. Apostaba a que lo habían enviado los socios turcos de Sture desde Ankara y que su presencia tenía que ver con la redada en el puerto, la muerte de aquel tipo degollado y la incautación del contenedor con drogas.

Desde que saltó la noticia, Sture estaba asustado. No lo demostraba, pero tantos años viviendo con él servían para saber cuándo algo se le estaba escapando de las manos a su esposo. Raquel nunca lo había visto así. Normalmente, no se inmiscuía en los asuntos de su marido, era el acuerdo tácito al que habían llegado. Él cuidaba de ella y de Erick y ella no hacía preguntas. El dinero llegaba, tenían una buena vida y eso era todo. Pero la noche anterior, después de hacerle una felación, Raquel intentó averiguar lo que estaba pasando. Si ella o su hijo estaban en peligro, tenía derecho a saberlo. Sture se la quitó de encima como solía, con sus triquiñuelas habituales: «No pienses, yo pienso por los dos y me ocupo de que no te pase nada». Consciente o inconscientemente, Sture siempre hablaba de *ellos dos*; Erick nunca entraba en la

ecuación familiar. Ella fingió creerlo, pero Sture no fue tan convincente como en él era habitual. Aquel tema del puerto debía de ser realmente muy serio. Malmö era territorio de Sture, sus socios se lo habían confiado y, por tanto, si surgía algún problema, la responsabilidad era de su esposo. El recién llegado había sido enviado para aclarar las cosas, tal vez para ayudar. Pero, más probablemente, para presionar y amenazar.

Tal vez aquel sujeto era la tormenta contra la que la adivinadora había prevenido a Raquel semanas atrás.

Doce años después de que los rescatara del miserable tugurio de Funchal donde vivía ella con su hijo —Erick tenía cuatro años y todavía mojaba la cama y se negaba a hablar—, Raquel seguía preguntándose por qué el destino le había enviado a Sture. Ella, como su madre —y antes, su abuela—, confiaba en el plan divino que se manifestaba a través de los naipes, de las señales y de los presagios que había aprendido a leer desde niña. Raquel seguía visitando a una adivinadora —en secreto, porque a Sture le molestaba que lo hiciera—, y ambas estaban de acuerdo: el universo les deparaba a ella y a su hijo un futuro brillante pero no exento de peligros. Una tras otra, Raquel había logrado alejar aquellas amenazas. Velas, conjuros, males de ojo y trabajos con el otro mundo para poner a las fuerzas del universo a su favor.

La lucha había sido dura pero había vencido, aunque no del todo. Yasmina seguía siendo una amenaza. No era como las otras con las que Sture la engañaba sistemáticamente. Su marido sentía por aquella joven de ojos de diferente color —la marca inconfundible de la maldad— algo distinto, rayano en el sentimiento paternal; le dispensaba cariño y atenciones que le negaba a Erick, pero también la miraba con el deseo que inspiraba su cuerpo de veintitrés años. Raquel no temía competir con ella por los apetitos de Sture; aunque fuera casi quince años mayor que aquella zorra musulmana, se sentía muy capaz de satisfacer los instintos de su marido, por bajos y ruines que fueran. Nada que le pidiera Sture era peor de lo que había tenido que hacer en Funchal para salir adelante con su hijo como madre soltera.

Tal vez no fuera más que otra de las putas de Sture, como antes lo fue su madre, pero Yasmina era una amenaza. La adivinadora se lo había advertido: Yasmina era fuerte, mucho más fuerte que los peligros anteriores. En algún momento debería encargarse de ella, pero lo apremiante ahora era ocuparse del peligro más inmediato que se cernía sobre ellos: el recién llegado. Raquel no le quitaba el ojo de encima.

—Míralo, se supone que los musulmanes no beben alcohol, pero no para de trincar. Anda, acércate y llévala la botella de *bourbon* —dijo, indicándole a su hijo la bandeja sobre la barra con la cubitera y dos vasos.

El muchacho rezongó.

—¿No podrías ir tú?

Erick era un buen muchacho, Raquel lo quería con la misma ferocidad con la que Sture lo ignoraba. Su hijo no era como los adolescentes del barrio: no fumaba, no tomaba drogas y se mantenía al margen de cuanto pasaba en la Vieja Suecia. Él vivía

en su mundo de libros y exámenes, y era un chico realmente inteligente pero demasiado introvertido, débil e inseguro para ganarse el respeto de su padrastro, al que temía por sus continuas pullas. Eso enervaba a Raquel.

—Deja de quejarte, no van a comerte. Ve y haz lo que te digo.

Erick obedeció con renuencia. Desde la puerta de la cocina, Raquel vio que Sture retenía por el codo al muchacho cuando este iniciaba la retirada tras servir las copas y que le decía algo al recién llegado y ambos reían mientras el chico agachaba la cabeza avergonzado. Sture le pasó la mano por el cuello al muchacho y le dio un pescozón en la nuca antes de liberarlo.

—¿Qué te han dicho? ¿Se burlaban de ti?

Erick negó cabizbajo. Raquel lo cogió de la barbilla y lo obligó a alzar la mirada. El muchacho hervía por dentro.

—Le ha dicho a ese desconocido que soy la penitencia que debe pagar por haberse enamorado de ti.

Raquel asintió lentamente.

—Vete a la trastienda a estudiar —dijo con una voz glacial mientras miraba fijamente hacia la mesa que, por fin, estaban abandonando Sture y su invitado forzoso.

Cuando el tipo salió del restaurante, la cara bonachona de Sture se descompuso mostrando su verdadero estado de ánimo. Enterró los dedos en el cabello y, durante un minuto, estuvo acodado en la barra, apretándose la cabeza con los antebrazos. Raquel esperó, sabía que tarde o temprano él levantaría la cabeza y la vería allí, solícita. Cuando llegó el momento supo acercarse con un vaso de cerveza.

—Ese cabrón va a joderme. Lo sé —dijo él taciturno.

—Lo solucionarás. Siempre lo haces.

Sture negó con la cabeza, descreído.

—Tu confianza en mí es infinita, ¿verdad? A pesar de cómo trato al muchacho... Oye... Siento lo que he dicho... Creo que me he comportado como un imbécil.

Raquel no disimuló su disgusto.

—Como un auténtico imbécil. No sé qué pretendes conseguir humillando así a mi hijo.

—Solo quiero que se le endurezca la piel. Lo proteges demasiado, le llenas la cabeza de pájaros con todos esos libros y esas esperanzas de que irá a la universidad y será un próspero hombre de negocios. Este es el único negocio que yo conozco.

Raquel no pensaba discutir el futuro de Erick con Sture. Ahora había un tema más importante.

—¿Por qué crees que ese desconocido ha venido a joderte?

—Los conozco. La gente de Ankara se ha puesto muy nerviosa con el decomiso del contenedor. Son millones de dólares perdidos y me culpan a mí. Creo que están valorando qué hacer conmigo.

—Pues tienes que convencer a su emisario de que se equivocan, de que no vas a

traicionar a tus socios y de que vas a arreglarlo todo sin más contratiempos. Escucha bien, es fundamental que se lleve una buena impresión, que regrese contento a Ankara. Me dijiste que había que cuidarlo, y a mí se me ocurre algo que, estoy segura, le va a encantar.

Sture miró con curiosidad creciente a Raquel mientras esta le explicaba la idea que se le había ocurrido. Cuando terminó de escucharla, lanzó un silbido.

—Nunca dejas de sorprenderme, Raquel. A veces me pregunto qué te hicieron en aquel suburbio de Funchal para ser capaz de inspirar miedo al miedo. Tu rencor no tiene límites, ¿verdad? Nunca te vas a parar.

Raquel no se inmutó.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros, Sture. Son negocios, y eso lo justifica todo. ¿No es esa tu coartada preferida?

Yasmina cerró los ojos concentrada en la voz de Sofia Marikh. Cuando giraba y bailaba descalza en su cuarto, era capaz de perder el contacto real con las cosas. No había pasado ni presente. Solo un futuro al alcance de los dedos que se extendía por encima de su cabeza, como si el aire fuese una soga por la que trepar para huir. Le gustaba bailar y cantar desde que era una chiquilla. A los trece años le prometió a su padre que sería famosa y su padre la miró con aquella mirada tan suya, carente de ambición y de deseos. «Me conformo con que seas feliz», le respondió. A esa edad Yasmina creía que la felicidad no era un logro tan difícil, se le antojaba que era como un pastel detrás de un escaparate; siempre estaría ahí, esperando a que ella reuniera el dinero para comprarlo y zampárselo con glotonería.

Quizá su padre debería haberla advertido de que la felicidad estaba llena de oportunidades malogradas. Y la oportunidad de su padre pasó dejando en él un rastro de melancolía. No solía alzar la voz ni tuvo nunca talante para imponerse a nadie, pero de vez en cuando bebía, y entonces su parquedad se transformaba en una firmeza absurda y quisquillosa, se exaltaba y buscaba alguien a quien mandar, pero no había nadie dispuesto a obedecer, solo estaba Yasmina: «Yo sé la Verdad —decía, medio beodo—: la Verdad es lo que digo yo». Verdades inservibles, las de su padre. Verdad era que él y su madre eran primos segundos y verdad era que hasta su muerte durmieron en camas separadas y apenas se dirigieron la palabra. Fue en uno de aquellos arrebatos etílicos cuando su padre le contó a Yasmina que no siempre había sido así, que hubo una época en la que sus padres se quisieron. Al principio de su matrimonio, no, porque fue un matrimonio concertado. Las cosas se hacían así entonces; las bodas eran compromisos, acuerdos familiares en los que los novios no tenían nada que decir, solo acatar. «Tu abuelo Abdul era hijo de Rachid *el Español*, todo el mundo le tenía miedo, lo respetaba y lo temía, lo admiraba y lo odiaba. Su palabra era ley, y me eligió a mí para casarme con su hija. Nunca supe por qué; sus razones tendría, pero nunca me las explicó. Yo solo pude obedecer y dejar a una chica

de la que estaba enamorado desde que era un crío para casarme con tu madre».

Cuando contaba aquellas cosas, la mirada se le iluminaba un instante, como si pudiera encontrar todavía algo de lo que fue, pero entonces aparecía el abuelo Abdul y se ponía a gritarle cosas terribles: borracho, vago, inútil, cornudo... «Un día mataré a tu abuelo», murmuraba rezumando rencor; pero nunca lo hizo. Simplemente, se dejó morir poco a poco, sin ganas ni coraje para vivir, y un día se arrojó bajo la locomotora del expreso de las cuatro a Estocolmo. La única que lloró su muerte fue Yasmina.

Pero ya casi nunca pensaba en él.

Se abrió la puerta de la habitación y los brazos de Yasmina cayeron igual que los de una marioneta a la que le han cortado los hilos. Se encontró con la mirada lapidaria de su abuelo, que la observaba con una mezcla de repulsión y espanto desde el umbral. Entonces, Yasmina recordó que bailaba en ropa interior. Rápidamente, cogió el cobertor de la cama para taparse.

—Deberías llamar a la puerta.

—En mi casa no tengo que llamar a ninguna puerta.

Abdul se fijó en el vestido colgado en la percha y en los zapatos colocados debajo.

—Voy a salir esta noche —le informó Yasmina.

El abuelo contrajo la boca como si fuese a escupir.

—A putañear. Eso es lo que vas a hacer.

Yasmina torció el gesto.

—Como tú digas, abuelo.

Abdul estaba especialmente arisco aquella tarde.

—¿Como yo diga? ¿Por qué me hablas como si fuera un idiota? ¿Acaso crees que necesito tu condescendencia? ¿La condescendencia de una puta que se abre de piernas cuando ese viejo cabrón de Sture lo ordena?

—¿Se puede saber qué te pasa hoy, abuelo?

—¿Qué me pasa? Que todo el barrio habla de ti y señala a nuestra familia, ¡me señalan a mí!: «Ahí va la zorra de la nieta de Abdul».

Yasmina recordó a su padre sentado en el sofá, incapaz de alzar la cabeza y enfrentarse a los insultos del abuelo, viniéndose abajo como lo que era, un castillo en el aire. Aquella resignación de perro apaleado lo llevó a la muerte.

Pero ella no pensaba resignarse.

—¿No es eso lo que habéis hecho entre todos de mí? ¿Acaso no estoy pagando por algo que yo no debo?

El rostro del abuelo se tensó tanto que parecía que la piel se le iba a desgarrar.

—No sabes de lo que hablas. ¡Tú no sabes nada! Sal de aquí... ¡Fuera!

El vestido rojo con botones en la espalda le quedaba bien. Los zapatos también. Sture

la hizo pasear de arriba abajo por el restaurante, cerrado al público. Erick fingía no prestar atención mientras limpiaba vasos detrás de la barra. Temía que Yasmina se diera cuenta de cómo le ardían las pupilas.

—Estás preciosa —confirmó Sture—. Solo queda una cosa. —Se acercó a ella, la hizo volverse y le puso un bonito collar con una esmeralda engarzada en plata vieja. Luego la besó suavemente en el cuello—. Ahora sí; irresistible. Espero que ese mamón sepa valorarte en lo que vales. Dos hombres de mi confianza te llevarán al hotel. Estarán de guardia toda la noche tras la puerta. Si hay cualquier clase de violencia, si tienes miedo, te sacarán de ahí enseguida.

Yasmina no escuchaba. Estaba aterrada y sabía que las palabras de Sture eran solo un modo de intentar tranquilizarla. Pasase lo que pasase en esa habitación, nadie entraría a rescatarla. Se llevó un cigarrillo a los labios, buscó un mechero que no encontró. Sture le ofreció fuego mientras la observaba detenidamente.

—¿Quieres dejarlo?

Yasmina negó con la cabeza.

—Estoy bien, olvídalo.

Sture le acarició el cabello, que le caía sobre el hombro derecho. Le maravillaba lo tupido que era y, al mismo tiempo, su suavidad sedosa. Le recordaba mucho a su madre a los veinte años. Se preguntó por qué nunca se había acostado con Yasmina como hizo con Fátima cuando ambos eran jóvenes. Quizá, después de todo, era cierto que la quería como a una hija. Quererla a su manera, sin que nadie entendiera ese modo de querer.

—Muy bien. Anda; te veré por la mañana.

Yasmina se dirigió hacia la puerta. Los zapatos le estilizaban las piernas y el vestido le ceñía la cadera de un modo arrebatador.

—Yasmina, estás... muy... hermosa.

Yasmina movió la cabeza hacia la barra.

—No pongas esa cara, Erick. A las mujeres no nos parecen atractivos los corderos degollados.

El coche la dejó en la puerta del hotel Savoy. El ascensor subió silenciosamente a la cuarta planta. Demasiado rápido para ser consciente de la transición.

De repente, Yasmina estaba en una habitación lujosamente decorada con cortinas de encaje y televisión de plasma incrustada en la pared. Lo primero que llamaba la atención era el cuadro de Hopper encima de la falsa chimenea, *Sol de mañana*. Yasmina lo examinó con atención.

En cierto modo, el cuadro de la mujer sentada en camión en la cama frente a una ventana abierta era un reflejo suyo. En su rostro melancólico se concentraban pensamientos inconexos, afanes disparatados tras una noche de la que el espectador no sabía nada, o tal vez un secreto que solo la concernía a ella y que la luz del amanecer le confesaba. El tratamiento del color le daba una suavidad atractiva. Era sin duda una mujer vulgar, pero Hopper la había convertido en alguien fuera de lo

común.

—Ven; acércate.

Los ojos de Yasmina se desviaron de la pintura hacia el sillón con cojines de raso al otro lado de la habitación. El *recién llegado*, así lo había bautizado Sture, estaba reclinado con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas cruzadas sobre una mesita bajera de cristal con restos de cocaína, ceniza y un enjambre de cáscaras de nuez, vasos vacíos y botellas. Vestía un albornoz blanco con el logo del hotel bordado. Tenía pelos en los pies y las uñas bien recortadas, una boca llena de dientes y los dientes llenos de sarro. Su rostro expresaba una amabilidad cargada de equívocos.

«Podría ser peor», pensó Yasmina mientras avanzaba sobre la alfombra mullida y los tacones de los zapatos se hundían amenazando seriamente sus tobillos.

—Viejo zorro, nuestro Sture. Sabe rodearse de cosas hermosas.

«Esa era la categoría que se le otorgaba», pensó Yasmina. Un objeto decorativo e intercambiable. El hombre se puso en pie y se acercó a ella. Le acarició la punta del cabello con una sencillez recia, una masculinidad a duras penas reprimida. También Gövan tenía esa manera burda de tocarla; la diferencia era que la torpeza del subcomisario causaba ternura y la de este tipo le provocaba repulsión.

—¿Cómo debo llamarte? —preguntó él. Utilizaba un inglés difícilmente comprensible. Le puso las manos en la base del cuello y Yasmina tensó los músculos.

—¿Qué más da? Estoy aquí; no necesitas llamarme de ninguna forma.

Él la miró fríamente. Sus ojos eran inteligentes, capaces de anticipar y de adivinar. Acostumbrados a limpiar la evidencia de apariencias.

—Solo pretendo ser amable, relájate. Seguro que has tenido que hacer cosas peores.

Yasmina se fijó en la vela que humeaba junto a la cama y en la cubitera dorada. Al menos él quería ponerlo fácil, hacerlo agradable. Como si tuvieran una cita de verdad.

—¿Te apetece un poco de champán? ¿O tal vez algo mejor, un *tirito*?

Yasmina prefirió la coca, aunque, de haber podido escoger, hubiera elegido una varita mágica que lo arreglase todo y la sacara de allí.

—Sture dice que cantas y que tienes buena voz. Yo podría ayudarte, en mi país tengo contactos con buenos productores. ¿Por qué no me cantas algo?

Yasmina ocultó la mirada. Podía interpretarse como timidez pero solo escondía el hastío. Terminó de aspirar la raya y se echó hacia atrás lanzando un breve suspiro.

—Oye, he venido porque tengo algo que hacer. No necesito que lo endulces.

El hombre simuló sentirse decepcionado. Pero enseguida afloró un brillo extraño y dañino en sus ojos.

—¿Así es como lo prefieres? Por mí, de acuerdo.

Le dio a Yasmina la vuelta y la agarró con fuerza por detrás, empujándola hacia la cama. Le hacía daño, pero Yasmina no protestó. Notó en las nalgas la polla dura

frotándose contra el bonito vestido rojo. Con un tirón brusco, el desconocido arrancó los botones del vestido y estos se desperdigaron por la alfombra como las cuentas de una pulsera rota. La cama estaba llena de migas de pan y las sábanas revueltas olían a sudor y a otras mujeres. Él la mordisqueó, la estrujó con ansiedad. Quiso ponerla a cuatro patas.

—Por el culo no —dijo ella tajantemente cuando sintió el prepucio rondando su ano. Sabía que si él se empeñaba, ella no podría resistirse. Lo que Yasmina deseara no contaba en absoluto.

Sin embargo, él accedió. Volvió a voltearla y se tendió sobre ella.

Fue breve y repugnante, como cabía esperar. De vez en cuando, Yasmina se percataba del presente —las manos de él cerca de la ingle, donde tenía una mancha de nacimiento, el aliento cargado en el lóbulo de la oreja—, pero huía con rapidez hacia un jarrón con gladiolos, hacia el papel de las paredes con la flor de lis. Más que un sentido de la realidad, disponía de la comprensión del lugar. No podía escapar de la habitación.

Volvió la cara hacia el cuadro de Hopper, sobre la chimenea. Ahora, la mujer le parecía tan hermosa que cortaba la respiración. Su mirada reflejaba un espacio azul, calma absoluta. Un limbo donde solo estaba ella y donde era libre, sin otras presencias, sin pensamientos ni voces de nadie más. En ese instante, a punto de romperse, era ella en estado puro. Yasmina amó profundamente a la mujer del cuadro en aquel instante, como solo saben amar los que comprenden. Porque estaba sola. Porque algo la desgarraba. ¿No la querían? ¿Se odiaba por lo que otros le habían hecho? ¿Podrían salvarla sus ensoñaciones?

Quizá la mujer del cuadro también tuvo un padre que veía morir las esperanzas en un balcón no muy distinto al de la colmena de Rosengard, el jardín de las rosas. Puede que también su familia la hubiera entregado a los dieciséis años a un traficante para saldar deudas que ella no había contraído. Y, tal vez, a pesar de ello, la mujer del cuadro no había logrado odiar a ese padre ni a esa familia. Solo se odiaba por haberlo permitido.

El hombre se corrió. Yasmina notó el semen deslizándose fuera de la vagina. Fue al baño y se enjabonó entera. El agua no la limpiaba por más que quisiera arrancarse la piel.

Cuando salió, ya vestida, se puso de rodillas y empezó a recoger uno tras otro los botones del vestido diseminados por la alfombra. Era un préstamo y tenía que devolverlo. Pasaría horas cosiéndolos de nuevo. Tumbado en la cama, el hombre la observaba con indiferencia. Dijo algo sobre Sture, que agradecía el *regalo* pero que eso no cambiaba las cosas, eran negocios, tratos cerrados. Yasmina no lo escuchaba. Solo quería salir de allí. Contó los botones, faltaba uno. Con la punta del pie, el hombre señaló desde la cama bajo la cómoda.

—Te dejas uno.

Yasmina lo recogió. Se puso los zapatos y se dirigió hacia la puerta.



—Dale recuerdos a tu amo, dile que pronto nos veremos. Y puede que reclame otra vez tus servicios antes de regresar a Ankara. Tengo tu tarjeta.

Yasmina salió de la habitación y le pidió a los hombres de Sture que la llevaran a casa. Le dolían las entrañas y tenía ganas de vomitar, pero no permitió que aquellos extraños la vieran desfallecer.

Habían pasado tres días y algo iba mal. El recién llegado tenía buen olfato para las emboscadas. Las había preparado y sufrido en Beirut, en Berlín, en todas partes. Puede que Sture no fuera tan necio como sus jefes pensaban. Bien, él tampoco lo era. Si pensaba que el regalo de la putita le haría bajar la guardia, se equivocaba.

Buscó en el bolsillo el tacto seguro de la navaja. En momentos como aquel, hubiera deseado ser menos escrupuloso con las armas de fuego; una semiautomática le sería ahora de gran ayuda. Pero desde niño le habían enseñado que matar a distancia no era matar de verdad. Su fama se había labrado con el cuerpo a cuerpo, y ahora era tarde para lamentarse.

Un minuto después, los faros de un todoterreno alumbraron el estrecho callejón. El vehículo avanzó despacio y se detuvo a pocos metros del hombre. Sture se bajó con una sonrisa bonachona. Al hombre le tranquilizó ver que iba solo, tal y como habían acordado, con la actitud despreocupada de quien no tiene nada que temer. «Mejor así», pensó mientras avanzaba hacia Sture, sonriendo también, y acariciando la navaja en el bolsillo mientras calculaba el camino más directo de la navaja hacia el hígado de Sture. No iba a ser fácil encontrarlo debajo de tanta grasa. El viejo Sture se había vuelto descuidado en los negocios, pero también con su aspecto. Tal vez lo mejor fuera un tajo rápido en la garganta. Degollarlo como a un cerdo. Un trabajo rápido y limpio. Para eso lo habían mandado a Malmö y no pensaba marcharse sin cumplir con su cometido. El trabajo de un profesional se sustenta en la reputación y la suya era irrefutable. Nunca fallaba.

De repente, se detuvo asombrado. La sonrisa de Sture había mutado al tiempo que extraía del bolsillo un bastón extensible con la punta de acero y lo blandía en la mano derecha.

—He oído decir que no te gusta disparar, que crees en el cara a cara. Así que he decidido ser justo. Un duelo, ¿no es eso?

El hombre no se esforzó en disimular. Las cartas boca arriba, eso le gustaba. Le ahorrraba cháchara. Se mordió el labio y extendió la navaja, delgada y aguda como un estilete.

—No es personal, Sture; me caes bien y agradezco el regalo de la otra noche. Esa mujer es impresionante y esos ojos de color distinto volverían loco a cualquier hombre. Tienes suerte de poder follártela cuando quieres. Cualquiera querría esa barra libre.

—No hables de Yasmina. Tú no sabes nada de ella.

—Te diré lo que sí sé. Que voy a regresar con tu cabeza debajo del brazo para que la empalen en Ankara. Y no imaginas lo que cuesta separar a alguien de su cabeza.

Sture asintió.

—Desde el momento en el que te vi entrar en mi restaurante supe a lo que habías venido. Y lo entiendo, de verdad. Para mí tampoco es nada personal... O tal vez sí lo sea. ¿A quién coño quiero engañar?

Sture avanzó con una agilidad y una rapidez asombrosas para su volumen y su edad, lo que sorprendió a su oponente. Antes de que este pudiera reaccionar, Sture le asestó, con el bastón, un golpe seco y feroz en la mano que sujetaba la navaja. El crujido de la muñeca al romperse pudo oírse por encima del grito de dolor del hombre. Sin darle tiempo a reponerse, Sture le propinó una rápida sucesión de golpes con el mango del bastón de acero en la boca, la nariz y el ojo derecho.

En pocos segundos, la cara de su contrincante era un amasijo de carne retorcida, dientes rotos y huesos astillados.

El hombre trató de contraatacar, pero la fuerza de Sture era descomunal. Lo golpeaba en el cráneo con sadismo una y otra vez mientras le atenazaba el cuello con la mano libre buscando el modo de arrancarle de cuajo la nuez.

En dos minutos, todo había acabado. El hombre cayó y Sture lo pateó y le pisoteó la cabeza hasta que oyó crujir los huesos del cráneo.

—Perdona que no me agache para preguntarte cómo estás —murmuró jadeando mientras buscaba un pañuelo con el que limpiarse la sangre y los sesos esparcidos sobre su cara y su cuello—. Tengo demasiada panza; le digo a Raquel que no me mime tanto, pero ella insiste en cebarme con sus albóndigas y ¿qué puedo hacer yo? Estoy loco por esa mujer.

Aquel pobre desgraciado estaba muerto. Raquel tenía razón, los negocios eran los negocios, se dijo Sture. Pero, joder, ¡qué bien sentaba mancharse las manos! Le hacía rejuvenecer y recordar los viejos tiempos, cuando no tenía empacho en ocuparse personalmente de sus asuntos.

## 8

### *Hospital psiquiátrico de Málaga*

El doctor le aseguró a Marqués que no debía preocuparse. La entrevista tenía un mero carácter *exploratorio*, apostilló; se llevaba a cabo con todos los nuevos ingresos para valorar su situación. Se trataba de una serie de preguntas y de ejercicios que, por supuesto, era libre de responder o no.

—¿Y usted es quien va a valorarme?

El doctor asintió y el profesor Marqués hizo su propio escrutinio:

—¿Cuántos años tiene, doctor? Algo más de cuarenta diría yo. La alianza en su dedo dice que está casado, pero no está rayada ni desgastada, de modo que o bien hace poco que está casado o bien se la suele quitar a menudo. Viste con desenfado juvenil, una camisa tejana bajo la preceptiva bata blanca, pantalones vaqueros ajustados al paquete, mocasines de piel sin calcetines, un reloj caro con correa de cuero. Tiene la manicura hecha, el mentón afeitado a conciencia..., y mantener esa media melena al estilo italiano peinada hacia atrás debe de costarle una pasta semanal en peluqueros. En resumidas cuentas, es uno de esos narcisistas que se mira diez veces al espejo antes de salir de casa, ¿me equivoco? Probablemente trabaja en la Seguridad Social por las mañanas y pasa consulta privada por las tardes, escamoteando algunas visitas que cobra en negro. Debe de ganarse bien la vida... Calculo que tiene una hipoteca de unos doscientos mil, un plan de pensiones de unos ciento ochenta mil, un coche de veinte mil y un fondo de inversiones a riesgo medio de otros sesenta mil. Un tipo satisfecho de sí mismo que se mueve en un confortable colchón de seguridad. Supongo que cualquiera que le valorase le daría el apto sin dudar, incluso con un punto de malsana envidia. Pero para mí es un perfecto gilipollas de esos que se hacen en serie, como un muñequito de los Madelman. ¿Qué? ¿Cómo se le queda el cuerpo?

El despacho tenía una ventana que se asomaba a un pequeño jardín con árboles de hojas doradas. Un jardinero apilaba las hojas en montones que el viento deshacía y que el jardinero volvía a recoger pacientemente. El tono melancólico del día se prolongaba en las sombras proyectadas sobre las paredes, decoradas con algunos paisajes sin encanto y con un par de diplomas. El doctor estaba sentado frente a un pequeño escritorio. Aparentemente, encajó bien la andanada de Marqués. Debía de estar acostumbrado.

—No estamos aquí para hablar de mí, sino de usted, aunque agradezco su sinceridad, por otro lado, innecesaria, puesto que yo no se la he pedido. Bien, empecemos por repasar su historial clínico.

Fingió que se concentraba en los informes médicos de Marqués y releyó algunas

líneas acompañándose con la patilla metálica de las gafas. De vez en cuando asentía con un ligero murmullo que ponía nervioso a Marqués.

—¿Esto va a durar mucho?

El doctor alzó las cejas y sonrió con cierta condescendencia. La impaciencia que provocaba en aquel imbécil engreído ya era una manera de devolverle su insolencia anterior.

—Solo trato de hacerme una idea del estado evolutivo de su caso.

—«El estado evolutivo de mi caso...». Los eufemismos suelen sonar mucho peor que las verdades sin tapujos. Mire, sé lo que pone ahí. He vivido con dolor físico la mitad de mi vida.

—Tiene usted cirrosis hepática en el último estadio.

—Si juegas a la lotería, te toca. Sí, me he pasado con la bebida.

Ya sabía de qué iba todo aquello. Plantearse un trasplante de hígado a su edad y con las lesiones pulmonares era absurdo. Que se lo dieran a otro, a alguien con tiempo para transformarse en un verdadero capullo.

—Piénselo, doctor. Ustedes le dan un hígado nuevo, un corazón a alguien, felices de salvar la vida a una persona joven, con el futuro por delante. Y, con los años, ese alguien se convierte en un asesino, en un violador, en un degenerado... ¿Cómo se sentiría si lo supiera? ¿Y si ese asesino entrara en su casa una noche y se llevase por delante a su familia?

El doctor no entró al trapo. Cada paciente afrontaba la rabia de anticipar su muerte como mejor le parecía.

—¿Y qué sugiere que hagamos?

Marqués no estaba triste o desmoralizado.

—De todas maneras, iba a pasar. Podría fingir que mi cuerpo y yo somos cosas diferentes, que no nos conocemos en realidad, como si a uno no le afectasen los males del otro. Usted podría a su vez dejarme en paz, firmar que estoy cuerdo, que no soy un peligro para nadie y permitir que me marche de aquí para disfrutar de mis últimas horas, días o semanas.

—¿Y qué haría con ese tiempo?

—Leer libros, dar los últimos paseos, tener los últimos pensamientos y, a lo mejor, gastarme lo que no me queda con alguna puta ucraniana de esas que quitan el hipo. O puede que solo quisiera acostarme sin saber si voy a despertarme. No finja que es asunto suyo ni que le importa. Sé que me ha cogido gato nada más verme entrar.

El doctor dejó de lado los informes y le ofreció a Marqués una estilográfica y un papel en blanco.

—Voy a proponerle una serie de ejercicios. En primer lugar, intente escribir el abecedario desde atrás hacia delante sin pensar...

Marqués lo hizo con aparente facilidad. Siguió una serie de ejercicios memorísticos: tres números de teléfono, hacer la conversión de una cantidad de euros

a pesetas, cinco capitales europeas, número de pasaporte, series alternas de números y letras... Marqués resolvió una tras otra las cuestiones sin dificultad. A cada ejercicio, el doctor anotaba algo sin perder la amabilidad pero sin dar muestras de satisfacción o disgusto con los resultados.

Al cabo de media hora, Marqués empezaba a mostrar señales de fatiga. Fue entonces cuando el doctor lo abordó desde un ángulo inesperado.

—Solo una cosa más: me gustaría que evocara el recuerdo más antiguo que tenga.

—Y eso ¿por qué?

—Vamos, inténtelo.

Marqués cerró los ojos y los apretó con los dedos como si quisiera empujarlos hacia la oscuridad y alumbrarla.

—No siempre es el mismo; la memoria se aleja unos días más que otros.

—Ahora, en este instante —matizó el doctor abriendo las manos amistosamente con una sonrisa alentadora.

Marqués miró hacia el jardín. ¿Qué paciencia infinita alimentaba al jardinero, que una y otra vez atraía con el rastrillo las hojas que el viento dispersaba? ¿Acaso no se daba cuenta de lo inútil de su acción? Se quedó pensativo.

—Creo que no le voy a permitir entrar en mi cabeza y escarbar ahí como si usted fuese un hurón y yo la madriguera. Mis recuerdos y mis pensamientos me pertenecen a mí y no me da la gana compartarlos con un desconocido. Si quiere ponerme la camisa de fuerza, hágalo, y, si no quiere, deje que me largue de una vez.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro.

El doctor anotó algo.

—Hay algo demasiado forzado en su actitud de desprecio, Marqués. Su desapego es muy exhaustivo, ¿no le parece? Suena a...

—¿A mentira? —replicó Marqués a la defensiva.

El doctor dejó cuidadosamente la estilográfica cruzada sobre el papel.

—No; más bien a reconstrucción... Si no quiere dejarse ayudar, no veo cómo puedo convencerlo de lo contrario. Está aquí por una orden judicial, no porque a mí me haga gracia. Solo hago mi trabajo.

—Trabajo miserable, escarbar en la basura de los demás para certificar una idea de la que ya está convencido de antemano.

El doctor señaló con el capuchón de la estilográfica a Marqués.

—La directora Roldán tiene razón. Es usted un tipo realmente desagradable, ¿sabe? —Se reclinó en la silla y acarició la superficie del portafolios que tenía en la mesa—. Todo enfermo espera una cura. Al menos un paliativo, pero usted no.

—Yo no necesito placebos. No necesito vivir mil años.

El doctor asintió pensativo y siguió acariciando la superficie del portafolio.

—Lo entiendo, pero no puedo ayudarlo. No firmaré su alta ni haré un informe en ese sentido, sino en el contrario. Recomendaré que permanezca aquí ingresado, al

menos hasta que decida mostrarse un poco más colaborador. Creo que esta reunión ha terminado.

«De eso nada», pensó Marqués.

Dos días después, el profesor Marqués se escapó de la planta psiquiátrica del hospital. Nadie supo explicar cómo había sido posible que la puerta del pabellón estuviera abierta. Se hicieron algunas indagaciones pero, a fin de cuentas, se trataba de un hospital, no de una cárcel: había trasiego de personal a todas horas y, aunque las medidas de seguridad eran un poco más exigentes que en el resto del edificio, allí no había presos ni detenidos, solo personas deprimidas o que habían intentado suicidarse, seres atrapados en fantasías inofensivas o adictos a múltiples sustancias en proceso de recuperación y pendientes de evaluación que pasaban unos días en las habitaciones antes de decidir su destino final. Los guardias eran poco celosos, sobre todo hacia el final de sus largos turnos de doce horas, las enfermeras tenían otras cosas de qué ocuparse y las cámaras, en realidad, hacía meses que solo estaban de adorno.

Cuando el doctor que llevaba el caso de Marqués se enteró de su fuga, no se inmutó demasiado, incluso se alegró de no tener que volver a lidiar con semejante energúmeno; aconsejó dar aviso a la policía por si les apetecía ponerse a buscarlo, cosa que dudaba.

La avenida lucía tan blanca como el moderno edificio del conservatorio. Desde la parada del autobús, Marqués estuvo un buen rato viendo entrar y salir a alumnos y profesores cargados con sus instrumentos enfundados. Sacó la cajetilla de pitillos que había comprado en el estanco y fumó uno tras otro hasta que el ronquido de los pulmones le impidió seguir tragando humo. Sonrió al ver la media docena de colillas a sus pies. Después le dio un largo trago a la botella de ginebra y se limpió la boca con el dorso de la mano. Estaba bastante borracho, pero aún se tenía en pie. Fumar y beber. Nada mejor para el enfisema y la cirrosis.

En la marquesina del autobús, esperaba una joven con un niño muy pequeño, de unos tres años, que no paraba de incordiar. La joven lanzaba miradas reprobadoras a Marqués, pero no parecía importarle que su chiquillo se comportara como una bestia gritona.

—Me voy a morir —se justificó Marqués al tiempo que movía adelante y atrás su gruesa cabeza de gnomo.

La joven apartó la mirada visiblemente molesta. Cogió a su fierecilla del brazo y lo arrastró al otro extremo del banco mientras el crío protestaba y le daba patadas en la espinilla.

—Debería ponerle un bozal, no vaya a morder a alguien —soltó Marqués. Eructó, dio un último trago y dejó la botella en el suelo antes de cruzar la avenida hacia la entrada del conservatorio. Se rascó la entrepierna y se dijo que aquel escozor no

presagiaba nada bueno. La puta con la que había pasado la noche parecía bastante aseada pero uno no podía fiarse de esos burdeles de carretera. De todas maneras, habían sido cien euros bien gastados, viagra incluida. A la chica, moldava, le había hecho gracia la figura contrahecha del profesor y había sido más amable de lo que su oficio y sus honorarios le exigían. Todavía quedaba buena gente por el mundo.

Nadie le impidió entrar en el conservatorio. El vestíbulo, de techos altos y modernos, como el resto del edificio, era un hervidero de gente. Consultó en el panel informativo dónde estaba la sala de audiciones. Aquello ya no se parecía en nada al lugar donde él llegó siendo un muchacho, en 1940, para las pruebas de acceso. Pensó con rencor en la vergüenza y la desazón que causa el fracaso decidido por otros, en el portazo en las narices que alguien se permitió darle a su futuro. Se preguntó si alguna persona se acordaría de aquel don Gregorio Herreros, el profesor evaluador de piano que rechazó su admisión. Probablemente no. Aquel oscuro cuervo debía de haber muerto hacía décadas.

—Ojalá te estés pudriendo en un infierno desafinado.

Marqués se acordaba de que la sala de audiciones estaba en la última planta, junto a la biblioteca. Tal vez siguiera en el mismo lugar. Tomó el ascensor y tuvo que aplastarse contra la pared para dejar sitio a un par de adolescentes con sus chelos empujados por un carrito de ruedas. No tenían aspecto de músicos, con sus pendientes y sus pantalones tejanos llenos de roturas. Tampoco hablaban como se supone que hablan los músicos, sino que mascaban chicle e intercalaban un insulto cada dos palabras. Marqués apostó a que no habían oído en su vida un concierto de Gaspar Cassadó. Lo de las generaciones de ahora era otra cosa, espectáculo sin alma, pastiches infumables; Hauser y Sulic.

—Debería daros vergüenza.

Los muchachos le dedicaron una mirada interrogante. Por suerte para ellos, bajaron en la planta inmediata. Antes de que el ascensor se cerrase y, ya a salvo, uno de ellos le dedicó una peineta.

—Que te jodan, viejo.

Marqués recorrió un largo pasillo leyendo los carteles junto a cada puerta hasta dar con la sala de audición. La puerta no estaba cerrada con llave, así que la empujó y entró en la sala vacía. Era una sala moderna, se podía oír el susurro sibilante de la calefacción centralizada. Relegados en una esquina, había un piano, un taburete y un micrófono con un trípode. Las sillas eran sencillas, formaban líneas rectas como en un aula cualquiera. La iluminación venía de ojos de buey incrustados en el techo revestido con madera de haya, igual que el suelo. Marqués se sintió decepcionado. Esperaba encontrar músicos con trajes de tafetán y solapas de terciopelo, un escenario, butacas con la distribución de un pequeño teatro, tras las que cayeran pesadas cortinas de color ámbar. Una especie de catedral donde celebrar su última liturgia.

—Deberé conformarme con esto —dijo desdeñando los detalles funcionales y

fríos que lo rodeaban. Se acercó al piano, un Seiler de pared lacado que estaba en aparente buen estado. Acarició las teclas dejando ir un sonido escalado sin eco. Se sentó en el taburete y se frotó las manos como si se las estuviese lavando bajo el grifo, dejó los dedos en suspenso y comenzó a tocar los primeros compases del *Concierto número 1* de Brahms. La pieza más temperamental y libre del compositor. Después de aquella composición, Brahms nunca volvió a dejarse llevar por la emoción desmedida.

Marqués no había vuelto a tocarlo desde que, siendo poco más que un niño, se puso a prueba ante aquel examinador arrogante que, tras los primeros compases, le hizo detenerse y le recomendó dedicarse a otra cosa: «Su ambición supera en mucho a su talento, muchacho. Brahms no es para sus dedos». Marqués se odiaba por no haber sabido superar aquella derrota temprana y demoledora.

Durante diez minutos, pudo soñar que volvía atrás y que enmendaba aquel fracaso. Le emocionó volver a sentir la vibración de las teclas en la punta de los dedos después de tantísimo tiempo, el rumor de las notas ascendiendo por las manos hasta las muñecas, el tacto de los pedales en los pies. Pero esa emoción tenía un regusto bilioso, mucho de perdido. La mente y el recuerdo de los movimientos eran más ágiles que los dedos, la cadencia se descomponía una y otra vez; volvía a intentarlo y, de nuevo, se rompía, se esfumaba como en una burla. Las manos le temblaban. Las estuvo observando un rato e imaginó que se las quitaba. Ya no le servían para nada. Tenía razón aquel examinador: puedes amar algo hasta la extenuación y ser correspondido con la más absoluta indiferencia. Sus manos estaban hechas para los pistones, los culatines, la grasa; para las juntas de levas, para sujetar un vaso, un pitillo. Para aferrarse al aire sin atrapar nada.

—Oiga, ¿se puede saber qué está haciendo aquí?

Marqués se levantó. En la puerta de la sala había un joven con unas partituras en una mano y un maletín en la otra.

—Intentar un imposible.

Marqués se encaminó hacia la salida y, al cruzarse con el hombre en el umbral, le dedicó una mirada especulativa. Observó sus dedos, sus muñecas de hueso estrecho. Quizá algunas personas cumplen sus sueños. Hay quien quiere ser pájaro y nace con alas.

Subió a la azotea por la escalera de emergencia. Las cúspides metálicas de la ventilación giraban lentamente y brillaban bajo la luz del sol. Hacía un día precioso. El cielo mutaba del azul intenso a un tirabuzón anaranjado a lo lejos. Soplaba una brisa benévola que le alborotó el cabello. Encendió un pitillo y paseó por la gravilla del tejado. Al terminar de fumar, se abotonó bien la chaqueta y se pasó la mano por la cabeza para alisarse el cabello. Torció el cuello a un lado y otro, carraspeó y caminó hacia el borde de la azotea sin detenerse.

No se dio impulso para saltar, simplemente dio un paso más cuando ya no quedaba firme que pisar. Su cuerpo minúsculo y deforme se estrelló estrepitosamente



contra el techo de un coche metros más abajo, dio un breve rebote hacia arriba y cayó al suelo boca abajo con sus pequeñas piernas estrambóticamente abiertas aplastándose la cabeza, que no tardó en teñirse de carmesí. Sus manos todavía arañaron una décima de segundo el asfalto como la cola seccionada de una lagartija.

**Tercera parte**

---

*Abril de 2014*

*Tanatorio municipal de Málaga*

Un velatorio es una representación del dolor y de la despedida; pero, si el muerto no está visible, se convierte en una especie de ensayo general, una pantomima en la que los asistentes velan una caja de cedro o de roble y tratan de convencerse de que ahí dentro está el ser añorado. Un ritual de despedida sin el cual no se cerraría el círculo.

Algo de todo ello flotaba en la triste sala del velatorio donde reposaba el féretro de Marqués. Los esteticistas de la funeraria habían empleado toda su destreza, que era mucha, intentando que el cuerpo de Marqués tuviera una apariencia viva de descanso o, al menos, de paz, pero había sido imposible recomponer el rostro y el cráneo destrozados, de modo que se había optado por presentarlo en un ataúd cerrado. Lo contrario hubiera sido desagradable, como aquellos muertos antiguos, en blanco y negro, que se mostraban en las vigilias familiares con un paño alrededor de las mandíbulas como si se les obligase a callar lo que sabían de la muerte.

En la sala estaban únicamente Helena, la directora Roldán y Miguel. Había sido imposible localizar a algún familiar. Tampoco hubo posibilidad de reclutar al menos a un grupo de pacientes de la residencia para hacer la ceremonia menos onerosa. La directora Roldán, reblandecida y humanizada en aquellos días, intentaba justificarlos: para los inquilinos de la residencia, la muerte era como la lepra. Algo contagioso. Así que, a falta de alguien más a quien dar explicaciones, los empleados de la funeraria se esforzaron en demostrarle a Helena que, pese a que el cuerpo de su amigo no fuera visible, ellos habían hecho cuanto estaba en su mano para que la entrada de Marqués al otro mundo fuera lo más presentable posible: lo habían peinado, hasta las cejas le habían arreglado, y le habían puesto su mejor traje, aunque entre sus pertenencias no habían encontrado ninguna corbata. La que tenía puesta la había regalado Miguel. Marqués quería irse con elegancia, eso había dejado escrito en la carta dirigida a Helena: «Quiero que me corten el pelo, que me afeiten y me quiten los pelos de las orejas. Quiero un traje azul, una camisa blanca y una corbata oscura. Y no te olvides de pedir que me lustren bien los zapatos».

En esa carta de despedida, Marqués declaraba heredera universal a Helena y le confesaba verdades que ella hubiera preferido no saber. Después de todo, tenían razón los que siempre defendieron que Marqués era un fraude. En la carta, que la policía encontró en el bolsillo del pantalón junto a unas pocas monedas, Marqués se plañía y se flagelaba describiéndose como un pobre desgraciado, un deforme acomplejado que fue abandonado por su mujer y sus hijos, que se había ganado la vida como mecánico de coches y motocicletas y en sus ratos libres se sacaba algo de dinero afinando pianos: «Me gusta estar cerca de ellos, acariciarlos como se acaricia

una quimera, una vida imposible». Dentro del sobre, la policía encontró también un pequeño diapasón que Helena le mostró a Miguel.

—Quiso entrar en el conservatorio, pero lo suspendieron por falta de talento. Así que, en lugar de volver a intentarlo, se dedicó a acumular rencor y amargura.

En los días anteriores al entierro, Miguel había acompañado a Helena al notario; que Marqués la hubiese declarado heredera en su nota de suicidio suponía una serie de engorros. Para empezar, morir se resultaba muy caro, y Marqués disponía de una cantidad en su cuenta a todas luces insuficiente para cubrir los gastos del sepelio. A medida que se sumaban cifras a la factura final, Helena palidecía. Una verdad empuja a la siguiente, a veces de forma desagradable, y a Helena no le quedó más remedio que confesarle a Miguel que estaba a su vez arruinada; apenas le alcanzaba para pagar las cuotas de la residencia.

—¿Tus abuelos maternos no te dejaron nada?

—Un nombre y un apellido familiar que solo acarreó deudas, una vieja casa que se vendió hace mucho tiempo para pagar a acreedores, impuestos y aventuras financieras fallidas del abuelo Whitman.

—¿Y qué hay de tu esposo, Walter?

—Walter nunca fue un gran gestor económico y, pese a lo que pudiera pensarse, el sueldo de profesor universitario tampoco permitía grandes alardes.

Miguel estaba acostumbrado a moverse con soltura entre tasas, impuestos, descargos y papeleo. Se ocupó de pagar todo sin gesto alguno de grandilocuencia. Ni siquiera mencionó la cuestión, más que de pasada, cuando Helena prometió devolverle hasta el último euro. Él se limitó a mirarla como si no supiera de lo que le hablaba:

—No quiero que me devuelvas nada.

—¿Por qué lo has hecho? Casi no conocías a Marqués y, además, no te caía bien.

A Miguel, la respuesta le pareció obvia:

—Porque eres mi amiga y él te importaba a ti.

En el certificado de defunción de Marqués aparecía como causa del fallecimiento la rotura de varias vértebras del cuello y el aplastamiento de la masa encefálica.

—Aquí no pone la verdadera razón de su muerte —protestó Helena—. No dice nada de la soledad ni de la falta de ganas de seguir viviendo.

Firmar aquellos papeles fue duro para ella. Un acto administrativo para dar por concluida una existencia que siempre le resultó demasiado cara a su amigo.

En el libro de condolencias nadie había escrito una sola palabra de recuerdo o despedida, mientras que en la sala contigua, repleta de gente, las páginas se sucedían con emocionantes párrafos. Sentado en una silla incómoda junto a Helena, Miguel se preguntó qué se hacía con todas aquellas palabras escritas en un momento de dolor, de recuerdo o incluso de disimulado alivio. Tal vez entregarlas a la familia del difunto, o abandonarlas en un almacén. Olvidarlas. La muerte era uno de los grandes secretos que alimentaban la gramática familiar.

Movido por una piedad absurda, se levantó y se acercó al libro en blanco. Sacó su estilográfica y se quedó pensativo. No era demasiado ingenioso con las palabras, eso era cosa de Natalia, siempre atiborrada de novelas y lecturas. Ella habría sabido qué escribir: algo apropiado, alguna cita de uno de sus escritores románticos. Pero ella no estaba allí para dictarle al oído, de modo que escribió lo primero que se le ocurrió: «Es una pena morir solo».

—Todos morimos solos, Miguel. No importa cuánta gente nos rodee.

Miguel se dio la vuelta. Allí estaba otra vez. Su padre. Amador.

—Queda el consuelo de Dios, el paraíso, la otra vida...

—Dios no existe, hijo. O, al menos, yo no tengo noticias de él. Siento decírtelo.

Miguel fingió no oírlo. A fin de cuentas, su padre ni siquiera estaba allí, solo era el fruto de la imaginación de su mente agotada y enferma. Y, aunque fuese real, ¿quién dice que los muertos sean infalibles?

—Váyase, padre. Déjeme solo.

La muerte de Marqués y la presencia de Amador le trajeron a la memoria la muerte de su propia madre. Miguel hubiese querido que muriese en casa. No fue posible, o él no se atrevió a permitirlo. Tuvo que resignarse definitivamente a internarla en el sanatorio cuando ya estaba muy enferma para evitar que se escapara de casa y prevenir sus episodios periódicos de autolisis. Iba a verla de vez en cuando, ni siquiera semanalmente, como si deseara tener ocupaciones más importantes que le permitieran pasar página antes de tiempo y darla ya por muerta. Le llevaba revistas y libros de historia relacionados con la República, la Guerra Civil y el franquismo, también novelas viejas de esa temática. Su madre, que había sido analfabeta, aprendió a leer y a escribir sola hasta ser capaz de comprender aquel entramado de efemérides, batallas, discursos políticos, análisis socioeconómicos, vidas, mentiras e invenciones. Al final, apenas reconocía a su hijo pero le arrebatava de las manos aquellos libros y los devoraba con fruición: subrayaba, recortaba fotografías (que iban a parar a su colección del arcón), garabateaba acotaciones en los márgenes, sonreía o se enfurecía en función de si estaba de acuerdo con lo que leía o no. Los médicos que la supervisaban le aconsejaron muchas veces a Miguel que dejara de suministrarle aquella información porque su madre se obsesionaba más de la cuenta, le costaba dormir y tenía recaídas ansiosas. Pero Miguel no les hizo caso, su madre era una drogadicta, necesitaba aquella droga que la mataba y Miguel era su camello insensible. Si ella quería hundirse definitivamente, él ya no podía hacer otra cosa que ayudarla en su viaje. No lo sorprendió mucho la llamada de madrugada aquel año de 1970 diciéndole que su madre había muerto. No quisieron darle los detalles por teléfono y le pidieron que acudiera al sanatorio, de modo que se vistió con cuidado para no despertar a Águeda. Apenas llevaban tres años casados y todavía necesitaban estar en contacto físico para dormirse, él acurrucado a ella, con su cabello rozándole el rostro, oliéndola y dejando su aliento nocturno en su nuca con la mano izquierda aferrada a su pecho. Se vistió en el vestíbulo y condujo el Datsun que acababa de

comprar para celebrar su ascenso a director de sucursal con solo treinta y un años, una carrera fulgurante. En el trayecto hasta el sanatorio, por carreteras desiertas y oscuras, tuvo tiempo para pensar en los sentimientos encontrados que le provocaba la muerte de su madre. Se negó a reconocer que por fin respiraba aliviado, que ya hacía demasiado tiempo que su madre era una carga, una piedra dañina en el zapato que siempre lo obligaba a mirar hacia atrás y que le impedía disfrutar de una felicidad bien merecida. Lo que lo sorprendió y lo hizo empalidecer fue saber que su madre se había ahogado con su propia lengua. Se la había arrancado a mordiscos y se la había tragado. Miguel prorrumpió en quejas, lamentos y amenazas. Era obligación del personal vigilarla, conocían sus antecedentes, sabían que no cejaría hasta lograr quitarse la vida y, aun así, se lo habían permitido. Sus protestas solo se acallaron cuando comprendió que en realidad había pretendido comprar con dinero la atención que le correspondía a él como hijo. Había hecho dejación de funciones, y verter su frustración en unos extraños que lo escuchaban con indiferencia no cambiaría esa realidad. Exigió ver la habitación y, aunque le aconsejaron que no lo hiciera, insistió. Debería haberles hecho caso. Nunca olvidaría la impresión que le causaron las sábanas manchadas de sangre, la almohada —que aún conservaba la forma de la cabeza de su madre—, el vaso de agua roto en el suelo, la medicación desparramada sobre la mesita y el libro que estaba leyendo, *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella, con la fotografía de Amador entre las páginas a modo de punto de libro. Su madre no quería ser enterrada, la aterraban la maceración a la que la tierra somete a los cuerpos, los gusanos, los insectos, los escarabajos, las larvas que nacen en la carne pudriéndose, la humedad de la tierra penetrando en los ojos hasta secarlos, el lento retroceso de las encías hasta dejar los dientes desnudos, la blancura manchada de barro de los huesos. Pero en 1970 no resultaba tan sencillo incinerar un cadáver. España era todavía tan católica como Águeda, y Miguel tuvo que vencer su oposición y sus anatemas, usar su poder recién adquirido como estrella emergente del banco para pedir favores y comprometerse a devolverlos. Y, una vez tuvo en su poder aquel montón de cenizas, le faltó el coraje para cumplir el deseo de su madre. Porque lo terrible de su muerte era que Miguel ya no sentía alivio, como esperaba. No se sentía liberado ni en paz.

En la sala del tanatorio, la directora, sentada en una silla y vestida de un luto riguroso, suspiraba y, con un pañuelo de papel, se sonaba la nariz. Helena la miraba con un sordo rencor, necesitaba alguien a quien culpar y la directora estaba allí, al alcance de su dedo acusatorio.

—Todo esto es culpa suya, ¿qué hace aquí?

La directora Roldán estiró el cuello como una garza, tratando de mantener la compostura. Ambas sabían que la muerte de Marqués solo era responsabilidad del propio Marqués y que a veces el dolor permite excusar las injusticias que expresa.

—Es mi obligación —se limitó a responder.

Los operarios preguntaron si podían retirar el ataúd. La sala debía quedar lista para el próximo visitante. Helena lanzó una última mirada a la caja. Era de roble claro, sin símbolos religiosos, con tiradores de latón bañado en oro y una pequeña corona de funeraria. La había elegido Miguel, porque ella no se sentía capaz. Era propia de su estilo: sobria y sin recursos innecesarios pero, a la vez, bonita y armoniosa. Helena asintió.

El cementerio estaba en lo alto de una colina a las afueras de la ciudad y mostraba los estragos del abandono prolongado. El coche fúnebre descendió por una senda de grava estrecha entre verjas oxidadas y antiguos panteones de las familias de abolengo que buscaban morirse juntas: ángeles grandilocuentes con las alas rotas y el rostro enmohecido, lápidas con epitafios versados de otras épocas, esculturas de bronce masacradas por los excrementos de las palomas, naranjos raquíuticos, tumbas en un prado abandonado y nichos con la boca abierta como una tenebrosa premonición. Los nichos de alquiler quedaban en un lugar recóndito, al fondo de un callejón que daba a la tapia del cementerio.

Dos operarios esperaban con la carretilla elevadora y el mortero junto a la losa que debía sellar el nicho. Helena había hecho grabar el nombre y los apellidos de Marqués sin más. Nadie tenía nada que decir acerca del difunto. Ni recuerdos ni anécdotas que lo mantuvieran un poco más de tiempo anclado a este mundo. Helena dejó el diapasón de Marqués encima del féretro.

—Quizá allí tenga más suerte.

Todo pasó rápidamente. Uno de los operarios fumaba mientras aplicaba el mortero húmedo con la paleta y el otro silbaba por lo bajo hasta que se dio cuenta de lo inoportuno de su buen humor y, cerrando los ojos, se disculpó y guardó silencio. Ni siquiera la lluvia acompañaba la tristeza, y detrás de la tapia se oía a los chiquillos jugando al fútbol y chutando un balón de reglamento contra el muro. Se insultaban entre risas.

Aquella noche, Miguel se despertó de un sueño intranquilo. Aturdido, miró a su alrededor. A veces olvidaba que estaba en la residencia, que su hija lo había abandonado allí rodeado de cosas ajenas y de desconocidos. Lanzó un suspiro de fatiga y se sentó en la cama. El frío de las losas del suelo le trajo un poco de calma. Al menos eso era sólido, el frío.

Trató de acordarse del sueño. Todavía seguía allí, no se había marchado del todo. Oía la voz de su madre llamar a Amador sin fuerza. Decía su nombre una y otra vez con un sonido amortiguado, de quejido.

En realidad no era un sueño. Solo un recuerdo escondido muy adentro. Miguel era muy pequeño, tenía cuatro o cinco años, y se tapaba la cabeza con la almohada para no oírla, pero aquel llanto penetraba a través de la almohada y se instalaba en su

cerebro... Oiría aquellos quejidos animales muchas otras veces a lo largo de su vida.

En el recuerdo caminaba por una calle empedrada con nieve sucia amontonada a los lados que se había endurecido durante la noche. Caminaba de la mano de su madre, tenía frío a pesar de estar embutido en un abrigo que le venía grande, y de llevar bufanda, gorro, botas y calcetines de lana. Los dedos de su madre estaban fríos también. Ella tiraba de él con fuerza, él quería parar pero ella no se lo permitía. El niño Miguel lloraba. Veía el abrigo viejo sin botones de su madre, con el cuello alzado, y un pañuelo oscuro que le rodeaba la garganta; se había recogido el cabello, que ya empezaba a blanquear, con horquillas, y, con una goma de pollo, se había hecho una coleta muy tiesa. También veía sus mejillas rojas y el halo del aliento condensándose al salir de su nariz helada y de sus labios entreabiertos. Su madre apenas tenía veinticinco años pero parecía muy vieja. La guerra envejece a las personas. La pena también. Miguel recordaba las manos arrugadas y ásperas de su madre, sus piernas ocultas bajo unas medias gruesas, como una viuda de mirada huidiza...

¿Por qué pensaba en todo esto? ¿Por qué no era capaz de detenerse? Sabía dónde terminaba aquel recuerdo, y siempre había querido evitarlo. Una infancia triste de hambre y vergüenza, cuando veía llegar a casa muy tarde a su madre con otros hombres y él fingía estar dormido. La oía follar con ellos al otro lado de la cortina que hacía las veces de tabique con su cuarto. Recordaba el crujido del somier, el sonido rítmico del cabezal contra la pared y los chillidos guturales de esos hombres que siempre se marchaban pronto, dejando a su madre sola en la cama, abrazada a la sábana. Aún lo atormentaban el olor de aquellos hombres apestando la casa y su presencia, contaminando la mirada de su madre a la mañana siguiente, cuando había leche o carne fresca en la mesa, carne de pollo.

Miguel inspiró y miró la hora en el reloj de la mesita. Madrugada de insomnio y ni siquiera tenía el consuelo del cigarrillo o del alcohol, como Helena, para entretener la espera hasta que esos recuerdos decidieran marcharse del mismo modo que habían llegado. Se levantó, dio un par de vueltas a la habitación, se asomó a la ventana y contempló las luces de la ciudad dormida. Se preguntó si Helena también estaría despierta y sumida en el mismo desconcierto. Días atrás, en la playa de Bolonia, ella le había hablado del suicidio de su madre casi de pasada, como si fuera un detalle sin importancia, y él se había acobardado, no se había atrevido a corresponderla con la historia de su propia madre. Jamás hablaba de eso —de los años de la infancia, la adolescencia y la juventud— con nadie. ¿Por qué todo debía ser muerte, vergüenza y pasado? ¿No había nada bueno a lo que recurrir?

Se apartó de la ventana y abrió el cajón del escritorio. Ahí estaban las cartas de Carmen. Cogió una al azar.

Barcelona, diciembre de 1986



Hoy han encendido las luces de Navidad en las calles. Dentro de quince días será Nochebuena. Hay gente que detesta estas festividades, les deprime tanta obligación de felicidad. Los solitarios se sienten más solos, los incrédulos más vulnerables y los melancólicos están en su salsa. Puede que yo sea un poco de todo eso y, sin embargo, me encantan estos días. Las guirnaldas en los abetos, la feria de santa Lucía con sus pesebres... Las bolas y los adornos me recuerdan a la niñez, al chocolate caliente de la calle Petritxol, a la botella de anís que mi padre rascaba con un tenedor para acompañar los villancicos mientras mi madre preparaba la sopa de almendras. Evoco el frío de medianoche, cuando íbamos a escuchar la misa del gallo. ¿Nunca te he contado que hubo un tiempo en que quise ser monja? No, claro que no te lo he contado. No ha habido ocasión, no conoces de mí más que lo que pude mostrarte durante unas cuantas horas que parecen haber quedado atrás hace mil años.

No voy a mentirte. Estoy aprendiendo a olvidarte, y para lograrlo tengo que encontrar argumentos que me ayuden a entender tu silencio. Pienso en tu esposa, en tu hija, en tus responsabilidades. Debe de haber mil motivos para que no quieras aventurarte en este precipicio; el miedo siempre encuentra sus razones, pero ¿merezco tu silencio? ¿Ni siquiera unas letras escritas deprisa y corriendo?

Ya no bajo cada día a mirar en el buzón de casa por si llega una carta tuya, pero todavía siento un cosquilleo cada vez que veo aparecer la motocicleta del cartero en la calle, o cuando busco con fingida calma entre la correspondencia habitual un sobre con tu nombre. Nunca sucede, y yo sé que no sucederá. La decepción y la pena cada vez son menores, y ya casi han desaparecido. Solo hay réplicas muy lejanas y muy profundas de vez en cuando. Nostalgias que abren puertas, como esta Navidad. Tal vez por eso me he decidido a escribirte otra vez, sin preguntarme si vas a leer mi carta o si la romperás sin abrir el sobre. Espero que no te importe que lo haga. No es por ti, es por mí. Necesito contarte, que sepas. Podemos fingir que eres un amigo invisible, o que eres un océano a donde de vez en cuando puedo arrojar una botella con un mensaje.

Intento reírme un poco de tu pose seria, de esa exigencia de silencio que muestras. A veces creo que eres una persona sin nada que valga la pena dentro, sin anhelos. Pero luego empiezo a hablarle al hombre que conocí durante unas horas tumbado en una cama, trato de recordar cómo eran las vértebras de ese hombre, a qué sabían su piel y sus besos, cómo era la expresión de sus ojos cuando se atrevía a soñar mirando por la ventana. Aquel hombre me pertenece a mí; este del que me habla tu silencio, yo no lo conozco. Aquel otro es mío en la intimidad, Miguel. Y ni siquiera cuando hago el amor con otros logro hacerte desaparecer por completo.

Debe de resultarte ridículo que alguien pueda decirte que te ama habiendo compartido contigo solo un fin de semana. No me importa ser ridícula, ni me importa, en el fondo, si me crees o no, si eso despierta inquietud o esperanza en ti. La vida no es una película, lo sé. No es una novela ni se vive en una canción. Vivir no es recordar para olvidar, correr para escapar; también lo sé. Pero dime, Miguel: ¿a quién le debe explicaciones mi corazón? ¿Te las debe a ti, acaso? ¿A los demás? Siento lo que siento, y no hay conveniencia o necesidad, no hay razón o justicia, sentido común o lo contrario. Elegí a un hombre, mi piel lo eligió por mí.

Acabarás solo, Miguel. Y será una pena, pero tú lo habrás decidido. Y algún día comprenderás que, vivir, se vive una vez y para siempre, o se muere sin remedio en medio de los días.

Carmen

—¿Lloras, hijo?

Miguel se restregó los ojos con el dorso de la mano.

—No.

Los postigos de la ventana temblaban a causa del viento de levante. Por las rendijas se colaba su triste ulular. Amador siempre estaba cerca, como un perro que espera el regreso de su amo muerto a la puerta de casa.

—Lloras.

—¿Por qué no me deja en paz, padre?

Miguel sentía un dolor desconocido hasta entonces. Como si de repente todo se abriera ante él sin tapujos: el pasado, el presente y el futuro. Como si la evidencia de

su vida se despojara de subterfugios. Quizá merecía estar solo y morir solo como Marqués porque no se había atrevido nunca a darles a los demás algo más de sí mismo. Algo que valiera la pena conservar. Cuando nació Natalia, creyó que podría lograrlo, se convenció de ello. Sería un buen padre, cuidaría de su hija; no permitiría que ella se avergonzara jamás de él ni que hiciera como si no lo conociera al verlo rondar por el instituto para ver con qué compañías andaba. Natalia no haría como otros hijos que al pasar de los años juzgaban con una displicencia carente de justicia a sus progenitores como él había hecho con su madre. Ahora le apenaban aquellas mentiras que él decía —«mi madre está muerta»— cuando un recién conocido le preguntaba por ella. Tal vez Natalia hacía otro tanto, decir que él estaba muerto, o lo haría pronto si es que existía esa justicia circular según la cual recibes lo que das.

¿En qué había fallado? No podía quitarse de la cabeza la expresión pesarosa de su hija en el restaurante donde él se lo había hecho todo encima, esa sensación de que, si hubiera podido, lo habría dejado allí, habría fingido no conocerlo. Natalia nunca tuvo vocación de santa ni de mártir aunque ese cerdo de Gustavo la obligara a desfilarse día sí y día no con una corona de espinas. A los diecisiete años, decidió que no quería estudiar económicas como él había previsto, sino literatura. Shakespeare, Cervantes, Milton, Steinbeck, Woolf. Vivía enfrascada en ese período gótico donde todo estaba maldito. Aquellas blusas negras, las botas militares negras, los tejanos negros, la sombra de ojos negra, la exageración del rímel, las cruces de madera en el cuello, los triples aretes en las orejas, los tatuajes con calaveras y fémures, las mariposas fosilizadas y clavadas con chinchetas en la pared de su cuarto. El tufo a marihuana en el baño. Los gritos, las discusiones. En aquel tiempo la perdió, puede que porque así debía ser. Hay procesos que no se pueden obviar, períodos que es necesario sufrir; a veces es necesario marcharse para regresar un poco cambiado del viaje. Natalia se marchó de casa con Gustavo para huir de su padre y sus estúpidas y estrictas reglas, se largó dando un portazo para escapar de tanto silencio y tanta asepsia sentimental. Sin pretenderlo, sin poder evitarlo, Miguel arrojó a su hija a las garras de ese monstruo.

El teléfono móvil seguía junto a la mesita. Miguel lo miró de reojo.

Todo eso ya carecía de importancia: los agravios y los rencores. Si lo buscaba, encontraría un granero de buenos momentos al que acudir: las fiestas en el colegio, los paseos por el Guadalquivir, las representaciones de teatro en primero de carrera, cuando Natalia encarnaba maravillosamente el papel de Antígona en la versión de Bertolt Brecht; las tardes leyendo y haciendo los deberes del colegio en la mesa de la cocina, cuando ella venía a preguntarle cualquier cosa, las bromas íntimas que hacían a cuenta de la beatería de Águeda y que les hacían sentir que estaban formando un frente común contra la imposición del luteranismo en casa. Verla crecer, hacerse mujer fuerte e independiente.

Todo eso se había perdido por un gesto de orgullo, por negarse a aceptar la posibilidad de que su hija pudiera manejar su vida y sus problemas sin recurrir a él.

Miguel odiaba a Gustavo con todas sus fuerzas pero no podía negarle a su hija el derecho de quererlo, por enfermizo y peligroso que a él le pareciera esa clase de amor. Natalia iba a ser madre y eso significaba que él iba a convertirse en abuelo, y no le quedaba mucho tiempo antes de empezar a olvidarlo todo.

Cogió el teléfono, lo dejó. Volvió a cogerlo. Eran las tres de la madrugada.

—Maldita sea —se recriminó.

Marcó el número de Natalia. Seguramente no contestaría y, en realidad, Miguel lo prefería así. No sabía qué podía decirle. Pero al menos ella vería la llamada por la mañana, como un juego de pistas. Comprendería que él la necesitaba, que quería volver a empezar si eso era posible.

Esperó a que el teléfono emitiera tres tonos. Iba a colgar cuando oyó su voz al otro lado.

—¿Papá?

Miguel acercó el auricular al oído. Tardó en contestar y, cuando lo hizo, su voz sonaba distinta, débil. Carraspeó y se obligó a adoptar un tono más sereno.

—Hola, hija, ya sé que es tarde, pero necesitaba llamarte.

La voz de Natalia sonaba extrañamente despejada.

—Estaba despierta. ¿Ocurre algo?

Miguel supuso que la llamada la había cogido trabajando en alguna corrección. Sintió una ola de ternura al imaginar sus dedos manchados de tinta de rotulador rojo y las gafas con huellas en los cristales y un esparadrapo en las patillas porque le hacían daño detrás de las orejas.

—Hoy hemos enterrado a uno de los pacientes de la residencia. Se ha suicidado.

Se oyó un chasquido: Natalia fumando.

—Eso es terrible, lo siento. ¿Era amigo tuyo?

—En realidad no... Pero lo era de una buena amiga. El caso es que me ha dado por pensar en el pasado, lo que, dadas las circunstancias, no parece muy apropiado.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué tratas de decirme? —No había impaciencia en la pregunta, sino inquietud.

—Me gustaría que vinieras a verme este domingo, si puedes.

Siguió un breve silencio. Caladas largas al otro lado de la línea.

—¿Es tu manera de disculparte?

—Es mi manera de decirte que te echo de menos, Natalia, y que si tú eres feliz con ese hombre, puedo tratar de aceptarlo.

—Me conformo con eso.

—Gracias —dijo, inopinadamente, Miguel, como si acabara de cerrar positivamente una gestión telefónica con algún departamento comercial. Quiso rectificar la entonación pero no fue necesario.

—Sí, papá. Yo también te quiero. Nos vemos este próximo domingo.

*Tarifa*

No hubo brindis en la residencia por la muerte de Marqués, como hubiera cabido imaginar. Nadie, salvo Helena, apreciaba allí la sinceridad del profesor, que a menudo traspasaba el umbral de la educación y alcanzaba la crueldad. Quien más y quien menos tenía alguna anécdota desagradable que contar al respecto. La señora obesa con el cabello teñido de rubio platino que se pasaba el día lloriqueando porque no era capaz de adelgazar y se consolaba inflándose de bollos de crema; el donjuán venido a menos que llevaba su complejo de Peter Pan al límite de lo grotesco acosando a enfermeras cuarenta años más jóvenes; el seudointelectual que se las daba de amante del cine yugoslavo al que Marqués puso en evidencia demostrando que no sabía distinguir a un serbio de un croata; la organista, el sacerdote, los celadores, la propia directora Roldán... todos habían sufrido en un momento u otro el escarnio y la mordacidad del profesor. Descubrir que todos ellos tenían razón, que, además de fantasioso y embustero, Marqués se había revelado como un cobarde, debería haberlos airado, darles la ocasión para cebarse y cobrarse una venganza tardía. Pero no sucedió nada de eso.

Marqués formaba parte del equilibrio de la residencia, era el contrapunto que indicaba dónde estaban los límites, e incluso los que más lo odiaban lo entendían así y le concedían ese papel de guardián de las fronteras. Envidiaban, incluso, su rabiosa libertad y sus incursiones más allá de la cordura. Sin él, el vacío era demasiado grande para ser disimulado. Por supuesto, todos seguirían adelante y continuarían haciendo las mismas cosas pero con un poco más de reticencia, con mayor inseguridad, ya sin el mismo optimismo inconsciente. La muerte de Marqués había iniciado la secuencia de los que lo seguirían, uno tras otro, tarde o temprano.

—Ya no hay remedio, la cosa está hecha: la palmaremos todos —dijo alguien, al calor de dos vasos de vino, como si antes de la muerte del profesor esa posibilidad no fuera una evidencia.

Los que oyeron el comentario simulaban incómodos no haberlo oído. El pudor les impedía hablar sin tapujos de ciertas cosas. Ese privilegio solo lo tenía Marqués, era el único que se lo había ganado. Todos hubieran deseado que su historia fuera cierta, incluso los que nunca la creyeron, que al menos alguien hubiera sido capaz de parecerse a lo que deseaba ser, que uno de ellos hubiera triunfado sobre lo imposible. Eso hubiese permitido al resto tener una esperanza; si no para ellos, al menos para sus hijos y sus nietos.

—Se puede ser libre, se puede ser lo que uno quiera, mira a Marqués.

Pero si Marqués no lo había conseguido, entonces ¿quién? La derrota del profesor

era la de todos ellos, especialmente la de los que más lo odiaban.

Quien más sufría la ausencia del profesor era Helena. Los días pasaban y ella seguía sumida en un desconcertante silencio, cuando todos esperaban de ella la protección de sus comentarios afilados, aquella sorna suya que les permitiera tomarse la muerte y el suicidio a broma.

Pero Helena solo buscaba refugio en el condimento de melancolía que acompaña tan bien los platos de la soledad: cenar sola, dormir sola, mirar sola. Pasaba horas en el mirador orientado hacia la isla de Palomas. Le gustaba aquel rincón, que con la llegada del buen tiempo se convertía en punto de encuentro para los habitantes de la residencia; los maceteros, ahora vacíos, se poblaban de peonías y narcisos; se servían los desayunos con vistas al mar y, por las tardes, se celebraban bailes con orquesta. Pero junio todavía no había llegado, el viento de levante soplaba con rabia y arrastraba por el suelo las tumbonas, el toldo exterior se sacudía con furia, como las banderas del castillo en la punta de Tarifa, el cielo estaba bajo y espeso y el tráfico marítimo en el Estrecho estaba cerrado por el temporal.

Miguel solía verla allí, acodada en la baranda, tan quieta, tan alejada de ese momento y de su cuerpo, envuelta en su ausencia. No sabía si era mejor dejarla a solas y darle el espacio que necesitaba para recomponerse, aunque sentía que la traicionaba al abandonarla a su dolor. A veces intentaba hablar con ella, pero Helena le dedicaba una mirada punzante y él se escabullía como un perro que yendo en busca de una caricia recibe un varapalo. Miguel sentía remordimientos por los momentos de felicidad que ahora podía disfrutar al recuperar a su hija, y temía que Helena viera un agravio en su recién adquirido optimismo, así que procuraba no hablarle de las visitas de Natalia ni de las cosas que hacían reír a padre e hija con una alegría recobrada que ambos agradecían.

—Tiene usted que hablar con ella, hacerla reaccionar —le espetó una mañana la directora Roldán. A Miguel le extrañó aquella preocupación por Helena en quien menos cabía esperarla. Pero era cierto que la muerte de Marqués también había reblandecido a la directora Roldán. Miguel se preguntó si aquella mujer de rostro demacrado, que parecía haberse echado más años encima, se torturaba al pensar que ella había sido en parte quien había empujado a Marqués a suicidarse.

Decidió hacerle caso. Aquella disolución de Helena en la tristeza no podía prolongarse o pronto no quedaría nada de ella.

Miguel la encontró de nuevo en el mirador. Helena permanecía sentada. Llevaba una chaqueta de punto y se protegía del viento con un abrazo inútil. En contra de su costumbre, aquella mañana no se había maquillado ni peinado. El viento revolvía su cabello suelto, que le tapaba la cara. Miguel la contempló sin que ella se diera cuenta y, por un momento, tuvo la intuición de su belleza. Asombrado por aquel pensamiento repentino, carraspeó incómodo. Helena apenas ladeó la cabeza. Miguel se acercó con aire preocupado.

—No puedes abandonarte de esta manera, Helena. Casi no apareces por el

comedor, y apuesto a que no estás durmiendo nada. Solo fumas, das tragos de esa petaca y te quedas aquí sin hacer nada.

Helena arqueó una ceja como si estuviera a punto de lanzar una flecha con ella. Tal vez tuviera una pulla en la punta de la lengua pero, al ver la actitud indefensa y esquiva de Miguel, destensó la cuerda. Parpadeó dirigiendo el rostro al sol, que todavía no había alcanzado el punto más alto. Sus ojos buscaron refugio en el transbordador que salía en aquel momento del amarre rumbo a Tánger.

—En mi infancia, Tánger sigue siendo la ciudad de las maravillas —susurró al aire, como si al pensar en su propia vida se asombrara de lo maravillosa que fue—. Yo era una niña feliz. Nunca he vuelto a serlo tanto como cuando contemplaba las luces parpadeantes de España desde aquella costa sin medir la ambición de mis deseos. Dispuesta a serlo todo porque todo era posible.

—Deberías volver a visitarla. La tienes ahí, a tiro de piedra —dijo Miguel, solo para animarla.

Helena negó con la cabeza. No necesitaba ver la ciudad para enhebrar con voluptuosidad las callejuelas, las fiestas increíbles, los vestidos elegantes, los coches de lujo...

—Esa ciudad que recuerdo no existe. Nunca existió, en realidad. Creo que no podría soportar la evidencia. Quedarme en esta terraza y mirar hacia el mar permite que siga existiendo al menos la posibilidad de que algo de mi infancia sea real y bueno.

—Siempre quise ir a Marruecos —dijo Miguel; en parte porque era verdad, pero, sobre todo, porque el silencio de Helena lo incomodaba y le hacía sentir expulsado de su lado. Necesitaba sentirse cerca de ella, compartir algo.

Por un instante, la felicidad pareció volver a Helena.

—Es una tierra hermosa. Me acuerdo de un viaje al Rif con mi padre y con Abdul, que era su asistente marroquí. Lo hicimos un año antes de que muriera mi madre y fue la gran aventura de mi vida. El día que nos marchamos fue todo un acontecimiento. Mi padre conducía el Méhari descapotable, cargado hasta los topes; a su lado, estaba el joven Abdul, y yo, sentada detrás, casi enterrada entre las maletas y los muchos regalos que el asistente de mi padre llevaba para su familia. Lo que recuerdo es la alegría, el traqueteo por senderos sin asfaltar, a mi padre, risueño y cantando, y, a su lado, el perfil de Abdul, con una baya seca en el hueco de los incisivos superiores. Me veo a mí misma agarrada a los asideros de la lona en el asiento trasero para no salir disparada en cada bache. Estaba exultante.

La mención de aquel nombre, Abdul, hizo que Helena cerrara los ojos. Cuando volvió a abrirlos, sus pupilas parecían piedras refractarias a la luz. Usando las manos como catalejo, miró a lo lejos siguiendo una línea imaginaria que iba de izquierda a derecha, como si buscara algo que sabía que estaba allí pero que solo ella alcanzaba a ver.

—Abdul amenizaba el camino contando historias de sus montañas: leyendas,

canciones y costumbres que yo escuchaba embelesada. Solo tenía diez años y él tenía casi treinta, pero estaba enamorada de sus ojos oscuros y de su sonrisa, como todas las mujeres y las chicas del cuartel. Conmigo era cariñoso, solía traerme animalitos de tela, alambre y corcho que hacía él mismo, me compraba dulces, me enseñaba a hablar el dialecto de su tierra y, cuando yo le preguntaba si algún día se casaría conmigo, ponía los ojos en blanco, sonreía con todos sus dientes a la vista y me decía que él ya tenía una esposa en su aldea, pero que yo encontraría a un buen hombre, *insha 'Allah...* Mi madre sentía otra forma de fascinación por Abdul; le pidió muchas veces que se dejara retratar por ella, pero él siempre rechazó la oferta con una sonrisa amable y tímida. Decía que tratar de imitar la grandeza creadora de Dios era un pecado para los musulmanes.

Durante unos segundos, Helena guardó silencio, recordando las horas que su madre pasaba encerrada en el estudio de la casa, sin comer, sin dormir, obsesionada con aquel retrato de Abdul.

—¿Valió la pena el viaje? —preguntó Miguel para hacerla volver.

Helena asintió con una leve sonrisa.

—Ni siquiera me decepcionó que la aldea de Abdul, de la que él había contado maravillas comparables a las de Constantinopla durante todo el viaje, fuese en realidad un villorrio con un aljibe, unas pocas cabras famélicas y mujeres que solo mostraban los ojos y las manos tatuadas con jena. Los habitantes se acercaron silenciosos y desconfiados, excepto los niños; ellos se mostraron bulliciosos y risueños. No había radio en ninguna casa de la aldea, muchos menos un tocadiscos, y muy pocas disponían de corriente eléctrica. Así que, cuando Abdul apareció con aquella caja en casa de su padre y puso a funcionar el giradiscos, toda la comunidad se arremolinó alrededor para escuchar las notas granuladas en lengua tamazig y el laúd. Para mi sorpresa, mi padre y el padre de Abdul se fundieron en un largo abrazo. Al parecer, lucharon juntos en la guerra y tenían mucho que contarse.

Miguel recordó como un resorte las cosas que su madre le contaba de los moros de Franco durante la Guerra Civil. Los consideraba los peores enemigos contra los que había luchado Amador y cargaba sobre su memoria todo tipo de adjetivos insultantes. Incluso muchos años después, ya anciana y desvariada, seguía escupiendo y maldiciendo si se encontraba con algún norteafricano por la calle, lo que le había generado no pocas situaciones embarazosas. No pudo evitar una mueca tragicómica.

—¿Qué te hace gracia?

Miguel hizo un gesto ambiguo con las manos, como si pudiera moldear aquel recuerdo y hacerlo sólido.

—Mi madre me contaba atrocidades de las tropas africanas que pasaron por su aldea. Odios atávicos que ya venían de lejos, de nuestras guerras coloniales, cuya leyenda negra se agravó con la Guerra Civil. Las descripciones eran tan grotescas que llegaban a lo ridículo. Pero causaban su efecto en la mente frágil de los niños.

Helena no comprendía esa sensación. Ella se había criado rodeada de niños



africanos, había comido con ellos, jugado en sus patios, saltado a la cuerda al mismo ritmo que sus piernas. Los muros eran cosa de adultos.

—Mientras mi padre y Rachid recordaban viejas batallas, Abdul me llevó a conocer a su joven esposa, a la que apenas veía un par de veces al año. Se me apareció a la puerta de su casucha como un espectro de brazos oscuros y delgados y un cuerpo no mucho más desarrollado que el mío. Se llamaba Bisaya. Me sorprendió que fuera tan joven, y me quedé con la boca abierta cuando Abdul entró en la casa sin dirigirme apenas la palabra y reapareció con una niña de pocos meses en los brazos. Un bebé de ojos enormes que tenía por nombre Fátima. Me permitió cogerla en brazos y me sentí por primera vez alguien mayor. Me gustaron sus manitas regordetas, que me buscaban la cara, y su boquita de encías sonrosadas. Sentía en mis brazos el calor de una vida humana más frágil que la mía, así que aquella noche acribillé a mi padre con un montón de preguntas trascendentales: ¿Podría ser madre yo también? ¿Por qué Abdul no estaba todo el tiempo en la aldea cuidando de su esposa? ¿Acaso no era Abdul un buen padre? A medida que preguntaba, la sonrisa benevolente de mi padre se fue extinguiendo hasta quedar reducida a un rictus de seriedad apesadumbrada. Alzó la mirada hasta la ladera pedregosa bajo la que la familia de Abdul había levantado su modesta casa, con la techumbre cubierta con ladrillos y pedazos de tela que brillaban como lo haría un techo de zinc bajo el sol inclemente. No corría una brizna de aire y la boca se llenaba de polvo rojizo, como la ropa y el cabello. En la puerta de la casa, Abdul estaba sentado en una roca y sostenía en sus rodillas a su hija. Parecía feliz. Detrás de ellos asomó un momento por la ventana la cara de niña prematura de la madre, dijo algo y Abdul entró con la niña. Nunca olvidaré lo que me dijo mi padre en ese momento: «Las personas hacen lo que tienen que hacer para proteger a los suyos, aunque no les guste».

—Terrible confesión, pero muy cierta —admitió Miguel.

Helena estuvo de acuerdo.

—Tuve la impresión de que mi padre acababa de confesarme una terrible verdad cuyo significado yo no alcanzaba a entender. Después de la cena, los hombres de la aldea se juntaron en torno a una lumbre bajo el cielo estrellado a fumar kif. Iban envueltos en sus mantas listadas, y yo recuerdo que exploraba sus caras en busca de algo especial, tenía ganas de preguntarles qué clase de cosas que no les gustaban eran capaces de hacer como Abdul o, imaginé, mi padre. Los seguí observando mientras las horas se deslizaban hacia la madrugada entre conversaciones en árabe trufado de expresiones españolas y francesas. Luego me quedé dormida envuelta en una manta, cerca del fuego mientras mi padre y Abdul fumaban tumbados en la tierra y contemplaban el firmamento. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida es haber oído las risas ahogadas de los hombres y haber visto una hormiga paseando entre mis dedos pegados a la tierra.

Helena contempló la espiral de humo del pitillo que acababa de encender. El levante arreciaba sacudiendo con fuerza las banderolas del castillo de Tarifa, y lo

único que aquel viento salvaje no podía mover ni un solo centímetro era el sol. El sol seguiría inmutable ahí arriba cuando este teatro de diletantes tocara a su fin.

—No sé por qué estoy recordando todo esto. A veces me da por pensar que a los setenta años todavía hay tiempo para cambiar de vida. El problema es que los paisajes por los que transitamos siguen siendo los mismos, y albergamos las mismas preguntas y la misma ausencia de respuestas. Al final, acabamos en lo de siempre, abrigados por la certeza de los recuerdos. Ya conocemos sus dolores, los tenemos domesticados, mientras que lo nuevo augura también nuevos sufrimientos. Nos volvemos cobardes.

Miguel no compartía esa visión de la vida según la cual lo que no se mueve se muere. No todo era una montaña rusa sin fin.

—La vida pone las cosas en su sitio. Es así de sencillo. Tal vez lo que no podemos soportar, lo que nos cabrea de verdad es que las cosas no sean como nos conviene. De nada sirve gritar, protestar, quejarse.

Helena se revolvió con sorna. El sol proyectaba sobre su rostro una mezcla de colores violentos.

—¿Te importaría dejarme sola? Prefiero el silencio a tener que escuchar lugares comunes.

Miguel se sintió dolido y trató de disculparse.

—Yo no pretendía...

—Sinceramente, ahora mismo me da igual lo que pretendas. Por favor, márchate.

Miguel asintió, atribulado. La dejó sola.

De un modo u otro, pensó al cabo de unos minutos Helena, siempre acababa dañando a las personas que quería o estas la herían a ella. Los afectos humanos eran una mierda. Te unían a seres que terminaban dejándote sola. Y no quería pensar en ellos: en su padre y en su madre, en Louise, en Walter, en Marqués..., en David.

Lo que necesitaba era emborracharse hasta perder el sentido. Eso era lo que su madre hacía cuando todo le dolía demasiado. Y le funcionaba bastante bien hasta que ya ni siquiera eso bastaba. Helena se encerró en su habitación y lo intentó con ganas, primero apurando la ginebra de la petaca y después recurriendo a la botella de reserva que escondía al fondo del cajón en su habitación. Pero beber sin alegría era un trabajo forzoso, un esfuerzo de inconsciencia contra el que su cuerpo se resistía. La mente sabía que pretendía ahogarla, sumirla en un sopor huidizo, engañarla, y se negaba a ceder. Su mente quería persistir en la lucidez. Obligarla a recordar. Abrir el cajón donde guardaba las postales de su padre no la ayudó.

Aquellas postales eran el relato diferido de una fuga que se inició en 1955. Una cacería a cargo de militares y policías españoles que consideraban que un desertor era el peor de los traidores. Y el capitán Enrique Pizarro era el peor de todos ellos; el niño mimado del ejército en África —que había recibido su despacho de manos del mismísimo Generalísimo—, el oficial de la policía especial de Tánger, el guardián de la frontera que había abandonado su puesto cuando más se le necesitaba, el hijo

preferido que, tras haberle otorgado confianza, privilegios, poder y autoridad, se había revuelto contra la mano que le daba de comer. Un desertor es un descreído, el peor peligro para los que profesan la fe en ciertos ideales porque puede contagiar a otros, extenderse como las malas hierbas que colonizaban las praderas de césped inglés en la finca de los abuelos Whitman. Para los superiores del capitán, se convirtió en perentorio dar con él y arrancar el mal de raíz para evitar que se reprodujera y arruinara todo el trabajo hecho. Querían un escarmiento ejemplar, un fusilamiento público a la antigua usanza, despojado de sus galones. Porque el capitán del Tabor número 4 de Regulares en Tánger, Enrique Pizarro, héroe temprano y laureado de la Cruzada española, no solo había desertado del ejército. Lo había hecho por el pecado más imperdonable para el estamento castrense.

Helena todavía recordaba asustada la visita de aquel funcionario de la embajada española, que se produjo cuando ya vivía en casa de sus abuelos. Fue en el invierno de 1956 y llovía con la placidez de lo conocido, la humedad confortable de Londres. Aquel funcionario tenía las hombreras de la gabardina empapadas, y sus zapatos mojados manchaban la alfombra de la biblioteca del abuelo Whitman. Se presentó con una sonrisa amable pero no dijo si era policía, militar o civil. Difícil distinguirlos en aquella época, todos vestidos del mismo color gris, las corbatas y las camisas de una pulcritud modesta, católica, como esos rostros pálidos y huesudos que les hacían tan parecidos a los modelos empleados por el Greco. Con artimañas y monerías destinadas supuestamente a vencer la reticencia de una niña, que ya no lo era tanto, aquel hombre le preguntó a Helena si su padre había intentado ponerse en contacto con ella desde su huida de Tánger. Helena buscó con la mirada la ayuda de su abuelo, que la animó a responder con un movimiento de cabeza. «No vamos a hacerle daño, solo queremos hablar con él», insistió el funcionario. Helena no creyó una sola palabra. Aquella gente estaba tan acostumbrada a ordenar y ser obedecida que había perdido la aptitud necesaria para disimular las mentiras de manera convincente. Respondió que su padre no se había puesto en contacto con ella, tal y como en aquel momento creía que realmente era. Podría haberle hablado a aquel hombre de las postales con los matasellos de media docena de ciudades europeas y mostrárselas. Pero en 1956 Helena no sabía que existían, que llegarían puntualmente cada año por su cumpleaños con unas palabras cariñosas y la promesa de volver a encontrarse un día. Su abuelo las retuvo y las ocultó hasta su muerte en 1961.

La noticia de la muerte de su abuelo careció de solidez material. Se limitó a una suma de palabras anunciadas por teléfono con la voz apagada de la abuela Alice: «Tu abuelo ha muerto, Helena. Tienes que venir a casa». Helena no sintió la tragedia como algo real; después de colgar el teléfono, lo que más la fastidió fue saber que tendría que abandonar a Louise antes de tiempo. Para la amiga de Helena, la muerte del abuelo Whitman significaba todavía menos que para esta, algo que venía del mundo exterior y era ajeno a ellas, una parte de Helena que no necesitaba conocer y por la que no sentía simpatía alguna.

—Creía que odiabas a ese viejo. No tienes por qué ir a su entierro. Y lo que tenemos pendiente es más importante.

Lo que tenían pendiente había empezado un mes antes en la lavandería del internado. Helena y Louise se habían besado empujadas por la marihuana que Louise había conseguido de manera misteriosa —«no preguntes», otra de sus frases— y por la cercanía inevitable de sus bocas, como si no hubiese nada más sencillo que cubrir la distancia con un leve acercamiento de sus cabezas y enlazarse con la lengua. No fue realmente una sorpresa para ellas, solo la concreción de algo que se había construido durante aquellos siete años juntas. Podría no haber pasado pero pasó, y ninguna fingió sentirse incómoda, ni siquiera Helena cuando notó la mano derecha de Louise acariciándole el pecho por encima de la blusa y los dedos de la izquierda lidiando para sortear las capas de ropa hasta su vagina. Reconoció como algo familiar la dureza de los pezones y la humedad en las bragas porque, en su imaginación, aquello ya había sucedido muchas veces antes.

Ambas sabían qué había significado aquel escaqueo, y deseaban explorar sus posibilidades hasta el final. La muerte del abuelo Whitman y el regreso de Helena a la finca familiar lo aplazaba todo *sine die*. Tardarían veinte años en volver a verse.

El regreso a la casa de sus abuelos aquel año de 1961 fue triste. Helena, añorando a Louise, sintió sobre sí la opresión del mugido del viento azotando los pinares y rizando la hierba mientras el coche que la abuela Alice envió a recogerla al internado se acercaba a la vieja casona escupiendo barro y hundiendo los neumáticos en antiguas roderas fangosas. Odió la melancolía de los viñedos bajo la lluvia donde antes había jugado, las ovejas detrás de las empalizadas de madera y alambre, incluso despreció a *Isis*, la yegua preferida del abuelo, que pastaba en el prado impenetrable ante la pérdida de su amo. Creyó que acabaría muriendo de pena encerrada en el viejo caserón con una vieja como la abuela Alice, enfrascada en viejos libros ante la enorme chimenea que consumía demasiada leña y calentaba poco, rodeada de cortinas pesadas y penumbras silenciosas, escuchando el correteo de ratones en la despensa y el quejido grave de las tuberías cada vez que corría el agua. Condenada a añorar una vida con Louise en la calurosa California que jamás tendría.

Días después del entierro, la abuela Alice le llevó a Helena una caja de cartón. Dentro estaban todas las postales que su padre le había estado enviando desde que huyó de Tánger con Abdul.

—Tu padre nunca te olvidó. Debimos decírtelo, pero tu abuelo pensó que debía protegerte de ese hombre. Y yo no supe oponerme, Helena.

El descubrimiento de aquellas postales supuso un impacto directo contra el muro de las certezas de Helena. Había crecido con la seguridad de que ella no le importaba nada a su padre. Pasado un tiempo, había decidido matarlo en su imaginario, decirse que, sencillamente, ella no tenía padre y que nunca lo tuvo. Lo había extirpado de su corazón. Pero resultaba que él no la había olvidado, que al menos una vez al año se acordaba de ella. Miró a su abuela cargada de reproches.

—¿Me habéis dejado vivir todo este tiempo creyendo que no le importaba nada a mi padre?

La abuela Alice no se atrevió a mirarla a la cara.

—Tu abuelo no quiso que te las entregara. Incluso le dio órdenes al cartero para que dejara de traerlas, pero yo hablé con el señor Collins, el jefe de la estafeta, un buen amigo. Él me las guardaba y me las entregaba sin que tu abuelo lo supiera.

—¿Él también lo culpaba de la muerte de mi madre?

La abuela Alice asintió. Pero había otras razones menos loables o comprensibles. Enrique Pizarro nunca le gustó al abuelo Whitman. Consideraba que los españoles estaban solo un escalafón por encima de todos esos negros, indios, musulmanes, aborígenes y orientales que las guerras de su majestad masacraban en África, Australia o el Medio Oriente. Carne de cañón. Para el abuelo Whitman, aquel militar de opereta del que se enamoró estúpidamente su hija Thelma le parecía una ridiculez, como su país y como ese general Franco, con voz de poco hombre; un país de católicos supersticiosos amantes de las fanfarrias y los desfiles, campesinos que en Inglaterra ni siquiera servirían para recoger la remolacha. El abuelo Whitman nunca puso un pie fuera de sus dominios de terrateniente venido a menos, pero aventuraba que España era un secarral donde solo se plantaban olivos y naranjos. De no ser por las reservas de wolframio, tan necesarias para el esfuerzo de guerra, ni siquiera existiría para el resto del mundo. Que Thelma, su única hija, pretendiera unir su destino al de alguien tan insignificante lo avergonzaba ante sus amistades. El abuelo Whitman ni siquiera tuvo nunca en consideración la vasta cultura de Enrique, su saber estar y aquel refinamiento que el abuelo identificaba como un tanto sospechoso de feminidad. De acuerdo, el prometido de su hija hablaba inglés perfectamente, pero ¿acaso no era esa la obligación de cualquier ser humano que pretendiera ser civilizado? Thelma no quiso hacer caso de sus advertencias (aquella muchacha rebelde, ahora se arrepentía de haberle dado manga ancha, de soportar sus veleidades artísticas) y se casó y se marchó con él a Tánger, esa ciudad apestosa y caótica, un babel impúdico. Solo el nacimiento de Helena, su nieta, los había reconciliado. Aquel fante español le arrebató a su hija para dejarla abandonada después, así que el abuelo Whitman juró que mientras viviera jamás permitiría que Helena tuviera contacto con su padre y que, desde luego, si estaba en su mano, lo entregaría a las autoridades españolas sin dudar. Al menos en aquello los españoles eran de fiar: sabían fusilar como nadie.

Helena escuchó aquellas revelaciones en boca de su abuela compungida. Pasaría días enteros encerrada en su cuarto leyendo por primera vez aquellas postales, buscando en las letras la voz de su padre, su esencia y su presencia:

Querida hija: Roma es una ciudad extraordinaria. Cada tarde paseamos por el Coliseo, y Abdul ha aprendido a conducir una Vespa. Vamos al mercado y compramos fruta fresca.

Nunca olvides que te quiero...

Querida hija: Nunca imaginé que haría tanto frío en París, Abdul está constipado, se pasa el tiempo tiritando. A veces se pone de mal humor. Dice que echa de menos a su familia y me culpa a mí. Sabe que me hace daño. Te quiere tu padre...

Postal tras postal, se sucedían las ciudades y los países, las huidas y los miedos, las ganas de volver, los reproches y perdones, las peleas con Abdul y las reconciliaciones: 1956, 1957, 1958, 1959...

Todavía le quedaba otra cosa por saber, le confesó su abuela aquel año de desvelamiento de secretos. Subieron juntas hasta el desván. La abuela iba delante, muy despacio, fatigándose, y Helena, detrás, atenta por si su abuela perdía el equilibrio. Nadie solía subir allí arriba, excepto Mary, la criada más fiel de la abuela Alice, que lo hacía una vez al mes para mantener a raya a los roedores, quitar los nidos de las palomas y sacudir las sábanas que cubrían los muebles arrinconados. Las ventanas estaban entreabiertas para que la corriente de aire impidiera que el polvo se asentara. La abuela le pidió a Helena ayuda para retirar una cómoda francesa que necesitaba ser restaurada. Le costaba deshacerse de las cosas que habían pertenecido a una familia que en otro tiempo fue esplendorosa y que ahora caminaba hacia la ruina sin que Helena lo sospechara.

—Coge ese cuadro, el grande. Es el último retrato que pintó tu madre. Lo rescatamos cuando fuimos a buscarte a Tánger. Míralo bien, Helena. Nunca te olvides de esa cara. Ese hombre es el causante de todo el sufrimiento que ha padecido esta familia. Y si es verdad que Dios existe, algún día pagará por ello.

Helena reconoció el rostro de Abdul.

Más de cincuenta años después de aquella escena en el desván, Helena seguía sin saber si Dios existía, aunque sospechaba que no.

Conservaba el lienzo pintado por su madre enrollado al fondo del armario y casi nunca lo contemplaba. Por la misma razón que Thelma no pudo destruirlo, ella tampoco podía desprenderse de él. Abdul había encarnado mucho más que la infancia en la vida de Helena. Mucho más que aquel viaje al Rif, que sus cuentos, que sus muñecos de alambre y corcho. Fue y seguiría siendo hasta el final un mal infeccioso demasiado profundo para ser extirpado, demasiado complejo para ser comprensible: imposible curarlo. Lo único que había podido hacer era conservar aquel cuadro, como la llamita que es necesario preservar del olvido para mantener vivo el odio, para recordar que él era el responsable de que su padre las hubiera abandonado a ella y a su madre, que él era el culpable de que Thelma se hubiese vuelto loca de dolor y hubiese querido matarla. Él, solo él, era el responsable de la soledad de Helena. Así lo había decidido ella para sobrevivir todos estos años y poco importaba si era cierto

o no lo era. Extendió el lienzo encima de la cama y estuvo observando mucho tiempo el rostro de Abdul con ojos tristes que parecían preguntar por qué, a lo que el retrato respondía con un silencio indiferente. A lo largo de los años, Helena se había preguntado qué habría sido de él, si todavía estaría vivo, si aún se acordaría de su padre y de ella en aquel viaje que hicieron juntos al Rif. ¿Llegó a saber que Thelma se había suicidado? ¿Se sentiría responsable o, sencillamente, habría seguido con su vida sin esa carga en su conciencia?

Lo último que supo de Abdul fue lo que su padre le escribió en su última postal, en febrero de 1978. Desde Malmö, la misma ciudad en la que vivía David y su maravillosa familia de anuncio. Y eso no era ninguna casualidad. Helena nunca permitía que el destino eligiese por ella. Aquella postal fue la más lacónica de todas: «Querida hija: He encontrado en esta ciudad a Abdul. Y con él he encontrado mi perdición y mi salvación. Mi destino. Espero que me perdones algún día por no poder hacer otra cosa que seguir su designio. Tu padre que te quiere».

Había olvidado escribir una última frase: «Aunque ya no volvamos a vernos».

*Malmö*

Ni atajos ni formas de huir. Ni excusas ni manera de marcharse silbando como si no hubiera visto nada porque el muerto estaba allí, a la vista de todo el mundo, en medio de un parque infantil. Sentado en un columpio. La cabeza separada del cuello y sostenida en las manos cruzadas sobre el regazo, mirando a todo el mundo con los ojos casi en blanco. Todo un espectáculo. Y le tocaba resolverlo a él con rapidez, pulcritud y eficacia. Eso vendían sus superiores, que la policía era infalible y capaz de mantener a la gente alejada del horror. Ahora era su cara la que estaba expuesta y la opinión pública iba a partírsela sin contemplaciones si fallaba. El intendente jefe se lo había dejado claro:

—¿Querías un trampolín? Aquí lo tienes. O la gloria o la mierda, Gövan. —El intendente jefe Helmut lo odiaba. Iba a disfrutar de lo lindo viendo cómo los perros despedazaban a Gövan si fracasaba con aquella investigación.

Gövan estaba asustado. «Lo harás bien», lo había animado aquella mañana su esposa, pero Gövan había percibido claramente en sus palabras una advertencia: «No me decepciones. Mi padre y yo tenemos grandes planes para ti». Los rumores que circulaban sobre su intención de presentarse como diputado por Escania eran ciertos. No quería decepcionar a su esposa ni a su suegro, pero lo cierto era que él nunca quiso ser policía y que jamás esperó hacer algún día carrera política. El secreto mejor guardado del subcomisario Gövan era que le hubiera gustado ser un campesino de ambición modesta como lo fueron su padre y su abuelo, y como antes lo habían sido su bisabuelo y su tatarabuelo.

—Al menos lleva muerto dos semanas. No lo mataron aquí, lo trajeron de alguna parte con la cabeza ya seccionada —dijo Inga, la inspectora jefa de la policía científica.

Gövan contempló detenidamente el cadáver sin tocar nada. Consciente de que era observado por decenas de miradas expectantes. Viéndolo ahora pocos hubieran podido imaginarlo en el papel de hombre rústico; pero, apenas un siglo atrás, ser campesino en Suecia era un acto heroico. Algo así como haber sido de los europeos que colonizaron el Oeste americano. No como los grandes terratenientes de hoy en día, claro. En su familia nunca hubo señoritos, no poseían grandes explotaciones, ni maquinaria moderna, ni cuadrillas de peones a sueldo. Solo disponían de pequeñas parcelas en la zona pantanosa al sur del Vättern, suficiente para mantener algunas ovejas, cabras y tener unas pocas hectáreas de cultivo. Él nació en la casa que había construido con sus manos el tatarabuelo, donde luego nacieron las sucesivas generaciones de Sjögren. No había nada más en muchos kilómetros a la redonda que



aquella edificación, a la que fueron agregándose, con los años, otras estructuras como el granero, las cuadras y los corrales.

La inspectora Inga parecía embelesada con el espectáculo.

—Decapitar a alguien de un modo tan limpio no es sencillo. Hay muchos músculos, vértebras... Se necesita un arma muy afilada y pericia para asestar un golpe como este, brutal y certero. Un verdugo de la Edad Media no lo habría hecho mejor.

—Te lo pasas bien, ¿verdad, Inga?

La inspectora se ruborizó. Ella y Gövan habían tenido una aventura mil años atrás, en la prehistoria, cuando eran patrulleros que no se preocupaban todavía de sus respectivas carreras profesionales. Aquello solo duró unos meses, hasta que Gövan conoció a la guapa y rica heredera que ahora era su esposa. Pero a veces, cuando se cruzaban la mirada en un pasillo de la comisaría general, Inga sentía que todavía se removía algo.

—Interés profesional. Una cosa así no se ve cada día. Desde luego, no vamos a aburrirnos.

Gövan asintió, aunque no podía tomarse el asunto con el sentido del humor de la inspectora. A veces, el subcomisario veía a sus hijos, que tenían todas las comodidades y todas las formas de entretenimiento al alcance de la mano, y que sin embargo vivían en una insatisfacción permanente. Él nunca fue un niño aburrido. En la granja en la que se crio siempre había otros niños, sus hermanos y sus primos: por todas partes, mujeres y hombres a los que unía el parentesco y que siempre estaban pendientes los unos de los otros. Se protegían. El fuego permanecía encendido las veinticuatro horas, lo alimentaban los más pequeños: esa era su tarea, explorar los bosques en busca de leña, almacenarla en los leñeros, ocuparse de mantenerla seca. Los mayores se las apañaban para solventar los pequeños problemas domésticos: arreglaban una cañería, desembozaban el pozo, tapaban las grietas de la casa o reparaban los tejados. No existían la vejez ni la niñez, cada cual aportaba lo que podía en función de sus capacidades. Y todos se sentían a salvo.

Alzó la cabeza y observó a los curiosos que, tras la cinta de seguridad, grababan la escena con sus teléfonos móviles como si estuvieran asistiendo al rodaje de una película. Nada les parecía real. Estaban demasiado lejos de las heridas, del hedor. Malmö no era el paradigma de ciudad perfecta, del mismo modo que Suecia no era el paraíso que los políticos seguían empeñados en vender al mundo, pero aquella cabeza cercenada era demasiado real. Todos se creían a salvo de horrores que, en el fondo, suponían lejos, y, de repente, descubrían que era posible encontrarse cara a cara con los ojos desorbitados y la lengua pálida de una cabeza real, abandonada como carroña en un parque infantil.

Gövan recordaba a su abuelo arando la tierra hasta los ochenta años, y a nadie le parecía algo extraordinario. Eso era real. «¿Sois felices?», les preguntaba de vez en cuando a sus hijos, cargando sobre ellos esa responsabilidad excesiva, y los obligaba

a responder una pregunta que no podían comprender, que ni siquiera sería capaz de responder con sinceridad un adulto. Él nunca se cuestionó si era feliz o infeliz en la niñez. Eso —la felicidad, la frustración— lo descubrió mucho más tarde, cuando se marchó a Malmö a estudiar y otra clase de ambición prendió en él: el lujo, el poder, el dinero, el reconocimiento social.

—¿Por qué habrán escenificado esto? El decapitado con la cabeza en las manos sentado en un columpio infantil... Es enfermizo.

—Apostaría la cabeza.

—Muy ingeniosa, Inga. Pero no tiene gracia. —El cadáver había sido encontrado por un niño junto a su tobogán favorito, en el mismo parque al que cada mañana las madres llevaban a sus pequeños a jugar mientras ellas leían sus novelas, y donde las mascotas caninas tenían el espacio acotado para hacer sus necesidades... Si algo así era posible, entonces, todo lo era.

En su infancia, probablemente sin saberlo, Gövan fue el más feliz de todos los chiquillos. Solo que no había palabras para enunciarlo de ese modo. Cuando enfermaba, su madre sacaba de la despensa unas pocas medicinas en lo alto de una alacena donde se guardaban las cosas *importantes*: la vajilla buena para las festividades, algunos bordados que la abuela iba tejiendo para el ajuar de las hermanas de Gövan o cualquier adorno de lujo traído por algún pariente en sus raras visitas a la ciudad. Si enfermaba alguien de verdad y no bastaban las aspirinas, los analgésicos o el yodo, se intentaban los emplastes, cuyos misterios conocían los más viejos. Raíces, plantas, flores y semillas. Después tocaba encomendarse a los dioses ancestrales y, solo en última instancia, cuando la cosa era muy grave, su padre recorría a pie los doce kilómetros que los separaban de la estafeta de correos, el único lugar donde había un teléfono en muchos kilómetros a la redonda, y pedía socorro. El médico, si llegaba, tardaba más de tres horas. Las intromisiones de lo moderno les molestaban, demostraban que no podían hacerle frente a los inconvenientes sin ayuda, por eso procuraban evitarlas. Y no existían horrores como este.

—¿Crees que tiene relación con el degollado del puerto?

Inga estudiaba la herida del cuello del cadáver. No se atrevía a especular hasta tener más resultados.

—¿Sture? Todo es posible. Si alguien es capaz de algo así, sin duda es el Turco.

El subcomisario miró al cielo. Iba a llover. Pensó en su traje nuevo. No se le había ocurrido coger un paraguas al salir de casa. Se aflojó el nudo de la corbata. A pesar del frío, le sudaban las manos. Ladeó el cuello y vio los focos portátiles del grupo de investigación y la furgoneta gris de la morgue. Su hijo mayor quería ser juez. Creía en la justicia. El pequeño, en cambio, quería ser policía; admiraba a su padre, recortaba todos los artículos de periódico en los que aparecía y los pegaba con cuidado en cartulinas de colores que después mostraba a sus compañeros de clase. Si seguían sus pasos, ambos verían cosas como esta, y su inocencia quedaría manchada para siempre.

—En algún momento todos debemos perder la inocencia, ¿verdad? Es inevitable.

Inga reconoció en Gövan una de aquellas miradas que de vez en cuando le hacían recordar los tiempos en los que desayunaban juntos después del turno y se marchaban al pequeño apartamento de alquiler que ella tenía cerca de los muelles para follar en duermevela, agotados pero voluntariosos.

—Supongo que así es. Todos tenemos que llegar a ese momento.

Para Gövan ese instante llegó cuando su hermana mayor murió de apendicitis. El médico no pudo hacer nada por ella, dijo que era demasiado tarde. Si hubiese habido modo de llevarla inmediatamente al hospital, se habría salvado. Fue entonces cuando Gövan se dio cuenta de que necesitaba escapar a la ciudad, *a la civilización*. El subcomisario percibió el tono trágico de aquella afirmación, como si fuese la víctima de una ambición que solo él había alimentado. La civilización era capaz de generar monstruosidades como la que tenía ahora ante sí.

—¿Sabemos al menos algo del muerto?

La inspectora Inga le tendió un papelito doblado en dos partes. No hizo nada para evitar el roce de sus dedos un segundo más de lo necesario.

—Nada, le han vaciado la cartera. Preguntaré en inmigración; el muerto parece de Oriente Medio. Puede que tengamos suerte con las huellas, apuesto a que está fichado en algún país. Solo tenía este papel en un bolsillo.

Gövan leyó el papel y sintió que las fibras del cuero cabelludo se le erizaban. Miró de reojo a Inga. ¿Se habría dado ella cuenta de su reacción? No lo parecía, la inspectora no había visto más que un número de teléfono. Algo que comprobar.

—Ya me ocuparé yo de esto —dijo serenándose—. Tú céntrate en el informe *post mortem*. El fiscal Fosen es muy meticuloso, y no quiero defectos de forma. Ninguna cagada, Inga. Nos jugamos mucho con esto.

—Oye, subcomisario. Sé que esto es importante. No te dejaré mal. Por los viejos tiempos.

Gövan puso cara de circunstancias. Todavía era demasiado joven para pensar en los viejos tiempos con nostalgia. A veces se olvidaba de que Inga era doce años mayor que él y que la capacidad protectora de los recuerdos crece con la edad. Necesitaba tenerla de su lado.

—Algún día deberíamos tomarnos una cerveza. Cuando todo pase.

Inga frunció el ceño y se apartó.

—No necesitas comprarme con baratijas, subcomisario. Haré mi trabajo con pulcritud, no te preocupes.

Gövan lanzó un suspiro de agotamiento. No tenía tiempo para escenitas.

Dejó trabajar al grupo de la policía científica tras el entoldado que habían levantado en el parque con la orden de que lo avisaran de cualquier novedad. Salió del parque esquivando a los periodistas y a los curiosos y encendió un cigarrillo antes de entrar en el coche. Querría estar en cualquier otra parte, ser otra persona mejor. Distinta. Pero era lo que era, un hombre falso que se solapaba con otro que era cierto

a tiempo parcial, sin saber cuándo era el uno y cuándo el otro. Por más logros que consiguiera, siempre sería en cierto modo el hijo del granjero, el bruto que llegó a Malmö siendo un adolescente que apenas podía recitar la tabla de sumas y restas. Antes, cuando Gövan solo quería que su padre se sintiera orgulloso de él, todo era sencillo. Siempre tuvo una fe ciega en su padre, era su héroe, representaba el orden de un mundo donde cada cosa ocupa su lugar natural, inalterable, inmutable. Él los mantenía a salvo, proveía y guardaba la sabiduría que un día los niños aprenderían. Pero, cuando murió su hermana, Gövan lo vio derrumbarse, y comprendió que la granja ya no era su lugar en el mundo. Aún seguía buscando cuál lo era.

Se miró las manos. Todavía tenía el papel entre los dedos.

—Maldita sea —murmuró, arrojando el cigarrillo al suelo. Los periodistas se acercaban como una nube de insectos excitados. El subcomisario debía ocuparse de aquel teléfono antes de que Inga le tomara ventaja en la investigación. Conocía de sobras la eficiencia de su antigua novia.

La pieza preferida por Abdul de su colección de minerales era aquel pedazo de cuarzo lechoso, de un blanco opaco. Casi no presentaba impurezas y las fisuras eran tan diminutas que solo era posible apreciarlas con una lupa de gran aumento. Decían que aquella clase de cuarzo tenía cualidades sanadoras para el alma, que atraía la buena suerte. Pero Abdul no creía en esas cosas; si era la pieza que más valoraba de su estuche de minerales era porque al contemplarla, y lo hacía todas las mañanas, evocaba su juventud y el momento en el que se comprometió secretamente con su difunta esposa, Alá la tuviera en la gloria. Abdul recordaba la cara de sorpresa de ella cuando puso en la palma de su pequeña mano aquel pedazo de cristal de roca. Era solo una niña de trece años, y tenía esos ojos difíciles de llenar de alegría, profundos y oscuros, precipicios a los que asustaba asomarse. Tal vez fue eso lo que provocó el interés de Abdul: su tristeza un poco melancólica, excesiva en alguien tan joven, un aire de ausencia que conjugaba perfectamente con su cabello largo y negro, su frente ancha y el rictus apretado de su boca, aquel cuerpo, tan espigado y al mismo tiempo abrupto, difícil de conquistar. A cualquier otro le hubiera provocado rechazo aquella amargura prematura y sus caderas, tan estrechas que presagiaban partos difíciles y pocos hijos, pero Abdul supo ver en ella más allá de sus trece años para imaginar la mujer que sería, fuerte, resistente, capaz de seguirlo a cualquier parte, como esos perros feroces que se crían en la calle y que solo se muestran leales hasta la muerte con quien les ofrece una mano y una caricia.

¿Cuántos años tenía él cuando se acordó el matrimonio? No lo recordaba, muchos más que ella, eso era seguro, tantos como para que la muchacha se asustase al verlo por primera vez. Pero aquel pedazo de cuarzo allanó el camino. El matrimonio había sido acordado entre las familias, como era costumbre. Su padre la obligó a casarse con aquel *tábano*, así lo llamaba para castigarlo y humillarlo ante toda la aldea. Fue

su modo de decirle: «A mí no me engañas. No eres más que un medio hombre, de modo que no mereces más que media mujer». Desde hacía tiempo corría el rumor en la aldea de que el joven Abdul no se dedicaba solo a limpiar el uniforme del capitán Enrique Pizarro, como era su obligación de asistente. Habían oído que en Tánger se daba a la buena vida y se paseaba por sus calles en coche, tomaba café europeo y fumaba pitillos americanos. También se decía que se vestía como un rufián ridículo con las americanas y las camisas que Enrique le regalaba cuando se cansaba de ellas, y que iba con el pelo engominado y con aquellas absurdas gafas de sol.

Y todo el mundo sabía quién pagaba esos caprichos. Pero lo que más avergonzaba a Rachid no eran los chismorreos a cuenta de la relación entre su hijo y el capitán. En la guerra uno aprende a ver las cosas de otra manera. Lo que Rachid detestaba profundamente de su hijo era su vanidad. Uno no puede dárseles de hombre con los méritos de otro. Abdul nunca había estado en una guerra, no había tenido que destripar a un enemigo a la bayoneta y cuerpo a cuerpo luchando con aquellos tozudos rojos que no se rendían nunca. Su hijo se las daba de gallardo y de hombre, pero no sabía lo que se siente al cortar a un hombre en pedazos —una oreja, la nariz, un dedo, los cojones y la polla— para hacerlo cantar. No había participado en el saqueo ni le había roto a un moribundo la boca con la culata del fusil para quitarle un diente de oro. No había escarbado entre las montañas de muertos ni se había peleado con los demás por un par de botas o una cajetilla de cigarrillos manchada de sangre. Jamás le había abierto las nalgas a la fuerza a una mujer o a un hombre ni había participado en una violación colectiva porque la violación es asquerosa aunque tengas ganas de vaciar el nabo. A nadie le gusta vaciarse en un cuerpo en el que ya se han vaciado antes ocho hombres, que ya no es ni un agujero sano, solo un esperpento gimoteando entre harapos, suplicando que la maten... pero el sargento te ordena que no cedas ni muestres clemencia, que le muerdas a la moribunda los pezones, que te mees y te cagues encima; y, aunque te dé asco, encuentras la manera de empalmarte y te dices que aquello no es una persona, ya no, solo un saco con un agujero que chorrea sangre y semen de otros, y que hay que hacerlo porque la violación es el arma de guerra preferida de los que siembran el terror. Hace que los soldados del frente se desmoralicen y quieran regresar a la retaguardia para proteger a sus madres, a sus esposas y a sus hijas.

No, Abdul no podía saber nada de eso, solo se le ocurría ir a la aldea con sus aires de conquistador, de galán de medio pelo, con un tocadiscos y otras bagatelas con las que las tropas coloniales solían comprar antaño a los jefes de las cabilas. Con Enrique Pizarro, su hijo se creía mejor que su padre y que todos los hombres de la aldea. El otrora compañero de Rachid ya hacía tiempo que había olvidado aquellas barbaridades que tuvieron que hacer juntos. Ahora, Enrique Pizarro era un policía del Tabor, cultivaba amistades políticas y se relacionaba con artistas y gente importante. Como si eso pudiera borrar lo demás, el hedor del pasado. Como si casarse con una inglesa y presentarse en la aldea con Abdul y su hija, al mismo tiempo española,

inglesa y tangerina —es decir, tres tercios de nada—, pudiera esconder lo que Pizarro era, y que Rachid conocía muy bien. En lo que el capitán estaba convirtiendo a su hijo. En su zorra. No podía impedirlo, pero sí obligar a Abdul a cumplir su voluntad de casarlo con quien más conviniera.

Abdul nunca se preguntó qué clase de esposo había sido; esas eran preguntas ociosas, propias de otras generaciones que se cuestionaban la vida y los sentimientos hasta exasperarse. De alguna manera, antes resultaba todo más sencillo. Tras la boda, su esposa se quedó en la aldea y él regresó a Tánger. Volvía a visitarla de vez en cuando y, en una de aquellas visitas, la dejó embarazada porque era lo que se esperaba que hiciera. Su esposa nunca le hizo reproches ni pidió más de lo que se le daba. Abdul la trató bien, todo lo bien que supo. Ella no preguntaba de dónde salía el dinero, lo cogía y lo administraba bien. Obedeció siempre en silencio, con esa terquedad de quien vive para adentro pase lo que pase. Como aquella noche de 1954 cuando fueron de visita a la aldea con Enrique y la pequeña Helena. Abdul no se sentía orgulloso de lo que aquella noche le obligó a hacer a su esposa pero, a decir verdad, tampoco sentía remordimientos. Además, la idea no fue suya, fue de Enrique, y él, medio borracho, pero sobre todo acobardado porque no quería contrariar a su benefactor, no supo o no quiso oponerse. Y, a fin de cuentas, era su esposa, le debía obediencia. Después de aquella noche, cuando Abdul la miraba en sus quehaceres, sentía pequeños chispazos de culpabilidad que ahogaba a fuerza de gritarle y golpearla por cualquier nimiedad.

—No es bueno recordar —murmuró mientras guardaba el estuche de minerales. Los recuerdos eran como las termitas, agujereaban el presente y lo enfermaban.

En la televisión estaban hablando del cadáver decapitado que habían encontrado en el parque aquella mañana.

—¡Salvajes! —Salvajes como Rachid *el Español*, que se regodeaba en la truculencia como si eso fuera una virtud y una muestra de hombría. Tal vez, lo que a Abdul le gustó al principio de Enrique fue que pese a haber vivido las mismas cosas que su padre se había convertido en un hombre diferente a él. El otro Enrique, el soldado que vivió con Rachid la guerra, a floraba en contadas ocasiones, como aquella noche en la aldea. A veces, el capitán necesitaba permitir que saliera, que se paseara un poco y lanzase algunas dentelladas para regresar a dormir ovillado y satisfecho en el interior del otro, el padre de la pequeña y curiosa Helena, el esposo refinado de una pintora inglesa.

¡Thelma! Cuántas noches se había masturbado Abdul pensando en aquellos grandes ojos que no querían nada de él, excepto que se dejara atrapar en un lienzo. Thelma lo enloquecía con su indiferente benevolencia: le permitía pasear por la casa, jugar con Helena, sentarse en el jardín de las buganvillas con ellos a tomar una limonada con hielo picado por las tardes y compartir las partidas de mus y fumar sus pitillos, pero permanecía indiferente a las insinuaciones de Abdul. Ella le hacía creer que formaba parte de ellos, de su familia, de su círculo. Pero nunca fue cierto. Quizá

por eso, por despecho, le arrebató lo que más le importaba.

Fue fácil seducir a Enrique, o dejarse seducir por él. El capitán Pizarro era un libro abierto para quien sabía leer en él. Pasar de los callejones y de los catres al enamoramiento y los caprichos no le costó demasiado a Abdul. Conocía la codicia sexual que despertaba en los hombres y nunca sintió que hubiera algo malo en ese deseo. Follar con Enrique era algo que no le importaba, no sentía verdadero deseo pero tampoco repulsión. Empezaron a hacerlo un año después de que Abdul entrara a su servicio y ello le pareció un peaje necesario a cambio de la vida que Enrique le ofrecía y una justa venganza contra Thelma. El capitán siempre era delicado —a veces en exceso para el gusto de Abdul—, no se precipitaba, y no lo penetró hasta que Abdul estuvo preparado. Enrique adentró bien a su pupilo en los secretos de la sodomía y el sexo oral. Abdul tenía más registros y más aguante que Pizarro; sabía cómo agotarlo y hacerlo gozar de verdad, sin los miramientos del capitán. Sabía que disfrutaba cuando lo penetraba con brutalidad, a Enrique le excitaba que le dijera guarradas al oído, cosas ridículas como «córrete en mi cara» o te voy a hacer esto o aquello. Un teatrillo que Abdul llegó a dominar con maestría.

Pero, ni siquiera cuando decidió seguirlo en su loca aventura de escapar juntos para ver el mundo, logró Abdul arrancar por entero a Enrique de su esposa y de su hija. Nunca entendió aquella absurda costumbre de escribir postales a Helena por su cumpleaños.

—¿Por qué le escribes? —protestaba celoso—. Eres como Pulgarcito, vas dejando miguitas muy fáciles de seguir a tu paso. A veces creo que te sientes culpable por haberlas abandonado y que quieres que los militares te atrapen para castigarte.

Enrique se burlaba, decía que ellos no eran tan importantes, solo dos proscritos, y Abdul ni siquiera eso, porque no era militar.

—Desengáñate, mi querido amigo. —A veces, Enrique marcaba una distancia distinguida con Abdul que, sin ser evidente, era sutilmente dañina, como si quisiera recordarle que por el hecho de estar juntos en aquella aventura no eran en absoluto iguales—. En España tienen problemas más acuciantes de los que preocuparse que de alguien que desertó hace cuatro años. ¿No lees los periódicos? Eisenhower ha declarado a Franco un aliado leal, han inaugurado el Valle de los Caídos, el papa Juan XXIII ha condenado las alianzas entre comunistas y católicos, y en Cuba ha ganado ese abogado barbudo de Castro. Bastante tienen con los disidentes internos, con perseguir a los comunistas en Francia y procurar que las democracias occidentales no se inquieten demasiado. Créeme, no hay una recompensa por nuestras cabezas ni recursos destinados a encontrarnos. Desde luego que mis generales estarían encantados si pudieran llevarme al paredón, pero no harán nada para encontrar a un modesto capitán al que prefieren imaginar inexistente.

A Abdul le molestaba aquella inconsciencia casi cómica de Enrique, le restaba mérito a su vida de prófugos. Ni siquiera existía, para Enrique, la sospecha de una vigilancia, la amenaza de un peligro inminente. Una vez pasados los primeros

tiempos de fuga, ya no miraban a sus espaldas por si aparecía alguien para dispararles a traición ni se inquietaban si un vehículo aflojaba la marcha al pasar junto a ellos. Estaban cayendo en rutinas que se parecían ridículamente a las de cualquier matrimonio. Era cierto que en aquellos años Abdul había visto mucho mundo y que Enrique contaba por ahora con recursos suficientes para darse la buena vida —restaurantes lujosos, buena ropa, viajes en primera clase y algunos caprichos caros como el reloj que lucía—, pero empezaba a darse cuenta de que el mundo es idéntico a sí mismo de un extremo al otro. Cambiaban las caras, los olores, los idiomas y el paisaje pero, en esencia, siempre era lo mismo: gente que iba y venía, ciudades con plazas y fuentes públicas, edificios y monumentos que no le interesaban aunque Enrique pusiera empeño en explicarle su historia, museos aburridos en los que Enrique podía pasar horas y horas contemplando un solo cuadro, librerías en las que no había más que libros y polvo y en las que Enrique perdía el tiempo charlando animadamente con un librero con cara de rata del *Amadís de Gaula*. Autobuses, trenes, taxis, puertos en todas partes.

La mañana de febrero de 1959 en la que Abdul decidió traicionar a Enrique, tras cuatro años de fuga, estaban en la estación de autobuses de Milán, a punto de subir al autobús que los llevaría a Roma. Enrique le había prometido con el entusiasmo habitual que le encantarían el Coliseo, la plaza de San Pedro y el Museo Vaticano... Pero Abdul no lo escuchaba. Ya se había hartado de todo aquello. Pasaba casi todo el tiempo malhumorado, el olor del gasóleo y del aceite de los autobuses lo deprimía, hacía frío, llovía.

—Echo de menos a mi familia. Fátima tiene ya cinco años, y la última vez que la vi ni siquiera había aprendido a andar. —Enrique había comprado una postal en el quiosco y estaba escribiendo a su hija sobre la maleta apoyada en los muslos—. ¿Oyes lo que te digo? Tú puedes escribirle a tu hija pero yo no puedo ver a la mía. No es justo.

Enrique alzó la mirada. En aquellos años de correr de un lado para otro había perdido parte del brillo de sus bonitos ojos verdes. Estaba más viejo y más flaco.

—Ahora tu familia soy yo, Abdul. De tu hija ya me ocupo. ¿No recibe tu esposa cada mes un cheque? Podrías ser más agradecido; a fin de cuentas, yo hago todo esto por ti.

¿Cuántas veces habían tenido aquella discusión? Centenares, casi desde el primer día. Y siempre terminaban de la misma manera: Enrique, enfurecido, le arrojaba un par de billetes arrugados y le decía que se largase para siempre: «Vuelve a esa aldea de mierda con tus cabras y tus moscas». Abdul le pedía perdón, Enrique se mostraba ofendido hasta que Abdul se arrodillaba, le bajaba la bragueta y le chupaba la polla. Entonces, Enrique se ponía a gimotear, lloraba y le decía que lo quería, que sin él no era nadie, que lo había arrojado todo por la ventana, su vida, su carrera militar, su familia, solo para estar con él. «Si tú me dejas, me cortaré las venas». Al principio, aquellos numeritos causaban un efecto disuasorio en Abdul. Pensaba sinceramente



que Enrique era capaz de matarse, y eso, en cierto modo, lo halagaba, como lo satisfacían las atenciones del capitán y le excitaba todo lo que Enrique sabía del mundo y que él desconocía. Pero hacía ya mucho que se sentía hastiado, que Enrique le producía repulsa. El capitán pensaba de sí mismo que no era importante para el régimen franquista, pero Abdul tenía sus dudas. Si al menos existiera una recompensa, por pequeña que fuera, o si pudiera obtener alguna prebenda a cambio de delatarlo, no tendría que regresar a la aldea con las manos vacías y enfrentarse al repudio de su padre y de sus vecinos.

Apenas llegaron a Roma, se las apañó para quedarse solo unas horas, que aprovechó para pedirle a un taxista que lo llevara a la embajada española.

No se arrepentía de lo que hizo. Ni siquiera cuando se acordaba de la cara de Enrique, que estaba en cueros y a medio afeitar cuando dos funcionarios de la embajada irrumpieron en la habitación del hotel y lo tiraron al suelo de modo violento y le retorcieron los brazos como si fuera un peligroso criminal. Los ojos de Enrique no dejaron de mirarlo ni un solo segundo, sin odio ni rabia, solo con una especie de desconcierto animal, un dolor de causas más profundas que los golpes gratuitos que le propinaron aquellos hombres antes de arrastrarlo hasta el coche aparcado en la calle sin permitirle que, al menos, se pusiera los calzoncillos.

—Un hombre hace lo que tiene que hacer —se decía ahora Abdul. Miraba las noticias en el televisor, pero, en realidad, se dedicaba a recordar la estela de aquel coche en el asfalto mojado alejándose del hotel aquella mañana de 1959 mientras él contaba los billetes de mil pesetas del sobre que le habían entregado en la embajada junto a un billete de Iberia y un visado español.

Ya no se acordaba de lo que hizo con aquel dinero, probablemente gastarlo en fruslerías para su esposa, su padre y su hija, pero eso no tenía importancia. ¿Cuánto valía la vida de un hombre? No lo sabía. Hubiera entregado a Enrique sin recibir nada a cambio, tanto había llegado a despreciarlo durante aquellos cuatro años de fuga. Sus cambios de humor, su arrogancia —y después su servilismo—, el sexo con él, su mera compañía, oler su colonia o ver su ropa tirada en la silla... le daba asco, se sentía engañado. Cuando Enrique lo convenció para huir juntos, le prometió todo lo que después no había cumplido. Era hora de volver a casa.

El anciano bajó el volumen del televisor y aguzó el oído.

Al otro lado de la habitación, como si fuera en otra vida, escuchó tararear una canción a Yasmina. La voz de su nieta llegaba amortiguada y tenía también algo de mineral atrapado en un estuche de cuero. Yasmina era el castigo que Alá le había impuesto por sus pecados. Por eso la odiaba tanto.

Yasmina estaba acodada junto a la ventana. La voz de Peter Bjorn entraba como un estilete en su cerebro cantando *Young Folks*: «No importa lo que hayamos hecho ni a dónde estemos yendo, podríamos quedarnos y contemplar cómo pasa la noche...».

Intentaba no pensar en lo que le había dicho Sture unos minutos antes. Todavía tenía el teléfono en la mano y la conversación seguía zumbando en sus oídos.

—Las cosas van a ponerse un poco feas, Yasmina. Pero quiero que estés tranquila, yo me ocupo de todo, como siempre. Tú solo tienes que mantenerte firme.

Parecía el Sture de siempre, bonachón y dicharachero, despreocupado. Pero, debajo de sus palabras, Yasmina había notado un temblor difuso, como la réplica lejana de un seísmo a mucha profundidad. Después había encendido la televisión y había visto a Gövan haciendo una declaración ante una nube de periodistas frente al parque infantil. Durante unos segundos no escuchó lo que estaba diciendo; «pienso para los pollos», se dijo, parafraseando al propio subcomisario, que decía eso cada vez que hablaban de los periodistas. «Son como pollos, solo tienes que darles de vez en cuando un poco de pienso». Lo que pensó Yasmina fue que el bonito traje de Gövan se iba a estropear con la lluvia y que estaba guapo en su papel de portavoz. Transmitía seguridad y solvencia, parecía un hombre honesto dispuesto a hacer lo correcto por la comunidad. Pero la comunidad a la que decía proteger no sabía que su protector se la follaba a espaldas de su mujer, que disfrutaba cuando ella le lamía el ano o que tenía pequeños derrames en los tobillos, recuerdo de sus años de plantón en controles de carretera cuando era patrullero. Aquellos periodistas que le metían los micrófonos casi en los ojos al subcomisario no sabían que tenía en la nalga derecha un tatuaje de un sol que sonreía. Una cosa tan infantil que causaba ternura más que chanza.

Después de esos primeros segundos, sí prestó atención a lo que decía en aquella rueda de prensa improvisada. Un hombre decapitado sentado en un columpio, un niño traumatizado que se lo había encontrado mientras jugaba, unos padres indignados, índices de criminalidad bajos, de los más bajos de Europa, estadísticas, números para calmar a la plebe. Promesas solemnes de resolver pronto el caso.

El teléfono sonaba otra vez. Esta vez el número era de Gövan. Alarmada, Yasmina dejó que sonara sin descolgar. Eso era lo que le había dicho Sture que debía hacer, no cogerle el teléfono al subcomisario, no hablar con él ni verlo hasta nueva orden. Aplastó el cigarrillo que estaba fumando en el tiesto de claveles y, asomándose al alféizar, se preguntó por enésima vez por qué no era capaz de saltar por la ventana.

Sería un bonito espectáculo estamparse contra los adoquines mojados ante la mirada atónita de los transeúntes. ¿Por qué no saltaba, entonces? Siete pisos de caída eran una apuesta ganadora. No serviría de nada, a nadie iba a importarle que se fuera, incluso estaba segura de que muchos respirarían aliviados. Los esbirros harían su informe y se irían a dormir, Sture se quitaría de encima el peso de un testigo molesto, su abuelo le daría gracias a Dios y su madre miraría fijamente su cuerpo deshecho como si mirase una pared.

—A la puta mierda con todos vosotros.

Recibió una entrada de WhatsApp. Era Gövan:

«Necesito que me llames. Es importante, tenemos que hablar».

Yasmina miró hacia abajo asomando medio cuerpo fuera de la ventana.  
Gövan... ¿Qué sentiría si ella saltara? ¿Al menos él la echaría de menos?

*Sevilla y Tarifa*

Cuando Natalia se quedaba quieta era peor. Dolía más aquella postración suya. Era como golpear con un palo a un cachorro indefenso. A Gustavo le daban arcadas aquellos ojos esquivos, la sumisión, el no decir nada. Resultaba más fácil cuando ella se resistía, pateaba, arañaba, insultaba y escupía. Cuando peleaba con todas sus fuerzas hasta quedar desfondada. La lucha, las uñas clavadas en la cara, los mordiscos en el antebrazo le enfurecían, desde luego, pero eran una excusa más, gasolina para renovar la ira. Ahora, el sonido sordo de los golpes en las costillas, patearla, era como cebarse con un saco de arena. Odioso.

Gustavo se vio a sí mismo sentado en la silla, en camiseta y calzoncillos con los calcetines todavía puestos. Frente a él, Natalia. Tumbada en la cama, vuelta hacia la pared, encogida y protegiéndose apenas con una sábana arrebujada entre las piernas y el pecho. Silenciosa. Como muerta.

—Di algo —murmuró.

Pero ella callaba. Gustavo abrió y cerró el puño mecánicamente. Tuvo miedo de haberse lastimado un dedo. Pensó en el concierto, necesitaba la maldita mano para tocar la guitarra. Los nudillos le hervían. ¿Por qué había sido esta vez? Qué más daba. La ira se apaciguaba y, como una oleada de bilis, llegaba el remordimiento.

—Natalia... yo... Lo siento. No sé qué me pasa.

Alguien debería abrirle el cráneo con un martillo y un escarpelo y hurgar con las manos en la materia gris de su cerebro. De ese modo, quizá, podrían decirle dónde estaba la raíz de aquella lava que siempre hervía bajo la apariencia de la normalidad, qué lo empujaba a ver a Natalia como un ser invisible hasta que, de pronto, se daba cuenta de su presencia y sentía por ella un odio sordo, un deseo casi incontrolable de dañarla. ¿Acaso no la amaba? Si era así, ¿por qué no había sido capaz de olvidarla? Cada día de su separación había sido un martirio, pero ahora que estaban juntos, que iban a ser padres, Gustavo no podía olvidar que ella había sido la causante de que lo encerrasen. No olvidaba aquellos días en el calabozo, pasar por la humillación de tener que desnudarse ante los policías, soportar las miradas acusatorias de la abogada, de la fiscal, de la jueza. Y, sobre todo, le había dolido tener que escuchar en boca de Miguel los insultos, el desprecio. Aquel escupitajo que le lanzó el viejo en la puerta de los juzgados todavía resbalaba por la mejilla de Gustavo.

—Estoy loco. No se me ocurre otra cosa.

Miró a Natalia, pero ella ni siquiera movió los labios. Las palabras de Gustavo parecían no tener el menor efecto. No era desprecio, era mucho peor. Algo que él odiaba. Era indiferencia.

Si hubiera podido echarle la culpa de aquella violencia irracional a algo, a alguien. A su padre, por ejemplo. ¿No decían los profesionales que todas las torceduras de los adultos nacen en la infancia? Gustavo se había inventado esa patraña de que su padre lo maltrataba para que la psiquiatra forense que analizó su caso lo dejase en paz. Una infancia de gritos y llantos, de cuartos oscuros y esfínteres aflojados en la cama parecía una buena coartada. Pero todo era mentira. Tal vez su padre no fue el hombre más amoroso del mundo, pero nunca le levantó la mano ni la voz. En realidad, era un ser blando, sin cojones, que, hiciera lo que hiciera su hijo, ya fuera cagarse en medio del salón o prenderle fuego al sofá, se limitaba a bajar la cabeza ligeramente y mirarlo como si no existiera, sin rabia, sin reproches, sin afecto.

Tocó el párpado inflamado de Natalia. Ella apenas lo cerró un poco más fuerte.

—Hoy no deberías ir a trabajar —le aconsejó.

Esperó. Ella no dijo nada. Una palabra hubiera bastado para volver a dejar las cosas bien. Ordenar un poco los malditos libros que estaban por todas partes, no comportarse como una vaca preñada, mostrarse un poco menos irónica cuando él le enseñaba las letras de las canciones que estaba componiendo. Cambiar de cara para no ver en sus ojos a Miguel. Aquella superioridad de familia. Aquella altanería. ¡No era mucho pedir, maldita fuera! Sintió la rabia otra vez acudiendo como un desahogo. Cerró el puño con fuerza. Esperaba no haberse jodido la mano. ¿Dónde iba a encontrar el grupo a estas alturas otro guitarrista?

Exasperado, se apartó de Natalia e intentó concentrarse en la letra que estaba escribiendo antes de que todo empezara, antes de que ella lo interrumpiera con una de sus estúpidas discusiones a cuenta de la enfermedad de Miguel, de ir a verlo a Tarifa. Maldito viejo, hijo de puta. Incluso sin estar presente, su presencia lo envenenaba todo. Encontró el folio entre el desorden de papeles del suelo, debajo de una silla volcada. Escrita con letra pequeña y menuda, de niño introvertido y concienzudo, estaba la estrofa que trataba de componer. Cada palabra elegida con mimo. Pero no funcionaba, era una mierda. Sonaba a estribillo escolar. Un puto villancico, eso era lo que le dirían entre risas socarronas los miembros del grupo. Gustavo había perdido el toque, era la pura y amarga verdad. Alguna vez lo tuvo, el talento, el tacto, ese algo especial capaz de hacer estremecer a la gente, pero ahora estaba acabado.

Arrugó el folio y se volvió hacia la cama. La postración de Natalia le encarnó la tez.

—Joder, deja de hacer cuento. ¡No ha sido para tanto!

Agarró la silla del suelo y la estampó contra la pared para desfogarse. Unos cuervos de plumaje azabache empezaron a revolotear dentro de sus ojos. Tenía que salir de allí. No pensaba permitir que ella lo viera llorar. Cogió la cazadora y salió del apartamento dando un portazo.

Una tras otra, las horas se habían ido cayendo del reloj, pero solo cuando las sombras

empezaban a adueñarse del jardín del claustro y las últimas visitas se despedían de sus familiares, Miguel aceptó que Natalia no iba a venir.

Volvió a recorrer el camino de grava hasta la entrada principal con la vaga esperanza de verla aparecer con aquel aire suyo ajetreado, farfullando excusas, acalorada y sonriente: «El tráfico estaba terrible», «Me he equivocado de desvío en la autovía»... No había nadie. Volvió a mirar el teléfono móvil. La había llamado una docena de veces, y cada vez había saltado el contestador automático con ese mensaje grabado, un tanto irreverente, con la voz de su hija: «Ya ves que ahora no estoy dispuesta a atenderte. Si es urgente, insiste». ¿Y si le había ocurrido algo viniendo de Sevilla? En su estado, no era aconsejable conducir. Ella se habría reído: «Papá, no estoy moribunda, solo embarazada».

Miguel dudó incluso de haber anotado bien el día en que ella dijo que vendría. Ya no se fiaba de su memoria como antes, olvidaba cosas sencillas como dónde había soltado las gafas, si se había lavado los dientes o en qué punto había dejado la última lectura. Pero no había error posible. Ella le había prometido que sería hoy y había dicho, además, que iría sin Gustavo. ¡Parecía tan contenta con la reconciliación!

Algo había ocurrido. Esa terrible intuición se había ido acrecentando a medida que pasaban las horas. «Siempre te pones en lo peor; eres un pesimista vocacional», solía burlarse su esposa. Era cierto, al menos en lo que a su hija se refería. Si Natalia se retrasaba al regresar del colegio, Miguel se angustiaba pensando en atropellos y secuestros; si tenía unas décimas de fiebre, imaginaba un virus devastador atacándola... y las cosas empeoraron cuando su hija empezó a desarrollarse físicamente, a cambiar su manera de vestir, a maquillarse, a salir con amigos y a alternar en discotecas. La acechaba al oírla llegar a casa a altas horas de la madrugada, la veía quitarse los zapatos medio ebria y arrastrar los pies hasta la cama y se preguntaba si su hija estaría tomando drogas. La escuchaba meterse en la ducha y se atormentaba pensando si tendría relaciones sexuales de riesgo, si alguien podía abusar de ella. Nunca se atrevió a manifestar aquellos miedos abiertamente, pero la idea de que pudiera pasarle algo malo a su hija no dejó de atormentarlo, paradójicamente, hasta que se casó con el energúmeno de Gustavo.

—Se habrá olvidado —le dijo horas después durante la cena Helena, absorta en sus propios pensamientos. Miguel se sintió traicionado por la actitud displicente de su amiga.

—Mi hija no haría algo tan cruel.

Helena le echó un vistazo frío.

—Los hijos son capaces de las peores crueldades.

Miguel se levantó enfadado.

—¿Y se supone que nosotros no tenemos culpa en eso?

Pasó la noche encendiendo y apagando el teléfono. La pantalla le iluminaba la cara un instante en la oscuridad y volvía a apagarse sin noticias de Natalia. Había llamado al hospital de Sevilla; allí no estaba su hija, y eso era una buena noticia. El

departamento de Tráfico de la Guardia Civil no tenía constancia de accidentes graves en el trayecto entre Sevilla y Tarifa aquella noche. Un alivio. Había llamado incluso a la policía municipal. Una patrulla se había acercado al apartamento de Natalia, pero nadie había respondido al timbre.

Quedaba una monótona extensión de horas hasta el amanecer y lo único que podía hacer era enredar y desenredar la misma madeja una y otra vez y esperar. Arriba y abajo de un minuto al siguiente, así era la danza de sus pensamientos. Iba a volverse loco, como las noches que había pasado esperando una llamada de la policía o de algún hospital para comunicarle que habían encontrado a su madre vagando desnuda por la calle, magullada, desorientada, con signos de haber sufrido alguna forma de violencia de la que ella no recordaba nada. En una ocasión, le pidieron que describiera por teléfono si su madre tenía alguna cicatriz o alguna marca de nacimiento en el cuerpo porque habían encontrado a una indigente completamente drogada en un coche abandonado con síntomas de haber sido brutalmente violada. Miguel tragó saliva, jamás había visto a su madre desnuda. Finalmente se desplazó hasta el lugar para hacer una identificación. Resultó no ser ella, pero Miguel rompió a llorar convulsivamente y tuvieron que inyectarle un tranquilizante.

Se sentó delante de la ventana a contemplar la luna, baja, anaranjada y líquida como la yema de un huevo. Todo parecía tan sencillo ahí fuera, en calma y armonía, cada cosa en su sitio, todo conectado por hilos invisibles. De repente, Miguel sintió la presencia de Amador en la habitación. Estaba emboscado en las sombras pero oía su respiración de gato agazapado, esperando algo. Los muertos respiran. Cuando Natalia era un bebé, Miguel se despertaba sobresaltado y acercaba un dedo a la naricita de su hija para sentir la corriente de aire cálido entrando y saliendo, abriéndose paso entre los mocos. Solo eso lo tranquilizaba. Si respira, vive.

«Un desenlace», se le ocurrió de repente. Eso era lo que esperaba su padre. Algo que iba a suceder. En la palabrería mojigata de Águeda, su padre sería un ángel anunciador, un enviado para una misión cuyo significado solo sería desvelado al final. Pero Miguel no creía en eso.

—Un pasmarote, eso es usted. Un invitado de piedra a las angustias ajenas.

Su padre no respondió ni se dejó ver. Siguió respirando en la oscuridad, velando el insomnio de Miguel.

A las nueve de la mañana del día siguiente, por fin, Natalia respondió al teléfono. El cansancio de Miguel tras la noche en vela desapareció como por ensalmo.

—Hija, ¿estás bien?

—Hola, papá. —La voz de Natalia sonaba lejana, impersonal. Como la voz del contestador automático. Tenía una gravedad de recién levantada o de estar bajo los efectos de algún sedante. Arrastraba las palabras con desgana.

Miguel apenas podía contener la preocupación.

—¿Estás bien? Por Dios, Natalia, no imaginas la noche que he pasado. Se me han ocurrido miles de cosas terribles que podrían haberte sucedido.

La voz de Natalia se hizo más lejana, casi furtiva. Miguel la imaginó hablando con el teléfono muy pegado a la boca, escondida en el baño o en el dormitorio.

—Nada grave, papá. Siento muchísimo no haber podido avisarte de que no iba a ir. Ha surgido un contratiempo.

Miguel desconocía muchas cosas de su hija, pero sabía reconocer ciertos síntomas como el nerviosismo o la impaciencia, que hacían de sus mentiras excusas demasiado frágiles. Una oleada de temor mezclada con una ira incipiente trepó por su espina dorsal y se alojó en su nuca como una garra con las uñas metálicas.

—Ha vuelto a pasar, ¿verdad?

La voz de Natalia se estaba quebrando y se volvió indecisa.

—No sé a qué te refieres. Estoy bien.

—¿Has discutido con Gustavo? ¿Te ha puesto la mano encima?

Ella fingió sorprenderse, indignarse. Pero su respiración era precipitada y la necesidad de poner fin a la llamada, apremiante. De fondo, Miguel oyó la voz de Gustavo.

—Tengo que colgar, papá. Te llamaré. Iré a verte la semana que viene, lo prometo. Y hablaremos.

—Escúchame, Natalia. Dime qué pasa, puedes contar conmigo... ¿Natalia?

Oyó gritos, una discusión. Gustavo le había arrebatado el teléfono a Natalia. Estaba ebrio, esa clase de ebriedad que se manifiesta precisamente al tratar de disimularla, pensando muy bien lo que se dice, lo que se hace, de modo que palabras y gestos se vuelven robóticos.

—No lo puedes evitar, ¿verdad, viejo? No puedes dejar de entrometerte en la vida de tu hija y aceptar que ya no es una cría. ¿Por qué no me haces caso, Miguel? ¿Por qué no te quedas en esa residencia y te mueres de una puta vez? No vuelvas a llamar. Natalia no va a contestarte, ni va a ir a verte, ¿me oyes bien?

Antes de que Miguel pudiera reaccionar, Gustavo colgó.

«Llama a la policía» fue lo primero que pensó. Pero descartó la idea. Sabía lo que pasaría. Los agentes harían una inspección de rutina, quizá verían algo raro, desorden en el apartamento, la mirada cabizbaja de Natalia, algún arañazo en el brazo o una rojez cerca del labio. Preguntarían, insistirían, le ofrecerían llevarla al hospital, presentar una denuncia. Pero ella rehusaría y, cuando se marcharan, Gustavo se enfurecería y haría pagar a su hija por la decisión de Miguel. Pero no podía quedarse de brazos cruzados. Ya lo hizo una vez, como todos los que los conocían: amigos, vecinos. El silencio cómplice, exculpatorio, había estado a punto de costarle la vida a Natalia. Miguel no pensaba permitir que volviera a pasar.

—Es doloroso saber que los tuyos sufren y no poder hacer nada para ahorrarles el sufrimiento.

Ahí estaba su padre, con la ventana detrás y la claridad del día salpicada con



volutas de polvo flotantes para darle consistencia real. Miguel sentía la rabia en todos los poros de la piel. ¿Qué clase de padre había sido para Natalia? Un hombre impaciente. Cóleras que se pasaban rápido, que no dejaban ningún rencor, cierto, pero que solían agriarle el carácter y granjearle enemistades innecesarias. Tal vez su hija había acabado detestando sus manías, su manera de hablar, las cosas que hacía y las que dejaba de hacer. Pero era su padre, y ella, su hija. Y, cuando se quiere a alguien, no se lo abandona, jamás.

—Déjeme decirle una cosa, padre: usted solo es una farsa, así que no se atreva a decirme qué significa querer a alguien.

Helena tenía la expresión pensativa. La distancia, escenificada en un trazo recto con rotulador rojo sobre el mapa, era de tres mil kilómetros. Sobre el papel, era un recorrido limpio, sin esquinas, sin desvíos, sin dudas ni errores. Como le gustaba a Louise, la línea recta es el camino más corto entre dos puntos. «Mira —le decía excitada con un pitillo entre los dientes desplegando el mapa de Estados Unidos—, esta es la ruta que Kerouac describe en su novela. Desde aquí llegaré a Los Ángeles, a Hollywood. El paseo de las estrellas me espera. Fácil, ¿verdad?». Fácil. Todo era fácil para Louise.

Pero Los Ángeles no era Malmö. Y Helena no era Louise. En Malmö, a esa misma hora, bajo una capa de nieve recién caída que se endurecía en los tejados y que formaba gruesos carámbanos en las canaletas de las casas, dormían bien abrigados y con la calefacción a toda mecha, aunque David le había contado que allí las casas eran eficientes energéticamente. Helena no tenía ni idea de qué significaba eso. Debía de ser hermosa esa ciudad portuaria con las calles ordenadas, las casitas bajas, todo muy limpio, verde y azul. Las fachadas de madera, las ventanas pintadas de blanco y un tranvía silencioso. Más o menos era así como lo imaginaba: una familia nórdica de anuncio, encantadora y moderna, con muebles para montar uno mismo en su casa eficiente, un coche familiar con neumáticos antideslizantes, una tele de plasma de cuarenta pulgadas y una chimenea de hierro, dos nietos educados y un poco tímidos, bicicletas aparcadas en la puerta y un perro que no dejaba las alfombras pringadas de babas y pelo. Aunque le daba miedo que las cosas no fuesen tan bonitas. En realidad, no sabía si en Malmö era tiempo de nevadas. Tal vez hiciera un calor asfixiante y las calles fueran sucias y olieran a pescado podrido. Quizá la casa de David fuera insípida y sin el calor de un verdadero hogar.

Días atrás, la decisión de ir a Malmö le había parecido una buena idea. Pero a medida que avanzaban las horas, la asaltaban las dudas.

¿Qué iba a decirles? Se presentaría sin avisar para saltarse las excusas y los aplazamientos interpretando el papel de abuelita con una maleta en la mano; sería esa inoportuna visita que se recibe con una sonrisa nerviosa y gestos de cortesía forzada. Los niños no la conocían, Marta no la tragaba y de David no sabía demasiado. ¿Qué

música escuchaba? ¿Qué libros leía? ¿Qué le gustaba comer? Durante los tres últimos años su contacto se había limitado a sus cortas conexiones por Skype una vez por semana, en las que apenas se contaban vaguedades, reían un poco y sorteaban los silencios incómodos. La acogerían con tensión, sería una intrusa en su intimidad que no encontraría su sitio en el sofá lleno de juguetes, supervisada por la mirada hostil de la señora de la limpieza que vivía con ellos. No sabrían exactamente dónde alojarla, tal vez en una pequeña habitación para invitados o en la biblioteca, que tendría un sofá que se convertiría en cama desplegable; luego, tendrían que buscar un juego de sábanas, de toallas, explicarle someramente cómo funcionaba el calefactor, el televisor, enseñarle dónde estaban la sopa y la nevera. Los niños y el perro la seguirían por la casa mirándola como a una extraterrestre, haciendo preguntas impertinentes o, lo que sería peor, la ignorarían, dedicados a matar enemigos en la consola de videojuegos. Podría quedarse unos días antes de que la tensión estallase en susurros nocturnos en el dormitorio de David. Helena oiría, aunque no quisiera, la voz de Marta: «Tiene que irse, nosotros tenemos que retomar nuestra vida, los niños van al colegio, tú y yo trabajamos. No podemos ocuparnos de ella. Y, además, ¿para qué ha venido?». Y lo peor sería no escuchar la réplica de David. Su silencio aquiescente.

Desde cualquier punto de vista, era una locura. Se burló de sí misma al ver lo que había comprado aquella mañana en el supermercado del centro para llevar como presentes: aceite de oliva, almendras de Alicante, boquerones y una pata de jamón de Jabugo. Se veía a sí misma dando vueltas por los pasillos y entre los estantes abarrotados de productos preguntándose qué podría gustarle a David, a los niños, comportándose como esos turistas alemanes en chancletas de piscina y bañador floreado que preguntaban a las dependientas por los productos «auténticos» de la famosa dieta mediterránea. Era ridículo. ¿Pensaba comprar con eso su cariño? ¿Acaso en Suecia no había supermercados, no conocían el aceite de oliva o el jamón de pata negra? ¿Pensaba cargar con todo eso para que se lo quedaran en la aduana y los aduaneros avispados se dieran un homenaje en su honor?

—Estás razonando como esas abuelas a las que invitan a una boda y se guardan en el bolso los bollos de pan sobrantes. Eres patética —se recriminó en voz alta.

No podía seguir mintiéndose. Desde el primer momento, aquel viaje no había tenido nada que ver con David o con su familia, así que no iba a fingir ser una madre alejada de su hijo ni una abuela que añorase a sus nietos. La verdadera razón para planificar aquel viaje era que estaba asustada como no lo había estado nunca. Ni siquiera durante los años silenciosos vividos con Walter había sentido tan cerca la inminencia de su derrota. La culpa era de Marqués, aquel cabrón la había dejado sola ante la evidencia, desnuda: «Esto es lo que te espera también a ti, *lady*. Soledad, autoengaño y una muerte que, por trágica que sea su escenificación, no cambiará nada». Helena quería escapar de aquel destino, no darle la última palabra al tiempo. Decidir por sí misma cómo y dónde vivir sus últimos días. No quería languidecer

encerrada en sus recuerdos como todos aquellos viejos de mirada resignada con los que se cruzaba cada mañana. No le debía explicaciones a nadie.

«¿Y a mí tampoco me debes una explicación?». Walter soltaba esa pregunta cada vez que se enzarzaban en una discusión, a cuenta de la independencia de Helena, sobre si debía aceptar el trabajo en la empresa de exportación que quería contratarla por su conocimiento del español. «¿Y qué sabes tú de España? No la has pisado en tu vida». Eso era cierto, pero también lo era que tras la muerte del abuelo Whitman y de la abuela Alice, que murió dos años después, Helena había descubierto que era pobre, que dependía de los honorarios como profesor de Walter, y no podía soportarlo. Se amargaba pensando en Louise, allá en Estados Unidos, comiéndose el mundo mientras a ella se le pedía que aceptara ser la comparsa de alguien, que trajera hijos al mundo, que cuidase de la casa y leyera novelas de Jane Austen mientras su maridito traía el sustento a casa. Necesitaba reivindicarse, y Walter trataba de encajar sus diatribas con elegancia, sin oponerse férreamente pero expresando su desconcierto. Él siempre vio el matrimonio como una suma de posibilidades y no como una competencia de individualidades. Cuando decía eso, Helena se burlaba: «¿Y si fuera al revés?, ¿y si tú fueras el niño rico que descubre que no tiene nada y yo la prestigiosa catedrática que trae el sueldo a casa mientras tú haces la comida, planchas y piensas en decorar la habitación de nuestro futuro bebé? ¿Lo encajarías con la misma deportividad o tu ego de macho se sentiría humillado?». Walter recurría a la sorna: no tenía sentido plantear hipótesis que no eran reales.

«No, Walter. Yo no te debo nada, ni a ti ni a nadie. Soy dueña de mi vida».

¿Todavía lo creía? ¿O solo se esforzaba por creerlo? Los años pasados habían sido muy duros pero ¿qué había de los años venideros? ¿Debía quedarse allí mirando el retrato de Abdul, releyendo las postales de su padre? ¿Debía hacer como si no supiera quién era ni lo que tenía que hacer, pasar los días llenando los pulmones de humo y acariciando la petaca de Louise y con ella los sueños perdidos, mirar el mar preguntándose cada mañana cuándo se atrevería por fin a poner los pies en el agua? ¿Debía esperar que la niña que fue se marchara para siempre de la otra orilla?

No podía, sencillamente había creído que lograría ser como los demás, aceptar lo inevitable, pero la muerte de Marqués había despertado en ella las ganas de vivir una última vez.

Tenía que marcharse. Y no volver.

Dos días después, Miguel encontró a Helena en el jardín del claustro. Estaba sentada en uno de los bancos de piedra, vestida como si fuera a ir a una boda, con sus mejores galas y la mirada pensativa.

—Este jardín siempre tiene un aire de abandono que apenas —dijo sin peso en las palabras; un pensamiento atrapado en el instante sobre el que no había pensado en realidad demasiado.

Helena parpadeó y salió de su ensoñación. Sonrió sinceramente al ver a su amigo, pero apenas un instante. Su boca volvió a un horizonte plano enseguida.

—Se arreglaría si el jardinero hiciera su trabajo.

Miguel miró alternativamente al jardín y al anciano que llevaba un peto de cuero y rastrillaba las hojas en el extremo más alejado de ellos.

—Sí; supongo que las cosas irían mejor si cada uno hiciera bien su cometido.

Su atención se había desviado hacia un tiesto que tenía plantados unos débiles tulipanes. Le pareció que eran un atisbo de naturaleza que intentaba insuflar vida a las piedras y que no tardarían en morir por descuido del jardinero. Las cosas se están muriendo todo el tiempo, de modo inexorable, desde que nacen.

—La directora Roldán me ha dicho que te marchas.

—Las noticias vuelan. Seguro que nadie va a llorar.

Miguel se sentó a su lado. El perfume de Helena olía bien, era acogedor.

—¿No pensabas decírmelo? Creía que ser amigos otorga ciertos privilegios.

—Últimamente no soy muy buena compañía, ¿no es cierto? —Las lucecitas irónicas habituales en la mirada de Helena habían desaparecido. No tenía sentido mentir ni disimular. Miguel cabeceó lentamente. De fondo se oía el murmullo de la fuente y, más allá del claustro, las voces de los habitantes de la residencia.

—Malmö está muy lejos.

Helena asintió sin entusiasmo.

—Lo suficiente.

Miguel se quedó pensativo. Se puso en pie y dio un paso hacia la fuente del centro del claustro. El fondo verdoso apenas le devolvía el reflejo. La vida no es mucho si no se ha vivido. Ese era el pensamiento que llevaba días taladrando sus seguridades.

—Si me aceptas como compañero de viaje, te acompaño un tramo del camino. Un par de paradas, y luego hasta Barcelona. A partir de ahí, será cosa tuya.

Helena miró a su amigo con inquietud.

—No lo dices en serio. Tú y la ausencia de rutina no os lleváis bien.

—Nunca he hablado más en serio. Y te sorprendería lo adaptativo que soy.

Helena se acercó a él y lo obligó a mirarla a la cara.

—¿Por qué quieres acompañarme?

Miguel desvió la mirada.

—Tengo mis razones y mis condiciones.

—¿Condiciones?

—Así es. Y no son negociables. No viajaré en avión; ya sabes que le tengo pánico a volar.

Helena contempló largo rato a su amigo.

—Menudos compañeros de viaje. Tú no vuelas y yo no nado.

—Hay trenes y autobuses. —Miguel la observaba a su vez como una esfinge.

Helena sonrió. Por primera vez en semanas era una sonrisa liberadora.

—¿Y tus razones? ¿De repente ha despertado en ti el ansia aventurera?

Miguel negó con la cabeza. En unos meses, en un año, ni siquiera recordaría el

nombre de las cosas. Se quedaría pegado a las losas de la residencia y ya nada, ni nadie, podría moverlo. Así que ¿por qué iba a quedarse a esperar el desenlace en lugar de ir en su busca?

—Mis razones son mías.

Helena escrutó el rostro de su amigo y no encontró más que determinación. No había imaginado que las cosas pasarían así, pero no le espantaba la improvisación.

—Pues si vamos a convertirnos en peregrinos, será mejor que empecemos a andar —bromeó.

A la mañana siguiente, salieron con una hora de retraso. Ya estaban casi a punto cuando Miguel se contrajo poniéndose muy pálido y dijo que necesitaba ir al baño. Estuvo encerrado más de media hora, y al regresar no parecía mucho más aliviado.

Los curiosos se agolpaban tras las ventanas mientras Miguel ayudó al taxista a cargar en el maletero los equipajes. Algunos contemplaban la escena con sensación de lejanía en los ojos; otros comentaban sin alterar la voz que aquello era una locura. Y unos pocos se alegraban de verlos partir, bien porque con ellos partían ilusiones y sueños prestados, bien porque no necesitarían disimular en adelante su hostilidad; estos últimos eran los mismos que habían soportado durante años las fantasías del profesor Marqués con un fastidioso tono de impaciencia.

Con cierto grado de provocación, Helena levantó una de sus manos y la agitó en dirección a las ventanas.

—Seguid con vuestras narices pegadas a los cristales viendo pasar la vida.

El taxi se puso en marcha lentamente y comenzó a recorrer los metros de gravilla que se dirigían, entre pinos, hacia la verja. Helena se dio cuenta de que nunca había reparado con atención en el alto muro y en las parras que caían del lado de la calle. No experimentó sentimiento alguno de pérdida al dejar atrás aquel lugar al que sabía que no regresaría jamás.

—Muy bien. Y ahora, ¿a dónde?

Miguel no lo dudó.

—Primero a Sevilla. Tengo algo que hacer allí.

Helena estuvo tentada de preguntar por qué debían ir a Sevilla, pero algo en la resolución de Miguel la hizo desistir. Se arrellanó en el asiento y asintió. Nadie la esperaba, en realidad. Solo el viaje.

—A Sevilla, entonces.

Cuarta parte

---

*Mayo de 2014*

*Sevilla*

—Tienes el cuerpo hecho un cristo. ¿Qué te ha pasado?

Iván saltó de la cama, se puso los calzoncillos y se observó en el espejo colgado detrás de la puerta.

—Heridas de guerra.

Estaba orgulloso de sus músculos, que destilaban vigor y determinación. Lo suyo le costaba mantenerse en forma. Él no era como Ramiro ni como el Gitano, sus compañeros inseparables. No se pasaba el tiempo tirado en la cama haciéndose pajas o mirando partidos de fútbol y metiéndose por la nariz o fumándose todo lo que le caía cerca. Iba al gimnasio cada día dos horas y practicaba artes marciales y boxeo extremo con el loco de Guillermo, del que se decía que le había roto la tráquea a un gilipollas en una discoteca y que por eso su carrera se había ido a la mierda antes de ser profesional. Diez años en la cárcel y adiós. Ahora Guillermo se dedicaba a las peleas de perros y a entrenar a fracasados en el polígono.

Pero Iván no era un fracasado: «Tú tienes madera y disciplina», le decía Guillermo. Por eso era más duro con él que con los demás, le zumbaba más fuerte, lo obligaba a sacar el higadillo en cada pelea y en cada entreno. Iván lo veía un poco como el hermano mayor que le hubiera gustado tener. Su hermano de verdad, el que había dejado en Ucrania, también le pegaba como hacía Guillermo, pero era distinto; su hermano carnal le pegaba para desahogarse, le hacía pagar su rabia y sus frustraciones. En cambio, Guillermo le pegaba porque sabía que Iván podía soportar los golpes, los ojos morados o las costillas rotas. Le pegaba para endurecerlo, para enseñarle. Para ayudarle.

Iván se masajeó la mandíbula frente al espejo y la notó blanda, como si se le hubiera destensado un muelle, y al palpar el interior de la boca con la lengua notó que se le movían un par de dientes. Había sido una buena pelea, la de la noche anterior en el Gallinero, se dijo, satisfecho. El Gallinero era una plaza difícil, ahí abajo solo sobrevivían los más duros. Normalmente, Guillermo utilizaba ese sótano abandonado para las peleas de perros, pero de vez en cuando, si las apuestas valían la pena, organizaba combates entre buenos luchadores. Según él, no había tanta diferencia: «Los perros van a cuatro patas y vosotros a dos, pero mordéis con la misma saña. La diferencia es que los perros no sienten odio por su contrincante. Pelean porque yo les enseño y les digo que lo hagan. Vosotros peleáis con ira, con un miedo atroz, porque, por si no lo sabías, el alimento del odio es el miedo». Iván no estaba tan seguro de que esa fuera la razón por la que le gustaba pelear. Él no sentía odio hacia sus rivales, solo los veía como un obstáculo que era necesario superar, del mismo modo que no

disfrutaba especialmente cuando Guillermo lo ponía en contacto con algún intermediario que quería que alguien recibiera una paliza, un escarmiento o que pasara unos días en el hospital. Todo tarifado. Iván se veía a sí mismo como alguien con un don, el de hacerle daño a los demás, que se empeñaba con profesionalidad en un medio, como lo hubiera hecho en cualquier otro, para ganarse la vida: ochocientos euros por una pelea contra dos moros con los ojos ciegos de esnifar cola, sin pinchos, cadenas ni palos. Ese era el sueldo de los modernos gladiadores. Y la gloria de la victoria le daba derecho a tirarse a tías como Zona.

Zona era solo para los ganadores, y él lo era. Guillermo le dijo anoche después de la pelea que no había visto a nadie con su proyección a los diecinueve años. «Peelas como un veterano de Irak, chaval. Menudos cojones tienes». Los tenía bien grandes y asentados en el calzoncillo. Se había depilado para Zona, le gustaba que ella los lamiera bien hinchados y redondos, que viera cómo se las gastaba. También se había depilado el ano. Le gustaba que ella jugueteara por ahí abajo con el dedo y con la lengua y que, de vez en cuando, le metiera el consolador que guardaba en el cajón. Zona era de fiar, no se lo iba a contar a nadie.

Mientras Iván veía reflejado en el espejo el cuerpo perfecto de Zona, pensó en su hermano Pieter. Él nunca hubiera podido tener a una mujer así; no habría sabido qué hacer con ella. Sonrió con rabia al acordarse de las cosas que Pieter le hizo en Ucrania cuando Iván no podía defenderse. Ahora era distinto, ahora Iván era un guerrero y se daba golpes en el pecho como un gorila para recordarse a sí mismo que ya no le tenía miedo a nadie ni a nada, pero algunas noches se despertaba gritando y asustaba a Zona, que dormía a su lado. Ella le preguntaba de mal humor qué narices le pasaba e Iván le decía que volviera a dormirse. No podía explicarle que había tenido una pesadilla en la que el cara de rata de su hermano entraba en el cuarto con los ojos encendidos, los dientes grandes y separados, aquellas palas de roedor gigante y gris de entre las que asomaba una lengua repugnante que le llenaba la cara de babas.

Era mejor lucir cicatrices ante Zona. Las marcas de un verdadero guerrero.

—Este tajo me lo hicieron en el correccional de Kiev, a los doce. Este, en Madrid, el año pasado, dos colombianos. Y este, el del riñón, fue el año pasado en el derbi. Esos cabrones béticos me acorralaron, pero se llevaron lo suyo.

«Con Iván no se juega, tiene muy mala leche». Inflaba el pecho, tensaba el abdomen y pensaba en algo excitante para empalmarse otra vez. Sabía que Zona contaría cómo había ido en cuanto bajaran de la habitación. «Joder cómo folla el Ruso. Me ha dejado muerta».

Ruso, aquella panda de paletos lo llamaba Ruso. Ni siquiera sabían dónde estaba Ucrania. Pero Iván no los sacaba de su error. Cómo iba él a explicarles la diferencia entre ser un ruso de mierda y un ucraniano de Kiev. Les sonaba a chino la perestroika, la glásnost, Yelstin, Putin, la guerra de los oligarcas, Chechenia o la primavera naranja. A sus amigos solo les interesaba el fútbol y ponerse ciegos.



Ponían cara de idiota si oían hablar de intereses geoestratégicos, de política o de conflictos internacionales... Un tipo que hablara de esas cosas les parecía sospechoso, así que Iván tenía que hacerse el tonto para que lo respetaran. Rascarse las pelotas, eructar, pegarle a alguien de vez en cuando sin motivo era su escudo, pero Ramiro lo había sorprendido hacía poco leyendo a Iván Bunin —su padre eligió para él el nombre de Iván en su honor— y se quedó perplejo, mirando el libro como si no supiera para qué servía.

—¿Por qué lees eso?

—Eso es un libro. Y lo que hay dentro se llama poesía.

—¿Para qué necesitas leer esa idiotez? ¿Sirve para algo?

—Porque es una idiotez preciosa. Y porque no sirve para nada, y por eso sirve para todo.

«Caluroso y pesado ha sido el día, / mas ya la noche se aproxima / y viene borrando toda pena / y murmurando una canción de cuna», leyó Iván tratando de imitar la declamación de su padre cuando recitaba «Calma vespertina», su poema preferido. Como Iván, también su padre se pasó la vida fingiendo ser un tipo duro, un militar de los fieros, haciéndose perdonar casi con vergüenza su amor por los poemas de Bunin. Cuando se estrelló el helicóptero militar que pilotaba sobrevolando las montañas de Sinjar, al noroeste de Irak, encontraron entre los restos calcinados un ejemplar de ese poemario de Bunin. Iván se acordaba de cuando él entraba en casa con el petate al hombro al llegar de permiso tras una misión de meses, con su bigote al estilo tártaro y aquella risa de boca grande y generosa. «Espero grandes cosas de ti, Iván. Tú serás un hombre con mayúsculas». Se sentiría decepcionado al comprobar en lo que se había convertido su hijo preferido.

Se volvió hacia Zona. Ella fumaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Tenía el pubis depilado. Se dio cuenta de que Iván volvía a desearla y se abrió de piernas como una mariposa abriendo las alas para recibirlo dentro otra vez.

«La gloria de los vencedores», se repitió, como un mantra, Iván. Dispuesto a cumplir con su papel.

Al abrir la puerta de su antigua casa, Miguel sintió que regresaba a un lugar desconocido. Aunque apenas habían pasado unos meses, la ausencia se había aposentado y se había hecho definitiva. No quedaba impaciencia en el aire, ni vigor en la luz exterior que filtraba una cortina. Los muebles seguían en el mismo lugar, los cuadros estaban en las mismas paredes, pero podrían no estar, podrían ser otros y nada sería diferente.

—No es muy alegre —opinó Helena.

Miguel estuvo de acuerdo. Había puesto la casa a la venta y tal vez los nuevos inquilinos tuvieran la suerte de levantar algo parecido a un hogar.

—No te pongas cómoda. No nos quedaremos mucho.

Helena vio una fotografía enmarcada de Miguel bastante más joven, con el mostacho todavía oscuro y a medio hacer, sin gafas y con más cabello. Le pareció que ahora era más guapo, con un brillo diferente. A su derecha posaba una mujer y también una niña.

—¿Tu esposa?

Miguel contempló la fotografía sin añoranza.

—Águeda.

—Está muy seria —añadió Helena.

«Tenía sus motivos», pensó Miguel. La mañana que se hizo aquella fotografía, él acababa de regresar de Barcelona y todavía tenía el olor de Carmen en la piel. Águeda sospechó que algo se había roto definitivamente. Aquella misma noche, Natalia vomitó porque se había empachado comiendo nubes de azúcar y todas las chucherías con las que Miguel quiso limpiar su conciencia; con esa excusa Águeda y él discutieron con mucha acritud.

—Águeda no era demasiado expresiva.

Helena sintió un desagrado instintivo hacia aquella mujer que parecía ser víctima de la desidia de un matrimonio confortable. Su mirada desprendía una contención cínica que negaba cualquier posibilidad a la sorpresa o al azar. Debía de tener un indudable talento para aburrir a las ovejas.

—¿Y esta es tu hija?

Miguel asintió, orgulloso.

—Tenía ocho o nueve años y todavía confiaba en mí.

En la instantánea parecían estar compenetrados y llevarse bien. La niña echaba el brazo al cuello de su padre y sonreía a la cámara con timidez, todavía con un rastro de ingenuidad benevolente.

Helena pensó en ella misma a esa edad, cuando su padre todavía era Dios y ella buscaba obsesivamente su aprobación.

—Mi hijo David nunca me miró del modo en que te mira tu hija en esta fotografía. Me veía demasiado débil, enfrascada en el aire de ausencia soñadora al que me arrastraba mi mundo. Podríamos haber sido una familia feliz, de todos modos, pero nos limitamos a tratar de no ser demasiado infelices. Al final, supongo que tampoco lo conseguimos.

—¿Qué tal se llevaba con su padre?

—Walter era demasiado intelectual, se declaraba contrario al sentimentalismo porque decía que esa pornografía de las palabras edulcoradas, esas gramáticas familiares de los diminutivos, los besuqueos y los gestos exagerados emponzoñaban la realidad y ablandaban a los hijos. No era severo con David, pero muchas veces se mostraba con él distante, casi frío, porque en realidad solo se sentía a gusto rodeado de libros y provocando la admiración de sus alumnos.

Helena echó una ojeada alrededor. Se parecía un poco a aquel hogar familiar que ella construyó con mucho tiento pero que terminó por estallar y que se hizo añicos

dejando una desolación parecida a la de ese piso de Miguel.

—¿Ocurre algo? —preguntó Miguel—. Estás pálida.

Helena contempló el rostro amargado de Águeda y se asustó al reconocer que hubo un tiempo en el que ella tuvo esa misma expresión. La misma acumulación silenciosa de bilis y rencor, esa mirada cargada de reproches que ni siquiera encontraba desahogo en los gritos o las discusiones. Ni una acusación dicha en voz alta, ni una sola recriminación, ni un portazo en la casa. Silencio, un silencio atroz convertido en prisión.

—Todos los recuerdos tienen el mismo polvo.

—No te entiendo.

Helena forzó una sonrisa.

—Ni falta que hace.

Por suerte, Miguel levantó la mano e hizo sonar un llavero:

—Quiero enseñarte mi mayor tesoro.

Bajaron al garaje del edificio. Miguel se adelantó y descubrió la lona que cubría un turismo de modelo antiguo. Cientos de motas de polvo quedaron suspendidas en el aire.

—Precioso, ¿verdad?

Helena negó con la cabeza.

—¿Pretendes que me suba en *esto*?

—*Esto* es un Datsun 280Z de 170 caballos con chasis cupé y tapicería de piel, el mejor biplaza que se ha construido.

Helena lanzó una ojeada especulativa al coche y torció el gesto.

—Ni siquiera hay sitio para las piernas. Si me encajono ahí dentro, tendrán que sacarme con una grúa.

Miguel no se molestó en responder. Le abrió la portezuela y, con un gesto de la cabeza, la invitó a subir.

—Demos un paseo, se ha puesto un atardecer muy hermoso.

La hora era hermosa, realmente. El cielo empezaba a oscurecer muy lentamente y, a lo lejos, se veían pequeñas formaciones de nubes de color rosado que traían el rumor de una tormenta, todavía a mucha distancia, pero que enviaba como avanzadilla una agradable corriente de aire fresco. Los árboles que flanqueaban el río se mecían perezosamente y sus reflejos verdosos se confundían con los tonos de claroscuro del agua. Miguel había bajado la capota y había colocado un CD con el *Concierto para violín en re menor, opus 47*, de Sibelius, en el reproductor. A Helena le resultaba un poco triste, pero Miguel disfrutaba. La música y aquel coche que tanto parecía querer le ofrecían a Helena la posibilidad de intuir a otro ser humano del que en realidad conocía muy poco. Podrían estar recorriendo las calles de Viena, de Leipzig o de Praga en una calesa tirada por caballos y Miguel podría ser el señor discreto y decimonónico que, vestido con librea, guantes, sombrero y bastón, veía pasar despacio las calles camino de la ópera. Un caballero imperial que por error

había sido arrojado a un tiempo que no le pertenecía. Circulaban a poca velocidad y a Helena le divertía la concentración de Miguel al volante, la meticulosidad con la que cambiaba de carril, aceleraba y manejaba las marchas. Más que conducir aquel coche, lo acariciaba, bailaba una lenta con él. Helena encendió un cigarrillo. Por supuesto, se dio cuenta de la cara de desagrado de Miguel pero hizo caso omiso. Le aseguró que no pensaba quemar la preciosa tapicería.

—Solo espero que, vayamos a donde vayamos, lleguemos antes de la próxima glaciación. ¿Dónde te han dado el carné de conducir?

Miguel no se inmutó. Prefería obviar que en realidad no podía hacer ya esto, conducir escuchando música. Le habían quitado ese privilegio, era demasiado viejo, le faltaban reflejos, lo consideraban un peligro para los demás conductores. Así era como hacían sentirse inútiles a los viejos, les arrebataban los pocos espacios de autonomía que les quedaban, les recordaban continuamente que no eran necesarios, ni productivos, que no les quedaba nada que aportar. Un niño de seis años sabía manejarse mejor en el mundo de la electrónica de consumo doméstico que él, cualquier joven podría guiarse sin problemas entre los paneles de un aeropuerto, o actualizar las aplicaciones del teléfono. Dominaban una jerga que él no comprendía, conducían coche sin marchas, sin gasolina, que aparcaban solos. A los viejos les daban tarjetas de transporte público gratis o más baratas de un color bien llamativo para que todo el mundo supiera que ya no eran contribuyentes, les ponían parques y palomas para que se entretuvieran y, de vez en cuando, alguna obra en construcción para que se les perdieran las horas y la mirada. Los semáforos, en los pasos de peatones, cambiaban sin tener en cuenta sus pasos renqueantes, y los conductores los esquivaban impacientemente, como se esquivaba una piedra.

Pero él todavía tenía cosas que decir y no necesitaba la condescendencia de nadie para hacer lo que tenía derecho a hacer. Más de cuarenta años conduciendo no podían desaparecer simplemente por un burócrata que ni siquiera había nacido cuando él se ganó el permiso de conducir en el servicio militar. Ahora todos conducían coches de todas las marcas que corrían a doscientos kilómetros por hora —¿para qué, si siempre andaba al acecho la ley para multarles?—, las mujeres también. En el currículum profesional, ahora se tenía que demostrar que se estaba en posesión de másteres, idiomas, conocimientos de informática —y ya ni siquiera eso valía—... pero cuando él era joven, tener permiso de conducir era tener muchos puntos a favor para obtener un trabajo, como saber contabilidad o mecanografía. Ahora había préstamos, cómodos plazos para pagar coches enormes que consumen grandes cantidades de combustible, la gente quiere tapicerías de cuero, y GPS y ABS y airbag, elevadas eléctricas y todas esas palabras que hacen creer que uno va más seguro, que casi puede conducir sin conducir. Pero cuando él compró el Datsun todavía había que elegir si la pintura era metalizada o no, si valía la pena poner una radio con casete porque encarecía mucho el precio final y, el lujo de los lujos: la dirección asistida. Tener un coche como este, poder pagarlo y conducirlo era lo más parecido a la

libertad que él conoció. Incluso Águeda, tan austera y preocupada siempre por el ahorro, no dijo nada cuando lo vio aparecer al volante. Y no decir que no, en el caso de su esposa, significaba un decir que sí. No iba a permitir que un simple papel le arrebatara ese privilegio.

—¿Estás rezongando entre dientes? —le preguntó Helena con curiosidad—. Me ha dado la impresión de que hablabas solo.

—Estoy estupendamente. Nunca me he sentido mejor.

Helena aguzó la mirada.

—Me alegro por ti. Pero podrías decirme a dónde vamos. Tengo la impresión de que hemos pasado ya dos veces por esta misma calle.

Miguel estaba demasiado concentrado en sus pensamientos para darse cuenta de que, efectivamente, estaba haciendo el mismo recorrido en sentido inverso.

—Quiero que conozcas a mi hija. Trabaja cerca.

—Cerca del mismo círculo, por lo que veo.

Trató de recordar cómo llegar a la editorial donde trabajaba Natalia. Estaba en uno de los parques tecnológicos de las afueras pero, al cruzar el puente de la Barqueta, se había despistado y ahora lo asaltaban las dudas. ¿No debería haber cruzado por el Alamillo o dirigirse a la Pasarela? No recordaba esa torre a la derecha, ni tampoco le decían nada los parques ajardinados ni los edificios que había a la izquierda. Era su ciudad, pero tenía la sensación de que era la primera vez que la veía.

—¿Va todo bien, Miguel?

Miguel carraspeó, herido interiormente. De modo que era así como iba a suceder. Las lagunas mentales, los espacios temporales recorridos sin consciencia, como si se teletransportase de un universo al siguiente sin tiempo para asimilarlo. Igual que los tripulantes del *Enterprise* en *Star Trek*, una forma de ahorrarse aterrizajes forzosos. Se le ocurrió pensar en William Shatner en el papel de capitán Kirk. Natalia tenía su habitación empapelada con desplegados suyos. Y pasó una buena época imitando a la capitana Janeway. Estaba convencida de que sería astronauta intergaláctica.

—Llegaremos enseguida. Solo necesito encontrar la entrada a la autovía.

Resultaba humillante, pero una hora después tuvo que aceptar que estaba perdido y desorientado.

De algún modo, habían acabado en un territorio desconocido y fantasmagórico, como si Kirk hubiera elegido mal las coordenadas antes de lanzarse. Tenían sobre sus cabezas un puente bajo el que se oía el zumbido del tráfico, que hacía retumbar la estructura de hormigón. A lo lejos, a lo que parecía una distancia increíble, se veía el casco urbano de Sevilla, que empezaba a iluminarse. El sol declinaba y la luz, cada vez más mortecina y despacible, apenas rozaba el suelo, prolongando las sombras de las siluetas. La tormenta, que antes traía una brisa reconfortante, anunciaba ahora su inminencia de modo menos amistoso en forma de truenos. Alrededor se extendía una

especie de cementerio industrial con naves prefabricadas abandonadas, talleres de chatarra y desguaces. En un descampado cercano se erigía una inmensa pirámide de escombros y basura. El asfalto se levantaba y terminaba en calles sin salida, como si el afán constructor hubiera perdido empuje antes de culminar su obra. A un lado y otro asomaban charcos aceitosos que parecían emerger de esas grietas en el firme como si la piel del paisaje estuviera herida y aflorara la verdadera naturaleza de cloaca que circulaba bajo la superficie.

Hacia la derecha, se alineaban una docena de casas adosadas que se habían quedado a medio construir junto a un cartel promocional con una imagen idílica de jardines particulares acabados de un verde intenso, piscina y garaje con todoterreno. Una empalizada disimulada con plantas de enredadera y paneles acústicos debería haber rodeado la promoción y protegerla de la visión del polígono y del ruido de la cercana autovía. Como una especie de fuerte en territorio comanche, los futuros habitantes de aquellas casas podrían haberse dedicado a lavar con la manguera sus coches en el porche, a pasear a sus perros por zonas comunitarias, a jugar con los niños en los columpios, sin necesidad de ver más allá de sus narices gracias a unos árboles de crecimiento rápido y copa frondosa traídos de cualquier vivero. En el proyecto sobre plano, esas casas debieron de oler a hierba segada, a azahar, galán de noche... una mezcla de olores que permitiera eludir aquel otro olor indefinible de mugre, grasa de cojinetes, caucho quemado y gasoil. Todo eso se había ido al garete por obra y gracia de promotores sin escrúpulos y concejales de urbanismo que por una suma nada módica reconvirtieron de la noche a la mañana el suelo industrial en suelo urbanizable, arrastrando consigo a los felices compradores sobre planos aprobados fraudulentamente por fraudulentos arquitectos municipales, llevándose en su ruina las hipotecas, la desgracia, las rupturas familiares, los suicidios y las depresiones. Adiós a ese absurdo invento de la clase media, a las urbanizaciones de los que no podían vivir en el centro ni en una playa, pero que se negaban a renunciar a su pedazo de ilusión. Todo el país estaba lleno de aquella especie de altares laicos, promociones fantasmagóricas que languidecían en recuerdo de codicias y locuras pasadas. Alguien debería escribir una guía de esta geografía del desastre para turistas que quisieran conocer de primera mano los efectos del fracaso colectivo. Miguel podría proponérselo a Natalia, él podría darle información de primera mano. Él también había aportado su granito de arena a la ruina: hipotecas dudosas concedidas con un apretón de manos sabiendo que, pasado un tiempo, los compradores no podrían asumir las letras y que el banco ejecutaría su derecho sin compasión sobre tasaciones muy por encima del valor real, préstamos a promotores sin ninguna clase de solvencia, bucaneros, arribistas, mafiosos del tocho. No podía excusarse alegando que él solo era el recadero, como cuando empezó en el banco y se dedicaba a llevar sobres de una oficina a la otra. Como director, tuvo una responsabilidad en todo eso: esta era en parte su obra, su legado, y hubo un tiempo en el que Natalia lo despreció por ello; no pasaba una noche que no tuvieran una discusión durante la cena a cuenta

del medio ambiente, de los destrozos en la costa, de la revalorización artificiosa de barrios humildes de los que se echaba a los vecinos de siempre para que los recién llegados colonizaran esas reservas indias pagadas a precio de lujo asiático.

Eso pasó antes de que su hija se marchara con Gustavo, la época de los discursos encendidos, los pañuelos palestinos en el cuello, el olor a porro impregnando su ropa, la palabrería revolucionaria que a Miguel le hacía sonreír descreído porque le recordaba a las mismas liturgias de su juventud, Marx y Engels, lucha de clases, productividad, producción, valores añadidos... solo que en los tiempos de Natalia sumaban a esa jerga otros conceptos mal digeridos, calentamiento global, utopía paisajista, que ella confundía con medio ambiente y con llevar sandalias de esparto y blusones anchos sin sujetador. Que las flores olían a alquitrán, que los sinvergüenzas como él se disfrazaban de respetabilidad pero eran los que robaban el futuro a las generaciones venideras. «Le robas la esperanza a tus propios nietos».

Qué curioso. Ahora echaba mucho de menos aquella rebeldía rabiosa de Natalia, los ojos encendidos, esa etapa de confrontación por la que pasan padres e hijos y que deja heridas profundas que a veces se cierran y a veces quedan abiertas para siempre. La prefería entonces, con el corte de pelo a lo chico, la lágrima en la frente a la moda hindú, las pulseras de macramé, el paquete de cigarrillos Ducados —el tabaco del proletariado de la nueva democracia española— sobre la mesa, junto al mechero, expuesto como un arma cargada y desafiante. «No se te ocurra fumar en la mesa. Estamos cenando». Y ella encendía el pitillo y lo miraba con descaro mientras lanzaba el humo al techo, a las nubes. «Me estoy follando a un compañero de la facultad pero tranquila, mamá, uso condón». Le gustaba escandalizar a Águeda, llevarla al borde del infarto, todo para verlo reaccionar, para sacarlo a él de sus casillas y ver si tenía sangre o no en las venas, si sería capaz de dar un puñetazo en la mesa o de decirle que se fuese de casa y no volviera nunca más.

Pero Miguel supo aguantar aquellos meses, aquellos años de lecturas mal digeridas en su primer año universitario, las calenturas de los conspiradores de cafetería con los que andaba, sus aires de superioridad intelectual y moral. Soportó las investidas de su hija porque las comprendía y, en el fondo, las envidiaba, y se divertía secretamente cuando las pullas contra Dios y la religión provocaban en Águeda muecas peripatéticas y lágrimas de misa. Él nunca tuvo la ocasión de ser algo así, un proyecto inconcreto, un amasijo de anhelos sin horizonte claro, una ebullición de rebeldía; no pudo permitírselo, no tenía los recursos ni las energías, estaba demasiado ocupado en sobrevivir para preocuparse de lo que significaba vivir. Se alegraba íntimamente de que Natalia hubiera podido escapar de la grisura que le tocó a Miguel en la niñez y en la adolescencia. Porque era otra España, y esta en la que su hija había crecido tenía también sus roturas, sus porquerizas, sus traumas, pero al menos permitía que ella pudiera viajar, estudiar, perder el tiempo debatiendo con sus amigotes acerca de libros sesudos e incomprensibles atragantándose de humo y cervezas. A pesar de ese pesimismo de pacotilla que le venía como un traje de

hechura demasiado grande, Natalia discutía porque su generación era optimista, no se sentía deudora de la guerra ni de la dictadura, del pasado. El futuro era Europa, decía. Como si un futuro fuera distinto a otro, como si en realidad importase el horizonte. Miguel le había dado todo eso, y si para lograrlo tuvo que mirar a otro lado, tragar sapos, fingirse tonto o corrupto, lo hizo sin ningún remordimiento. Todo el mundo quería lo que él y otros como él ofrecían. Sueños baratos, asumibles. No iba a cambiar el mundo, él no. Pero su hija pudo haberlo hecho. Ella tuvo la oportunidad de ir más allá de las teorías, podría haber hecho algo mejor, mucho mejor, con todo ese calor en el corazón antes de dejar que se convirtiera en una piedra, en un pedazo de madera carbonizada. Natalia debería haber sido feliz, esa era su obligación, ese debería haber sido su compromiso con esa humanidad con la que se llenaba la boca. Pero no lo había logrado.

—Miguel, no tienes ni idea de a dónde hemos ido a parar, ¿verdad? Por si no te has dado cuenta, ya es casi de noche. Y viene tormenta. Será mejor que hagas algo, ¿o vamos a acampar aquí? No es que me importe, pero el paisaje no es muy evocador.

Miguel reaccionó por fin. Al final de uno de los callejones, vio, entre dos naves industriales, a tres jóvenes que jugaban al fútbol entre dos bidones a modo de portería.

—Iré a preguntar.

No fue necesario. Los jóvenes se habían percatado de su presencia y se estaban acercando despacio; ocupaban el ancho del callejón. No parecían muy amistosos.

Miguel miró de reojo a Helena.

—Esto no pinta bien.

Había leído cosas en los periódicos sobre bandas de delincuentes juveniles que pululaban por el extrarradio, atrocidades que aparecían en los medios de comunicación, como robos, violaciones, agresiones. Estaba asustado. ¿Debía poner el coche en marcha y salir de allí acelerando? Nunca había sido valiente, no le gustaban los conflictos, no estaba acostumbrado.

No le dio tiempo a tomar una decisión. El corazón se le aceleró cuando el joven que parecía el cabecilla se acercó y le dio una puntada al embellecedor de un neumático. Examinó con atención el vehículo y a sus ocupantes con cara de estar pasando un mal día. Se sentó en el capó como si tomara posesión de su trono y encendió un cigarrillo.

—Bonito coche —dijo acariciándose la cabeza. La llevaba afeitada y en la nuca resaltaba una hendidura profunda, como si le faltase un pedazo de carne. Tenía tatuajes en las manos. Vestía, como sus compañeros, tejanos, cazadora acolchada de color caqui y botas militares. Tenía la cara masacrada con huellas de golpes pasados y algunos muy recientes. Hablaba con acento extranjero. Difícil saber de dónde. Miguel especuló que tal vez del Este. No debía de tener más de veinte años y era el mayor de



los tres que rodeaban el coche, que merodeaban como lobos que, cautelosamente, calibran las opciones de atacar.

—Nos hemos perdido —tartamudeó Miguel.

El joven sonrió con malicia.

—A veces perderse es bueno. Apareces en un lugar insospechado y encuentras la puerta a un paraíso. Pero, otras veces, equivocarse es algo terrible, das un mal paso, te desvías un metro de tu trayectoria y la has cagado. Alguien lanza por ti la moneda y nunca se sabe de qué lado va a caer. Cara o cruz.

El joven sacó una moneda de rublo y se la mostró:

—Dime, viejo. ¿Tú crees en el azar?

*Sevilla*

El juegucito de la moneda que tanto le gustaba a Pieter: «Elige, hermanito, cara o cruz». Si salía cara, lo que le esperaba a Iván era malo y, si salía cruz, era todavía peor. Aun así, tenía que obedecer a su hermano mayor y lanzar la moneda. Era algo perverso, y hasta cierto punto ridículo, como todos los rituales de la maldad, pero Iván no podía sustraerse a la curiosidad del destino y la casualidad. Tal vez porque nunca había comprendido las reglas de su capricho. Su madre decía que hay gente que siempre cae de pie y gente que cae de bruces, gente con estrella y gente estrellada. También estaba convencida de que Iván era de los primeros mientras que Pieter era de los segundos; como si su hijo mayor viviera aplastado por una maldición cósmica y, en cambio, Iván fuera un elegido de los dioses. Según esa teoría desarrollada por su madre, Iván no debía odiar a Pieter, sino compadecerse de él. El razonamiento concluía que las cosas podrían haber sido al revés: Pieter podría haber sido Iván, Iván podría haber sido Pieter. Cuestión de suerte, una moneda lanzada al aire.

Pero la madre de Iván nunca quiso ver que los marcados por la desgracia como Pieter no son felices a menos que destruyan aquello que envidian y que ellos no pueden ser. Era demasiado buena y estaba cegada por el amor hacia aquel monstruo nacido de sus entrañas. Pensaba que podía protegerlo de sí mismo tras una muralla de abrazos, pero solo le dio una coartada para desatar su maldad. Iván nunca la culpó por ser sorda, muda y ciega a lo que ocurría bajo su techo entre los dos hermanos. O solo fingía no saberlo porque confiaba demasiado en la fuerza de carácter de Iván, en la invulnerabilidad que los dioses le habían concedido para soportar las perrerías de Pieter. Ciertamente, no la hacía responsable de su infancia torturada: al fin y al cabo, no era ella la que se metía en la cama de Iván al llegar borracho, ni la que le apretaba los testículos bajo la sábana. No era su madre la que le arrimaba el hocico a la oreja rondándole el lóbulo con la lengua viscosa ni la que le susurraba guarradas espantosas. Era Pieter quien le daba palizas de muerte solo porque podía abusar de su superioridad y quería hacerlo, quien le reventaba el estómago a patadas y lo lanzaba contra las paredes como a un muñeco. «Si le dices algo a mamá, vendré a verte esta noche».

Aunque ya no le importara, a veces Iván se preguntaba si la violencia que le corría por las venas era el veneno que su hermano le inoculó en cada una de aquellas eternas noches. ¿Por qué lo odiaba tanto Pieter? ¿Qué culpa tenía él de que los dioses lo hubieran elegido? Sus padres les dieron los mismos mimbres y cada uno eligió el modo de urdir su cesto. Pieter escogió el desprecio y la autocompasión, la crueldad

gratuita, abandonándose sin luchar, incapaz de controlar sus perversiones. El hermano mayor odiaba a su padre porque él era capaz de ver lo que su madre se negaba a ver. No reconocía los actos, pero sí la naturaleza de Pieter, y no podía ayudarlo porque este no quería su ayuda, solo su compasión. Como la noche que Pieter anunció ebrio de orgullo que se alistaba voluntario para ir a la guerra de Chechenia y su padre, militar de carrera, lejos de aplaudirlo, le advirtió de que, si lo que Pieter buscaba era dar rienda suelta a sus bajos instintos, mejor haría trabajando en el matadero municipal; allí podría mancharse las manos de vísceras y sangre sin ponerse en peligro.

Iván nunca supo lo que le hicieron a su hermano en Grozni, pero sí supo que regresó no siendo otro, sino ya él mismo sin ningún disimulo. Un hermano mayor debería contarle cuentos a su hermano pequeño al ir a dormir, pero las atrocidades que Pieter le contaba por la noche eran pesadillas de las que Iván despertaba gritando y palpándose las extremidades por temor a que alguien se las hubiera amputado con un machete. ¡Cuánta maldad puede caber en un corazón humano! Y Pieter la trajo consigo toda, regresó con los bolsillos rebosantes. Imposible plantearle batalla a esa oscuridad cerrada solo con los versos de Bunin o el amor ciego y triste de su madre. Pieter tenía todas las de ganar, y la tarea que le habían asignado, su última misión, fue destruir a Iván, robar la luz de su alma, pisotearla y masacrarla. Hizo un buen trabajo. Pieter merecía una medalla.

Quizá por eso, Pieter se presentó años después en Sevilla. Quería comprobar los frutos de su obra y disfrutarlos. La cama de Iván, su casa, su dinero, su comida. Tomar posesión de su hermano menor en virtud de su derecho de conquista. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que Iván pudiera revolverse cuando, con gesto desafiante, Pieter lanzó la moneda al aire y la atrapó en el puño derecho. «Elige, hermanito, cara o cruz». Iván se dio media vuelta sin responder, pues ya sabía que el destino no es el único camino.

No tuvo el valor de hacerlo él mismo, el poder de Pieter sobre él todavía era grande, así que pidió ayuda a Ramiro y al Gitano. Iván no quiso verlo, pero les pidió que fuese doloroso y lento, que lo hicieran sufrir con un martillo, igual que Pieter había hecho con los niños en Chechenia, tal y como le contaba a Iván por las noches para aterrorizarlo: «Los ponía de rodillas y los obligaba a mirarme a los ojos, delante de sus padres maniatados, que gritaban y suplicaban. Y, entonces, les descargaba un golpe seco con el martillo aquí», y le daba golpecitos con el dedo índice entre ceja y ceja a Iván.

Habían pasado ya dos años e Iván no sabía lo que Ramiro y el Gitano hicieron con el cuerpo, en qué meandro del río se pudría o cuántas ratas se habían comido las entrañas de Pieter. No sentía nada al pensarlo. El odio es como el amor, sin resultados no es más que un ejercicio estético. Algo que se teoriza pero que no se experimenta realmente.

Lo único que conservaba de Pieter era aquella moneda de rublo que ahora exhibía

ante los dos ancianos que habían caído en sus manos. La misma moneda que antes había bailado para muchos otros con la misma suerte que tuvo él. Ninguna.

—Venga, viejo. Tienes que elegir. Cara o cruz.

Miguel miraba la moneda aterrado.

—No me gustan las opciones del azar.

Iván sonrió.

—Tal vez tú sí le gustas al azar —dijo, y volvió su atención hacia la anciana, que parecía mucho más serena. En algún rincón muy profundo de eso que algunos llaman alma, y que Iván estaba convencido de no tener, sintió el recuerdo de su madre—. ¿Y tú?, ¿qué me dices? ¿Te atreves a jugar con la suerte?

Helena miraba fijamente al muchacho, porque eso era lo que ella veía detrás de toda esa parafernalia de guerrero urbano. Un chico que podría haber sido como David a su edad.

—¿Cómo te llamas, chico?

Iván intercambió una mirada divertida con sus colegas y se levantó del capó con calma, seguro de su posición de dominio. Tenía la ceja izquierda partida por una pequeña cicatriz. Se acercó mucho más a Helena y la miró de arriba abajo.

—¿Qué más te da mi nombre? Y no me llames chico o te tragarás el rublo de canto.

Helena no se dejó intimidar.

—Me llamo Helena, y este es mi amigo, Miguel.

—¿Te he preguntado yo acaso el tuyo? ¿Tienes la impresión de que me importa? Me gusta tu collar. ¿Son perlas auténticas?

Instintivamente, Helena se tocó el cuello. Lo eran, el regalo de Walter para celebrar el nacimiento de David.

—Te gustan los collares de perlas y los coches de coleccionista. Tienes buen gusto, un chico con las ideas claras.

Iván la observó con más atención, sorprendido. Tenía los huevos bien puestos, no como el capullo del coche, que no sabía ni a dónde mirar. Se quedó pensativo. Miró al cielo. No tardaría en ponerse a llover y Guillermo lo esperaba en el Gallinero para entrenar. Dentro de unos días le tocaba pelear con un negro sudanés de esos que habían cruzado medio mundo para terminar vendiendo falsificaciones de bolsos a los turistas en la explanada de la catedral. Al parecer, era un tipo duro de verdad. Decían que había comido carne de muertos en una patera, pero él no quería creerlo. Pelear con un caníbal no le hacía mucha gracia.

—No tengo tiempo para hacer amistades. ¿Tienes dinero, Helena? —Helena negó lentamente y el muchacho se impacientó—. ¿Me obligarás a faltarte al respeto registrándote?

Helena pensó en David. Cómo hubiera sido a la edad de este chico. Tal vez no muy diferente, con esa pose de gallito —ensanchar los hombros, mirar con dureza ensayada—, como en el *casting* de una mala película, igual que aquellos chicos malos

de *Grease*. David pasaba horas ensayando muecas delante del espejo, como De Niro en *Taxi Driver*, para resultar convincente en el patio del colegio; también se ponía relleno en las botas para parecer más alto y le gustaban las chaquetas acolchadas porque le daban la apariencia de estar más musculado. Una vez, Helena lo vio en el baño metiéndose papel higiénico en el calzoncillo y cerró la puerta con cuidado para no humillarlo. David nunca sería un chico duro de verdad, era demasiado guapo, tenía cara de buena persona, y ni siquiera los horribles cortes de pelo a lo punki que le gustaban lo disimulaban. A los trece años empezó a robar dinero del monedero de la cocina o en el despacho de Walter. Pequeñas cantidades al principio. «Son para comprar cigarrillos», confesó el día que Helena lo descubrió escondiendo una cajetilla en el calcetín. «Si quieres fumar, pídemelo, pero no nos robes», le dijo ella. Encendió un pitillo y se lo fumaron a medias. Cuando se lo contó a Walter, este puso el grito en el cielo. Probablemente, hoy también sería reprobada por todas las madres del mundo. Pero eran otros tiempos y, a fin de cuentas, ella aprendía a ser madre sobre la marcha.

—Seguro que hay otras maneras de conseguir dinero. Apuesto a que tú conoces varias.

Iván soltó una carcajada seca, un ensayo fallido de fanfarrón que se quebró al final con una interrogación.

—¿Me estás vacilando, abuela?

—Ya te he dicho que me llamo Helena. Aunque podría ser tu abuela y, en los tiempos que corren, incluso tu madre.

No es que David llegase antes de tiempo a su vida, es que no lo esperaba. Lo de tener hijos era más una obsesión de Walter a la que ella accedía de palabra para posponer el momento en la práctica: «Esperemos unos meses, un año, el tiempo que necesite para adaptarme a mi trabajo, a mis rutinas horarias». En realidad, tener un hijo la asustaba porque no quería aplazar su otra vida, la que imaginaba cuando hablaba, muy de tiempo en tiempo, con Louise en una corta conversación telefónica transoceánica. Aún esperaba otras cosas de sí misma y veía la maternidad como un postigo que sellaba sus opciones. Entonces no sabía que se podía ser madre y no dejar de ser una misma, sino aprender a multiplicarse. Pero hubo un momento en el que no fue posible demorarlo más. Lo primero que sintió al ver a David recién nacido fue la sensación de que su vida se había encarrilado como una gaveta que circularía el resto de su vida por los raíles asignados. Nunca sería como Louise, de fiesta en fiesta, conquistando Hollywood. Tenía que aceptarlo.

—¿Y qué tal si me das ese collar por las buenas y tu amigo del bigotón se baja del coche? Podéis iros por donde habéis venido a pie y darme las gracias amablemente por no daros una paliza y dejaros tirados debajo del puente. ¿Te parece un buen acuerdo, Helena?

No fue un buen embarazo, se sentía deforme, extraña y desconocida. Su cabeza la llevaba hacia atrás, y pensaba en el momento en el que Walter derramó esa semilla y

se imaginaba cerrando las piernas, sacándolo de dentro. Pero poco a poco se acostumbró a ser esa otra, empezó a verse con otra dimensión alejada de sus padres, de Thelma y de Enrique, incluso sintió una punzada de orgullo al comprender que ahora ella tenía algo que Louise despreciaba, la maternidad.

—No has tirado la moneda al aire.

—¿Cómo dices?

—No sabes si saldrá cara o cruz. Todavía no lo sabes. Y yo no creo en el azar. Creo en la teoría de los hilos rojos. ¿Sabes lo que es?

Walter se enfadó porque, pasados los cuatro primeros meses de embarazo, Helena insistió en pintar ella misma la habitación de David. «La escalera es peligrosa, podrías caerte. Y la pintura industrial desprende gases que no son nada buenos en tu estado. Si inhalas eso, perjudicarás al bebé». Pero, a esas alturas, ella ya sabía que ese bebé se agarraría con fuerza a sus entrañas hasta que llegara el momento y que, después, cuando por fin se decidiera a dejar atrás ese mar de calma y oscuridad y venir al mundo, en cierto modo seguiría dentro de ella para siempre. Seguirían unidos por un hilo rojo e invisible allá donde fueran, por lejos que estuvieran el uno del otro. Todos le decían que regalar la vida era algo maravilloso, y Helena sonreía sin confesar que era David quien llegaba para regalarle otra vida a ella, darle un sentido y poner fin a su zozobra. Aquel niño curaría heridas en su madre que ella ni siquiera sabía que existían, y lo haría incluso antes de nacer.

Iván jugueteaba con el rublo entre los dedos.

—Podría romper la regla. ¿Qué me lo impide? Solo es una moneda.

Helena asintió.

—Las reglas están para romperse. Nada es inmutable.

El día que el director del colegio llamó para decir que hacía días que David no asistía a las clases fue de los peores que Helena recordaba. David tenía trece años. Helena lo esperó durante horas y lo vio entrar en casa con la mochila de los libros como si nada. Le preguntó qué tal la aritmética, la geografía, la historia, y él, distraído, respondió: «Bien, todo bien». A la mañana siguiente, Helena lo siguió desde lejos para descubrir que se desviaba de la ruta en la última calle y se encontraba con un grupo de chicos mayores que él, todos con tatuajes y cazadoras que imitaban las que no tenían dinero para comprarse. En pandilla, se dirigieron al puente de Blackfriars tirando latas de cerveza y asustando a la gente. David caminaba entre ellos, fingía ser uno más, pero no lo era, Helena conocía la manera de caminar de su hijo cuando se sentía obligado, su modo de arrastrar los pies y hundir los hombros con las manos en los bolsillos del tejano. Lo que realmente la espantó fue ver para qué iban al puente. Colgarse sobre el Támesis. Olvidó la prudencia, el ridículo al que David se vería sometido, las risas y el desprecio con el que lo iban a mirar sus nuevos amigos a partir de entonces y lo arrancó de allí de mala manera. Horas después, en casa, cuando ella logró calmarse y preguntarle por qué había intentado hacer algo así, la respuesta de su hijo la dejó helada: «Porque sé que puedo

caer». Entonces, Helena se dio cuenta de que David gritaba a su modo pidiendo auxilio pero ella no sabía qué le pasaba. «¿Podrías encontrar otra manera de poner a prueba tus límites sin hacerme sufrir? Te lo agradecería». David dijo que sí, pero no cumplió su palabra. Encontró la manera de castigarla y obligarla a escuchar su grito de auxilio.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas y se levantó una ráfaga de viento. La oscuridad se acercaba cada vez más rápido. Los amigos de Iván lo apremiaban, pero el joven se tomaba su tiempo. Resultaba evidente que Helena lo desconcertaba y le gustaba a partes iguales. El rublo se le cayó de la mano y se agachó a recogerlo. Al hacerlo, vio la cicatriz en la pierna de Helena. Apartó rápidamente la mirada.

—«La providencia protege a los niños y a los idiotas. Y es verdad: lo sé porque lo he probado» —dijo concentrándose en la cara del rublo.

Helena cabeceó admirada.

—Vaya, pero si eres capaz de citar a Mark Twain.

Iván guardó la moneda en el bolsillo de la cazadora. Repentinamente, su rostro se dulcificó.

—«La suerte no siempre tiene la cara que esperamos». Eso también lo escribió Mark Twain. Tu suerte es que tienes los ojos parecidos a mi madre, esa clase de mirada que esconde dolores. Y que hoy me siento generoso. Lárgate y llévate a tu amigo el mudo.

Helena negó con la cabeza. Debían aprovechar ese momento, huir ahora que podían, retroceder con una sonrisa pero sin perderle la cara a las fieras que rezongaban alrededor, aún indecisas. Pero, si lo hubiera hecho así, no habría sido Helena. No podía dejar a David colgando del puente...

—Es curioso que lo digas porque tú tienes la mirada que le recuerdo a mi hijo. — Esos ojos que aprendieron a mirar como el filo cortante de un iceberg pero que, si se contemplaban de cerca, estaban llenos de juventud, de necesidad, de inseguridades—. ¿Sabes una cosa? Deberías tirar a la mierda esa moneda, no dejar que una probabilidad aleatoria decida tu camino. Eso no es una brújula, no te llevará a ninguna parte.

Iván torció la mandíbula. Empezaba a llover y se cubrió con la capucha que asomaba bajo la cazadora.

—Y tú deberías darte un punto en la lengua, Helena. Puede que la próxima vez des con alguien cuya madre tuviera los ojos marrones y no verdes. Ya sabes, uno de esos que le hacen trampas a la vida porque solo tienen una moneda con las mismas caras. Será mejor que os larguéis de una vez antes de que me arrepienta o de que mis colegas decidan que no les gusta nuestro jueguito de la abuela bondadosa y el gamberro redimido.

Cuando al fin se marcharon, Miguel estaba demudado, furioso.

—¿Te has vuelto completamente loca? ¿No sabes lo que podrían habernos hecho? No deberías haberle hablado así, como si quisieras provocarlo.

Helena achinaba los ojos tranquila.

—Solo son unos niños, Miguel. Niños disfrazados de hombres que necesitan que alguien los vea más allá de su armadura.

—Esos niños, como tú los llamas, son muy capaces de abrirle la cabeza a alguien solo para quitarle unas zapatillas deportivas... o por simple placer, para saber que pueden hacerlo, para ver sangrar a alguien. Esos niños trapichean con drogas, se ganan la vida dando palizas, robando. Son delincuentes, no tus mascotas. No tenías derecho a ponerte en peligro ni a ponerme a mí en esa situación.

Ella se mostró elocuente.

—Los dos sabemos cuál hubiera sido la alternativa si hubiéramos intentado huir sin más. No eres Niki Lauda al volante, ¿verdad? ¿No viste los ciclomotores aparcados? ¿Cuánto crees que hubieran tardado en cogernos?

Miguel conducía de regreso a la ciudad. Casi era de noche y los faros de los coches se iluminaban como globos de fiesta, llovía a raudales y soplaban un viento racheado que lanzaba oleadas de agua que el limpiaparabrisas no daba abasto a escupir. Las líneas discontinuas de la calzada se volvían difusas y Miguel apretaba con tanta fuerza el volante que los nudillos emblanquecían. Sentía ascender desde sus entrañas una cólera creciente que le quemaba el esófago, una úlcera biliosa y ácida que le costaba reprimir.

—Para ti todo es un juego, ¿verdad? —masculló con rabia.

—¿Se puede saber qué te pasa? No es para tanto. A veces me desconciertas, Miguel. No comprendo tus cambios de humor. Pareces estar contento y, al minuto siguiente, es como si quisieras arrasar al mundo con la mirada. Te comportas como un crío caprichoso.

Inesperadamente, Miguel dio un volantazo y se detuvo en el arcén provocando una cascada de ráfagas luminosas y de bocinazos de protesta de los coches que circulaban detrás.

—¿Estás loco? —le gritó Helena—. Podrías provocar un accidente.

Miguel se quedó mirando fijamente la malla metálica que separaba el campo del asfalto. La lluvia había levantado un olor de materia orgánica en descomposición, tal vez un perro muerto o las hojas de los árboles pudriéndose. Tuvo la visión de un mundo sucio cubierto de lombrices y larvas, de insectos parasitarios arrastrándose por el suelo. Últimamente, le pasaba que no podía concentrarse en lo bueno, solo en la fealdad, como si su mente se estuviera convirtiendo en otra cosa, transformándolo en otra persona que, por momentos, se tornaba irascible e indeseable. No podía reprimir el deseo de herir, de obligar a Helena a mirar para forzarla a ver esa putrefacción.

—Esa despreocupación tuya me saca de quicio, por si no lo sabes. Toda esa banalidad y esa evanescencia con la que hablas, fumas, bebes... no es más que puro



egoísmo, ahora lo entiendo. Finges sentir curiosidad y empatía por los demás aunque, en realidad, no te concierne nada que no tenga que ver contigo misma.

—¿A qué viene este ataque, Miguel?

Él no la escuchaba. Solo oía el rumor de los gusanos que se acercaban removiéndose entre el lecho de hojas y ramas podridas. La violencia inesperada que ya no podían contener los buenos modales ni la educación. El abandono de la prudencia. Y, por fin, sin máscaras, el miedo.

—Nunca me has preguntado qué me pasa, por qué decidí ingresar en la residencia. ¿Sabes lo que es la demencia? ¿Alguna vez has tenido miedo de olvidar lo que eres, lo que has sido, no reconocer a los que te rodean, volverte extraño en el mundo que conocías? No, claro que no. Tú siempre tan ácida, tan lúcida, con esa actitud cínica que esconde lo pasado porque solo importa el presente.

Helena empezaba a sentirse ofendida.

—No sabes de lo que hablas. Y no sé qué mosca te ha picado, pero será mejor que volvamos a Sevilla y dejemos esta conversación. Por el bien de los dos.

—¿El bien de los dos? ¿Cuál es el bien de los dos? ¿Este viaje ridículo que quieres hacer? Presentarte en casa de David y su familia sin avisar porque si les dices que vas a ir a verlos tal vez te digan que no quieren verte. ¿Qué clase de madre eres si tu hijo no quiere verte?

Helena buscó en el bolso un cigarrillo. Le temblaba la mano, no sabía dónde había dejado el mechero. Exasperada, lanzó el pitillo contra el salpicadero.

—¡No hables de David! Tú no sabes nada de él ni de mí, ni de nuestra relación. ¿Qué te da derecho a juzgarme? ¿Que estás enfermo? ¡Pues lo siento, pero no es culpa mía! Odiarme a mí o revolverte como un imbécil contra todo el mundo no cambiará eso. —Dio la sensación de que Helena iba a decir algo más, pero apretó los labios constriñendo la boca en un gesto de dolor. Ralentizando el movimiento de la mano, se acarició la pantorrilla por debajo de la falda.

Sin querer mirar, Miguel vio una cicatriz admirablemente grabada en el mármol blanquecino de la piel de Helena. Era una cicatriz fea, con forma de abrojo desbocado. El origen de las heridas —por qué unas duelen y otras no— es algo personal, y el quejido de Helena no respondía solamente a un dolor físico. Al tocarse la pierna de aquel modo, su rostro se había teñido de una sombra melancólica de proporciones muy humanas, muy íntimas.

—¿Te encuentras bien?

Helena no respondió inmediatamente. Poco a poco, la palidez de su rostro fue retrocediendo. Inspiró con fuerza, buscó el recurso del cigarrillo y desvió la atención hacia el paisaje de coches y asfalto entre la lluvia. La punzada de la pierna remitió y dio paso al conocido hormigueo, que le duraría algunas horas y que la forzaría a cojear de un modo más evidente durante un par de días.

—Tuve un accidente de coche, y en 1982 la cirugía no estaba tan avanzada... Los médicos lograron recomponer bastante bien los huesos de la pierna, aunque tuve que

pasar meses de rehabilitación con una especie de artilugio ortopédico de acero y tornillos y someterme a varias operaciones, ejercicios dolorosos, recuperación muscular... Volví a andar, pero algunas terminaciones nerviosas murieron para siempre.

—Lo siento.

—Lamentas un accidente que ocurrió en 1982, pero tu lamento retrospectivo no alcanza a las palabras que acabas de decir hace diez segundos.

A la mañana siguiente, Miguel le dio la dirección de la editorial en la que trabajaba Natalia a un taxista. No quería arriesgarse a perderse de nuevo.

El edificio refulgía como un enorme falo metálico y brillante rodeado de zonas ajardinadas. Resultaba grandilocuente, mitad esperpento, mitad despilfarro de acero y cristal oscuro. Una suerte de torre de Babel con cientos de oficinas, empresas, consorcios, bufetes. Toda la ciudad quería un despacho en aquel mamotreto que apuntaba al cielo como símbolo de una modernidad que nadie sabía exactamente qué representaba ni qué dejaba atrás.

El vestíbulo circular, con el suelo de losetas grises, era un hervidero de gente y de paneles indicadores. Media docena de ascensores subían y bajaban sin parar, como los pistones de un motor a toda máquina. Miguel se sintió intimidado. No le gustaban las aglomeraciones ni aquella sensación de espacio abierto e inútil. Prefería su despacho, su oficina en el banco, asumible, todo a mano, algo más cercano y artesanal: los falsos tabiques de cartón piedra pintados de blanco, el traqueteo de máquinas de escribir, las voces reconocibles cada vez que sonaba el teléfono, conocer el nombre y los apellidos de los empleados, las fechas de cumpleaños de los clientes, si tenían una enfermedad o un hijo en edad conflictiva, dónde iban a veranear o cuál era su equipo de fútbol. Le resultaba inconcebible que su hija pudiera disfrutar en aquel edificio donde nadie parecía conocerse ni tener interés alguno en hacerlo.

El ascensor lo condujo hasta la última planta. Quince interminables pisos amenizados con un hilo musical adormecedor. El mostrador de recepción era atendido por una especie de Sancho Panza repantigado en la silla que apenas le dirigió la mirada cuando Miguel preguntó por Ediciones Sepulcro, donde Natalia trabajaba como correctora. Aquella desidia molestó a Miguel tanto como la falta de higiene del recepcionista. ¿Acaso aquel desgraciado no tenía quien le dijera que no se puede usar una americana arrugada a la que le faltan dos botones? ¿Nadie se atrevía a insinuarle que tendría que afeitarse las cerdas negras que le asomaban en las orejas? El conserje, si así se lo podía llamar, consultó a disgusto el numerario, marcó un número en la centralita, dijo el nombre de Natalia como si escupiera una monda entre los dientes, asintió y colgó como si en todo ello hubiera gastado una energía innecesaria. Como quien no merece semejante suplicio, alzó el índice de uña mordida hacia la derecha.

—Su hija está en la media hora del almuerzo. En la cafetería del mirador.

La cafetería tenía, efectivamente, un mirador. Y era sin duda lo mejor del edificio. Las vistas sobre Sevilla eran increíbles. La luz azulada e inmensa penetraba con alegría a través de unos grandes ventanales y rociaba de brillos candentes las mesas más cercanas a la terraza, poblada de palmeras y plantas más propias de una ambientación tropical. No había mucha gente a aquella hora, grupos pequeños a cada lado de la barra y ejecutivos que tomaban café concentrados en las páginas de economía de algún periódico. Apenas se oía el murmullo de las conversaciones y el sonido del vapor de una cafetera.

Natalia estaba en una de las mesas más alejadas de la entrada. Sola. Esa era exactamente la sensación que causaba con la cabeza inclinada sobre un manuscrito, con el cabello besando las páginas y cubriéndole parcialmente el rostro. De vez en cuando, se apartaba el flequillo con una mano y lo llevaba mecánicamente tras la oreja. Parpadeaba al pasar de página y balanceaba como un aspa un lápiz en la mano derecha. «Está guapa», pensó Miguel al comprobar cómo le había crecido el vientre. Había engordado, pero el vestido de colores alegres le sentaba bien.

—Hola, hija.

Natalia parpadeó como si la hubiese deslumbrado una luz muy intensa y repentina, y el lápiz de la mano derecha dejó de moverse.

—Papá. ¿Qué haces aquí?

La sonrisa de Miguel se quedó petrificada al escrutar cada recoveco de la cara de su hija, marchita, con un surco azulado en el ojo izquierdo que ella, avergonzada, se tapó parcialmente. En la mejilla quedaba la traza de un arañazo que iba desde el pómulo amoratado hasta el labio, con una inflamación que no era posible disimular pese a la espesa capa de maquillaje. Un grito mudo le subió hasta la garganta bebiéndose la saliva y secándole la boca.

—Dios mío... —Fue lo único que pudo susurrar al tiempo que sus dedos trataban de tocarle la cara. Ella la apartó justo antes, mirando de reojo alrededor. Los ojitos de un ratón asustado.

—No deberías haber venido sin avisar.

Los dedos de Miguel temblaron en el aire un segundo, y luego se contrajeron en un puño cerrado que se quedó suspendido sin saber contra qué descargar se mientras se daba tiempo para encontrar algo que decir, algo que no fuera un farfullar de insultos, reproches, maldiciones y lamentos. Pero no lograba encontrar palabras que pesaran poco, ligeras, banales. No podía apartar la mirada del rostro masacrado de Natalia. Jamás se había sentido tan incapaz e inútil.

—¿Te lo ha hecho él? —¿Qué iba a decir? Un accidente, un tropezón, una puerta.

Pero Natalia no se esforzó en desmontar lo evidente. Se limitó a mirar el texto que estaba corrigiendo. Lo había emborronado con subrayados, tachones en rojo y acotaciones en los márgenes. Un trabajo concienzudo, propio de ella. Tan inteligente, tan intuitiva y, sin embargo, atrapada en algo incomprensible.

—Tengo mucho trabajo...

—Deja a ese hombre, Natalia. Ni siquiera tienes que ir a recoger tus cosas al apartamento. Mandaremos a alguien, ven conmigo. Podemos ir a donde quieras.

Natalia miró a su padre como si sus ojos se hubieran convertido en piedras lisas en la arena de una playa deshabitada, laminadas por el tiempo y por los elementos. Sin capacidad para decidir, sin poder dejar de ser piedra. Gustavo la estaba borrando, haciéndola invisible, la alejaba del mundo y la atraía hacia él, la convencía de que el infierno era la única existencia posible. Apenas quedaba nada de ella, un tibio resplandor, una pavesa que palpitaba en un corazón agonizante.

—No quiero hablar de esto contigo, papá.

—Entonces ¿con quién?

Desconcertado, como si pidiera ayuda, Miguel miró a su alrededor. ¿Nadie veía lo que estaba pasando? ¿A nadie le importaba? Alguien debía de haberle preguntado; los compañeros de trabajo, los amigos, alguien debería sospechar que tantos accidentes no podían ser casualidad, intuir lo que pasaba, saberlo. Debían de mirar a su hija con una tristeza amable, se limitarían a dedicarle una compasión poco invasiva, sin compromisos. A nadie le apetecía inmiscuirse más allá de los comentarios en corrillo ante la máquina del café, comentarios que enmudecían cuando ella aparecía. Y si alguien había intentado mostrarse dispuesto a escucharla, e incluso a dar un paso más, el del consejo o la mano tendida, con toda seguridad se habría topado con la mirada de yeso de Natalia, inescrutable, distante: «Estoy perfectamente, métete en tus asuntos».

—Acudiré a la policía. Sé que tú no puedes, pero lo haré yo. No pienso permitir que Gustavo te destruya.

Natalia se envaró.

—No harás nada de eso. Es mi vida, sé cómo manejarla.

—Necesitas ayuda, Natalia. Piensa en el bebé.

Como si quisieran arrebatarse lo que llevaba en las entrañas, Natalia se protegió el vientre con el antebrazo al tiempo que se ponía en pie.

—Si quieres ayudarme, no te entrometas. —Su voz monolítica se quebró un segundo, implorante e insegura—. No lo compliques más, por favor.

Recogió el manuscrito y se puso las gafas de sol.

—Tengo que volver al trabajo. —Besó en la cabeza a su padre. Miguel sintió que depositaba sobre su cráneo algo ajeno y distante. No fue capaz de retenerla ni de decir nada. Miguel se levantó con torpeza, tropezó con la silla y la vio alejarse como una extraña, como si él no fuera diferente a los demás que estaban en la cafetería, como si no estuviera en su mano ayudar a quien no quería ser ayudada. También ciego e indiferente. Pero aquella mujer que se alejaba era su hija. Lo único que le importaba. En aquel momento, si hubiera tenido dos corazones, ambos se habrían parado a la vez.

Sobre el galán descansaba la botella que Helena había pedido por la noche después de agotar las reservas del mueble bar. Buscó el paquete de cigarrillos y el mechero entre las sábanas revueltas de la cama y se sentó a fumar con la mirada abstraída en una pared blanca. No recordaba cuándo fue la última vez que había bebido y fumado tanto, o sí lo recordaba y prefería obviarlo. Había algo liberador en poder emborracharse sola, en sentirse mezquina e hipócrita y refocilarse como una cerda en su charca sin el sobresfuerzo de la piedad ni de la compasión. Aceptar que no fue una buena esposa ni una buena madre; y, desde luego, tampoco fue la amiga que Louise merecía. Aquel triángulo la había encerrado y nunca le permitía escapar de sus ángulos. Sin avanzar, sin lograr romper esa geometría. Se había perdido abundando en las culpas de otros para no pensar en las propias. Había jugado la mitad de sus años a la redención cuidando a Walter en su larguísima y penosa agonía, ofreciéndole su amistad al profesor Marqués, incluso algo de misión redentora había encontrado en empujar a Miguel a ser otra cosa distinta a la que era. Y ¿por qué? ¿Acaso era ella mejor de lo que lo fueron ellos?

Solo era una vieja que olía a vieja aunque disimulara el hedor con perfumes y vestidos, una vieja egoísta, solitaria y asustada que se desgastaba en fríos simulacros de pasión, una momia que sonreía sin fe en nada ni en nadie y que dedicaba a los demás sus notas baratas, sus gangas emocionales, sus frases hechas. Pero, en realidad, no le importaban; ellos no le importaban. Solo los utilizaba para seguir escondida, perder el tiempo con lo inaprensible, engatusarse con la piedad de la vejez disfrazada de sabiduría, de lo que ya está hecho y consumado.

Qué forma tan absurda de matarse era esperar un deslumbramiento.

Llamaron a la puerta. Helena abrió y se encontró a Miguel como un personaje de Pasolini, demacrado, los ojos hundidos, el alma floja. Su mirada traía un espanto diferente.

—¿Puedo pasar?

Helena le franqueó el paso sigilosamente y después se sentó en el filo de la cama, cruzó las manos entre las piernas y esperó. Miguel movía las manos como si amasara el aire para darle la forma sólida de una idea que no acababa de formular.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado? Tus ojos miran como si hubieran visto el fondo de un abismo.

Miguel tuvo que esforzarse, entrar en el terreno de las emociones, dejarse ir, abandonarse y contárselo todo: la vida quieta de su matrimonio, la infancia de Natalia, la existencia de Gustavo, el infierno que estaba viviendo su hija, su incapacidad de padre, la ausencia de lógica, de orden, de razones para soportar algo así, el sentimiento de culpa y la oscura percepción de que había fallado como padre pero sin saber cómo ni cuándo. Su desesperación.

Fue un esfuerzo titánico que sobrepasaba sus habilidades: la sinceridad, el desgarramiento de la evidencia, aceptar el desamparo y el caos. Y rompió a llorar y se asustó de sus propias lágrimas, de esa puerta que acababa de abrir. Ahí estaba, dejándose

caer en un rincón, escondiendo el rostro entre las piernas, que le temblaban, como un ser de arena ante los ojos apesadumbrados de una extraña a la que apenas conocía, suplicándole ayuda. Ayuda para entender, ayuda para saber qué debía hacer.

—Es mi hija, Helena. Es mi pequeña, lo único que me importa en esta vida, y la estoy perdiendo. La están desgarrando a pedazos ante mis ojos y no puedo hacer nada. Absolutamente nada.

Helena no respondió con palabras. Se acercó y posó su bonita mano de uñas pintadas y joyas en los dedos en la mejilla de Miguel. Lo hizo muy despacio, como si quisiera evitar que su rostro se desmenuzase. También ella sabía lo que se siente cuando un hijo se te deshace entre las manos. Se abrazó con fuerza a él para hacerle sentir que no estaba solo. Pero también para sentir que ella no estaba muerta del todo.

*Malmö*

Llamaron a su puerta. No podía ser el abuelo, él nunca llamaba; aquella era su casa, podía entrar y salir cuando quisiera en cada estancia sin respetar la intimidad de Yasmina, y se lo recordaba continuamente: «Aquí estás de prestado».

Tampoco podía ser su madre, no era el día de la semana en que libraba de la casa donde vivía como sirvienta interina, y hubiera sido la primera vez en años que se dignase entrar en la habitación de Yasmina.

Supo quién era. Lo supo del mismo modo que los pájaros saben cuándo va a llover.

—Hola, pequeña.

Sture la examinó de arriba abajo como si estuviera ante un objeto de su propiedad que había olvidado y que le proporcionaba, al reencontrarlo, una vieja sensación de placer. Yasmina se encogió al sentir cómo la miraba. Todavía estaba en pijama, un pijama demasiado liviano.

—¿Qué haces aquí?

—Será mejor que te vistas. Iremos a dar un paseo.

Sture la observó mientras se ponía unos *jeans* y una sudadera de la Universidad de Estocolmo, en la que nunca estudiaría. Aquella muchacha le provocaba sentimientos contradictorios, le recordaba demasiado a Fátima y eso lo preocupaba. Ahora más que nunca necesitaba tener la mente despejada.

—Sinceramente, te prefiero con el pijama —dijo acercándose con intención de acariciarle la mejilla.

Yasmina se apartó justo a tiempo.

—¿Y qué pasa con mi abuelo? No puedo irme y dejarlo solo.

Sture cerró el puño en el aire persiguiendo el aroma del perfume de Yasmina. Asintió con resignación. Raquel tenía razón. Debía ser duro con aquella muchacha, mucho más duro o todo se complicaría.

—Está en el salón con uno de mis hombres, no te preocupes. Ha sido muy amable, se ha ofrecido a prepararnos café. —La ironía de Sture se volvía chirriante, como el gruñido de un perro dispuesto a lanzar una dentellada.

No había café preparado. Abdul estaba aplastado en el sillón del salón como un animal asustadizo vigilado de cerca por uno de los gorilas de Sture.

—¿Cómo va esa muerte, Abdul, viejo amigo? ¿Llega o no llega?

El anciano lanzó una mirada torva a Sture y otra a su nieta. El asco era superior al miedo.

—Dios sabe que a todos nos llega el momento.

Sture asintió y miró teatralmente su reloj de pulsera.

—Pues contigo ya llega con retraso. ¿No será que tu Dios se ha olvidado de ti?

El anciano no contestó. Volvió la cara hacia el sillón. Sture le regaló una mirada de desprecio.

—Antes no eras tan orgulloso, Abdul. Todavía me acuerdo del día que te vi entrar por la puerta de la Vieja Suecia. Fue en enero de 1977, lo recuerdo porque aquel mes hubo fuertes nevadas, incluso para lo que nosotros estamos acostumbrados.

—De eso hace mucho.

—No tanto, al menos para mí. Te miro y todavía veo al mismo desgraciado tiritando con un abrigo insuficiente y los mitones con los dedos casi congelados, moviendo los pies para entrar en calor, pidiendo permiso, humillado y cabizbajo, con aquella mirada apaleada, para que te dejara guarecerte de la nevada con tu hija y aquel despojo de tu yerno. Solo eran unos críos asustados. Fátima tenía la edad que ahora tiene Yasmina, estaba embarazada de siete u ocho meses. Parecía a punto de desmoronarse allí mismo, de traer al bebé sobre el suelo mojado y sucio del restaurante. Pero a ti solo te preocupaba entrar en calor, cuidar de ti mismo. No la dejaste sentarse, no permitiste que ella comiera ni se secase los pies hasta que tú y el imberbe de su marido estuvisteis servidos. Le diste las sobras como a un perro. ¿O me equivoco?

Yasmina frunció el ceño. ¿Su madre había estado embarazada antes de que ella naciera?

Sture se percató de su sorpresa.

—Nunca te ha hablado de él, ¿verdad?, de tu hermano, el que murió a los pocos meses de nacer. Pregúntale quién se ocupó de los medicamentos mientras estuvo enfermo, quién pagó la hospitalización. Quién se ocupó del entierro y de cuidar que no le faltara nada a tu madre mientras tu padre se tragaba la depresión de bar en bar y tu abuelo se nos volvía religioso, un hombre santo que se iba todos los días a la mezquita. Nuestro viejo y querido Abdul prefería hundir la frente en el suelo y rezarle a Dios en vez de levantar la cabeza y ocuparse de su familia... Para eso ya estábamos mi familia y yo. Entonces no le importó saber a qué nos dedicábamos.

Abdul enseñó los dientes como una rata, queriendo morder pero sin atreverse. No era fuerte, nunca lo fue, toda su vida había estado a la sombra de hombres más poderosos. Primero, su padre, Rachid *el Español*; luego, el capitán Enrique Pizarro y, más tarde, Sture. Jamás había sido capaz de rebelarse abiertamente contra ellos; de traicionarlos, sí, y de odiarlos profundamente, también, pero nunca enfrentarlos a campo abierto, siempre emboscado esperando su oportunidad. Por eso había elegido al imbécil de su yerno como esposo para Fátima, aquel campesino imberbe y piojoso incapaz de mirarlo a los ojos. Para aplastarlo y conocer lo que se siente con el talón puesto sobre la cabeza de alguien.

—Alá quiso llevarse a mi esposa primero por la gripe española, y luego fue su voluntad arrancarme a mi nieto varón. Nada se puede contra la decisión de Dios.



Sture escupió en el suelo.

—Mira a ese despojo, Yasmina. Sigue haciendo lo mismo tantos años después. Esconderte. Di, Abdul, ¿por qué no le cuentas a tu nieta qué deuda contrajiste conmigo?

Abdul se enroscó en un silencio turbio.

—¿Callas, hombre devoto? ¿No dices nada? Claro, cómo hablar; lo tuyo es dejar que otros se manchen las manos por ti. A veces creo que debí matarte apenas te vi. La gente como tú me revuelve las tripas. De no ser por tu hija Fátima, te aseguro que le habría ahorrado trabajo a tu Dios... Me llevo a tu nieta un rato. No te preocupes, te la devolveré a tiempo para que te limpie la mierda y te ponga la cena.

Sture raramente conducía y mucho menos se aventuraba fuera de Rosengard sin su guardia pretoriana, pero aquella vez ordenó a sus hombres que se marcharan a casa y se puso él mismo al volante. Entraron en la autopista perimetral que se dirigía a las afueras de Malmö en dirección al este. Sture introdujo un compacto en el equipo de música y se relajó.

—¿Nunca te he dicho que me encanta Plácido Domingo?

—No sé quién es.

—Vamos, Yasmina. ¿Tú aspiras a ser cantante? Nadie interpreta mejor *Nessun dorma* que Plácido Domingo. Habrá quien te diga que Pavarotti es el maestro, pero no hagas caso. Recuerdo que lo vi hace años, en Barcelona. Nunca he olvidado aquel concierto, fue uno de los momentos más felices de mi vida. Escucha, los matices de voz son impresionantes. —Subió el volumen. Parecía realmente emocionado, como si la voz del tenor fuera capaz de enaltecer lo que hay de bondadoso en el ser humano y en aquel momento Sture se sintiera más humano que nunca.

Yasmina seguía atrapada en la revelación de que tuvo un hermano que no llegó a conocer y del que jamás se hablaba. No sabía cómo encajar la noticia.

—¿Tenía un nombre?

—¿Qué importancia tiene? Si lo tuvo, no significó nada.

—Lo significa para mí.

—Ni siquiera conocías su existencia hasta hace unos minutos.

—¿Y qué otras cosas desconozco?

Sture evocó las largas tardes de invierno en la cama con Fátima. Al principio ella no hablaba mucho, se desnudaba con timidez y se tumbaba en la cama protegiéndose con la sábana, dispuesta a cumplir con su obligación sin entusiasmo ni complicidad. Pero con el paso de los meses y de los años, antes de que llegara Raquel a la vida de Sture, Fátima llegó a sentir algo por él, estaba seguro. No era tan ingenuo como para pretender que aquello fuera amor, ni siquiera pasión, pero ella llegó a abrir un poco su corazón. Le hablaba de cómo era la tierra de la que venía, de su madre y del día que Abdul regresó a la aldea con un montón de dinero y una maleta llena de trajes

Europeos y cigarrillos americanos. Era 1959. Decían que había traicionado a su benefactor, el capitán español, y lo había entregado a las autoridades. Fátima, ni siquiera se acordaba de él y, cuando Abdul la cogió en brazos, ella rompió a llorar y quiso escapar a los brazos de su madre. Abdul se enfureció y golpeó a su esposa delante de las otras mujeres, la acusó de haber puesto en su contra a su propia hija.

—No sé mucho de mi familia. En casa apenas se mencionaba el pasado, y nunca se hablaba de mi abuela.

—Tu madre me contó que era una muchacha bonita, pero que se marchitó demasiado rápido. Abdul siempre ha sido cruel con quien podía serlo y servil con quien debía. Le dio mala vida siempre. Las mujeres de la comunidad intentaban ayudarla, cuidaban de ella cuando Abdul se marchaba, a veces durante semanas, sin decir a dónde iba. Ella parecía revivir con aquellas ausencias, pero él siempre regresaba y, entonces, todo empezaba otra vez. Nadie quería problemas. Se hizo desierto, enfermó unos años después, se debilitó y murió.

Yasmina le dirigió una mirada dolorosa a Sture.

—¿Por qué a ti? ¿Por qué mi madre eligió contarte esas cosas que a mí siempre me ha negado?

Igual que una espiral de humo, la calma de Sture se esfumó con una simple ojeada al tráfico que empezaba a aglomerarse en la salida de la ciudad. *Nessun dorma* continuaba sonando pero ya no causaba el mismo efecto de recogimiento en él. En su expresión no quedaba vestigio de santidad.

—Tu madre aprendió a confiar en mí.

Yasmina negó con la cabeza.

—Me cuesta creerlo.

—No cometas el error de creer saber cómo soy, Yasmina. Tu madre me importaba mucho más de lo que imaginas.

—Sé como eres. Te conozco desde que nací.

Con el ceño partido por una profunda hendidura, Sture arrojó sobre Yasmina una mirada fría que la redujo a una perfecta nulidad.

—Y también creías conocer a tu padre y a tu madre, y a tu abuelo, ¿verdad? Jamás imaginaste que te harían lo que te hicieron. Ellos te vendieron a mí, Yasmina. Eres de mi propiedad por su culpa. Y, aun así, sigues creyendo que les debes algo, te arrastras cuidando a ese viejo que te odia y sigues esperando alguna muestra de cariño de parte de tu madre como una pedigüeña.

Yasmina apartó la mirada y la concentró en el tráfico. Por supuesto que había intentado odiarlos. Lo había imaginado de todas las maneras posibles. Pero el odio se deshacía como una farsa inconsistente.

—No puedo elegir odiarlos. Como no puedo elegir odiarte a ti. A pesar de intentarlo con todas mis fuerzas. A mi pesar, sois mi vida, lo único que conozco.

Sture lanzó un bufido de hastío.

—Una maldita santa... ¿Eso es lo que eres? Bueno, pues vamos a poner tu

santidad a prueba.

Sture estacionó frente a un conjunto de casas de dos plantas con fachadas de madera tratada y tejados de pizarra gris. Se concentró en la casa que tenían delante. No era distinta a las otras, tal vez un poco más grande y con el jardín algo mejor cuidado, la grama cortada a ras, la caseta del perro sin restos de comida en el comedero.

—Fíjate en esas casas. Una maravillosa patraña, ¿verdad? Arquitectura sostenible, energía renovable, familias de jóvenes con profesiones liberales y dos hijos, chico y chica, sacados de un cuadro de Botticelli. Y debajo de todo esto, gente como tú, como yo, como tu madre, sosteniendo sobre nuestras espaldas el peso de su mentira.

—¿Y quién juega ahora a ser un mártir?

Sture fue a replicar pero, de repente, alzó la cabeza. Alguien salía de la casa.

—Ahí está. Mírala bien.

El corazón de Yasmina dio un brinco violento. Tras la portezuela de la tapia que rodeaba la casa apareció su madre llevando de cada mano a un niño y una niña de corta edad. Daba la impresión de estar muy cansada. Su figura desmañada, los ojos apagados. Se movía de un modo osuno, como si se obligase a avanzar a golpes de riñón, de voluntad.

Sture encendió un cigarrillo y, dando golpecitos con el mechero en el volante, observó alejarse a Fátima.

—Ya que estamos en un momento de revelación, hay algo más que debes saber de tu pasado. En realidad, no deberías haber tenido pasado. Cuando tu madre se quedó embarazada de ti, tu abuelo se puso furioso. Quiso que ella abortara, y la golpeaba para provocarle el aborto. Pero tu madre me pidió ayuda. Por eso estás hoy aquí. Porque yo quise que así fuera. Quise que nacieras con esos ojos de distinto color, que tuvieras una vida, ilusiones, deseos. Quise que tuvieras una vida.

Yasmina sintió una náusea en la boca del estómago al verse reflejada en la mirada vidriosa de Sture. Le repugnaba ese modo que él tenía de meterse en sus pensamientos, era como sentirse violada sin nada con lo que protegerse.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Pregúntaselo a ella —respondió él, señalando la figura de Fátima.

Yasmina negó con la cabeza. Su madre era el candado del silencio, la que le cosía los labios cuando era niña con una simple mirada, la que soportaba los arrebatos de ira melancólica de su padre sin rechistar, la que le besaba los pies al abuelo cuando, tras golpearla con el cinturón, le pedía perdón entre lágrimas. Aquel silencio de molicie que se hizo muro, aquella obediencia perruna, la habilidad en todas las mujeres de la familia de convertirse en estatuas de sal cuando hablaban los hombres de la casa. Y siempre los había: un padre, un tío, un hermano, un esposo. Yasmina recordaba su niñez de ese modo: los hombres a un lado, las mujeres ni siquiera en otro, simplemente en la periferia de la existencia, al borde de la invisibilidad, para

aparecer tibiamente solo cuando eran reclamadas. Su madre se comía las uñas, ese era el único gesto de rebeldía que le recordaba. Aquellos dedos de uñas mordidas que le tapaban la boca cuando ella, una niña que no entendía ni quería entender, se atrevía a levantar la voz desafiando las decisiones del abuelo. La odió mucho tiempo, y mucho más que al abuelo o a su padre.

—Te lo pregunto a ti, Sture. ¿Qué razón podía tener mi abuelo para no querer que yo naciera?

Sture no dijo nada más hasta que los niños subieron al autobús. Fátima los despidió desde la acera.

—Envejecer sin ninguna victoria en tu haber es una mierda. Deberías haberla visto cuando llegó a Rosengard. Era como una lengua de lava que incendiaba todo con una simple mirada. Y ahora, mírala.

Yasmina sintió que le hervían los ojos. Sí, debería odiar a su madre. Odiarla porque la amaba. Porque necesitaba sus brazos y no los tuvo, porque buscó una aliada y solo encontró la misma intransigencia, el mismo dedo acusatorio que en su abuelo. Aquella acusación, de nuevo sin palabras, aquel peso de vergüenza vertido sobre sus hombros cada vez que Sture la devolvía a casa. Y, a pesar de todo, no podía dejar de quererla, de acurrucarse en los escasos recuerdos benévolos, en alguna caricia regalada casi sin querer, en una palabra de consuelo, en una sonrisa o en el modesto regalo de un pañuelo, una naranja pelada, un café recién hecho, unos minutos dedicados a desenredarle el pelo después del baño. Y una vez, solo una vez, hacía ya tantísimos años, en la que su madre le contó que de niña soñaba con ser maga, recorrer los pueblos como los buhoneros bereberes, inventar trucos de magia, hacer desaparecer cosas y obligarlas a aparecer en lugares insospechados. Deseaba ser capaz de convertir en cerdos a los hombres, en mares los desiertos.

Vio a su madre traspasar la tapia de la casa. Luego la vio brevemente a través de una ventana con el postigo abierto. Miraba hacia un ángulo lejano de la calle apartando la cortina. Ojalá pudiera perdonarla. Y lo haría si ella dijera una sola palabra: «Lo siento, Yasmina. Nunca debí permitir que los hombres de esta familia te destruyeran como me destruyeron a mí, y a mi madre, y a mi abuela...». Sí, Yasmina correría a abrazarla, la perdonaría, la besaría en los párpados, le cantaría canciones alegres, le compraría ropa menos oscura y la obligaría a teñirse el pelo ralo que le quedaba. Se la llevaría a Europa, a otra Europa. A Francia, a España, al sol que tanto echaba de menos. Viajarían juntas, Yasmina cuidaría de ella, le regalaría sonrisas y vivencias para rejuvenecerle el corazón enfermo. Solo necesitaba sentir el tacto de sus manos en la mejilla, el aliento de un beso al acercarse a la frente, la mirada de un amor sin culpas.

Sture había bajado la ventanilla del coche. Recostado sobre el asiento, aparentaba tener adormecida la voluntad. Miraba hacia la casa.

—Me gustaría acabar con todo esto. Estoy cansado. Raquel y yo hemos pensado en marcharnos a Portugal, allí el clima es más benévolo; y hasta puede que al inútil

de mi hijastro se le caliente la sangre.

Yasmina no creía una sola palabra. Había visto la misma representación demasiadas veces, pero reconocía el talento de Sture para la dramatización. Aquel histrión era capaz de persuadir a cualquiera de lo que se propusiera.

—Y ¿por qué no lo haces?

Todo formaba parte de una puesta en escena que parecían haber ensayado detenidamente.

—Lo haría si pudiera solucionar algunos flecos sueltos. No tengo ganas de pasarme toda la vida mirando a mis espaldas. Todo este asunto del puerto, el tipo decapitado en el parque... demasiado ruido, demasiada atención que no es buena. ¿Sabías que la policía ha entrado en dos de mis clubs? Identifican a las chicas, espantan a los clientes, decomisan drogas. Los noto cerca, muy cerca, Yasmina.

—Y todo eso, ¿qué tiene que ver conmigo? ¿O con mi madre?

Sture la miró un buen rato, fijamente, hasta que sintió que ella empezaba a crujir, a desmoronarse, primero un poco, apenas un deslizamiento, luego un pilar, otro y, por fin, el derrumbe. Y en ese momento, atacó.

—Me preguntaste una vez cuál era la deuda que tu abuelo contrajo conmigo. Bueno, podría decírtelo. Es más, podría libraros de ella, a ti y a tu madre, para siempre. Libre, sin cargas. Adiós a Malmö, una nueva vida en París. ¿No querías ir a París? Solo nos tendríamos que hacer un favor mutuamente. Necesito que vuelvas a ver a tu novio, el subcomisario.

Yasmina acuchilló a Sture con la mirada.

—Él no es mi novio.

Sture no se inmutó.

—Hablarás con Gövan y le pedirás que retire las pruebas, que provoque un defecto de forma, que rompa la cadena de custodia o que se tire a la jueza que lleva el caso, me da igual, pero esto no puede llegar a juicio. Amenázalo con arruinar su matrimonio, su carrera, con sacar a la luz que se ha estado acostando contigo mientras su guapa e influyente esposa estaba en casita cuidando de sus hijos... Y cuando todo el mundo lo haya repudiado, cuando nadie mueva un solo dedo por él, entonces, dile que ahí estaré yo... Con un mazo y unas tenazas para ajustar cuentas.

—¿Y si no atiende a razones?

Sture posó la mano derecha sobre el muslo de Yasmina. Cuando ella intentó apartar la pierna, la mano se cerró como una tenaza. Raquel nunca se equivocaba. Su mujer era más lista que él, veía más lejos, lo conocía mejor de lo que Sture se conocía a sí mismo. No tenía sentido negarlo. Había tratado de ser un padre para Yasmina, o al menos algo parecido. Todos sabían que ella era su preferida, como lo fue su madre durante un tiempo. Yasmina no lo traicionaría por dinero, por miedo, por cobardía o deslealtad. Pero necesitaba asegurarse de que haría lo que se esperaba de ella y necesitaba que sintiera lo que significaba no obedecerlo.

Pero había algo más, Raquel se lo había dicho: «Sé que me engañas con otras, que

te tiras a tus putas. Pero a ella nunca la has tocado, ¿por qué?». Sí, Raquel tenía razón: Yasmina lo había vuelto blando, demasiadas prebendas, demasiadas concesiones. Y era hora de dejar las cosas claras.

—Por favor, Sture. Me haces daño.

Sture retiró los dedos y los contempló como si no fueran suyos. Abrió la guantera y puso sobre el regazo de Yasmina una pistola semiautomática.

—Si Gövan no te hace caso, entonces tendrás que dispararle tú misma en la cabeza.

Yasmina miró el arma horrorizada, como si acabara de caerle una rata muerta en el regazo.

—¡No puedo hacer eso! Yo no soy como tú, no puedo dispararle a una persona.

De repente, Sture se abalanzó sobre ella apretándole el cuello con una mano mientras con la otra le apretaba un pecho por debajo de la sudadera.

—¡Ya basta de gilipolces! Lo harás, claro que lo harás. Porque no eres más que una zorra que se ha creído princesa. Y porque, si no lo haces, te pegaré un tiro yo mismo. Pero primero obligaré a tu madre a que vea cómo te violan mis hombres y luego tú verás cómo se lo hacen a ella. Entonces os podréis ir juntitas al fondo del puerto. ¿Me has entendido?

Yasmina sintió la presión en la garganta y el dolor intenso de los dedos oprimiéndole el pezón como tenazas. Por fin el lobo se mostraba sin máscara, jadeante, ansioso.

—¿Por qué me haces esto?

Sture dudó. La soltó y respiró hondo mirando por el espejo retrovisor.

—Hago lo que hago y eso es lo que cuenta. Ahora, lárgate de mi coche.

No le dio tiempo a bajar por entero. Sture arrancó con brusquedad y Yasmina rodó por el asfalto. Intentó ponerse en pie tambaleándose. Le dolía un dedo del pie derecho, solo pensaba en eso mientras intentaba alcanzar el otro lado de la calle. Había perdido un zapato. Oyó una voz, y una mano trató de ayudarla. Más voces...

—He visto lo que ha pasado. ¿Qué te han hecho? Llamaré a la policía.

Yasmina se volvió hacia el buen samaritano. Un tipo entrado en carnes con una barba bien cuidada y cara bondadosa; un habitante del paraíso.

Alguien llamaba desde la cancela.

—David, ¿qué pasa?

—Creo que han agredido a esta chica. Llama a la policía.

Yasmina se desembarazó de su mano. Y entonces la vio.

Ahí estaba su madre, entre los vecinos que se iban acumulando en la acera sin decidirse a dejar su papel de espectadores curiosos, pero a cierta distancia. La vio entre sus cabezas, entre sus murmullos. «¿Qué es lo que ha pasado?». Ella, como si nada, mirándola fijamente.

—No quiero que llame a la policía. No ha pasado nada.

Nada que no le hubieran hecho antes, muchas veces, robarle lo que se le puede

robar a una persona. Quitarle lo que es, no lo que tiene. Destruirla partícula a partícula. Desde la niñez, desde el sillón de su abuelo, desde el silencio de su madre, desde la cobardía de su padre.

*Sevilla*

Era un policía amable y muy joven, nada que ver con aquellos agentes que Miguel recordaba, los guardias que paseaban a pie o a caballo por las fincas de olivos del Almendralejo de su infancia, los agentes que lo hacían ir a buscar a su madre a las comisarías de Badajoz, de Sevilla, de Madrid cada vez que se escapaba. Pero, a pesar de su amabilidad, de su predisposición, aquel joven policía no podía ayudarlo. Aunque no fuera imprescindible la denuncia de la víctima, necesitaba al menos algo más que la declaración de Miguel para intervenir de oficio.

—Las lesiones, ¿usted le ha visto la cara? Se lo ha hecho él.

—Las he visto, y le he sugerido a su hija que nos acompañara al hospital para que los médicos determinasen su origen. Pero ella se ha negado, dice que se cayó montando en bicicleta.

—¿En bicicleta? —Natalia no montaba en bicicleta, cuando era niña ni siquiera se atrevía a subirse en un triciclo.

El joven cruzó las manos sobre el escritorio. Tal vez no había cumplido los treinta años y ya tenía esa mirada de fatiga que se asienta en aquellos que llevan demasiado tiempo luchando contra la inercia de las cosas.

—Le creo, Miguel. Pero lo único que podemos hacer ahora es remitir un oficio al juzgado pidiendo medidas cautelares basándonos en los indicios que tenemos. Entre tanto, haremos un seguimiento, pediré que una patrulla de agentes pase regularmente por casa de su hija. No es mucho, pero es lo único que puedo hacer por ahora.

—Y a él, a Gustavo, ¿no van a detenerlo? Tiene antecedentes, podrían al menos asustarlo.

—No nos dedicamos a asustar a la gente, no es nuestro trabajo. Y sus antecedentes no lo condenan de por vida. En este país existe la presunción de inocencia.

—¿Y si la mata? ¿Y si la hiere gravemente? ¿Cómo podrá cargar en su conciencia con eso?

El policía contrajo el rostro y endureció la mirada.

—Creo que hemos terminado, Miguel. Si hay cualquier novedad, lo avisaremos.

Mientras esperaba a Miguel en el vestíbulo de la comisaría, Helena acariciaba la alianza de boda en la palma de la mano y recordaba aquellas palabras que retumbaron en la cripta de Saint Matthew una mañana lluviosa del mes de octubre de hacía mil años. «Y Dios, tomando a Eva de la mano, la entregó a Adán y dijo: “No es bueno



que el hombre esté solo”», leyó con solemnidad el sacerdote. Luego miró alternativamente a los novios y añadió la fórmula sagrada: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Mirando hacia la ventana de la sala, se acordaba de la pálida luz que penetraba a través de los altos vitrales de la cripta el día de su boda, y de que durante toda la ceremonia tuvo la impresión de verse arrastrada hacia algo que la superaba. Pensar en sí misma vestida de novia, arrodillada frente al altar junto a Walter, jurándole ante Dios y ante los hombres amarlo para toda la eternidad, en la salud y en la enfermedad, era como contemplar una pared blanca donde se reflectaba una sombra crepuscular. ¿Lo quería entonces? Deseaba creer que sí, que, a pesar de todo lo que vendría en los años sucesivos, se habían querido. Tal vez no como esperaban Dios y los invitados a la boda, no como se suponía que debía querer una señorita de buena familia, ni siquiera como hubiera deseado el propio Walter. Pero había sido una compañera fiel y leal, atenta a los deseos de su esposo como podría haber hecho una buena amiga; se había dado a su matrimonio con pasión moderada, sin excesos, sin sobresaltos, pero sin fallar cuando se suponía que debía estar.

«¿Por qué te casaste conmigo, Helena?», le preguntó una sola vez Walter. Por aquel entonces ya lo habían operado por primera vez del tumor en la garganta que unos años después terminaría matándolo; pasaba el día vestido con un pijama granate y sentado en el sofá, ya casi no recibía visitas y apenas salía a la calle; en realidad, apenas salía del despacho. Aunque ya no dormían juntos, la distancia se hizo mucho más evidente cuando Walter compró una cama plegable y pidió que la instalaran junto a la chimenea de la biblioteca. En pocos meses había perdido peso; aunque en realidad nunca fue un hombre demasiado fuerte, ahora se le marcaban mucho los pómulos y la ausencia de carnosidad en los labios causaba la impresión de que los dientes se le habían agrandado. Su pelo, que siempre fue recio y muy oscuro, había encanecido definitivamente y se había vuelto sedoso al tacto. Bebía, a pequeños sorbos, agua mezclada con una cucharilla de azúcar en un vaso de vidrio azul y, pese a la prohibición médica, a veces fumaba un cigarrillo Royal que dejaba en el despacho un olor dulzón. Helena no recordaba cuándo fue la última vez que hablaron de algo que no fuera estrictamente práctico o funcional. La acritud de los primeros años tras el accidente en España y el odio mutuo y contenido en silencios cargados de espinas fueron mutando hacia otra forma de soledad en la que ambos se reconocían, como un preso que acaricia cada día el mismo muro del perímetro de su cárcel.

«¡Qué locuras cometemos creyendo que esos actos son los más cuerdos!», pensó con una ligera sonrisa de disculpa mientras observaba a las personas en la sala de espera de la comisaría.

Miguel estaba tardando, tal vez fuera una buena señal. Esperaba que las cosas con su hija se arreglaran. Que todas aquellas personas que acudían en busca de ayuda la encontrasen. Necesitamos esperanzas, confiar en que unos extraños puedan salvarnos simplemente porque es su trabajo. Salvarnos y protegernos. Queremos que nos entiendan, que vean nuestra congoja y nuestra desesperación, que hagan suyos

nuestros problemas. Para matar el tiempo de espera, Helena examinó las fotografías en un cartel de personas desaparecidas. Niños, adultos y ancianos. Gente con una historia, con un pasado, con una familia que vivía angustiada su desaparición. «Si ha visto a alguna de estas personas, contacte con el siguiente teléfono». Pero ¿cómo identificar un solo rostro entre aquella marea de retratos de tamaño carné? «Solo nos importa la tragedia cuando nos roza», pensó.

Muchas veces, en el pasado, Helena se había angustiado esperando a David cuando se retrasaba, temiendo que le hubiera sucedido algo malo. Walter tenía otro talante, más parsimonioso; él creía que David tenía que experimentar sus propios límites y que necesitaba sus espacios de libertad. Pero ella pasaba las noches sentada en el sofá, atenta a los faros encendidos de los coches, con el oído pendiente de los ruidos de la calle, hasta que oía la llave en la cerradura de la puerta de madrugada. David aparecía sudado, eufórico y un poco achispado, y ella se enfadaba al verlo en aquel estado.

Miguel apareció acompañado por un policía. Arrastraba los pies apesadumbrado, y llevaba un papel en la mano. No fue necesario que Helena le preguntase nada. En el rostro de su amigo leyó que aquellos salvadores de uniforme no iban a ayudarlo.

Tomaron el autobús y regresaron en silencio a casa de Miguel y él fue directamente a la que había sido la habitación de Natalia y se encerró allí.

No quedaba mucho de la presencia de Natalia, excepto las marcas dejadas en la pared por antiguos cuadros o pósteres de Barry Gibb bailando al ritmo de *How Deep Is Your Love*. Quedaba también el rastro de estantes enclavados a la pared —las baldas cargadas primero de muñecas que, poco a poco, Natalia fue sustituyendo por lecturas seriales en tapa dura, luego por novelas rusas, más tarde por manuales de la facultad, ensayos sesudos de literatura posmoderna, poesía surrealista y algún que otro pecado en forma de novelas de Jane Austen—. Era más que evidente que Natalia se había largado de aquella vida hacía mucho y que no pensaba volver.

Miguel andaba de un lado a otro con la esperanza de que los pensamientos se aclararan por sí solos. Pero no se le iba de la cabeza el rictus doloroso de su hija. Al cabo de unos minutos, Helena llamó a la puerta y entró.

—¿Estás bien?

Miguel negó con la cabeza y se sentó en la cama individual de su hija.

—¿Por qué aguanta algo así? No lo entiendo.

Helena no podía darle una respuesta, aunque conocía esa sensación de impotencia.

—Ella cree que lo merece. Gustavo la ha convencido. Se castiga.

—Pero él la golpea y le hace daño. ¿Cómo puede creer que merece que la maltraten?

Walter jamás le había puesto la mano encima, Helena no lo hubiera permitido, y,

sin embargo, se había despreciado a sí misma, se había dado asco cada vez que se miraba en un espejo, cuando se sentía observada con deseo por algún hombre, se repugnaba cada vez que albergaba una simple ilusión, un deseo, por nimio que fuera, hasta el punto de llegar a prohibirse, durante los últimos años de matrimonio, un gesto de alegría, una sonrisa, el tarareo inconsciente de una canción. Como si su alegría fuera una ofensa contra su esposo postrado por la enfermedad. ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo se dejó enterrar en vida?

—El laberinto de un alma herida es inexpugnable para los que pretenden abordarlo con razones y lógica.

El timbre del interfono sonó repetidamente.

—Ya voy yo —dijo Helena.

Fue hasta la entrada y descolgó el teléfono. No le dio tiempo a preguntar. Una voz chillona le gritaba.

—Sé que está ahí, sé que ese hijo de puta está ahí. ¡Abre la puerta!

—¿Quién es?

—Soy Gustavo. ¿Y tú quién coño eres? ¿La zorra que el viejo se folla? ¡Abre la jodida puerta!

—Voy a colgar. Si vuelves a molestar llamaré yo misma a la policía.

Se oyó una carcajada nerviosa y una respiración muy fuerte, de búfalo al galope.

—¿La policía? Esos cabrones ya han venido a molestar. Le dije a Miguel que nos dejase en paz, se lo advertí pero no me hizo caso. Dile a ese cobarde que no volverá a ver a su hija, ¿me oyes? ¡Díselo, no la verá nunca más! Si se acerca a nosotros, juro por Dios que lo mato.

Helena colgó el interfono. Al darse la vuelta, vio a Miguel, quieto en medio del pasillo y mirándola fijamente.

—Era él, ¿verdad? Era Gustavo.

Esa noche, Helena se quedó despierta, preocupada y atenta a las idas y venidas por la casa de Miguel. Escuchaba sus pasos tras la puerta como el corretear de un roedor. De madrugada, Helena se levantó y lo encontró en la cocina secando con minuciosidad las gotas del fregadero con una bayeta. A juzgar por la media docena de pajaritos de papel que había sobre la mesa de fórmica, debía de llevar horas levantado.

—Me ayudan a pensar —dijo Miguel a modo de justificación. Cortó un limón, estrujó una mitad y vertió el jugo en un vaso con agua tibia que le ofreció a Helena.

—Es un buen antioxidante.

En otras circunstancias, Helena se habría burlado de aquella pretensión de mantenerse sano, pero los estuches abiertos de Razadyne y Aricept sobre la repisa la contuvieron.

—Miguel, ¿estás bien?

Miguel se había quedado muy quieto, la boca entreabierta, con la mirada clavada

en un punto de la cocina entre ellos y el umbral de la puerta.

—Va a hacerle daño otra vez. Va a dañar a mi pequeña y nadie quiere impedirlo.

«Podrías cerrar los ojos —pensó Helena—, aceptar que Natalia es mayorcita para cometer sus propias equivocaciones. Pero no lo harás; un padre nunca se somete a los dictados de la lógica en lo que se refiere a los hijos».

Miguel contemplaba la nada, absorto.

—Cuando era joven y tenía que cuidar de mi madre, solía sentir esta misma impotencia. No sabía entender sus estados de ánimo ni sus necesidades y soñaba con tener el superpoder mágico que me dijera en todo momento cuál era la decisión adecuada. Uno siempre preferiría hacer las cosas bien, acertar a la primera, aunque solo fuera para no tener que hacerlas mal, pero eso no podemos saberlo.

Helena acortó la distancia entre ambos y lo cogió por la mano. Una mano fibrosa, con manchas en la piel. Fría.

—Muchas veces aceptamos las cosas y actuamos sin entender, por puro instinto.

—Pero no puedo resignarme. Llevo toda la noche dándole vueltas. Y no sé qué hacer. Es desesperante.

Helena quería demostrarle a su amigo que no estaba solo. Pero, sobre todo, quería alejarlo de aquella niebla que lo rodeaba.

—Yo también me he pasado la noche pensando, y solo se me ocurre una solución.

Le contó a Miguel su plan y, cuando terminó, se miraron sin decir nada. No era necesario.

Al cabo de varios minutos, Miguel asintió lentamente.

—No queda otra solución, ¿verdad?

—Sí; marcharte y no mirar atrás.

Miguel negó.

—Huir no es una opción.

—Entonces, habrá consecuencias y puede que no te gusten.

Miguel asintió de nuevo.

—Las asumiré.

Acababa de envejecer otros diez años. La decisión estaba tomada y no habría marcha atrás.

Para romper la rótula, lo mejor es un golpe seco, de arriba abajo, procurando que el bate impacte con toda la superficie en el hueso. El crujido al partirse es característico. No hay mejor manera de joderle a alguien las piernas. Pero antes hay que calentar al sujeto un poco, hacerle comprender qué se espera de él. La cojera solo será un recordatorio, por si se le ocurre retractarse y volver a las andadas.

Iván había adquirido aquella clase de conocimiento con la práctica. Todo el mundo lo sabía, y por eso nunca les faltaba trabajo a él y a sus dos colegas. Pero esta vez el encargo no había llegado del modo habitual, a través de Guillermo.

—Necesito que sepas exactamente lo que va a pasar si sigues adelante.

—No necesito que me cuentes esas cosas.

Iván dio un trago directamente del botellín y chasqueó los labios.

—Tengo que hacerlo, Helena. Mandar a alguien al hospital no es una broma pesada; es un delito. Y no es nada barato, te lo advierto.

Helena puso sobre la mesa una bolsa de plástico.

—¿Hay suficiente con eso?

Iván abrió la bolsa. En el interior estaban las llaves del Datsun de Miguel y el collar de perlas de Helena. El joven lanzó un silbido.

—Joder, tienes que odiar mucho a ese tío. Y tu amigo, el gafotas bigotudo, ¿está de acuerdo? ¿Sabéis dónde os estáis metiendo? Me caes bien, Helena. Puedo devolverte esto, me invitas a otra cerveza y aquí no ha pasado nada, nos olvidamos de esta conversación.

Helena irguió la espalda y la pegó al respaldo de la silla.

—Quiero que lo hagas.

—Tú y tu amigo podríais acabar en la cárcel. No es un lugar bonito.

Helena encendió un pitillo con el mechero de Iván.

—Sé lo que la cárcel le hizo a mi padre.

Iván avanzó los codos sobre la mesa.

—¿Tu padre estuvo en la cárcel?

—Más años de los que tú tienes ahora.

Helena entornó los párpados. Era domingo, febrero, el día de su treinta y cuatro cumpleaños. En Londres no llovía, era uno de esos raros días de cielos despejados que la gente aprovechaba con anhelo para salir y tumbarse en los parques ajardinados y cargarse de buen humor. Ella estaba sola en la casa recién estrenada en Southfield. Walter se había llevado a David a ver un partido del Arsenal contra el Everton en el *pub* del barrio. Ni siquiera estaban las cortinas colocadas en el salón y todavía faltaba comprar buena parte del mobiliario.

—Llamaron a la puerta y allí estaba él. Habían pasado más de veinte años, así que al principio no lo reconocí. Vestía ropa de segunda mano, un chaquetón marrón que le venía grande, sin botones y con las bocamangas raídas. Casi no tenía pelo en la cabeza huesuda, que tenía llena de cicatrices antiguas, y sus ojos verdes parecían un charco sucio. Tenía los labios resecos, como la piel que se tensaba debajo de los pómulos mal afeitados. Estuve a punto de cerrar la puerta, pero entonces él habló y reconocí su voz, la misma voz que entraba en mi cuarto cuando era pequeña a darme las buenas noches y un beso en la cabeza. «Hola, hija. Cuánto tiempo ha pasado». Esas fueron sus primeras palabras.

—¿Por qué lo encerraron?

—Por intentar ser él mismo en un tiempo en el que eso estaba prohibido.

Helena recordaba que dejó entrar a su padre sin saber qué decirle. Solo se le ocurrió preparar un poco de café y sacar unas galletas. Luego se sentó frente a él en el

borde del sillón, con la espalda muy rígida y los nudos blanquecinos de tanto estrujarse los dedos. Se sentía como una autómatas, incapaz de preguntar nada, de pensar. Su padre bebía el café y miraba el papel pintado de las paredes como si no hubiera pasado un cuarto de siglo escondido en el silencio.

—Solo cuando él hizo un comentario banal acerca de lo buenas que estaban las galletas, aunque él prefería las de mantequilla, rompí a llorar. Mi padre enmudeció y me miró como un estúpido, algo incómodo. Con un enorme esfuerzo trató de abrazarme, pero lo rechacé violentamente y le pedí que no me tocara.

—¿Qué te había hecho?

—Me abandonó cuando yo no era capaz de entender. —Helena recordaba con dolor los ojos acobardados de su padre y su tibia protesta. Y, entonces, Helena dijo lo que llevaba guardando desde aquel viaje al Rif con Abdul en 1954.

Ella los había visto aquella noche en la aldea. Fue una visión extraña para una niña de diez años. Como un sueño que no tenía ni pies ni cabeza. Helena estaba dormida, la temperatura había caído de un modo asombroso y su padre la había arropado con una chaqueta con forro de lana. A Helena le encantaba dormir con aquella chaqueta porque tenía impregnado en sus fibras el olor de su padre. Y entonces oyó un sonido extraño, como el gruñido de dos animales peleándose por un pedazo de carroña. Ese sonido atravesó el sueño y la hizo abrir los ojos. Vio la hoguera y el juego de las llamas y las sombras. Abdul estaba de rodillas con la espalda desnuda. Movía la cadera adelante y atrás frenéticamente y sujetaba con una mano la nuca de un hombre que adoptaba la posición de un animal postrado. El hombre gemía como si llorase y, al mismo tiempo, quisiera reírse. Con el rostro desencajado, ladeó la cara. Bajo el juego de sombras de las llamas, apareció un rostro conocido: aquel hombre era su padre.

Pero no estaban solos, a su lado, tumbada en el suelo, la joven esposa de Abdul quería apartar la mirada, pero ellos la obligaban a mirar. Helena no olvidaría nunca aquellos ojos tristes, apresados por algo que la superaba. Cuando acabó de montar a Enrique, Abdul se volcó sobre ella, le rompió la blusa de manera brutal y la abrió de piernas para penetrarla. Y mientras, Enrique contemplaba el espectáculo con una sonrisa estúpida y alcoholizada. Después de que Helena le contara aquello, su padre balbuceó. Lo incomodaba justificarse.

—Yo habría aceptado con los ojos cerrados una excusa, incluso hubiese asumido el embuste de que él siempre me había querido y se arrepentía de haberme abandonado. Solo necesitaba una palabra para conceder un perdón que yo necesitaba mucho más que él.

Pero su padre no pronunció ninguna de aquellas palabras. Se sorbió los mocos un par de veces con un sonido de succión y, mientras buscaba una colilla en el bolsillo del abrigo, se levantó y giró sobre sus pies examinando el salón.

Iván daba vueltas al botellín de cerveza, pensativo.

—Sigo sin saber por qué tu padre fue a la cárcel. Bueno, era marica. ¿Y eso qué

importa?

Helena sonrió con cinismo.

—No puedes entenderlo porque, a pesar de todo lo que sabes, no sabes nada. Eres solo un muchacho enfadado con el mundo. Mi padre quería a ese hombre, lo quería más que a mi madre, que a mí, que a su vida. Por él lo dejó todo. Y ese hombre lo traicionó. Lo devolvieron a España atado como un perro y lo encerraron con toda clase de animales durante quince años, cada día esperando una sentencia de muerte. Se sucedieron los traslados, las noches de palizas, las violaciones mientras los guardias miraban a otro lado.

Iván apretó el cuello del botellín como si quisiera estrangularlo.

—Yo hubiera buscado a ese tal Abdul y lo habría destripado con las manos.

Helena entornó los párpados. En su rostro asomó una sombra de agotamiento y una tristeza que acumulaba muchas capas.

—Cualquier otra persona pensaría como tú, en la venganza. O al menos en el olvido. Pero él seguía amándolo. Me contó que solo fue capaz de soportar los años de cárcel porque supo mantener vivo su recuerdo. Y, desde que salió, se puso a buscar sus huellas. Volvió a Tánger, buscó a antiguos conocidos que pudieran darle una pista, viajó a la aldea de Abdul en el Rif, y allí le dijeron que Abdul se había marchado a Suecia. Mi padre se aprestaba a marcharse en su busca. Pero antes quería algo de mí... No sabía cómo pedírmelo. El cuadro. Quería que le devolviera el retrato de Abdul que mi madre había pintado años atrás.

Helena aún sentía las ascuas de aquel fuego que le sobrevino a la garganta cuando oyó a su padre suplicarle. Hubiera arrojado de un manotazo el juego de copas y la coctelera del velador, habría gritado hasta despellejar las paredes, habría arañado el aire hasta hacerlo sangrar. Pero en lugar de eso, inspiró con fuerza antes de volver a enfrentarse a su padre. ¿Qué le había pasado? ¿Tan ciego estaba que no era capaz de comprender el alcance del daño causado? En ese momento, Helena comprendió que el hombre que había sido su padre no existía y que probablemente sí había muerto hacía mucho tiempo en la cárcel. Aquel vejestorio que la miraba tieso como un palo llevaba escrita la humillación, el desprecio y el desencanto. Había sufrido y seguía sufriendo.

—Verlo así me ayudó después a comprender la naturaleza de ese dolor que llega cuando amas a quien no te ama pero te utiliza. Y no puedes hacer nada para impedir tu propia destrucción. Mi padre arruinó su vida por Abdul; su carrera, su familia... todo perdido. Pero ya no era capaz de volver atrás y prefirió seguir adelante a pesar de saber que vivía en una mentira. Su mentira, su elección. Nunca tendría ese cuadro, ni me tendría a mí, ni mi perdón, ni mi respeto, ni mi comprensión. Y supe que tampoco tendría a Abdul. Mi padre estaba muerto pero él no lo sabía. Yo podría haberlo ayudado, podría haber hecho algo por él, abrirle los ojos a la verdad, liberarlo del peso de aquel monstruo que lo destruyó. Pero no lo hice, me sentí decepcionada y dolida, lo eché de mi casa y jamás volvió a contactar conmigo. Tres meses después

supe que había muerto en una reyerta en el puerto de Malmö. Ni siquiera quise ver su cuerpo ni acudí a su entierro. Lo borré de mí. Pero sigue aquí, siempre ha estado.

Iván había apurado hacía rato el botellín de cerveza. Miraba con curiosidad, y con cierto respeto, a Helena. Ella se puso en pie.

—A veces hay que tomar decisiones por otro que no está dispuesto a tomarlas, aunque con ello nos ganemos su desprecio. Yo debería haber librado a mi padre de su carga y no fui capaz. No permitiré que mi amigo vea cómo le sucede lo mismo a su hija. Si no lo haces tú, encontraré quien lo haga.

Se dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero Iván la retuvo por la muñeca.

—Espera... Lo haré.

Iván nunca había tenido un sujeto medianamente famoso en sus manos. Aunque, visto de cerca, sangrando como un cerdo y quejándose como un mequetrefe, el solista y guitarrista de los Cuatrerros resultaba un tanto decepcionante.

—No volverás a acercarte a Natalia, nunca más. Desaparecerás de su vida sin dejar rastro. Si lo entiendes, asiente.

Gustavo movió la cabeza como una marioneta rota. Escupió un grumo de sangre y se palpó la boca con la lengua. Le habían saltado dos dientes y se los había tenido que tragar. Le escocía la nariz, seguramente aquellos bestias se la habían roto con el primer golpe. Apenas lograba enlazar los momentos anteriores a este instante. Había salido de un club de la zona de Tablada, bastante colocado, y, de repente, aquellos rapados con sus cazadoras acolchadas lo habían rodeado. Al principio había pensado que era un robo, mala suerte, un encuentro desgraciado. Ahora comprendía. ¿Natalia había pagado a aquellos matones? No, ella no podía haberlo hecho, no era capaz. Ella lo amaba, lo perdonaba, lo necesitaba. Gustavo era como un dios omnipotente e intocable. Solo podía haber sido cosa de Miguel, tenía que haber sido ese viejo entrometido. Se enfureció con solo pensarlo. En cuanto aquellos desgraciados lo dejaran ir, lo buscaría y se lo haría pagar muy caro. Pensaba matarlo.

Iván sujetó por el mentón al guitarrista. El idiota no se tomaba en serio aquello, pensaba vengarse, podía verlo en su mirada esquiva.

—No eres muy listo, ¿verdad? —preguntó blandiendo el bate de béisbol como si fuera a lanzar una bola más allá de la última base. Retrocedió un paso, calculó la distancia y asestó un golpe duro y seco que impactó de lleno en la rodilla derecha. Gustavo lanzó un alarido horrible y se desplomó como un edificio al que le fallan los cimientos.

—No harás nada más que lo que yo te diga. Mañana irás a la plaza de Armas y cogerás un autobús. Desaparecerás para siempre, nunca volverás a llamarla ni tratarás de contactar con ella ni con nadie de su entorno. Si lo haces, te buscaré, y no te romperé una rodilla. —Iván se acuclilló y tiró del cabello de Gustavo hasta acercar el rostro enrojecido a sus labios—. Lo que haré será dejarte en una silla de ruedas, pero



antes te arrancaré los cojones con una tijera.

Iván se incorporó, lanzó una mirada a sus compañeros y asintió. A la orden, estos empezaron a patear a Gustavo con la jovialidad de unos chiquillos que juegan al balón en la calle. Mientras los otros se cebaban con aquel saco que no tenía manos suficientes para protegerse de los golpes, Iván se alejó hacia el final del callejón. Encendió un cigarrillo y, al guardar el encendedor, sintió en el bolsillo de la cazadora el tacto de las perlas. Sonrió. Aquel collar le quedaría muy bien a Zona. Pero si eso lo hacía feliz, lo que realmente le entusiasmaba era lo que le esperaba al final del callejón. Aparcado bajo una farola, el Datsun refulgía como el sueño de otra vida posible. Y ahora era suyo. Un buen trato, sin duda.

El hospital universitario de la Macarena era un hervidero. El aire acondicionado se había averiado y la gente paliaba el calor como podía, con abanicos y periódicos. Y mucha resignación. Los hospitales están llenos de ella, de tensa espera, de ponerse en lo peor y encomendarse a los santos. En la sala de espera, Natalia sudaba a mares y se sujetaba el vientre. Pese a que le habían ofrecido alguno de los asientos ocupados prefería estar de pie. Era incapaz de dejar de moverse. Cuando finalmente apareció una enfermera y llamó en voz alta a los familiares de Gustavo Oriza, sintió que el bebé daba un brinco en su interior.

—Dos minutos —la advirtió la enfermera, que la acompañó hasta uno de los boxes de urgencias, separados entre sí por cortinillas azules.

El pasillo estaba atestado de sillas de ruedas, camillas, pacientes y personal sanitario. Pese a los avisos de silencio en las paredes, el ruido era el de un día de mercadillo en el Charco de la Pava. Cuando la cortina se abrió, Natalia apenas pudo reprimir un gesto de horror tapándose la boca con ambas manos. Postrado sobre la cama, Gustavo no parecía Gustavo, sino un amasijo de ojos y boca y nariz completamente deformado, de colores que variaban del amarillo al azul o al negro. Tenía la pierna derecha enyesada desde el tobillo hasta por encima de la rodilla y vendas en la cabeza y los brazos.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado? —Natalia quiso cogerle la mano pero él la rechazó, dirigiéndole una mirada fría, cargada de odio.

—Quiero que te olvides de que existo. Hemos terminado —dijo con una calma de muerto, devastadora e inapelable. Natalia se sacudió entera y retrocedió como si le hubieran dado una coz entre ceja y ceja.

—¿Por qué dices eso? —Natalia no entendía. Trató de acercarse pero Gustavo le giró la cara.

—He dicho que te largues.

Natalia volvió al hospital durante diez días y en todas las ocasiones la actitud de Gustavo fue la misma. Un silencio hiriente con el que ella sufría y él parecía disfrutar. Solo el último día, cuando ella le rogó llorando que le dirigiera la palabra, él se limitó

a esbozar una sonrisa mellada.

—Dale recuerdos a tu padre.

Al día siguiente, cuando Natalia llegó al hospital, la cama de Gustavo estaba vacía. Le habían dado el alta y se había marchado sin más. Para siempre.

—¡Fuiste tú! Atrévete a negarlo.

Natalia agitaba las manos como aspas ante la cara de su padre. Estaba furiosa, gritaba, lloraba. Arañaba el aire y de buena gana hubiera arañado la cara del anciano, que no acertaba a decir nada. Pálido, compungido, Miguel asistía devastado a la explosión de odio de su hija.

—Podría ir a la policía, denunciarte. ¡Debería hacerlo!

Miguel parpadeó. Paradójicamente, estaban al pie de la escalinata de la catedral, frente a la Puerta del Perdón. El ir y venir de turistas con sus gorras, sombreros y botellas de agua era incesante. En el aparcadero de carruajes un caballo piafó, nervioso. Alguien reía, las gitanas con las ramitas de romero iban a la caza, un muchacho sin camiseta fotografiaba a sus amigos que posaban ante la fachada de la catedral. Miguel veía pasar aquello a su alrededor, pero no le afectaba. Era como estar fuera de todo.

—Hazlo —concedió—. Deberías hacerlo. Pero no me pidas que me arrepienta. Eres mi hija y te quiero.

Natalia cerró los ojos con una náusea y lo obligó a callar con un gesto imperativo. Se apartó de él y le señaló con el dedo como si marcarse a unapestado:

—Pues yo ya no soy tu hija y tú no eres mi padre... Mamá tenía razón. Eres un maldito hipócrita. ¿Querer? ¡Jamás en tu vida has sido capaz de entender ese sentimiento! Siempre leyendo esas malditas cartas a escondidas, viviendo a medias, sin estar en ninguna parte. Ni siquiera tuviste el coraje para amar a esa mujer, y tampoco a mi madre. Incluso te avergonzabas de la abuela, de tu propia madre... Tú no sabes nada de querer, te bastaba con fingir, ir a trabajar, el deber, la obligación, el orden, los números, la lógica, y poner cara de santurrón entregado al suplicio. Ordenas el mundo para que no escape a tu visión estrecha, para que todo se ciña a lo que puedes asumir.

—Basta, Natalia...

—¡No basta! —gritó ella con los ojos arrasados por lágrimas espesas—: Me has jodido la vida desde que era una niña, me has obligado a ser lo que tú esperabas que fuera, como hiciste con mamá. Tú la amargaste hasta llevarla a la tumba, la traicionaste, como ahora me traicionas a mí. ¡No quiero volver a verte!, ¡nunca más! Para mí, estás muerto.

Miguel miró a su hija con un gesto de súplica, pero Natalia se marchó dejando que sus palabras sonaran como un aldabonazo. «Para mí, estás muerto». No podía haber peor sentencia para un padre que esas palabras dichas por un hijo.

Regresó a casa aturdido. Helena lo esperaba en el salón. Al ver el estado de abandono en las articulaciones, el modo de dejar caer los hombros y de mirar a su alrededor como si no reconociera nada, se dio cuenta de lo que había pasado.

—Supongo que no ha ido como esperabas. Por otra parte, ¿qué cabía esperar?

Miguel se dejó caer en el sofá. Movi6 la cabeza sin dar crédito.

—Me odia. Mi hija me odia. Jamás me perdonará.

—Lo hará. Tal vez no hoy, ni mañana. Pero tarde o temprano se dará cuenta de que no te había dejado otra opción. El amor aparta todo lo que interfiere en su camino. Dale tiempo, Miguel. Entenderá.

Miguel sintió un pellizco de amargura.

—Tiempo es lo que no tengo, Helena. No quiero que lo último que yo recuerde de mi hija sean las palabras que me ha dicho hoy.

Tal vez Natalia tenía razón y lo que él llamaba amor solo era egoísmo. Quizá no podía soportar la idea de ser, de alguna manera, responsable de que ella se quisiera tan poco como para aceptar ser destruida por Gustavo.

—Algo hice mal, terriblemente mal. Y no sé qué es. Nunca le pregunté qué sentía, qué necesitaba; daba por supuesto que bastaba con que ella supiera que yo estaba, ocuparme de sus gastos, de su bienestar material. Pero jamás quise o supe penetrar dentro de ella, de su cabeza, de su corazón.

Helena se acercó y le acarició el hombro.

—No podemos agotar nuestros días recogiendo las migajas de nuestros fracasos, Miguel. Tenemos que seguir.

—¿Seguir? ¿Hacia dónde?

—Hacia delante, Miguel. Mientras podamos.

Quinta parte

---

*Junio de 2014*

*Madrid*

El sonido de la Valentine resonaba más allá de la puerta del desván. El traqueteo de las teclas y el timbre del carro eran una buena señal. Significaba que el anciano Simón se había levantado hoy de la cama y que se encontraba de buen humor y con ánimo para trabajar. Acordaron entre los hijos no molestarlo, aquellos momentos cada vez eran más escasos y no podían robárselos. A la hora de comer alguien se encargaría de llevarle una sopa con tropezones de pan migado, como a él le gustaba, y un vaso de gaseosa. Mientras escribía, Simón recordaba, ya sin dolor, su época como guardia de presos en el Valle de los Caídos y el lóbrego despacho de su superior, el Arcángel. Era una estancia pequeña y no demasiado cómoda. Algo así como una cabaña, a la que se accedía subiendo tres escalones de madera, anexa al barracón de los presos especiales, comunistas casi todos. En el despacho había un gran mapa de Europa que colgaba detrás del escritorio. España era más grande que el resto del continente y sobre la costa del norte de África estaba inscrito en números romanos el año MCMXXXIX y la leyenda «Año de la Victoria». Cada vez que entraba allí, Simón se quedaba hipnotizado ante aquel mapa. En las otras paredes colgaban planos de la construcción de la futura basílica y de los accesos hasta la explanada del Valle. En una tabla con caballetes había maquetas a escala de cómo sería todo al finalizar las obras del memorial a los caídos. Según el plan de trabajo, llevaban ya casi dos años de retraso. Todavía se estaba acabando la última galería, la de la cripta, y las presiones para avanzar eran casi insoportables.

Casi siempre que Simón entraba en aquel barracón sonaba en un tocadiscos de marca francesa alguna copla de Imperio Argentina, y detrás del escritorio estaba el Arcángel en mangas de camisa y tirantes. En la mesa solía haber botellas de *whisky* escocés y muchas colillas en el cenicero. Lo llamaban el Arcángel —una de las pocas cosas en las que se ponían de acuerdo presos y guardias— porque guardaba en el bolsillo de la guerrera una estampa del jefe de los Ejércitos de Dios, Miguel, y porque solía repetir la máxima del arcángel cuando alguien lo cuestionaba: *¿Quis ut Deus?* Su lógica no era el odio. Aquel militar bien educado y culto no podía odiar a los hombres a su cargo porque no los conocía, nada le habían hecho, ningún agravio, ninguna muerte de la que culparles, ningún rencor que curar, pero no sentía por ellos afecto alguno.

«Yo soy un profesional —solía decir—. Me han encomendado una misión y a ella me debo». Como si ser militar de carrera lo vacunase contra las ansias de revancha y los odios atávicos. El Arcángel no se sentía culpable. Jamás mató a nadie, ni un solo disparo durante la guerra, ni una orden imputable a su conciencia que derivase en

muertos o heridos. Y, sin embargo, no tener ningún cargo de conciencia parecía exasperarlo especialmente.

—Usted, al menos, tiene las manos manchadas de sangre, Simón. Se le puede acusar o absolver.

Con esa afirmación insidiosa empezaban aquellas largas noches. El ritual siempre era el mismo: el Arcángel lo invitaba a sentarse y a fumar fingiendo que podían comportarse cordialmente, como si dentro de aquellas paredes de madera y bajo aquel techo que tenía goteras el rango pudiera quedar en suspenso; ni tropa ni oficiales:

—Siéntese, Simón, relájese, hombre. Estamos entre amigos.

Y Simón fingía que se relajaba, pero no se sentaba cómodo por si acaso; eran conocidos los cambios de humor de su superior. El Arcángel le servía una copa y bebían mientras trataba de poner cordura en algo que, sencillamente, no la tenía: rojos, fascistas, Franco, república, orden, patria, Dios, caos...

Las mismas palabras que Simón redactaba con su máquina de escribir ahora, como si, pasados los años, hubieran encontrado significado. Pero seguían siendo palabras, construcciones teóricas más o menos bien elaboradas, pero no razones. Poco importaba si salían de la boca del Arcángel entonces o de sus dedos ahora. Lo único que Simón sabía era que la guerra deja en suspenso la condición humana.

Alguna vez había tratado de explicárselo a su nieto Raúl, que estaba estudiando en la universidad y que, a veces, le hacía una especie de entrevista para preparar su tesis doctoral sobre la memoria colectiva: «Lo primero que tienes que aprender es que las guerras solo empiezan. A los cinco minutos de la primera detonación, lo otro ya no importa. De repente, personas que han vivido en paz, civilizadamente, se despedazan, roban, asesinan, incendian, violan. En la guerra podemos morder, destrozar, superar cualquier límite y todo será justificado por la existencia de un enemigo. La única condición que se nos impone es que debemos volver al encierro cuando el amo nos silba, dando por acabado el episodio. Entonces debemos aplicar el cataplasma de la justificación y la excusa ante nuestras atrocidades, reconstruir lo destruido, apagar los incendios, devolver los muertos a las catacumbas, olvidar, o fingir que lo hacemos».

—Usted, por ejemplo, Simón —le decía en aquellas noches de largas guardias el Arcángel—; mire en lo que lo ha convertido la guerra. —Y Simón, un poco borracho por la falta de costumbre, se miraba el uniforme como si tuviera en la guerrera una mancha o un descosido—. Usted puede explicarme lo que se siente matando cara a cara. Pero yo no hice nada de eso. Dejé pasar la oportunidad de ponerme a prueba y ahora estoy aquí, convertido en un fiel administrador de la victoria, dedicado al catecismo que debe devolver a la gente al redil o quitarla de en medio.

Una vez, el nieto le preguntó a Simón si durante la guerra mató a alguien. Simón trató de explicarle que nunca fue un asesino: «Nosotros éramos los héroes. Los oficiales como el Arcángel nos ensuciaban la cabeza diciéndonos que los asesinos eran los otros, los enemigos; decían que por las noches bajaban de la sierra a llevarse

a los chiquillos de sus camas mientras dormían. Hombres del saco. Nos convencían de que matarlos era necesario, nos decían que teníamos a Dios de nuestra parte y que nuestra causa era la justa. Nos obligaban a asistir a las misas de campaña, nos daban la comunión y nos mandaban a matar libres de pecado». Pero su nieto insistía: «Mi padre me ha contado que usted mató a dos muchachos en la guerra». Y Simón tenía que buscar en el cajón de las viejas justificaciones: «Es cierto que maté a dos hombres en la guerra, cerca de Don Benito; eran tan jóvenes y estaban tan asustados como yo... muchachos de pueblo que apenas sabían desmontar el cerrojo del fusil. Nos topamos frente a frente por casualidad en un cortijo abandonado; estábamos perdidos, ellos y yo, lejos de nuestras respectivas líneas, en tierra de nadie. Podríamos haber girado camino y fingir que no nos habíamos visto, nadie iba a fusilarnos ni a acusarnos de traidores, no había testigos. Pero nos pudo el temor, la desconfianza, las mentes y los corazones infectados de odio, eslóganes y mentiras. El miedo de los dos muchachos los paralizó, y el mío me hizo saltar como una fiera acorralada sobre el primero de ellos, al que ensarté con un cuchillo. Al segundo lo perseguí campo a través mientras huía. Le di alcance en pocas zancadas, lo derribé de un golpe y lo acuchillé por la espalda hasta que dejó de moverse. Podría haberlo dejado huir pero sentía pánico, un pánico feroz a ser descubierto y estar solo, a que avisara a sus fuerzas. Contemplé su cuerpo todavía con el cuchillo en la mano, lo escuché agonizar, lo compadecí como él me hubiera compadecido. Murió por la misma razón por la que morirían tantos. Sin culpa, sin comprender qué coño habían hecho para merecer aquello».

El hijo de Simón le decía que no debía contarle aquellas cosas a su nieto con tanta crudeza, que los chicos de ahora eran muy impresionables y muy dados a juzgar sin comprender. Por eso Simón había decidido volver a escribir, contar sus razones, reconstruir la memoria fraccionada y convertirla en un discurso hilvanado. Pero recordar le dolía, y a veces las manos se le fatigaban; ya no era como antes, cuando podía trabajar horas sin descansar. Echaba de menos los cigarrillos que condensaban el aire hasta hacerlo irrespirable. Ahora ya no podía fumar.

Le daba vergüenza reconocer que casi no se acordaba de la cara de aquellos chicos a los que mató y que, en cambio, recordaba cada rasgo del Arcángel, aquel superior que le cayó en desgracia al acabar la guerra porque se negaron a darle la licencia y lo obligaron a trasladarse con un destacamento a las obras de Cuelgamuros, a vigilar a los presos que trabajaban en la construcción del Valle. Aquellos presos le daban pena. La guerra se había terminado y había que seguir viviendo, habían conseguido lo que querían, la victoria era suya. Entonces ¿por qué continuar con ese golpeo inmisericorde? ¿Acaso querían hacer desaparecer de la faz de la tierra a sus enemigos? Pero, si los exterminaban a todos, ¿ante quién podrían jactarse de la victoria? ¿Contra quién verterían su odio? La lógica de la victoria es la ebriedad. Dos años después de la victoria, los vencedores todavía estaban borrachos de gloria, de himnos, de instantes que les habían concedido la inmortalidad. Querían prolongar su

momento y conseguir su pedazo en la historia. Por eso existían personajes como el Arcángel:

—Piénselo, Simón, no vea este destino como un castigo, sino como una oportunidad. Un día, los cronistas hablarán de usted, de mí, de lo que hicimos aquí. Levantar el memorial a los caídos por la gloria de España. En cada una de esas piedras que se barrenan día y noche aparecerá nuestro nombre.

Simón sabía que toda aquella palabrería solo era el prelude de algo peor, de modo que escuchaba sin poder disimular su inquietud. Hasta que, una noche, el Arcángel puso las cartas boca arriba:

—Lo he visto hablar con ese preso que han traído de Badajoz, Amador Gandía. Le cae bien, ¿verdad?

Simón sabía de qué preso le hablaba su superior. Todos conocían a Amador, habían visto a su joven esposa y a su hijo pequeño llegar de lejos con la esperanza de poder visitar a Amador y quedarse ahí afuera, al raso, porque el Arcángel se negaba a darles permiso para verlo.

—Cree que soy cruel con ese preso, ¿verdad? Lo creen todos los guardias. Usted, Simón, ve al esposo, al padre de familia apartado de los suyos. Pero yo veo a un rojo recalcitrante que apenas puede reprimir el orgullo; fíjese en cómo se acerca su mirada, está lleno de odio. Veo a un hombre que es un despojo y que se niega a renunciar a lo que fue. Y mi trabajo, como el suyo, Simón, es hacerlo olvidar, ¿comprende? No se trata de esta basílica, de este monumento a la victoria que aquí construimos. Eso podría hacerlo cualquiera, sobran manos en este país devastado. Nuestro trabajo aquí consiste en hacerles doblar la rodilla a todos los Amador Gandía de este país, obligarlos a asumir que su pasado ya no existe, que jamás volverán a ser los hombres que creían ser. Se llama sumisión, aceptación. Olvido. La victoria no sirve de nada si no dobléas al vencido. ¿Quién nos garantiza que Amador Gandía no volverá a robar dinamita, que no intentará otra vez provocar una revuelta entre los presos? No ponga esa cara, Simón, no lo acuso de ser poco diligente en la vigilancia de los presos, sé que actúa usted de buena fe, pero ¿de verdad cree que no me entero de lo que hace? Es una falta muy grave, podría ordenarle un juicio militar.

Tras lanzarle aquella amenaza, Simón recordaba que el Arcángel se había quedado muy quieto, contemplando el color del *whisky*. Sonrió con cierta tristeza, con la rabia atrapada en las encías, sus mejillas acaloradas, los dedos pálidos crispados contra el vaso. Entonces, sacó la pistola del cajón y la colocó en la mesa:

—Créame, Simón, también estoy cansado de mártires. Quiero irme a casa, pero no podemos hacerlo. Así que, dígame, ¿qué va a hacer para enmendar su falta, soldado? ¿Cómo piensa demostrarme que es usted leal a su superior y a su patria? — Se levantó, dio vueltas alrededor de Simón, le puso las manos en los hombros, se agachó y le susurró al oído—: Yo solo conozco una manera, soldado Simón. —Y Simón notó el aliento de borracho.

Llamaron a la puerta. Oyó la voz de su nieto, el mayor. Simón dejó de teclear y se



enjugó las lágrimas. Recordar dolía con dolores muy viejos. Entraron a despedirse sus bisnietos. Simón nunca pensó que viviría tanto, ver morir a tu esposa, a dos de tus hijos. Ver crecer y casarse a los nietos, contemplar cómo tuvieron, a su vez, otros hijos que lo miraban con ese desconcierto infantil, como si estuvieran delante de una momia que se movía en silla de ruedas, que tenía un olor extraño que emanaba de su entrepierna con gotitas de humedad y los pies vendados por culpa de las llagas, y era de poco hablar porque no tenía nada que decir. Le había costado aceptar las preguntas de su nieto universitario, para qué hablar de lo que ya no existe. «Para que siga existiendo, abuelo». La juventud creía demasiado en el poder de la memoria, confiaba demasiado en las palabras. Pero, al menos, le debía a su nieto estar ahora escribiendo en la Valentine, tantos años después.

Volvió a quedarse solo y, como una niebla que ya no se marcha una vez que ha sido convocada, los recuerdos volvieron a la estancia. Todavía oía las risas, las burlas del Arcángel.

—No me conteste ahora, Simón. Vaya a hacer su guardia, piénselo bien y deme una respuesta. Confío en usted.

Simón nunca olvidaría la carretera, que desembocaba en una gran explanada a la entrada del túnel que se estaba abriendo, barreno a barreno, en la base de la montaña. Alumbrada por la luna, aquella carretera era como un río de leche. De noche no se oían las detonaciones y la montaña no temblaba. A lado y lado de la carretera se amontonaban los miles de metros cúbicos de piedra y tierra que durante el día trajinaba la masa de hombres que iba y venía como una marabunta de hormigas cabizbajas. La polvareda de la excavación se confundía con la niebla que bajaba desde los cerros de la sierra y que se deslizaba entre los pinos y los olmos de las laderas.

A veces, todavía subía hasta Cuelgamuros para explicarle sobre el terreno a su nieto lo que las palabras no sabían describir: los pasos de los presos bajo una lluvia de barro, el sonido de la lluvia rebotando en las capellinas de los guardias y en los toldos de las tiendas improvisadas, los arroyos que se formaban en el suelo pisoteado por hombres y animales de carga, las roderas de camiones atascados en un socavón. En el umbral del barracón, las guardias nocturnas llenas de fatalidad y aburrimiento oyendo cómo los presos se arrastraban hasta su litera y se tumbaban arrebujados contra la pared. Simón los vigilaba en la oscuridad y ellos fingían no oírlo, no verlo, no saber. Sus miradas, sus voces susurradas, las expresiones de sus rostros, se ocultaban en la oscuridad entre aquellas paredes de madera machihembrada y techo de calamina, tendidos en sus esterillas como cadáveres. Todos muertos.

«Al final lo consiguió —escribió el anciano Simón—. El Arcángel me venció. Me convirtió en nada».

—¿Dónde estamos?

Helena había abierto los ojos por la sacudida del autobús al sobrepasar un badén. Todavía no amanecía, pero más allá de la silueta de las colinas asomaba una tibia luminosidad. Miguel observó el firmamento castellano, punteado de estrellas cada vez más lejanas.

—Todavía falta bastante para llegar a Madrid. Vuelve a dormirte.

Helena se acurrucó perezosamente en el asiento, tapándose los hombros con una chaquetilla. Vio la carta que Miguel tenía entre las manos. No preguntó, volvió a cerrar los ojos pensando en las ganas que tenía de fumar un pitillo y de tomarse un café bien cargado.

Miguel miró a través del cristal de la ventanilla el paisaje insomne, sujetando la carta entre los dedos. Las luces de Madrid titilaban en la distancia; una masa luminosa que poco a poco se iría extinguiendo a medida que el amanecer cobraba firmeza.

Volvió a la carta. En el remite del sobre había una dirección de Madrid:

Madrid, agosto de 1944

Quiero que sepa que su marido era una buena persona. Siempre los tenía presentes a usted y a su hijo. Que ha fallecido sin la gracia de Dios porque no quiso la comunión pero sí con el respeto de quien le manda estas palabras de consuelo. A veces el corazón conoce lo que el ojo niega.

Simón Andújar

Quizá todavía viviera allí el dueño de aquellas palabras escritas con evidente dificultad, letra de analfabeto esforzado en una hoja de papel vasto. Alguien que podía estar vivo o muerto, que no conocía el impacto de aquellos pocos párrafos mal escritos en su vida. Las cosas sucedían con una simpleza descorazonadora. «Su esposo era una buena persona». Durante años, su madre había guardado esa carta entre las cosas del arcón. Debió de acariciar aquella frase cada día, aferrada a ese parco consuelo escrito por un desconocido. «Siempre los tenía presentes a usted y a su hijo».

—¿Es eso verdad, padre?

Pero su padre no aparecía cuando él lo convocaba. A cambio, Miguel solo podía decirse que él no pensaba en su padre cuando era un niño. Bastante tenía con luchar por su sitio en el mundo. Aquel niño que él era a los cinco años no soportaba que lo retasen porque lo que más le aterraba era fracasar. Y sabía que era inferior en todo a los otros chicos pero, a pesar de ello, no rehuiría la pelea o el desafío, se entregaría en cuerpo y alma aunque le fuera la vida, literalmente. Como aquel día de frío invierno en las obras del embalse de Montijo, que recogía las aguas de color acero del río

Guadiana. Miguel no tenía por qué aceptar el reto, era el más pequeño de los cuatro amigos y no había testigos alrededor que pudieran avergonzarlo si se echaba atrás. Pero no lo hizo. Temblando de frío y de miedo se quitó la ropa despacio y dio dos pasos hasta situarse en el borde del tablón. Le daba miedo la altura pero no podía dejar que los otros se dieran cuenta, así que se obligó a abrir los ojos y mirar abajo. Estaba lloviendo, y las gotas se hundían en la balsa como perdigones. Casi no se veía el fondo. Miguel inspiró con fuerza y volvió la cabeza atrás. Los otros esperaban, expectantes y un poco incrédulos. Sabían que Miguel le tenía miedo a las alturas y que no nadaba demasiado bien. Se hubieran conformado con que reconociera que tenía miedo. Solo querían burlarse de aquel chiquillo escuálido y callado que tenía tan malas pulgas. No creían que fuera a hacerlo.

Pero lo hizo.

El grito de sorpresa de los chicos se confundió con el de terror de Miguel al saltar. Fue una zambullida violenta, Miguel dio por hecho que no saldría a flote y se quedaría atrapado hasta que ya no pudiera mantener la boca cerrada. Pero apenas rozó el fondo lodoso se proyectó hacia arriba con un impulso voraz, y braceó hasta distinguir las ondas de las gotas de lluvia en la superficie de la balsa. Mientras ascendía en la oscuridad turbulenta, supo que no iba a morir y lo embargó el placer que llega al descubrir que los propios límites van mucho más allá que nuestro miedo. Palmoteó en la superficie para ganar la orilla jaleado por los gritos, ahora admirativos, de los otros chicos. Miguel sentía la fantástica confianza de haber encontrado por fin su verdadera identidad. Salió de la balsa con un fuerte impulso, y sintió la lluvia en su cuerpo desnudo y cómo pequeños hilillos de barro se deshacían y corrían piernas abajo. Tenía los labios amoratados, los dientes le castañeteaban y se había arañado el pecho con las ramas del fondo, pero no le importaba. Estaba pletórico.

Aquella sensación de haber vivido el momento de mayor plenitud de su vida le duró todo el camino de regreso a casa. Sus amigos lo rodeaban sin atreverse a decir nada, con un silencio reverencial. Miguel pensaba en la lluvia que le calaba la ropa y en el sonido cerrado y perfecto que emitía al caer. Tuvo un momento de duda al imaginar qué le diría su madre, pero luego volvió a embargarle el optimismo. Ojalá ella hubiera visto ese acto de valentía. Se sentiría orgullosa. Y eso era lo que Miguel más necesitaba, la aprobación de su madre.

Al llegar ante la puerta de casa, casi había oscurecido y tuvo que avanzar a tientas. Entró en el pequeño salón, que tenía un brasero de carbón, y descubrió a su madre sentada en la mesa con el faldón del brasero sobre las rodillas. Miguel notó algo inefable, como si el aire estuviera cargado de partículas irreconocibles hasta entonces. Y, de repente, toda esa confianza en sí mismo se vino abajo. Encorvada sobre la mesa, su madre miraba hacia ninguna parte con los ojos idos y arañaba con la uña sin darse cuenta el mantel. A escasos centímetros de sus dedos había una carta doblada por la mitad y un fajo de billetes. Miguel le tocó el antebrazo.

—¿Madre?

Ella reaccionó y miró a Miguel con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde has estado? —Miguel quiso explicárselo, necesitaba los cumplidos de su madre, y era capaz de agradecer cualquier gesto de cariño que viniera de ella con una gratitud perruna. Era como un gorrión, no necesitaba más que unas migajas para alimentarse. Pero su madre solo lo escuchaba con una punzada de resentimiento y, poco a poco, Miguel fue empequeñeciendo, y su voz se fue deshilachando hasta enmudecer. La mirada de su madre no tenía fisuras, ni un resquicio de comprensión o amabilidad. Y, de repente, su madre, la persona que debía protegerle, la única persona a la que Miguel estaba dispuesto a amar por encima de todo, volvió a hacerlo: se abalanzó sobre él con las garras abiertas y le clavó las uñas con saña en la cara.

Miguel sabía cómo acabaría aquello, sabía que lo mejor era no resistirse, no llorar ni preguntar. Solo podía dejar que pasara. Ella lo arrastraba agarrándolo de los pelos, lo zarandeaba como si quisiera arrancarle la cabeza, lo golpeaba contra la pared gritando insultos y él no movía los brazos, se dejaba llevar de un lado a otro como un muñeco de trapo. Tarde o temprano cesaría, siempre se acababa. De repente, su madre se quedó quieta, con las uñas todavía clavadas en el rostro lloroso pero mudo de Miguel, y la expresión de sus ojos mutó hacia una locura distinta, un asombro asqueado, y lo soltó apartándose.

—Vete a la cama —murmuró con los labios temblorosos, sin atreverse a mirar a su hijo.

Miguel recogió sus propios pedazos, la camiseta hecha jirones, la zapatilla que había salido despedida. No debía mirarla ahora, ni compadecerla, ni tratar de abrazarla. No debía decirle que la quería pero que le tenía miedo. O todo volvería a empezar. Solo podía acurrucarse en la cama, taparse con la sábana, cerrar los ojos muy fuerte y llorar muy flojito para que ella no lo oyera. Y tratar de dormirse conservando la sensación que había tenido en la balsa: tenía un lugar en el mundo. En algún momento de la madrugada, sintió el peso reconocible del cuerpo de su madre tumbándose a su lado en la estrecha cama, su aliento en la nuca, el pelo rozándole la oreja y su voz débil. Sus susurros disculpándose, llamándose a sí misma las peores cosas, diciéndole cuánto lo quería. Miguel no respondió; a su manera ya había logrado entender que su madre no hablaba con él, solo lo hacía con ella misma. Él era un espejo, estaba allí pero no existía.

A la mañana siguiente, encontró a su madre sentada en la hierba mojada. La lluvia del día anterior había limpiado el cielo, que lucía como una sábana sin arrugas. Había un pájaro de colores chillones que trinaba en la rama de una higuera. Era un trino bonito, al límite de las posibilidades de aquel pajarillo que cabía en la palma de la mano. Su madre alzó la cabeza, tenía los ojos hundidos en profundas ojeras y se sonaba con un pañuelo estrujado. Arrugó la nariz y palmeó la hierba.

—Siéntate a mi lado. —No era una orden; era una súplica. Miguel obedeció, se sentó junto a ella algo distante, receloso. Su madre sonrió dolorida y lo atrajo

suavemente hasta que sus cuerpos se tocaron. No dijo que lo lamentaba. Nunca lo hacía si estaba segura de que él podía oírla. Solo le pidió que volviera a contarle la hazaña de la balsa. Miguel no lo entendía todavía, pero ya se daba cuenta de lo extenuante que era amar a alguien. Lo hizo, le contó los detalles, pero ya sin entusiasmo. Su madre asintió y le besó la cabeza. El cuerpo de Miguel se estremeció de gratitud y temor.

—El mundo no tiene a mucha gente con valor para cambiarlo, hijo. Pero tú eres distinto. Extraordinario en muchos sentidos. —No dijo en qué sentidos. No dijo nada más durante un buen rato. Luego, sacó de la bata que llevaba puesta la carta y el fajo de billetes que Miguel había visto la noche anterior. Le temblaba la mirada.

—Quiero que estudies algo de provecho, Miguel. Tienes que estudiar, aprender a controlar el mundo para que nadie pueda hacerte más daño. Quiero que te alejes de mí.

Miguel sintió una oleada de calor, una sensación mucho más poderosa que la que había sentido ante sus amigos. Se acurrucó entre las piernas de su madre y sintió que ella titubeaba antes de posar su mano y acariciarle la cabellera. Notó una gota cayendo cerca de su oreja. Dejó que la lágrima de su madre le quemara la piel como un tatuaje invisible y doloroso que nunca podría borrar.

—Tu padre ha muerto. Ahora, estamos solos.

Helena seguía dormida, apoyada en su hombro. Respiraba tranquilamente, con el mar de fondo bronquítico de los fumadores, sus párpados se movían impulsados por algún sueño.

Miguel le acarició un mechón de pelo que le caía sobre la ceja. Su amiga había conseguido aguantar en pie el castigo que Miguel les había infringido a ambos con saña. La culpa, los remordimientos por lo que habían hecho, las acusaciones y una verdad mucho más perversa de la que no se atrevía a hablar. ¿Y si en realidad no había hecho lo que había hecho para salvar a Natalia, sino para preservar su propio orgullo? Helena y ese muchacho, Iván, ahora eran incómodos testigos de su debilidad, conocían su miedo y su fragilidad. Helena lo había visto llorar, Iván había presenciado su impasibilidad y su falta de piedad. Miguel ya no era el dios infalible que hacía y deshacía a su antojo el destino de los suyos, no podía contener el caos ni lo absurdo como había hecho toda la vida, y en su debilidad había implicado a Helena. Tenía miedo de que también ella se cansara de sus cambios de humor, de su queja permanente, de esa sensación desconocida hasta ahora por Miguel de haber perdido el rumbo, de no ser capaz de mirar hacia delante ni de resolver el pasado, atrapado en una tierra de nadie donde se estaba desgastando manoteando contra las sombras. «Tenemos que salir de aquí —le había dicho ella, al borde del agotamiento, cansada de que Miguel no se despegase del teléfono, de los lastimeros mensajes que dejaba en el buzón de voz de Natalia, de seguirlo cada día en un merodeo absurdo

hasta el trabajo de su hija, hasta su casa—. No quiere verte, Miguel. Tienes que aceptarlo. Hacemos cosas y los actos traen consecuencias que no podemos eludir». Miguel pensaba ahora que tal vez debería haberse quedado en la residencia encapsulado como un insecto que ya no espera nada. Fingirse ciego y sordo y mudo. Olvidar, y buscar en el olvido el consuelo necesario. Pero, en lugar de eso, cuando Helena hizo el equipaje y le dijo que debía seguir su viaje —«¿vienes o te quedas?»—, él recogió en una caja de zapatos los recortes de periódico que guardaba su madre y encontró aquella carta que había leído hacía tantos años. Volvió a leerla, y entonces todo cobró sentido, un orden necesario para no volverse loco, un objetivo urdido por la urgencia para seguir; no quedarse quieto, eso era lo importante. Metió la urna con las cenizas de su madre en la maleta junto a la caja de zapatos con los recortes y la carta, se plantó ante su amiga y le dijo: «Vamos a Madrid». Helena asintió con una sonrisa sarcástica: «Mi viaje se está convirtiendo en el tuyo. Ya no sé si tú me acompañas a mí o soy yo la que te acompaña a ti».

Las luces interiores del autobús se encendieron y el conductor detuvo el vehículo en un aparcamiento de tierra, anunciando una parada de treinta minutos. Los pasajeros somnolientos empezaron a desperezarse, y Helena abrió los ojos enrojecidos. Se sobresaltó al ver que había estado durmiendo apoyada en el hombro de Miguel.

—Deberías comer más, como almohada resultas incómodo y poco mullido.

Miguel sonrió, ya empezaba a conocer los azoramientos de su amiga. La cafetería resultó ser uno de esos bares donde se citan los cazadores, vestidos de colores caquis, pantalones de camuflaje y chalecos con multitud de bolsillos, para cargarse de carajillos y escupir huesos de aceitunas mientras los perros ladran en las jaulas de los remolques. El espacio tenía un aspecto desangelado, con mugre acumulada y polvo pegado a las cabezas disecadas de un toro de lidia con los ojos de cristal oscuro, un ciervo con la cornamenta de un árbol raquítico y un jabalí que mostraba la lengua como si se burlara de sus verdugos. Había camioneros solitarios acodados en la barra con un pie doblado en el reposapiés de madera, con tejanos desgastados y camisetas arrugadas, gente que leía un periódico atrasado sin ganas de hablar o que miraba el canal de noticias de veinticuatro horas en la televisión sin volumen como si realmente supiera leer en los labios de la presentadora.

La irrupción de los pasajeros del autobús alteró la atmósfera de la cafetería. Unos tomaron la barra, otros ocuparon las mesas y algunos fueron a hacer cola al baño, cada cual con su bullicio. Helena pidió un café doble, vertió parte del contenido del sobre de azúcar en el café y dio vueltas lentamente con la cucharilla. Vista en la distancia, cualquiera se preguntaría cuál era su historia. A veces, las personas no encajan en su entorno, están fuera del lugar que les corresponde, como si la vida las hubiera traicionado. Sin maquillar, con la ropa arrugada y el pelo revuelto, tenía esa clase de luz que la hacía brillar y que la alejaba de los demás y de las circunstancias. Toda presencia, nada accesorio.

—¿Se puede saber por qué me miras así? —preguntó al darse cuenta de la mirada especulativa de Miguel. Él no se la apartó, al contrario, la sostuvo con intensidad un instante, como una invitación a poner a prueba lo que estaban dispuestos a decir con los ojos y a distanciar su sentido de las palabras.

—«A veces el corazón conoce lo que el ojo niega».

—¿Y eso qué significa?

—Algo que he leído hace un rato. Lo escribió alguien sobre mi padre.

Helena asintió. Para sorpresa de Miguel, le tomó sin preámbulos la mano derecha y volvió la palma hacia arriba y observó las líneas de su mano.

—Existen dos tipos de personas en la tierra: aquellas que se elevan y aquellas que se inclinan. Eso me dijo Iván.

—¿Solo dos? ¿Por qué no tres, o cinco, o cien tipos de persona? —intervino Miguel, visiblemente a disgusto al pensar en lo que habían dejado atrás. Con el índice, Helena recorrió la línea de la vida.

—Tu mano me dice que eres de las que se elevan.

Miguel no creía en esos juegos. Lo único que veía en su mano eran los recuerdos de quien ha tenido y perdido muchas cosas. Un cuenco agrietado que cerró dejando que el dedo de Helena se escurriera sin prisa.

—¿Qué significa elevarse o inclinarse?

—No tengo el humor para una de nuestras discusiones. Primero necesito ir al baño. No pienso entrar en Madrid como un muerto viviente —dijo ella cogiendo el bolso, donde llevaba un pequeño kit de maquillaje. Se alejó con su porte de pintura fuera del marco, rebelándose contra el constreñimiento al que la obligaba el decorado. «Yo no soy de este mundo», parecía afirmar el contoneo de su cadera.

—Una mujer extraña —afirmó alguien con un desprecio que a Miguel le resultó lastimoso.

«¿Y por qué no una mujer extraordinaria?», murmuró.

Cuando Helena salió del aseo, los pasajeros estaban regresando al autobús, pero Miguel no. Su amigo miraba con espanto las noticias en el televisor.

—¿Qué ocurre?

Miguel señaló el televisor. A las afueras de Sevilla, había habido un terrible accidente. Tres jóvenes habían entrado en la autovía en dirección contraria, en lo que no parecía una acción intencionada, sino un error causado por la ingesta de alcohol y drogas. Sus imágenes aparecían en un recuadro. Eran conocidos delincuentes. El vehículo, un Datsun descapotable de 1970 había circulado a gran velocidad durante algo más de dos kilómetros hasta estrellarse frontalmente contra un camión articulado de matrícula belga. Los tres ocupantes del Datsun habían muerto en el acto. El conductor del camión estaba herido de gravedad. Las imágenes de la televisión ofrecían el Datsun aplastado bajo las ruedas del camión alrededor del cual trabajaban bomberos, policías y servicios médicos. El *zoom* de la cámara se concentró en una mano que asomaba entre el amasijo de hierros. Tenía un tatuaje en la muñeca y entre

los dedos sostenía un collar roto. El impacto había diseminado las perlas por todo el habitáculo.



*Malmö*

A las seis y media de la tarde, los bares y restaurantes de Lilla Torg ya tenían las luces encendidas y el ambiente era animado. A Yasmina le extrañó que Gövan la hubiese citado en un lugar tan céntrico de la ciudad. Normalmente buscaban rincones más discretos en las afueras. Tampoco era habitual que se encontraran un sábado por la tarde, pero el subcomisario había insistido mucho.

Habían quedado en encontrarse en la pequeña plaza a las cuatro y media, en el *pub* Harry's. Yasmina miró la hora en el reloj de la pared e hizo recuento de las cervezas que llevaba consumidas. Quizá la euforia de Gövan se había disipado del mismo modo que poco a poco se iba esfumando su nerviosismo infantil, que había dejado paso a una insatisfacción triste que aumentaba minuto a minuto. Se estaba cansando de consultar la pantalla del teléfono y de imaginar qué excusa le daría por el retraso, si es que llegaba a presentarse. Furiosa consigo misma, apuró el último vaso de cerveza dispuesta a largarse. Estaba pagando las consumiciones cuando notó la mano que se posaba en su hombro y oyó su voz cerca del oído.

—¿Vas a dejarme plantado?

El enojo de Yasmina desapareció con pasmosa facilidad.

—Tu reloj y el mío no marcan la misma hora, al parecer —dijo.

Él la hizo volverse y mirarlo. La figura del subcomisario aparecía más esbelta y joven con la cazadora tejana que llevaba puesta. Gövan tenía el pelo rojo mal peinado y las mejillas algo caídas, los ojos azules un poco cansados y la sombra de barba mal afeitada en el cuello. La luz del crepúsculo lo enmarcaba en el umbral de la puerta del *pub* y le daba un aire distinto, menos real y, al mismo tiempo, más cercano que la estampa que ofrecía normalmente con sus trajes y sus corbatas de alto funcionario.

—Lo siento, tenía trabajo.

—No soy tu juguete —trató de defenderse Yasmina. Por un lado, le asqueó la docilidad con la que la simple presencia de Gövan había evaporado su enfado y, por otro, se le representó con nitidez descarnada la necesidad que tenía de él—. ¿El tipo decapitado? Lo he visto en las noticias.

Gövan asintió.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo tomándola de la mano.

Yasmina se dejó arrastrar hasta el aparcamiento. Bajo la penumbra de un portal, Gövan se detuvo y la besó intensa y muy brevemente, erradicando en ella cualquier atisbo de resistencia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Logró preguntar ella cuando se recompuso mínimamente. Le ardían las mejillas.

—Mi mujer y los niños se han marchado a Gotemburgo, a casa de mis suegros. No volverán hasta mañana por la noche. Tengo una casita en el lago Vättem. Podríamos ir allí... Ahora.

Yasmina se desembarazó sin brusquedad de las manos de Gövan.

—¿Estás loco? No puedo irme un fin de semana sin más. Tengo que cuidar a mi abuelo.

—Puedes llamar a esa vecina tuya y pedirle que se ocupe del viejo como otras veces. Tú misma te quejas de que ni siquiera nota la diferencia, de que eres invisible para él.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? Se supone que tienes que encontrar a un asesino.

La mirada de Gövan la taladró de una manera distinta a las otras veces. Tenía en las pupilas un fulgor nuevo, como si hubiese descubierto un secreto del que solo él era conocedor y que lo había transformado.

—Quiero salir de Malmö —suplicó, como si en realidad implorase la oportunidad de escapar de sí mismo. Las pupilas de Yasmina se movieron despacio sobre aquel rostro compungido que se esforzaba en mantenerse sereno. Dijo que sí y, a su pesar, sintió una punzada de alegría mezclada con una lejana ternura.

Se dirigieron por carretera hacia Jököping en dirección a la orilla sur del gran lago Vättem. La noche avanzaba más rápido que ellos en dirección al noreste. El motor del viejo Sköda hacía un ruido abrupto y machacón que se agrandaba con el silencio en el que ambos se habían instalado desde la salida de Malmö. Era un coche viejo e incómodo, pero Gövan se negaba a cambiarlo.

—Me recuerda mi procedencia y hace que no me olvide de quién soy —dijo en un repecho en el que el motor sufría al borde de la agonía.

Yasmina examinó el rostro del subcomisario. El perfil de su nariz de boxeador le daba un aspecto tosco, de gran oso malcarado. La iluminación del salpicadero jugaba a las sombras con él.

—¿Y quién eres, en realidad, subcomisario Sjögren?

Gövan se abrochó la cazadora tejana con el botón del cuello en la trabilla. Empezaba a hacer frío de veras; al alejarse de la costa, las extensiones yermas iban salpicándose de bosques cada vez más espesos.

—Ahora mismo alguien que querría ser otra cosa.

Yasmina se dio cuenta de que no conocía casi nada de la vida de Gövan. De pronto no era el hombre casado con una heredera rica, el padre de dos niños, el adúltero cobarde, el policía ambicioso dispuesto a alcanzar altas cotas de poder. El enemigo de Sture. No era difícil seguir el rastro del Gövan niño, y resultaba más sencillo comprender su aspecto de hombre rudo, su dificultad para conversar con sutileza o para modular su voz profunda. Era más sencillo quererlo. Posó la mano sobre su muslo y la dejó descansar ahí.

A derecha e izquierda, el paisaje se había vuelto ya completamente oscuro. Solo tenían delante la carretera, alumbrada por el cono de luz que proyectaban los faros del coche. La silueta de los grandes árboles aparecía y desaparecía con rapidez. Habían llegado a un mirador en una curva desde el que se divisaba el valle y, al fondo, el lago Vättem. La grisura metálica del lago se extendía como una sombra sobre las otras sombras con un tono lunar. Miles de estrellas punteaban el cielo. Yasmina nunca había visto un firmamento así.

—Qué belleza —musitó, extasiada. Tuvo ganas de llorar pero se contuvo; no habría sabido cómo explicar que la felicidad a veces está tan cerca de la tristeza. Como cuando algo se alcanza para comprender que se está a punto de perderlo. A su alrededor todo era tan hermoso, tan perfecto, que se sintió abrumadoramente sola.

—¿Qué ocurre? De repente te has puesto triste.

Ella hizo una negación silenciosa.

—Solo pensaba en que todo desaparece cuando desaparece la mirada.

El subcomisario le acarició la cabeza con un gesto más cercano a la ternura paternal que al amor de un hombre.

—¿Por qué dices eso?

Yasmina se estremeció. En alguna parte sintió asco de sí misma. Del papel que estaba desempeñando.

—¿Qué somos, Gövan? Una inmigrante de Rosengard y un subcomisario infiel a su esposa fingiendo vivir una historia romántica.

Él la miró fijamente. Tenía los ojos extrañamente vidriosos y frágiles, la mirada a punto de hacerse añicos.

—Yo no estoy fingiendo, Yasmina.

Ella le sostuvo la mirada. Claro que finges, pensó: finges no saber lo que sabes, finges tener la fuerza que no tienes para sacarme de este mundo y llevarme a ese otro que yo finjo que existe. Y los dos aceptamos la mentira porque nos hace menos daño que la verdad.

—¿Y tú finges conmigo?

Ella no respondió. Se abrazó y se reclinó en el asiento. Cerró los ojos.

Descendieron hasta la orilla sur del Vättern. Soplaban una brisa suave que mecía la superficie del lago, solo se oía el ir y venir suave de la marejada y el viento entre los árboles. Hablar, emitir algún sonido que interfiriera en aquella calma, habría sido una herejía.

La cabaña de Gövan era en realidad un pequeño bungalow con techo de piedra. Yasmina salió del coche y siguió a Gövan a lo largo de una explanada de grava. Se detuvieron frente a un porche con dos sillones de mimbre y una mesa de madera. Había flores de temporada que, en la oscuridad, Yasmina no pudo identificar, pero que desprendían un olor de frescor. Gövan buscó una llave en el buzón y abrió la

puerta. El espacio era pequeño pero confortable. Las paredes estaban revestidas de madera de pino y el suelo estaba cubierto de alfombras esponjosas. En el centro había una gran mesa con el tablón de roble y sillas con cojines coloridos. En una estantería sobre la chimenea había discos y algunos libros.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Valía la pena? —preguntó él, dejando la bolsa de viaje en el suelo alfombrado y volviéndose hacia ella. El niño campesino era capaz de ser un hombre sencillo y al mismo tiempo sofisticado. Y solo esperaba que ella supiese apreciarlo.

La cuestión era si Yasmina podía dejar de ser, al menos durante unas horas, la puta de Sture, aceptar aquella atmósfera creada para ella sin cuestionarse nada, olvidar que solo estaba en aquel mundo de Gövan de visita, que no debía acostumbrarse a lo que nunca tendría. Se preguntó cuántas veces habría preparado Gövan una velada así para su esposa o para otras, pero logró sobreponerse a ese amago de lucidez. Estaba allí, ahora, con él. Y el momento les pertenecía solo a ellos. Se acercó a él y lo besó en la boca.

«Voy a dejarte», se dijo mientras sentía en el cuello los labios de Gövan y su respiración entrecortada, que le erizaba el vello de la nuca.

«Voy a hacerlo», se repitió mientras Gövan le abría la camisa y se llenaba las manos con sus senos.

«No eres nada para mí», insistió entre gemidos al sentir el calor del pene rozando su entrepierna.

Pero ya no pensó nada más cuando, enlazando las piernas sobre la cintura de Gövan, dejó que él la alzase en vilo y la llevase suavemente hacia la alfombra.

En cierto modo, libraron un combate en el que ella perdió para acabar ganando. Como si fuera otra persona disfrazada con el mismo cuerpo de siempre, Gövan no trató de demostrar ninguna pericia, ni números circenses, ni fueron necesarios los fingimientos pornográficos que normalmente le ponían cachondo. Nada de palabras soeces, ni tensión en el tórax o en los bíceps, ni de contar mentalmente cuántas penetraciones llevaban antes de cambiar de posición. No quería ser un macho, solo quería ser un amante. La delicadeza con la que la besaba, el modo de acariciarle la vagina, de beber entre sus piernas, era un veneno para Yasmina. No quería ver aquel rostro dulce, ni dejarse conducir por unas ganas cada vez más intensas de llorar y reír. No quería que las palabras que le venían a la garganta entre quedos gemidos salieran de su boca: «Te quiero, necesito que me abrases, necesito que me digas que me necesitas». El único antídoto era decirle procacidades al oído, subirse a horcajadas sobre él y apretarle la ingle con fuerza, ofrecerle el culo y pedirle con una voz impostada que la follase por detrás. Pero Gövan fluía hacia ella, no entraba en aquel diálogo de gestos. Como si quisiera calmarla y al mismo ofrecerle algo sincero, algo de verdad. «Amor». «Joder», pensó Yasmina. ¡Amor!

En aquel combate se habían arrastrado del suelo al sofá, del sofá a la mesa —no probaron la cena— y de la mesa a la cama. El rastro de ropa daba testimonio de ello.

Gövan dormía desnudo, boca arriba. Yasmina, vuelta hacia él, lo observaba. Ponía una mano cerca de su nariz para sentir el roce de su respiración pausada mientras con la otra le acariciaba los testículos, ya flácidos. Le hablaba en susurros en árabe, le decía que estaba enamorada de él, que aquello no tenía nada que ver con la deuda de Sture. Que era una locura y un suicidio. Pero que no podía evitarlo. Sabía que él no la oía, y, aunque la oyese, no podría entender lo que le decía.

Cerró los ojos y trató de dormir, pero media hora después seguía despierta. Tenía sed y ganas de fumar. También de volver a excitar a Gövan, de hacer el amor —esta vez sin eufemismos del lenguaje— con él hasta que amaneciera. Optó por lo primero. Se puso las bragas y la chaqueta tejana de Gövan, cogió la botella de vino español, que no habían probado, y salió al porche.

La madrugada se señoreaba del lago con un matiz de silencio más absoluto que unas horas antes. La luna se había desplazado hacia el este y la intensidad del cielo parecía mucho más viva. Yasmina se sentó en el sillón. No se había duchado y el semen seco desprendía un olor que se confundía con la colonia del subcomisario, que impregnaba la chaqueta. Se sirvió una copa de vino y encendió un pitillo. A veces, se dijo, la felicidad era absoluta y sin pensamientos.

Se le ocurrió que podría ir hasta la orilla y zambullirse en el lago. Nunca había nadado desnuda. Desechó la idea con un rubor absurdo. Además, hacía demasiado frío.

Pensó en su madre. Fátima estaría ahora durmiendo en el cuartucho de servicio de los señoritos para los que trabajaba en aquella zona residencial de Malmö. Seguramente le dolerían las rodillas y los codos, tendría problemas con las articulaciones y se habría quedado dormida en su triste cama individual después de contar una vez más los billetes de la paga que guardaba entre la ropa del armario. La entristeció la suerte de su madre, que nunca pisaría un lugar como este ni sabría lo que es el goce con un hombre tierno, ni se cuestionaría si alguna vez había conocido el amor. Su vida estaba pegada al suelo, literalmente. Condenada a fregar suelos de rodillas, a cuidar de su padre, como antes tuvo que hacerlo con un marido que fue demasiado cobarde para ser un hombre de verdad. Ojalá pudiera contarle, al menos a ella, lo que sentía en aquel momento, compartirlo, escuchar de su boca una palabra de cariño, de ánimo. Pero eso no pasaría, jamás. Para su madre, ella solo era una puta, el recordatorio permanente de una infamia.

Yasmina alzó la copa e hizo un brindis al aire.

—Por ti, mamá.

Empezó a sentir frío al cabo de un rato y decidió volver a la cama.

En el salón, vio la bolsa de Gövan abierta y, dentro, su ordenador portátil. Fácil. A mano. Dudó un instante, negó con la cabeza, dio dos pasos pero se detuvo.

Los sueños estaban bien, pero existía la realidad. La deuda que saldar, la promesa de una vida lejos de Rosengard. Tenía que hacerlo... Retrocedió, miró hacia la

habitación donde Gövan dormía. Cogió el ordenador y se sentó a la mesa.

Estaba nerviosa, tenía miedo. Pero también determinación. Mejor hacer lo que debía hacer cuanto antes. La pantalla se iluminó. Apareció el escritorio con una fotografía de Navidad de la familia de Gövan en pleno. El abeto decorado con luces, guirnaldas y bolas de colores, los dos niños querubines, Gövan y su bella esposa vestidos para una cena elegante. Escocía esa felicidad que, al menos en él, parecía impostada. A la derecha había varios iconos con documentos de texto. Uno de ellos tenía un título indudable: «Nota informativa. Sture».

No eran muy originales los de la judicial bautizando sus casos. Yasmina intentó abrirlo pero estaba protegido con una contraseña. Pensó unos segundos y se le ocurrió una idea bastante absurda. Tecleó su propio nombre: *Yasmina*... El archivo se abrió. Una oleada de culpa subió por su garganta como una bola de pena.

Había fotografías de Sture y de sus socios, números de teléfono, direcciones, diligencias. Sture estaba jodido. Lo sabían todo, su relación con el contenedor del puerto y el muerto que había aparecido flotando, la relación con el tipo decapitado del parque. Iban a pillarlo, esta vez sí. Yasmina lanzó ojeadas ansiosas en busca de algo que la implicase a ella, buscando su nombre en una línea, en un párrafo. No encontró nada; y aunque eso debería haberla tranquilizado, solo la puso más nerviosa. Todo iba a estallar.

De vez en cuando giraba la cabeza hacia la puerta entornada de la habitación. Gövan seguía en el mundo de los justos. Yasmina estaba sudando. Apagó el ordenador y lo dejó en la bolsa.

La despertó el sonido de un fuera borda. Entraba claridad por la ventana. Estaba sola en la cama. El lado de Gövan estaba frío. Miró la hora, eran casi las once. Escuchó la voz del subcomisario en el porche. Hablaba por teléfono, muy serio. Yasmina lo oyó alzar la voz, discutir y luego decir un par de frases cortas y tajantes. Salió de la cama para darse una ducha.

Al pasar junto al salón, se quedó paralizada. El ordenador de Gövan estaba sobre la mesa, encendido. «Tranquilízate. Eso no significa nada», se dijo. Probablemente, Gövan se había levantado temprano y había estado trabajando un rato. Trató de convencerse de ello mientras se duchaba.

Cuando salió del baño, él estaba sentado a la mesa. Había desmontado las piezas de su arma reglamentaria y las estaba engrasando con un mimo eficiente utilizando un juego de paños y baquetas.

—¿Tienes que hacer eso aquí?

Gövan apenas le dirigió una mirada fugaz. No quedaba nada de la ternura de la noche anterior.

—Es una costumbre. Siento si te incomoda. De todas maneras, un arma es inofensiva sin la voluntad que la empuña. El arma no tiene conciencia, solo obedece.

No se cuestiona lo que es correcto o incorrecto, no tiene moral ni escrúpulos. Responde al impulso de su amo. —Con gestos precisos, colocó el cañón sobre la guía y tiró de la corredera dejando un chasquido seco en el aire.

El sonido crispó a Yasmina.

—¿Se puede saber qué pasa?

Gövan metió la pistola en la funda y se reclinó en la silla, mirando hacia la entrada. Desde la puerta abierta se veía parte del lago y de los árboles en la orilla rocosa. El día había amanecido legñoso.

—Mi padre solía traerme aquí a pescar, y ahora soy yo el que trae a veces a mis hijos. Quizá ellos traigan a los suyos, si es que queda algo que pescar. En mis tiempos, solíamos pescar el lucio. A mí no se me daba bien, veía a mi padre escoger el material y los señuelos y lo imitaba; pero, mientras que él cobraba unas piezas enormes, yo no pescaba nada. Hasta que me contó que cada lucio es distinto, y que cada uno responde a señuelos diferentes. Para pescarlos hay que elegir bien el momento y el lugar, y no siempre son los mismos. Y, sobre todo, hay que tener paciencia. Si estás impaciente, la mano tiembla y el temblor se transmite a la caña, que emite una vibración sospechosa en el agua que aleja a las presas. Hasta que no aprendí a ser paciente no aprendí a pescar. Descubrí qué cebo es el más adecuado, a qué profundidad buscar, a estar atento a los cambios de luz y a las sombras para distinguir un tronco en el fondo de una presa. También sé cuándo es inútil luchar para atraer a alguno, cuando hay que dejarlo marchar porque, sencillamente, me equivoqué de objetivo, demasiado listo para mí, demasiado escurridizo. Hoy en día, no se me da nada mal. Siempre vuelvo a casa con alguna pieza.

Gövan ya no se estaba escondiendo, hostigaba a Yasmina con una mirada penetrante, cargada de peso y sin alegría. Fue hasta el ordenador portátil y lo volvió hacia ella. El archivo de Sture estaba abierto y había decenas de fotografías expuestas. Instantáneas de los cadáveres del puerto y del parque y de otros de los que Yasmina no sabía nada. Sus caras cerosas o verdes, las algas en la boca, los ojos en blanco o las cuencas vacías, las marcas de ataduras de alambre en las muñecas, los tobillos, el cuello. Huesos rotos, cuerpos desmembrados medio roídos por las ratas o las alimañas del bosque, disparos en la cabeza.

—¿Era esto lo que buscabas anoche? ¿Qué se siente, Yasmina? ¿O solo sentiste alivio porque te creíste a salvo al no ver tu nombre en los informes? La puta preferida de Sture... ¡No apartes la cara! Quiero que sepas para quién trabajas. No es que no lo sepas, claro que lo sabes. No eres ciega ni tonta. Pero verlo en primera persona, tener la evidencia delante, no te permite esconder la cabeza en el agujero, ¿verdad? Dime cómo te sientes, anda. Siento curiosidad.

Dolía. Al subcomisario le dolía ver la expresión aterrada de Yasmina, aquella abrumadora belleza suya desmoronándose, perdida, buscando con la mirada una escapatoria sin encontrarla. Y le dolía su propia ingenuidad, haber caído en la trampa más vieja de la humanidad, en el cepo de un coño, narcotizado por las voces de

sirenas que prometían llevarlo muy lejos solo para sumergirlo en el fondo marino y ahogarlo. Ser tan estúpido, tan borracho de ego, de sí mismo. Bien por el bastardo de Sture, había sabido cazarlo en su propia vanidad. ¿Cómo iba a resistirse a esa belleza feroz y despreocupada de alguien veinte años más joven, con el sexo pujante y el deseo abierto para él?

Ella callaba, ahora se miraba fijamente las manos extendidas sobre la mesa como si esperase un castigo menor, un golpe de regla en esas manos que tantas puertas habían abierto para él, que habían cogido su polla, sus testículos, su corazón, su alma y todo lo habían devorado. Gövan casi lo prefería así, que callase, que no dijera nada ni tratase de negarlo. Y pensar que había estado a punto de creerla, incluso la noche anterior, cuando le puso el señuelo al alcance. Si no lo hace, si no lo intenta, la creeré. Creeré cualquier cosa que me diga. Porque durante esas horas había sentido que algo era verdad, no un simple trabajo ni un fingimiento. No, no podía aceptar que esos estremecimientos al abrazarla surgieran de una actriz; nadie era tan buena, ni siquiera ella. Si se lo hubiera contado, si Yasmina le hubiera pedido ayuda, él la habría creído, hubiese sido capaz de dejarlo todo, su carrera, su familia. Solo necesitaba una prueba. Ya la tenía, y no era la que él hubiera deseado.

—El tipo decapitado en el parque era un traficante de heroína. Se llamaba Omar Trezk... ¿Te suena?

—¿Por qué iba a sonarme?

Gövan volvió lentamente la cabeza. Había en sus ojos una mezcla convulsa de rabia, reproche y tristeza. Sacó del bolsillo un papel doblado y lo arrojó sobre la mesa.

—Porque tenía en el bolsillo un papel con tu teléfono. Los que lo mataron fueron concienzudos, se llevaron la cartera, los anillos, las cadenas, su teléfono. Pero dejaron este papel, o tal vez lo pusieron ellos. ¿Se te ocurre el motivo? Vamos, Yasmina, eres una zorra de mundo. Seguro que se te ocurre la respuesta. Tu amigo, tu jefe, tu chulo, Sture... Quería incriminarte.

Yasmina se enderezó. Sentía un ejército de arañas subiendo por sus piernas; la rodeaban, la aprisionaban, empujaban la sangre de su cuerpo hacia el corazón y lo obligaban a latir con fuerza.

—¿Vas a detenerme?

Gövan chasqueó la lengua y miró alrededor como si buscara un sitio donde escupir algo amargo.

—Será mejor que te vistas; las corrientes de aire son muy traicioneras en este lugar.

Yasmina buscó un cigarrillo en el paquete de la mesa. No solía fumar tan temprano, pero qué importaba. Tenía esa sensación de irrealidad que la asaltaba a veces, entre el sueño y el despertar. Si abría los ojos bien, descubriría aliviada que todo estaba en su imaginación. Que nada había cambiado ni iba a cambiar. Podría creer que Gövan había preparado beicon y huevos para desayunar y un buen café, que



después irían a pasear por la orilla del lago, se sentarían debajo de un árbol y mirarían en silencio la superficie quieta del agua. Ella se acurrucaría en su regazo y él le acariciaría el cabello cerca de la oreja, tratando de ser delicado y de contener el temblor de sus dedos. En algún momento se dirían que se querían. Y sería verdad.

Se acordó de la primera vez que lo vio. Se lo mostró Sture de lejos. Le pareció guapo, un poco desgarbado, como a veces pasa con los hombres grandes, pero guapo, con la gabardina oscura y el cabello mojado y encendiendo un cigarrillo en la escalera de la comisaría. Sture lo sabía todo de él, a dónde iba cuando salía del trabajo los jueves por la noche, a aquel bar del puerto donde se sentaba a tocar el piano con una pinta de cerveza. Tocaba el piano, no con demasiada destreza, cierto. Pero esos dedos torpes eran capaces de bailar sobre las teclas y tocar composiciones sencillas, improvisaciones agradables. Sture también sabía que estaba casado, que tenía hijos y un porvenir de la mano del suegro y que, a escondidas, fumaba marihuana y, de vez en cuando, se iba con alguna chica del bar. No eran putas, solo eran desconocidas que lo hacían olvidar. Todas parecidas: morenas, jóvenes, con cierto aire de tristeza. Fue fácil acercarse a él, sentarse a su lado en el taburete del piano y beber de su cerveza sin pedirle permiso. Lo miró fijamente con sus ojos de color distinto, le contó que era una mutación genética, algo que de niña la hacía sentirse rara y excluida pero que ahora les gustaba a los hombres. También le contó que quería ser cantante y marcharse a París, a Londres, a Nueva York. Y no le mintió cuando le dijo, cuatro cervezas después, que le apetecía follar con él.

—No es tan sencillo, Gövan. No puedes librarte de esto solo con ponerme unos grilletes.

No pensaba hacerlo. No era tan estúpido.

—¿Detenerte? ¿Para que arruines mi carrera y mi vida? Sé cómo piensa Sture. Hace años que nos perseguimos en este juego donde a veces uno es el ratón y el otro el gato. Te mandó a mí para cogerme por los huevos, es su estilo; lo hace con otros, policías, jueces, políticos, abogados. Como un buen comunista: «A cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus capacidades». Conoce lo que los hombres necesitan, drogas, dinero, sexo, poder, influencia... y él lo ofrece a cambio de lo mismo: permisos, información, mirar para otro lado. Si te detengo y te relaciono con él saldrán vídeos caseros, fotografías, conversaciones..., ¿me equivoco? Ahora es el momento, piensa ese cabrón: ahora que estoy en el centro de los focos, que me estoy acercando a su cabeza de cerdo, es cuando decide jugar tu carta para salirse con la suya. Lo he pensado, Yasmina. Llevo toda la mañana pensándolo. ¿Tirar por la borda todos estos años, perder la custodia de mis hijos? ¿Acabar expulsado del cuerpo o en la cárcel, ser el escarnio de todo el mundo? O peor, vivir mirando a mis espaldas esperando que Sture mande a alguien para rematarme en un callejón. Sé lo que quieres, sé lo que él te ha pedido que me digas. Extorsionarme, amenazarme. Volverme una de sus putas, como tú. Ahórrate el discurso. Venga, ve a vestirte. Tenemos que regresar.

Había un lugar cerca del lago al que Gövan solía ir con su hermana. Se llegaba a través de un sendero medio oculto por la maleza que desembocaba en una cabaña abandonada de pesca. Nadie iba por allí nunca excepto algunos paseantes que se perdían y se topaban con la explanada y la cabaña derruida por casualidad. No hacían nada malo allí, cosas de críos, fumar algún cigarrillo, prender una fogata y poner en las brasas patatas sin pelar, beber una cerveza caliente y contarse cosas. Su hermana y él siempre tenían algo que contarse, un secreto, un sueño. Soñaban con ser mayores casi todo el tiempo, y ser mayor significaba algo distinto para cada uno de ellos. Para su hermana, ser mayor significaba que le crecieran pronto las tetas, se las enseñaba y le hacía tocárselas, eran dos bultitos oscuros que no transmitían calor. A veces traía a la cabaña un sujetador que le había robado a su madre y se lo probaba delante de él, se paseaba arriba y abajo entre los escombros de la cabaña fingiendo que era una modelo de alta costura. Se subía la falda y le enseñaba las bragas. Él se reía cuando ella le decía que sabía besar como besaban los mayores, lo había visto hacer a sus padres y a sus tíos. Y, para demostrarlo, le metía la lengua en la boca, y él se apartaba limpiándose con el dorso de la mano. La saliva de su hermana era espesa, tenía sabor de remolacha. Para él, hacerse mayor era poder conducir el Sköda de su padre, ir a la ciudad a comprar las cosas que se necesitaban, pasearse con una chica del brazo y enseñarla a fumar. Y estar juntos todos en la misma casa, los hermanos y los hijos y los nietos y los abuelos. Alrededor de una mesa y con la chimenea caliente, beber el licor de moras, trocear la carne. Ver pasar los inviernos.

—¿Por qué te has desviado de la carretera?

Él nunca quiso que su hermana se muriera, pero se murió. Se le perforó el apéndice y ya no volvieron a la cabaña. Tampoco quiso ser policía, ni político, ni casarse con una mujer rica. No quiso nunca nada de todo eso, pero era lo que tenía. Lo único que tenía.

Estaba cerca. No había cambiado tanto con los años, si acaso la maleza era más frondosa y el sendero estaba más oculto. El Sköda avanzaba lentamente, bamboleándose en los baches, arañado por las ramas que dejaban sus hojas sobre el parabrisas. Había llovido días atrás y las roderas quedarían marcadas. Debía recordarlo. También limpiar el cenicero de las colillas que Yasmina había fumado.

Una vez, vio un alce salir de la espesura. Su hermana iba por delante y no lo vio cruzar el sendero. No lo creyó cuando se lo describió. Un alce enorme y gris con una cornamenta de macho dominante y ojos de porcelana. Se preguntó cuánto podía vivir un alce y si sería posible volver a verlo cruzarse delante del coche. A lo mejor sería una señal, algo que significase que debía dar media vuelta, cambiar el destino. Escapar de lo inevitable.

Pensó en contárselo a Yasmina, lo del alce. No lo hizo. Ya nadie creía que hubiera alces en aquellos bosques.

Le alegró ver que la cabaña todavía existía, aunque ya casi no quedaba nada en

pie, solo las paredes agrietadas y un trozo del tejado a dos aguas que milagrosamente no había perdido las pocas tejas que solía tener. Las hierbas silvestres habían crecido hasta la cintura de un hombre adulto, y un árbol que él recordaba retoño se había hecho sólido y grande y proyectaba la sombra de una rama a medio quebrar sobre la cabaña. Se oían pájaros. Detrás de la cabaña había un leñero derruido. Allí solían esconder sus tesoros su hermana y él. Las prendas de ropa que ella le robaba a su madre, las cerillas y los cigarrillos, la provisión de patatas y algunas latas de conservas. A él le gustaba quitarse la camisa y cortar troncos para demostrarle a su hermana que era fuerte, que podía sentirse segura. Los cortaba con un hacha de filo oxidado y mango roto que se encontraron por casualidad, y eso dificultaba la tarea, lo hacía sudar y se despellejaba las manos. Entonces tenía que sustituir los troncos por ramas más pequeñas, pero su hermana sonreía y aplaudía igualmente.

Aparcó el coche cerca del leñero.

—Baja, hay algo que quiero enseñarte.

Yasmina lo siguió a pocos pasos. Él no se molestó en preocuparse por si escapaba. ¿Por qué iba a hacerlo? En ciertos animales existe un miedo cerval que les impide huir y que los empuja inexorablemente hacia su final. Lo presienten, como lo presentía ella, mueven la cabeza nerviosos, olfatean el desenlace, se detienen y retroceden un paso, pero, a una orden, con una simple mirada, a condición de que sea decidida, obedecen y avanzan con mansedumbre.

—Espera aquí. —Entró en el leñero. Estaba oscuro y húmedo. Los viejos olores no volvieron. Ni rastro del pasado. Excepto el hacha. Ahí seguía, más inservible que nunca, más oxidada e inútil. Cuando salió al exterior, llevaba el cabello y la barba tupidos de telarañas. En el cuello cargaba un insecto de seis patas que al llegar al hombro cayó al vacío.

Yasmina había reaccionado, después de todo. Gövan se alegró por ella. Nunca quiso verla como un venado o una oveja que va al matadero sin rechistar. Yasmina vio el hacha en la mano de Gövan, se dio la vuelta y comenzó a caminar. No corría, sabía que no lo lograría, pero no quería quedarse a esperar.

Gövan la siguió al paso, observando su silueta, que a veces desaparecía bajo las hierbas más altas para emerger de nuevo unos pocos pasos más lejos.

Y al final, como si comprendiera, Yasmina se detuvo.

—Matará a toda mi familia —dijo sin volverse.

Gövan avanzó un paso hasta rozar con los dedos su cabello negro. Se alegraba de no tener que ver sus ojos de color distinto, esa mutación genética que la hacía extraordinaria y rara. Agarró el cabo del hacha, lo elevó por encima de sus hombros y lo descargó con toda la fuerza sobre la cabeza de Yasmina. Tuvo que golpearla varias veces, desenterrar el hacha y volver a hundirla hasta que oyó fracturarse el cráneo y notó que el filo mordía la gelatina del cerebro.

Cuando terminó de enterrarla, se secó el sudor con la chaqueta manchada de sangre y huesos astillados. Le costaba respirar, como cuando cortaba los troncos. Se

volvió hacia la cabaña y le pareció ver a su hermana contemplándolo con tristeza.

*Madrid*

La dirección llevó a Miguel hasta una finca antigua de cuatro plantas rodeada por un jardín con grandes castaños cuyas copas alcanzaban los últimos balcones. El edificio estaba al final de una calle empinada y sin salida. El rumor de la ciudad se oía distante y se confundía con los juegos de los niños en el patio del colegio alemán situado al otro lado de la acera. Las sombras de los árboles se proyectaban sobre enredaderas rojizas cubiertas de polvo que trepaban venosas y enfermas por la fachada de piedra oscura causando un aspecto sombrío. Miguel franqueó una verja de barrotes altos acabados en punta de lanza y ascendió por una escalinata de mármol agrietado y alfombrada de hojas muertas hasta un portón de hierro con portero automático. Un detalle de modernidad que le restaba suntuosidad al conjunto.

Llamó al tercer timbre sin muchas esperanzas. Probablemente Simón Andújar habría muerto. Casi lo prefería así, marcharse con la sensación de que había hecho cuanto estaba en su mano por encontrar a alguien que conoció a su padre, pero sin la necesidad de enfrentarse a preguntas cuyas respuestas no estaba seguro de querer saber.

Contra todo pronóstico, oyó una voz femenina que no solo le confirmó que allí vivía Simón, sino que lo invitó a subir.

Simón se removió inquieto en el asiento, a pesar del acolchado de la silla de ruedas. A veces se le llagaban las nalgas y se veía obligado a aceptar la ayuda de su hija mayor mirando para otra parte mientras ella le aplicaba una crema cicatrizante.

Debería intentar levantarse, los médicos decían que podía hacerlo con la ayuda del andador, dar unos pasitos arriba y abajo, acercarse a la ventana desde la que veía a los chiquillos del colegio alemán jugando a lo que sea que jueguen los niños cuando se saben vigilados por los profesores. Pero esa mañana no se sentía con fuerzas para intentarlo, y tampoco le apetecía escribir o leer.

Solo quería quedarse sentado frente al almanaque colgado en la pared pensando que el mundo seguía siendo hermosamente vacío e idéntico a sí mismo. Las mismas mañanas, los mismos ruidos, idénticos olores, reconocimiento de los mismos dolores, las mismas voces detrás de la puerta. Los años solo se habían ido cayendo del calendario, pero la esencia de los días era idéntica.

Oía correr a los nietos de su hija mayor. Antes habían entrado a saludar porque ella los había obligado; eran buenos chicos, fingían quererlo, escuchar y aprender, aunque a la pequeña le costaba mantener el disimulo, se notaba que tenía ganas de

marcharse a jugar con la consola. No pertenecía al mundo de tradición oral del que venía Simón. Las cosas reales le interesaban por ahora poco. El otro, Mario, el más pequeño, era diferente. A él sí que había logrado retenerlo un poco más, atraer su atención con la zanahoria de enseñarle el uniforme de su época de soldado que guardaba en el armario envuelto en una funda de plástico. «Cuando me muera, lo podrás vender donde sea que ahora os deshagáis de las cosas que os estorban». Al muchacho le gustaban las correas de cuero y la cartuchera con las fundas para los cargadores, las botas y las polainas. Se veía como en uno de esos juegos de ordenador donde se mataba a mansalva a muñecos que parecían personas; lo parecían pero no lo eran, como las explosiones, los gritos y las manchas de sangre.

A lo mejor por eso se le había ocurrido enseñarle a su nieto su secreto mejor guardado: la pistola que escondía, envuelta en un paño, con las baquetas, disimulada bajo un montón de periódicos y revistas al fondo de un cajón. Incluso le había dejado empuñarla una vez descargada. Su hija se habría echado las manos a la cabeza si los hubiera visto, ¡qué locura, qué insensatez, enseñarle eso a un niño! Pero Simón pensaba que más insensato era hacer creer a un crío de once años que se puede masacrar una aldea inocentemente, hacer explotar granadas y reírse cada vez que despanzurraba a alguien solo porque lo hacía desde el sofá. Toda esa pornografía virtual le daba asco. Empuñar un arma de verdad, sentir su peso, escuchar cómo funcionaban los mecanismos, el percutor, el martillo, el gatillo, la corredera. Eso era real, un mal real.

De todas maneras su nieto y él acababan de firmar un pacto de caballeros, un pacto de silencio que hacía que aquello quedara entre ellos. Al menos, a partir de ahora, el chico no le tendría miedo ni le daría asco darle un beso en sus mejillas huesudas, ni se limpiaría a su vez la saliva de la cara cuando pensara que nadie podía verlo.

—¿Estás despierto?

Claro que estaba despierto, desde hacía mil años. Dormir era un lujo que ya no se permitía.

—Hay alguien que ha venido a verte.

La puerta acabó de abrirse y Simón vio aparecer el rostro lleno de gafas y mostacho de un desconocido.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Miguel Gandía. Soy el hijo de Amador Gandía.

Simón frunció el entrecejo hasta unir sus cejas blanquísimas y espesas.

Miguel pensó que su nombre o el de su padre no le decían nada a aquel centenario seco y duro, una sequedad de mojama que parecía salirle de dentro. Habían pasado demasiados años y no tenía por qué acordarse de la carta que había escrito. Quizá una de tantas, en aquellos años, notificando la defunción de un preso.

Pero Simón ladeó la cabeza, lo observó atentamente, volvió el cuello hacia la mesa, donde se apilaban las páginas mecanografiadas y la máquina de escribir, y

suspiró con alivio.

—Has tardado en aparecer. Ya casi no me quedaba energía para seguir esperándote.

—¿Usted me esperaba?

Simón giró en una cabriola la silla y le dio la espalda.

—Ven, siéntate ahí, en ese sillón. Tenemos mucho de que hablar.

La hija mayor de Simón permanecía al acecho, como si esperase que la hicieran partícipe de algo que intuía revelador, pero Simón la despidió con una sonrisa, amable e inflexible.

—No te olvides de traer a los chicos la semana que viene. Me hacen compañía. — La hija, visiblemente decepcionada, se despidió con un beso rápido y una mirada fugaz sobre Miguel y cerró la puerta al salir.

Simón y Miguel se miraron durante un largo minuto, tiempo suficiente para aceptar la existencia del otro, al que habían imaginado hasta hacerlo mera especulación.

—He venido por esta carta. Si no me equivoco, la escribió usted —dijo finalmente Miguel, tendiéndole el sobre.

Simón apenas le echó un vistazo.

—Era casi un analfabeto; algo más que ahora, quiero decir. En el frente de Aragón tuve un compañero que quiso enseñarme a leer y a escribir pero me dejó por imposible. Me hubiera gustado aplicarme, pero en la guerra solo hay tiempo para aprender cosas de la muerte. La vida es una distracción fatal. Aunque después haya leído y escrito mucho, no tengo la sensación de ser mucho más sabio que entonces. Escribir esas pocas palabras me costó Dios y ayuda.

—Parece que usted conocía a mi padre. Me gustaría preguntarle por qué la escribió usted, de su puño y letra, y con ese tono tan personal. Lo normal, cuando se notificaba esta clase de defunción, era un documento oficial bastante escueto y escrito a máquina con un lenguaje inocuo.

Simón alzó la mirada hacia el techo. Algún día, a no tardar, aquella casa se vendría abajo y se llevaría consigo todo lo que había dentro. Bajó los párpados lentamente hasta posar la mirada en Miguel.

—Me acuerdo de ti, un mocoso desnutrido y asustadizo. No imaginaba qué clase de hombre serías... y ahora ya eres casi tan viejo como yo.

—¿De verdad se acuerda de mí?

—Ya lo creo. Poquita cosa, raquítrico, todo ojos y boca, casi mudo y pegado a la falda de tu madre. Lo que me pregunto es si te ha traído hasta mí aquel niño o este viejo.

—¿Acaso importa eso?

—Desde luego. Porque cada uno de ellos tendrá motivos diferentes. El viejo busca paz; el hombre, venganza o justificación, pero el niño solo quiere comprender.

Miguel se acordó de los viajes a Madrid, el frío de los cristales del tren, el olor de

los vagones de madera y de los pasajeros que salían a fumar al pasillo. El paisaje helado corría a veces veloz y a veces muy lento. Como la mirada de su madre, aferrada a una pequeña bolsa de tela donde llevaba algo de comida, embutidos y confites caseros para su esposo. Le asomaba el miedo en la cara cada vez que un policía le pedía la documentación; contaba el dinero que les quedaba con una avaricia triste. En algunas ocasiones podían permanecer días y días en Madrid malviviendo en una pensión que su madre pagaba haciendo favores en un callejón mientras él esperaba en la esquina. Y, cuando llegaba el permiso para visitar a Amador, se arreglaba durante horas ante el espejo del retrete, se las apañaba para conseguir algo de ropa decente, un poco de maquillaje y se armaba con la mejor de sus sonrisas. Recordaba también la excavación, el material extraído de la montaña, donde, junto a su madre, esperaba horas bajo la lluvia o bajo un sol inclemente sin saber si en aquella ocasión le permitirían ver a su padre o no. El espanto de la dinamita que retumbaba en el valle, de los uniformes de los guardias y del aire polvoriento. Familias de presos penados con trabajos forzados por delitos que solo lo eran porque estaban en el lado de los vencidos. Secretamente, Miguel deseaba que no le permitieran visitar a su padre; prefería perderse entre los pinos, los robles y los olmos de la montaña y comerse solo la comida que su madre había preparado para su padre. Con el egoísmo del niño hambriento, solo pensaba en aquellas albóndigas que quería devorar bajo el aroma de las hierbas silvestres, la jara, el tomillo.

—Supongo que el niño y el viejo han decidido firmar una especie de tregua en busca de alguna verdad.

Simón empujó la silla hasta el armario en el que guardaba el uniforme, abrió la puerta y se lo mostró a Miguel.

—Si buscas una verdad, este no es el camino. Yo solo era un guardia más, un soldado como tantos otros. Esa es la idea de los uniformados, que el rostro desaparezca y solo quede la presencia amenazante. Alguien sin pensamientos.

—Pero usted escribió a mi madre y le mandó dinero.

—Me acuerdo de ti y de tu madre detrás de la alambrada, a la entrada del campamento, esperando que se abriera la cancela, que vuestro nombre estuviera en la lista de visitas de aquel día y que el Arcángel, plantado con los brazos en jarra y las piernas abiertas igual que un generalito de opereta, estuviera de buen humor para dejaros pasar. Me daban vergüenza aquellas palabras tuyas diciendo que erais afortunados por tener a vuestros familiares cumpliendo condena en Cuelgamuros. Nosotros no lo veíamos así, y muchos de los penados, tampoco. Entre ellos, tu padre. Él me contó que cuando Franco firmó el decreto de construcción del Valle y ofreció la remisión de pena por el trabajo, él contaba los días que faltaban para que el pelotón de fusilamiento lo ejecutara. Y entonces corrió la noticia y muchos como él solicitaron aquella gracia. Ya no le importaban nada los ideales ni las convicciones. Solo contaba sobrevivir, a toda costa. A costa de lo que fuera. Tu padre me contó que para llegar al Valle tuvo que humillarse y escribir una lastimosa carta en la que se



arrepentía de sus *crímenes*. Pero golpearse el pecho y entonar el *mea culpa* hasta reventar no hubiera bastado sin la ayuda de tu madre. Eso también me lo contó.

Miguel sabía de lo que hablaba Simón. Su madre no dudó en acostarse con cualquiera que la desease, y eran muchos, si tenían alguna influencia o podían abrirle alguna puerta a su esposo. No lo dudó ni un segundo, se entregó y se humilló, dio todo lo que tenía, se arrodilló, se arrastró y soportó lo que hizo falta. Ella, aquella joven feroz que siempre fue deseada pero que nunca fue de nadie más que de Amador. Rosa, que jamás imploró por su hijo ni un triste mendrugo de pan en los años más duros de la represión, que nunca se torció ante los interrogatorios salvajes de la guardia civil mientras Amador estaba en el monte como guerrillero jugando a torcer el destino. Logró su propósito pero nunca se recuperó de aquello, ya no volvió a ser la misma ante los ojos de los que la conocían, de los que la señalaban y se reían o le escupían. Tampoco lo sería ante los ojos abiertos de su niño. Se volvió loca.

—Tu padre sabía lo que tu madre tuvo que hacer para salvarlo del paredón y nunca se perdonó por ello.

Miguel tampoco lo había perdonado. Su madre le entregó su vida. No únicamente su cuerpo, su alma, sus sueños; todo, incluso la cordura. Si cualquiera hubiera sufrido la mitad que ella, también la habría perdido. Miguel nunca borraría de su memoria la tristeza de su madre cuando, al atardecer, regresaban en el autobús y ella lloraba con un pañuelo arrugado contra la boca para ahogar los sollozos ante las miradas curiosas de los pasajeros que habían ido a pasar el domingo en la sierra. Al observar atentamente a aquel niño y a su madre, todos se daban cuenta de que eran familiares de algún recluso que debía cumplir trabajos forzados en la construcción de Cuelgamuros. Algunos se compadecían y le tocaban la cabeza, «pobre niño», y otros, pocos, le dedicaban una mirada de desprecio.

Su padre no podía saberlo porque no estaba allí. Estaba demasiado ocupado; primero, cambiando el mundo y, luego, convirtiéndose en un mártir. Y, sin embargo, a pesar de haberlo odiado y de haberse esforzado toda la vida en hacerlo desaparecer de sus recuerdos, aquí estaba Miguel, con esta carta en la mano frente al hombre que la escribió deseando convencerse de que había estado equivocado.

—¿Cómo era mi padre?

Simón se quedó pensativo, con los hombros ligeramente echados hacia delante. Algo no estaba bien en su mirada, en el gesto triste con el que se volvió hacia la ventana.

—Recordar es oficio de viejo, pero ¿cómo separar el grano de la paja, la verdad del relato?

¿Qué recordaba de aquel preso tan distinto a los demás con los que trató durante los años como guardia en el Valle de los Caídos?

—Tu padre tenía el corazón de azúcar, solo quería ser feliz y que los suyos lo fueran. Me consta que le dolía matar y le dolía morir. Le atormentaba que aquella locura lo convirtiera en alguien irreconocible, que, si algún día podía regresar a casa,

tú te asustaras de él o que su esposa lo sintiera como un extraño en la cama. Sí, Amador era un ser hermoso, incluso en la postración. Ni siquiera el Arcángel, que tanto lo odiaba, podía dejar de admirar lo que la naturaleza le había concedido a tu padre. En cualquier otra vida podría haber sido lo que deseara. ¿Sabías que escribía? Guardaba escondido un cuaderno con las tapas de tafilete de color rojo. Yo lo sabía pero hacía la vista gorda. Por las noches, después de la retreta, escribía sobre las rodillas con el cabo de un lápiz que apenas asomaba entre los dedos y que siempre guardaba en el bolsillo de su chaqueta de pana. Nunca se quitaba aquella chaqueta desgastada, hiciera frío o calor. Y jamás se desprendía del cuadernillo. Un día le pregunté qué escribía con tanto ahínco. Me mostró las páginas hinchadas con una letra pulcra, diminuta y extraña en un hombre tan grande. «La guerra, la guerra que sigue en esta paz de muertos», me dijo. Le pregunté para qué escribir sobre el horror, sobre la fealdad que todos conocíamos. Me miró como lo que yo era, un muchacho arrogante e ignorante a partes iguales: «Porque un día, por increíble que parezca, se nos olvidará lo que hemos hecho y lo que otros nos han hecho. Buscaremos excusas, las encontraremos y olvidaremos la verdad. La olvidaremos para seguir adelante». Cuando escribía en aquel cuadernillo, tu padre se transformaba. Muchos se burlaban de aquel afán de cronista, pero yo no. Por las noches, a la luz de un candil, me leía algunos párrafos con una voz fuerte de contador de cuentos capaz de asustar a los niños y de maravillarlos al mismo tiempo. Tu padre tenía la habilidad de la palabra, sabía utilizarla para enardecer la voluntad de los otros presos, incluso de algunos guardias como yo.

—Y ¿qué les decía?

—Cosas sencillas, importantes. Yo he despreciado toda la vida a los fanfarrones y a los derrochadores de palabras como el Arcángel, pero tu padre era distinto, él luchaba por un concepto más elemental de la libertad; ir allá a donde se deseara, poder ganarse la vida con dignidad, no tener miedo. Pensaba que resistiendo, incluso estando preso, construía un futuro para ti. Muchos estaban dispuestos a seguirlo en ese sueño.

Simón vaciló un momento mientras ordenaba los pliegues de la memoria. Su rostro, a medias sumido en la penumbra de la habitación, se asemejaba a la máscara descascarillada de un monumento olvidado. La memoria tiene la carne blanda, pese a todo, y al estrujarla demasiado aparecen los cardenales, los moratones que deja en el alma.

—Por eso el Arcángel lo temía y lo odiaba. Porque tu padre era libre. Y por eso me utilizó a mí para destruirlo. Porque yo tenía alma de esclavo.

—¿Qué quiere decir?

Simón recordaba las marmitas abolladas crepitando en las lumbres y los hombres arrebujados alrededor con cacillos sucios para beber la sopa con un poco de pan migado. Aullaba un lobo, o tal vez solo un perro cimarrón que había huido a las montañas asustado por la crueldad de los hombres. Y Amador se hallaba entre todos

ellos, fumando parsimoniosamente, con los ojos entornados.

—Faltaban dos noches más para que muriese. Nadie podía saberlo, aunque todo era probable, y la muerte más que la vida. Lo sabían todos de ese modo que se saben cosas en las que no se piensa, que no se nombran. Amador canturreaba una canción y el firmamento tenía demasiadas estrellas, era demasiado hermoso para distraerse. Había que llenarse los ojos de universo, de lejanía e inmortalidad. Mirar arriba hace que las lombrices se sientan mejor. Cantaba para tu madre. Una melodía romántica, llena de llamadas nostálgicas. Me dijo que estaba convencido de que, en alguna parte, ella lo escuchaba. Se aferraba a la esperanza de que algún día, al emerger de aquel magma de dolor, todavía sería un hombre capaz de reír y sentir amor, felicidad. Yo me preguntaba cómo era posible aislarse cuando alrededor todo era tristeza.

—Nunca lo imaginé con ese talante.

—Una mañana hubo un accidente en una de las galerías y un burgalés amigo de tu padre murió. Lo recuerdo bien porque sucedió durante mi guardia. Aquel amigo de tu padre se llamaba Fermín. Durante la guerra había sido hondero y se había especializado en lanzar granadas activadas con una honda de cuero. Tenía un brazo portentoso. Por eso lo eligieron para la partida de dinamiteros. Y era él quien ayudaba a tu padre a robar barrenos para preparar una fuga masiva.

—¿Mi padre organizó una fuga del Valle de los Caídos?

—Lo llevaban con sigilo, pero nada puede ocultarse en un gallinero, y el oficial al mando no tardó en sospechar algo. El Arcángel podría haber detenido a tu padre y a su amigo, ordenar su traslado fuera de las obras, devolverlos a la cárcel. Pero eso le pareció demasiado sencillo; el Arcángel quería dar un escarmiento, ganarse el respeto de los guardias veteranos de la guerra como yo y de los presos más correosos. Envió al burgalés a barrenar con una partida de cartuchos defectuosos. Aquel burgalés sabía lo que eso significaba, pero no se arredró. Encendió el barreno y le estalló encima. No se pudieron recuperar sus restos, que se habían esparcido en un kilómetro a la redonda. Todos entendieron el mensaje. Menos tu padre. Amador sabía que él sería el siguiente, que el Arcángel sospechaba de sus preparativos. Podría haber desistido, pero no lo hizo. Mantuvo la calma, trasladó los barrenos robados de lugar, escondió en otra parte las reservas de comida y los planos, dio instrucciones a los presos confabulados y se dispuso a esperar con esa calma que llega al final y que coloca a las víctimas por encima de los verdugos. Estar sin estar, morir sin morir.

—Sabía que iba a fracasar, pero no quiso darse por derrotado.

Simon asintió.

—Yo lo sabía, todos lo habíamos comprendido, pero me desconcertaba aquella indiferencia ante la muerte, el desafío mudo que cruzaba sin disimulo con el Arcángel. Nadie dudaba de su compromiso ni de su valor, no tenía que demostrar nada, pero era tozudo como un verso libre. Ni siquiera se doblegó la noche en que apareció medio borracho el Arcángel, con una sonrisa demoníaca, acompañado de otros dos guardias, y le lanzó a la cara el cuadernillo en el que tu padre escribía.

Amador se puso en pie y lo miró serenamente durante un largo segundo. El Arcángel se burló de la muerte de su amigo, le dijo que sabía lo del robo de dinamita, lo de esos mítines que Amador daba por las noches.

—¿Y qué hizo mi padre?

—Esbozó una sonrisa y le dijo queapestaba a ginebra barata. El Arcángel retrocedió un paso y dio la orden. Vi cómo lo golpeaban con las culatas, pero tu padre no se resistió ni lanzó un solo gemido, y eso enfureció aún más al Arcángel, que se inclinó sobre su rostro ensangrentado y le dijo lo que iba a pasar: un juicio sumarísimo y un pelotón de fusilamiento en el patio de la cárcel de Zaragoza. Sin parpadear, tu padre le dijo que aunque hubieran ganado la guerra, los hombres como él ya habían perdido. La historia los devoraría, se los llevaría sin dejar rastro, ni siquiera ese monumento que estaban levantando perduraría sino como el recuerdo fosilizado de una locura. El Arcángel, que farfullaba frases echándole la saliva en la cara, estaba al borde del infarto; rojo de ira, le puso la pistola en la cara. Creo que el oficial lo habría ejecutado allí mismo de no ser porque estábamos nosotros como testigos. Incluso al Arcángel le importaba respetar la burocracia y el procedimiento del asesinato. Se incorporó y le dio un rabioso puntapié en la boca antes de ordenarnos que lo encerrásemos en el barracón de castigo. No me quito de la cabeza el chasquido de sus dientes. Tu padre tenía unos dientes tan bonitos...

Miguel apartó la mirada, incómodo. Tenía la sensación de estar presenciando algo que no le correspondía ver. Se fijó en el anaquel con una pintura de adelfas y en un libro abierto sobre el estante.

—*Los tres inviernos o la madurez tardía*, del poeta Czesław Miłosz —dijo Simón—: «Tarde, ya en el umbral de mis noventa años, se abrió la puerta en mí y entré en la claridad de la mañana. Sentía cómo se alejaban de mí, como naves, una tras otra, mis existencias anteriores con sus congojas...». Durante estos años de escribir, de aprender y leer, me he encontrado explorando rincones de mí mismo en los que nunca me había atrevido a aventurarme. Recovecos que ni siquiera era consciente de que existían. Pensé que contar mi historia serviría para algo, pero a medida que acumulo páginas me doy cuenta de que la memoria se convierte en un desbroce agotador e inútil. Te abres paso a machetazos en la selva para descubrir que más allá la maleza es todavía más impenetrable. Y, aun así, pretendes seguir avanzando por más que entiendas que no llegarás a ninguna parte, que no saldrás jamás de esa trampa tupida en la que te has metido tú solo.

Simón miró significativamente a Miguel antes de seguir hablando.

—Quiero que comprendas bien que no voy a decirte esto porque me sienta en deuda contigo. No te debo nada, ni aceptaré tus juicios, que poco me importan.

—No entiendo lo que pretende decir.

—El Arcángel me inspiraba terror, un terror distinto al que yo había conocido en la guerra, porque era frío y metódico, como un veneno que él me inoculaba con la mirada y me paralizaba lentamente. Anulaba cualquier capacidad de resistencia, ese

era su poder. Se movía sin hacer ningún ruido, con sus ademanes educados que camuflaban mal su propio terror a ser nada, como le había pronosticado tu padre. Nunca cambiaba de táctica, la mirada dirigida al suelo para disimular su satisfacción al sentir que me tenía en sus manos, la calma al beber y encender un pitillo, las amables amenazas: «Pronto se licenciará, Simón, y podrá dedicarse a lo que corresponde a un joven de su edad, que no es otra cosa que vivir, tener una esposa, una familia, construir un futuro. Y yo voy a dejarlo ir con mi bendición, pero me tiene que devolver el favor ahora, esta noche». Aquel hombre me aterraba porque no era un demente. Solo estaba enajenado por unos celos atroces hacia tu padre. Pensaba en él continuamente con una ansiedad posesiva que subvertía el orden natural de las cosas. Él tenía el poder pero carecía del carisma, tenía la fuerza pero carecía del alma, y la existencia de tu padre era su espejo, el espejo de su derrota. Una roca insospechadamente frágil. No pensaba otorgarle el perdón ni la oportunidad de caminar hasta el pelotón de fusilamiento sin temblar para ser admirado por sus verdugos y sus compañeros. No habría juicio. Amador nunca debería salir de aquella tierra fangosa convertida en el reino del Arcángel. Pero no era estúpido, no pensaba mancharse las manos y arriesgar su carrera militar. Amador desaparecería. Nadie haría preguntas. Y todos, en silencio, sabrían la verdad.

Simón rodeó la mesa, abrió un cajón y descubrió el paño donde guardaba la pistola que el Arcángel le puso en las manos aquella noche. La misma que le había mostrado a su nieto aquella mañana.

—¿Realmente necesitamos saberlo todo? ¿No es mejor que ciertas cosas permanezcan para siempre en el limbo de lo desconocido? Deberíamos dejar esa amargura vieja aplastada al fondo del alma, disimulada tras muchas otras cosas vividas.

—No he venido desde tan lejos para asustarme con la verdad.

Simón negó tristemente.

—No hubo una sola verdad aquella noche. Cuando fui a ver a tu padre en aquel cuartucho de celda que era el purgatorio, lo encontré despierto. Estaba apoyado en la pared y miraba el recuadro de la noche que se colaba por un ventanuco alto. Me saludó con una sonrisa al verme, pero no se engañó. Se puso en pie y contempló la pistola que yo empuñaba en la mano derecha. Podría haber intentado arrebatármela, era mucho más fuerte que yo. Esa era la idea del Arcángel, simular un forcejeo y un intento de fuga; me felicitarían por haberle disparado sin permitir que me arrebatase el arma. Pero solo se quedó delante de mí, callado, y entonces enderezó sus poderosos hombros de oso gigante, abrió la chaqueta de pana y me dijo que apuntara bien.

Simón recordaba que, al salir, todavía con la pistola humeante en la mano y la ropa manchada de sangre, llovía. La puerta del cuartucho estaba abierta y dentro había quedado el cuerpo de Amador, doblado de un modo grotesco. Simón no quiso mirar pero, entonces, lo oyó. No estaba muerto todavía; malherido, murmuraba

agonizante. Llamaba a su madre.

—¿Por qué los hombres llaman a sus madres cuando tienen miedo, ese miedo último y definitivo? Porque allí empezó nuestra conciencia de ser, en el vientre de nuestra madre. Es como si quisiéramos regresar a ese útero, a la placenta, al magma caliente y sedante de nuestra inconsciencia. A nuestra bondad primigenia.

Simón podría haberse marchado, olvidarse y dejarlo allí hasta que ese murmullo se apagara. Pero no lo hizo, sino que volvió a entrar. Un solo tiro, detrás de la oreja, con el cañón pegado a la carne para ser definitivo.

—Veo y oigo la noche respirando aliviada cuando Amador, echando violentamente la cabeza hacia delante por el impacto de la bala, por fin se calla. Y a continuación veo a ese joven soldado abatido que era yo, en un sombrío ensimismamiento, con la pistola en la mano, mientras se escucha el golpeteo incesante y ahogado de la lluvia sobre la tierra reblandecida y el crujir de la madera de un carro.

—Fue usted... Usted lo mató.

—Argumenté mil veces que no podía hacer otra cosa. Me casé, tuve hijos y nietos. Cada día me levanto y me digo que mi mundo existe, que yo soy otra cosa distinta, y que si estiro el brazo puedo traspasar las nubes y la tormenta, tocarlo, abrazarlo. Sentir la calidez del sol, el azul del cielo, la certeza de que todo lo malo ya es pasado. Pero todavía me acuerdo de aquel muchacho bajo la lluvia que quería irse a casa, tirar la pistola, arrancarse la ropa manchada de sangre y correr. Correr sin parar, hasta que la lluvia no pudiese atraparlo.

Simón se volvió hacia Miguel. Ya no lloraba nunca, sus lágrimas eran de vidrio solidificado en las pupilas.

—Y eso es lo que tengo que decir acerca de tu padre.

Miguel salió a la calle y el sol resplandeciente lo obligó a entornar los párpados. Se alegraba de estar fuera de aquella casa y de poder respirar. Tenía la sensación de que, durante las horas que había pasado con Simón, sus pulmones se habían negado a hacerlo y estaba a punto de ahogarse. Acodado junto a la verja, mirando hacia la fachada de la casa, no sabía explicarse la muerte. Estar muerto quizá era estar en una habitación con una máquina de escribir, como Simón, sumido en una oscuridad sin matices, donde no había objetos a los que aferrarse, nada que pudiera distraer de esa soledad espesa e inalterable. Y, sin embargo, no moría la percepción de algo que fue un mero resplandor lejano en la conciencia, como esas estrellas remotas que ya no existen hace mucho pero cuyo eco seguimos viendo. Su padre estuvo vivo. Fue importante, incluso heroico, para alguien. Y le importaban su esposa y su hijo, y su dignidad de hombre libre. Pero, poco a poco, eso también se olvidaría cuando muriese Simón y esas páginas mecanografiadas fuesen olvidadas al fondo de un cajón sin que nadie quisiera leerlas. Y entonces llegaría la verdadera muerte, el silencio más

oscuro que la oscuridad. Y solo cabría esperar volver a nacer en la memoria de los vivos.

*Cuelgamuros, San Lorenzo del Escorial*

Preguntó por la fosa común a uno de los benedictinos que se ocupaban de la custodia de la basílica. El monje era joven, tenía un aspecto vivaz y amable, como si pretendiera contradecir el hábito formado por una túnica y un escapulario, cubiertas ambas piezas por una capa con capucha de un riguroso color negro. No mostró sorpresa por la pregunta.

—Los columbarios se sitúan en las cinco capillas de la nave central, aunque hay también estancias mortuorias que se construyeron tras los muros y en las criptas subterráneas. En realidad, la basílica es en buena parte una necrópolis. En los archivos de la abadía tenemos las fichas de unas veintidós mil personas enterradas aquí. Desgraciadamente, quedan bastantes más, puede que el doble, de las que no hay datos fiables.

—He consultado sus archivos. Mi padre no está en ellos. Pero sé que está enterrado aquí.

El monje trató de hacer la pregunta con delicadeza:

—¿Lo sabe o lo supone?

—Lo sé. Murió aquí, en la construcción, durante el año 1944.

El monje torció el gesto y agitó sus delicadas manos. Miguel supuso que tal vez era uno de los tutores de los chicos que formaban la famosa escolanía de la abadía de la Santa Cruz. Se dijo que tal vez él mismo hubiera podido ser uno de esos niños acogidos. Pensar en lo distinta que podría haber sido su vida con una decisión administrativa, que hubieran aceptado la solicitud de su madre de residir en el Valle, lo hizo sonreír. De todas maneras, nunca tuvo demasiado oído para la música.

—Me temo que eso es imposible —lamentó el monje—. Los primeros columbarios llegaron a la basílica tras finalizar la construcción, en 1959. Y el último ingreso registrado data de 1983. Antes de esa fecha no se enterraba aquí.

Miguel asintió con cierta impaciencia.

—He visto sus libros, sé lo que hay escrito. Mi padre no debería estar aquí, con los mismos que le arrebataron todo antes de quitarle la vida. Es una burla, una ofensa. Pero sé que es aquí donde está enterrado.

—Deduzco que su padre fue un preso que redimía condena en el Valle.

Miguel chasqueó la lengua.

—Un preso es el que cumple condena por la comisión de un delito. El régimen que lo condenó solo se legitimó a sí mismo por la victoria militar, impuso unas leyes y mi padre fue condenado en virtud de ellas. Él nunca las reconoció, por tanto, era su prisionero.



—Entiendo, no pretendo discutir con usted de política. —El monje miró alrededor, no había demasiados visitantes; algunos turistas, una pareja de recién casados que se hacía *selfies* bajo el crucifijo de enebro, escolares acompañados por sus profesores..., aun así, bajó ostensiblemente la voz e inclinó la cabeza—. Pero créame, no está aquí.

—Sí que está.

El monje frunció el ceño, pero enseguida recuperó la distensión jovial de quien está en paz consigo mismo y con el mundo. Observó con más atención a aquel anciano que cargaba una pequeña mochila en el hombro derecho. Le dio la sensación de que miraba mucho hacia su derecha, como si no estuviera solo. Pensó en su propio abuelo, enterrado allí también, bajo la tumba de José Antonio. Un falangista convencido hasta el final, un veterano de guerra que durante años compraba la lotería extraordinaria de mayo para sufragar en parte el coste del Valle y que, tras la muerte de Franco, cada 20-n se vestía de azul y lo traía en el autobús desde Madrid para unirse a las manifestaciones de homenaje en la explanada.

—¿Usted fuma? —Miguel negó con desconcierto. El monje sonrió a modo de disculpa—. Yo sí, y es el momento de mi pitillo. ¿Le importa acompañarme fuera? Hay algo que creo que le interesará saber.

Apenas alcanzada la escalinata, el monje sacó del hábito un paquete de cigarrillos y encendió uno vuelto hacia la imponente cruz que coronaba el risco. Moviò la cabeza al recordar con nostalgia las travesuras de la niñez en la escuela de los niños cantores, cuando ni siquiera soñaba con ser novicio. Solían subir hasta la base de la cruz y trepar entre los cuatro evangelistas, de dieciocho metros cada uno. «Para haberme partido la crisma», pensó mientras lanzaba el humo hacia el cielo ante la cara de asombro y escándalo de dos ancianas que se acercaban al oficio de la misa de doce. El monje las saludó con una leve y nada irónica inclinación de cabeza.

—Mi preferido es Mateo —dijo señalando hacia la base de la cruz—. Su símbolo es el hombre alado. En realidad, se trata de un ángel. El simbolismo de Cristo mismo, el hombre convertido en hijo de Dios tras ser el descendiente de David, de Abraham; el Mesías. El hombre alcanzando la libertad, la liberación de todo lo que lo oprime en esta Tierra y en su conciencia.

Miguel lo escuchaba con curiosidad. Era un monje extraño. Él también hubiera escogido a Mateo.

—Esas teorías suenan extrañas en boca de un benedictino. Un benedictino habría preferido a Lucas, incluso a Juan o Marcos.

El monje sonrió. Tal vez debería haber seguido su instinto y ordenarse jesuita. Aplastó el cigarrillo con la punta del zapato y se guardó la colilla en el bolsillo.

—Hay algunas cosas que tal vez desconozca. Creo que debería considerarlas si está dispuesto a buscar a su padre. Aquí hay apiladas decenas y decenas de cajas con multitud de restos. Mi abuelo fue uno de los empleados que procedían a colocarlas en las estancias. Oficialmente, hay treinta y tres mil cuerpos, aunque él afirmaba que

había muchos más. Cada día llegaban camiones cargados de restos exhumados.

Miguel conocía esa parte de la historia. Su madre se la había enseñado. El ministro de Gobernación de la época, Blas Pérez, instó a que se trasladaran a la basílica los restos de cuantos caídos del bando nacional lo solicitaran por vía de sus familias para darle sentido a este enorme mausoleo, que debía glorificar a los sublevados en 1936.

—Para sorpresa del ministro, fueron muy pocas las familias que pidieron la exhumación y traslado.

Miguel asintió.

—Nadie quiere que sus muertos glorifiquen a otros, prefieren tenerlos cerca para poder llorarlos y añorarlos.

El monje observó con curiosidad a Miguel.

—Tiene usted razón. El caso es que se acercaba el final de las obras y empezaron a buscarse muertos de ambos bandos enterrados en fosas comunes por todo el país.

—Ahí abajo hay mucha gente enterrada en contra de la voluntad de sus familias. Víctimas y verdugos, enemigos irreconciliables con sus huesos mezclados para siempre. ¿No le parece un sarcasmo demasiado cruel? Alguien debería poner fin a este despropósito.

El monje inspiró. Le dolía hablar de aquello, se sentía responsable. Al menos él sabía dónde estaba su abuelo:

—La memoria cuesta dinero, es mucho más cara que el olvido. Al margen de las dificultades administrativas, solicitudes, certificados y esperas, las filtraciones en las criptas han podrido muchos de los columbarios, vertido sus restos y mezclado sus huesos. Usted habla de enemigos, de víctimas y verdugos. Pero yo solo sé que hay olvido, dejadez, vergüenza, abandono y negación.

—¿Ni siquiera podían dejar en paz a los muertos después de matarlos?

—De los disparates del pasado no puedo responder, solo de los del presente. Cuando se crearon los columbarios, tanto servían enterrados en cementerios parroquiales, en fosas colectivas o individuales, en trincheras, cunetas o en medio del campo. Únicamente se solicitaba el consentimiento familiar para mover los cadáveres que estaban identificados en el bando franquista; pero, como no bastaban, se exhumaron los demás sin permiso ni notificación a las familias. Puede que al principio hubiera cierta voluntad de hacer el enterramiento ordenadamente, pero muchos de los muertos del lado republicano únicamente podían ser identificados por el lugar de origen de la fosa. Y había fosas que tenían más de trescientos cadáveres. Las cosas se desmadraron con las prisas y las exigencias de los políticos, y ya no se distinguía entre los de un lado u otro, se llenaban los columbarios con hasta quince muertos en descomposición sin importar de dónde venían. Créame, aquí vienen familias sin ideología que siguen buscando a sus muertos sin saber siquiera si están aquí. Se ha intentado reconducir la situación, pero el estado de abandono del Valle hace inviable la identificación y la entrega a los familiares. Aunque su padre

estuviera aquí, cosa que le repito que es extremadamente improbable, dado el desorden y el caos actual, sería casi imposible dar con él. Por supuesto, es libre de no creerme, puede emprender el proceso administrativo, pero resulta largo y penoso, y seguramente terminará en un juzgado de San Lorenzo a la espera de una resolución que tardará años. Pruebas periciales forenses, justificación documental, análisis de ADN... Siento decirlo, pero no logrará nada.

Se hizo el silencio. Bajo el sol inmisericorde, el viento hacía cantar a los cipreses que flanqueaban la entrada de la explanada. El monje echó los hombros hacia atrás. Al menos su rostro reflejaba una compasión sincera y no la conocida resignación cristiana. La diferencia entre ambas radicaba en la percepción de la injusticia, que lo obligó a mover la cabeza con rebeldía contenida.

—Tengo que entrar para el oficio. Después de todo, este sigue siendo un lugar de culto religioso.

Miguel vio alejarse al joven monje negro escalinata arriba con zancadas enérgicas. Esperó un minuto, observando a la gente que entraba y salía de la basílica. Aquel lugar había atraído una y otra vez a su madre durante décadas como un imán, el centro de su vida. Y ahora que él estaba allí, no alcanzaba a experimentar más que una tristeza cansada y un vacío cercano a la náusea.

Cargó la mochila al hombro y se puso en marcha.

La pendiente era pronunciada. Miguel se detuvo y se apoyó en un pino joven para recuperar el resuello. Descolgó la pequeña mochila y la dejó en la tierra cubierta de pinaza. Se quitó las gafas y limpió con el faldón de la camisa el sudor que manchaba las lentes. Volvió a ponérselas y alzó la cabeza.

El paisaje se controlaba de un vistazo; hasta la cima del cerro, quedaban unos pocos metros de piedras y raíces de árboles. Más allá, asomaba la punta del *staurós*, la cruz de hormigón que coronaba el risco de la Nava. Cuando era niño, aquella cruz todavía no existía, y tampoco la abadía benedictina, la hospedería, ni la basílica. Creía recordar que, no lejos de allí, a medio camino de San Lorenzo del Escorial, estaban los poblados de los trabajadores. Contempló el vuelo corto de los zorzales negros que llevaban su canto de un pino al siguiente. En lo alto del cerro, una ligera brisa hacía bailar los matojos de romero silvestre. Abajo, se veía la explanada de la basílica excavada bajo el pedestal rocoso de la cruz monumental con sus ciento cincuenta metros de altura, que eran visibles a más de cuarenta kilómetros de distancia.

No había vuelto aquí desde que murió su padre, y ahora tenía la sensación de regresar a un lugar que ya no existía. El Valle de los Caídos había crecido y muerto sin él. Esta serenidad con un toque senil bajo el cielo que lo rodeaba traicionaba sus recuerdos, el presente usurpaba el pasado, como hacían los emperadores bárbaros cada vez que alcanzaban el poder y ordenaban asesinar a los cronistas de sus

antecesores y borrar sus relatos para reinventar la historia. Faltaba algo; algo que no tenía que ver con los espacios ni los objetos, algo que no recogía la guía que llevaba en el bolsillo de la mochila ni podía leerse en ninguno de los libros que había consultado ni habían explicado los testimonios de historiadores sesudos que había escuchado, todos ellos cargados de sus razones y sus análisis. ¿Dónde estaban los hombres: Amador, Simón, el Arcángel, el burgalés? ¿A dónde se habían marchado las sombras de su madre y de él mismo, de tantas otras familias que habían acampado en los aledaños, a veces durante días, para tener la oportunidad de atisbar desde las alambradas a sus seres queridos aunque fuera un minuto?

Y, a pesar de ello, no podía sentirse decepcionado; a fin de cuentas, existían diferentes muertes, y el Valle agonizaba en precario equilibrio entre la desgana y la asunción inevitable de su presencia. Un lugar sobrio y granítico, espacios grandiosos y una arquitectura de otro tiempo destinada a la exaltación de una patria que ya no existía, de unos muertos que nadie quería recordar. Por todas partes se hacía evidente el deterioro, tal vez irreversible, al que el Valle estaba condenado: las redes en la base de la cruz para prevenir los desprendimientos, el apuntalamiento de uno de los arcos de acceso a la caverna, el funicular en desuso, las mordeduras en la escalinata de acceso a la basílica, las filtraciones de agua.

—¿Reconoce algo, padre?

Amador se confundía con la aridez del día, soleado y desnudo de matices. Su presencia ya no le causaba desazón a Miguel. La había aceptado como uno se acostumbra a su sombra, que a veces camina delante y otras lo hace detrás. Pero en aquel paisaje que pertenecía más a su padre, la sombra era Miguel. Al verlo aquí, sentado en una roca y mirando lo que sus manos y las de otros miles habían levantado, le resultaba más sencillo comprender al hombre que debió de ser, aquellas historias que a veces su madre lo obligaba a escuchar, las cosas que había leído en los recortes de periódicos y en los libros que ella guardaba en el arcón. «No se fue, Miguel. Lo arrancaron de nosotros; tú y yo éramos la tierra de sus raíces».

Podía imaginar a su padre escondido en las montañas y en los valles de Badajoz y de Cáceres añorando a su familia en la soledad del campo, deseando estar con ellos cada minuto; recreaba aquellas largas noches sin nada que beber ni que comer, viendo a lo lejos las casas de Almendralejo sabiendo que no podía dejarse ver, corriendo siempre de un caserío a otro, robando comida en los cortijos, huyendo de las emboscadas como una alimaña acorralada. Al final, a su padre ya no le importaba nada. Quería volver, sentirse una persona, no un perro cimarrón, afeitarse, darse un baño con agua caliente, tener unos calcetines secos. Por eso bajó aquella noche al pueblo desobedeciendo las órdenes de sus superiores y los consejos de sus amigos. «Si te descubren los nuestros, te fusilan por desertor. Si te cogen ellos, te fusilan por enemigo». Pero él necesitaba ver a Rosa y a su hijo. Las calles del pueblo se habían transformado en un territorio hostil para Amador. La guerra había terminado y era como si no hubiese existido, como si todos hubieran firmado un pacto de olvido.

Habían reconstruido las casas quemadas, revocado con cemento las grietas de la iglesia, pintado las tapias del cementerio para borrar las huellas de los fusilamientos. En aquellas calles, con el fusil en bandolera, su padre debía de parecer el residuo de una locura que nadie quería recordar. Las puertas y las ventanas cerradas para él, los viejos amigos —ahora sordos o mudos— lo negaban y respiraban ese aire malsano de quien duerme asustado, de las malas conciencias que no lavan las jeremiadas de los curas. Podía sentirse el miedo incrustado en la cal de las fachadas, en el eco delator del empedrado de la calle y en la desconfianza enfermiza en el ladrido de los perros. Todo lo acusaba. Rosa, su esposa, no dijo nada cuando lo vio saltar por la ventana y entrar en el que había sido su dormitorio. Medio a oscuras, lo atrajo hacia ella, lo llevó al baño, calentó el agua y la vertió en el barreño. Le quitó la ropa muy despacio, como si no quisiera hacerle daño al arrancarle aquellos harapos que ya se habían convertido en una segunda piel. Lo hizo entrar en el barreño igual que a un niño, y con un trapo lo limpió durante horas, sin prisas, recorriendo cada milímetro de su cuerpo para grabarlo por siempre en la memoria de sus dedos. Lo afeitó, le cortó el pelo. Y, solo al final, cuando él se miró en el espejo y pudo reconocerse, ella rompió a llorar. Los dos sabían lo que aquella noche significaba. Ella lo acogió en su vientre y fue como estar en casa otra vez, como detener los años y cambiarlos, volver al principio, donde no existía la guerra ni la derrota. Solo ellos en su vieja cama de latón que chirriaba cada vez que se amaban. Al amanecer, los guardias rodeaban la casa. Poco importaba quién lo había delatado, los suyos o los otros. Esa diferencia ya no existía. Solo estaban él, su mujer y su hijo, y los demás.

Miguel se dejó caer de costado en la base resinosa de un pino. Estaba cansado pero, al mismo tiempo, se sentía profundamente liberado. Bajo el cielo de Cuelgamuros, vio los círculos que trazaba un ave rapaz. El fantasma de Amador también miraba arriba, pero lo hacía de un modo distinto, como si pudiera ver más lejos del espejismo de la cúpula azul. Los muertos también tenían recuerdos, a pesar de todo. Y remordimientos.

—Está aquí, ¿verdad, padre? Enterrado en alguna parte. Madre decía que notaba, siempre que venía, su presencia, que podía tocarlo o atravesarlo con los dedos, verlo vagando como una sombra entre la cruz y los cuatro evangelistas a su espalda o trepando por la piedra caliza del risco, entre las nubes delgadas y el cielo azul, sollozando en la oscuridad silenciosa del espacio y de las estrellas extinguiéndose. Era su presencia la que la traía aquí una y otra vez; ella escuchaba su tormento, decía que usted la llamaba y le pedía que no lo dejara solo.

Miguel abrió la mochila. Dentro estaba la urna con las cenizas de su madre. La extrajo y se la colocó entre las piernas. Se quedó mirando una hormiga que había trepado desde su bota al calcetín. Daba vueltas y vueltas entre los pliegues, como si sintiera que había quedado atrapada y buscara desesperadamente una salida. Se apiadó de ella, le ofreció el dedo y la ayudó a encontrar la escapatoria entre la pinaza. Podría haberla aplastado sin pestañear y nada habría cambiado. Una hormiga menos y

ya está.

—¿Sabe qué es lo peor, padre? No que usted se desentendiese de mí, no que jamás volviera a saber si estaba vivo o muerto. Lo peor fue que elegí la mentira más piadosa para sobrevivir, que vi enloquecer a la persona que amaba, sufrí su castigo durante años y llegué a odiarla, a despreciarla. Quise castigarla por todo el daño que me infligió. Aprendí a blindarme de arriba abajo para soportar las torvas miradas de los vecinos. Incluso cuando me mudé a una ciudad seguí viviendo con la sensación de ser observado con una mueca insolente. La vergüenza es como el curare: ver, donde no las hay, medias sonrisas de falsa compasión. «Pobre muchacho, lo que ha tenido que pasar, fíjate; un padre rojo y una madre puta y loca. Aún que ha salido medio derecho, con ese bigotito que se deja crecer para parecer mayor y respetable». Me avergonzaba de mi madre y ya no puedo remediar lo que pasó. Pero puedo darle lo que ella quería.

Acarició la urna con las cenizas de su madre como ella hizo con él aquella mañana en la que le contó que su padre había muerto. Ni siquiera le molestaba el silencio terco de su padre, de su sombra, su fantasma o su locura. Le daba igual si existía o no. Se incorporó con dificultad y se acercó al borde del promontorio desde el que veía, al oeste, la explanada de la basílica. Se estaba haciendo tarde y tenía que regresar a Madrid junto a Helena. El aire olía a jara y a ciprés y, a lo lejos, en la línea del horizonte, aparecían las alturas del monte Abantos.

—Este es tan buen lugar como otro.

Abrió la urna y se puso a favor de la brisa. La ceniza oscura era como una playa volcánica esperando destino. Allí seguía su padre, convertido en piedra, en zumbido de insecto, en hormiga, en matorral, en todo y en nada, como los miles y miles de muertos enterrados en el Valle. ¿Qué importaba si habían muerto allí o en otro lugar, si unos habían muerto antes y otros después? La legitimidad de la memoria, el derecho, la justicia, la verdad... A todos y a todo los había matado la misma guerra. Y ya nadie quería seguir con aquellas historias pobladas de fantasmas, de ángeles con espadas, de evangelistas gigantescos de magnificencia falsa. Ojalá el valle siguiera siendo el reino del corzo, la garduña y el jabalí. Sin hombres, sin pisadas, sin otros monumentos que las piceas, los tilos, las hayas y los abedules.

Dejó correr un puñado de ceniza y luego otro y otro más. No quería verter a su madre de sopetón, deseaba que las partículas encontraran la corriente del aire, que se fundieran en él y volaran lejos, no que cayeran a sus pies sin ánimo de desaparecer.

Al cabo de unos minutos, ella, Rosa, su madre, se había ido para siempre.

Miguel descendió por el sendero despacio, buscando el apoyo de rocas y troncos. Le costaba respirar pero se sentía extrañamente ligero. Un gesto, y toda la fatiga de una vida desaparecía.

Se volvió una sola vez, quería comprobar lo que ya sabía. Que su padre no lo seguía. Se había quedado en lo alto del promontorio y, desde allí arriba, contemplaba el horizonte lleno de su esposa.

Miguel decidió dejarse bigote a los dieciséis años para demostrarle al mundo dos cosas: que tener cara de niño no significaba serlo y que estaba preparado para ocupar su lugar entre los adultos. Ese bigote creció año tras año, se convirtió en un frondoso mostacho que lo había acompañado toda la vida. Águeda lo odiaba, decía que le hacía parecerse a una fotografía de Bismarck, que solo le faltaba el casco prusiano. Que lo convertía en alguien arisco. Pero Miguel no le hacía caso. El mostacho le daba poso, y el poso le daba personalidad. Un director de sucursal debía tener esa imagen, se decía cada mañana, ante el espejo, mientras recortaba los pelillos rebeldes escuchando la radio y se atusaba esa declaración de intenciones que fue, poco a poco, tiñéndose de canas.

Hoy había decidido afeitárselo. Sentía curiosidad por ver si ahí debajo seguía oculto aquel mozuelo de dieciséis años deseoso de crecer. Descubrió un labio superior no muy carnoso, no muy perfilado, que le infería una expresión de disgusto permanente, como si le doliera la úlcera continuamente. Le pareció curiosa la facilidad para despojarse de ciertas máscaras. Bastaban una tijera y un poco de espuma. Ya no era un joven que necesitara hacerse respetar entre los mayores, deseoso de alejarse de su pasado, de ocultar tras un bigote y un traje que era el chico de Rosa *la Loca* y de Amador *el Matacuras*. Tampoco necesitaba ya oponerse a la voluntad de Águeda para demostrar que era capaz de preservar cierto grado de independencia. Lo que quedaba de todo eso era un rostro un tanto quijotesco, árido, con la nuez atravesada en la garganta, una mata todavía destacable de cabello más blanco que gris y una mirada que, fuese del color que fuese, ya no irradiaba iridiscencias.

Aquella noche, invitó a cenar a Helena en un restaurante caro. Ella descubrió su nuevo rostro con admiración.

—Pareces otro. *Casi* eres otro. Sea lo que sea lo que ha pasado en esa montaña hoy, te ha ayudado a liberarte del peso que te encorbaba los hombros.

Miguel sonrió. Algo era distinto en ambos, ese modo de ser diferente que es un cambio definitivo.

Helena se había puesto un pantalón tejano descolorido de cintura baja, sandalias de cuero y una camiseta blanca de tirantes bajo una camisa abierta de color amarillo. Por la tarde había ido a la peluquería y se había cortado el pelo, además de pedir que se lo tiñeran con un tinte caoba con reflejos más oscuros en las sienes.

—Tú también estás realmente preciosa —reconoció Miguel con asombro, esforzándose en no detener la mirada en los pequeños pezones de Helena que resaltaban bajo la camiseta. Ese esfuerzo hizo más evidente su fijación. Helena le lanzó una andanada divertida.

—Puedes mirar, tranquilo. Son pezones, no ojivas radiactivas. No se te caerán las córneas.

Miguel se azoró.

—Te divierte ponerme en evidencia una y otra vez, ¿verdad?

Helena soltó una carcajada.

—Lo que de verdad me divierte de ti, Miguel, es la manera que tienes de convertir las cosas más naturales en una especie de desastre moral. Debe de resultarte agotador negarte una y otra vez la realidad: tengo tetas, soy una mujer y no tengo puesto el sujetador. Que te atraiga no te convierte en un obseso ni en un violador.

—No he dicho que me atraigas —se apresuró a replicar Miguel, sonrojado.

—¿Porque soy vieja y te imaginas que mis tetas están secas y pellejudas? Te llevarías una sorpresa, cariño... ¿Quieres tocar?

—No digas esas cosas.

—¿Lo ves? Te sonrojas. Solo me río contigo; vamos, hombre, relájate. Soy yo, tu amiga.

—¿Podemos cambiar de conversación?

Lo hicieron. Charlaron animadamente hasta tarde y se bebieron una botella de Viña Tondonia, un reserva de 2004. Cuando llegaron a los postres, Miguel había olvidado los pechos de Helena; se quitó la chaqueta y no le dio importancia al hecho de llevar torcido el nudo de la corbata.

—Es curioso. —Cabeceó—. Durante un buen rato no he pensado en Natalia. ¿Eso me convierte en un mal padre? Divertirme mientras mi hija es infeliz y me culpa por ello.

—Tal vez lo seas —bromeó Helena. Subiendo la enésima copa de vino a la altura de los ojos entornados, observó el interior de la copa al trasluz de la vela sobre la mesa—. Sí, un padre horrible que ha traicionado a su hija, aunque por otra parte es bastante común que los hijos acusen a sus padres de sus desgraciadas carencias emocionales: tener un mal padre o una mala madre es la excusa más universal que esgrimen los hijos para justificar sus fracasos.

—Tu hijo, David, ¿también te considera mala madre?

Helena enarcó una ceja. Apuró la copa y la dejó un segundo suspendida en el aire.

—Lo estamos pasando bien. ¿Por qué estropearlo?

Cuando salieron del restaurante era ya tarde. Tardaron en encontrar un taxi. Lo conducía una joven de aspecto gótico. Olía a marihuana. Helena se dirigió a Miguel:

—¿Sabías que la marihuana es un psicotrópico que se obtiene de la planta del cáñamo? *Cannabis sativa*. Los romanos se embriagaban inhalando sus vapores y los egipcios ya la utilizaban como alucinógeno y con fines terapéuticos.

Miguel se recostó en el asiento.

—Muy interesante. Apuesto a que lo sabes por experiencia.

—Te sorprenderías. No corres riesgo de hacerte adicto a los setenta y cinco años. Por una vez, podrías dejarte corromper por esta vieja perdida y sin moral ni ética.

—Ya no tenemos edad para eso, Helena. En realidad yo no la he tenido nunca. Detesto las drogas. —Estaba achispado por la falta de costumbre al beber, pero no alcanzaba la embriaguez. En realidad, se sentía mecido por un agradable estado de



recogimiento.

Helena sonrió y apoyó la frente en la ventanilla del taxi. La conductora movía la cabeza al ritmo de las canciones de Juan Luis Guerra. Bajó la ventanilla y sintió el aire caliente de Madrid. Desde el taxi, la noche parecía un baile de luciérnagas. No se apreciaban las arrugas ni las imperfecciones sobre la piel de las calles. La realidad estaba lo suficientemente lejana para ser lo que ellos desearan. Su amigo Marqués solía decir que no tiene sentido esforzarse por seguir siendo algo que nunca quisimos ser. Por muy en serio que se tomara su vida anterior, esta no había sido libremente elegida, estaba construida sobre un montón de espejismos. Y los espejismos podían borrarse, bastaba con frotar el aire con la mano. El único deber sagrado era encontrar el sentido a la vida y, una vez encontrado, no separarse de él.

Miró a la conductora del taxi a través del espejo retrovisor.

—Perdona, ¿te importaría compartir conmigo ese canuto que te hemos obligado a dejar a medias?

**Sexta parte**

---

*Julio de 2014*

*Barcelona*

Carmen notó en la espalda la mano reconocible de Jan, que rozó con la yema de los dedos el cierre del sujetador por encima de la camisa de seda.

—Así que esta vez va en serio. Acaban de publicarlo en el boletín interno de la empresa. Te jubilas.

Carmen estrechó un poco más los brazos cruzados sobre su pecho y declinó la copa que Jan le ofrecía. Solo le permitía aquella clase de confianza cuando estaban a solas.

—Dentro de dos semanas, en cuanto deje cerrada la transferencia con los chinos y me asegure mi comisión.

Jan se situó a su derecha y contempló lo mismo que Carmen desde la altura del duodécimo piso: la avenida Diagonal en hora punta, la montaña con la torre Calatrava de fondo, los modernos edificios corporativos, idénticos al suyo, y las pistas de tenis del club, junto a las terrazas y la piscina.

—Me parece imposible que quieras renunciar a estas vistas —dijo acercando el vaso de *whisky* a la nariz antes de probarlo. Chasqueó los labios, satisfecho, y se dio media vuelta abarcando con un gesto el amplio despacho de Carmen—, que digas adiós a todo esto.

Carmen entornó los párpados sin volverse. ¿Por qué le resultaba a todo el mundo tan difícil entender su decisión?

—Solo es un despacho, Jan. Cosas que nunca me han pertenecido; sabía que solo estaba de paso, así que nunca me he acomodado demasiado.

Jan soltó un silbido.

—Has llegado más alto que nadie en esta empresa, a la duodécima planta nada menos. Y te ha costado casi veinte años, yo no diría que eso es estar de paso. Y ahora que ya lo tienes, lo desechas. Y no me digas que es por la edad, fíjate en las Koplowitz, por ejemplo. Dando lo mejor de sí mismas, sin perder un ápice de olfato. Además, Óscar me ha dicho que el consejo te ha pedido que sigas un año más y que has rechazado la oferta.

En el tono de Jan había cierto grado de irritación que Carmen había aprendido a reconocer. Si ella se marchaba, él perdía a su mayor valedora en la empresa, justo ahora que empezaba a tocar con los dedos lo que él consideraba los grandes privilegios de alcanzar la cumbre: los viajes en primera clase, la berlina con chófer, las cenas en el club de tenis, las recepciones oficiales y las influencias. Carmen nunca se había engañado con él, era tan guapo como ambicioso. Lo superaría, porque, además de una cara bonita, era culto, eficiente, pragmático, inteligente y sabía nadar

bien entre tiburones. Y fue esa inteligencia pragmática la que lo hizo comprender que tal vez estaba mostrándose de un modo demasiado evidente.

—Lo siento. Ya sabes que yo soy el verboso del equipo. Es solo que me sabe mal perderte... como jefa. —Quiso besarla, pero Carmen interpuso entre ambos una mano.

—Tengo que cerrar algunos asuntos todavía. Y seguro que tú tienes algo que hacer también. Algo importante, como ganar mucho dinero para alguien.

Él la miro con una pizca de cinismo.

—¿No es a eso a lo que nos dedicamos?

—Claro, perdona el sarcasmo.

Jan dejó el vaso sobre el mueble bar y se quedó un instante contemplando el Miró que colgaba en la pared, quizá ambicionando poder verlo en un futuro próximo desde la butaca que todavía ocupaba Carmen.

—¿Nos veremos esta noche? He encontrado un restaurante nuevo en la calle Calvet con una carta de vinos excepcional.

Carmen forzó una sonrisa cansada. A veces, al mirar a Jan era más consciente de lo que había sacrificado para alcanzar este despacho. Y, cuando él la miraba con unos ojos supuestamente seductores o con esa sonrisa de cachas de gimnasio reconvertido en galán, se preguntaba si alguna de sus amigas, que tanto la envidiaban por tirarse a un tío treinta años más joven, era capaz de darse cuenta de lo sola que estaba.

—Sí, nos vemos esta noche.

En realidad ya había decidido romper con él. Iba a dejar al *hombre con el que puedes hablar porque sabe escuchar*, tal y como él mismo se definía, pero que, en realidad, solo escuchaba al narciso que llevaba dentro. Carmen consideraba que se había ganado el derecho a vivir sin disimulos y sin placebos en forma de supuestos mirlos blancos.

Por la noche, Jan encontró su caja de cartón en la puerta. Contenía el cepillo de dientes, una muda interior, un pijama de los Chicago Bulls y un bote de champú anticaída. Esa era la invasión de su espacio íntimo que Carmen había permitido durante dos años de relación. Menos que sus antecesores, porque, a medida que se sucedían los amantes, la caja era cada vez más pequeña. En cierto modo, el tamaño expresaba el territorio de sí misma que cedía. Una relación de quita y pon limitada ya a los fines de semana, ni siquiera cediendo ya los miércoles por la noche, cuando pasaban en televisión su serie preferida y solía querer a alguien con ella en el sofá que le acariciara el hombro. Los lunes recogía las cosas de Jan en la caja y la guardaba debajo de la cama y, antes de que él regresara el viernes, volvía a colocarlas en su sitio. Pero incluso esa clase de relación a la carta había llegado a cansarla. Prefería quedarse sola en la casa que acababa de comprar en Sitges, sentarse en la terraza con una copa de vino y una novela de Günter Grass, mientras escuchaba de fondo a Freddy Mercury o se dejaba llevar por el murmullo del oleaje y la contemplación de la luna. Quizá saldría a navegar con el velero hasta Formentera y se

tumbaría en la arena rodeada de italianos, alquilaría una motocicleta y compraría el pan o el periódico, y algunas noches iría a bailar al Blue Bar, donde encontraría un amante ocasional según su apetencia. Y todo lo haría con la desenvoltura habitual: elegiría un vestido, compraría unos zapatos, se probaría unos pendientes o una pulsera, se tomaría un par de mojitos, y mantendría una conversación intrascendente y supuestamente voluptuosa con algún desconocido como si fuera feliz, como si no deseara nada más.

En su casa, a medio amueblar y con demasiados espacios diáfanos, no había fotografías de bodas ni de escenas familiares. Solo acero, cristal, piedra y madera. Elegancia fría y distante, como su vestuario y como ella misma. Ni siquiera un gato, un perro, una pecera o un pájaro. Suelo gris resplandeciente y paredes altas y blancas para disfrazar la prisión. ¿Por qué no se había comprometido en serio con nadie? Era atractiva, concienzuda, exitosa y previsible, cada noche se dormía con el día siguiente planificado, una mujer sin sorpresas. En apariencia, era un buen partido, como le repetía su hermana pequeña cada vez que la veía: «Todavía estás a tiempo, Carmen». Todas las mujeres de su familia habían cumplido lo que se esperaba de ellas; su madre, sus tías y sus hermanas habían formado familias, tenían hijos y nietos. Se declaraban satisfechas y completas, y Carmen no tenía por qué dudar de que así era. Pero ella era distinta, ya de niña detestaba la fuerza titánica desplegada por sus padres para mantenerse unidos hasta su muerte. Las discusiones por nimiedades, los roces de la convivencia que terminaban infectándolo todo, los paseos a disgusto los domingos con las niñas, las visitas de los amigos a los que ponían verdes en cuanto salían por la puerta, los llantos y los fingimientos cada vez que su padre se iba de viaje. «El amor es una victoria conseguida con esfuerzo. Nada es sencillo en esta vida; y el amor menos que nada», le dijo una vez su madre, ya muy mayor. Pero Carmen nunca había estado de acuerdo. El amor no podía costar lágrimas y quejas, no podía ser fruto del esfuerzo; tenía que ser placentero y fácil, el encaje sin fricción de dos seres que, sin haberse buscado, se reconocían al encontrarse. Su hermana pequeña, avejentada a los cuarenta años y con dos niños y diez años de matrimonio a cuestas, se burlaba: «Tú lees demasiada poesía alemana del XIX, Carmen. A ti te gustaría que todo fuera como en esas comedias románticas que te tragas hinchándote de palomitas, ¿verdad? Una hora y media de montaña rusa que al final acaba siempre igual, con los amantes corriendo uno hacia el otro en una calle de Manhattan al amanecer con el puente de Brooklyn al fondo. Pues lo siento, hermanita, pero si quieres algo que valga la pena, no te queda más remedio que arremangarte y meter los brazos en la realidad hasta los codos. Pelos en el baño, mal aliento por la mañana, dudas, a veces celos, cansancio, preguntas incómodas que te haces a ti misma por la noche después de hacer el amor, rencores que se amontonan, cosas pequeñas que pinchan y molestan. Todo eso que no te contarán tus poetas ni tus películas». Carmen sabía que su hermana tenía razón. Lo sabía cuando veía el modo de tocarle el culo a su marido o esas miradas que a veces le dedicaba cuando él no se daba cuenta, las complicidades que se susurraban al oído

en las reuniones familiares, las risas sinceras con los niños, el modo de quedarse sentados en el sofá con las manos enlazadas sin ser ni siquiera conscientes.

Y, sin embargo, ella había preferido dejarlo todo en manos del azar y en la naturaleza del destino. Creía en el amor, tal vez de un modo excesivo, como un dogma de fe del que lo esperaba todo y al que se entregaba por completo pero que, de un modo u otro, acababa defraudándola. Sus amantes nunca estuvieron a la altura de esa expectativa, y ella se había lanzado una y otra vez pero siempre con el freno de mano echado, renuente, anticipando el fracaso, casi deseándolo para reafirmarse en la idea de que el amor perfecto solo existía en la imposibilidad. Vivía enamorada de una idea inalcanzable porque detrás de esa pretensión escondía algo más turbio y desolador. Su propia incapacidad para entregarse sinceramente, su necesidad de empezar una y otra vez para no llegar a ninguna parte porque eso era lo que la mantenía atenta, despierta y viva. Qué dulce era la amargura de agazaparse tras el despecho y la decepción, poder decir adiós con esa mirada de suficiencia herida antes de que nadie la abandonase a ella. Considerados de uno en uno, cada amante podría haber sido el hombre adecuado si ella no hubiera estado obsesionada con la textura de los sentimientos, la precisión de los detalles y no le hubiera buscado tres pies al gato. Mirados, en cambio, en su conjunto, los hombres que habían pasado por su vida dibujaban el cuadro confuso de dónde estaba el verdadero problema. Era ella, siempre fue ella la fuente de las rupturas, la causante de las hostilidades, la que fue infiel. Y Jan solo era el final de un proceso de decadencia inevitable en el que Carmen cada vez estaba más ensimismada, más atrincherada en esa utopía que necesitaba que fuera inalcanzable, más entregada a la autocompasión. Ya no permitía que nadie se quedara lo suficiente para verla por dentro porque sentía pavor de sí misma, se había confinado voluntariamente en un territorio entre lo real y la idealización para no tener que enfrentarse a la evidencia de que debía no querer para estar segura de que alguien la seguía queriendo.

Una vez creyó estar cerca de conseguir romper ese muro, de saltar por encima y atreverse a vivir algo fuera de los libros. Todavía era joven, aún no se conocía lo suficiente para descubrir las trampas con las que ella misma se boicoteaba. Recordaba aquel fin de semana de 1980, aunque lo hiciera con una mueca irónica y sintiéndose un poco ridícula. No sabía por qué, durante una década, estuvo escribiéndole a aquel hombre. ¡Una década evocando cuarenta y ocho horas! Nunca fue capaz de descifrar por entero esa insistencia en un espejismo que, a fuerza de ser reinventado, terminó convirtiéndose en algo caricaturesco. Hubo otros fines de semana, antes y después, mucho mejores, lugares más hermosos, amantes con mayor pericia, más guapos o más interesantes. Y, sin embargo, seguía recordando de vez en cuando aquel mostacho rozándole el vientre, aquella mirada que sin las gafas se volvía pequeña y errática.

—¡Qué estupidez! —se reprochó a sí misma. Jan tenía razón, ella había triunfado, había logrado lo que ninguna de aquellas amigas suyas, que habían preferido salir los

viernes por la noche en lugar de quedarse a estudiar, lograría jamás. Estaba sola porque quería; era su elección y no había más que decir.

La jubilación no era tan terrible. Disponer de tiempo y tener ocasiones para utilizarlo como mejor le pareciera. Había empezado a correr por la playa muy temprano, cuando todavía no había bañistas. Le gustaba sentirse en forma sin necesidad de recurrir a la cirugía —aumentar las tetas, disminuir la cadera, inyectarse en la frente, los pómulos o los labios, usar tensores para el cuello— ni vestirse con ropa más propia de una jovencita de veinte años. Incluso había retomado el vicio del tabaco, abandonado durante veinte años. Era agradable no ponerse límites y sentirse acariciada por las miradas de los hombres, jóvenes o mayores, cuando se sentaba en una cafetería a leer el periódico sin prisa. Ya casi no echaba de menos a Jan, que solo había insistido en volver a verla un par de veces antes de pasar página y dedicarse a otras conquistas.

Incluso estaba pensando en adoptar una mascota, quizá uno de esos perritos que cabían en el bolso y que no necesitaban demasiados paseos.

Pensaba en ello cuando llegó a casa sudando y con las piernas agarrotadas tras la hora de carrera. Consultó el cronómetro de muñeca para comprobar los kilómetros, el ritmo, las calorías y las pulsaciones mientras abría el buzón del correo. Ya casi nunca prestaba atención a los sobres; siempre eran notificaciones bancarias, publicidad, recibos.

Dejó el correo y las llaves encima de la mesa y se dio una larga y reconfortante ducha. Luego preparó un batido de fruta, recogió el correo de la mesa y salió a la terraza. Hacía una mañana preciosa, el sol todavía no apretaba con fuerza y el mar estaba en calma. Mientras tomaba el batido, fue desechando uno tras otro los sobres sin molestarse en abrirlos hasta que se fijó en uno.

Le llamó la atención que su dirección y su nombre estuvieran escritos a mano. Miró el reverso pero no traía remite. Dejó el batido en la mesa camilla y abrió el sobre con el dedo. Contenía una cuartilla blanca con dos párrafos pulcramente escritos con pluma de tinta azul. Carmen paseó la mirada sobre las abigarradas líneas con rapidez y, a medida que leía, los ojos se le abrieron como si estuviera alucinada.

La mano empezó a temblarle y la cuartilla cayó mansamente al suelo. Carmen se arrodilló y, en esa misma postura, volvió a leer sin dar crédito.

Dos semanas antes, en Madrid, Miguel y Helena habían dedicado la mañana a visitar el Prado. Pasaron de largo las salas más concurridas, deteniéndose apenas ante las obras más emblemáticas del museo. Helena tenía mucho interés en mostrarle a Miguel una pintura en concreto.

—Aquí está... ¿Qué te parece?

Había conducido a Miguel hasta la sala donde se exponía *El jardín de las delicias*, del Bosco. Ante el tríptico había una banqueta ocupada por un par de visitantes que contemplaban las tablas a la búsqueda de indicios sobre los significados secretos que el pintor había plasmado. Uno de ellos consultaba los detalles ayudándose de la guía de Hans Belting y le señalaba a su acompañante los motivos más particulares. Miguel observó con renuencia a los visitantes, dos muchachos de aspecto sesudo.

—No soy experto en pintura —dijo poniéndose a la defensiva.

—«Después de todo, la pintura se debe hacer tal como uno es». Mi madre solía citar esa frase de Juan Gris. Ella era autodidacta, aprendió sola. Tampoco era una entendida, pero llegó a comprender que, del mismo modo que el pintor pinta lo que es, quien observa lo hace desde lo que es también. Lo que quiero saber es qué ves tú. Cada cuál se fija en algo distinto, estos chicos ahí sentados, yo, tú... Quiero tu opinión.

Miguel retrocedió un poco para tener una visión más global de las tres piezas y paseó la mirada por aquella infinidad de imágenes, explosiones de color y de oscuridad.

—Resulta mareante.

—¿Nada más?

Miguel inspiró y se fijó con más detalle, siguiendo el orden lógico de la narración: el paraíso, la vida terrena, el infierno. Ninguna escena era ordinaria: los animales mitológicos, las construcciones salidas de una pesadilla casi futurista, las figuras humanas, que resultaban evanescentes e irreales, el incendio de la ciudad, el diablo con forma de pájaro que engullía hombres y los excretaba. Resultaba estremecedor. Era como un laberinto de locura que una y otra vez regresaba al principio sin posibilidad de salida.

—Me inquieta... ¿Qué es lo que ves tú?

Helena contemplaba el cuadro con unos ojos que parecían prestados por otros fantasmas que se habían adueñado de ella. Las imágenes se movían en sus pupilas. Igual que el cuadro, había en su mirada un lenguaje misterioso y secreto imposible de desvelar.

—Nadie puede penetrar en los territorios ignotos del ser individual, ni siquiera el ser mismo. Porque lo que hay ahí abajo resulta desconcertante y aterrador.

—No estoy seguro de entenderte.

—El día que enterré a Walter, regresé sola a casa y entré en su despacho. Allí estaban sus papeles, su dietario sin anotar, el plumier, el cenicero y el vaso de *whisky* vacío. Fue extraño estar allí sin él, con la muda presencia de sus cosas, que no me decían nada, que me observaban como una extraña. Y allí estaba la lámina del *Jardín de las delicias*, colgada en la pared, dispuesta siempre a ser estudiada, a ofrecer detalles insignificantes que pasaban desapercibidos a simple vista. Cuanto más la observaba, más me enfurecía. Cogí un pisapapeles macizo de la mesa y destrocé el



cristal que la protegía. Quería romper aquella lámina con mis manos, pero me detuve. No tenemos derecho a profanar un mundo que no nos pertenece.

—¿Por qué te enfureció que tu esposo escogiera este cuadro para decorar su despacho?

Helena se quedó pensativa.

—Lo eligió para esconderse de mí. Decidió permitir que todas estas imágenes alucinógenas hablaran por él de su dolor, de su sufrimiento, de su incompreensión en lugar de hacerlo conmigo.

Miguel se sintió desconcertado. Observó alternativamente el cuadro y a Helena buscando una conexión entre lo uno y lo otro.

—¿Qué clase de dolor era tan terrible?

Ella encogió los labios como si dudara. Pero Miguel sabía reconocer ya esa clase de disfraces.

—Creía querer a mi familia, estar preparada para ser una buena madre, una buena esposa. Me esforcé cuanto pude, pero no bastó. Tal vez tengamos dentro un gen autodestructivo que es hereditario. Podría llamarse el gen del desastre, o el gen que le jode la vida a los que quieres... Le fui infiel a Walter con otra mujer, mi mejor amiga. Y mi hijo me descubrió, igual que yo descubrí a mi padre cuando era niña con otro hombre. Qué absurdo y terrible paralelismo. Walter jamás me perdonó.

Miguel guardó silencio. Descubrir que Helena había tenido un amor lésbico no le parecía peor que la infidelidad, en sí misma, y el desconcierto que ese descubrimiento debió de suponer para su hijo. Pero él no tenía derecho a cuestionar las intenciones ni los sentimientos de Helena. Lo único que podía hacer era convertirse en el recipiente de sus confidencias. Escuchar y tratar de no juzgar.

—«Para ver, hay que adiestrarse en la mirada» —prosiguió Helena—. No es una frase mía, era de Louise. David me vio con ella y sacó sus propias conclusiones, como las saqué yo cuando descubrí a mi padre bajo las nalgas de Abdul; sin duda precipitadas. Miramos, pero no vemos. Algún tiempo después, mi hijo me preguntó si yo prefería a las mujeres. No supe qué decirle. Cuando era una adolescente y me besaba con Louise en los lavabos de Mayfield, tenía miedo de haber contraído una especie de enfermedad maligna transmitida por los genes de mi padre. Así que, cuando apareció Walter en mi vida y tuve a David, pensé que me había curado de un peligroso virus. Me dije que esas dudas eran cosa de la adolescencia, la necesidad de descubrir el sexo, confundir la amistad con el deseo; nada más natural si este mundo asumiera lo natural sin enojo. Pero años después, en 1982, Louise regresó a mi vida y retomamos nuestra relación. Entonces comprendí que yo nunca fui como mi padre. Amaba a mi hijo, jamás lo abandonaría por nadie, ni siquiera por Louise. Pero amaba a esa mujer y no quería elegir entre un amor u otro. Pensé que no tendría que hacerlo.

Helena todavía recordaba la mañana que vio aparecer a Louise en la puerta de su casa, el 12 de enero de 1982. Llevaba el pelo recogido en un moño alto que la hacía parecer mucho más alta, el chaleco de lana con los colores de Greenpeace, las

sandalias de cuero, pese al frío de Londres, y las manos cargadas de pulseras y pendientes, con la mochila a la espalda. Había venido directamente del aeropuerto, recién llegada de Nueva York. Y allí estaba, como si no hubieran pasado los años, con la sonrisa traviesa de quien se ha entretenido más de la cuenta en el camino de regreso. Pasaron aquel día charlando en el sofá, fumando y bebiendo entre risas y confesiones.

Louise irrumpió en la vida de Helena otra vez como lo que siempre fue, una tormenta peligrosa, salvaje y deliciosa, que no admitía diques ni medias tintas. No había regresado de Estados Unidos con sus sueños de grandeza cumplidos, pues solo había logrado papeles menores en compañías de teatro sin nombre. Pero, a pesar de ello, no sentía que hubiera fracasado. «Sé quién soy, sé lo que siento. Eso es más de lo que pueden decir otros», dijo en un tono que molestó a Helena, que la miraba a los ojos entre volutas de humo que no se deshacían. ¿La miraba su amiga por encima del hombro, sintiéndose acaso mejor que ella? Helena se defendió mostrándole una fotografía de Walter y de David. Louise replicó con aquella brutalidad suya disfrazada de sinceridad que Walter parecía un *buen hombre*. Traducido a su lenguaje, eso significaba que lo encontraba blando y aburrido. En cambio, se sintió inmediatamente fascinada por David. Quería conocer a aquel muchacho con la mirada reconcentrada y una gravedad desconcertante.

—La antipatía entre Walter y Louise fue inmediata. Walter la veía como una amenaza, se sentía desplazado por nuestras risas, ajeno a nuestras confianzas y nuestras bromas privadas. En cambio, David se sintió fascinado por ella desde el primer momento. Estuvo encantado de dejarse mimar por aquella *amiga de mamá*, que adoptó el papel de tía consentidora, exótica y un poco deslenguada, más yanqui que inglesa, capaz de exasperar a su padre con su filosofía mezcla de enseñanzas orientales, algo de Nietzsche y bastante de letras de *rock*, cosa que divertía muchísimo a David. Todos los hombres jóvenes acababan enamorándose de Louise, y David no fue la excepción.

Una tarde en la que estaban solas, Helena le confesó a su amiga lo que jamás hubiera pensado o creído que sería capaz de confesar, ni siquiera de admitir ante ella misma: no amaba a Walter, no como se suponía que debía amarlo.

—Louise no me dejó acabar. Me interrumpió con un beso que, en el fondo, yo anhelaba desde que volví a verla. Ya no éramos las amigas del internado, ya no existía *miss Clark* ni podíamos ampararnos en la curiosidad o en la rebeldía. En el sofá donde Walter leía revistas de maquetas, hicimos el amor como seres adultos, sin porqués, sin prisas, como si el anhelo pudiera ser conducido a través de la paciencia. Eso me hizo descubrir cuánto llevaba dentro, cuánto era capaz de sentir y de entregar en un cuerpo, el de Louise, que ya tenía experiencia, que sabía dar y recibir con naturalidad, entregada pero nunca del todo, disfrutando como se disfruta cuando se le muestra a alguien un secreto que solo nosotros conocemos.

¿Hubo otras para Louise? Helena prefería no saberlo. No era necesario. ¿Y ella?

¿Qué sintió ella? Horas más tarde, mientras se duchaba y la mente se le llenaba de imágenes y de olores, se dijo que era algo que necesitaba hacer, algo que tenía pendiente consigo misma. Pero, cuando empezó a acariciarse excitada de nuevo bajo el chorro de agua, supo que repetiría tantas veces como Louise deseara. Y eso la hizo feliz.

—Nos convertimos en amantes. Aprovechábamos cada minuto que podíamos estar solas, buscábamos lugares recónditos para fingir que éramos una pareja sin complejos; íbamos al teatro, al cine, a conciertos y, cuando se apagaban las luces, nos comportábamos como recién enamorados. Me sentía narcotizada, en un estado de inconsciencia alegre del que no quería salir. Y por las noches, cuando me acostaba con Walter, cuando él me decía que me notaba más fría, cuando hacía planes para el futuro universitario de David, yo asentía, pero en el fondo de mí sentía que ese futuro me resultaba ajeno. Aquello duró varios meses de paz, desvarío, peleas y discusiones, reconciliaciones tortuosas y apasionadas, momentos de silencios cómplices —enlazadas las piernas—, dudas acalladas con besos y planes locos. Hasta que aquel verano de 1982, mientras yo acariciaba el cabello a Louise, ambas desnudas después de hacer el amor, alcé la cabeza y vi en la puerta del dormitorio a David.

Helena se interrumpió, incapaz de continuar. Los labios le temblaban y los ojos se le humedecieron. Miguel hizo algo inusual en él. Posó la mano en el hombro de Helena, muy cerca del lóbulo, y rozó con el nudillo el pendiente largo que ella se había puesto aquella mañana. El aire acondicionado de la sala no funcionaba bien, y de repente sintió el peso de la americana, de la corbata, de los gemelos, de los zapatos que le apretaban los pies. Despojarse. Eso era lo que necesitaba.

—Vayámonos de aquí. Veamos los cuadros de Velázquez, Goya o los holandeses, anda.

Helena asintió mecánicamente, todavía atrapada en el cuadro. Seguía viendo a su hijo en la puerta con la guerrera empapada por la lluvia, las gotas en la nariz, las cejas y los labios mirándola con aquel odio.

Aquella noche, Helena se conectó a Skype. Necesitaba hablar con David, sentir su presencia ajena y confortable. Pero en la pantalla apareció Marta, su compañera.

—Helena, qué sorpresa. —Lo dijo con cordialidad pero sin comprometerse. Marta debía de ser la persona más eficaz de todo Malmö; tal vez, de toda Suecia. Ni un minuto desperdiciado, economía de esfuerzos y máximo rendimiento en cada acción. Se arreglaba conforme a una seguridad personal inquebrantable, jersey de punto grueso y holgado sin sujetador debajo, un tejano desgastado pero de marca cara, sandalias y el cabello recogido y sujeto con una aguja de madera al estilo oriental. Era asombrosamente hermosa y serlo debía de resultarle lo más natural del mundo. Pero Helena se regocijaba pensando que algún día no tendría ese estupendo culo, ni el cutis tan terso, ni la mirada tan desafiante. David ya no acudiría a su

encuentro ante la más leve insinuación para hacer el amor en el suelo de la cocina o encima del escritorio. Los hijos crecerían, encontrarían su camino y ella quedaría al margen, condenada al papel de conservadora de los recuerdos familiares, de figura venerable en el altar de las cosas prescindibles.

Marta inspiró con disgusto, abarcando con un gesto de la mano el espacio.

—Disculpa el desorden. La señora que tenemos para ocuparse de la limpieza se ha ausentado unos días por un problema familiar.

Helena enarcó una ceja. Por lo que ella podía ver desde la pantalla del ordenador, el despacho se parecía mucho a la imagen que cualquiera tendría de la asepsia. Por uno de los extremos de la pantalla asomaba una espiral de humo. Tal vez era té de hierbas, o quizá Marta podía concederse el lujo de un cigarrillo cuando estaba sola en casa, sin David y sin los niños. Seguro que podía controlar sin ansiedad el impulso y fumar a su antojo, tomarlo y dejarlo cuando le apetecía y sin esfuerzo.

—Quería saber si estaba David.

—No, lo siento. ¿Quieres que le diga algo?

Helena se tenía por alguien paciente, generalmente alegre y bien dispuesta hacia los demás. Pero no lo lograba con Marta, había en ella algo que le desagradaba profundamente y que no era capaz de identificar con claridad. David hablaba maravillas de la vida que llevaba, de sus hijos, de su casa, su trabajo y su perro. Marta parecía también más que satisfecha, pero la cuestión, razonó Helena, era que alguien como Marta no podía ser feliz; para ella la felicidad debía de ser el cumplimiento de una lista de tareas.

—Quería charlar un poco con él, eso es todo.

El rostro de Marta adquirió una dureza de mármol.

—Supongo que deberíais ceñiros a los horarios acordados —dijo con un tono de moderada disculpa, pero parecía afirmar otra cosa: «Hay un orden para las cosas y tú no puedes venir a alterar las normas».

—Entiendo. No pretendía molestar.

Marta pareció aliviada. Desvió un instante los ojos para ver algo más allá de la pantalla. Helena frunció el ceño, con una mala sensación. ¿Estaba David presente, fuera de la pantalla? ¿Se negaba a hablar con ella? Esa posibilidad le pareció atroz y se abrió como el cráter oscuro dejado por una bomba. Se sintió patética al imaginarlo haciendo muecas y gestos negativos fuera del alcance de la pantalla.

—No molestas. Esta es tu casa.

—No importa. Dale recuerdos a David, intentaré hablar con él en otro momento, adiós. —Al apagar el ordenador, sintió un vacío profundo, un silencio interior que se debía de parecer mucho a las semanas que pasó en coma tras el accidente de tráfico que padeció en aquel verano atroz de hacía treinta y dos años. Recordaba que al despertar del coma la invadió un enjambre de sensaciones: la luz penetrante, los tubos que conectaban su cuerpo a un respirador, la mirada insondable de Walter, el barrunto del miedo y la tristeza, y la certeza de que algo terrible e irreparable había sucedido.

Algo de lo que ella era culpable. Se puso por encima la chaqueta y salió al pasillo del hotel en busca de la habitación de Miguel. No quería quedarse sola junto a aquellos recuerdos.

Miguel la recibió en pijama. Estaba a punto de irse a dormir.

—¿Estás bien?

Helena no tenía fuerzas para descargar su batería de sarcasmos.

—Lo que te he contado hoy en el museo... No quería resultar patética.

Miguel negó con un movimiento de cabeza.

—Conozco a bastante gente patética, y te aseguro que tú no das el perfil. ¿Quieres pasar?

La habitación de Miguel era idéntica a la que ocupaba Helena, incluso el cuadro de caza que colgaba en la pared era el mismo. Miguel tenía puesto el televisor sin volumen. A juzgar por la silla de lado y la luz encendida del escritorio, estaba escribiendo cuando Helena llamó a la puerta.

—No quiero interrumpirte —dijo Helena mirando la carta a medio escribir y la pluma sobre el papel.

Miguel se sentó junto a ella en el borde de la cama.

—Ya había terminado. Es una carta para Carmen, aquella chica de la que te hablé. Lo que me has contado hoy me ha hecho pensar en las cosas que creemos haber hecho bien, en las renunciadas que hemos hecho amparados en la cordura y el sentido común pero que, en realidad, solo reflejaban cobardía. Me he dicho que quizá no sea tarde para retomar algunos antiguos hilos y tirar de ellos para comprobar hasta dónde me llevan.

Helena simuló un aplauso.

—Por fin te decides. ¿Qué le cuentas a alguien que estuvo en vilo diez años?

—Le he escrito para pedirle una cita en Barcelona.

—¿Y esperas que te diga que sí? Tienes muchas pelotas, Miguel. Bien por ti. No olvides llevarle flores.

—¿Flores?

—Sí, el truco más viejo del mundo sigue funcionando. Las flores ablandan el corazón, lo enternecen. Me acuerdo del primer ramo que Walter me regaló: lágrimas de Salomón. Se lo veía un poco tragicómico con el ramo envuelto en papel de aluminio, lo apretaba tanto en su mano que parecía asfixiar los tallos en lugar de ofrecérmelos. Pero fue un detalle hermoso.

Miguel sonrió con tristeza. La voz de Helena era impostada, se esforzaba en demostrar que aquella visita era una mera cortesía.

—Parece que llegamos al final de nuestro viaje juntos. Mi tren sale para Barcelona a primera hora. ¿Y tú? ¿Ya has concertado con David la fecha de tu llegada para que vaya a recogerte al aeropuerto? Dijiste que hablarías con él hoy.

Helena se escabulló de su reflejo en el espejo del perchero. Se apretaba tanto las manos que parecía que iba a arrancárselas de las muñecas.

—Me preguntaba si te importaría que te acompañase a Barcelona. Nunca he estado allí, así que, mientras tú te dedicas a la reconquista de tu amor inventado, yo podría hacer un poco de turismo: Gaudí, Picasso, las Ramblas..., lo que hacen los turistas, vamos.

Miguel titubeó.

—Pero ¿qué hay de tu viaje a Malmö?

Helena se encogió de hombros.

—Malmö puede esperar unos días. Todavía no estoy segura de poder dejarte solo, aunque te hayas afeitado el mostacho. Alguien tendrá que recoger tus pedazos si doña Ilusión te da calabazas.

La risa nerviosa de Helena desconcertó a Miguel tanto como la desacostumbrada inseguridad en su voz. Helena le estaba suplicando que no la dejara sola ahora.

—No era así como lo habíamos previsto.

Helena se enfurruñó.

—¿Y qué tiene de malo un poco de improvisación? Me apetece estar un poco más contigo, eso es todo.

—Claro, no hay ningún problema —aceptó Miguel, sin entender a qué respondía la exhalación de alivio de Helena.

*Malmö*

La mujer miraba al cielo encapotado y maldecía. Nunca se había alejado tanto. Se dio cuenta al descubrir la orilla oeste del lago Vättern en la distancia, con todos los colores del paisaje estampados en la superficie lisa: los azules, los rojos y los tonos ocres de los árboles. Desconocía estos caminos poco transitados que las lluvias recientes habían vuelto impracticables.

Llamó al perro a gritos, con un malhumor creciente. Lo había perdido de vista en un sendero con ramas desplomadas casi cubierto por la maleza. Con la correa en la mano, se adentró con precaución, pisando despacio por temor a cortarse con una lata oxidada o con el cuello de una botella rota oculta bajo la hierba alta. A cada paso debía apartar las ramas con cuidado para no arañarse la cara o los brazos y sortear raíces gruesas muertas y grandes piedras. De vez en cuando, los pies calzados con sandalias se hundían en un fango pastoso y reciente.

—Juro por Dios que esta vez lo devuelvo a la perrera —farfulló al tiempo que apartaba la cara de una rama que le pasó rozando la mejilla.

Forcejeó con la maleza hasta que el sendero, colonizado por hierbajos altos y cardos, tiempo y tiempo abandonado, limpio de trazas humanas, se abrió abruptamente a una explanada. Al final se veía una especie de choza medio derruida y, más allá, un bosque frondoso.

De repente, un olor intenso y desagradable la hizo fruncir la nariz. Oía el zumbido de los insectos y, en alguna parte, un gruñido.

—*Byron*, ¿eres tú? —A medida que se acercaba, el olor se hacía más y más denso, casi asfixiante. Un olor a carroña deshaciéndose. Tuvo que taparse la boca y la nariz con la mano.

Por fin, encontró al perro porfiando ferozmente con algo.

—¿Se puede saber qué haces, perro estúpido?

El perro retrocedía con las patas traseras y agitaba violentamente la cabeza con algo entre los dientes, tironeando para desenterrarlo.

El reproche de la mujer se quedó mudo cuando sus ojos comprendieron lo que estaba viendo. Una mano sobresalía de la tierra esponjosa que el perro había escarbado con las patas. Uno de los dedos estaba en la boca del animal y los otros parecían garfios apuntando al cielo como un grito desesperado, como si buscaran aire fresco.

Con los ojos desorbitados por el espanto, la mujer retrocedió, tropezó y cayó al suelo, pero siguió retrocediendo ayudándose con los codos y los talones. Finalmente, se puso en pie y corrió hacia el sendero sin que le importasen las mordeduras de las

ramas en las mejillas y los brazos, que movía como las aspas de un molino para abrirse paso en la espesura.

El perro se quedó quieto, babeando con un pedazo de carne en las mandíbulas; observó alrededor con sus ojos amarillentos y, al escuchar el primer trueno, se asustó, alzó la cabeza hacia el cielo, que por momentos se solidificaba como el cemento, y, abandonando su tesoro, salió a la carrera en pos de su dueña.

Raquel tenía la sensación estúpida de ser una niña tirando piedras contra una tapia. Un gesto inútil, más propio del hastío que de una finalidad concreta.

Le habían dicho que aquella adivinadora era la mejor, heredera de los antiguos arcanos, estirpe de viejas brujas conocedoras de las religiones y los trabajos prohibidos. Tal vez lo fuera, pero a Raquel le molestaba su sonrisa, que dejaba a la vista unas encías sin dientes, excepto por dos incisivos manchados de nicotina. Como si se hubiera caracterizado para representarse a sí misma, la adivinadora lucía un maquillaje incongruente por lo excesivo y por la alocada combinación de colores, sombra oscura en los ojos y raya de los párpados azul, pintalabios muy rojo y colorete pálido en las mejillas con un lunar impostado. El cuadro se completaba con un desmadejado moño alto, un collar ancho de estilo faraónico, aretes enormes dorados y un vestido de color malva ceñido a sus generosas caderas. Resultaba difícil adivinar su verdadera edad bajo todo aquello; podría tener treinta años o mil.

La estancia que la adivinadora había llamado *consulta* estaba iluminada únicamente por una vela encendida en el centro de la mesa. El balanceo de la llama proyectaba en la pared sombras de crucifijos, rosarios, estampas de ángeles y de imágenes paganas. A Sture le habría resultado gracioso aquel ambiente recargado, pero a Raquel le parecía sobrecogedor y lóbrego.

—La piedra que obstaculizaba tu camino ya no existe —dijo la adivinadora abriendo los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados con un parpadeo nervioso, en una especie de trance durante el cual había pronunciado una suerte de letanía incomprensible.

—¿Y eso qué significa exactamente? —Quizá fuera la mejor adivinadora de Malmö, a cincuenta euros la media hora, encargos aparte, pero la claridad no era su virtud. Como si su trabajo solo consistiera en pronunciar las palabras y dejar que fueran los demás los que les dieran sentido.

—Significa lo que tú quieres que signifique —respondió, posando las manos sobre el tapete de la mesa. Tenía un anillo en cada dedo con piedras de diferentes colores engarzadas en monturas de plata vieja.

Raquel alzó la cabeza y contempló una alacena con mixturas, ungüentos y elixires que formaban parte del atrezzo de la estancia. Probablemente, lo único que contenían aquellos botes era agua. Pero el agua es tan buen placebo como cualquier otro cuando la voluntad del crédulo decide creer.



—Entonces, el *trabajo* que te pedí que hicieras ha funcionado.

—Tu enemiga ya no es un obstáculo —añadió la adivinadora con una mirada libertina al tiempo que asentía.

Raquel lanzó un suspiro de alivio. De modo que esa puta de Yasmina ya no iba a entrometerse más en sus planes. Sin embargo, la adivinadora atajó rápidamente su optimismo.

—Pero ahora te acecha otro peligro; uno mucho más grande que va a requerir toda mi energía y mi esfuerzo.

Sture habría soltado una carcajada. Los timadores siempre se guardan un as en la manga. Crean necesidades y, al mismo tiempo, se ofrecen a solucionarlas por un precio. Esa clase de pensamiento impacientó a Raquel.

—Creía que esa zorra era el único impedimento.

La adivinadora imprimió a sus palabras el adecuado tono tenebroso para provocar en Raquel una nueva inseguridad:

—Toda verdad tiene dos mitades. Y, sin ambas, la verdad no existe.

Raquel empezaba a perder la paciencia.

—No te pago para jugar a los acertijos.

La adivinadora la miró como si Raquel fuese solo un pedazo de carne con los ojos ciegos.

—Me has pagado para que conjurase a las fuerzas y apartase de tu camino a esa muchacha. Se ha cumplido, de modo que no puedes reprocharme nada. Pero los mayores peligros son aquellos que no vemos porque se esconden muy cerca de nosotros. ¿Acaso no son las personas más cercanas las que tienen el poder de hacernos más daño? Aquellas en las que confiamos, a las que nos entregamos sin medida y sin reservas. Ellas nos provocan el mayor dolor.

—¿Te refieres a mi esposo, a Sture?

La adivinadora negó lentamente.

—Has levantado tu castillo en un lugar peligroso, Raquel. En la encrucijada de dos ríos igualmente vehementes, la ambición y el amor. Y uno de los dos va a desbordarse.

El rostro de Raquel se había transformado en una sombra floja. Había acudido a la adivinadora en busca de noticias reconfortantes pero la situación estaba tomando un sesgo de lo más lúgubre.

—Si no es Sture, entonces ¿quién?

—No es a tu esposo al que le has dado tu verdadero amor. No es él el que tiene ese poder —dijo la adivinadora blandamente, esponjando las palabras y permitiendo que aletearan libremente por la estancia. Raquel la miró con incredulidad. Un frío repentino le erizó la piel, como si se hubiera abierto una ventana en medio de una tormenta de nieve.

—¿Mi hijo?

—Lo dices tú, no lo digo yo.

De repente, Raquel ya no creía en aquella farsante. Ahora la veía desdentada y ridícula, caricaturesca, con toda la parafernalia de los embaucadores. Cuanto más la observaba, más aguda se volvía su ira.

—Estás loca. Erick jamás se volvería contra mí. Todo lo que hago lo hago por él, y él lo sabe.

La adivinadora no se inmutó.

—El amor siempre tiene dos partes. Y no siempre encajan la una en la otra. Tu fe en tu hijo es inquebrantable pero tal vez la suya en ti no lo sea.

Raquel propinó un manotazo a la mesa que hizo temblar la llama de la vela, poniendo en fuga a las sombras en las paredes.

—¡Basta! No eres más que una chiflada y yo lo soy doblemente por haber confiado en ti.

La adivinadora recogió las manos en el regazo y se levantó solemne como una monja tras su oración. Pero detrás de sus ojos centelleaba el brillo de la burla:

—No pensabas eso cuando viniste a mí para maldecir a una inocente. No puedes elegir la parte que te apetece y desechar la otra. Las cosas son como son, lo quieras tú o no. Yo solo te digo lo que veo. Haz con ello lo que te plazca.

Alzó la cabeza hacia la puerta y juntó los labios antes de volver a hablar, en un tono más ligero.

—Estoy esperando a otro cliente. Lo tuyo son cien euros.

Al regresar a la Vieja Suecia, Raquel encontró a Erick tras la barra como todos los días a esa hora. Cuando no había clientes, aprovechaba para hacer las tareas del instituto.

—¿Qué lees?

Su hijo le mostró con cara de aburrimiento el temario de historia.

—La Revolución francesa, apasionante —respondió irónicamente.

Raquel apartó de su cabeza las palabras de la adivinadora. Se acercó a su hijo y lo besó en la cabeza sin importar el gesto de rechazo de este.

—¿Te he contado alguna vez cómo naciste? Fue un parto muy difícil, tardaste casi diez horas en decidirte a salir. Querías quedarte dentro pero yo te rescaté y te traje al mundo. Estuvimos a punto de morir los dos en el intento. Pero permanecemos juntos, hicimos lo que teníamos que hacer.

Erick asintió con fastidio. Había escuchado la misma historia cientos de veces, cómo su madre tuvo que enfrentarse a sus padres, que querían que abortara porque era demasiado joven, cómo ella enfermó después del parto y, a pesar de ello, agotada y enfebrecida, huyó del hospital con su hijo en brazos cuando se enteró de que las monjas que regentaban la maternidad iban a darlo en adopción con el consentimiento de sus padres. La misma letanía de siempre, la mala vida, las penurias, el esfuerzo que ella había hecho siempre, alimentarlo primero a él, cubrir sus necesidades a toda

costa, procurarle una nueva familia y un nuevo futuro. Pero juntos. Siempre juntos.

—¿Te importa, mamá? —dijo señalando con un bolígrafo el manual de historia —. Los *sans-culottes* están a punto de pasar por la guillotina a unos cuantos aristócratas y no quiero perdérmelo.

Raquel asintió.

—¿Dónde está tu padre?

—Muerto según mis últimas noticias. O, al menos, es lo que siempre me has contado.

—No seas cínico conmigo. Todavía soy muy capaz de darte una bofetada. Me refiero a Sture.

Erick apuntó con el bolígrafo por encima de su hombro hacia la trastienda con desprecio.

—El gran hombre descansa.

Sture estaba sentado en el sofá. En una mano sostenía una lata de cerveza abierta y en la otra sujetaba el mando del televisor. Estaba absorto en la pantalla y apenas reaccionó cuando Raquel se acercó y le besó en la comisura derecha.

—¿Qué estás viendo? —Raquel dirigió su atención hacia el televisor.

Una legión de policías pululaba alrededor de una zona de maleza cerca del lago Vättern y un helicóptero sobrevolaba por encima de sus cabezas trazando círculos en torno a un punto concreto. Los agentes habían vallado la zona con cinta perimetral e impedían que los curiosos y los periodistas se acercasen. Aunque habían intentado preservar la intimidad levantando una mampara de tela, las cámaras pudieron captar el momento en el que los funcionarios de la morgue alzaban un cuerpo cubierto de fango y lo depositaban cuidadosamente en una angarilla metálica.

—Es ella —murmuró Sture con una voz triste, apocado de repente.

Raquel dio un respingo. Apretó la mandíbula y se acercó más al televisor para cerciorarse de que su vista no la engañaba.

—¿Cómo lo sabes?

Sture ladeó la cabeza, como si quisiera apartar la vista pero no pudiera hacerlo. Se fregoteó violentamente la cara pero su mirada continuó siendo ilegible.

—Tenían sus huellas, Yasmina estaba fichada. Y la policía no tardará en asociarla conmigo.

Raquel se sentó a su lado y le acarició el hombro con mucho tacto. Lo miró fijamente, y también su mirada resultaba difícil de descifrar. Sture observó los dedos ensortijados de su mujer, fuertes y nudosos, las uñas perfectas. Una mano que lo quería y no dudaba en sostenerlo.

—No pueden hacerte nada. Ella ya no es una amenaza. Ahora podremos seguir con nuestra vida.

Sture cambió mecánicamente de canal. El tiempo en Laponia. ¿Quién necesitaba dieciocho horas de sol diarias? Eso solo podía hacer que la gente se volviera loca. El hombre del tiempo recordaba que en algunas partes del norte las temperaturas caerían

bajo cero y que habría nevadas, mientras que en Estocolmo se alcanzarían los 17 °C. Volvió a apretar el mando del televisor. Una discusión política en el Parlamento. Sture frunció el ceño. A veces odiaba su país. Sobre todo cuando no lo reconocía. Los discursos de los socialdemócratas lo ponían de mal humor. ¿Dónde estaban los buenos patriotas? Hombres como Åkesson, el líder de Demócratas de Suecia, era lo que el país necesitaba para volver a ser de los suecos.

—¿Para qué cojones necesitamos acoger a los parias del mundo? —dijo.

De repente, le llegó desde la cocina el aroma del *falukorv* asado al horno que Raquel había dejado preparado por la mañana; nadie en Suecia sabía hacer de una simple salchicha un manjar como ella. Debía concentrarse en ese aroma familiar, en las discusiones de siempre, fingir que la vida seguía, que nada cambiaba con una muerte. Seguir aparentando ser un modesto restaurador, un honrado ciudadano preocupado por el desarme nuclear, por salvar a las ballenas, por los valores de Europa, toda esa mierda que se suponía que preocupaba a la gente corriente pero que en realidad les importaba una mierda.

Raquel le acarició la mejilla.

—Todo está ligado de alguna manera. Quiero decir que el mundo funciona de un modo lógico. ¿No te parece? Si ella ha desaparecido ahora, en este preciso momento, sin duda es una señal.

Él la observó con cansancio.

—¿Lógico para quién?

—Para ti, para mí. Para nuestro hijo.

Entre ellos no había secretos, nunca los hubo. Al menos, no la clase de secretos que pueden estropear un matrimonio. Raquel sabía a lo que se dedicaba Sture y no le importaba. No quería conocer los detalles ni le preocupaba el futuro mientras estuvieran juntos. La única condición era que las actividades de su esposo no pusieran nunca en peligro a Erick.

—¿Nuestro hijo?

A Sture le hubiera gustado tener un hijo varón con su sangre corriéndole por las venas. Erick era apocado y un poco melancólico, y no lo habría aceptado de no ser porque sabía que Raquel nunca hubiera accedido a casarse con él si no le daba el apellido al muchacho. Ella tenía grandes planes para Erick; pensaba enviarlo a estudiar Económicas a la Universidad de Estocolmo, veía en él un futuro empresario capaz de convertir la Vieja Suecia en una cadena de restaurantes que se expandiría como IKEA o Volvo. Nada de putas ni drogas, nada de trapicheos con camellos de medio pelo. Nada que pudiera distraer al chico de su futuro prometedor. Y, sin embargo, Erick se acercaba a Sture en la misma medida que este lo despreciaba, como un perro apaleado empeñado en darle lealtad a quien no la merecía.

—Sí, tu hijo —respondió Raquel de forma tajante—. Somos una familia, Sture. Hacemos lo que debemos para protegernos unos a otros.

Sture sentía la presión sostenida de la mirada de su esposa. Sabía que ella estaba

observando fijamente la gota de sudor que se quedaba estancada entre los pliegues carnosos de su nuca y el cuello de su camisa desgastado. A veces, cuando estaba muy excitada, le gustaba lamerle el sudor de las ingles y del pecho. Raquel le secó el sudor del cuello con la palma de la mano.

—Tengo que preguntártelo, Sture. ¿Has sido tú?

Ella conocía la historia que Sture y Fátima tuvieron años atrás. Fue una época muy difícil de celos y noches en vela, de discusiones muy violentas y amenazas de abandono. Aquello terminó de modo expeditivo el día que Raquel se presentó en el miserable apartamento de Fátima y, delante del viejo Abdul, la agarró por los pelos y la arrastró escaleras abajo con un cuchillo jamonero apuntándole a la garganta. Raquel le rajó un pecho y la dejó tirada en la calle sangrando como una cerda a modo de advertencia.

—¿Si he sido yo?

—¿Tú has ordenado matar a Yasmina?

Ella creía que con Yasmina se repetía la historia. Las mujeres de la familia de Abdul ejercían una atracción extraña y destructiva sobre los hombres. Pero, en lo que a él y a Yasmina respectaba, Raquel estaba totalmente equivocada. Su esposa nunca lo entendería. Por eso era capaz de preguntarle si él había ordenado matar a Yasmina. A su propia hija. Sonrió con ironía. Se preguntó qué pensaría Raquel de lo que había hecho con Yasmina unas semanas atrás, la saña con la que la había castigado, amenazado y empujado hasta este final. Desde luego, había sido tan duro como para enviarle un mensaje contundente al subcomisario Gövan. Pero ¿solo había sido eso? No, claro que no. El amor es una debilidad si no es entre iguales, da prominencia a uno de los amantes sobre el otro. En el fondo de su turbulento corazón, Sture había descubierto una debilidad, un sentimiento demasiado escondido que le otorgaba poder a Yasmina sobre él, como años atrás sucedió con su madre, y que había empezado a ejercer esa autoridad, arrastrándolo hacia el terreno poco seguro de las emociones.

Al forzarla a enfrentarse a Gövan, a elegir un bando, Sture había querido dar muerte a ese sentimiento, demostrarse —y demostrarle a ella— que era el mismo, que nada había cambiado. ¿Lo había logrado? Se repetía que sí, pero lo cierto era que ahora veía los ojos de Yasmina muy abiertos mirando al cielo encapotado sin nada en la mirada, cubierta de barro, llevada por manos extrañas de un lugar a otro, e imaginaba su cuerpo explorado por ojos fríos que solo buscarían indicios, la temperatura de los órganos, su estado de descomposición, si había abrasiones en el ano o la vagina. Esos desconocidos tal vez harían bromas sórdidas a cuenta de su fisonomía, la mirarían a escasos centímetros al tiempo que le abrirían el pecho con una pequeña radial, rompiéndole el esternón con la cara sudorosa mientras a Yasmina le caían gotas de sudor en el corazón muerto.

—¿Eso te gustaría? ¿Que te diga que he sido yo quien ha ordenado la muerte de Yasmina?

Raquel no respondió, pero Sture comprendió que ella nunca sentiría compasión. Que jamás lo perdonaría si supiera la verdad. Nunca habría aceptado una amenaza sobre el futuro de su hijo ni ninguna clase de competencia.

Un sonido sordo los hizo volverse al unísono hacia la entrada de la trastienda. Erick los observaba con rabia. El libro de historia se le había caído de las manos y ni siquiera se había dado cuenta.

La luz tendía a dulcificar la muerte. Cubierta con una sábana blanca primorosamente doblada bajo la barbilla, Yasmina parecía sumergida en un sueño melancólico, un poco ausente pero a punto de despertar. El zumbido de la cámara frigorífica invitaba al recogimiento y a hablar en susurros como si la sala del tanatorio fuera una capilla.

—No parece una muerte muy honda, solo una muerte pasajera —dijo Inga, la inspectora jefa de la policía científica.

Gövan no respondió al arranque poético de su compañera. Lo último que necesitaba era lirismo. Solo se muere y la muerte es definitiva. Se le ablandaron las manos y las recogió en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Algún indicio?

La inspectora señaló la cabeza afeitada de Yasmina. Una gruesa costura le cubría buena parte del cráneo.

—Al menos cuatro golpes, probablemente con un hacha o con algún objeto de filo poco cortante. Debía de estar oxidada, y quien lo hizo tuvo que emplearse con fuerza. Pero ni una sola huella.

Gövan no apartaba la mirada taciturna del rostro de Yasmina. Trataba de encontrar dentro de sí algo de culpa, un atisbo de remordimiento, pero no lo encontraba, y eso era lo que lo asustaba. No se consideraba un asesino ni un enfermo sin capacidad de empatía con su víctima, había dormido con ella, había estado dentro de ella —su semen, su saliva—, había compartido con ella cosas que ni siquiera su esposa sabía de su vida pasada. Incluso, en algún momento, había estado convencido de que la amaba. Pero ahora solo sentía alivio. Ese cuerpo tendido en la angarilla le era ajeno, como si no existiera vínculo alguno entre ellos, ni entre lo que él había hecho y el resultado que ahora tenía delante. Hubiera preferido que no la encontrasen tan pronto, tener un poco más de tiempo para borrar las imágenes en el lago, la manera de golpearla. Pero ya no había remedio. Ahora solo podía fingir firmeza.

—Era una de las putas de Sture.

La inspectora confirmó que así era.

—Ese cabronazo aparece cada vez que investigamos un asesinato. El yonqui del puerto, el decapitado en el parque y, ahora, esta muchacha. Parece que está desbocado. Se siente acorralado y muerde con furia. Deberíamos detenerlo de una vez por todas.

«No hay mal que por bien no venga», pensó Gövan. Solo tenía que aprovechar la

circunstancia. Además, en cierto modo, era verdad que Sture había matado a Yasmina enviándola para espiarlo y para hacerle chantaje. ¿Acaso pensaba Sture que iba a quedarse con los brazos cruzados viendo cómo su porvenir se iba al garete? Eso era no conocerlo.

Gövan no se veía como los otros policías, ni siquiera como esos políticos que solo velaban por sus intereses personales. Él tenía aspiraciones que iban más allá de su ambición, pensaba hacer grandes cosas, cambiar el país. Primero sería diputado y, luego, con la ayuda del dinero y las influencias de la familia de su esposa, ¿quién sabía? El destino no tenía horizonte final. Podría ser alguien importante de verdad, hacer algo bueno, acabar con los Sture de Suecia de una vez por todas. Yasmina solo era un daño necesario, una pérdida triste pero inevitable. Tal vez con el tiempo, Gövan lograría sepultarla, que volviera a morir, esta vez para siempre, en el tiempo. Como si aquello jamás hubiese sucedido.

—Todavía es pronto. Necesitamos pruebas concluyentes o sus abogados lograrán que salga libre como las otras veces. Lo vigilarémos, le haremos saber que el círculo se cierra. Puede que se ponga nervioso y dé un paso en falso. —En realidad, Gövan ya estaba dibujando otro plan en su cabeza. Uno en el que él era el héroe que su país necesitaba.

La inspectora se quedó pensativa.

—¿Qué hay del número de teléfono que encontramos en el bolsillo del decapitado? ¿Has podido averiguar algo?

La mención del papel con el teléfono de Yasmina encogió el estómago de Gövan. Siempre queda algún cabo por atar, y eso puede arruinarlo todo. Tendría que repasar con cuidado los detalles. ¿Cuánta gente podría haberlo visto con Yasmina en el coche, llevándola a la cabaña del lago? Las posibilidades le provocaron un sudor frío en las manos.

—Un callejón sin salida. Pero sigo en ello.

La inspectora detectó un tono demasiado exasperado en Gövan. Tal vez solo eran imaginaciones suyas. El subcomisario estaba sometido a mucha presión. A veces, se acordaba de aquella fugaz relación que mantuvieron, de lo idealista que era Gövan cuando empezaron en la academia. Sintió el deseo de acariciarle la mejilla para hacerle sentir que no estaba solo pero se reprimió. Ya no eran los mismos.

—Hay otra cosa más. La madre de la chica está aquí. La hemos avisado para el reconocimiento. ¿Quieres que me encargue yo?

Gövan negó con la cabeza. Prefería hacerlo él, al menos le debía eso a Yasmina. Ser él quien le diera la noticia a su madre, observar su reacción al ver el cráneo destrozado de una hija a la que siempre había repudiado.

—Que pase.

Fátima entró con los párpados entornados como si buscara dónde acomodar la mirada. Entonces vio el cuerpo de su hija, alejado ya del tumulto exterior, despejado de querencias, pasado y presente, y su expresión de esfinge se quebró con una mueca.

Le brillaban los ojos pero no eran lágrimas, más bien un pedazo de hielo deshaciéndose. Sintió un vacío intenso en el estómago, cargado de resonancias, al avanzar despacio hacia la camilla metálica situada en medio de la sala. Se detuvo a escasos centímetros, incapaz de acercarse más. El labio inferior empezó a temblarle flojamente, como si murmurase una letanía entre dientes. Alzó la mano derecha hacia el rostro ceroso de Yasmina, pero la dejó suspendida en el aire, como si una película invisible le impidiera penetrar más allá.

—¿Puedo tocarla? —preguntó con una voz que parecía salir de una profunda caverna. Gövan y la inspectora se miraron. Era extraño que una madre pidiera permiso a unos desconocidos para tocar a su hija.

—Está fría —le advirtió la inspectora.

Gövan no dijo nada. Solo miraba a esa mujer, a la que había imaginado de un modo distinto a través de las conversaciones con Yasmina. No creía que fuese tan joven, ni tan entera. Había en su porte algo de orgullo herido, como en Yasmina: la sensación, rodeada por un áurea doliente, de que el mundo estaba en deuda con ella, una deuda que jamás sería cobrada pero que ella se esforzaba en recordar. Observó sus dedos, que tocaban la mejilla de Yasmina con cuidado, como si la advertencia de la inspectora la hubiera puesto sobre aviso y temiera quemarse, porque el frío quema más que el calor. Recorría la frente del cadáver como si buscase el recuerdo de los rizos que el forense había afeitado. Las manos de alguien que ya no tenía sueños.

—Necesitaremos una declaración de reconocimiento.

Fátima asintió, aunque en realidad no sentía que aquella fuera su hija o que lo hubiera sido alguna vez. Su hija, la verdadera, solo lo fue muy al principio, recién nacida, con aquella pelusilla negra que le cubría la cabeza y los hombros y las manitas cerradas en un puño como si se defendiera de lo que estaba por venir. Sin un olor concreto aún, sin nada que decir, solo dormida entre sus pechos.

—Al principio yo no quería que naciera.

Hablaba para sí misma, recorriendo aquel rostro que ya no era nada. Recriminándose tantas cosas perdidas ahora que ya no había remedio, como cargar culpas sobre su hija ya en su vientre, antes de nacer. Rememoró aquella vez que se dejó caer por la escalera para provocarse un aborto, las noches de furia y llanto cuando se golpeaba con rabia el vientre hinchado. El odio vertido sobre ella, las palabras duras. Yasmina nació contra la voluntad de todos, como un hueso astillado que perfora la carne con dolor, una rotura que dejará secuelas para siempre, un recordatorio de lo que le hizo Sture a Fátima aquella noche sobre una mesa de la Vieja Suecia. Cada vez que veía a Yasmina correteando por la casa con un ojo de cada color, la sangre de Sture y la suya mezcladas por la fuerza y la violencia, Fátima se acordaba de esa noche, del dolor intenso, de la humillación y la bajeza. Había sido incapaz de proteger a su hija contra ese recuerdo, de alejarla de la vergüenza y del silencio culpable con el que todos la habían mirado desde que nació. Entre todos le robaron la infancia, la alegría a la que tenía derecho por naturaleza. Yasmina nunca



comprendió todo ese desprecio, no supo por qué nadie se opuso cuando Sture fue a recuperarla y la convirtió en lo que la convirtió. Fátima trataba de arrancarse del corazón a mordiscos la mirada implorante de su hija el día que llegó Sture, el rostro de su esposo vuelto hacia otra parte para no ver, el desprecio infinito en la mueca del abuelo Abdul. Sí, se había mordido con saña para amputarse una parte de sí misma y luego la gangrena había hecho su trabajo de muerte lenta. Y ya no podía hacer nada. Aunque le dijera cosas que nunca había dicho, su hija no podía escucharla. Había venido al mundo sola y sola se había marchado. La habían dañado mil veces sin culpa y, cuando pidió ayuda, no encontró más que silencio.

—Se la ve tan sola —dijo—. ¿Y qué le han hecho en la cabeza? ¿Dónde está su pelo? Tenía un cabello precioso.

«En la papelería». Eso le hubiera gustado decir a Gövan. Por increíble que le pareciera, sentía repulsión hacia esa piedad repentina en una madre que había dejado que aquello sucediera. «Deberías haberla protegido. Deberías haber estado con ella». Tenía ganas de escupirle a la cara.

La inspectora Inga tocó el hombro de Fátima con delicadeza.

—Ahora tiene que salir.

«¿Por qué no la miras un poco más? —le preguntó en silencio Gövan—. Ni siquiera te atreves ahora que ella ya no puede sostenerte la mirada».

—¿Sabía que su hija era prostituta? Trabajaba para un proxeneta llamado Sture —dijo con una calculada brutalidad que provocó una mirada de reproche en la inspectora y de desconcierto en Fátima. «Sí, claro que lo sabías. Y no te importaba».

Fátima apretó los labios para contener el temblor y alzó la barbilla, desafiando con frialdad al subcomisario.

—¿Fue él? ¿Sture la ha matado?

—Lo estamos investigando.

Fátima le lanzó una mirada iracunda.

—Y en vez de juzgarme a mí y de intentar herirme, ¿por qué no hace su trabajo y detiene a ese bestia?

*Barcelona*

Era la carta más larga que Carmen le escribió. La última.

Barcelona, noviembre de 1990

Querido Miguel:

A veces me pongo ante el espejo desnuda y me acaricio el vientre. Hoy lo he hecho, justo antes de sentarme a escribirte. Trato de imaginar cómo sería mi cuerpo si estuviera embarazada: la tensión de la piel en el vientre, la pesadez en los riñones, los pechos hinchados. No debería pensar en esas cosas; yo no puedo tener hijos. Algo que la naturaleza no hizo bien conmigo.

Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto; tal vez porque tú tienes una hija, o porque quiero contarte algo de mí que nunca le contaría a nadie. La esterilidad está mal vista, es como una tara, y no necesito miradas extrañas a mi alrededor. Confieso que nunca he sentido eso que denominan la llamada de la maternidad. Supongo que si los demás supieran que no me importa la atrofia de mis ovarios pensarían que soy una especie de monstruo. La gente está dispuesta a compadecerme a cambio de pensar que soy un mueble inservible, pero no una aberración. Mi padre me ha dicho que una mujer que no puede tener hijos es como un lujo superfluo. Es ya muy anciano y cree que eso le da derecho a herirme con impunidad. Finjo ante él que me siento a medio hacer, como si me faltaran una pierna o un brazo. Pero cuando veo a una embarazada o a una madre paseando el carrito con su niño no siento mucho, la verdad. Un poco de curiosidad, alguna duda, pero no resquemor.

Te preguntarás entonces por qué empiezo esta carta, que sé que no contestarás pero que espero que leas, hablándote de algo que es imposible y que además no me importa. Ha muerto mi madre. Hoy la hemos enterrado. Tenía setenta y nueve años y habrá quien piense que tuvo una vida longeva, pero la vida de aquellos a los que queremos nunca

es suficientemente larga. No importa si están enfermos, si sufren; somos egoístas, no queremos dejarlos ir y quedarnos solos, encerrados con sus fotografías, oliendo su ropa, evocando recuerdos y echándolos de menos.

Mi madre ya no era mi madre, en los últimos años solo se le parecía; el cáncer en los huesos la había reducido a una cosita pequeña que se quejaba de dolores horribles, y esos dolores le agriaron el carácter. Pero a veces, cuando el sufrimiento le daba una tregua y podía levantarse de la cama, dábamos un paseo por la playa las dos solas, yo le encendía los cigarrillos que fumaba sin parar. Le gustaba caminar descalza por la orilla, me señalaba piedrecitas desgastadas y me pedía que se las guardara en botes de cristal que alineaba en la alacena de la cocina. Decía que las cosas más sólidas también perecen, se desgastan. Ella veía metáforas de la existencia en todo. No sé qué haré con todos esos tarros llenos de piedras ahora. Tal vez las devuelva al mar para que terminen de morir con calma.

Hoy me he acordado de la última vez que mi madre y yo nos sentamos a pie de playa para contemplar la puesta de sol. Fue el invierno pasado, había estado lloviendo todo el día y el aire estaba esponjoso, como la arena. Me sentí privilegiada de poder tenerla para mí sola, de poder cogerle la mano inflamada con los dedos un poco sucios por la nicotina. Y aunque sabía que ella no lo aprobaría, le hablé por primera vez de ti.

No sé qué le dije exactamente, ¿qué podía decirle? Apenas te conozco, no he vuelto a saber de ti en estos años, de modo que seguramente le hablé de un espejismo, de una idea de la que me había enamorado, de unas pocas horas en un apartamento que yo había decidido convertir en el relato de mi felicidad. Acabé llorando, consciente de la locura que significa añorar algo que probablemente no existe más allá de mi cabeza. Mi madre me escuchó con cariño, sin asentir ni negar; me ofreció, en cambio, la certeza de su presencia y el amor infinito de su mirada. Cuando logré calmarme, siguió un largo silencio, mi madre solo me acariciaba la mano por encima de la mesa sin apartar la mirada del horizonte que enrojecía. Parecía en paz consigo misma. Y entonces me dijo que debería amar a quien merece mi amor. Que el milagro de un corazón dispuesto a todo no

debería ser entregado a quien no comprendiese el poder de esa magia. «El amor es una aventura para valientes, Carmen. Solo para los que se atreven a ir hasta el final del viaje». Le pregunté si así había sido su vida con mi padre y se limitó a sonreír como una niña traviesa. Luego me pidió que le encendiera otro pitillo. Ahora comprendo que la respuesta a esa pregunta no necesitaba respuesta porque siempre estuvo ante mí.

Mientras te escribo, mi padre está en el salón, tan alto, tan delgado, tan perdido en su traje oscuro, tan oscuro como su desconcierto. No sabe a dónde mirar para no ver a mi madre, no encuentra la manera de aplazar la inmensa soledad que siente sin ella. Y no sé consolarlo, no hay modo de hacerlo. Sé que quiere irse, meterse en la cama que ambos compartieron tanto tiempo y cerrar los ojos. Ya no me dice que debería buscar a un buen hombre, alguien como él, parecía querer añadir siempre. Un hombre para el que la alegría era sentarse en el sofá con su esposa, cogerle la mano ante el televisor y quedarse dormido de puro agotamiento. Un hombre que no sabe mentir ni disimular, que no puede enfadarse con quien ama. Un hombre que, en su fuero interno, siempre pensó que nunca estaría a la altura de la mujer que veneraba.

Hoy nadie creería en esa clase de amor. Mis compañeras de trabajo, mis novios casuales, todos me hablan de la igualdad, de ser uno mismo, de no estar supeditado a otro, de la elección personal por encima de la pareja. La clase de hombre bueno que amaba mi madre parece un traje apolillado, casi algo vergonzoso y aburrido. Ya nadie quiere creer en las cosas que son para siempre. «Hay que vivir», me dicen cuando algún chico se fija en mí en una discoteca, sin problemas, sin compromisos. *Carpe diem*.

Pero, a pesar de todo, de ser testigo del dolor inmenso que causa perder el timón de tu vida, a pesar de comprender el tremendo peligro de cifrar la propia felicidad en la existencia de alguien y quedarte luego solo, yo querría ser como fue mi madre.

Tú, Miguel, nunca fuiste esa persona. No para mí, al menos. No te acuso ni te reprocho nada; tampoco me castigo a mí misma por alimentar un deseo irreal. Tomamos nuestras elecciones y vivimos con ellas, pero tenemos

derecho a variar el rumbo. No volveré a escribirte nunca más. Deseo que haya alguien en tu corazón, alguien capaz de hacerte sonreír como yo vi sonreír a mi madre aquella tarde en la playa.

Creo que lo justo es que le dé esos tarros de piedras a mi padre. Él sabrá qué hacer. Cuídate,

Carmen

Miguel no debería haber leído aquella última carta. No antes de volver a ver a Carmen. Era dolorosa y cierta.

Sin que se diera cuenta, se le había marchado la vida y, ahora, aquí estaba, sentado en un banco desde el que podía vigilar la entrada del restaurante en el que se habían citado para verse, más de treinta años después. Miguel creyó que Carmen no respondería a su petición. Pero cuando escuchó su voz al teléfono —él le había dejado escrito su número en una posdata a modo de sugerencia tímida—, la reconoció como si la hubiera seguido oyendo durante todo aquel tiempo a través de sus cartas.

Aquella primera conversación había sido breve, a trompicones, sin mucho que decirse. Todo muy formal, indoloro. Apenas colgaron, con el acuerdo de esta cita, Miguel tuvo la sensación de que no había sido buena idea forzar el pasado para traerlo al presente. Ahora, mientras veía entrar y salir gente del restaurante, los corrillos que se formaban a la entrada con gente elegante fumando, entreviendo el interior, que parecía confortable y lujoso, cada vez que se abría la puerta de cristales de color almíbar, esa sensación se agudizaba. Hasta el punto de que, en los últimos diez minutos, había hecho dos intentonas de marcharse. Si no lo había hecho era porque dejar plantada a Carmen le parecía tan ruin como el terco silencio con el que había respondido a sus cartas.

Entretuvo la espera pasando revista a su atuendo por enésima vez. Estaba nervioso como un colegial y se arrepentía de haber cedido al consejo de Helena de vestirse de modo informal. Apenas llegados a Barcelona, Helena había insistido en llevarlo de compras a las tiendas del Portal de l'Àngel. «No querrás que tu novia se encuentre con un fantasma que huele a alcanfor». Insistía en llamar a Carmen *su novia* y eso era para Miguel tan desagradable como el soniquete irónico con el que su amiga lo decía. Desde que Helena sabía que Miguel iba a encontrarse con Carmen, se había comportado de un modo extraño, a ratos lo animaba diciéndole que debían vivir su última vida sin miedo y, en otros momentos, en cambio, se mostraba reticente y sarcástica. En todo caso, ella era la que había elegido los pantalones tejanos que Miguel llevaba puestos —con los que se sentía otro muy diferente—, los zapatos mocasines de color azul sin calcetines, la camisa pálida y la chaqueta de verano. Antes de que la dejara sola en la habitación del hotel, Helena le había pasado revista y lo había ayudado a acomodar el nudo de la corbata —que tenía un estampado

demasiado llamativo— como solía hacer Águeda. Luego le había dado el visto bueno como si, en realidad, lo enviara a una batalla de la que no confiaba en verlo regresar.

—Si necesitas una fuerza de rescate, andaré por aquí leyendo.

Ahora la corbata le pesaba como una soga y estaba demasiado constreñido en el pantalón tejano. Se sentía observado y ridículo con aquel atuendo juvenil que no decía nada de él y que no era más que una impostura. Todo esto era infantil. ¿Qué pensaba demostrar? Lo mejor era dar media vuelta y largarse al hotel, ver una película o escuchar música y olvidarse de una vez por todas de las cartas, de Carmen y de lo que ya no existía.

Pensó en parar un taxi de los muchos que a aquella hora circulaban por la Vía Layetana, pero entonces la vio, al otro lado de la acera, frente al restaurante. Lo miraba con una sonrisa abierta. Era ella. Carmen. A pesar de los años transcurridos, la imaginación de Miguel la había recreado con eficacia. Tal y como pensaba que sería, así era.

Y sucedió eso que a veces le había sucedido, aunque de otra manera. También esta vez desapareció el mundo, o sería mejor decir que el mundo enmudeció, dejando solo una presencia que lo rodeaba como el decorado indeciso de un sueño. No oía el ruido del tráfico intenso, ni las sirenas de los coches, ni el paso de los transeúntes. La ciudad entera se desdibujó creando un camino directo entre ambas aceras donde él era el origen y Carmen el destino o viceversa.

Esa impresión apenas duró unos segundos, pero lo sacudió con fuerza. Miró a su derecha y vio a su padre, no muy lejos, a pocos metros, apoyado en una de las farolas que ya se habían encendido pese a que el verano prolongaba los atardeceres. Sonreía. Amador sonreía animándolo a cruzar el río y pasar a la otra orilla. «Adelante, hijo», parecía decir. Miguel no había vuelto a verlo desde que lo dejara en el Valle de los Caídos rodeado por las cenizas de su madre. Quiso hablarle, pero su figura se escindió del presente y se perdió entre los paseantes.

Armado de una seguridad que estaba lejos de sentir, Miguel cruzó la avenida sin apartar la vista de la cara de Carmen, que lo esperaba observándolo, analizando cada gesto suyo, su modo de andar, la hechura de sus hombros, el paso del tiempo en su rostro. Si experimentó alguna clase de decepción, supo disimularla con una cálida mirada y un saludo tranquilo, directo. Miguel dudó y ella tomó la iniciativa. Lo besó en la mejilla, dejando en él un tibio rastro de carmín y de perfume agradable. Dijo que lo veía bien, que sin bigote parecía un poco otro, pero que en su mirada veía que seguía siendo el mismo. No se atropellaba ni parecía forzada, solo un poco expectante. Miguel no estaba hecho para los elogios de los detalles pero, aun así, acertó a decir que ella estaba realmente hermosa. Lo estaba, sin duda. Miguel no recordaba que ella era algo más alta; con los elegantes zapatos de tacón que calzaba, aquella noche todavía lo parecía más. Llevaba un vestido de color negro con un escote discreto pero nítido, y lo ceñía con un cinturón de ancha hebilla. Los brazos, descubiertos, eran firmes y las piernas mostraban que Carmen estaba acostumbrada al

ejercicio diario. Por contraste, él se sintió pesado y blando.

Pareció que la conversación iba a morirse antes de haber empezado realmente. Pero Carmen salvó la situación cogiéndose de su brazo y llevándolo hacia la entrada del restaurante, que a aquellas horas ya estaba lo suficientemente concurrido para que no se sintieran incómodos, pero sin el bullicio que les hubiera impedido buscar cierta intimidad. La *maître* saludó con cariño a Carmen; se conocían, Carmen era una clienta habitual y, cuando esta presentó a Miguel como un viejo amigo, él se azoró y experimentó una difusa culpabilidad.

Mientras la *maître* los acompañaba a una mesa adecuadamente reservada en un lugar tranquilo, Miguel se preguntó a cuántos hombres habría visto acompañando a Carmen y en qué categoría encajaba ser un *viejo amigo*. Pensó empezar con las disculpas, pero Carmen lo atajó con rapidez y con una sonrisa que no admitía negativas. La vida era como era y lo pasado era pasado, vino a decir, alzando una copa de vino de Burdeos que ya les esperaba en la mesa.

—Brindemos por el aquí y el ahora.

Brindaron, aunque Miguel apenas se mojó los labios. Carmen se había hecho una especialista en salvar silencios, no permitía que la conversación decayera, preguntaba y escuchaba con aparente atención. Quería saber cómo había sido la vida de Miguel y, aunque a él no le parecía gran cosa, ella se mostraba realmente interesada, era atenta, asentía, negaba y sabía hacer el comentario o la pregunta oportunos. Pero apenas hablaba de ella. Sin que se dieran cuenta, se les fue pasando el tiempo y, hacia mitad de la cena, Miguel había logrado relajarse lo bastante para decir de manera sincera parte de lo que había estado ensayando con Helena en el hotel.

—No sé realmente por qué no contesté tus cartas. Creo que me asusté de lo que podía llegar a sentir. Las emociones me daban miedo.

Carmen ladeó la cabeza un segundo y se concentró en la pared de ladrillo rojo que le daba cierto toque rústico al comedor. Paseó a continuación la mirada sobre otras mesas y otros comensales y regresó a su copa de vino esquivando intencionadamente la mirada de Miguel. Acarició con la uña esmaltada la superficie de la copa y suspiró.

—¿Sabes? Me había dicho a mí misma que hoy no hablaría contigo del pasado. Me alegró y me sorprendió tu nota y te puedo asegurar que estos días he estado nerviosa como una colegiala. ¡Deberías ver cómo he dejado mi dormitorio! He vaciado todo el armario probándome ropa. Pero, al verte, y pese a querer negarlo, no puedo evitar pensar en eso. Porque es el pasado lo que nos ha juntado esta noche, ¿verdad? Somos dos personas buscando saber si somos los que fuimos... Así que no sirve nada decir que no importa, porque sí importa. Me dolió, claro que me dolió tu silencio durante todos esos años, cada vez que te escribía. Es irracional, impropio de personas como tú y como yo, que siempre nos hemos guiado por la lógica, pensar durante tanto tiempo que algo iba a suceder, agarrarse a esas pocas horas que pasamos juntos con la ilusión de que ese instante fuese la vida entera. A lo mejor mi vida estaba demasiado vacía para llenarse con tan poca cosa.

Aquella afirmación tuvo un tinte un poco amargo, pero Carmen lo salvó bebiendo y devolviendo su sonrisa impenetrable a la mesa.

—Pero ya no quiero saber más de aquellos que fuimos, Miguel. Estoy aquí para saber quiénes somos ahora, en este preciso momento. No debería haber escrito esas cartas.

—Y tal vez yo no debería haberlas conservado.

—Entonces, quemémoslas esta noche. Brindemos por las puertas que se cierran.

Ambos rieron sin acabar de ser sinceros, con voluntad pero sin pasión. Terminaron de cenar, abrieron otra botella de vino y, para cuando se dieron cuenta, estaban casi solos en el restaurante y se sinceraban uno con el otro. Miguel fue el primero en percatarse, en medio de una copa de vino, de que estaba hablándole a Carmen de Natalia y de su desgraciada relación con Gustavo.

—Dale tiempo. Lo entenderá.

Miguel movió la cabeza con la mirada un poco ensoñada.

—Es curioso. Helena me dice lo mismo.

Carmen enderezó el cuello e hizo un mohín.

—¿Helena?

—Una amiga.

Carmen adelantó el cuerpo sobre la mesa con una mirada intencionada.

—Háblame de esa amiga.

—Es una amiga, eso es todo. Hacemos juntos parte de un viaje.

Carmen insistió, de manera que Miguel le dio algunos detalles de cómo se habían conocido y del modo en que habían decidido emprender aquel viaje, que para él culminaba aquí y que Helena debía continuar hasta Suecia. Él no era consciente, pero al explicar cómo era su amiga lo hacía con un énfasis que hizo sonreír a Carmen con un deje de tristeza.

—Parece que es algo más que una amiga, al menos para ti.

Miguel se echó hacia atrás en la silla, sin entender la mirada arrobada de Carmen. Movi6 la mano insistentemente.

—No, no... No hay nada de eso. Somos como el día y la noche —se apresuró a aclarar.

Carmen aguzó la mirada.

—¿Y no es eso lo que nos atrae del otro?

Miguel se sintió un poco turbado por lo que aquella mirada insinuaba. No sabía por qué pero no se sentía cómodo hablando de Helena con Carmen.

—Se ha hecho tremendamente tarde —dijo observando las últimas mesas que ya se vaciaban.

—Treinta años tarde, efectivamente —bromeó sin bromear del todo Carmen.

Salieron a la avenida, mucho más tranquila que unas horas antes. La ciudad estaba más silenciosa y lucía de un modo distinto bajo la luz de las farolas. Decidieron caminar un poco hasta la parada de taxis de la plaza de la Catedral.



Carmen encendió un pitillo, ralentizando el paso para acompañarlo al de Miguel.

—¿Sabes lo que me gustaba más de ti, Miguel? Tu miedo a dar un paso en falso. Te hacía tímido y tierno al mismo tiempo. Eras un hombre con la mirada de un niño que se sentía fuera de lugar entre todos aquellos banqueros, aunque supieras mucho más que todos ellos. Tengo la sensación de que, en lo esencial, sigues siendo como entonces. El mismo ardor al hablar de tu hija, los mismos gestos contenidos, el modo en el que te parapetas detrás de esas gafas para que nadie pueda leer en tus ojos. Incluso te incomoda sentirme tan cerca, ¿verdad?

—No quiero incomodarte, eso es todo —se excusó Miguel, quien había aceptado con una rigidez nerviosa el cuerpo de Carmen pegado al suyo mientras ella se cogía de su antebrazo.

Carmen se rio, y al hacerlo recuperó una expresión pasada, jovial y despreocupada. Dio una larga calada al cigarrillo antes de detenerse y obligar a hacerlo a Miguel. Lo miró a los ojos, muy cerca:

—Ni siquiera me has dicho por qué querías verme. ¿Qué hemos venido a hacer esta noche, Miguel?

Miguel desvió la mirada hacia el parque junto a la muralla romana donde un par de jóvenes sin techo dormían parapetados entre mochilas y perros callejeros.

—Miguel, mírame, deja de escapar. Dime, exactamente, ¿qué esperabas de esta noche?

Miguel volvió a ella con esfuerzo. Sus pupilas titubeaban.

—Sinceramente, no lo sé. Sentía que debía ponerme en paz con esto. Que te debía una disculpa.

—¿Nada más? ¿Nada que quedó pendiente? Porque te diré para qué he venido yo. Para cerrar un círculo entre tú y yo.

Fue ella quien lo besó. Aunque él lo deseara desde mucho antes, no se hubiera atrevido a dar el paso. Helena se hubiera reído de él, de eso que ella llamaba un recato que rozaba el patetismo. Y, sin embargo, cuando sus labios se tocaron, Miguel sintió que todo aquello le costaba demasiado, que nada fluía y que besar a Carmen era como besar el aire de algo que ya no existía y que quizá no existió jamás fuera de su imaginación. Las cartas eran reales, sus fantasías de todos aquellos años también, como aquella mujer con la que pasó unas horas inolvidables en 1980. Esperaba volver a encontrarla, en el mismo punto, igual, inalterable. La mujer de las cartas, su voz reconocible en ellas. Pero esta bella mujer que tenía pegada a sus labios solo era un reflejo de todo eso y, por más artimañas y autoengaños que utilizase, por más empeño que pusiera, eso no iba a cambiar. Podrían seguir, atreverse a un poco más, subir a un taxi y encerrarse en una habitación, unir sus cuerpos pero no fundirlos. Eso era ya imposible y lo que quedaría después sería mucho peor que el recuerdo que ambos habían preservado y hecho crecer. Los dos lo comprendieron antes de que sus bocas se separasen.

—No funciona, ¿verdad? Ese tren ya se marchó.

Miguel se disculpó pero ella le acarició la mejilla con cariño.

—No te disculpes por haber sentido y dejar de sentir, Miguel. Yo necesitaba saberlo. Eso es todo.

Miguel se fijó en la rama muerta de un platanero. Nada la haría revivir y, sin embargo, permanecía aferrada al tronco, solidificada con él. Pero solo era un resto fosilizado e inerte. Cuando los jardineros municipales lo podasen, el árbol solo sentiría alivio al librarse de aquel peso muerto. Casi sintió pena por sí mismo, pero Carmen lo rescató con un par de bromas sobre las añoranzas de los viejos. Siguieron caminando al compás hasta la parada de taxi y se despidieron, prometiéndose volver a verse, no dejar que el tiempo acabase de destruir lo poco que les quedaba en común. Pero cuando Carmen subió al taxi, ambos sabían que no volverían a verse nunca más, que algunas vidas solo se rozan en un momento mágico para no volver a unirse.

¿Por qué escuchaba esa canción ahora, tantos años después? Era la preferida de Louise; la mañana que tuvieron el accidente, había empezado cantándola a pleno pulmón al compás de la voz de Frank Sinatra. Desde entonces, Helena no había querido volver a escucharla. Las cosas vuelan en los olores y en los sonidos y se posan en nosotros de un modo inesperado. Esta noche, sentada en la terraza del hotel, contemplaba la playa desierta cuando la canción la había asaltado por sorpresa en el hilo musical mientras daba buena cuenta de los botellines del mueble bar y acumulaba colillas en el cenicero de plástico. Pensar en Louise y rozar con la uña la herida de la pierna... se dio cuenta de que estaba cayendo en la autocompasión. Se repitió que era estúpida esa sensación de orfandad repentina al pensar en Miguel y en su cita con Carmen. Miguel se lo merecía. ¿Acaso no lo merecía todo el mundo? Encontrar respuestas y ver el sueño tanto tiempo aplazado cumplido. Vivir una larga vida y encontrar al final algo de paz, un sentido a todo, un amor que resumiera lo mejor de los años vividos. Pero ¿por qué no lograba alegrarse por él? Tenían un acuerdo, y este era el final de su viaje juntos. Miguel había llegado a su destino, y ahora ella debía decidir si seguía hacia ese otro destino necesario e inventado que podía ser Malmö o cualquier otro sitio. Nadie notaría la diferencia. Si muriese aquí, delante de esta playa alumbrada por farolas idénticas y palmeras enfermas, nadie notaría su ausencia. Miguel. Él sí. Helena quería creerlo.

Llamaron a la puerta. Helena consultó con extrañeza el reloj de pulsera. Eran casi las tres de la madrugada. Buscó en la cama la parte superior del pijama, se la puso y abrió. Ahí estaba Miguel, guapo y torpe, enconadamente silencioso, con un brillo diferente en la mirada, rebelde. Helena deslizó la mano hacia la botella de cava que llevaba en la mano.

Miguel sonrió y alzó la botella.

—¿No vas a invitarme a pasar?

Helena miró fijamente a su amigo. Algo era diferente en él. Tenía un entusiasmo

nuevo en la expresión y un deseo tranquilo en sus hermosos ojos. Se había quitado las gafas y traía el nudo de la corbata flojo y un leve olor a alcohol. Se hizo a un lado y le franqueó el paso con un gesto teatral. Miguel avanzó hasta el centro de la habitación y miró alrededor, deteniéndose en la mesa de la terraza llena de botellines y de colillas. Dejó la botella de cava en la cómoda y se acercó a la ventana. Oyó a Helena cerrar la puerta y acercarse hasta situarse a su derecha.

—¿Me quieres contar cómo ha ido?

Miguel se encogió de hombros.

—Ha ido exactamente como tenía que ir.

—¿Y eso qué significa? A estas horas deberías estar atiborrado de viagra y dándolo todo. Si estás aquí es que algo ha salido mal.

Miguel ladeó la cabeza hacia Helena. Estaba un poco nervioso y no comprendía exactamente la razón. O tal vez la comprendía demasiado bien. Había tenido tiempo de pensar en sus sentimientos en el trayecto de regreso, en la ligereza que había experimentado al alejarse de Carmen y en la premura que aceleraba sus pasos a medida que se acercaba a Helena. Entendía perfectamente a qué había respondido el impulso de detenerse en un comercio de pakistaníes a comprar la botella de cava y por qué había llamado a la puerta de Helena sin detenerse en la suya. Sabía lo que quería y por fin se atrevía a dar un paso adelante. No pensaba dejar que la literatura del amor sustituyera otra vez la realidad. Estaba cansado de coleccionar momentos para recordarlos después. Quería vivirlos aquí y ahora. Legítimamente, tenía derecho a esperar mucho más de sí mismo.

Acarició fugazmente el cabello de Helena, y ese gesto le pareció inaudito por lo osado. Quiso retroceder ante la mirada de perpleja curiosidad de ella pero algo lo detuvo. Esta vez, sus dedos se acercaron con cuidado a la curva del mentón y los posó muy cerca del labio inferior de Helena.

—He vivido toda mi vida sin el coraje necesario para ser yo mismo. No quiero decir que fuese cobarde cuando decidí no dar un paso adelante con Carmen; no era eso lo que quería, nunca lo fue. Me gustaba mi vida en el banco, con Águeda y con Natalia. Pero creo que me faltó inteligencia, visión y valor para sacar lo máximo de los días. Y, de repente, cuando ya no esperaba nada, apareciste tú, con esa niebla que te envuelve y que nunca se despeja del todo. Tan real, tan cerca, como si yo mismo quisiera estar rodeado de esa niebla, tocarla, respirarla.

Helena se abrazó a sí misma. De repente sentía frío y calor a la vez.

—Vaya... —murmuró, apartándose un poco y centrando la atención en el paseo marítimo que un camión de limpieza municipal, con sus luces naranjas, recorría lentamente lanzando destellos circulares—. Nadie me ha tirado los tejos de una manera tan metafórica; porque eso es lo que estás haciendo, ¿verdad? Tirarme los tejos.

Miguel no se acobardó. Ni siquiera pensaba en ser rechazado o aceptado. Simplemente, por una vez en su vida, quería ser él mismo, expresarse libremente sin

temor al ridículo o al peso de las palabras y los gestos. Ya había perdido demasiado tiempo, casi todo el que le quedaba.

—¿De repente te parezco demasiado atrevido? Creía que eras tú la que me acusabas de ser una sopa sin sal.

—Se me ocurren dos posibles causas para esta catarsis tuya. La primera es que Carmen te ha rechazado y ahora vienes en busca de un placebo para no desperdiciar esa pastilla de citrato de sildenafilo que te has tomado en previsión de posibles gestas heroicas. La segunda, no menos plausible, es que has bebido más de lo que acostumbras y, de repente, paseando por las calles vacías, te ha entrado un ataque de nostalgia, te has visto viejo y solo, y has decidido que yo me siento como tú y que dos soledades pueden hacer una compañía... Lo siento, pero en ambos casos te equivocarías.

Miguel había aprendido a interpretar ese gesto de fingida pereza de Helena y sabía lo que ocultaba su mirada falsamente irónica y sus comentarios cínicos.

—No he tomado nada, y desde luego no siento que seamos dos viejos que necesitan agarrarse el uno al otro para no ahogarse. Ninguno de los dos es de esa clase. Y es cierto, viniendo hacia aquí me he dado cuenta de algo. Puede que me diera cuenta antes, en Madrid, o el día que enterramos a tu amigo Marqués. No sé cuándo pasó, pero mientras cenaba con Carmen y le hablaba de ti me he dado cuenta de que en realidad todo el tiempo había estado ahí, entre nosotros.

Helena se ruborizó un poco. Ya no se atrevía a escudarse tras sus artimañas habituales.

—¿Qué ha habido entre nosotros?

No necesitaba una respuesta y Miguel no se la dio. No había previsto cómo serían las cosas, qué haría al tenerla delante. Simplemente dejó de pensar, y fue revelador. Su mano se posó bajo el lóbulo de su oreja y atrajo hacia su boca los labios de Helena. Tan deseable siendo el aquí y el ahora, los labios entreabiertos, entre la sorpresa y el anhelo. El sentimiento. Creciendo despacio, sin la premura de la juventud, sin la exigencia del deseo perentorio. Eso es lo que había crecido entre ellos.

Helena cerró los ojos y se dejó llevar por la voz de Frank Sinatra acompañada por Louise, entregada con aquella voz suya que se imponía al motor del coche mientras conducía por las curvas de Tarifa a fuerza de potencia:

*Fly me to the moon...*

*Barcelona*

La oscuridad también podía resultar halagadora. Tumbados en la cama, Helena no quería encender todavía la luz. Se habían amado a oscuras, no porque temieran descubrir lo que ya sabían del otro, que no eran jóvenes ni lo eran sus cuerpos, sino para entregarse al desvelamiento de los dedos y de las bocas sin prisa. Habían jugado a ser sombras imaginadas por el otro —apenas intuidos—, riéndose de esas sombras que nada sabían de ellos. No tenían la impresión de que hubieran pasado las horas, pero la luz tibia del amanecer se iba abriendo paso en la habitación devolviéndoles lentamente su naturaleza sólida. Miguel estaba inclinado sobre el pecho de Helena y besaba uno de sus pezones oscuros. Ella se estremeció con una risita agotada. Bajo la sábana se confundían sus olores para crear otro diferente y novedoso, el de su mezcla, la de los dos, borrando el influjo de lo pasado.

—Ojalá te hubiera conocido antes —dijo Miguel un poco compungido. De repente se había sentido lacerado por la lejana sospecha de los hombres que habían formado parte de esa ecuación de olores.

Helena se dio cuenta y se apartó con precaución.

—Ah, celos retrospectivos.

Él negó con la cabeza y se acodó en la almohada.

—No me refería a eso. Es otra cosa...

Helena saltó de la cama y fue en busca de la cajetilla de cigarrillos. Miguel admiró sin pudor sus hermosas piernas y sus nalgas, que ya no eran firmes pero que seguían siendo una delicia. En algún interludio de la noche se había entretenido en contar sus pecas. Ella se había percatado, se había dejado observar, también de frente, y había sonreído traviesa antes de volver a meterse en la cama con el cigarrillo encendido.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó tapándose hasta el pecho con la sábana.

Miguel acarició el escote de Helena con la mirada. No tenía mucha experiencia con las mujeres. Salvo aquel fin de semana con Carmen, jamás le había sido infiel a Águeda y antes de ella no hubo otra. Sin embargo, algo le decía que Helena era y había sido excepcional en muchos sentidos, también como amante. Todavía se ruborizaba con un poco de aprensión al pensar en la erección de su pene, de una pujanza insospechada, en las cosas que habían hecho y dicho hasta unos minutos antes.

—Acabo de vivir los momentos más intensos de mi vida.

Helena le guiñó un ojo. Estaba hermosa sin maquillaje, con el cabello revuelto y el rostro con evidentes signos de fatiga.

—No exageres demasiado o el halago sonará a caridad.

—Hablo en serio, Helena. Estos meses juntos, lo que pasó con Natalia, tu ayuda, esta noche...

Helena se volvió hacia él con el pitillo apoyado en la cadera. Sus ojos se llenaron de ternura; estaba tan cerca de Miguel que sus alientos pesados tras la noche en vela se enlazaban como si uno absorbiera las palabras del otro.

—¿Insinúas que no somos solo dos amigos promiscuos? ¿Que esto no es un lío de una noche?

Miguel miró la habitación del hotel —la cama con las sábanas revueltas, la ropa entremezclada en el suelo, la ventana de la terraza abierta, el olor del tabaco en la habitación, la botella de cava vacía y las dos copas— como un intruso y le invadió un sentimiento de nostalgia anticipada.

—Podría ser siempre este hombre que soy ahora. Podría serlo realmente, lo siento aquí ahora, feliz, vivo, intensamente. Podría reconocer este sentimiento, llamarlo amor.

Helena se incorporó un poco más en la almohada. Sus ojos se concentraron de un modo intenso en un pequeño pelo en el hombro de Miguel. Le inspiró una enorme ternura. Algo dentro de ella se emocionaba por momentos.

—¿Y eso qué tiene de malo? —se atrevió a preguntar.

Miguel volvió a mirarla, quieto en el umbral de algo que no había pasado pero que pasaría. Una sombra proyectándose sobre el presente feliz para arrebatárselo.

—Pienso que tal vez he tardado una vida en descubrir el hombre que soy pero que dentro de dos años, puede que antes, ya no lo recordaré. El alzhéimer se comerá estos momentos. Ni siquiera sabré que esto ha existido. Es cruel encontrar algo, disfrutarlo un instante y olvidarlo para siempre.

El rostro de Helena se sobrecogió. Buscó el cenicero para apagar el cigarrillo y eso le dio unos segundos para rearmar la mirada. Se volvió hacia Miguel y se acurrucó en su regazo.

—Yo seré tu memoria, Miguel. Recordaré por los dos.

A la mañana siguiente, cuando Miguel despertó, el lado de la cama en el que había dormido Helena estaba frío. La luz del exterior era intensa y se oía el murmullo de la gente paseando por el paseo marítimo.

Miguel se desperezó con la sensación de no haber dormido tanto y tan bien en años. Desde luego que le dolía el cuerpo entero y sentía una pesadez especial en los genitales, pero lo había imbuido una energía renovada. Se puso el pantalón y se asomó a la terraza. Helena estaba acodada en la barandilla, con el sempiterno cigarrillo en una mano y un café en la otra. Se había duchado y, cuando Miguel se acercó y la besó en el cuello, comprobó que el olor de la noche había sido sustituido por un agradable aroma a jabón de baño. Helena se había puesto un vestido largo,

ancho y vaporoso que la brisa marina pegaba a sus piernas.

—¿Viajando lejos? —le preguntó Miguel al descubrirla tan pensativa.

Helena se apartó el cabello todavía húmedo de la cara.

—Pensaba en lo parecidas y al mismo tiempo distintas que son todas las orillas. Resulta paradójico que me aterre el mar pero que siempre lo busque para tenerlo al alcance.

Algo había pasado entre el momento en que se habían quedado dormidos abrazados y el momento presente. Helena no era la misma. Miguel podía notarlo. ¿Se arrepentía de lo que había pasado? Esa sospecha le provocó un ligero malestar en el estómago. No quería que las horas pasadas resultasen banales a la luz del día, ni percibir que las palabras o los gestos ya no tenían la misma resonancia. Ella se sentó en la butaca de madera que tenía a la espalda. Se levantó el vestido por encima de la rodilla y se aplicó un masaje con la mano sobre la cicatriz de la pierna.

—Los ejercicios gimnásticos me pasan factura. Ya no se me dan tan bien los números de sexo acrobático —dijo burlándose un poco de ella misma y del ímpetu de la noche pasada.

Miguel apenas la secundó con una breve mueca.

—¿Solo es eso? Pareces diferente esta mañana.

Helena se quedó pensativa mirando hacia la playa, llena de bañistas y sombrillas y vendedores ambulantes de bebidas con sus neveras portátiles a cuestas, y se acordó de las veces que sus padres la llevaban a la playa en Tánger, donde había vendedores parecidos que vendían helados caseros, que a ella le encantaban. También recordaba la sensación de intensa curiosidad al ver a las mujeres musulmanas acercarse a la orilla para mojarse los pies completamente vestidas en una zona de la playa alejada de los hombres. Y los niños desnudos saltando entre las olas mientras sus hermanas los miraban con envidia desde la arena. Cosas como esa eran las que le había contado a Louise durante aquel verano fatídico; y en este momento, todo, los recuerdos y el presente, las imágenes de la niñez y los fogonazos de la noche pasada con Miguel, las escenas del viaje con Louise, pertenecían a una secuencia que se solapaba una y otra vez. Como si el tiempo no fuera una recta sino un círculo.

—Tengo que contarte algo, Miguel. Algo de mi pasado que necesitas conocer... O al menos es algo que yo necesito explicarte. Algo que pasó hace treinta y dos años.

Fue difícil convencer a Walter de que aquel viaje a España era absolutamente necesario para su carrera profesional. A su esposo le extrañó que de repente la empresa para la que trabajaba Helena considerase imprescindibles sus servicios en Andalucía.

—Siempre te quejas de que no te valoran y ahora, de pronto, quieren que te vayas una semana entera.

—Precisamente por eso, no puedo negarme.

—¿Pero así, sin planificar nada? ¿A qué viene tanta urgencia?

La urgencia venía de Louise. Después de que David las hubiera visto juntas en la cama, las cosas se habían precipitado. Helena había intentado hablar con su hijo, explicarle, pero David se había negado en redondo a hablar de ello. «No sé de qué me estás hablando». Era como si su hijo se hubiese dicho a sí mismo que no había visto lo que había visto. Pero Helena estaba asustada. El temor a que David decidiera contárselo todo a su padre pendía sobre su cabeza como una espada que no había modo de saber en qué momento descargaría el golpe. Esa fue la razón por la que le dijo a Louise que debían dejar de verse, al menos como amantes. Helena se sentía confusa en lo que se refería a los sentimientos, pero no pensaba poner en riesgo su estabilidad familiar ni las seguridades que le aportaba su situación.

Al principio Louise trató de tranquilizarla. David no diría nada, Louise le importaba demasiado. «Y además, puede que ni siquiera viera lo que crees que vio». Helena se enfurecía. «Tú estabas allí, viste su cara de asombro igual que yo». Y Louise replicaba, cada vez más furiosa a su vez: «Pues deberías elegir tus prioridades, Helena».

Durante unas semanas dejaron de verse. Louise se mudó a un pequeño apartamento en Shepherd's Bush, cosa que agradeció especialmente Walter, cuyos encontronazos con Louise se habían convertido ya en su forma cotidiana de comunicarse. Pero Helena seguía pensando en ella a todas horas; y, aunque intentó aceptar la nueva situación que ella misma había propiciado, no dejaba de preguntarse si acaso no merecía ser un poco feliz. Sin darse cuenta, volcaba su malhumor en Walter y en David, los acusaba veladamente de ser los causantes de su infelicidad, siempre arguyendo las excusas más estúpidas, provocando situaciones en las que poder verter sin sospecha toda su amargura.

Finalmente, fue Helena la que una mañana cogió el coche de Walter y condujo hasta Shepherd's Bush.

Volvieron a acostarse juntas y todas las ansiedades se apaciguaron, pero tras la urgencia satisfecha la realidad volvió a posicionarse rocosa ante ellas. Louise se acurrucó en la cama con sus largas y preciosas piernas flexionadas sobre el vientre y las rodillas recogidas entre los brazos, mirando a la nada. Todavía sudaba y tenía la piel cubierta de arañazos y rojeces cuando le dijo a Helena que debía tomar una decisión. Sus palabras fluyeron lentamente, como si cada una tuviera un peso específico. No había marcha atrás: o Helena se quedaba con ella o se quedaba con su antigua vida, pero no podía tener ambas cosas. «Necesito tiempo», le respondió Helena mientras se abrochaba el sujetador dándole la espalda; sonó a excusa polvorienta dicha ya otras veces, buscando aplazamientos imposibles.

Había pasado de eso media vida, pero Helena todavía sentía la bofetada de la mirada de Louise con el rostro en la penumbra del modesto dormitorio y el resplandor de su frialdad cuando le dijo que abriera el cajón de la mesita y Helena descubrió los billetes de avión para España y las reservas de los hoteles. «Una



semana. Dame siete días, Helena, y entonces decides».

—Es extraño descubrir un país que creías conocer y hacerlo de la mano de alguien familiar que de repente te ofrece una dimensión desconocida de sí mismo. Ambos, paisaje y Louise, parecieron aliarse en aquel viaje para construir un cordón de felicidad a modo de representación de la vida que yo podría tener si lo deseaba. Fueron incontables los cielos lisos y los anocheceres violetas, las horas en pequeñas tascas en pueblos perdidos de la serranía de Ronda, sentadas en mesitas en la plaza de la iglesia viendo pasar a mujeres de una España anclada en el tiempo, vestidas con lutos perpetuos. Recuerdo el andar cansino de los perros acercándose en las horas de calor a beber en la fuente y los juegos de niños dibujados con tiza en el empedrado, las confesiones íntimas al calor de un cortado que poco a poco se quedaba frío, las charlas con ancianos que olían a caliqueño y anís dulce, los pitillos de picadura en la puerta de un estanco, las manos entrelazadas bajo el mantel en un restaurante de Cádiz, las miradas intensas y los silencios más intensos aún rodeadas de gente en la calle Larios de Málaga, una película de Buñuel sentadas muy juntas en la última fila de butacas aprovechando la oscuridad para besarnos... y la ocasión mágica, alucinante, en la que nos cruzamos con el poeta Alberti en una librería de lance hojeando un libro con las obras completas de Juvenal y Persio en latín. Ninguna de las dos nos atrevimos a acercarnos pese a que ambas conocíamos de memoria muchos de sus versos, que pasamos el resto de la tarde recitando, todavía excitadas.

—¿Y Walter no sospechaba nada?

—Cada noche llamaba a casa desde el hotel en el que estuviéramos alojadas. El trámite se me atragantaba con las mentiras y el tedio fingido, quejándome del trabajo, del aburrimiento, y diciendo que tenía ganas de regresar. Sospecho que Walter no me creía, pero posponía algo que empezaba a cobrar forma en su mente y que no estaba preparado para afrontar. Yo preguntaba por David pero mi hijo siempre estaba durmiendo, o bien estudiando o pasando la noche en casa de un amigo. David no quería hablar conmigo y yo sentía su silencio como una acusación que me hacía sentir sucia, mala madre y peor persona. Pero allí estaba Louise para recoger los pedazos y recomponerme a fuerza de planes para el día siguiente: visitar un mural del Greco en una iglesia olvidada, un palacete barroco, un mercado de antigüedades callejero... Sin darme tregua, llenando los momentos para obligarme a disfrutar sin pensar. Y todos los desvelos del sexo. Pero más que eso, y mejor, era lo que llegaba después de los orgasmos. La ternura que se prolongaba durante horas en caricias silenciosas, el roce de los pies bajo las sábanas, los dedos tocándose la cara, los alientos muy cerca, las miradas sin parpadeos ni palabras en la misma almohada. Y entonces llegamos a Tarifa.

Llegaron al mar y fue como llegar a un final que proponía un nuevo principio. Tarifa, con sus vientos furiosos que rizaban las olas y despejaban la naturaleza y los corazones de toda duda, empujando a los valientes y haciendo retroceder a los timoratos. Allí encontró Helena un momento de tregua, el que necesitaba para

distinguir, entre los olores y los colores tan puros, qué estaba buscando. Le pidió a Louise unas horas de soledad y de quietud para buscarse a sí misma, para preguntarse quién era. Paseó entre las dunas de Bolonia, comió en un chiringuito y visitó las ruinas de Baelo Claudia. En algún momento se sentó en la arena húmeda y contempló África.

—No había vuelto a estar tan cerca de la geografía de mi niñez desde hacía años, pero cuando tendí el brazo con la intención de atraer el continente hasta mí me di cuenta de que mi brazo no era un puente suficientemente sólido para hacer pasar de una orilla a la otra a los fantasmas de Thelma y Enrique Pizarro, de Abdul. Allí estaban, arraigados en Tánger, tozudos y silenciosos, mirándome como se mira a una desconocida. Tan lejos. Tan imposibles de recuperar. Miré alrededor y me sentí sola y perdida, arrojada a una orilla, como un despojo sin raíces. Un pedazo de madera podrida. Lloré mucho, lloré tanto que creí que ya no lloraría nunca más. Me equivocaba.

Fue entonces cuando se acercó aquel joven escocés con la piel tostada y se sentó a su lado y le ofreció su compañía silenciosa, sin preguntas. Le tendió un canuto de marihuana y ambos fumaron un buen rato en silencio, contemplando el mismo horizonte. Solo después llegaron las risas amables, las conversaciones que se tienen cuando no se quiere estar callado ante un desconocido. Era un joven amable, tenía un bonito acento, que le trajo a Helena reminiscencias y añoranzas de casa. Llevaba puesto un bañador estridente y tenía el cuerpo de los jinetes de las olas, con su pelo largo y muy rubio, los ojos azules rodeados de pecas oscuras, corales de cuero y falso coral. La invitó a compartir fiesta con unos amigos en torno a una fogata, bebieron, fumaron más, comieron pescaíto frito y, cuando se alejaron hacia una zona de barcazas juntos y él le contó los viajes que ya llevaba a cuestas y le habló de sus afanes con pasión, Helena sonrió y supo en ese momento que ella jamás tendría otra vida. Y mientras, poco después, montaba sobre aquel pene erguido y fuerte entre las barcazas varadas en la playa, dando la espalda al crepúsculo y a África, a todo su pasado, tomó una decisión. Volvería a casa, con Walter y David.

—Aquella noche, con el semen del joven todavía dentro, regresé al hotel despojada de cualquier atisbo de dignidad. Quería que Louise me viera así, oliendo a otro, decirle: «Esta soy yo. Ahora ya no tienes razones para seguir conmigo». Louise me esperaba en la escalinata. Fumaba abatida como si hubiera participado en la matanza de inocentes. Alzó la cabeza y sus ojos se detuvieron a la altura de mis zapatos, que llevaba en la mano. No se atrevió a mirar más arriba. No necesitaba palabras para saber lo que había ocurrido. Asintió pesadamente, le dio una última calada al cigarrillo y lo arrojó lejos. Y entonces me dijo aquello tan terrible: «Ha llamado Walter. Ha dejado un mensaje en la recepción, la chica que lo ha atendido no entiende una mierda de inglés, pero parece urgente. Deberías llamarlo». Corrí al teléfono. Eran

casi las dos de la madrugada, pero Walter respondió al primer tono. Debía de haber estado esperando pegado al teléfono. Parecía fatigado y su tono de voz era bronco. «Tienes que volver inmediatamente. David ha tenido un accidente. Es grave».

Aún tenía la misma sensación de vacío en el estómago al recordarlo. La cara de espanto, muda, el temblor en las manos que hizo que se le cayera el auricular y que este quedase colgando del cable mientras Walter seguía hablando aunque ella no pudiera oírlo. La voz de la recepcionista preguntándole si estaba bien y, al volverse, la figura pétrea de Louise, mezcla de desilusión, inquietud, dolor y tristeza en la mirada.

—No había ningún vuelo a Londres desde Cádiz. El más próximo salía desde Málaga, vía Madrid, la tarde siguiente, pero yo no quería esperar ni atender a las razones de Louise. Tenía que marcharme ya. Necesitaba ponerme en marcha, crear la ilusión de que ya estaba regresando. Me di una ducha rápida y me froté con asco el cuerpo, que un desconocido había lamido un rato antes, y metí mis cosas de cualquier manera en la maleta mientras Louise me observaba en silencio. «Yo no voy», me dijo. Supe que ese era nuestro final, pero en aquel momento me importó muy poco. Quise pedir un taxi pero ella insistió en llevarme al aeropuerto. Allí nos despediríamos para siempre.

Helena movía lentamente la cabeza con la mirada perdida.

—El aire de aquel regreso estuvo impregnado de campo, de olor a estiércol en los sembrados y de luces diseminadas en las faldas de las montañas. Recuerdo el paisaje como una cortina descorrida donde solo se intuían los volúmenes, la carretera estrecha sin arcén ni divisoria, el viento cálido golpeándome en la cara; y la velocidad, que no era suficiente porque lo que yo necesitaba era volar, comerme la distancia y reducirla a cero, ganarle minutos a las horas. Mi hijo me necesitaba y yo no estaba.

Pasaron por pueblos vacíos. Helena apremiaba a Louise, le pedía que corriera más. Al salir de uno de aquellos pueblos fantasmagóricos y desiertos toparon con una recua de mulas en la orilla derecha de la carretera, enganchadas unas a otras por una soga cuyo cabo sujetaba un crío vestido de negro con cara somnolienta y escoltadas por dos perros famélicos que zigzagueaban en la carretera. Los faros del coche alumbraron los cuartos traseros de la última mula. Eran blancos como el lomo de *Platero*. Helena pensó en eso durante un segundo, aunque *Platero* no era un mulo, sino un burrito. Blanco como *Platero*. La mula se asustó, erizó las orejas y ladeó la cabeza. Tal vez lo siguiente era inventado, pero Helena estaba segura de que vio pasar el destino en los ojos de terciopelo de la mula. Aquellos ojos esponjosos, dos botones enormes y negros cosidos que reflejaron la luz de los faros.

No le dio tiempo a gritar. Todo pasó muy rápido y al mismo tiempo fue muy lento. El golpe de volante de Louise para esquivar la mula, uno de los perros paralizado en medio de la calzada, otro volantazo y el coche saliendo despedido del firme, volando por fin. Un vuelo ligero, de pluma, bajo un cielo preñado de estrellas,

rodeadas de montañas silenciosas y siluetas de pinos como guardias de la noche, y el impacto con la ladera, las vueltas de campana rodando hacia abajo, los cuerpos lanzados uno contra el otro sin voluntad, al antojo de la inercia. Y de repente el frenazo brusco, como un aldabonazo, al detener la caída impactando contra una enorme roca. Y luego el sonido de un riachuelo, y arriba, lejos, el aullido lastimero de un perro malherido.

—Desperté tres meses después en un hospital de Málaga. Estaba demasiado grave para soportar un viaje a Inglaterra. Y lo primero que vi fue el rostro delgado, enfermo y pálido de Walter. Me costó reconocerlo. No fue él quien me contó lo que había pasado, no al principio. Tuvo que ser un médico el que me dijera que había estado en coma y que era casi un milagro que hubiera sobrevivido al accidente. Me enseñó las radiografías de mis huesos rotos, la reconstrucción en la pierna, las operaciones. «Mucha suerte», repitió dándome una palmada en el hombro antes de dejarme a solas con Walter. Imagina lo que es cerrar los ojos y que al abrirlos hayan pasado tres meses con sus días, sus horas, sus minutos.

—Debió ser terrible.

—Tres meses estuve borrada. Y al despertar sientes que el mundo te lleva demasiada ventaja. Tardé un tiempo en repoblar la memoria. Me dijeron que era normal, que todo volvería a encajar. Ojalá no hubiera sido así. Hubiera querido no despertar o, al menos, obtener la gracia de la desmemoria. Eso que tanto te asusta a ti, yo lo hubiera recibido como una bendición. Lo primero que supe era que Louise había muerto en el accidente. Se partió el cuello con el primer impacto. Walter se encargó de los trámites para expatriar el cuerpo. Así es como supo lo nuestro. Tuvo la decencia de pagar una tumba en el cementerio de Stoke Newington con una bonita lápida de mármol gris. La familia de Louise hacía mucho tiempo que no quería saber de ella.

Miguel no reprimió el impulso de acariciarle el brazo.

—Supongo que fue muy duro saberlo así.

Helena se acordaba de la mirada de Walter. Estaba vacía, la premonición del vacío en el que ambos vivirían a partir de ese momento. Muchas veces se había preguntado si Walter había deseado que ella muriese también en aquel accidente, no tener que enfrentarse a tantas preguntas que jamás pronunció. Convertirse en un viudo solitario sin necesidad de afrontar la vergüenza de sus vecinos, los comentarios de sus colegas en la universidad, las bromas de los alumnos. Porque todo aquello ocupó durante algún tiempo las portadas de los tabloides sensacionalistas. Reunía todos los ingredientes tan queridos por sus compatriotas: la dosis justa de sexo, engaño y tragedia para ser centro de atención durante algunas semanas. La esposa infiel de un reputado catedrático, una actriz de segunda lesbiana, pasado en una escuela de élite para señoritas... y un hijo adolescente muerto en dramáticas circunstancias.

Miguel se sobresaltó.

—¿Un hijo muerto? No entiendo... Creía que tu hijo vivía en Malmö.

En la mirada no solo cabe lo que se tiene, lo que se ve y se reconoce. También tiene cabida la ausencia. Y eso fue lo que Miguel vio en los ojos de Helena en aquel instante. Una oscuridad tan grande, tan densa, que acongojaba el corazón. Una mirada que podía romperse con un simple chasquido de los dedos.

—David murió mientras yo estaba en coma. Me lo dijo Walter al despertar. David jugaba con sus amigos a colgarse de un puente, como otras veces, y cayó golpeándose en la caída con uno de los pilares de cemento. Perdió el conocimiento y se ahogó... Qué ironía. Mi madre casi me ahogó y a mi hijo se lo tragó el Támesis. Mientras yo hacía como mi padre, jugar a las huidas, mi hijo moría como murió una parte de mí en aquella playa de Tarifa. Yo gritaba de placer y él estaba gritando de terror. Luego me dirían que no sufrió. Mentiras, pastillas contra el dolor... ¿Cómo no va a sufrir alguien que se muere mientras tiene toda la vida por delante? Me tuvieron que atiborrar a calmantes y atarme a la cama para que dejara de gritar y de arremeter contra mí misma, de arañarme y golpearme. Dormí, pero, al despertar, la muerte de mi hijo seguía posada encima de mi pecho con sus garras de acero clavadas en mi corazón. No lo había soñado, y allí estaba Walter para recordármelo, sentado en la silla al pie de la cama, haciéndomelo saber con su silencio. Le pedí que me dejara ver el cuerpo pero me dijo que no había sido posible esperar a que yo despertase para enterrarlo. Fue su manera de decirme que yo no merecía despedirme de él. Lo odié con toda la fiereza de mi desesperación, el mismo odio que él me profesó desde entonces y hasta el final de sus días. Nadie que haya conocido algo semejante puede entender cuánto llega a unir el odio mutuo. Tardé otros tres meses en salir del hospital y regresar a Inglaterra. Cuando aterricé en Londres, lo primero que hice fue visitar la tumba de mi hijo. Estaba enterrado en una pequeña parcela de Highgate —donde daba el sol por las mañanas— bajo un gran sauce y rodeado por un parterre que cada cierto tiempo cuidaba un jardinero. La lápida era discreta y la tumba estaba repleta de ramos de flores frescas, de objetos que tuvieron algún significado para él y de notas de sus compañeros y amigos. También vi la fotografía de una chica, que era su novia, y de la que ni Walter ni yo sabíamos nada. Todos ellos parecían estar más cerca de él de lo que yo nunca había estado. Estuvieron en su entierro, lo lloraron, dijeron algunas palabras, arrojaron puñados de tierra a la fosa, tal vez rieron con alguna broma que solo ellos compartían... Y yo no estaba. Sentí que era una intrusa y que mi hijo no quería que yo estuviera allí llorándolo de rodillas.

Helena se volvió hacia la playa e hizo pantalla con la mano para encender un pitillo. Mar adentro, más allá de las boyas amarillas, un grupo de personas saltaba y se zambullía en el agua desde la cubierta de un velero. El sol apretaba y las gaviotas, que de noche dormían en las azoteas de la Barceloneta y en las agujas de la catedral, sobrevolaban avizores sobre ellos.

Miguel movía la cabeza.

—Pero tu viaje a Suecia, las conferencias con David a través del ordenador...

Helena expulsó una bocanada de humo y se acarició la frente con el pulgar. Contrajo los labios y miró de escorzo a Miguel.

—Soy una vieja patética, demasiado sola para aceptar la soledad. Al llegar a la residencia, tras la muerte de Walter, la directora Roldán me habló de un programa de colaboración con una especie de ONG sueca que se dedicaba a hacer compañía y dar soporte a ancianos sin familia. Chicos que ofrecían su tiempo a cambio de practicar español. Cuando vi el perfil de David me interesó porque se llama como mi hijo y porque creo que hubiera tenido cierto parecido de haber llegado a su edad. Además, le he cogido cariño, le he contado cosas que, hasta hoy, no le había contado a nadie.

—Pero entonces ¿por qué esa obsesión de ir a Malmö? Ni siquiera son tu verdadera familia.

Helena se encogió de hombros al tiempo que se abrazaba acariciándose los codos.

—No era solo por él. Mi padre murió en Malmö en 1978. Al salir de la cárcel buscó a Abdul y dio con él en un barrio de emigrantes de esa ciudad. Tengo su dirección y llevo conmigo el lienzo que mi madre hizo de Abdul, así que pensé en ir a verlo.

Miguel no daba crédito.

—Es un disparate, Helena. ¿1978? Ni siquiera sabes si Abdul todavía vive allí. Puede que incluso esté muerto hace mucho. Y aunque no fuera así, ¿qué objeto tendría querer conocerlo y enseñarle el cuadro de tu madre?

Helena se volvió hacia Miguel con calma.

—Ese hombre destrozó la vida de mi madre, la de mi padre y la mía.

Miguel no estaba de acuerdo. Cada uno elige su forma de hacerse daño. No objetó, sin embargo, nada.

—¿Y qué pretendes encontrar? ¿Respuestas, venganza?...

Helena negó lentamente.

—¿Qué buscabas tú cuando llevaste las cenizas de tu madre al Valle de los Caídos? ¿Qué te trajo a Barcelona para verte con la mujer de tus cartas? Solo quiero ver su cara, sentir su presencia, enfrentar la realidad a mis recuerdos de la infancia.

Helena tendió la mano fría y cogió la de Miguel, caliente. Necesitaba que él la guiase en el laberinto. Si se alejaba demasiado, no sabría encontrar el camino de regreso.

—Ya ves con quién te has acostado, Miguel, la clase de mujer de la que dices haberte enamorado.

Miguel alargó la mirada. El verano se ofrecía con su alegría incorruptible, como si todo el mundo hubiese firmado una tregua con sus pesares. ¿Por qué no podían hacerlo ellos también? Hacían tanto bien la brisa marina y la risa de la gente, los colores tan limpios, las cosas expuestas de un modo tan evidente y sencillo... Alzó la mirada y vio las trazas vaporosas de los aviones que aterrizaban y despegaban del aeropuerto de El Prat y se acordó de lo invisible que era todo esto desde ahí arriba. No había penas pero tampoco alegría, todo debía ser imaginado desde la ventanilla de

un avión, nada podía ser realmente vivido.

—Tengo una idea. Ven conmigo —dijo de repente Miguel movido por un súbito impulso.

—¿A dónde?

—Bajemos al mar.

Helena se detuvo al sentir el contacto del agua en los pies.

—No puedo hacerlo.

Miguel la miró con una sonrisa. Se descalzó y se arremangó los pantalones hasta las pantorrillas. Le tendió a Helena de nuevo la mano.

—Confía en mí.

Confiar era ceder todas las fragilidades y los miedos a otra persona, ponerse en sus manos con los ojos cerrados. Confiar era un acto de fe, de coraje, de estupidez. Pero Helena confió.

Dejó que Miguel la llevase hasta el agua y, cuando el mar cálido abrazó su vestido, no se detuvo aunque sintiera miedo. Avanzó un poco más guiada por él y, como aquellas mujeres musulmanas de la infancia, se sumergió hasta que ambos quedaron empapados. Luego él la ayudó a tumbarse y sus manos en el vientre se convirtieron en el más sólido de los suelos.

—No voy a soltarte. Nunca voy a dejar que te hundas —le dijo Miguel.

Y Helena lo creyó.

*Barcelona, dos semanas después*

—Míralos, los hijos de puta; qué bien se lo pasan.

—Gustavo, por favor... Te lo suplico.

—¿Tú crees que se la folla? Yo creo que sí, que al viejo todavía se le levanta.

Se volvió hacia Natalia y le sonrió. Sin las piezas dentales que le faltaban, parte de su atractivo se había transformado en una caricatura grotesca. Tenía los ojos inyectados por el exceso de cocaína.

—¿Cómo te sientes al pensar que tu padre se está follando a otra? No le ha durado mucho el duelo por la muerte de tu madre, ¿verdad?

Las siluetas de Miguel y de Helena se movieron un momento tras los cristales del restaurante y luego desaparecieron tras una ventana con cortinas para convertirse en dos sombras que había que imaginar.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Natalia, arrepentida de no haber borrado los wasaps de su padre en el teléfono donde le contaba en qué hotel estaba hospedado por si ella decidía perdonarlo. A lo largo de los meses, los mensajes habían ido cambiando de tono. Ya no eran sombríos ni suplicantes, sino decididos, amorosos. Como si su padre se hubiera transformado a medida que le contaba las peripecias de su viaje desde que salió de la residencia. Y Natalia sospechaba que aquella mujer que lo acompañaba había tenido mucho que ver en esa transformación.

Gustavo tensó el cuerpo dentro del coche y golpeó dos veces el volante con el puño. Clavó los ojos en Natalia, abrumada e inmovilizada por su corpulencia.

—¿Qué crees tú que hacemos? Saludar a mi suegro, hablar con tu padre, como si no hubiera pasado nada. Pelillos a la mar, me olvidaré de las semanas pasadas en el hospital y de esto —dijo señalando su rodilla izquierda.

La paliza de Iván y sus amigos lo había dejado inútil para los restos. Pero, por suerte, a cada cerdo le llega su San Martín y cuando se disponía a cruzar la frontera haciendo autostop camino de Francia, el camionero que lo recogió cerca de la Junquera tuvo la ocurrencia de parar a tomar un café y Gustavo vio en la televisión el accidente. De modo que aquel cabronazo y sus colegas ya no podían hacerle nada. Entonces se le encendió la entraña y decidió que no iba a dejar así las cosas. Iba a joder a Miguel como nadie lo había jodido en su vida. Darle donde más le dolía. No dejaba de pensar en otra cosa. No le costó volver a encontrar a Natalia.

En aquellos meses se había puesto como una vaca, el embarazo la había deformado, pero aun así se la folló bien por el culo. ¿Violación? De eso nada. Era su mujer e iba a ser la madre de su hijo. Y así iba a ser para los restos. Se habían acabado las contemplaciones: dejarla ir a trabajar, no controlar sus salidas ni mirar su



teléfono... Estaba convencido de que la muy zorra se la había estado pegando con otro en aquel tiempo y, aunque la abofeteara y ella lo negase, sabía que no estaba loco. En el móvil no encontró nada sospechoso, pero tuvo un golpe de suerte. La media docena de wasaps que Miguel le había escrito a Natalia eran un compendio de imbecilidad y patetismo. Toda esa gilipollez de ponerse en paz con el pasado, las cenizas de su madre, el fantasma de su padre. El viejo estaba majara; incluso había ido a Barcelona para encontrarse con una tía que se había follado hacía casi treinta años. ¡Eso era tener fe! Imbecilidades que le hicieron soltar una carcajada.

—Yo voy a enseñaros lo que es la realidad.

Desde el balcón, la ciudad era una masa luminosa que temblaba como un candil. Miguel estaba tumbado en la cama leyendo una revista de viajes y sonaba una composición de música clásica. Helena se acurrucó en la baranda y sonrió. Se acostumbraría a esa música como se acostumbraría a no fumar en los espacios cerrados cuando él estuviera presente, a beber un poco menos y a controlar sus sarcasmos. Incluso se sentía entusiasmada con ese nuevo viaje, que debía de ser real porque solo atañía al deseo presente, y que Miguel había empezado a preparar con el entusiasmo renovado de unos escolares en su final de curso.

—¿Qué te parece Australia?

Helena entornó la mirada sin volverse porque todavía le daba un poco de vergüenza que él la viera con aquella felicidad despojada. Iría al Polo Norte si él se lo pedía.

—¿No has encontrado nada más lejos? —dijo, solo para reírse un poco—. Me parece bien que ya no le tengas miedo a volar, pero son casi veinte horas de avión, y no podrás bajarte si de repente te entra el pánico.

Pensó en las dos últimas semanas. Desde que Miguel había querido enseñarla a nadar, todo parecía haber cambiado tanto... como si lo mejor de la vida se hubiera estado reservando para desplegarse en catorce días. Nunca hubiera imaginado que podría sentir de nuevo un estremecimiento de placer al entrelazar los dedos con otra persona paseando por la calle, ni esa tranquilidad al verse flotando en los ojos de otro. Ella, que se había jurado no volver a ocuparse de nadie, encontraba ternura y voluntad al obligar a Miguel a tomarse la medicación, era paciente con sus despistes y, cuando él parecía olvidar que unos minutos antes le había contado lo mismo, no se alarmaba ni se mostraba condescendiente. En algún momento, cuando descubría a Miguel con la mirada perdida en la pared, ausente, se asustaba por lo venidero, pero no permitía que él la viera así. Y cuando la obviedad de lo que acabaría ocurriendo se hacía insoportable, Helena salía a la calle con la excusa de ir a comprar cigarrillos y se desahogaba sola en un banco, se secaba las lágrimas y regresaba con la mejor de sus sonrisas.

Ya casi no miraba el lienzo enrollado con el retrato de Abdul, al fondo de la

maleta, y había descartado el viaje a Malmö. No lo necesitaba, ya no; en alguna parte de su interior notaba que empezaba a perdonar a sus padres y que empezaba a perdonarse a sí misma. Era capaz de mostrarle a Miguel fotografías de Louise y de David y de evocar buenos recuerdos, momentos tiernos, risas. El pasado se iba curando muy despacio con grandes dosis de presente. En cuanto al futuro, no existía para ellos.

Y el sexo era incluso sorprendente. Tenía matices cálidos e insospechados. Estaban aprendiendo del otro sin necesidad de alardes, tomándose su tiempo y sin necesidad de demostrar que eran algo diferente a lo que eran. Dedicaban muchas horas a las caricias, también a las más íntimas, y cuando se entregaban a esa clase de juegos los embargaba una extrañeza ruborizada porque, más allá de las risas, terminaban encontrando el deseo y el placer. Los coitos eran a veces pacíficos y otras, nerviosos; jugaban, dormían, se abrazaban, volvían a jugar.

Ojalá se hubiera quedado el tiempo inmóvil, sin ver, ni oír, ni tocar nada que no fuera ese instante.

Natalia ya no se acordaba de la primera vez que Gustavo le pegó. Lo intentaba, retrocedía en los bofetones, las patadas, los insultos y trataba de dar con el origen, pero era inútil. Era como si siempre hubiera sido así. Natalia se removió inquieta en la cama estrecha con el somier chirriante y el colchón maloliente. Levantó la cabeza por encima del hombro de Gustavo, que dormía a su lado, y pensó en tirarse por la ventana. O en acercarse al neceser del baño y clavarle a Gustavo las tijeras en la nuca. Le dolía la mandíbula y todavía tenía inflamado el párpado. Se dejó caer de nuevo en la almohada mirando al techo manchado de humedad y se preguntó si su hijo oía los gritos, los llantos y los insultos. Ella trataba de mantenerlo a salvo con la mano apoyada en la media luna del vientre, susurrándole cosas hermosas. A veces le acercaba los auriculares con música. En la calle se escuchaba el tráfico y en el piso de arriba alguien se paseaba con zapatos de tacón, arrastraba una silla.

Pensó en su padre y en esa mujer a la que no conocía más que por el nombre y en el modo de avisarlos de lo que pensaba hacer Gustavo. Pero le había quitado el teléfono, no la dejaba acercarse a un ordenador ni le permitía salir sola a la calle. Gustavo iba a matar a su padre y luego la enterraría a ella con su hijo no nato, estaba convencida de ello. Por la mañana se había cruzado en el pasillo de la pensión con una chica joven, ambas se habían mirado y Natalia le había suplicado ayuda —en silencio porque iba acompañada de Gustavo—, pero la chica había mirado para otro lado, un poco avergonzada. Era imposible que nadie los oyera, pero todo el mundo parecía sordo y ciego.

En una habitación contigua alguien subió el volumen del televisor y Gustavo se removió intranquilo. Abrió los ojos, parpadeó y se incorporó dándole la espalda a Natalia sin dirigirle una sola mirada. Antes quedaba el consuelo del remordimiento,

la frágil calma del «no volverá a pasar» que siempre sucedía de nuevo, tarde o temprano, pero ahora ya ni siquiera existían esas pausas. Gustavo se rascó las pelotas, acarició su rodilla maltrecha y gruñó como un perro que necesitara recordar el motivo de su ira para mantenerla intacta. Fue al baño y cerró la puerta. Le gustaba hacer sus cosas en la intimidad, pero siempre tenía a mano el teléfono. Natalia se sentó en la cama y contempló la luz listada que penetraba a través de la persiana, medio salida de la guía y que no podía subirse ni bajarse. No sabía la hora que era; pasado el mediodía, en todo caso. Ya no existía horario de comidas, trabajo y sueño. La única rutina que persistía era la presencia de Gustavo y su humor imprevisible. Escuchó correr el agua de la ducha. Natalia se sobrecogió. Vio la mesita con restos de cocaína y la tarjeta de crédito a su nombre, en la que casi no quedaba crédito, las colillas tiradas en la moqueta morada y los calcetines de Gustavo. Sabía lo que vendría ahora. Si pudiera abrir la persiana suficientemente para deslizarse fuera y dejarse caer los cuatro pisos hacia abajo. Con suerte, no se mataría; con fortuna, su hijo sobreviviría a la caída, los recogería una ambulancia, llegaría la policía... Si al menos pudiera avisar a su padre.

Gustavo dejaba caer el agua casi hirviendo sobre sus hombros. El chorro lo ayudaba a desentumecer los músculos y a pensar. Era el mejor momento del día, despertarse abotargado y arrastrarse bajo la alcachofa con la frente clavada en el azulejo. Algunas veces, la sensación era tan placentera que le causaba una erección que necesitaba rebajar inmediatamente. Pero hoy el placer tenía otra clase de dimensión, no menos excitante. Hoy iba a cargarse a Miguel, aunque no había decidido de qué manera. Había pensado en un martillo, en romperle los huesos uno a uno antes de hundirle el cráneo, o en estrangularlo con sus propias manos para ver cómo los ojos se le salían de las órbitas. Rociarlo con líquido inflamable y luego prenderle fuego para verlo correr como un hachón. Todo le parecía poco, pero al final había optado por un sistema más convencional pero igualmente definitivo. Cerró el grifo cuando la quemazón del agua hirviendo empezaba a ser excesiva y respiró hondo. Sin duda, iba a ser un buen día.

Salió desnudo del baño con el pene erecto y el cuerpo humeante. Sonrió al ver la expresión de miedo de Natalia. Por fin había conseguido hacerle comprender que no tenía escapatoria. Se demoró en la bolsa de viaje hasta encontrar el revólver. Estaba en mal estado pero se había asegurado de que cumpliría su misión. Se acercó a Natalia y disfrutó viéndola encogerse, parapetándose inútilmente detrás de la almohada.

—¿Sabías que a pesar de ser uno de los mayores exportadores mundiales de armas, en España es extraordinariamente difícil conseguir un revólver y munición sin licencia? —preguntó al aire esgrimiendo el arma delante de la cara de Natalia, rozándole el flequillo con el alza del cañón—. Claro que, con dinero, todo es posible. Contratar a alguien para que te deje cojo, por ejemplo. Yo también podría hacerlo, pagarle unos cientos de euros a esos desgraciados del callejón para que le partieran la

columna a tu padre con una cadena, pero no hay nada noble en eso, ¿verdad? Es de cobardes mandar a alguien a hacer lo que tú no te atreves a hacer. Y tu padre no merece eso. Merece que yo lo mire a la cara cuando le meta esto por la boca y apriete el gatillo.

Helena había salido a comprar tabaco de un modo tan fugaz que esta vez ni siquiera Miguel había podido fingir no comprender el motivo real de su fuga repentina. Miguel estaba empeorando y no servía de nada negarlo.

¿Cuánto había durado esta vez la desconexión? Veinte minutos, tal vez más, y no tenía ni idea de lo que había pasado en ese tiempo, excepto que se lo había hecho todo encima y se había quedado sentado en el suelo del baño con las piernas manchadas. Helena lo había encontrado y lo había traído de vuelta y Miguel se había sentido tan desconcertado que ni siquiera había tenido la entereza de impedirle que lo ayudara a asearse. Ella había bromeado, pero esta vez Miguel no la había secundado, sumido en un silencio obtuso en el que seguía, esperando que ella se tranquilizase y volviera de su supuesta excursión al estanco con la sonrisa puesta como en las ocasiones anteriores.

—Estoy jodido, ¿verdad?

Su padre había regresado semanas atrás y, aunque no le había hablado de ello a Helena para no alarmarla, en cierto modo se alegraba de tenerlo cerca. Su presencia inexistente lo reconfortaba. Esta vez llevaba puesta una camisa negra de cuello ancho arremangada por encima de las muñecas y un pantalón de tergal del mismo color. Iba descalzo, y Miguel le preguntó con sorna si en el vestuario del purgatorio —había decidido que allí era donde habitaba su padre— se habían quedado sin presupuesto para zapatos. Cabeceó contrariado.

—Lo siento, llevo demasiado tiempo con Helena y empiezo a acusar los efectos.

Su padre sonrió y se acercó a la barandilla, abriendo los brazos y tendiendo los dedos con las palmas hacia arriba. La mañana era hermosa. La brisa del mar empujaba la blusa como una bandera pirata. Parecía a punto de levantarse del suelo y levitar. Pero lo que ocurrió fue que guardó las manos cerradas con un puñado de esa brisa en cada una y se las metió en los bolsillos.

—¿No va a decir nada, padre?

Llamaron a la puerta. El hombre que fue Amador lo miró con tristeza. Ojalá pudiera vivir las heridas por Miguel, eso es lo que querría cualquier padre, tener el poder de escribir y tachar en el libro del destino las desgracias de sus vástagos. Pero él no podía y su presencia era tan inútil como inevitable.

—Debe de ser Helena con su cargamento de nicotina. No ha tardado demasiado. No era Helena.

Miguel tardó demasiado en reaccionar, y cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo Gustavo ya lo había empujado hacia la habitación y cerrado la puerta tras

de sí. Gustavo tenía un aspecto desaliñado, estaba sucio y olía mal. Visiblemente colocado, con los ojos hundidos y nerviosos, echó un vistazo alrededor cabeceando en señal de asentimiento.

—Bonita habitación. Nada que ver con la ratonera en la que tu hija y yo nos alojamos.

Miguel retrocedió hasta topar con el lateral de la cama sin perderlo de vista. Estaba más sorprendido que asustado.

—¿Qué haces aquí?

Gustavo lo miró con aire divertido. Dio un paso hacia él solo para sentir cómo el viejo se encogía.

—Visitar a mi suegro. ¿Qué hay de malo? Somos familia. Y te traigo un mensaje de tu hija. —Los ojos de Miguel se movieron de un lado a otro con inquietud cuando Gustavo sacó el teléfono móvil del bolsillo de su cazadora tejana—. Ponte cómodo, abuelo. Te va a gustar —añadió, empujándolo para que se sentara en el borde de la cama.

Gustavo le mostró un vídeo. Natalia aparecía sentada en una silla con una pared cochambrosa de fondo. Estaba visiblemente aterrada, vestida con un pijama sucio y el cabello enmarañado. Se tocaba continuamente la mejilla con la mano derecha mientras la izquierda descansaba nerviosamente sobre su vientre prominente.

Miguel sintió un escalofrío de emoción. Ahí estaba su nieto, creciendo. Se oyó la voz de Gustavo diciendo «adelante» y Natalia empezó a hablar sin firmeza, de manera entrecortada; parecía una autómatas, igual que en esos vídeos que graban terroristas o secuestradores en los que obligan a la víctima a hacer una declaración que nadie se cree pero que resulta dolorosamente humillante y desmoralizadora para ella y para sus familiares:

«Quiero que entiendas que estoy de acuerdo con Gustavo en lo que va a pasar ahora. Lo que le has hecho, lo que nos has hecho, no puede ser perdonado ni olvidado. Él es el hombre que amo, quiero que lo sepas. Pase lo que pase, siempre estaré a su lado. Te odio, reniego de ti como padre, y cuando nazca tu nieto jamás oírás tu nombre, no sabrá nada de ti, salvo que fuiste alguien despreciable. Quiero que te vayas de esta vida sabiendo que nadie te recordará si no es para escupir sobre tu memoria».

Gustavo apagó el teléfono con una risita inquietante.

—Bonito, ¿verdad? No es muy convincente, lo sé, pero es todo lo que he conseguido después de tres intentos de grabación. Tu hija no es muy buena con los monólogos, sinceramente. Se le da mejor fingir orgasmos para que la deje en paz.

Miguel temblaba. Apretujó la colcha con ambas manos y sintió que le faltaba el aire.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué clase de animal eres?

Gustavo enderezó la espalda. Sacó el revólver de la parte trasera del pantalón y golpeó a Miguel en la cara con la culata. Fue un golpe seco que lanzó al anciano

contra el colchón. Miguel empezó a sangrar profusamente entre gimoteos. Gustavo se apartó negando con la cabeza. Empezó a dar vueltas alrededor, furioso. La adrenalina le subía por todo el cuerpo y alimentaba todavía más su nerviosismo. El revólver temblaba en su mano. Lanzó un grito y empezó a destrozar lo que tenía a su alcance. Aquello duró unos minutos, tras los cuales se calmó. Observó la lámpara destrozada en la moqueta, el cuadro arrancado de la pared y la centralita de la mesita volcada. Levantó una silla y se sentó a horcajadas con el revólver entre las piernas mientras contemplaba el rostro sanguinolento de Miguel, que intentaba contener la hemorragia con la punta de la colcha.

Gustavo buscó un canuto de marihuana y lo encendió. Se frotó la rodilla maltrecha y sintió crecer una rabia que fluía por debajo de la piel y que no era alimentada por lo que Miguel le había hecho. Venía de mucho antes, una rabia que funcionaba de modo autónomo y que se nutría sola, que identificaba su alimento en cualquier desagravio real o inventado y que le causaba un dolor terrible y sostenido desde que era un crío. Debería haber parado en algún momento, mientras fue capaz de controlar al monstruo que crecía dentro, pero ahora era demasiado tarde. Ya no era capaz de observarse a cierta distancia, el odio se había convertido en su amo. Era un fracasado y un perturbado mental, una bestia herida y enferma que enfermaba y hería a cuantos podía. Solo encontraba sentido a su vida haciendo desgraciada la de los demás. Reconocía a los débiles entre sus víctimas preferidas y solo se atrevía a atacarlos cuando estaba seguro de vencerlos sin riesgo. Así fue como reconoció a Natalia en la universidad. Guapa y acomplejada porque la guapura la obligaba a estar a la altura de las expectativas que la imaginación de los otros proyectaba sobre ella. Insegura, insatisfecha a pesar de su evidente éxito, una estudiante brillante, demasiado brillante como para no sospechar que los estudios solo eran su parapeto.

Y, sin embargo, Natalia lo desarmó al principio. Le dijo que lo que Gustavo veía en ella no era más que un espejo: era él el inseguro, el que se veía desarbolado por toda esa fama de chico rebelde, especial y atractivo a la que debía corresponder cada vez con gestos más exigentes, más excesivos, convertido en víctima de una imagen que él había inventado. Era él, y no ella, el infeliz, el aislado, el farsante, el que se odiaba a sí mismo. Natalia, como las otras que hubo antes, solo era su propia proyección. Aquel discurso rudo y sincero caló en Gustavo y bastó para que él se fascinara con ella. Ninguna de sus novias le había hablado antes con tanta franqueza y, al mismo tiempo, con tanta esperanza. Natalia tenía la fuerza de la que carecían las otras para sacarlo del pozo depresivo en el que Gustavo vivía en secreto desde la adolescencia. Ella podía ver más lejos y hondo en él que nadie.

Por aquel entonces, Gustavo escuchaba a Rajmáninov y se creía especial por eso. Era el único de su grupo que escuchaba música clásica y pensó que podría impresionar a Natalia llevándola a un concierto en el que un pianista húngaro de nombre impronunciable iba a interpretar el *Concierto para piano número 3*. Al principio todo fue bien. Gustavo la espiaba en la butaca contigua atento a sus

reacciones de asombro, emoción, placidez y vibración, lo que indirectamente lo convertía a él en alguien asombroso, emocionante, profundo y vibrante, como si Gustavo mismo fuera el compositor o al menos el pianista que ejecutaba la pieza sobre el escenario. Pero fue al salir del concierto cuando todo se estropeó. Al pasar junto a un callejón lo bastante oscuro, Gustavo quiso celebrar su victoria. Se le había puesto dura y eso era raro incluso en aquella época; quería su recompensa, pensaba que la merecía tras haberle regalado a Natalia una velada inolvidable. Llevaban saliendo juntos tres semanas y todavía no lo habían hecho; era el momento. Pero Natalia se mostró reticente, correspondió de mala gana a sus besos y, aunque se dejó toquetear las tetas por encima de la ropa, se negó a ir más lejos cuando Gustavo quiso bajarle los pantalones. Estaba cansada, aquel callejón estaba sucio, quería hacerlo de un modo distinto y especial... A Gustavo todo aquello le sonó a excusas que retumbaron en su cerebro como piedras cayendo al fondo de un pozo seco: «bom, bom, bom». De repente ya no se veía como el hombre sensible, culto y especial de un momento antes. La negativa de Natalia lo hacía sentirse torpe, sucio, vulgar, rechazado. Un salido de mierda, y eso lo enfureció. La cosa empeoró cuando se bajó la bragueta y, cogiendo la mano de Natalia, la obligó a masturbarlo. Se corrió mal y, cuando vio el semen en sus dedos, sintió deseos de matarla a golpes allí mismo por hacerlo sentir tan ruin.

Dejaron de verse durante un mes y, cuando ella volvió y le dijo que lo echaba de menos y él se excusó por haberse comportado como un energúmeno, pareció que las cosas se arreglaban. Se acostaron aquella misma noche pero Gustavo no logró apartar la impresión de que Natalia solo estaba cumpliendo un trámite con el que se sentía obligada. Eso le impidió tener una erección decente y se exasperó todavía más, ¿acaso esa sonrisa amable de Natalia escondía una burla? Ese modo de decir ella que no pasaba nada, ¿era comprensión o condescendencia? Se puso todavía más nervioso cuando ella decidió masturbarse delante de él. La llamó puta y le dijo que se marchara.

Ella no se marchó de su vida en ese momento y debería haberlo hecho, vestirse y salir por piernas para no regresar jamás. Pero, en lugar de ver las señales, se abrazó a él y lloró disculpándose por su falta de tacto diciendo que todo era culpa de su falta de pericia, de su inexperiencia. Volvieron a hacerlo y esta vez Gustavo eyaculó. Aquel juego de roles era el que lo excitaba, él dominante y ella sumisa. Hacerla sentir mal, culpable, para perdonarla después. Ambos lo aceptaron y, a partir de ese momento, Gustavo supo que Natalia era suya. Fue algo maravilloso, no el polvo sino la sensación de poder que le proporcionaba tenerla en sus manos, verla arrastrar los pies camino a su casa apesadumbrada, sin comprender por qué había permitido que él la tratase así, intuyendo la trampa pero incapaz de no volver una y otra vez para caer de nuevo en ella.

Ahora ya era demasiado tarde. Natalia se había convertido en un objeto amorfo, sin verdadera identidad para nadie, un borrón, encerrada con llave en la habitación de

la pensión, acurrucada en una esquina entre la cama y la pared esperando que él regresara para recibir un poco de consuelo, alguna palabra amable que agradecería como un perro. Y ese juego duraría exactamente lo que Gustavo tardase en cansarse y decidiera romper el juguete y sustituirlo por otro.

—Quiero que sepas una cosa, Miguel. Voy a matarte. Después volveré a la pensión, me follaré a tu hija una última vez y después le pegaré un tiro en la cara. He pensado mucho, he hecho cuentas y no me salen. Algo me dice que ese hijo no es mío, por mucho que ella diga lo contrario. Estoy seguro de que la puta me ha mentado.

—¡Estás loco!

Gustavo asintió. Sí, tal vez. O quizá veía las cosas con una claridad meridiana y tenía los cojones de tomar decisiones que nadie más se atrevía a tomar.

—Quiero que lo sepas, que pienses mientras te mueres en lo que les espera a tu hija y a tu nieto.

Se oyó la puerta abriéndose y ambos miraron en la misma dirección. En el umbral apareció Helena con una bolsa de plástico en cada mano y las gafas de sol puestas. Llevaba un bonito vestido de color malva de tirantes que mostraba los hombros y había ido a la peluquería. Parecía mucho más joven. Y en sus labios pintados traía la misma sonrisa de siempre. Pero al ver a aquel desconocido con un revólver en la mano y la cara ensangrentada de Miguel esa sonrisa se transformó en un gesto de incredulidad y en un conato de grito, que fue sepultado inmediatamente por la detonación de dos disparos.

No parecía una escena real. El sonido de las detonaciones había sido como el de dos petardos pequeños y la mancha en el bonito vestido malva de Helena, al principio, pequeña como el pinchazo de un alfiler. Incluso las bolsas se cayeron a cámara muy lenta desparramando su contenido —una botella de vino tinto, un cartón de cigarrillos, una revista— por la moqueta, que amortiguó los golpes. El cuerpo de Helena fue impulsado hacia atrás pero no se desplomó inmediatamente, sino que se apoyó entre la puerta abierta y la pared. La mancha de sangre creció deprisa llenando el vientre de algo viscoso y oscuro que empezó a resbalarle por las piernas. Y entonces hubo un aceleramiento, los ojos de Helena se quedaron en blanco, sus brazos cedieron y cayó hacia delante, a escasos centímetros de Gustavo, asombrado él mismo por su reacción instintiva. Durante un segundo miró el revólver sin comprender que era cierto, que si aprietas el gatillo de un arma cargada algo sucede. Algo que no está en la imaginación, sino que es real. El instinto de alarma, la necesidad de saltar al vacío y de acabar lo que había empezado, todo eso le lanzó un fognazo; tenía que terminar con cualquier testigo de lo que acababa de hacer.

Se volvió con el revólver, pero Miguel no estaba donde se suponía que debía estar. Se había movido hacia la izquierda lo justo para golpearle con la lámpara de la mesita de noche en la sien y hacerlo tambalear. Gustavo disparó otra vez a ciegas y sintió otro golpe en la cara, más fuerte. Forcejearon. El puto viejo tenía fuerza, la



fuerza de la desesperación. Gritaba pidiendo auxilio al tiempo que intentaba quitarle el revólver. Gustavo notó un mordisco feroz en la mano, lanzó un alarido y soltó el revólver.

—¿Me has arrancado un dedo? —gimió, estupefacto, al tiempo que retrocedía horrorizado mirándose la mano y sujetándola por la muñeca. Tropezó con el cuerpo tendido de Helena y cayó al suelo. Quiso levantarse, pero Miguel le apuntaba con el revólver.

El brazo de Miguel temblaba y era imposible mantenerlo quieto. Sus ojos solo veían a Helena, tumbada de bruces, y la mancha de sangre creciendo debajo de ella, empapando la moqueta. La llamó. La llamó, volvió a llamarla, pero ella no contestaba.

Y entonces disparó.

Séptima parte

---

*Agosto de 2014*

*Barcelona*

En agosto, los barrios por arriba de la Diagonal se quedaban prácticamente desiertos. Costaba encontrar una terraza donde tomarse un café con leche y un cruasán decente cerca de la clínica ginecológica. Natalia continuaba con su manía de fumar a pesar de las recomendaciones del médico.

—El médico ha dicho que todo está bien, papá. El bebé y yo estamos bien. Miguel nacerá sano, te lo prometo.

No hablaban mucho de lo que había pasado semanas atrás. Todavía dolía demasiado, pero al menos se habían recuperado uno al otro.

Natalia le había dicho a Miguel que si el bebé era niño se llamaría como él y que lo tenía pensado desde el principio, pero Miguel sospechaba que se lo había dicho solo para animarlo un poco.

—Esperemos que salga a ti y no a mí. En realidad, me haría ilusión tener una nieta.

El entierro de Helena había sido muy duro, y las preguntas de la policía tras la detención de Gustavo no habían mejorado las cosas.

El disparo de Miguel solo había rozado el hombro de Gustavo, así que el abogado de oficio de Miguel declaró que lo hizo en defensa propia y la policía quiso creerlo, pero lo cierto era que Miguel había querido dispararle en el corazón y que había fallado porque no había tenido en su vida un arma en las manos.

Natalia le daba vueltas al café con leche con aire melancólico.

—Gustavo les contó a los policías lo que pasó en Sevilla. Me han interrogado pero les he dicho que todo es mentira.

Miguel asintió sin decir nada. Natalia alargó la mano y le estrechó el antebrazo.

—Papá, siento todo lo que has tenido que pasar por mi culpa. Siento haber estado tan ciega y haber sido tan injusta.

Miguel acarició los dedos fríos de su hija.

—Nada de todo esto ha sido culpa tuya, no lo olvides, Natalia. Ha sido culpa de Gustavo, y espero que se pudra en la cárcel.

Natalia cerró los ojos un instante y se recostó en la silla. Cuando los abrió, le brillaban las pupilas.

—Siento lo de Helena. Debía de ser una mujer extraordinaria. Me hubiera gustado conocerla.

Miguel jugaba distraídamente con una miga de cruasán. No había probado su café. Miró a su hija, ausente. No quería pronunciar la palabra muerte. Era como aceptar que ella ya no iba a volver, que al regresar al hotel no la encontraría fumando

en la terraza o acariciando la petaca de su amiga Louise.

—Ella me ha enseñado a volar.

Natalia no comprendió, pero Miguel no trató de explicárselo.

—¿Me darías uno de esos pitillos?

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde ahora. —Obvió la mirada de extrañeza de su hija y se sirvió él mismo.

Llamó al camarero y pidió una ginebra. Doble.

Natalia no daba crédito.

—No creo que debas beber en tu estado.

Miguel sonrió. ¿Cuál era su estado? Ahora, querría que el alzhéimer fuera mucho más voraz, que le negara la posibilidad de recordar y sentir dolor. A veces, sentado en la taza del váter, lloraba porque se sentía terriblemente lúcido. Bastaba con sentarse entre las cosas de Helena: la maleta con sus vestidos, que acariciaba como la piel de un fantasma; sus cigarrillos, que fumaba solo porque así se imaginaba que la tenía más cerca de los labios. Las postales de su padre, guardadas en un cajón con un lazo, que leía cada noche; las horas contemplando el lienzo de Abdul, extendido sobre la cama, mientras rememoraba todo lo que Helena le había contado de su vida. Una vida a la que Miguel había llegado demasiado tarde.

—No pude ayudarla, no pude. Estaba tan dentro de mí...

Un camión de riego recorría la calle desierta. Los chorros de agua salían a presión de cada lado y un perro corría entre ellos, saltaba haciendo cabriolas y los mordía juguetón.

El camarero trajo la ginebra. Miguel sacó del bolsillo la petaca de Helena con la dedicatoria grabada de Louise.

—¿Podría rellenar esto?

—¿Para qué necesitas eso?

Miró a Natalia y se encogió de hombros.

—Son reservas para el viaje. No soporto los aviones y esto me ayudará.

—No tenemos que regresar a Sevilla en avión. Podemos hacerlo en coche o en tren.

Miguel acarició la mejilla de su hija. Se alegraba de verla libre al fin, capaz de imaginar un futuro que solo le pertenecería a ella y a su bebé. Mientras pudiera, él estaría a su lado, pero todavía le quedaba una cosa por hacer.

—No voy contigo a Sevilla. Voy a Malmö.

Vikingagatan le hubiera gustado a Helena. Todo parecía estar en el sitio adecuado, como si fuera el decorado de una película donde las cosas terminaban irremediablemente bien.

En realidad, rectificó Miguel, aquello no le hubiera gustado en absoluto a su amiga. Demasiado irreal, como esos anuncios con caras de políticos que había visto

en la autopista del aeropuerto, fotos manipuladas con ordenador para blanquearles los dientes y oscurecerles el pelo o disimular las arrugas y las manchas en la piel. El taxista se detuvo delante de una casa con jardín delantero.

—¿Podría esperar? Serán solo diez minutos.

La casa era idéntica a las demás de la calle. Tenía dos plantas y tejado a dos aguas, un pequeño jardín delantero con una valla baja de madera rodeada de vegetación que desprendía olor a hierba mojada y a humedad, un zaguán con un sillón de mimbre y el suelo pavimentado con losetas de color crema. El cristal de la ventana junto a la puerta vibraba con la música que venía del interior, algo moderno con aire pop que Miguel no supo identificar. Golpeó el aldabón dos veces. A los pocos segundos, oyó pasos que bajaban por una escalera, la cortina de la ventana se descorrió un momento y apareció una mujer con mirada inquisitiva.

—¿Qué desea?

Miguel no entendió lo que la mujer le decía y le preguntó si hablaba inglés. La mujer dijo que no pero, de todas maneras, él le dijo que quería ver a los señores de la casa. Ella lo interrogó con la mirada. Finalmente, le pidió que esperase ayudándose de un gesto y volvió a cerrar la puerta. Al cabo de un minuto la puerta volvió a abrirse, y esta vez apareció un hombre con barba y gafas, bastante alto.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo en un perfecto inglés.

—Supongo que eres David. —El hombre asintió con recelo—. Soy Miguel Gandía. Vengo de España; no habrás oído hablar de mí, pero yo sí he oído hablar de ti. Soy amigo de Helena.

El hombre se mostró dubitativo, y durante un instante Miguel temió que la cosa sería peor de lo que había imaginado; si ni siquiera se acordaba del nombre de Helena. Para alivio suyo, el hombre reaccionó al poco, con sorpresa pero también con curiosidad alegre.

—¡Helena, claro! Por favor, pasa.

Entraron en la casa, que tenía un vestíbulo atiborrado de cosas, juguetes de niños, un perchero con chaquetas, una bicicleta. Olía bien, a ambientador de lavanda.

—Gracias, Fátima. —La mujer asintió y se alejó hacia la cocina con sigilo y rapidez.

David llevó a Miguel a su despacho y lo invitó a sentarse.

—Caramba, es una sorpresa tu visita; pero los amigos de Helena son bien recibidos aquí. ¿Cómo está ella?

Miguel se sentó en el borde de la silla y observó el despacho: las fotografías de los niños, de la esposa, un par de cuadros de Staël y una docena de libros en diferentes idiomas. Le hizo sonreír ver *La casa de Bernarda Alba* en español junto a un pequeño dibujo al carboncillo con la cara de Lorca.

—Lo ha hecho Marta. Siente devoción por Federico. Lo llama así, como si fuera de la familia. En parte fue ella la que me incitó a inscribirme en el programa de soporte gracias al que conocí a Helena. Solemos hablar de literatura y de poesía

particularmente, aunque sospecho que Helena prefiere a Auden. Pero si eres amigo suyo, supongo que ya lo sabes.

Miguel asintió con una sonrisa:

—«En jaquecas y angustias, / la vida, vagamente, se escapa, / y el tiempo dictará su capricho, / tal vez hoy o tal vez mañana». «Cuando caminaba una tarde» se había convertido en su poema preferido los últimos tiempos. No paraba de recitar esos versos, creo que como una especie de premonición... Helena ha muerto, David. Murió hace unas semanas. Pensaba venir a verte, quería conoceros en persona a ti y a tu familia. No sé si sabes lo mucho que te apreciaba; en cierto sentido eras para ella como un hijo.

David se quedó realmente trastocado. Tardó en dejar de mover las manos y la cabeza.

—Eso es algo terrible. Era una mujer realmente extraordinaria, tenía un humor muy incisivo y una manera de ver las cosas que siempre me arrancaba una sonrisa. Marta, los niños y yo estábamos deseando hacerle una visita a Tarifa. ¿Pero cómo ha sido? Parecía estar tan fuerte, tan sana...

Miguel no quiso darle los detalles, así que mintió.

—Un infarto.

¿Qué hubiera pensado ella de este encuentro con la realidad: este hombre, esta casa, esta ciudad? ¿Se hubiera sentido decepcionada?

Durante el minuto siguiente ninguno de ellos dijo nada, como si dada la noticia resultara del todo innecesario estar allí, incluso incómodo.

—¿Y has venido desde España para decírmelo?

—No exactamente, he venido por otra cosa a Malmö, pero creo que a ella le hubiese gustado que pasara a saludarte, que te conociera.

En aquel momento entró la mujer que había abierto la puerta, que debía de ser la asistente, para anunciar que se marchaba.

—Gracias, Fátima. Hasta mañana.

La mujer miró de reojo a Miguel. Cuando se marchó, David le pidió algunos detalles sobre el entierro. Se mostraba amable, pero era evidente que aquello no era de su incumbencia. Al cabo de unos minutos, se palmeó un muslo, incómodo.

—Te agradezco que hayas venido a darme la noticia. Desde luego es terrible... Pero tengo una reunión en unos minutos.

Miguel asintió. Se sentía extraño allí una vez cumplido su cometido y el taxímetro seguía corriendo. Quería marcharse y respirar. Se despidió con bastante frialdad de David, que en realidad parecía también aliviado al poner fin a aquel extraño encuentro.

Al pasar junto a la marquesina del autobús vio sentada a Fátima, que observaba el cielo con la mirada ausente y pensó en lo mucho que se parecían sus destinos. Se le ocurrió que a veces las personas están ligadas entre sí de un modo misterioso, sin siquiera imaginarlo. Aunque no conociera a esa mujer, aunque jamás volvería a

cruzarse con ella, al verla tan sola en el banco de la parada del autobús —con esa mirada de escape del mundo—, comprendió su expresión de dolor, su incapacidad para entender tantas cosas y su silencio profundo.

*Malmö*

Tarde, pero por fin le devolvieron a Fátima el cuerpo de Yasmina, profanado con la disculpa de que los muertos pueden decir cosas de su muerte si se los abre y se estudian sus vísceras. Fátima apareció en la sala de la funeraria descalza y se quedó de pie, sin inclinarse ni dar muestras exageradas de tristeza; las mujeres que habían acudido a ayudarla se lo hubieran reprobado porque, tal y como dice el Profeta, «toda alma probará el sabor de la muerte», y la muerte no es el final. Para cumplir con el ritual, y aunque ya no era necesario, cerró la mandíbula de Yasmina y, pasando la mano derecha de arriba abajo, simuló el gesto de cerrarle los ojos. Cubrió el cuerpo con una tela de algodón para que no se mostraran a los presentes las partes de la anatomía. A continuación empezó con la ablución del cadáver recitando la fórmula «A quien bañe a un difunto y guarde sus secretos, Dios lo perdonará y lo bendecirá». Primero lavó el estómago, después enjuagó la boca y la nariz y, por último, lavó el cuerpo entero empezando por la cabeza y finalizando por los pies. Si no le hubieran rasurado la cabeza, habría peinado el cabello de Yasmina y lo habría perfumado según la costumbre. Retiraron la tela empapada y las mujeres procedieron al amortajamiento. Ciñeron los muslos con una pollera, le pusieron una camisola sencilla de color blanco, cubrieron el rostro con un velo y envolvieron el cuerpo con dos paños de algodón anudados.

Las autoridades no habían dado permiso para trasladar el cuerpo hasta el cementerio sin féretro, de modo que se eligió una caja sencilla, sin ornamentos, que fue colocada en la fosa con el cuerpo inclinado sobre el lado derecho y ligeramente orientado hacia la alquibla mientras el imán, en la lengua litúrgica —el árabe clásico—, recitaba el versículo 55 de la sura 20 del Corán: «De la tierra os creamos, a ella os retornaremos y de ella os haremos surgir otra vez».

A media tarde todo se había consumado. Fátima, visiblemente agotada pero entera, recibió las condolencias de la comunidad y, aunque le hubiera gustado quedarse un poco más de tiempo junto a la tumba —con una sencilla lápida de piedra—, cumplió con lo prescrito y se marchó con las otras mujeres de la comitiva. Su hija ya no era de este mundo. Y por más que disimulara, ella también lo había abandonado.

El matrimonio para el que trabajaba se portó bien con ella. Eran buenas personas, la abrumaron con las muestras de cariño, incluso los niños se portaban mejor intuyendo su fragilidad. David insistió mucho para que se tomara el resto de la semana libre, pero ella quiso cumplir con sus tareas, regresar cuanto antes a las rutinas con el pretexto de que necesitaba mantenerse ocupada. En realidad no quería



regresar al apartamento de Rosengard y enfrentarse a su padre. Las enseñanzas del Corán y la Sunna prohibían expresamente criticar a los difuntos, maldecirlos y vilipendiarlos pero, a pesar de que Abdul se consideraba un fiel creyente y acudía todos los viernes a la mezquita, y de que guardaba los preceptos y era fingidamente piadoso, se había negado a asistir al entierro, y a cualquiera que tuviera oídos para escuchar le decía lo que pensaba de su nieta: la tachaba de puta de Sture, de impía, de sucia, indignidad de la familia. «Llegará el día en el que el mundo será destruido y Alá levantará a los muertos para ser juzgados —le había recordado el imán cuando Fátima acudió a él dolorida en busca de consuelo—. Entonces se sabrá toda la verdad. Entre tanto, tu obligación de hija es honrar a tu padre, aunque se equivoque». Callar y esperar el juicio final. Eso era lo que le decían que tenía que hacer, pero ella sentía que había callado demasiados años, y que lo que creía que era obediencia y respeto a su padre solo había sido cobardía. Ese silencio había sido cómplice de las peores aberraciones, había hecho que su esposo se suicidara, que sus hijos no nacieran y que perdiera a Yasmina en vida.

El subcomisario Gövan la había visitado. Había sido amable con ella y parecía realmente afectado por la muerte de Yasmina. La investigación estaba avanzando deprisa y todo apuntaba a Sture; el subcomisario le había prometido que haría cuanto estuviese en su mano para mandarlo a la cárcel. Desde ese momento, Fátima no había dejado pasar un día sin escuchar las noticias en la radio, ver la televisión y leer los periódicos. Con el paso de las semanas, el crimen de Fátima iba quedando relegado a un segundo plano, se acercaban las elecciones y las declaraciones de los políticos — incluido el subcomisario, que se había erigido en una especie de azote contra la sensación creciente de inseguridad que día tras día alimentaban los medios de comunicación y que calaba en la mente de la gente— copaban el tiempo informativo. Disturbios en Rosengard, asesinatos en Gotemburgo, profanación de un cementerio judío en Estocolmo, bandas de albaneses que asaltaban a camioneros...

Pero nada de Sture. La policía lo había interrogado pero había salido por la puerta de la comisaría con una sonrisa de suficiencia, rodeado por los mejores abogados penalistas del país. Incluso se había permitido hacer un alegato ante los micrófonos reclamando el voto para el partido de Demócratas de Suecia, presentándose como un simple tendero víctima él mismo de los prejuicios invertidos de la policía. No pocos de los curiosos que se agolparon a la salida de la comisaría lo habían aplaudido. Después de ver eso, Fátima se hundió definitivamente. Ni Gövan ni nadie sería capaz de hacerle pagar por la muerte de su hija.

Tenía que hacer algo.

Abdul se había encerrado en sí mismo.

¿Qué iba a ser de él ahora? Solo pensaba en eso mientras apuraba el tazón de chocolate caliente que Fátima le había preparado.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en venir? ¿Acaso pensabas dejarme solo?

Fátima estaba cambiando las sábanas de la cama. Había manchas secas de heces. Apenas había pronunciado palabra y esquivaba la mirada inquisitiva de su padre.

—He estado ocupada con las exequias de Yasmina y tengo responsabilidades con la familia para la que trabajo.

Abdul le lanzó una mirada arisca. No quería que se hablase en su presencia de Yasmina y lo había dejado bien claro.

—Tendrás que dejar ese trabajo. Ahora tienes que ocuparte de mí, es tu obligación.

Fátima lanzó una exhalación de desaliento, hizo una bola con las sábanas sucias y las llevó a la lavadora de la galería seguida de cerca por su padre.

—¿No has oído lo que te he dicho? —insistió Abdul.

Fátima perdió la paciencia y dejó caer el hatillo al suelo. Respiró hondo tocándose el vientre, pero no se atrevió a volverse hacia su padre. Era ridículo, pero después de tantísimos años seguía inspirándole miedo.

—Si no trabajo, ¿cómo esperas que nos mantengamos?

—Tengo mi pensión —respondió tajantemente Abdul.

Fátima inclinó la cabeza. Con la pensión de su padre no podían vivir y ambos lo sabían. Se agachó y recogió las sábanas sucias, abrió el tambor de la lavadora y las metió dentro. Quiso salir de la galería, pero su padre bloqueaba la salida.

—¿Se puede saber qué te pasa? No me has dirigido la palabra desde que has entrado y apenas me miras a la cara. Ya no tienes derecho a llorarla, debes olvidarla y ocuparte de los vivos. Eso es lo que ordena el Profeta.

«Pronto tú también estarás muerto. Todos lo estaremos», pensó Fátima, y no le avergonzó ese pensamiento; lo que la avergonzó fue el deseo de que así fuera, cuanto antes. Dejó caer las manos y se sentó en un taburete. En esa posición, su padre, de pie, parecía todavía más inmenso y temible. Pero a Fátima no le importó. Se había abierto una grieta en ella y pronto sería una brecha que ya no habría modo de taponar. En cuanto empezase a hablar, a decir todo lo que había callado durante tantos años. Y si con ello se condenaba, que Dios la perdonase o la castigase, si era su voluntad.

—La policía está segura de que el asesino de Yasmina ha sido Sture, pero no tienen pruebas suficientes. Me ha llamado la inspectora Inga. Parece una buena mujer, y está realmente interesada en el caso, pero necesita ayuda. Tú podrías contarles lo que Sture hizo en 1978. He oído decir que esos crímenes no prescriben.

Los ojos de Abdul, esos ojos oscuros que tanto habían pesado en la juventud, se abrieron como simas y, a continuación, se endurecieron. Pero ya no tenía la misma convicción en la mirada que entonces, no podía intimidar a su hija. Ni siquiera alzando la mano con la intención de golpearla. Fátima le sostuvo la mirada, desafiante, pétrea, hasta que la mano de su padre se derrumbó en el aire con un temblor incontrolable.

—No sé de qué hablas.

Fátima cogió esa mano que tantas veces la había golpeado en la niñez porque así era como se enseñaban las cosas en su infancia, del mismo modo que le habían enseñado a él y antes a sus padres y a sus abuelos. Los hombres no necesitaban las palabras, les bastaba con la fuerza. Pero su padre ya no era un hombre.

—Tienes que hacerlo, papá. Te creerán, yo iré contigo, le contaré a Gövan lo que Sture me hizo durante años, lo de los abortos. Se lo debes a tu nieta. Nosotros la condenamos.

—No le debo nada a esa ramera. Y a ti tampoco.

—Entonces iré yo sola. Les contaré lo que hiciste, mirar para otro lado cada vez que violaban a tu hija y luego a tu nieta.

La cara de Abdul se contrajo de una forma lastimosa. Buscó con la mirada un punto de fuga, pero Fátima le sujetaba con firmeza la muñeca. Su hija nunca se había atrevido a hablarle de esa manera ni a cogerlo con esa fuerza dañina. El imán tenía razón, el mundo se estaba volviendo loco, se venían abajo sus cimientos. Si su hija se rebelaba contra él, ¿qué quedaba seguro?

—Márchate de esta casa. Ya no eres mi hija.

Fátima se puso en pie y se enfrentó a él, al fantasma que durante toda la vida había tenido su corazón entre las garras. Sentía tanta pena por sí misma, tanto rencor, que se le doblaron las piernas y tuvo que recurrir a toda su energía para mantenerse en pie. Cuando habló, la voz le temblaba, pero no de miedo. Las lágrimas, gruesas como perdigones, recorrieron sus mejillas sin que ella las enjugase.

—Dejaste que Sture me violase. Las veces que quiso, durante años. Y cada vez que me dejó embarazada, me obligaste a abortar. Tú, santurrón, callabas y mirabas a otro lado. Solo consentiste que naciera Yasmina porque Sture se encaprichó al saber que yo esperaba una niña y te amenazó con matarte si le pasaba algo.

Abdul tironeó para librarse del cepo de la mano de Fátima pero ella, lejos de aflojar, aumentó la presión. Furioso y desesperado, negó con la cabeza.

—No puedes hablarme así, soy tu padre.

—¡Claro que puedo, viejo hijo de puta egoísta! Tú veías en Yasmina tu cobardía, pero ¿sabes lo que veía yo en sus ojos de diferente color? En uno veía a mi niña, inocente, buena, llena de vida; pero en el otro veía a Sture encima de mí, diciendo que me deseaba, mordisqueándome en el cuello, tocándome los pechos en esa habitación de ahí al lado, con la puerta cerrada... ¡mientras tú y mi esposo estabais en el salón, mirando la televisión!

Abdul se desmoronó. Su boca sin carne, solo pellejo, se abrió boqueando como un pez fuera del agua. Un hilo de baba le resbalaba por la comisura y le caía sobre el sucio jersey que llevaba puesto.

—Tú no entiendes... Yo... No podía hacer otra cosa. Tenía que salvarnos.

Las lastimosas paredes de aquel apartamento en el que cayeron como animales perseguidos, sin documentación, sin dinero, sin entender el idioma, sin nadie que pudiera o quisiera ayudarlos. No había teléfono, ni luz eléctrica, ni agua corriente.

Dormían en el mismo colchón tirado en el suelo por turnos, todo hedía a miseria fermentando, las cucarachas, las ratas. El único que se ofreció a ayudarlos fue el joven Sture. Y su ayuda tenía un precio.

—Pagaste bien su precio. Y cuando Yasmina cumplió la edad y Sture se encaprichó con ella, la tomó sin pedir permiso, como algo que le pertenecía. Me la arrebató y ninguno de vosotros quiso hacer nada.

—¡Ella nunca fue mi nieta!

—Era mi hija. Odié a mi hija porque no podía odiarte a ti, porque odiándola y castigándola os castigaba y odiaba a ti, a mi esposo, a Sture... Callé, permití que todo pasara otra vez. Y ahora, él la ha matado.

Fátima soltó la mano de su padre. Ni siquiera se dio cuenta de que le había dejado la marca de las uñas en el pellejo. Intentó moverse, salir del estrecho espacio de la galería que la obligaba a una cercanía asfixiante con su padre. Salió a la cocina y miró alrededor como si no conociera ese espacio. Luego fue hasta la habitación de Yasmina, pero no se atrevió a entrar. Acarició la puerta cerrada y se dio la vuelta. Abdul estaba al fondo del pasillo, convertido en una ruina, en un viejo que debería haber dejado este mundo hacía ya mucho pero que arañaba los últimos rescoldos de vida con una tenacidad patética.

—Ojalá nunca me hubieras traído a este país.

—Fue por el bien de la familia.

—¿La familia? Mi madre te odiaba tanto como el abuelo, ¿lo sabías? Te tenía miedo y le daban náuseas cada vez que regresabas de uno de tus viajes. Le repugnaba tu cuerpo, que la tocases sabiendo que antes habías estado con aquel oficial. Cada día rezaba para que te murieras, para que nunca regresaras de aquella huida por Europa. Y cuando volviste no se alegró, ni yo tampoco. Nadie lo hizo en la aldea. Toda tu vida está infectada de egoísmo y vanidad, nunca dejaste nada de amor, solo en ese soldado español y también a él lo traicionaste, dos veces...

—Por Dios, hija. Vas a matarme.

—Rézale a Dios cuanto quieras, golpéate el pecho, araña la cara, arráncate el cabello. Será en vano. Te irás de esta tierra con el odio y el desprecio de los que te conocieron, y lo harás muy pronto. Haces bien en temer. Los hombres no te perdonarán, y Dios tampoco. No habrá perdón ni clemencia para ninguno de nosotros, papá. Tienes que limpiar lo que le hiciste a Enrique Pizarro. Y si no hablas tú, hablaré yo.

Fátima se marchó dando un portazo y lo dejó solo. De pronto, la casa estaba vacía. Aquella casa que siempre había sido pequeña e incómoda, donde era imposible encontrar espacios de intimidad fuera de su dormitorio, ahora era enorme y silenciosa. El recuerdo de aquella noche de 1978, cuando apareció Enrique en el umbral de esa misma casa, era imborrable, como si todavía estuviera allí, mirándolo. Sin previo aviso, el pasado estaba en el presente dispuesto a reclamar su atención, a cobrar sus deudas pendientes. Enrique no le guardaba rencor. Acudió a él —como si

el tiempo no hubiera pasado— en busca de comprensión, de respuestas que estaba dispuesto a aceptar con la indulgencia que se concede a los que se ama de verdad. Ni un solo reproche, ni una queja. No al principio, al menos. Hasta que comprendió que Abdul no tenía nada para él, ni una palabra, ni un gesto de cariño o de arrepentimiento.

—¡Márchate, maldito fantasma! —gritó, y palmoteó en el aire para espantar las telarañas de la mente, que le jugaba una mala pasada. Ahora era otro hombre, había encontrado a Dios. Y Dios todo lo perdona, también el pasado. Había tardado una vida en convertirse en alguien respetado por la comunidad de creyentes, y el recuerdo de Enrique no podía echar sus esfuerzos por tierra con nostalgias inútiles.

¿Por qué permitió que Sture manchara sus manos de sangre y de pecados? Enrique Pizarro no pensaba marcharse de ninguna manera. Merodeaba cada día alrededor de su casa como un indigente sin techo, lo seguía por la calle, le imploraba, le pedía —le exigía— que volvieran a estar juntos.

—No deberías haberme seguido hasta aquí, Enrique. Deberías haberte quedado en España —lloriqueó Abdul.

Enrique había improvisado, en un callejón, un refugio con cartones y desperdicios; vivía de la mendicidad y se bebía casi todo lo que obtenía en su nueva ocupación de pordiosero. Cuando Abdul se dirigía al oficio religioso del viernes con otros hombres de la comunidad lo veía de reojo, pero disimulaba acelerando el paso. Pero Enrique lo acosaba delante de sus amistades: «¿Sabes lo que les hacen a los hombres como yo en la cárcel? Me violaron, me patearon, simulon ahorcarme en la celda, los guardias hacían correr bulos sobre mí entre los otros presos, decían que era un chivato, un maricón convertido en puta que se ofrecía por unos pocos cigarrillos. Pero lo soporté porque te amo, Abdul».

—Solo Sture podía librarme de ti, ¿lo entiendes? Tú te lo buscaste —gritó Abdul al vacío, mirando las sombras en las que creía ver a Enrique.

Aquel escándalo llegó a oídos de Sture, a quien no se le escapaba nada de lo que ocurría en el barrio. Ya era quien sería después, aunque entonces no hubiera cumplido los treinta años. Todos le temían. «¿Es verdad lo que anda diciendo ese borracho?». Sture ya se había fijado en Fátima y, aunque no tenía seguridad en ello ni quería tenerla, Abdul sospechaba que ya se había acostado alguna vez con su hija. Abdul negó vehementemente las acusaciones de Enrique, pero Sture no creyó una palabra y, en realidad, tampoco le importaba. «Yo podría ayudarte. No es bueno para ti que alguien vaya propagando esa clase de cosas por el barrio y, ahora que somos amigos, tampoco es bueno para mí». Abdul vio el cielo abierto sin querer ver la trampa que se abría bajo sus pies.

—Solo quería que te diera un escarmiento.

Pero Sture no daba escarmientos, él daba soluciones definitivas. Puso una cifra encima de la mesa, a todas luces inasumible para Abdul. Una condena a perpetuidad. Aceptó que unos desconocidos pateasen y golpeasen hasta la muerte a Enrique,

aceptó sin rechistar darle el tiro de gracia cuando Sture le puso la pistola en la mano con una sonrisa de cinismo y le dijo que no se acercara demasiado para disparar o le salpicarían los sesos.

Si le hiciera caso a Fátima y lo confesara todo, tendría que marcharse del barrio, irse a otra ciudad, perdería todo lo que tanto le había costado levantar: respeto, ejemplaridad.

—¡No me mires así, maldito! —Veía en la oscuridad los ojos de Enrique cuando le disparó. Aquellos preciosos ojos verdes que lo miraban entre los grumos de sangre que le recorrían la frente. Sin rencor, sin odio.

Miró a su alrededor. Todo por lo que había luchado. Había vivido ochenta y seis años para acabar solo en un butacón de falsa piel, vestido con un pijama sucio, maloliente, acabado, con una manta raída cubriéndole las piernas delgadas, sin muslos ni nalgas, con los pies descalzos y huesudos de uñas largas y las manos apoyadas en los reposabrazos desgastados, esas manos que ya no respondían a su voluntad, que se movían espasmódicamente sin su permiso. Él, que sedujo a hombres y mujeres, que tuvo lo que nadie más se atrevió a soñar en la aldea, no tenía nada en realidad, nunca lo tuvo. Todo le perteneció siempre a Sture.

Intentó levantarse para ir al baño y sintió una fuerte punzada en la nuca, seguida de un intenso calor en toda la cabeza.

—¿Qué me pasa? —farfulló. Un extraño hormiguelo le recorría la mejilla derecha. Todo iba tan deprisa que parecía hervir. La comisura del labio se le estaba cayendo. Se asustó.

Quiso llamar a alguien y se dio cuenta, horrorizado, de que la lengua no se movía, no respondía a sus órdenes. El teléfono, pensó. Tenía que llegar al teléfono y llamar a Fátima. Dio un paso, como a ciegas, sin poder fijar la mirada. «Dios mío, por favor», gimoteó mientras buscaba el apoyo de una silla. La mano solo alcanzó el vacío y Abdul se desplomó, golpeándose de bruces contra el suelo.

*Malmö*

Al otro lado del puente, la sirena del último transbordador que llegaba de Dinamarca resonó en la oscuridad como un vaticinio lúgubre.

Gövan estaba casi seguro de que nadie lo había seguido hasta aquel solar, no muy lejos de donde solía verse con Yasmina, pero aun así examinó los alrededores con desconfianza. Cuando se sintió seguro, salió del coche, cruzó ante los haces de luz de los faros encendidos, que proyectaron su sombra sobre el muro de una vieja fábrica de papel abandonada, y se sentó en el capó del viejo Sköda a esperar. Le disgustaban la sordidez del lugar y la nocturnidad a la que se veía obligado, el peligro que entrañaba algo así ahora que todo estaba tan cerca de acabar bien. Alguien podría verlo. Reconocerlo no sería muy difícil porque aparecía día sí y día también en los medios de comunicación; y, si eso ocurría, no habría modo de justificar allí su presencia a aquellas horas.

Unos meses atrás, nada de eso le hubiera importado demasiado, estaba fascinado con Yasmina. Pero ahora le resultaba difícil mirarse y no reírse de la solemnidad de las declaraciones de amor, de su mirada patética y de su urgencia a la hora de desnudarla. Todavía pensaba en ella con cierto pesar, aunque cada vez menos. Ya no la veía a todas horas y en todas partes ni sentía la angustiada opresión de la culpa y del temor a ser descubierto. Solo al volver a sitios que habían compartido, como ese solar, se acordaba de ella y le asaltaba una pena difusa. Las cosas podrían haber sido de otra manera, se decía sin verdadero convencimiento. Por suerte, el presente imponía su tiranía y lo empujaba hacia delante sin tiempo para mirar atrás. Solo había momentos de una repentina melancolía que le asaltaban en situaciones insospechadas; por ejemplo, cuando, haciendo el amor con su esposa, en mitad del coito sentía que lo abandonaba el vigor y ella le decía que parecía ausente; o a mitad de una reunión con los miembros del comité del partido en la que se debatía la estrategia electoral, cuando él respondía a las preguntas con monosílabos sin prestar verdadera atención.

Tenía la excusa de la presión que suponían la investigación de los asesinatos, la responsabilidad de verse tan cerca del acta de diputado, las entrevistas incesantes, la exposición pública. Todo el mundo se mostraba comprensivo a la espera de los mejores resultados.

Todos excepto Inga, la inspectora jefa de la policía científica de Malmö, que no dejaba de atosigarlo con dudas y suposiciones acerca del número de teléfono del que Gövan había prometido encargarse. Por ahora, Gövan había logrado esquivarla, pero conocía bien a la inspectora jefa. Inga era de las que no cejaba en su empeño

fácilmente. Concienzuda y metódica, no paraba hasta encontrar respuestas a sus preguntas. Y últimamente hacía demasiadas. Unos días atrás había ido demasiado lejos al preguntarle a Gövan, con una inocencia que resultó sospechosa para el subcomisario, si aquel lugar del lago donde se había encontrado el cadáver de Yasmina no era el mismo al que Gövan solía ir a jugar de niño con su hermana.

—¿Cómo sabes eso?

Ella lo miró fijamente, como si quisiera leer dentro de la mente del subcomisario, y le recordó que él mismo se lo había contado, en uno de esos arrebatos inoportunos de sinceridad que sobrevienen en las conversaciones de lecho tras hacer el amor, cuando salían juntos.

—No, no era ese lugar. Seguro —había respondido Gövan, tal vez demasiado precipitadamente.

A juzgar por la reacción de su antigua compañera de promoción, no la había convencido demasiado; Inga estaba empezando a hacer preguntas acerca de Yasmina, los clientes que frecuentaba, los lugares de copas a los que solía acudir... Era cuestión de tiempo que diera con alguien que pudiera relacionarla con él. De modo que el subcomisario había ido un paso más lejos y le había sugerido al comisario jefe que sería oportuno un traslado de Inga, tal vez a una región remota del norte donde sus celos se diluyeran lejos de oídos dispuestos a escucharla. La excusa se la había servido en bandeja la propia Inga: ella era la que más había presionado para que Sture fuese detenido y, a fin de cuentas, la detención y la exposición del Turco ante los medios de comunicación había sido un fracaso humillante para la policía de Malmö. El juez no había tardado ni veinticuatro horas en ponerlo en libertad haciendo hincapié en la fragilidad de las pruebas presentadas en su contra. Alguien tenía que pagar las consecuencias, y Gövan estaba maniobrando discretamente para que los dedos señalaran en la dirección de Inga.

Otro fleco sin cerrar era Fátima. Gövan la había subestimado. La madre de Yasmina estaba resultando ser de lo más combativa. Como si pretendiera redimirse ante su hija ahora que ya no tenía remedio, aparecía en los medios de comunicación continuamente reclamando justicia para Yasmina, recorría platós de televisión con la estampa de Yasmina como si de una santa se tratara, y se personaba casi a diario en la comisaría reclamando saber cómo iba la investigación. La situación podría haberse escapado de control si Gövan no hubiera filtrado partes del pasado de la familia. Saber que Yasmina ejercía la prostitución, que la propia Fátima había abortado en extrañas circunstancias varias veces, conocer el suicidio de su marido y el hecho de que su padre formara parte de una comunidad musulmana radicalizada, había minado la solidaridad de parte de la opinión pública, que al principio había mostrado simpatía por su causa. Un último golpe de suerte había sido el infarto cerebral sufrido por Abdul. Si el viejo sabía algo, ya no podría declararlo. Además, Gövan había movido influencias para que el anciano pudiera ser atendido en una clínica a cuenta del erario público, lo que hizo entender discretamente a Fátima que esa ayuda estaba



condicionada por su actitud. Debía dejar de atacar a la policía, de criticar su ineficacia, abandonar ese discurso de que no se dedicaban recursos a la investigación de la muerte de su hija porque era musulmana y habitante de Rosengard. No puede morderse la mano de quien te da de comer y esperar que te siga alimentando. Con reticencias, Fátima parecía haber entendido el mensaje y, aunque no renunciaba a seguir con sus reclamaciones, había rebajado su beligerancia. Era cuestión de tiempo que los periodistas y la gente se olvidaran de ella.

Campo libre. Solo quedaba un hilo por cortar, el más correoso, el verdadero peligro. La única persona que podía dar al traste con todo. Gövan no se engañaba. Sabía que no había dignidad en ese lodo blando y caliente en el que se había adentrado. No debería haber cedido al pánico y matar a Yasmina, pero ya no podía hacer otra cosa que seguir adelante, costara lo que costara. No pensaba renunciar a su vida ni pasar los próximos dos decenios en la cárcel.

Vio aparecer por el sendero las luces de un coche y se irguió tensando los músculos. Preparado. Apretó los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta y empezó a caminar hacia el vehículo, que se había detenido junto a un muro grafitado. Se detuvo a escasos metros y esperó.

Sture bajó del coche. Ambos se calibraron a una distancia segura. No se fiaban el uno del otro, se conocían demasiado bien. Se odiaban demasiado. Hacía muchos años que jugaban al gato y al ratón cruzándose en la trayectoria del otro una y otra vez, mordiéndose e hiriéndose pero sin lograr desequilibrar la balanza.

Sture miró al subcomisario con infinito desprecio.

—Tengo que felicitarlo, subcomisario. ¿O debería decir diputado? Parece que los sondeos le dan una clara victoria en las elecciones del domingo. Una suerte para los electores de Escania contar con alguien de su valía; aunque tendrá que abandonar la policía, una pérdida irreparable para los ciudadanos de Malmö. Esperemos que su sustituto esté a la altura.

Sture recordaba la primera vez que Gövan lo detuvo en una redada. Sture aún no era el Turco, solo uno de los hombres al servicio de su tío Sigmund, que en los años setenta era quien se ocupaba de los negocios. Gövan era entonces un oficial recién ingresado en la policía y quiso demostrar su valía ante los veteranos, de modo que le dio una bofetada a Sture y lo lanzó contra la pared acristalada del puticlub en presencia de todas las putas, de los clientes y de los demás esbirros de Sigmund. Todavía le zumbaba el oído a causa de aquel primer bofetón.

Gövan no estaba de humor.

—Ya sabes para lo que te he llamado, Sture. El material del que me habló Yasmina, las fotografías, los vídeos y las grabaciones. ¿Qué vas a hacer con eso?

Sture alzó la cabeza y contempló el cielo, a reventar de estrellas. Las noches de agosto le parecían las más hermosas del año. Cuando contemplaba el firmamento tan repleto, le daba por pensar en lo absurdo que era todo lo que ocurría aquí abajo. Las muertes, la violencia, las drogas, los hijos, los matrimonios, el rencor, él y Gövan...

Pronto serían demasiado viejos, perderían los dientes y, aun así, seguirían mordiendo con ferocidad patética para defender sus ridículas conquistas. Lo sabía y, sin embargo, no podía evitar seguir con el guion escrito.

—Tengo que reconocer que ese aspecto suyo de gañán, de tipo rústico, me hizo subestimarle, subcomisario. Ha conseguido que todo el mundo crea que yo maté a Yasmina; ese montaje de detenerme y pasearme ante las cámaras hasta el tribunal le ha convertido en el don limpio incorrupto. Debe de haberle dado buenos réditos.

—Mataste al tipo del puerto y eres el responsable de la decapitación del parque. Fuiste demasiado lejos con esa teatralización absurda.

Sture asintió esbozando una media sonrisa.

—Tenía que enviar un mensaje contundente a mis amigos de Ankara. No podemos permitir que esos extranjeros lleguen aquí con su chulería y quieran imponernos su manera de hacer las cosas, ¿no le parece? Pero reconozco que en este caso concreto ha habido algo personal, lo reconozco... Aunque no deja de ser un poco cínico estar aquí dándole explicaciones. A fin de cuentas, usted también ha matado y lo ha hecho por una cuestión personal, ¿no es cierto?

Sture se acercó a Gövan, y las siluetas de ambos se fundieron ante los faros encendidos de los dos coches.

—No era necesario que la matara, ¿sabe? Podríamos haber llegado a un acuerdo, que es para lo que me ha llamado. Pero, aunque no necesitaba matar a Yasmina, le destrozó el cráneo con un hacha oxidada y lo hizo porque quiso. ¿Fue porque la odió, se sintió herido en su hombría, traicionado en sus sentimientos? Ella me dijo que usted se estaba enamorando, que pensaba dejar a su familia, sus privilegios... Pobre muchacha ingenua; nunca pensó hacer tal cosa, ¿verdad?

—No sabes nada de mí.

Sture asintió.

—Eso es cierto. Pero sabía mucho de Yasmina, mucho más de lo que usted imagina. Y sé que ella se estaba enamorando de usted, que si usted se hubiera puesto de su lado en vez de limitarse a mentirle y a follársela, ella habría acabado por traicionarme.

Gövan contrajo el rostro. No quería que aquella posibilidad calara en él.

—Solo era una de tus putas. Hacía lo que hacía porque tú se lo ordenabas.

Sture inspiró con fuerza y se le abrieron las fosas nasales. Pensó en la pistola que llevaba escondida en el cinturón. Se debatió con su rabia un momento y se tranquilizó. No pensaba hacer las cosas así, ya no era un joven impetuoso. Sabía cómo luchar, cuándo y dónde.

—Sigue estando ciego, subcomisario. Yasmina era más, mucho más que una de mis putas.

Gövan calibró la mirada de Sture y tuvo la sensación de que la muerte de Yasmina le afectaba de un modo muy personal. No se trataba solo de ellos dos, de la pérdida de una posesión o del fracaso de una estrategia. Era como si hubiera perdido

algo muy íntimo y se sintiera culpable por ello.

—El material... ¿Qué quieres a cambio?

La mirada de Sture se afiló un segundo. Gövan se tranquilizó, volvía a ver en él esa mirada de depredador avaricioso. Podían alcanzar un acuerdo.

—Lo que le transmitió Yasmina: paso franco, que desaparezca mi rastro de la investigación y un programa de colaboración mutua que vaya más allá de Malmö. Con su nuevo cargo, las posibilidades de hacer negocios que nos beneficien a ambos se multiplican. Guardemos las formas pero vayamos al fondo, subcomisario. Nos necesitamos. Los dos sabemos que podemos hundirnos el uno al otro, podemos incluso matarnos o hacer que nos maten, pero ninguno de los dos quiere eso. Somos gente pragmática, a fin de cuentas. Son negocios.

Gövan no confiaba en ello. No pensaba emprender su carrera política con esa espada de Damocles sobre su cabeza, pero eliminar ahora a Sture sería un error de estrategia de dimensiones incalculables. Necesitaba ganar tiempo, afianzarse en el poder y alejarse lo suficiente. No le quedaba más remedio que ceder algo por ahora. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre y se lo entregó a Sture:

—Una prueba de buena voluntad: las investigaciones en curso contra algunos de tus hombres. Está todo lo que sabemos de tus redes de distribución de drogas, los locales, tus contactos en el puerto...

Sture lanzó un silbido, cogió el sobre y lo guardó.

—Esto me ahorra muchos quebraderos de cabeza, se lo agradezco... No creo que volvamos a vernos, pero estaremos en contacto. —Se dio media vuelta y se alejó hacia el coche.

—¡Espera! Y ¿qué me vas a dar tú a cambio?

Sture ladeó la cabeza con una sonrisa canina.

—Pienso darle mi voto este domingo, diputado.

Cuando era muy niño, Erick soñaba con ser un héroe, parecerse a uno de esos soldados portugueses que habían combatido en Angola, como el de la fotografía que su abuela tenía en la cómoda del dormitorio y del que nunca hablaba. O tal vez uno de esos buscadores de oro de las novelas de Jack London que le gustaba leer, o, por qué no, un futbolista famoso como Zlatan Ibrahimovic', que acababa de meter dos goles a Irlanda con la selección sueca. Cualquiera cosa para la que no fuera necesario quedarse encerrado en casa estudiando un sábado por la tarde ni aguantar los sermones de su madre sobre la importancia de la educación superior. Él no quería ser empresario ni dedicarse a pasear de una oficina a otra con un traje caro y un maletín de cuero, pero su madre no quería entenderlo. Por eso habían vuelto a discutir otra vez; por eso y porque ella se había puesto de parte de Sture a pesar de ser él su hijo, su sangre, cuando el cabrón de Sture lo había abofeteado y le había roto el labio porque Erick lo había llamado asesino.

Su madre había llamado varias veces a la puerta de su habitación, pero Erick se había negado a abrir. «Ella es igual que él», pensaba tumbado en la cama, todavía con el labio inflamado. Erick odiaba Rosengard y odiaba el restaurante, detestaba ese retrato de Omar Sharif que amarilleaba en la pared, el olor a cebolla que desprendían las manos de su madre, el bigote ridículo de Sture, la gente que se sentaba a las mesas con manteles a cuadros rojos y blancos. Odiaba su habitación, que era pequeña y recargada, y odiaba el colegio, a sus compañeros, los libros y la Revolución francesa.

Se asfixiaba, se ahogaba y nadie se quería dar cuenta. Ni siquiera quería ya sentarse delante del ordenador a buscar páginas guarras ni a chatear en las redes sociales. Quería pasarse el día tumbado en la cama con la almohada tapándole la cabeza. Hacerse un ovillo para desaparecer en los sueños que habitaban él y Yasmina.

Desde que apareció su imagen en televisión, muerta, no había vuelto a excitarse pensando en ella, le daba vergüenza y le parecía sucio. Ahora solo escuchaba las canciones que a ella le gustaban y veía vídeos en internet de la cantante a la que Yasmina admiraba; se parecía un poco a ella, aunque Yasmina fuera más guapa y tuviera un ojo de cada color. Echaba de menos verla llegar a la Vieja Suecia con el aire resuelto, moviendo al mismo tiempo todas las partes de su cuerpo en una armonía que Erick imaginaba bajo la ropa salvaje y ardiente. A veces, ella le dedicaba una sonrisa y él se agarraba a eso como a un clavo ardiendo. Y los momentos en que charlaban un rato de las cosas que les gustaban, Erick se sentía el hombre que un día sería: alguien capaz de decirle todo lo que sentía por ella y lo que estaba dispuesto a hacer para librarla de aquel mundo sórdido que a ella tampoco la hacía feliz.

Una vez le dio un beso en los labios. Solo de pensarlo sintió crecer una erección poderosa bajo el pantalón, pero desistió de tocarse. No quería ensuciar ese recuerdo: fue un beso muy fugaz, apenas un roce de labios tras una conversación en la que él le confesó que llevaba mucho tiempo robando pequeñas cantidades de la caja, que ahorraba con la esperanza de conseguir suficiente dinero para comprar dos pasajes a Nueva York. «¿Y por qué dos?», le preguntó ella. Y él respondió con mirada obvia que uno era para él y el otro para ella. Ella lo miró de lado con ternura y le acarició el pelo. «Ojalá hubieras nacido antes o yo después». Erick entendía a lo que se refería. Pero diez años de diferencia no eran tantos a partir de cierto momento. De diez a veinte, de acuerdo, de catorce a veinticuatro, tal vez. Pero ¿podría estar ella con alguien de veinte, por ejemplo? «De veinte a treinta ya no se nota, ¿verdad?». Fue entonces cuando ella asintió y lo besó. Él hubiera querido más pero le bastó aquella promesa. Porque un beso no se da si no es para algo, no en los labios. Eso creía. Y ahora Sture la había matado; no le cabía ninguna duda. El viejo se había pasado la tarde hablando de ella, locuaz, medio borracho mientras daba pequeños sorbos de *whisky*. Yasmina esto, Yasmina lo otro, yo la quería, yo la maté. Lo dijo con los ojos vidriosos y la boca caída, acodado en la barra, con esas mismas palabras: «Sí, yo la empujé a hacerlo, yo la maté. Empecé a hacerlo desde que nació, como hice con su madre». Erick, en el extremo de la barra, alzó la cabeza del libro de geografía y se lo

quedó mirando fijamente sin comprender a qué se refería, porque sabía que la madre de Yasmina estaba viva, la había visto en televisión mostrando la fotografía de su hija y pidiendo ayuda a los posibles testigos que pudieran aportar algo a la investigación de la policía. Pero retuvo lo que en esencia había dicho Sture, que él había matado a Yasmina, y anotó en una esquina de la página, sobre el mapa físico de Europa, el número que aparecía en la pantalla bajo la imagen de Fátima para colaborar con la policía. Sture se dio cuenta de que lo estaba mirando y alargó el brazo por encima de la barra agarrándolo por la pechera de la camisa. «Tú, pequeño bastardo, estabas enamorado de ella, ¿verdad? Como todos». Las palabras salieron con una lluvia de saliva que cayó sobre el rostro de Erick. «Pobre imbécil pusilánime. Yo nunca lo hubiera permitido, ¿lo entiendes? Ella era demasiada mujer para ti. Para todos los cabrones de este jodido barrio».

Fue entonces cuando Erick se revolvió desembarazándose de él y le gritó lleno de ira que era un asesino. No solo era por Yasmina, era por él, por todo ese desprecio acumulado y ese modo que Sture tenía de mirarlo, como si no fuera más que una cucaracha pegada a la suela de su zapato que crujía a cada paso que daba.

Sture se incorporó y le cruzó la cara de un revés. Pero esta vez Erick no se acobardó como había ocurrido otras veces. Le sostuvo la mirada y blandió un cuchillo que tenía a mano. «Si vuelves a tocarme, te rajaré, lo juro». Sture reaccionó con sorpresa al principio, pero enseguida soltó una carcajada hiriente que fue creciendo y creciendo hasta hacerle echar la cabeza hacia atrás para darle más aire a esa risa que terminó secamente, con una mirada cargada de odio y desprecio. «Adelante, pequeño mierda. Si tuvieras un ápice de mi sangre ya me habrías rajado el cuello». Erick dudó, con el cuchillo firmemente sujeto. «¡Hazlo, maricón! Si crees que he matado a la mujer que amabas, hazlo. No tendrás otra oportunidad». Pero Erick no se atrevió, y entonces Sture le arrebató el cuchillo y se lo puso muy cerca del ojo. Estaba fuera de sí... «¿Acaso sabes lo que se siente? No tienes huevos, ¿verdad?». Lanzó el cuchillo lejos y se largó. «Ve a llorarle a tu madre», le dijo sin volverse, al tiempo que lanzaba un puntapié contra la puerta.

Erick se levantó de la cama y se miró en el espejo. El labio inflamado le escocía, y debajo del párpado izquierdo tenía la marca de la punta del cuchillo, como una picadura de mosquito. El cuchillo estaba encima del escritorio.

A veces, Sture traía aquí a Fátima. Le gustaba pasear entre lo guijarros con la sensación de ser una persona como las demás, con sus mismas preocupaciones y sus ambiciones, alguien que nunca excedía el límite de lo verosímil. Ahora era un barrio nuevo colonizado por parejas jóvenes de clase media alta que huían del bullicio del centro. Los domingos era corriente ver a esos matrimonios pasear con sus hijos cerca del muelle nuevo, acercarse por las pasarelas de madera a la playa o tomar algo en los bares aprovechando las horas de sol. Pero en aquella época era un barrio de

pescadores deprimido. Malmö acababa aquí, y Sture y Fátima se sentaban en las piedras, fumaban y se contaban sus cosas. Aquí fue donde ella le dijo que estaba embarazada, otra vez, pero que ahora era distinto, una niña. Sture todavía no sabía por qué le emocionó de un modo tan distinto saberlo. Tal vez porque, durante un rato, pensó que podía ser otra persona, escapar de la vida que llevaba, abrazar a Fátima como si fueran una pareja normal, olvidar que ella le tenía miedo, que solo estaba allí porque Abdul la había obligado. A Yasmina también le gustaba. Medio en broma medio en serio decía que algún día se compraría uno de esos áticos con vistas al estrecho y al puente. Sture le compraba un bocadillo y un refresco y se sentaban en un banco, como un padre y una hija. Y a veces sentía que lo eran.

—Debería haberle comprado el jodido apartamento.

Domingo de elecciones. El paseo estaba desierto y, a aquellas horas de la tarde, la gente estaba sentada delante del televisor siguiendo el escrutinio. Imaginó a Gövan en la sede del partido rodeado de su esposa y sus hijos y de los correligionarios, todos esperando con ansiedad contenida el momento de dar rienda suelta a la euforia y anunciar la victoria. Debía de tener preparado un discurso breve y emotivo, aparecería con su familia y saludaría desde el balcón de la sede. Feliz, sintiéndose un triunfador. Dentro de una hora, a lo sumo dos, Gövan se subiría a ese cohete que lo haría inalcanzable, y desde el Olimpo de los dioses lo primero que haría sería encargarse de él, Sture no tenía dudas al respecto. Lo que le había dado, esos nombres e informes, era calderilla, un anzuelo con el que Sture podía entretenerse un rato antes de que le diera el golpe definitivo.

Pero él iba a adelantarse. Consultó la hora. Esa policía, Inga, no podía tardar.

El trato que le había propuesto era justo, o, al menos, era lo que cabía esperar. No habría indulto ni trapicheos, no con ella. Era una poli de las duras. Se lo había dejado bien claro: «Ni acuerdos con el fiscal ni chantajes. A lo sumo, un atenuante por colaboración con la justicia y una posible reducción de condenas». También le había ofrecido la posibilidad de elegir una prisión cerca de Malmö y un régimen de visitas adecuado para que Raquel pudiera ir a verlo a menudo. Migajas, eso era lo que le había ofrecido la jefa de la policía científica a cambio de la información que Sture estaba dispuesto a darle sobre el subcomisario. Pero eso era mejor que recibir un balazo en cualquier momento por encargo de Gövan. «Necesitaré pruebas», había insistido Inga, correosa, negándose a creerle cuando le dijo que Gövan era el asesino de Yasmina. Y, sin embargo, Sture tuvo la impresión de que la llamada de teléfono no la había sorprendido demasiado, como si llevara tiempo esperándola y, en cierto modo, ya sospechara la verdad.

Las pruebas las llevaba consigo en la mochila. Material suficiente para destruir a Gövan y que no quedase de él ni una partícula a salvo.

No le había dicho a Raquel lo que pensaba hacer. Ella se hubiera negado en redondo y no habría entendido sus razones. ¿Acaso las entendía él? Toda su vida había vivido así, huyendo y persiguiendo, y nunca se había cuestionado lo que hacía.

La gente como él tenía que existir en el mundo para hacerlo real y doloroso. No había conocido otra cosa y no se quejaba. Siempre supo que este momento llegaría, no era la primera vez que estaba en la cárcel y, seguramente, esta sería la última. Pero iba a llevarse por delante al subcomisario y todo el mundo sabría por qué. Hay ocasiones en las que la derrota y el fracaso son un dulce consuelo.

Rondó durante diez minutos cerca de los pilares de la pasarela que se adentraba en el mar. Este tenía un aspecto irreal bajo la luz de la luna. A lo lejos se veían las luces del puente y los destellos de los barcos. Aquel era su mundo, su universo. Buscó un cigarrillo y el mechero, pero debía de haberlos dejado en el coche. Se dio media vuelta y vio una sombra que lo observaba a pocos metros. La luz del paseo le daba de frente y difuminaba sus rasgos.

—¿Quién eres?

La silueta avanzó hacia él con las manos en los bolsillos de una cazadora de piel. Sture afiló la mirada.

—¿Erick? ¡Qué coño...!

No tuvo tiempo de decir nada más. Comprendió lo que iba a pasar una décima de segundo más tarde de que sucediera.

De pronto, tenía un cuchillo clavado hasta media hoja en el cuello.

Intentó protegerse con las manos, pero el cuchillo terminó de hundirse hasta la empuñadura. Sture sintió su tacto frío rompiéndolo por dentro. Agarró la mano de Erick pero no pudo impedir que el muchacho sacara el cuchillo y lo hundiera de nuevo, esta vez en su pecho, repetidas veces y con una fuerza brutal, hasta que la hoja se partió.

*Cementerio, a las afueras de Malmö, una semana después*

El día del entierro llovía. Una nube de paraguas negros desfilaba ante Raquel, de riguroso luto pero erguida y digna, sin ceder al llanto.

A su derecha, Erick, escoltado por dos policías vestidos de paisano, era objeto de todas las miradas. Su condición de menor lo eximía de ir esposado.

Detrás de la nube de paraguas, algo alejada, la inspectora Inga observaba. Cuando se selló la lápida con el nombre de Sture y la comitiva empezó a disolverse, asintió con un gesto, y los policías permitieron un breve intercambio entre Raquel y su hijo. Erick lloraba.

—No llores. No quiero que te vean débil. Eres un menor, hay circunstancias atenuantes. Saldrás pronto y yo estaré esperándote.

Erick se dejó abrazar y sintió el calor de su madre a pesar del abrigo mojado. Nunca había tenido tanto miedo, ni siquiera cuando había visto el cuerpo agonizante de Sture agarrándose a sus piernas y clavándole los ojos con aquella mirada feroz.

Raquel apartó de él a su hijo, sujetándolo por los hombros.

—No dejaré que te pase nada malo. Nunca. ¿Me crees?

El muchacho asintió y dejó blandamente que los policías se lo llevaran. Raquel lo siguió con la mirada hasta que lo vio entrar en el coche. Respondió al saludo que su hijo le enviaba desde la parte trasera, y solo cuando el coche se puso en marcha dio rienda suelta a su llanto.

—Raquel, siento todo esto.

Raquel se secó las lágrimas y se volvió hacia la inspectora Inga. Ya habían hablado varias veces tras la muerte de Sture. Inga no dejaba de presionarla.

—¡Si le pasa algo a mi hijo, si alguien le toca un pelo, la haré responsable a usted! —dijo.

Inga se estremeció dentro de su gabardina, en parte por la lluvia, que la estaba calando, y en parte porque se tomó las palabras de Raquel como lo que eran, una amenaza.

—Estará en buenas manos. Pero podríamos hacer que las cosas fueran mejor. ¿Has pensado en lo que te dije? Estoy segura de que la noche que Sture murió llevaba encima una mochila que es muy importante para nosotros. Sin embargo, tu hijo sigue insistiendo en que no sabe nada de ninguna mochila. Y creo que me miente.

—No sé nada. Ya se lo he repetido una docena de veces.

Inga estaba convencida de que Raquel también le mentía. Fue ella la que avisó a los servicios de emergencias cuando su hijo le dijo lo que había hecho. Esa llamada



se hizo desde el mismo lugar en el que murió Sture, lo que significaba que Erick había llamado a su madre, le había dicho lo que había hecho y ella había acudido a su encuentro, aunque luego dijera estar en otra parte. La primera patrulla de policías tardó quince minutos en llegar a la escena. Tiempo más que suficiente para que Raquel pudiera hacer desaparecer la mochila con las pruebas que iban a incriminar a Gövan y que Sture pensaba entregarle.

—¿Estás segura?

Raquel le lanzó una mirada desafiante. Alguien se acercó con un paraguas. Inga reconoció a uno de los hombres de Sture. «Así que ahora manda ella». Ladeó la cabeza con desgana. Nada termina nunca.

—Entiendo. Si quieres hablar, sabes dónde encontrarme. Gövan no lograba acostumbrarse a esas tediosas cenas donde nadie decía realmente lo que pensaba ni mostraba sus cartas. El mundo de la política podía ser mucho más implacable que el de las calles y más le valía aprender pronto sus reglas. De vez en cuando, su esposa le tocaba la pierna bajo el mantel para recordarle que no estaba solo. Gövan le dedicaba una sonrisa de agradecimiento.

Un camarero se acercó y le susurró algo al oído. Gövan asintió con gravedad, carraspeó y se limpió los labios con la punta de la servilleta.

—Tengo que atender una llamada urgente, si me disculpáis... Regreso enseguida.  
—Su esposa lo interrogó con la mirada, pero él la tranquilizó con una palmadita en el hombro.

Reconoció a la viuda de Sture en la terraza del cenador fumando y observando los lujosos turismos aparcados en la glorieta del restaurante. En el fondo, debería darle las gracias a ese bastardo de Sture: Erick lo había librado de un buen problema. Y no pensaba crearse otros nuevos. No era bueno que alguien viera al próximo diputado y a la viuda de un delincuente conocido intimando.

—¿Qué hace usted aquí?

Raquel se volvió y examinó de arriba abajo a Gövan con aire circunspecto. Lo imaginaba más alto y atractivo. Pero ya se sabe que todo en televisión parece más cierto y mejor.

—¿Sabe quién soy?

Gövan observó alrededor con precaución.

—Por supuesto. Y vuelvo a preguntarle, ¿qué hace aquí?

Raquel no hacía las cosas como Sture. A su marido le gustaba el juegucito de las palabras, pero ella era directa. Cuanto antes quedase claro, mejor para todos.

—Sé que usted mató a Yasmina y sé por qué.

El rostro de Gövan se tensó.

—No sé de qué me habla. Entiendo que está pasando por una situación complicada, y respeto su dolor. Pero eso no le da derecho a venir aquí a lanzar acusaciones ridículas.

Raquel no se inmutó.

—No haga eso. No lo intente conmigo. No soy uno de esos periodistas que están embobados con usted. He visto las fotografías, los vídeos, las grabaciones. Y su compañera, la inspectora Inga, me está presionando. Sospecho que Sture había llegado a un acuerdo con ella para delatarlo. Nada me impediría entregarle a ella ese material.

Gövan estaba realmente sorprendido. No imaginaba que Inga pudiera haber ido tan lejos. Tanteó el terreno con cuidado:

—Si tiene tan claro que yo he matado a Yasmina, ¿por qué está aquí hablando conmigo en vez de entregarle a la inspectora esas pruebas?

—Porque no me fío de la policía. Y he venido a proponerle un trato.

Gövan miró con temor a los lados antes de hablar.

—¿Qué clase de trato?

—Sture me dijo que usted y él habían llegado a un acuerdo para colaborar en el futuro. Quiero mantener las condiciones. Ahora soy yo quien se hará cargo del negocio. Le prometo que no tendrá problemas conmigo, no más muertes ni espectáculos con decapitados en parques infantiles. Me gusta la discreción. A cambio, le entregaré todas las pruebas que Sture tenía contra usted.

Gövan examinó atentamente a Raquel. ¿Qué le decía su instinto? «Mátala. Es un problema». Pero no podía hacerlo ahora, con tanto ruido y tantas noticias recientes alrededor. Necesitaba ganar tiempo, un par de meses, un año. Lo que fuera necesario hasta que las aguas regresaran a su cauce y todo el mundo olvidara aquella historia. Lo prudente era decirle que se marchara, pero si era cierto que Inga andaba detrás de todo eso, no podía arriesgarse. Tenía que matar a Raquel ahora, esta noche.

—Digamos que acepto. ¿Qué garantías me ofrece?

Raquel abrió las manos en señal de buena voluntad.

—Tengo mucho que perder y poco que ganar. Y, además, tengo una razón más poderosa que Sture para no traicionar nuestro acuerdo.

—¿Qué razón?

—Erick. Quiero que mi hijo esté en casa antes de un año.

Gövan negó con la cabeza.

—Eso no es posible, la ley tiene sus reglas. Su hijo ha matado a un hombre.

—Usted ha matado a Yasmina y, sin embargo, aquí está, cenando en un restaurante de lujo con su esposa y sus amigos ricachones como si nada. ¿No se supone que eso es lo que da el poder? No dinero, ni influencias. Impunidad. Si quiere esas pruebas, tendrá que sacar a mi hijo.

Gövan fingió tener un duro debate consigo mismo. Al cabo de un largo minuto cabeceó.

—Puedo intentarlo. Tengo algunos amigos en la fiscalía de menores. Tendrá que darme algún tiempo.

—No me basta. Quiero que me diga aquí y ahora que lo hará.

Gövan se estaba impacientando. Maldita zorra. ¿Por qué no podía dejarlo correr?

—De acuerdo. Sacaré a su hijo —consintió.

Raquel se dio por satisfecha.

—Otra cosa. No me menosprecie, diputado. Seré inteligente pero no débil. Casi le agradezco que matara a esa zorra de Yasmina. Voy a ayudarlo, Gövan, y usted me va a ayudar a mí. ¿Estamos de acuerdo?

Gövan asintió. Oyó la voz de su esposa, que lo llamaba.

—Deme su número. La llamaré mañana, Raquel. Tendré noticias sobre Erick. Y traiga esas pruebas. Creo que nos entenderemos.

Cuando Raquel regresó al coche le temblaban las piernas. Se recostó en el asiento y cerró los ojos para recuperar la calma. Iba a necesitar tener los nervios bien templados.

A la mañana siguiente, Raquel recibió un mensaje de Gövan. La citaba en un parque de las afueras, cerca de la autopista. Condujo el todoterreno de Sture deprisa, con la sangre zumbando en la sien y el corazón acelerado. Pensaba en Erick, en el futuro que la pitonisa le había prometido para su hijo. Y estaba dispuesta a arriesgarse. A pesar de llegar cinco minutos antes a la cita, Gövan ya estaba allí, sentado en el capó de su viejo Sköda, mientras fumaba tranquilamente. La saludó con el brazo en alto, lanzó el cigarrillo lejos y se acercó con las manos en los bolsillos de su gabardina. Sonriente y confiado.

—Tengo buenas noticias —anunció apenas Raquel se bajó del coche—. Mi amigo el fiscal me ha dicho que Erick podrá obtener permisos en un par de meses. Antes de final de año estará en casa, libre.

El rostro de Raquel se iluminó.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—En este mundo todos nos hacemos y nos debemos favores. ¿Tiene las pruebas? Quiero acabar con todo esto cuanto antes.

Raquel sacó del maletero una mochila pequeña y se la entregó a Gövan. Cerró los puños para que él no notara el temblor de las manos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Gövan abrió la mochila y examinó el contenido. Asintió, visiblemente relajado.

—Ahora, usted vuelve a su vida y yo a la mía. Como si no hubiera pasado nada. Pero antes, dígame una cosa. ¿Qué es lo que sabe exactamente la inspectora Inga?

Raquel tragó saliva. No imaginaba que aquello iba a ser tan difícil.

—Ella cree que usted mató a Yasmina porque tenía miedo de que ella pudiera relacionarlo con Sture. Imagina que se puso nervioso y que cometió un terrible error.

Gövan endureció la mirada.

—Inga no entiende nada. Usted y yo sabemos la clase de persona que era Yasmina, ¿no es cierto? Lo dijo anoche: la odiaba tanto como yo. Yasmina era como un veneno, se metía en la sangre. Me confundía, me apartaba de mi camino. ¿Sabe

que estuve a punto de creerla? Por un momento, creí que me amaba y pensé que era posible dejarlo todo, volver a ser el Gövan de antes de la policía y de la política y de toda esta mierda. Por eso le abrí la cabeza con el hacha. Ella me cerró esa puerta, me recordó a tiempo que no se puede confiar en las emociones. Las emociones nos engañan.

—No necesito que me cuente los detalles. Solo quiero tener a mi hijo en casa. Tengo que irme.

Raquel hizo el ademán de abrir la puerta del coche, pero Gövan le sujetó la muñeca sobre el pomo.

—¿De verdad creías que esto iba a quedar así? No puedo arriesgarme, lo siento.

Gövan agarró por el cuello a Raquel. No debería costarle demasiado estrangularla. Ella se debatió, intentó arañarle la cara con los ojos abiertos de espanto. Gövan venció su resistencia dándole un rodillazo en el estómago que la desinfló como un fuelle roto. «No te resistas, será rápido». La hizo caer al suelo y se subió encima sin dejar de apretarle la garganta. La camisa de Raquel se abrió y entonces Gövan lo vio. Inconscientemente, aflojó la presión sobre el cuello.

—¿Qué es eso? ¿Llevas un micrófono?

Simultáneamente, oyó pasos a la carrera a su espalda y voces que le gritaban. Entre ellas destacaba la de la inspectora Inga.

El sanitario que la examinó en el interior de la ambulancia dijo que Raquel estaba bien. Apenas unas marcas que desaparecerían en un par de días. La inspectora Inga se sentó junto a la camilla.

—Has hecho lo correcto, Raquel.

Raquel se sacó el micrófono que tenía escondido en la copa del sujetador y se lo entregó a Inga.

—¿Me devolverás a mi hijo?

Inga dirigió la mirada hacia el exterior. Gövan estaba siendo introducido en un coche patrulla con las manos esposadas a la espalda. Otro agente llevaba la mochila con las pruebas de Sture.

—Todo es posible...

*Malmö, finales de agosto*

La anciana tenía ojos para todo el que pasaba por allí. Se había adueñado de su cara esa clase de vejez que es pura decrepitud.

—No insista en llamar, no hay nadie. ¿A quién busca?

Miguel observó aquel rostro emboscado tras la puerta entreabierta contigua. No entendía nada de lo que le decía.

—Abdul, busco a Abdul —repitió Miguel señalando la puerta a la que había llamado; había alzado la voz como si, en vez de hablar una lengua diferente, la vecina cotilla fuera dura de oído. Ya pensaba que iba a darle con la puerta en las narices cuando tras ella apareció una niña de unos catorce años que lo miraba con curiosidad.

—¿Busca al señor Abdul? —preguntó en un inglés pasable. Miguel asintió esperanzado—. No está aquí, se lo llevaron hace unas semanas. Ahora está en el hospital, en Västra Hamnen. ¿Sabe dónde está?

Miguel hizo una negación muda y agradeció que la chica le apuntara la dirección en un papel.

Al bajar a la calle encontró el taxi todavía estacionado frente a un restaurante, llamado Vieja Suecia, con la persiana echada y un cartel de traspaso. Cerca de allí, un grupo de jóvenes hablaba a gritos para hacerse entender por encima de la música *hip-hop* que escuchaban en un gran aparato de radio. Más allá, una mujer muy joven empujaba el balancín donde se columpiaba una niña pequeña con unas trenzas cortas y tiesas. Un coche con los cristales ahumados pasó a poca velocidad y, al llegar a la rotonda del final de la calle, aceleró y empezó a hacer trompos.

El taxista bajó la ventanilla del taxi con cara de pocos amigos.

—No es bueno quedarse aquí demasiado tiempo si no es del barrio. Esto está lleno de *blatte*, ¿entiende? *Blatte*, negros, moros, chusma.

El comentario molestó a Miguel. Echó una ojeada a los edificios que lo rodeaban, las coladas en las ventanas, las antenas parabólicas y los portales con barrotes. Subió al asiento posterior y le dio al taxista la dirección del hospital.

El taxista conducía atento a la radio. Inclino la cabeza como para oír mejor y subió el volumen.

—¿Ocurre algo?

El taxista se encogió de hombros.

—Nada que deba sorprenderme a estas alturas —dijo en inglés—. La policía de Malmö acaba de detener a un antiguo subcomisario que había sido elegido como representante de Escania en las últimas elecciones.

—Vaya, pensaba que esas cosas no pasaban aquí.

—El tipo nos ha engañado bien, se las daba de inflexible con la delincuencia, prometió limpiar la ciudad de todas estas ratas —señaló a los transeúntes de las aceras— y resulta que el muy cabrón es un asesino. Mató a una chica del barrio, una puta. No es que importe ella, ya me entiende. Pisas una y salen cien como ella, pero joder, un oficial de policía metido en eso, y además elegido como cargo político. Este país se va a la mierda. Yo, en las últimas elecciones, voté a los socialdemócratas de Löfven, pero ya se han acabado las tonterías. La próxima vez pienso votar a Demócratas de Suecia; me gusta Söder, tiene las cosas claras. ¡Joder! Somos un país pequeño, menos de diez millones, y no paramos de acoger toda la basura que los demás no quieren.

—Supongo que sus diez millones de compatriotas no piensan como usted.

El taxista le lanzó una mirada a través del retrovisor.

—¿Usted de dónde es?

—Español.

El taxista entornó la mirada. Españoles, portugueses, italianos, marroquíes, kurdos, turcos, albaneses. Todos debían de parecerle la misma cosa.

—Usted no puede entenderlo. Viene de un país pobre. Nadie quiere pedir asilo en un país pobre, ¿verdad?

—¿Podría parar?

El taxista frunció el ceño.

—El hospital está en el antiguo muelle, queda lejos.

—No importa, tomaré un autobús o iré andando. No quiero que mi sucio culo español contamine su precioso taxi.

No todo se había parado en el mundo, solo la apariencia; por dentro seguía intacto. Desde su silla junto a la ventana, Abdul vigilaba. Escuchaba el rumor de las voces, observaba las expresiones de los rostros e interpretaba los movimientos de las manos. Todos creían que se había convertido en un rescoldo humeante, parte del mobiliario silencioso y polvoriento, pero él seguía sacudiéndose por dentro atento a los indicios, encerrado en la imposibilidad de poder comunicarse, moverse o hablar, desesperado por su debilidad. Su mente ya no regía como era debido, le ordenaba cosas a su cuerpo y este no obedecía, se veía sometido a la vejación de que los enfermeros lo movieran de un lado a otro como una planta que estorbaba, sumido en la sordidez de su propio olor cuando manchaba el pañal y tardaban en darse cuenta.

Pero a veces su mente revivía, se producía un chispazo de lucidez y, entonces, consideraba a los demás sus enemigos, dispuestos a enterrarlo antes de tiempo. Se envaraba cuando veía llegar a Fátima sumida en esa nostalgia sentimental, postrada y callada, eludiendo mirarlo y sin apenas hablarle. Abdul forzaba al máximo las cuerdas vocales para expresar su rabia, pero no le salía más que un gorgorito incomprensible, y entonces sufría un acceso de tos que le enrojecía las mejillas y le

llenaba de sangre los ojos. Su hija lo miraba sin compasión, vacía por dentro, le daba un sorbo de agua y le secaba con una servilleta de papel la baba que le colgaba del mentón. Pasada una hora, Fátima se marchaba sin despedirse, sin besarle la frente o darle un poco de calor en las manos. Abdul tenía frío todo el tiempo, sobre todo en las manos y en los pies, un frío que venía de los huesos porosos, afloraba por los agujeros de la piel seca y le llenaba de escarcha la nariz y le acartonaba la lengua.

Por eso buscaba el sol que entraba por la ventana. Y cuando el sol desaparecía tras los edificios, sentía también el frío en las mejillas. Se estremecía al pensar que ese frío era el de la muerte, imaginaba su cuerpo ovillado en una tumba de tierra oscura envuelto en el sudario, mientras la tierra le entraba en la boca, en la nariz, en los ojos. Lejos de la vida. Movía la cabeza con inquietud, desesperado por escaparse de las sombras que lo rodeaban como una jauría esperando el momento último.

—¿Cómo se encuentra hoy?

Abdul oyó esa voz muy cerca del oído derecho. El tono ofensivamente infantil, ridículo, de una enfermera con aliento de cigarrillo mentolado. Una impostora que le palmeaba el hombro huesudo. Sabía que no podía responderle y, aun así, le preguntaba. Estúpida harpía.

—Tiene una visita. Viene desde muy lejos para saludarlo. Los dejo un rato solos.

La enfermera giró la silla de ruedas apartándolo de la trayectoria benévola del sol para colocarlo frente a un desconocido que lo observaba con curiosidad. Abdul quiso protestar, ordenar que lo devolvieran junto a la ventana, pero apenas logró emitir un sordo y lastimero gemido.

¿Quién era ese desconocido que lo miraba como si fuera una pieza de museo?

Miguel contempló a Abdul con atención. Le habían peinado los ralos cabellos a un lado y le habían echado una colonia dulzona. También lo habían afeitado y le habían puesto una bata flácida de color manzana en un vano intento de simular un estado saludable y pulido.

—Le traigo una cosa. —Abrió el canuto cilíndrico que llevaba colgado al hombro y lo extendió ante los ojos de Abdul mientras observaba su reacción. No quedaba nada de fervor en esos ojos apagados que miraban fijamente al frente con el lagrimal húmedo. Solo podía presentirse que eran la misma persona.

—¿Se reconoce? Yo diría que Thelma fue muy generosa interpretándolo.

Miguel observó la habitación espartana, sin muebles excepto la cama y una mesa metálica con material sanitario. Las paredes desnudas, pintadas de color gris claro, saludaban con desgana, como si no dieran la bienvenida ni invitaran a quedarse mucho tiempo. Una habitación de tránsito, un simple apeadero antes del destino final.

—Creo que aquí estará bien. ¿No le importa? Le he pedido unas chinchetas a la enfermera.

Se dio cuenta de que, a pesar de la rigidez, Abdul podía seguirlo con las pupilas, a las que conseguía dirigir, aunque de forma titubeante, en la dirección deseada. Miguel colgó el retrato en la pared y movió la silla de Abdul hasta que este quedó frente a él.

—¿Puede oírme, verdad? Entiende todo lo que digo. A mí no puede engañarme. Me da igual que se esconda ahí detrás. —Señaló los ojos de Abdul, hundidos en las cuencas, que anticipaban su aspecto de calavera. Ojos astutos a pesar de la impavidez.

Abdul abrió un poco la boca y dejó entrever la punta de la lengua entre los labios. Emitió un sonido torvo cuyo sentido comprendió Miguel.

—Pasado, sí. Eso es pasado. Como los postigos entornados de esa ventana, así le gustaría que fuera, ¿verdad? Una habitación cerrada que se deja atrás y donde solo entra un poco de luz inocente, una pintura en penumbra donde nada se advierte con nitidez. Olvidar.

Abdul ladeó la cabeza para apartar la mirada de esa lámina con su rostro colgado en la pared. Miguel lo forzó a mirar de nuevo.

—El problema son los espejos, por eso no hay ninguno en esta habitación. En los espejos se ve el reflejo, y a veces uno ya no tiene entrañas para mirarse a la cara, se asquea de uno mismo. Podemos engañar a los demás, incluso durante toda una vida, pero no a nosotros mismos; no si nos miramos y nos vemos. Nadie tolera las confidencias de su reflejo, las murmuraciones que adivinamos en la mirada que nos mira. Yo le traigo un espejo, Abdul.

Las pupilas de Abdul se dilataron y se hicieron brillantes. La vena del cuello se le hinchó haciendo visible el latido de la sangre, su boca se abrió y emitió un gemido ronco y monstruoso.

—¿Pecado? No, solo evidencia, Abdul. Ahí está el hombre que pudo haber sido y aquí el despojo que queda.

Durante la hora siguiente, Miguel le relató a Abdul detalladamente la vida de Helena, aquella niña que vio a su madre suicidarse después de intentar ahogarla. Le mostró y leyó todas y cada una de las postales que Enrique escribió a su hija, le relató aquel encuentro en Londres, cuando Enrique salió de la cárcel, le habló de la imposibilidad de Helena para amar sin culpa a Louise, de sus remordimientos porque se sintió culpable de la muerte de su hijo David y, al final, con un sombrío tono romántico del que ni siquiera fue consciente, le relató los últimos meses pasados con Helena, el descubrimiento mutuo de la libertad, del deseo y del amor.

—Ella quería venir para decirle estas mismas cosas. No buscaba venganza. Solo quería mirarlo a la cara y decirle que el círculo se había cerrado, que estaba en paz consigo misma y que los fantasmas ahora le pertenecen a usted. Durante muchos años, Helena interrogó a ese retrato sin obtener respuestas, pero ahora ella ya no las necesita. Usted sí. Preguntas que nunca quiso hacerse y respuestas que no van a gustarle, Abdul.

Bajo la línea de las cejas, los ojos de Abdul se habían disecado frente al retrato, exprimidos por el pavor, y él era incapaz de apartar la mirada de esos otros ojos pintados por Thelma, en los que era capaz de ver todo su pasado pero también lo que le deparaba el futuro ya caduco.



Antes de abandonar la habitación, Miguel lo miró una última vez: con la barbilla hundida, moviendo la cabeza de manera oblicua y con la boca entreabierta de la que colgaba un hilo de saliva espesa que se derramaba sobre su hombro.

Ocho mil pies de altura. Mejor no pensar en ello. El zumbido sordo y continuo de los motores le ayudaba a calmar los nervios. Era la evidencia de que, contra toda lógica, los hombres habían aprendido a volar. Seguía asombrándolo que algo tan pesado pudiera deslizarse sobre los toboganes del viento de una forma tan liviana y esa sensación de que en realidad no se movían, de que simplemente estaban suspendidos con cables invisibles por encima de las nubes.

—¿Le apetece beber algo?

Miguel le dio las gracias a la azafata pero declinó el ofrecimiento. Volvió a concentrarse en la ventanilla y en el fenómeno que estaba presenciando. Lejos, en una esquina del horizonte, veía una cortina rizada y ondulante con un brillo de cristales multicolores que atravesaba la luz del sol.

—Es una tormenta —le dijo la azafata.

Miguel no daba crédito; al otro lado lucía un sol espléndido. La azafata asintió con la sonrisa que se le dedica al asombro de los niños.

—Estamos volando por encima de la lluvia.

El mundo estaba ahí abajo, silencioso e impasible. No llegaban los ecos de acentos extraños, el sonido nervioso de la vida. Aquella lluvia caía sobre campos y ciudades, casas, edificios, animales, ríos, montañas y hombres invisibles que corrían a protegerse o la abrazaban a tumba abierta. Las copas de los árboles reverdecían, los puertos se encrespaban y sus barcos se mecían impacientes. Las autopistas brillaban, los jardines esponjaban las gotas, las vallas de las granjas resistían. Llovía en el aparcamiento del aeropuerto de Sevilla donde lo esperaba Natalia, tal vez también resbalaba la lluvia sobre los cristales de la habitación de Abdul, sobre la tumba de Helena y en el nicho de su amigo Marqués; en el río Támesis, en una cuneta de una carretera de Tarifa, en una playa de Tánger, en las cumbres del Valle de los Caídos, entre las raíces de los árboles y entre las rocas donde se habían quedado las cenizas de su madre. Quizá incluso los fantasmas se empapaban con aquella lluvia.

Se acordó de una de las pocas imágenes hermosas que tenía de su padre. En realidad no era un recuerdo de él, sino de su olor impregnando un abrigo de adulto que su madre le hizo ponerse un invierno. Miguel recordaba sus manos metidas en los bolsillos con el fondo descosido y el aroma seco y áspero del invierno extremeño y del rebusco de la aceituna; el olor de la fábrica de aceite y del esparto en el cuello del abrigo. A eso olían su padre y su niñez. A barro duro, a campos extensos con el cielo muy bajo, a senderos que se perdían entre los olivares, a cobertizos y corrales que apestaban a paja mojada cuando llovía.

Y recordaba también cuando el chaparrón le cogía a él en el campo y se tapaba la

cabeza con aquel abrigo y, al llegar a casa, encontraba a su madre achicando agua de rodillas con un trapo que estrujaba en una bacinilla mientras la leña húmeda desprendía una humareda espesa. Entonces su madre lo veía con aquel abrigo, que era más largo que sus brazos, y le sonreía, como si no lo viera a él, sino a su padre; se acercaba y le doblaba las bocamangas para que se le vieran las manos y las tomaba entre las suyas y le soplabá en los dedos para darle calor, y le secaba la cabeza mojada con un pedazo de tela de algodón que olía a ella. Y todos los olores se mezclaban y algo bueno pasaba dentro de aquel abrigo, un calor distinto al de la chimenea.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la azafata.

Miguel dijo que sí con la cabeza y se limpió la mejilla con el dorso de la mano. El mundo no podía cambiarse, y él tampoco comprendía todo lo que significaba la vida. Solo que pasaba deprisa, que se iba, con sus injurias y sus penas y sus alegrías. Que algunos apretaban los ojos fuertemente y se tapaban los oídos para no escuchar su llamada, que otros sufrían y no se quejaban y tiraban de sus existencias sin mirar atrás, y que unos pocos aprendían a tiempo a vivirla.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo la azafata contemplando aquella lluvia lejana al tiempo que el piloto indicaba que iniciaban la maniobra de descenso hacia el aeropuerto de Sevilla y que los pasajeros debían abrocharse los cinturones de seguridad.

Miguel sonrió.

—Lo es, desde luego.

*Tarifa, tres años después. Junio de 2017*

El tiempo ha pasado sin dejar huella. Poco a poco, la urdimbre del cesto de sus recuerdos se ha ido rompiendo y ya no hay modo de remendar las grietas por las que se producen las fugas.

Solo quedan algunas imágenes sin raíz ni contexto que aparecen y desaparecen sin la intervención de su voluntad, y una vaga nostalgia de algo perdido que no sabe lo que es. Pasa las horas sin conciencia de que pasan, sentado en el mismo banco del paseo marítimo, con el mismo sigilo, la misma quietud pacífica en la mirada, que se prolonga más allá del mar.

La lejanía que ven sus ojos le está vedada a los demás; el descubrimiento, ir más allá de la mirada, se ha convertido en su quehacer. Le han dicho que vive en el pasado pero no es cierto; el pasado es su presente. Y es un presente que solo es paisaje porque ya no distingue sensaciones de realidad y ha alcanzado esa verdad del instante donde se comprende que son la misma cosa. Los momentos tejidos con hilo de seda, como un capullo todavía ciego pero deseando mirar. Todo cierto y remoto a la vez. La mujer que se agacha y le abrocha el cordón del zapato y le habla con dulzura dice que es su hija. Ella lo ha ayudado a vestirse esta mañana con el traje de color azul marino a juego con la corbata. A Miguel le gusta. Le hace sentir bien. Y le gusta también sentarse en este banco cuando hace sol, aunque sople el viento como hoy, que huele, sí huele, a yodo. También le gusta ver el rizo de las olas encrespadas y llenas de audacia que trepan por encima de sí mismas antes de dejarse caer a plomo sobre la orilla. Antes podía ir solo, pero hace ya tiempo que necesita ayuda y el bastón porque las piernas a veces se olvidan de cómo se camina.

—Bueno, ya está, papá. Los cordones bien apretados, como a ti te gusta.

Miguel asiente con timidez, un poco confuso. Le da pudor y miedo preguntarle otra vez su nombre, cuándo se conocieron, dónde. Ella parece conocerlo muy bien. Miguel siente que algo los une, que se parecen y se reconocen.

Una niña se acerca corriendo. Tiene el pelo alborotado. Miguel se asusta de su ímpetu.

—Hola, abuelo. He cogido caracolas. —Se las muestra en la palma con gotas de agua y granos de arena. Lo dice con mucha paciencia, como si no le importara repetirlo todas las veces que hiciera falta. Miguel sonrío y mira a la mujer. Ella también le sonrío, pero se le nota que más que cansancio siente una pena grande. Miguel se deja tocar la cara por esa niña de ojos verdes y de pelo tan encrespado. Se encoge cuando la chiquilla le explora la boca y los ojos y le besa en la mejilla dejándole un rastro de niñez en su piel de viejo.

Las ve alejarse hacia la playa, que hoy no tiene bañistas porque el viento arrecia. Miguel se remueve inquieto. Tiene miedo de que se olviden de él. Ahora tiene miedo de todo, a todas horas.

A veces se olvida de su cuerpo, que se ha hecho poca cosa, pellejo y huesos, y que tiembla asustado cuando lo ayudan a lavarse en la ducha y lo visten. Se deja peinar y poner colonia, que lo afeiten con una crema que huele a limpio y le deja la piel sedosa. Y entonces, al verse en el espejo, despierta con intensidad dolorosa la verdad de que todo se está acabando, aquí y ahora. Él también. Luego se olvida.

En el bolsillo tiene un papel. Lo encuentra por casualidad cuando busca un cigarrillo. Ha aprendido a fumar tarde, eso sí lo sabe. Encender los cigarrillos le recuerda algo, una sensación de felicidad cuyo origen se pierde en el desierto que ahora es su memoria. Esta mañana, al despertar, ha apuntado una palabra con urgencia para no olvidarse. Un nombre.

*Helena.* Mueve la boca y lo pronuncia en voz alta, muy despacio, como si se le llenase la boca de arena.

*Helena.* Escucha el eco en su cabeza, espera una respuesta, pero solo llega el vacío, como los pasos sobre un suelo de mármol frío.

El viento, furioso, le arranca el papel de los dedos y se lo lleva guardado en su bolsillo invisible. Miguel lo ve volar, hacer tirabuzones y cabriolas, como si estuviera vivo el nombre que ha escrito.

Da caladas cortas al pitillo y nota el latido apaciguado del corazón, que ya es una piel de tambor usada, vieja y sin tensión donde casi no se oye el latido, cada vez más lento y más débil. Un latido de cadencia inexacta, arrítmico, con largas pausas, que se está apagando.

—Todo va a ir bien, Miguel. No tengas miedo.

Mira a la derecha y ahí está, sentado a su lado, su padre, mirándolo con una ternura que le acaricia el corazón. De él sí se acuerda, con nitidez. Le parece normal que su padre esté aquí porque ya no hay ningún orden inmutable. El tiempo se presenta como una colección de estampas caóticas y siluetas que se proyectan ante sus ojos como un teatro de sombras chinas.

—¿Dónde está madre?

—Nos espera.

Y ahora se acuerda, aunque no sabe que se acuerda. Porque está pasando.

Miguel, con pantalón corto, admirando al hombre de ojos grandes y manos fuertes que se fuma las colillas que se encuentra por el suelo. El mismo que le dice: «Pórtate bien y cuida de tu madre hasta que yo vuelva». El hombre que se sienta a su lado y le pasa el brazo por encima del hombro y lo atrae hacia sí y que huele a leña húmeda, a campo seco y a paja vieja. El hombre que tiene restos de picadura de tabaco en los bolsillos y que sonrío y hace que sus dientes sean como la ventana que espera abierta al llegar por la noche a casa. «Quitaros los zapatos, que los traéis manchados de barro, y lavaros las manos en el barreño o no cenáis». Es la voz de su

madre en la cocina con el delantal puesto y el pelo recogido en un moño que deja ver su cuello blanco. Su madre moviendo enérgicamente la cazuela en el fogón de leña. Y ellos dos, el padre y el hijo se guiñan un ojo y se burlan por lo bajito, brazo con brazo; los del hombre, velludos y fuertes, y los suyos, de niño, blancos, flacos y pecosos; los dos arremangados, los dos con las manos en el agua fría del barreño. Sus manos tocándose debajo del agua, que se enturbia.

Miguel se toca el pecho. Duele. Es como una garra que aprieta aquí.

Su padre le coge los dedos y se los besa.

—Todo acabará enseguida. Ya se va el dolor. Descansa.

Dedos de niño, con las uñas mordidas y con tierra debajo; y los padrastrós, esas pieles de las uñas que escuecen y que su madre le cicatriza con agua caliente y un poco de sal. Miguel sujeta en el regazo un muñeco de cartón y madera, un soldado que su padre hizo para él la víspera de Reyes. Eso y la naranja que le dejó en el zapato el paje de Melchor. *Nuno*, el perro que se quedó ciego porque un guarda le dio una perdigonada en los ojos y que han adoptado porque a su padre se le partía el corazón de verlo vagar por las calles de Almendralejo, olisquea la naranja e intenta mordisquearla. Su padre se ríe y dice que los perros no saben pelar naranjas.

Tiene mucho frío. El brazo de su padre se hace grande y él se cobija debajo, como cuando llueve en el campo y ya no pueden seguir rebuscando aceitunas y su madre los espera en la casa con la lumbre encendida y las migas en la leña. Llueve a mares y corren entre risas hacia la casa; su padre va delante con el abrigo grande que tanto le gusta a Miguel. Y entonces Miguel mete el pie en un surco y se le dobla el tobillo. Se cae en la tierra que se está anegando y su padre lo coge en brazos y lo consuela.

—No llores, no es nada. Caídas de estas tendrás muchas. Pero te levantarás, una y otra vez.

Caminan hacia casa bajo la lluvia. Su padre lo lleva en brazos, le besa la cabeza, afeitada al uno porque siempre se le infecta de piojos y el barbero del pueblo solo sabe trasquilar ovejas. Miguel nota la caricia rasposa de la barbilla de su padre en las orejas y siente el calor de su mano en la mejilla. Mano de palma callosa, montañas levantadas con sufrimiento.

Quiere dormirse ahí, acurrucado en el pecho y los brazos de su padre, que lo protege y lo lleva a casa; olvidar la tarde de julio que apretaba el sol en los olivares y los vencejos volaban en círculos y se espantaron al oír las campanadas antes de los primeros disparos, los que trajeron la guerra y se llevaron a su padre.

—No puedes acordarte de eso. No habías nacido.

Pero Miguel se acuerda de aquello. Y de cuando era un bebé y el pezón de su madre le callaba el llanto y su padre corría entre los surcos seguido por los ladridos de *Nuno* para cazarse un conejo. Y de mucho antes: puede acordarse del primer llanto, del sollozo de su madre en el parto, de la luz abriéndose vientre abajo para despertarlo de un sueño plácido pero falso y traerlo al mundo entre vísceras y sangre; y de ese frío primero, el de la vida rozándolo por primera vez. El mismo que siente

ahora.

—Todo llega y todo pasa, Miguel.

Se deja acunar por los brazos de su padre y se adormece en el olor de su ropa vieja. Y mientras se acaba, se acuerda de por qué escribió esta mañana al despertar el nombre.

Helena.



VÍCTOR DEL ÁRBOL (Barcelona, 1968) es escritor de nacimiento. Es el mayor de seis hermanos y su madre le dejaba en la biblioteca desde la salida del colegio hasta la hora de cenar para poder acudir a su trabajo de limpiadora. Esto le permitió leer multitud de libros que alimentaron su vocación de escritor. Fue seminarista durante cinco años, en el seminario de Ntra. Sra. de Montealegre, para más tarde cursar estudios de Historia en la Universidad de Barcelona y trabajar, actualmente, de Mosso d'esquadra para la Generalitat, trabajo que le ha permitido acercarse, desde 1992, al aspecto más humano de las personas, a las que describe de forma magistral en sus obras.

Ganó el Premio Tiflos de Novela con *El peso de los muertos* (2006) y quedó finalista en el premio Fernando de Lara con *El abismo de los sueños* (2008). *La tristeza del samurái* (2011) ha sido traducida a diez idiomas en Europa y Estados Unidos. Recibió Le Prix du Polar Européen (Premio a la mejor novela negra europea) concedido por la prestigiosa revista especializada en este género literario, Le Point, en el marco del Festival de novela negra de Lyon 2012. Del Árbol es el primer escritor español en conseguir este galardón.